

LOS DIOSSES DE GOTHAM

LYNDSAY FAYE

Lectulandia

Armados solo con una placa de cobre en la solapa, los primeros policías de Nueva York recorren unas calles azotadas por la miseria, las luchas entre inmigrantes, el racismo y el crimen.

Cuando se topa en plena noche con una niña con el camisón empapado en sangre, Tim sabe que tiene un problema. Hace apenas unos días que ha dejado su trabajo de barman para formar parte de la recién creada Policía de Nueva York, pero ya se está jugando el puesto al acoger a la pequeña y enigmática Bird en su propia casa.

La niña es la clave para desentrañar un caso que amenaza con hacer estallar la olla a presión que es el distrito de Five Points. Cadáveres de niños irlandeses con extrañas mutilaciones han comenzado a aparecer... La tensión entre inmigrantes, bandas criminales y políticos corruptos llega al máximo con la inexperta fuerza de Policía atrapada en el medio.

En vez de limitarse a patrullar, como sus compañeros, Tim deberá hacer algo que nadie ha hecho todavía: investigar un crimen que ya se ha cometido. Y ha de hacerlo pronto, antes de que el asesino vuelva a actuar.

Lectulandia

Lyndsay Faye

Los dioses de Gotham

ePub r1.0

eKionh 14.12.13

Título original: *The Gods of Gotham*

Lyndsay Faye, 2012

Traducción: Vicente Campos González

Diseño de portada: eKionh

Editor digital: eKionh

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi familia, que me enseñó que, si te sientes perdido y a punto de desmoronarte, te levantas y sigues adelante, o te levantas y sigues en una dirección levemente distinta.

El verano de 1845, tras años de enconadas polémicas políticas, la ciudad de Nueva York creó por fin un Departamento de Policía.

La patata, un tubérculo que ofrece ciertamente una nutrición fiable y cuyo cultivo sólo requiere un espacio limitado y aun yermo, había sido el alimento básico del agricultor arrendatario irlandés. La primavera de 1844, la Gardener's Chronicle and Agricultural Gazette informaba con inquietud de que una plaga «perteneiente a la familia del moho» estaba causando estragos en los cultivos de patata. No había, contaba el Chronicle a sus lectores, ni causa definida ni remedio.

Esos acontecimientos paralelos cambiarían para siempre la ciudad de Nueva York.

EL LEGADO DEL PEREGRINO

Esos hombres valientes, esas discretas esposas, decidme, ¿de dónde vienen?
¿Por qué rompen los amorosos lazos que a sus familias y hogares les unen?
Es el Cielo el que les asigna su noble tarea: el espíritu del hombre libertar,
no vienen sólo por ellos, vienen por toda la humanidad;
y al imperio del Oeste llevan esta gloriosa ley:

«Una Iglesia sin obispo, un Estado sin rey».

Así que, Príncipe y Prelado, no esperéis seguir doblegándolos a vuestro poder,

el fuego de la devoción inflama sus pechos, y la libertad dicta su proceder.

Y en el fondo de sus valientes corazones saben que mejor no existir
que dejarse amedrentar por un déspota, donde el alma libre no puede vivir.

Y así, en esa oleada invernal, vienen esos exiliados a traernos con su grey

«Una iglesia sin obispo, un Estado sin rey».

- Himno tradicional cantado tras una charla en el Tabernacle, Nueva York,
1843 •



PRÓLOGO

Cuando, sentado a mi mesa de las Tombs^[1], me puse a redactar el informe inicial, escribí:

La noche del 21 de agosto de 1845, una de las niñas se escapó.

De todos los sórdidos suplicios que soporta cada día un policía de la ciudad de Nueva York, uno no esperaría que el que yo más aborreciera fuera el papeleo. Pero lo era. Sólo de pensar en expedientes me entran escalofríos.

Se supone que los informes policiales deben rezar: «X mató a Y por medio de Z». Pero los hechos, sin móviles, sin una historia detrás, son como rótulos de caminos cuyas letras se hubieran borrado. Tan carentes de sentido como lápidas en blanco. Y me cuesta reducir las vidas a lo más despojado de sus estadísticas. Los apuntes de los casos me producen la misma sensación de resaca que me deja una noche de ron de Nueva Inglaterra mal destilado. No hay espacio en el árido desfile de datos para contar por qué la gente hizo cosas brutales: amor u odio, defensa o avaricia; o Dios, en este caso concreto, aunque no creo que a Dios le hiciera mucha gracia verse implicado.

Si es que Él estaba mirando. Yo sí lo estaba, y no es que me entusiasmara precisamente.

Por ejemplo, fíjense en lo que sucede cuando intento escribir sobre un suceso ocurrido en mi infancia del modo en el que se me pide que redacte informes policiales:

En octubre de 1826, en la aldea de Greenwich Village, se declaró un incendio en el retrete de una cuadra contigua a la casa donde vivían Timothy Wilde, su hermano mayor Valentine Wilde y sus padres Henry y Sarah; aunque las llamas no eran de gran tamaño, ambos adultos murieron cuando el incendio se propagó a la casa debido a una explosión de queroseno.

Mi nombre es Timothy Wilde, y afirmo desde ya que lo anterior no les dice nada; nada de nada. Durante toda mi vida he hecho dibujos con carboncillo para mantener los dedos ocupados, para aliviar la sensación de que una cuerda se ciñe tensa alrededor de mi pecho. Una simple hoja de papel de estraza, como el que usan los carniceros, con el dibujo de una cabaña reducida a cenizas y su esqueleto

ennegrecido, les diré mucho más que esas frases.

Pero desde que luzco la insignia con una estrella de policía, me voy habituando a informar mejor sobre crímenes. Y hay muchas bajas en nuestras guerras locales, libradas en el nombre de Dios. No dudo de que debió de haber una época, hace mucho tiempo, en que ser católico significaba que la huella de tu bota estaba estampada sobre cuellos protestantes; pero el paso de cientos de años y el salto de un océano muy, muy ancho, tendría que haber ahogado aquel resentimiento, si es que era posible. Y sin embargo, aquí estoy, escribiendo sobre un baño de sangre. El que se ha llevado por delante a todos esos niños, y no sólo a criaturas sino también a adultos — irlandeses, americanos y cualquiera con la suficiente mala suerte para que lo pillara en medio—, y sólo espero que el hecho de ponerlo por escrito sea una forma digna de rendirles homenaje. Confío en que cuando haya gastado la tinta suficiente, el arañazo profundo de los escabrosos detalles tal vez se atenúe un poco en mi cabeza, o eso desearía al menos. Había imaginado que el aroma a madera seca que trae octubre, la malicia con la que el viento se entremete ahora por las mangas de mi chaqueta, habría empezado a estas alturas a borrar la pesadilla de agosto.

Me equivocaba. Pero me he equivocado en cosas mucho peores.

De manera que así es como empezó, ahora que conozco mejor a la niña en cuestión y puedo escribir como un hombre en lugar de como un estrella de cobre:

La noche del 21 de agosto de 1845, una de las niñas se escapó.

La niña tenía diez años, pesaba veintiocho kilos, llevaba un delicado camisón holgado blanco con una única cenefa de encaje a lo largo del cuello ancho, y finamente cosido. Sus rizos rojizos oscuros, casi castaños, iban recogidos en un moño suelto en la coronilla. Cuando el camisón se deslizó y dejó uno de sus hombros al descubierto y sus pies descalzos tocaron la madera dura, notó el calor de la brisa que entraba a través de la ventana de bisagras abierta. De repente se preguntó si habría alguna mirilla en la pared de su habitación. Los demás niños o niñas aún no habían descubierto ninguno, pero era el tipo de trampa que *ellos* harían. Y esa noche, cada corriente de aire parecía exhalar un soplo sobre su carne, ralentizando sus movimientos, convirtiéndolos en una sucesión de sobresaltos torpes y húmedos.

Salió por la ventana de su habitación tras confeccionar una cuerda con tres medias femeninas que había robado y sujetar uno de los extremos al pestillo más bajo del postigo de hierro. Al estirarse, se apartó el camisón que se le pegaba al cuerpo. Lo notaba húmedo en la piel y la tela viscosa le daba escalofríos. Tras descender a ciegas desde la ventana agarrada a las medias, con el aire de agosto denso y sofocante, soltó la improvisada cuerda y luego la tiró a un barril de cerveza vacío.

La niña dejó Greene Street por Prince antes de enfrentarse al río turbulento de Broadway, en camisón, abrazándose a las sombras como quien aferra una cuerda salvavidas. En Broadway todo se enturbia a las diez de la noche. La pequeña afrontó

un río torrencial de seda tornasolada. Hombres de mirada aviesa con chalecos cruzados de terciopelo negro se precipitaban a las cantinas de paredes recubiertas del suelo al techo con espejos. Estibadores, políticos, mercaderes, un grupo de chavales vendedores de periódicos con puros sin encender entre sus labios rosáceos. Un millar de pares de ojos vigilantes e inquietos. Un millar de posibilidades de que te descubran. Y el sol se había puesto ya, así que la hermandad de las mujeres frágiles rondaba en cada esquina: fulanas de senos empolvados extremadamente pálidas por debajo del colorete, en grupos de cinco o seis que se fraguaban en las afinidades del burdel, o por lucir diamantes o por sólo poder engalanarse con agrietadas y amarillentas baratijas de bisutería.

La niña sabía reconocer incluso a las más ricas y sanas de las prostitutas noctívagas por lo que eran. Distinguía a las furcias de las damas al instante.

Cuando atisbaba un hueco entre los coches de alquiler y los carruajes engrasados, salía apresuradamente de las sombras, como una polilla. Deseaba volverse invisible mientras volaba por la inmensa calle hacia el este. Sus pies descalzos pisaban los desperdicios resbaladizos y embreados que se amontonaban como coágulos, más altos que los adoquines, y casi se cayó al tropezar con una mazorca de maíz roída.

El corazón le dio un salto, un único respingo de pánico. Se caería, la verían y todo habría acabado.

«¿Al otro niño lo mataron rápido o despacio?».

Pero no se cayó. Los reflejos móviles de las luces de los carruajes en decenas de cristales de ventanas quedaron a su espalda y ella volaba otra vez. Unos jadeos infantiles y un grito asustado puntuaron sus pasos.

Pero nadie la perseguía. Y eso, a decir verdad, no era culpa de nadie, no en una ciudad de ese tamaño. Se trataba sólo de la insensibilidad de cuatrocientas mil personas, que se fundían en un único estanque azul negruzco de indiferencia. Para eso estamos los estrellas de cobre, me parece..., para ser de los pocos que se detienen a mirar.

Ella contaría más tarde que lo veía todo como si fueran cuadros mal pintados: crudo y bidimensional, los bordes de los edificios de ladrillo se difuminaban como aguadas de acuarela. Yo también me he visto en ese trance, con la sensación de no estar ahí. Ella recuerda una rata que mordisqueaba un pedazo de rabo de buey en la calle, y luego nada. Las estrellas en un cielo de pleno verano. El leve traqueteo del tren de Nueva York y Harlem rechinando a su paso sobre las vías de hierro, el pelaje de los dos acalorados caballos que tiraban de él, húmedo y viscoso a la luz de gas. Un pasajero con chistera miraba hacia atrás inexpresivamente, punteando su vigilancia desde el borde de la ventanilla con el tamborileo de los dedos. La puerta da a un pequeño matadero de madera, que así llaman aquí a las carpinterías, cubierto de serrín, con armarios a medio acabar, patas de sillas desmembradas que llegan hasta la

calle, tan dispersas como los pensamientos de la niña.

Siguió entonces otro tramo de silencio denso, no veía nada. Se apartó con desgana la tela tiesa de la piel una vez más.

La niña entró en Walker Street, dejó atrás a un grupo de dandis con mechones enjabonados, rizados y brillantes que enmarcaban sus monóculos; jóvenes limpios y vigorosos tras una sesión en los baños de mármol de Stoppani's. Aunque no pudieron prestarle mucha atención porque, claro, corría ya como alma endemoniada hacia el pozo negro del Distrito Sexto, lo que, naturalmente, querría decir que debía de ser de allí.

Después de todo, parecía irlandesa. Era irlandesa. ¿Qué hombre en su sano juicio se preocuparía por una niña irlandesa que corría a su casa?

Bien, yo me preocuparía.

Dedico una parte considerable de mis pensamientos a los niños que vagan por las calles. Es una cuestión que me toca de cerca. En primer lugar, he sido uno de ellos, o casi. En segundo, se supone que los policías tenemos que atrapar a los críos escuálidos y de mejillas mugrientas siempre que podamos. Acorralarlos como a ganado y luego meterlos en carretas cerradas que suben por Broadway hasta la Casa de Acogida^[2]. Aunque, en nuestra sociedad, los niños pobres tienen peor consideración que las vacas de Jersey, y es más fácil reunir un rebaño de ganado que de humanos descarriados. Los niños devuelven una mirada demasiado vivaz para ser perversa, una mirada desamparada pero feroz cuando la policía los acorralla..., una mirada que sé reconocer. Y por eso nunca, en ninguna circunstancia, lo haré. Ni aunque mi empleo dependiera de ello. Ni aunque mi vida dependiera de ello. Ni la de mi hermano.

Sin embargo, no estaba pensando en niños vagabundos aquella noche del 21 de agosto. Iba por Elizabeth Street, con un aire tan impasible como un saco terrero. Media hora antes, me había quitado la estrella de cobre asqueado y la había arrojado contra la pared. No obstante, en ese momento la llevaba de nuevo en el bolsillo y se me clavaba dolorosamente en los dedos junto a la llave de mi casa, y yo maldecía el nombre de mi hermano con una reconfortante oración interior. Me resulta mucho más fácil sentirme cabreado que sentirme perdido.

«Maldito sea Valentine Wilde —me repetía—, y malditas sean las brillantes ideas de su maldita cabeza».

Entonces la niña chocó contra mí, a ciegas, sin querer, como un trozo desgarrado de papel llevado por el viento.

La agarré por los brazos. Sus ojos secos y agitados brillaban con un tono gris claro incluso a la luz de la luna manchada de humo, como esquirlas del ala de una gárgola caída de la torre de una iglesia. Tenía una cara inolvidable, angulosa como el marco de un cuadro, labios hinchados y oscuros y una nariz perfectamente

respingona. Afloraban algunas pecas pálidas esparcidas sobre los hombros, y si bien no alcanzaba la estatura de una cría de diez años, se comportaba con tal naturalidad que podría parecer más alta en el recuerdo que en persona.

Pero en lo único en que reparé con absoluta claridad cuando se detuvo de golpe al tropezar con mis piernas mientras me encontraba delante de mi casa aquella noche fue en que estaba cubierta de sangre de pies a cabeza.

UNO

A 1 de junio, habían llegado siete mil emigrantes... y a tenor de las informaciones del funcionario del gobierno destacado allí, 55.000 habían comprado pasaje durante la temporada, casi todos de Irlanda. Según los cálculos, el número esperado que llegará a Canadá y a Estados Unidos será de unos 100.000. El resto de Europa probablemente mandará otros 75.000 más.

• *New York Herald*, verano de 1845 •



Convertirme en policía del Distrito Sexto de la ciudad de Nueva York fue una inoportuna sorpresa para mí.

No era el trabajo que me imaginaba que estaría haciendo a los veintisiete años, aunque supongo que los demás policías dirían lo mismo, básicamente porque tres meses antes ni siquiera existía como tal. Es una profesión de nuevo cuño. Supongo que será mejor que en primer lugar cuente cómo llegué a necesitar un empleo, tres meses antes, en el verano de 1845, aunque signifique para mí un gran esfuerzo hablar de eso. El recuerdo opta al puesto de honor entre los más desagradables. Lo haré lo mejor que pueda.

El 18 de julio pasado atendía la barra en la Nick's Oyster Cellar^[3], como llevaba haciendo desde que tenía apenas diecisiete años. El rayo de luz rectangular que penetraba por la puerta desde arriba de las escaleras abrasaba el polvo en el suelo de tablones. Me gusta julio; la forma en que su peculiar azul se había extendido sobre el mundo cuando, por ejemplo, a los doce años, trabajaba en un transbordador que cubría el trayecto a Staten Island, con la cabeza echada hacia atrás y la boca llena de la fresca brisa salada. Pero el de 1845 era un mal verano. La atmósfera estaba recargada y húmeda como un horno de pan a las once de la mañana, y hasta podías percibir el olor en el fondo de tu garganta. Me esforcé en pasar por alto la mezcla de sudor febril y hedor que despedía el caballo de tiro difunto al que habían metido a medias en un callejón al doblar la esquina, mientras la pobre bestia parecía, por momentos, morir un poco más si cabe. Se supone que en Nueva York hay basureros, pero son una leyenda urbana. Mi ejemplar del *Herald* estaba abierto, leído ya de atrás hacia delante como tenía por costumbre hacer todas las mañanas, por la página donde anunciaba con suficiencia que el mercurio alcanzaba los treinta y seis grados y que, desgraciadamente, varios trabajadores más habían muerto víctimas de ataques al corazón. Todo eso estaba acabando poco a poco con mi buena opinión del mes de julio. Pero no podía permitir que se me agriara el ánimo. Ese día no.

Mercy Underhill, no me cabía duda, estaba a punto de visitar mi bar. Llevaba cuatro días sin pasarse, y en nuestro patrón de relación tácito eso podía considerarse

todo un récord, y además necesitaba hablar con ella. O al menos intentarlo. Había decidido hacía muy poco que mi adoración por ella no iba a interferir en mi vida.

La bodega de Nick estaba montada siguiendo los cánones tradicionales para este tipo de locales, y a mí me encantaba que fuera tan típica: una larga barra, lo bastante ancha para dar cabida a las bandejas de peltre para las ostras, las docenas de vasos de cerveza y las copas de whisky o ginebra. Poco iluminada, como una caverna, porque era un local medio subterráneo. Pero las mañanas como ésta el sol penetraba de lleno, así que no nos hacían falta los quinqués con pantallas de papel amarillo que jalonaban el yeso de cálidas manchas de humo. Ningún mueble, sólo una serie de apartados con bancos despojados a lo largo de las paredes, alrededor de los cuales podía correrse una cortina, pero nadie lo hacía. La bodega de Nick no era lugar para secretos. Más bien hacía las veces de foro para que los frenéticos y jóvenes especuladores que compraban y vendían acciones se gritaran de una punta a otra del local tras una sesión de doce horas en la Bolsa, mientras yo escuchaba.

Estaba sirviéndole un galón de whisky a un chico pelirrojo que no reconocí. La orilla del East River es un hervidero de tambaleantes criaturas extranjeras que intentan recuperar el equilibrio tras las largas travesías, y la bodega de Nick estaba en New Street, muy cerca del mar. El chico esperaba con la cabeza ladeada y las manos sobre el tablón de cedro de la barra. Se erguía como un gorrión. Demasiado alto para ocho años, demasiado asustado para diez. Huesos hundidos, ojos vidriosos en busca de sobras.

—¿Es para tus padres?

Me sequé los dedos en el delantal, tapando con un corcho la jarra de barro.

—Para mi padre —dijo encogiéndose de hombros.

—Veintiocho centavos.

Sacó la mano del bolsillo con un variado surtido de calderilla.

—Dos chelines son veinticinco centavos, así que cogeré esos dos y de paso te daré la bienvenida. Soy Timothy Wilde. No sirvo de menos y no aguanto la mercancía.

—Gracias —dijo y cogió la jarra.

En ese momento me fijé en que había oscuras manchas de melaza en las axilas de su andrajosa camisa, que atribuí a que el último barril de melaza que había visitado debía de estar demasiado alto. Así que mi último cliente era un ladrón de azúcar. Interesante.

Es una habilidad propia de los taberneros: me fijo en muchos detalles de la gente. Menudo camarero sería si no supiera distinguir a una pobre rata irlandesa de los muelles de Sligo con una larga carrera en el contrabando de melaza del hijo del concejal local, aunque los dos pidieran la misma jarra de licor. Los camareros están considerablemente mejor pagados cuando son espabilados, y yo intentaba ahorrar todas las monedas a las que podía echar mano. Para algo tan crucial que ni siquiera

podía llamarlo importante.

—Si fuera tú cambiaría de profesión.

Los ojos negros y brillantes de gorrión se convirtieron en rendijas.

—El comercio de melaza —le expliqué—. Pero cuando el producto no es tuyo, los de aquí se lo toman a mal. —El chaval movió uno de los codos en los que se apoyaba, más nervioso a cada segundo que pasaba—. Tienes un cucharón, supongo, y robas de los toneles del mercado cuando sus dueños están devolviendo el cambio. Vale, deja los almíbares y habla con los chicos que venden periódicos. También se sacan un buen jornal y no reciben palizas cuando los comerciantes de melaza se quedan con sus caritas astutas.

El niño salió corriendo tras asentir casi con un espasmo, aferrando la jarra mojada bajo el brazo. Se marchó dejándome con la sensación de ser muy listo, además de buen vecino.

—Es inútil dar consejos a esas criaturas —salmodió Hopstill desde la punta de la barra mientras se bebía a sorbos su copa matutina de ginebra—. Más le valdría haberse ahogado de camino.

Hopstill es londinense de nacimiento, y no muy republicano. Tiene cara de caballo, caída, de pómulos vagamente amarillentos. El color se debe al azufre que se utiliza en pirotecnia. Trabaja fabricando fuegos artificiales, encerrado en un desván donde crea bonitas explosiones para las funciones teatrales del Niblo's Gardens. Hopstill no siente mucho aprecio por los niños. A fuer de ser sincero, yo tampoco. A Hopstill no le caen bien los irlandeses. Pero eso es algo bastante frecuente. No me parece muy justo eso de culpar a los irlandeses por aceptar con entusiasmo los peores y más sucios trabajos si lo único que les ofrecen son precisamente los peores y más sucios trabajos; pero, bien mirado, la justicia no ocupa un lugar muy alto en la lista de las prioridades de nuestra ciudad. Y hasta los peores y más sucios empleos son bastante difíciles de conseguir, pues la mayor parte ya se los han quedado los de su raza.

—¿Ha leído el *Herald*? —dije esforzándome por no enfadarme—. Han llegado cuarenta mil emigrantes desde el pasado enero, ¿quiere que todos ellos se unan a la casta de los amigos de lo ajeno? Darles consejo no es nada más que sentido común. Prefiero trabajar a robar, hablo por mí, pero prefiero robar a morirme de hambre.

—Un esfuerzo idiota —se burló Hopstill mientras se pasaba la mano por los haces de paja gris que tenía por cabello—. Usted lee el *Herald*. Ese maloliente trozo de barro está al borde de la guerra civil. Y ahora me llegan noticias de Londres de que sus patatas han empezado a pudrirse. ¿Lo sabía? Se pudren, así de simple, como si las arrasara una plaga del antiguo Egipto. No es que sea una sorpresa para nadie. No me pillaré mezclándome con una raza que ha atraído la ira de Dios hasta ese extremo.

Parpadeé. Aunque, bien pensado, a menudo me habían sorprendido las doctas

opiniones que me habían regalado los parroquianos del bar acerca de los miembros de la Iglesia católica, por más que los únicos ejemplos vivientes que hubieran visto de la misma fueran los de la variedad irlandesa. Clientes que, por lo demás —o eso parecía—, estaban perfectamente cuerdos. «Lo primero que hacen los curas con las novicias es sodomizarlas, y según cumplen con esa dura tarea suben en el escalafón, así es esa organización: ni siquiera se les considera ordenados del todo hasta que no han consumado su primera violación. Vaya, Tim, creía que sabías que el Papa se alimentaba con la carne de fetos abortados; es de conocimiento público. Así que yo digo que ni hablar, eso digo yo, a la simple idea de alquilar a un irlandés la habitación que me sobra, con todos los diablos que invocan para sus rituales, ¿qué le pasaría al pequeño Jem en casa?». El papismo es visto por casi todos como una corrupción enfermiza del cristianismo, dirigido por el Anticristo en persona, cuya propagación aplastará la Segunda Venida como a una hormiga. No me tomo la molestia de responder a esta peculiar rama de la locura por dos razones: los idiotas acunan sus convicciones como si fueran recién nacidos y el tema me produce dolor de espalda. Además, es improbable que yo pueda cambiar las cosas. Los americanos han sentido cosas así acerca de los extranjeros desde las Alien and Sedition Acts de 1798^[4].

Hopstill malinterpretó mi silencio como una demostración de acuerdo. Asintió y dio otro sorbo a su licor.

—Esos mendigos, nada más llegar, robarán cuanto se les ponga al alcance y no esté bien clavado. Más vale que empecemos a vigilar hasta nuestro aliento.

No hacía falta decir que llegar, llegarían. Con frecuencia, yo recorría los muelles que bordean South Street, a sólo dos manzanas de allí, de camino a casa al volver de la bodega, y allí se exhibían chulescos barcos apiñados como ratas, tan cargados de pasajeros como de pulgas. Lo llevaban haciendo así desde hacía años, incluso durante el Pánico^[5], cuando yo había visto a hombres morir de hambre. Ahora vuelve a haber trabajo, ferrocarriles que tender y almacenes que levantar. Pero tanto si te dan pena los emigrantes como si echas pestes contra ellos y deseas que se ahoguen, en un punto todos los ciudadanos sin excepción están de acuerdo y cierran filas: son una cantidad tremenda. Y la mayoría de ellos, irlandeses, y todos éstos, católicos. Y casi todo el mundo comparte el siguiente sentimiento: no tenemos ni los medios ni las ganas de alimentarlos. Si la cosa va a más, los prohombres de la ciudad tendrán que rascarse los bolsillos y establecer un mecanismo de recibimiento: alguna forma de impedir que los extranjeros se amontonen en los callejones de los muelles, mendigando las sobras a los carteristas hasta que aprenden a robar ellos mismos carteras. La semana anterior, había pasado por delante de un barco que vomitaba sin miramientos a setenta u ochenta criaturas esqueléticas de la Isla Esmeralda, emigrantes que contemplaban con ojos vidriosos la metrópolis, como si les pareciera una imposibilidad física.

—Eso no es muy caritativo que se diga, ¿no, Hops? —comenté.

—La caridad no tiene nada que ver —dijo con el ceño fruncido dejando la copa con un golpe seco sobre la barra—. O mejor dicho, esta metrópolis concreta no tendrá nada que ver con la caridad en los casos en que ésta sea una pérdida de tiempo. Preferiría enseñarle moralidad a un cerdo antes que a un irlandés. Y me tomaré una ración de ostras.

Le pedí una docena con pimienta a Julius, el joven negro que las limpiaba y abría. Hopstill es una amenaza para cualquier pensamiento alegre. Tenía el comentario en la punta de la lengua. Pero en ese momento, un hueco oscuro irrumpió en la lanza de luz, se deslizó como una flecha por las escaleras y Mercy Underhill entró en mi lugar de trabajo.

—Buenos días, señor Hopstill —dijo con su vocecita tierna y cantarina—, y señor Wilde.

Si Mercy Underhill fuera un ápice más perfecta, se tardaría una interminable jornada de trabajo en enamorarse de ella. Pero atesora exactamente el número justo de defectos para que resulte ridículamente fácil. Un hoyuelo como el de la hendidura de un melocotón divide su barbilla, por poner un ejemplo, y sus ojos azules están bastante separados, lo que confiere a su mirada un aire como de pérdida cuando conversa contigo. Sin embargo, su cabeza no se pierde ni una, otro de esos rasgos que algunos hombres consideran un defecto. Mercy tiene pinta de ratón de biblioteca, pálida como una pluma de ave, criada exclusivamente con textos y argumentaciones por el reverendo Thomas Underhill, y los hombres que llegan a percatarse de su belleza las pasan canutas para conseguir engatusarla y que aparte la cara de lo que sea que haya publicado últimamente la editorial Harper Brothers.

Pero nosotros hacemos lo que podemos, claro.

—Quiero dos pintas... ¿dos? Sí, creo que deberían bastar. De ron de Nueva Inglaterra, por favor, señor Wilde —pidió—. ¿De qué estaban hablando?

No llevaba ningún recipiente, aparte de su cesto de mimbre abierto, con harina, hierbas y retazos por lo general compuestos apresuradamente de poesías inacabadas que asomaban de él, así que saqué un tarro de cristal rugoso del estante.

—Hopstill quería demostrar que Nueva York entera es tan caritativa como un vendedor de ataúdes en una ciudad apestada.

—Ron —comentó Hopstill con sequedad—, no pensaba que el reverendo ni usted fueran consumidores de ron.

Mercy se alisó un mechón de su pelo negro y liso que no dejaba de escapársele mientras asimilaba el comentario. El labio inferior descansa justo debajo del superior, y lo oculta un poco cuando cavila. Es lo que hizo en ese momento.

—¿Sabía usted, señor Wilde —preguntó—, que el *elixir proprietatis* es la única medicina que ofrece un alivio inmediato a la disentería? Echo azafrán con mirra y

aloe pulverizados y luego dejo el brebaje durante quince días al sol, mezclado con ron de Nueva Inglaterra.

Mercy me dio varias monedas de diez centavos. Todavía alegraba ver tantos discos de metal tintineando a mi alrededor. Las monedas habían desaparecido por completo durante el Pánico, sustituidas entonces por recibos para pagar las comidas en los restaurantes y vales para el café. Un hombre podía pasarse diez horas picando piedra y cobrar en leche y almejas de Jamaica Beach.

—Eso le enseñará a no dudar de un Underhill, Hops —aconsejé por encima del hombro.

—¿Acaso el señor Hopstill había hecho alguna pregunta, señor Wilde? —dijo Mercy en voz baja.

Así es como lo hace siempre, y vaya si consigue pegarme la lengua a los dientes todas y cada una de las veces. Dos parpadeos, una vaporosa expresión de corderito degollado, un comentario que ella finge que no tiene nada que ver, y ahí estás, colgado boca abajo por los dedos de los pies. Hopstill aspiró tétricamente, sabedor de que era como si lo acabaran de desterrar del continente. Y había sido obra de una jovencita que había cumplido veintidós el junio anterior. No sé dónde aprende esas cosas.

—Se lo llevaré hasta la esquina de su calle —me ofrecí saliendo de detrás de la barra con el licor de Mercy.

Pero durante el trayecto no dejaba de pensar: «¿De verdad vas a hacerlo?». Llevo siendo amigo del alma de Mercy desde hace más de una década. «Todo podría seguir igual. Tú le llevas cosas y ves el rizo que le cae por la nuca e intentas adivinar qué está leyendo para leerlo tú también».

—¿Por qué va a dejar su barra? —preguntó sonriéndome.

—Se ha apoderado de mí el espíritu de la aventura.

New Street estaba atestada, el brillo de los sombreros de marta me hacía daño en los ojos por encima del mar de levitas azul marino. Es una calle con sólo dos manzanas que por el norte llega hasta Wall, llena de tiendas con gigantescas fachadas de piedra y toldos que protegen a los paseantes del resplandor abrasador. Comercio puro. De cada toldo cuelga un rótulo, y pegado a cada pared hay un cartel: «PAÑUELOS MULTICOLORES, DIEZ POR UN DÓLAR». «JABÓN WHITTING'S, UNA GARANTÍA CONTRA LA TIÑA». Todas las calles populosas de la isla están empapeladas de grandes y chillonas hojas de periódico, sin excepción, con los titulares desconchados de ayer apenas visibles bajo los anuncios recién pegados. Atisbé la sonrisa de suficiencia de mi hermano trasladada a un grabado y clavada a una puerta y luego me descubrí esbozando una mueca: «VALENTINE WILDE APOYA LA CREACIÓN DE LA FUERZA POLICIAL DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK».

Pues muy bien. En ese caso, seguramente yo me opondría. Prolifera sin control la delincuencia, los robos se dan por supuestos, las agresiones son frecuentes, los asesinatos a menudo quedan sin resolver. Pero si Val estaba a favor de la vehementemente cuestionada nueva policía, yo optaría por asumir el riesgo de la anarquía. Hasta el año anterior, y a excepción de un grupo de desventurados formado hacía poco que se autodenominaba «la policía de Harper» —creada por el editor y alcalde del mismo nombre en 1844—, y que lucían uniformes azules para ofrecerse como víctimas de las palizas de los más animosos, no existía un solo poli en esta ciudad. Sí que había un cuerpo de Vigilantes en Nueva York. Estos serenos eran viejos soplones sedientos de dinero que trabajaban todo el día y se pasaban la noche durmiendo en cabinas de guardia, vigilados atentamente por la desbordada población de delincuentes. Teníamos un exceso de cuatrocientas mil almas merodeando por las calles, contando la abigarrada multitud perpetua de visitantes de todo el globo. Y menos de quinientos vigilantes, roncando en ataúdes verticales mientras sus sueños rebotaban como bolos dentro de sus cascos de cuero. En cuanto a los guardianes diurnos de la paz, más valía no preguntar. Eran nueve.

Pero si mi hermano Valentine está a favor de algo, ese algo probablemente no sea una buena idea.

—Creí que tal vez necesitaría a un gorila que le abriera paso entre la multitud —le dije a Mercy.

Era un chiste sólo a medias. Soy fuerte, y también rápido, pero poca cosa. Un par de centímetros más alto que Mercy, a lo sumo. Pero Napoleón no creyó que la estatura se interpusiera entre él y Renania, y yo he perdido tantas batallas como él.

—¿Sí? Ah, ya. Bueno, si es por eso, ha sido muy amable.

En realidad, no estaba sorprendida; la mirada de sus ojos azul turquesa claro me lo dejó patente, y decidí andarme con cuidado. Mercy no se dejaba conducir con facilidad. Pero yo me conozco bien la ciudad, tan bien como conozco a Mercy Underhill. Nací en una lúgubre cabaña de Greenwich Village antes de que Nueva York se acercara a sus límites, y había estado conviviendo con las rarezas de Mercy desde que ella tenía nueve años.

—Esta mañana me he preguntado una cosa. —Se detuvo, sus ojos separados se deslizaron hacia mí y luego volvieron a apartarse—. Pero a lo mejor es una tontería, se reirá.

—Si me pide que no me ría, no me reiré.

—Me preguntaba por qué nunca me llamaba por mi nombre, sólo eso, señor Wilde.

Los vientos de Nueva York nunca son frescos en verano. Pero al entrar en Wall y pasar por delante de la sucesión de bancos, tras sus hileras de columnas griegas, el aire se dulcificó. O puede que tan sólo sea que lo recuerde así, pero el caso es que de

repente todo pareció polvo puro y piedra caliente. Limpio como pergamino. El olor valía una fortuna.

—No sé a qué se refiere —dije.

—Ya, claro, perdone, no pretendía ser críptica. —El labio inferior de Mercy se deslizó bajo el superior un poco, apenas una fracción húmeda y cálida, y en ese momento me dio la impresión de que yo también podía percibir su sabor—. Podría haber dicho sencillamente: «No sé a qué se refiere..., señorita Underhill». Y en ese caso ya no hablaríamos más del tema.

—¿Y eso le da que pensar?

Vi un agujero mellado en la acera. Giré rápidamente y desvié los pasos de Mercy, con un frufú de sus faldas de verano verde claro. Es posible que ella también hubiera visto el pequeño socavón porque no se sobresaltó lo más mínimo. Ni siquiera volvió la cabeza. Cuando acompaño a Mercy un par de manzanas, a veces, dependiendo de su humor, es como si ni siquiera estuvieras allí, por la atención que te presta. Y yo no soy precisamente un domingo, por así decirlo; nunca he sido una ocasión especial. Soy más bien un día laboral, de entre semana, de esos en los que nadie se fija. Pero tal vez podría cambiarlo, o al menos eso creía.

—¿Quiere que teorice sobre por qué le gusta el tema de mi nombre, señor Wilde? —me preguntó mientras se esforzaba por contener la risa.

La había pillado. Nadie responde jamás a sus preguntas con otras preguntas, de la misma manera que ella nunca responde ninguna. Ése es otro defecto de Mercy que tengo controlado. Es hija de un reverendo, no cabe la menor duda, pero si eres lo bastante perspicaz para entenderla, habla con el ingenio de una mujerzuela.

—¿Sabe qué me gustaría hacer? —le pregunté a mi vez, pensando que ahí estaba el truco—. He conseguido ahorrar algo de dinero, unos cuatrocientos en efectivo. No como esos maníacos que cogen el primer dólar que les sobra y se lo juegan especulando con el precio del té chino. Quiero comprar un poco de tierra, en Staten Island a lo mejor, y tal vez un transbordador. Los barcos de vapor son caros, pero puedo tomármelo con calma para encontrar un buen precio.

Recordé los dos años que viví como un huérfano, escuálido y pálido, a los doce años. Había engatusado, por pura tenacidad, a un barquero galés, un tipo gigantón pero amable, para que me diera trabajo durante uno de los períodos de más penuria que habíamos pasado Valentine y yo, en el que nos alimentamos durante una semana de manzanas harinosas. Quizá me contrató como marinero de cubierta porque el buen hombre sospechó cuál era mi situación. Me acordaba de un día que estaba en la proa del transbordador, delante de las barandillas que acababa de pulir hasta que se me llagaron los dedos, con la cabeza echada hacia atrás, cuando una vigorosa tormenta de verano estalló bajo el sol todavía abrasador. Durante cinco minutos, la espuma y la lluvia bailaron a la luz deslumbrante, y durante cinco minutos no me pregunté si mi

hermano, en Manhattan, se las había apañado por fin para matarse. Me sentía maravillosamente. Como si me hubieran borrado de la existencia.

Mercy apretó furtivamente la mano que me agarraba.

—¿Qué tiene que ver su anécdota con mi pregunta?

«Sé un hombre y lánzate», pensé.

—A lo mejor es que no quiero llamarla señorita Underhill, nunca más —le respondí—. A lo mejor me gustaría llamarla Mercy. ¿Qué preferiría?



Esa noche, en la Nick's Oyster Cellar, yo hacía las veces de piedra de toque, de amuleto luminoso y deslumbrante. Todos mis pálidos y admirados jugadores, todos los adictos al faro, el champán, la morfina y lo que caiga, los enganchados que pululan por la Bolsa y sellan acuerdos con apretones de manos húmedas en las trastiendas de las cafeterías..., todos me veían tocado por la suerte y querían probarla. Una copa servida por Timothy Wilde tenía tanto valor como una palmada en la espalda de un Astor.

—¡Tres botellas de champán más! —gritó un tipo esmirriado llamado Inman, que apenas podía respirar encajonado como estaba entre codos enfundados en chaquetas negras. A veces me preguntaba qué llevaba a los financieros a dirigirse a otro agujero sofocante en cuanto salían de la sala de la Junta de Corredores de Bolsa.

—Tómame una copa a mi cuenta, Tim, ¡el algodón ha dado un subidón que ni una pipa de opio!

La gente me cuenta cosas. Siempre lo ha hecho. Sueltan información a chorro, como de una bolsa rajada salen las judías secas. Pero la cosa ha ido a peor desde que sirvo en una bodega. Es sumamente útil, pero a veces resulta agotador, porque soy en parte camarero y en parte un hoyo en el suelo a medianoche, un agujero rápidamente excavado en el que enterrar secretos. Si Mercy adquiriera la misma costumbre sería un auténtico milagro.

Un reguero de honesto sudor laboral me bajaba por la espalda a las nueve, cuando el sol se ponía. Hombres que sudaban por otros motivos pedían bebidas y ostras como si el mundo hubiera salido disparado de su eje. Según parecía, no había más remedio que darse un banquete hasta reventar antes de que todos saltáramos también por los aires. Yo me movía como si fuera una docena, apañándome con los pedidos, devolviendo los insultos amistosos, contando la lluvia de monedas.

—¿Cómo andamos, Timothy?

—Tenemos champán frío suficiente para hacer flotar un arca —le grité a Hopstill, que había reaparecido. Julius se materializó a mis espaldas, cargando con un cubo de hielo recién raspado—. La próxima ronda corre a cuenta de la casa.

Como me había imaginado, Mercy Underhill no había dicho no a ninguno de mis

comentarios. Ni «me parece que está muy equivocado», ni «déjeme en paz». En lugar de eso, dijo un montón de cosas que no tenían nada que ver antes de que la dejara en la esquina de las calles Pine y William, mientras se levantaba una brisa del este, donde las cafeterías despedían intensos olores requemados al aire espeso.

Ella había dicho, por ejemplo: «Puedo entender que no le guste mi apellido, señor Wilde. A mí me hace pensar en que uno está enterrado». Había dicho: «Sus propios padres, que Dios les conceda descanso eterno, tuvieron la generosidad de darle el apellido de un canciller de Inglaterra. Me encantaría vivir en Londres. Qué fresco debe de ser en verano, y allí los parques tienen hierba de verdad, y todo es de un verde eléctrico por la lluvia. O eso me contaba siempre mi madre, cada vez que el verano de Nueva York se volvía insoportable». Ése era el catecismo habitual de Mercy, fuera cual fuese la estación: una breve oración para su madre, Olivia Underhill, una mujer de Londres que había sido excéntrica, generosa, imaginativa, hermosa y extraordinariamente parecida a su única hija.

Mercy había añadido:

—He acabado el capítulo veinte de mi novela. ¿No le parece un número emocionante? ¿Había esperado que llegara tan lejos? ¿Me dará su opinión sincera cuando la haya acabado?

Si pretendía desanimarme, tendría que ponérmelo más difícil.

Es posible que yo no tuviera un título académico, ni fuera hombre de iglesia, pero le caía muy bien al reverendo Underhill. Los camareros son los pilares de la comunidad y el eje de la rueda de Nueva York, y yo tenía cuatrocientos dólares en plata pulida en el colchón de paja de mi cama. Mercy Underhill, en mi opinión, debería llamarse Mercy Wilde, y entonces yo ya no tendría que preocuparme por saber adónde me llevaría ninguna conversación el resto de mi vida.

—¡Dame cincuenta dólares y te haré rico en quince días, Tim! —gritó Inman desde unos metros en la marea agitada de cuerpos—. ¡El telégrafo de Sam Morse puede convertirte en un rey!

—Coge tu dinero de mentira y vete al infierno —le repliqué animadamente, mientras buscaba un trapo mojado—. ¿Has invertido alguna vez en la Bolsa, Julius?

—Antes quemaría el dinero que especular con él —respondió Julius sin mirarme, mientras descorchaba hábilmente un hilera de botellas de champán empapadas con sus dedos anchos. Es un tipo sensato, listo y tranquilo, que lleva unas olorosas hojas de té trenzadas en el pelo—. El fuego, al menos, puede calentar la olla. ¿Te parece que saben que el Pánico fue obra suya?, ¿crees que se acuerdan?

A esas alturas yo ya no escuchaba a Julius. Estaba dándole vueltas, espeso como si fuera cargado de láudano, a lo último que me había dicho Mercy.

«No piense que me ha molestado, después de todo no estoy casada con mi apellido».

Fue la única frase que venía a cuento acerca de la cuestión que le escuché decir jamás, me parece. Al menos, la primera que pronunció al respecto desde que tenía unos quince años y, aun así, el comentario tenía un encanto furtivo. Por eso fue un momento grácil y embriagador. El instante en que me di cuenta de que Mercy estaba diciendo algo casi directamente fue tan hermoso como cuando habla dando rodeos, trazando círculos como una cometa de rojo encendido volando al viento.

A las cuatro de la madrugada, le pasé a Julius dos dólares extra mientras apoyaba el palo de la fregona en un rincón. Asintió. Casi aturdidos por el cansancio, nos dirigimos hacia las escaleras que nos conducían a la ciudad que ya despertaba.

—¿Te has preguntado cómo debe de ser dormir por la noche? —le pregunté mientras cerraba la puerta de la bodega a nuestras espaldas.

—No me pillarás en una cama después de anochecer. Que el diablo siga pensando mal —respondió Julius guiñando el ojo ante su propio chiste.

Llegamos a la calle en el instante en que el alba resplandecía aferrando ya sus dedos rojizos al horizonte. O eso le pareció al rabillo de mi ojo mientras me ajustaba el sombrero. Julius se dio cuenta antes que yo.

—¡Fuego! —chilló con su voz grave y uniforme ahuecando las manos alrededor de sus labios bien dibujados—. ¡Fuego en New Street!

Por un instante me quedé allí, paralizado en aquella oscuridad con una franja de púrpura sobre mi cabeza, comportándome ya con la misma inutilidad que un inspector de farolas rotas. Sentía el mismo malestar en las entrañas que siempre me produce la palabra «fuego».

DOS

La explosión se oyó en Flushing, donde se atribuyó al estruendo de un terremoto. Cayeron cenizas sobre Staten Island y, a millas de distancia, en Nueva Jersey, el sol quedó oscurecido por el humo durante toda la mañana.

• *New York Herald*, julio de 1845 •



La tercera planta de la fachada del edificio al otro lado de la calle parecía haber encarcelado un sol ambarino. Feroces lenguas amarillas devoraban las ventanas que daban al exterior; el fuego ya se estaba apoderando de lo que debía de haber sido un inmenso almacén. Por estos lares, los incendios son tan frecuentes como los disturbios, y también tan fatales, pero éste estaba propagándose a la vista de todos sin que nadie hubiera dado la alarma. Así que, fuera cual fuese la causa, había sido muy rápido: una lámpara encendida cerca de una pila de algodón, la colilla de un puro en un cubo de basura. Cualquier leve, tonto y letal desliz bastaba. Se trataba de un almacén muy grande enfrente de la bodega de Nick, que ocupaba buena parte de la pequeña manzana, y el corazón se me encogió por segunda vez cuando me di cuenta de que un resplandor tan intenso debía de haber arrasado la planta baja entera y seguramente se propagaba ya por la pared del edificio contiguo.

Julius y yo corríamos hacia las llamas. En Nueva York uno corre hacia los incendios todavía no descubiertos, no huye de ellos, y ofrece su ayuda hasta que las compañías de bomberos voluntarios llegan al escenario. Ha habido gente que se ha abrasado por no encontrar una mano tendida por una ventana. Miré a nuestras espaldas, anhelando oír el ruido de la alarma de incendios por mucho que aborreciera ese sonido.

—¿Cómo es posible que no lo haya visto nadie todavía? —pregunté jadeando.

—No es normal. —Julius se paró y gritó de nuevo hacia los cielos—: ¡Fuego! — Y siguió corriendo detrás de mí.

Los vecinos iban saliendo poco a poco a la calle bajo el cielo ennegrecido y contemplaban asustados, con esa extraña mezcla de emoción y escalofrío del urbanita que busca diversión, la cinta de llamas que se extendía por la planta de arriba. A nuestras espaldas, por fin la alarma de incendios más cercana rasgó el aire con sus repiques estremecedores, toques solitarios para pedir ayuda en el Distrito Primero. En pocos instantes, el eco de respuesta surgió de la cúpula del ayuntamiento más allá del parque.

—Espera —dije, tirando con fuerza del hombro de Julius.

Las ventanas que quedaban del almacén empezaron a encenderse como una serie

de cerillas, las chispas habían invadido claramente todas las plantas y el fuego devoraba el interior, como si el inmenso edificio fuera de papel. Los cristales saltaban como si los hubieran hecho añicos con repentinos disparos de pistola que yo no acababa de entender.

Pero entonces lo entendí todo, y fue mucho peor.

—Es el almacén de Max Hendrickson —susurré.

Los ojos marrones de Julius se abrieron como platos.

—Dios nos asista —dijo—, si las llamas alcanzan sus existencias de aceite de ballena...

Una mancha de franela roja nos adelantó cuando un bombero voluntario con los tirantes sueltos y su curioso casco de cuero caído sobre la cara dobló la esquina de Exchange Place. «Corre como un demonio para hacerse con la boca de incendios más próxima para su propia compañía de bomberos —pensé con mi habitual destello de desdén—. Y de ese modo llevarse toda la gloria».

Mientras tanto, se me pasó por la cabeza que mi futuro era de repente menos seguro que antes.

—Ve y recoge tus objetos de valor —me mandó Julius antes de que yo dijera nada—. Y reza por conservar tu casa desde ya.

Yo vivía en Stone Street, dos manzanas más abajo del final de New Street, por Broad, y eché a correr a toda prisa, doblé la esquina alejándome del edificio condenado, sin pensar en otra cosa que en Mercy, en mi piso y en los cuatrocientos dólares en plata. Recuperaría ese dinero aunque me matara. Las fachadas de las tiendas por delante de las que había pasado un millar de veces quedaron atrás en un abrir y cerrar de ojos: sillas hechas a mano, libros encuadernados en cuero y rollos de tejidos apenas visibles detrás de los escaparates oscurecidos..., mis botas volaban sobre los adoquines erosionados, corriendo como si me persiguiera el infierno mismo.

Ése fue mi primer error. El infierno resultó estar delante de mí, a una manzana del incendio de New Street.

En cuanto puse el pie en Broad Street, una detonación que pareció una erupción volcánica hizo saltar por los aires el número 38 de la calle, convirtiéndolo en una columna de humo cargada de piedras, con misiles de granito del tamaño de un hombre adulto volando por encima de mi cabeza. Cuando por fin pude frenar resbalando, el edificio había lanzado una cantera entera de piedra a los edificios de enfrente.

En un primer momento pensé «Dios bendito, alguien ha puesto una bomba en medio». Pero el 38 de Broad, recordé en el fondo de mi mente aturdida por el fuego mientras el descomunal edificio se hacía añicos ante mis ojos, era en la actualidad un almacén de nitro. Guardaba los cargamentos de pólvora que pertenecían al muy popular dúo de mercaderes Crocker y Warren. Lo que era una lástima para Nueva

York, sin duda. Mientras el estruendo casi me reventaba los tímpanos, pensé: «Mala suerte. Debía de haber alguna ventana abierta», porque las cenizas del veloz incendio de New Street habían sido obviamente arrastradas por el viento a través de la calle hasta una sala donde estaban los barriles de pólvora. En medio del fragor, livianas florituras de ceniza colgaban totalmente inmóviles muy por encima de los adoquines. Quizá fue torpe por mi parte plantearme siquiera el papel de la suerte en aquel momento, pero los almacenes de nitro que explotan al parecer ejercen un efecto ralentizador en mis entendederas.

Con retraso, empecé a correr. Había dado dos pasos cuando vi a una mujer que pasaba volando a mi lado, con la boca abierta y la cara petrificada por la sorpresa, el pelo ondulándose por detrás en un arco perezoso. Había perdido un zapato y el pie tenía una mancha de sangre en el empeine. Fue entonces cuando todo empezó a parecerme muy raro, porque me di cuenta de que yo también volaba. Y en ese momento oí, no, sentí, porque el mundo se había quedado en silencio, que la tierra entera se desgarraba por la mitad con la misma facilidad que un viejo jirón de algodón.

Cuando volví a abrir los ojos, el planeta se había puesto boca abajo. Y seguía explotando sin parar.

Mi cabeza se apoyaba en una puerta que todavía se mantenía dentro de su marco, pero se supone que las puertas no son horizontales. Me pregunté por qué ésta lo era. Y también por qué parecía haber enormes cascotes rodeándome por todas partes.

Una llama apenas mayor que la de una diminuta cerilla ardía rozando el zapato de piel de becerro de la mujer a quince centímetros de mi mano. Esa simple chispa me sacaba de quicio, con su aproximación prepotente y artera. Quería salvar el zapato, devolvérselo a la mujer voladora, pero no podía mover los brazos. El índice de mi mano derecha se retorció, con un movimiento similar al de un animalillo torpe e impetuoso. Atisé el cielo a través de una grieta y me pregunté cómo podía haber amanecido del todo tan rápido.

—¡Tim! ¡Timothy!

Reconocí la voz. Sentí que me dominaba la cólera, pero también un miedo simple y estúpido por debajo de la conmoción. No iba tan cargado de morfina como para no poder mantenerse en pie, parecía. Claro que no. Eso habría sido demasiado fácil. Así que ahí estaba, avanzando a zancadas hacia el centro de la diana, mientras la metralla y el azufre llovían abundantemente sobre su persona. Típico de él.

—¡Timothy, dime dónde estás! Por el amor de Dios, Tim, ¡responde!

La lengua se me pegaba testaruda a la parte de atrás de los dientes. No quería que esa voz me viera despatarrado por el suelo en una pose de bailarina china, incapaz siquiera de levantar un zapato suelto. Tampoco quería que esa voz se acercara ni remotamente a un almacén que se comportaba como el cañón más grande del mundo.

Pero lo único que podía articular mi pensamiento era una sensación algodonosa, que simplemente decía: «No».

Sentía que algo pegajoso y metálico me corría por la mejilla.

«Luz. Demasiada luz».

Una llamarada amarilla y titilante como la de una chimenea inmensa, digna de Dios, me dio directamente en los ojos cuando alguien empezó a apartar las piedras. Sólo había quedado enterrada la parte superior de mi cuerpo. Mis piernas estaban al aire y al poco también lo estaba mi cara, cuando una figura recién afeitada pero inmensa como un oso apartó una pesada contraventana de hierro.

—Dios, Tim. Julius Carpenter acaba de salvarte el pellejo al decirme en qué dirección habías ido. En esta calle no queda nadie que respire.

Parpadeé ante mi hermano seis años mayor que yo, aquel corpachón de un bombero, ennegrecido de hollín, con el hacha oscilando en el cinturón y el rostro oscurecido por el infierno desatado a sus espaldas. La rabia que sentía en el pecho se agitó al mezclarse con un repentino alivio. Cuando me alzó tirando de mis brazos, reprimí un grito mordiéndome los labios y me las apañé milagrosamente para mantener el equilibrio al verme en pie. Él echó uno de mis brazos sobre su áspera camisa roja antes de salir de allí tan rápido como yo podía seguir su paso, de vuelta por donde yo había venido, los dos tambaleándonos entre los escombros como si fueran arena que nos cubriera los tobillos en una playa.

—Hay una chica, Val —dije con voz ronca—. Cayó muy cerca de mí. Tenemos que...

—Con cuidado, con cuidado —gruñó Valentine Wilde. No habría podido oírle por encima del ensordecedor pitido que resonaba en mi cabeza de no haber estado a cinco centímetros de mi oreja—. Estás más que medio atontado, ¿no? Espera a que salgamos de aquí y pueda verte mejor.

—Ella...

—Vi un trozo de la chica, Timothy. Hoy la acostarán con una pala. Apaga tu cabeza siquiera por un momento.

No me acuerdo de gran cosa hasta que Valentine llegó a un muro de ladrillo bajo una farola de gas en New Street y me recostó contra él. Lo que había sido una calle comercial de piedra semivacía se había convertido en un avispero volcado. Ya habían llegado tres compañías de bomberos voluntarios, al menos, y se respiraba una malsana atmósfera de tensión bien visible entre todos y cada uno de aquellos hombres de camisa roja. Ni uno solo gritaba o reñía por las bocas de incendios ni blandía puños americanos. Cada vez que un bombero cruzaba la mirada con otro lo único que se leía en sus ojos era: «¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué?». La mitad de ellos miraba a mi hermano, sus ojos le buscaban y se clavaban en él. «Wilde. Wilde no le teme a nada. Wilde siempre sabe qué hacer. Wilde se mete en las llamas como si fueran rosales.

Muy bien, Wilde, ¿ahora qué?». Yo quería acallarlos a todos tapándoles las bocas con mis manos desnudas, impedirles que siguieran llamándole.

«¿Qué es lo que esperan que haga él con una ciudad que está reventando?».

—Estás hecho una verdadera piltrafa, chaval. Anda, ve a la botica más cercana —ordenó Valentine—. Te llevaría al hospital, pero está demasiado lejos y los chicos me necesitan. El estado entero se quemará si no...

—Pues anda, ve —dije tosiendo con amargura. A lo mejor, si le daba la razón por una vez, él cambiaría de opinión sólo por llevarme la contraria. Nada me enfurece tanto como la obsesión de mi hermano por las llamas—. Tengo que pasarme por casa y luego...

—No te hagas el tonto conmigo —me espetó mi hermano—. Ve a un médico. Estás más malherido de lo que crees, Tim.

—¡Wilde! ¡Échanos una mano, se está propagando!

Mi hermano se vio tragado por un torbellino de camisas que se gritaban órdenes unas a otras y lanzaban penachos de agua pulverizada desde las puntas de mangueras que atravesaban el aire entre los perezosos rulos de humo. Aparté la mirada de Val intencionadamente, volviendo con brusquedad el cuello y vi la figura abotargada del juez George Washington Matsell guiando a un grupo de mujeres gimoteantes lejos de las viviendas en llamas, hacia las escaleras del edificio de las aduanas. Matsell es algo más que un político, es casi una leyenda para los vecinos, una persona muy visible, en parte porque abulta casi como un bisonte. Seguir a un líder cívico tan digno de confianza como el juez Matsell parecía una opción razonable para ponerse a salvo.

Pero yo, fuera porque estaba furioso o porque había recibido un golpe en la cabeza, me encaminé tambaleándome hacia mi casa. El mundo que conocía hasta ese momento había enloquecido. No es raro que yo me hubiera desquiciado también.

Caminé hacia el sur a través de una nevisca cuyos copos eran del color del plomo; me sentía temerario e imparable. En Bowling Green hay una fuente en el centro: un surtidor alegre y torrencial, con ríos de agua que se desbordan por el filo. La fuente burbujeaba, pero nadie podía oírla a causa de los edificios de ladrillo de los alrededores cuyas llamas se derramaban como cascadas de sus ventanas. El fuego rojizo ardía con violencia hacia las alturas y el agua rojiza transparente caía mientras yo avanzaba, tambaleándome, entre los árboles, con los brazos alrededor del estómago, preguntándome por qué sentía la cara como si acabara de salir del agua salada de Coney Island y me hubiera topado de frente con un gélido viento de marzo.

Cuando llegué a Stone Street ésta era una muralla de fuego, y mi propia casa se desmoronaba sobre la tierra aunque las corrientes de calor ascendentes la empujaran hacia arriba. Verla así hizo que yo me desmoronara también. Mientras el exceso de agua desperdiciada de los vehículos de bomberos se escurría entre mis pies, por

donde no tardaron en flotar huesos de pollo y trozos pisoteados de lechuga, me imaginé mi plata fundida fluyendo entre las grietas de los adoquines. Diez años de ahorros se me aparecieron como un río de mercurio que pintaba espejos en las suelas de mis botas.

—Sólo las sillas —sollozaba una mujer—. Teníamos una mesa, y él podía haber cogido la mantelería. Pero sólo cogió las sillas, sólo las sillas, las sillas.

Abrí los ojos. Había estado caminando, eso lo sabía, pero con los ojos cerrados. Me encontraba en el extremo más al sur de la isla, en medio de Battery Gardens. Pero ya no era como lo había visto toda mi vida.

El Battery es un paseo para aquellos que disponen de tiempo para dar paseos por placer. Está alfombrado de colillas de cigarrillos y cáscaras de cacahuetes, pero el viento que procede del océano se lleva las preocupaciones de mis entrañas y los sicómoros no me impiden ver los bosques de Nueva Jersey en la otra orilla del Hudson. Es un lugar espléndido, y tanto vecinos como turistas se apoyan en las barandillas de hierro por las tardes a contemplar en compañía el paisaje por encima de las aguas.

Pero el Battery se había convertido en un almacén de muebles. La mujer que se balanceaba sobre sus sillas tenía cuatro; a mi izquierda, se levantaba una pequeña colina de balas de algodón rescatadas del fuego. Cofres de té amontonados como una vertiginosa Torre de Babel sobre una pila gigantesca de palos de escoba. El aire viciado del verano de hacía apenas media hora humeaba ahora con el polvo ceniciento del aceite de ballena quemado.

—Oh, Dios bendito —dijo una mujer que llevaba un saco de azúcar de unos veinticinco kilos con el rótulo que lo identificaba limpiamente estampado, mirándome a la cara—. Tiene que ir a un médico, señor.

Apenas la oí. Me había derrumbado sobre la hierba, entre las mecedoras y los sacos de harina, mientras le daba vueltas al único pensamiento que un tipo ambicioso de Nueva York se habría permitido tener mientras perdía la conciencia y la ciudad explotaba.

«Si tengo que pasarme otros diez años ahorrando, ella escogerá a otro».



Cuando me desperté, convertido en indigente, con náuseas y desorientado, mi hermano ya me había buscado una nueva profesión por su cuenta. Por desgracia, Valentine es ese tipo de hombre.

—Vaya, te has despertado, chaval —dijo arrastrando las palabras desde la silla que había acercado al lado de mi cama, sentado de cara al respaldo, con su grueso brazo rubio oscilando por delante y sosteniendo un puro a medio mascar por encima del cedro lijado—. A propósito, una parte de Nueva York sigue en pie. Aunque no tu

casa ni el bar donde trabajas; lo he comprobado. Han quedado como el interior de mi chimenea.

Pero los dos estábamos vivos, lo que, bien mirado, parecía una noticia bastante buena. Aunque, ¿dónde? El alféizar que había a unos metros de mí contenía una serie de frascos de hierbas y un cuenco con espárragos alegremente erguidos, ya fuera como ornamentación o para un futuro ágape. Entonces atisbé un inmenso y glorioso cuadro de un águila americana con flechas en sus garras, colgado en la pared del fondo, e hice una mueca para mis adentros.

La casa de Val, en Spring Street. Hacía meses que no me pasaba por ahí. Es la segunda planta de un edificio elegante y acogedor, con carteles políticos histriónicos y los habituales y enfáticos cuadros patrióticos con George Washington y Thomas Jefferson cubriendo las paredes. Los bomberos son los héroes de Nueva York, y los héroes se ganan la vida mediante la política porque no les pagan un céntimo por precipitarse de cabeza a infiernos en llamas. Así que sus jornadas se desarrollan como sigue: como diversión, apagan incendios, se parten la cara con sus rivales de otras compañías de bomberos en peleas de bandas organizadas, y se recorren el Bowery bebiendo y yendo de putas; y, como trabajo, consiguen que sus amigos sean elegidos o designados para los cargos públicos de la ciudad, de manera que todos acaban eligiéndose o designándose entre sí. La gente se opondría más ruidosamente a este apaño si no adorara a los bomberos. ¿Vas a cuestionar a un tipo vestido de algodón rojo, por más bravucón que sea, cuando está sacando a tu bebé por una ventana y depositándolo en tus brazos?

Pero yo no tenía estómago para ninguna de las dos cosas. Ni para la política ni para una exposición prolongada a Val.

Valentine es miembro del Partido Demócrata, de la misma manera que otros hombres son médicos, estibadores o cerveceros, y su objetivo profesional en la vida es hacer picadillo a los odiados *whigs*^[6]. A los demócratas no les preocupan demasiado los pocos antimasones dispersos cuyo único propósito es convencer a América de que los francmasones pretenden asesinarlos a todos en las camas. Tampoco les quitan el sueño los antiesclavistas del Liberty Party porque, por más que los neoyorquinos se alegren de que aquí la esclavitud se aboliera por completo en 1827, unirse a una organización política dedicada al bienestar de los negros está totalmente pasado de moda. Lo que irrita la fina piel de Val son las intrigas de los *whigs*: suelen ser comerciantes, médicos y abogados, la mayoría acaudalados o, todos, al menos, con pretensiones de serlo, caballeros con las manos limpias que arman un follón tremendo con lo de subir aranceles y modernizar los bancos. La respuesta demócrata habitual a los argumentos de los *whigs* es ensalzar las virtudes naturales del campesino y luego arrojar las urnas con votos procedentes de distritos *whigs* al Hudson.

No obstante, en mi opinión, la principal diferencia entre ellos no es política. Tal como yo lo veo, a los demócratas les gustaría que hasta el último contribuyente irlandés les votara, mientras que los *whigs* preferirían que hasta el último contribuyente irlandés fuera deportado a Canadá.

Todo eso me repugna. Pero concedo que mi hermano vive más que confortablemente. Y para tratarse de un hombre que se olvida de para qué sirven los dos botones de arriba de su camisa de bombero y tiene por la morfina la misma consideración que la mayoría de la gente tiene por el agua tónica, resulta risiblemente pulcro en sus hábitos domésticos. Barre el suelo todas las mañanas y pule los morillos con ron en meses alternos.

—¿Tienes sed?, ¿agua, ron, ginebra o un poco de cerveza? —Mi hermano fue a revolver por la cocina y cuando volvió dejó dos jarras en la mesita que yo tenía al lado—. Ten, elige entre la primera pareja. ¿Puedes creerte que en el treinta y ocho de Broad Street, aparte de la nitro, había un sótano lleno de coñac? Barriles y barriles de brandy, Tim. La peor racha de mala suerte que he visto en mi vida...

Mientras seguía hablando, entrecerré los ojos, enfocando la visión. Val vestía una versión desangelada de su típico atuendo de gala de macarra del Bowery: llevaba una elegante camisa blanca y pantalones negros con un chaleco de seda estampado de peonías no muy desgastado. Limpio y saludable, pero a todas luces exhausto. Mi hermano es mi vivo retrato, sólo que a una escala un treinta por ciento mayor, con una cara juvenil y hoyuelos, pelo rubio oscuro con un pico marcado en la frente y unas ojeras reflexivas bajo sus brillantes ojos verdes. Pero las ojeras no tienen mucho que ver con la profundidad de pensamiento en ninguno de los dos. En especial en el caso de Val. No, él es más bien el tipo de hombre que sale tambaleándose de un burdel después de haber apuñalado a alguien, con una fulana embelesada bajo cada brazo nudoso, exultante por la ginebra y carcajeándose como la clave de fa de un órgano, la encarnación misma de un genuino broncas americano^[7]. Cuando se ríe, mi hermano se encoge, como si no debiera reírse. Y no, no debería. Nunca pateó las calles putrefactas de la ciudad un caballero de mente más oscura con su cepillada levita negra.

—Fue todo un espectáculo, Tim —concluyó Val con una sonrisa torcida—. Y los amigos de lo ajeno se pusieron a trabajar en cuestión de segundos. Que me parta un rayo si no vi a un espabilado muerto de hambre de setenta años que había birlado tantos puros que tenía que cargarlos en su propia ropa. Se ató la lona de los pantalones con dos cordones a la altura de los tobillos y se los llenó.

Fue entonces cuando me di cuenta de qué estaba mal, aparte de las heridas: me había puesto hasta las cejas de láudano. Mi hermano me había cargado tanto después de que el médico (esperaba que hubiera sido un médico) se marchara, que la imagen de los pantalones de un hombre desbordados de puros me pareció salida de una

pesadilla. Valentine es muy cuidadoso con la cantidad de vinagre que se le echa a su salsa de pescado, y también con que se hierva la leche para su café, pero un hombre con tanta droga en sus venas es propenso a errar el cálculo cuando se trata de la dosis de opiáceos. Mientras tanto, un dolor misterioso me roía un lado de la cabeza con unos colmillos de reptil al rojo vivo. Yo quería sentirlo. Identificarlo si era posible.

—Olvídate de los puros. ¿Cómo llegué hasta aquí? —le pregunté con una lengua pastosa.

—Te encontré en el Battery, en una fortaleza de Sagradas Escrituras. Uno de los bomberos te había visto en compañía de los de la Bible Society, boca arriba, con todas las luces apagadas, y eso que te había dicho que buscaras a un matasanos, pedazo de enano; aunque, por suerte, cualquier hombre del partido sabía que eras mi hermano, y me avisaron al instante. Esos bocazas de sacristía hacían guardia encima de tu pellejo inerte y de sus mil doscientas sesenta y una Biblias rescatadas de Nassau Street.

«Bocazas de sacristía». Quería decir religiosos. Me asaltó la imagen de tres tipos con ropas clericales de tweed de color apagado recortándose contra la tenebrosa luz de las estrellas. Discutían sobre si era seguro dejar allí a un hombre, conmigo y las pilas de Biblias, y enviar a dos a recoger piezas de su imprenta. Entonces uno sugirió que en lugar de eso fueran a buscar a un médico, y los otros le respondieron que no dijera tonterías. Dios me daría fuerzas siempre que ellos se ocuparan de que sus imprentas estuvieran intactas. Yo no estaba en condiciones de discutir en ese momento.

—Cuando llegué, te entregaron —prosiguió Val distraídamente mientras se sacaba un trozo perdido de tabaco de la lengua—. Tienes dos costillas muy magulladas y..., bueno, nada más que te mantenga tumbado por mucho tiempo.

—Siento que te hayas perdido parte del incendio.

—En cualquier caso, nos he colocado bien a los dos —anunció Val como si retomara un tema que habíamos dejado de lado sin querer—. Ambos tenemos un nuevo empleo, mi querido Tim. Uno al que te acostumbrarás, como un pájaro al aire.

No le hacía caso.

Estaba toqueteando con la punta de los dedos el algodón aceitoso que me vendaba el cuadrante superior derecho de la cara. Mi ojo estaba bien, lo sabía, porque veía con la claridad de una vidriera de iglesia, aunque las drogas lo velaban un poco todo. Y, por lo que explicaba el propio Val, había sido un milagro que las peores heridas que había sufrido fueran sólo un par de costillas magulladas. Así que no podía haber recibido ningún golpe demasiado fuerte en la cabeza, ¿no?

Pero seguía oyendo las palabras de mi hermano, pronunciadas con pesar pero con rapidez, relatando cómo había vuelto a sacar a la gente de las casas que se venían abajo. Sonaba áspero como un papel de lija. Una voz que no oía desde hacía años. Y

así, al imaginarme a mí mismo, de golpe mi sangre fluyó resbaladiza y viscosa como una anguila.

«Estás más malherido de lo que crees, Tim».

—No quiero formar parte de ninguno de tus tinglados. Ni presentarme al senado del estado ni trabajar de inspector de bocas de incendios —dije con voz crispada sin hacer caso a mis propios pensamientos.

—Se le saca más jugo que al pastel de ostras, que lo sepas. —Ya de pie, Valentine empezó a abotonarse la camisa, con la punta húmeda del puro en la comisura de su elocuente boca—. Acabo de conseguir los dos empleos esta misma mañana, por mediación del partido. Por descontado, el mío es..., un poco más importante. Y en este distrito. A ti sólo logré colocarte en el Distrito Sexto. Tendrás que vivir allí, buscarte una casa, porque se exige que los agentes vivan en el mismo distrito en el que patrullan. Pero a ti tanto te da. A estas alturas tu casa está siendo arrastrada a manguerazos hasta el río.

—Sea lo que sea, la respuesta es no.

—No te me pongas tan susceptible, Timothy. Tiene que haber una policía.

—Eso todo el mundo lo sabe. Además, he visto tu cartel, y no es que se hayan ganado mi simpatía.

A pesar de mis recelos, o tal vez debido a ellos, la polémica sobre la policía había sido la primera historia política que había seguido de cerca desde hacía años. Inofensivos ciudadanos solicitaban a gritos un cuerpo de policía, patriotas menos inofensivos vociferaban que los hombres libres de Nueva York nunca tolerarían la creación de un ejército permanente. La legislación se había aprobado en junio, una victoria del Partido Demócrata, y los ciudadanos inofensivos ganaron por fin gracias a infatigables matones como mi hermano, hombres a los que les gustaba por igual el peligro, el poder y los sobornos.

—Pronto cambiarás de opinión, ahora eres un policía.

—¡Ja! —ladré con amargura y un doloroso latigazo restalló en mi cabeza—. Me parece muy bonito. ¿Me quieres ver atado en una camisa de fuerza azul para que los hombres de verdad me tiren huevos podridos?

Valentine resopló y consiguió que me sintiera más pequeño de lo que suelo sentirme en su presencia. No es un truco fácil; pero él es un verdadero experto.

—¿Crees que a un republicano libre como yo van a pillarlo andando por ahí embutido en una librea azul? Ni lo sueñes, Tim. Ahora somos una policía de verdad, sin uniformes, y con George Washington Matsell en persona al frente. Para siempre, dicen.

Parpadeé, medio aturdido. El juez Matsell, el prohombre con tan mala fama como exceso de peso que había visto en medio del incendio, ahuyentando a los mirones embobados hacia el oasis del juzgado. Por diversas fuentes, también sabía que era un

pedazo de grasa rancia, la rigurosa mano del Señor que iba a imponer el orden en las calles, un gnomo sediento de poder y un filósofo benevolente que había regentado una librería donde se vendían las sórdidas obras de Robert Dale Owen y Thomas Paine, sin mencionar que era un sucio inglés de mierda. Yo había asentido a todas las versiones como si su veracidad evangélica fuera irrefutable. Sobre todo porque me importaba un pimiento. Después de todo ¿qué sabía yo del gobierno?

Y en cuanto a formar parte de la nueva fuerza policial, estaba claro que se trataba de un plan de Val para hacerme quedar en ridículo.

—No me hace falta tu ayuda —dije.

—No —se burló Valentine e hizo chasquear uno de sus tirantes.

Con mucha cautela, me incorporé para sentarme en su cama. La habitación dio vueltas a mi alrededor como si yo fuera un mayo, y un destello candente me recorrió la sien.

«Nada es tan malo como parece», pensé con los últimos restos de mi estúpido optimismo. No podía ser. Ya lo había perdido todo una vez, tenía entonces diez años, como tantos otros que conocía, y todos se habían rehecho y habían salido adelante. O se habían rehecho y habían tomado una dirección levemente distinta.

—Volveré a servir en un bar —concluí.

—¿Tienes la menor idea de cuánta gente se ha quedado sin trabajo esta mañana?

—En un hotel o en otra de las mejores bodegas de ostras.

—¿Qué tal la cara, Tim? —espetó Valentine.

Algo corrosivo flotaba en el aire. Una rabia cálida y grumosa se me acumuló en la garganta.

—Como si me hubieran abofeteado con una plancha de lavandería —respondí.

—¿Y crees que la herida tiene mejor aspecto? —se burló en voz más baja—. Tienes problemas, mi pequeño Timothy. Te salpicó aceite caliente en un sitio visible. Si quieres servir en una barra de pino de un metro al fondo de una verdulería, brindaré por tu suerte. Pero es más probable que te contraten para exhibirte en el Barnum's American Museum como una atracción de feria más, «El Hombre que Perdió Parte de su Careto», antes que para servir en el bar de un hotel^[8].

Me mordí la punta de la lengua con fuerza y noté un regusto de bronce.

Yo ya no estaba pensando en formas de ganar dinero para no tener que comer el puñetero estofado de pollo de Valentine. Mi hermano cocina tan bien como limpia. Ni siquiera estaba sopesando la posibilidad de ser capaz de mantenerme en pie el tiempo suficiente para darle un puñetazo en la mandíbula.

«No —cavilaba—, parece que hace dos días tenías un montón de plata y una cara entera».

Necesitaba a Mercy Underhill como el aire que respiraba, pero en el mismo latido deseé que no volviera a verme nunca más. Mercy podía elegir. Y yo había pasado de

ser un hombre con mucho que ofrecer a ser un tipo de aspecto impresentable cuyas únicas posesiones eran una cicatriz que no podía imaginar mirarme sin que se me revoliera el estómago, además de un hermano igual de deshonroso que se ganaba el pan dando palizas a sombríos *whigs* con frac.

—Te odio —le espeté a Valentine con estudiada claridad.

El hecho de decirlo me consoló, como un whisky malo que me quemara la garganta. Amargo y familiar.

—Entonces acepta el trabajo de marras, y así no tendrás que dormir en mi casa —sugirió.

Valentine se pasó los gruesos dedos por el pelo leonado y se acercó sin prisa a su mesa para servirse una copa de ron. Total y absolutamente impasible, un rasgo que me resulta el más irritante de mi ya de por sí irritante hermano mayor. Si es cierto que le importa un comino que le odie, me gustaría mucho que lo demostrara más visiblemente.

—El Distrito Sexto es la letrina del infierno —señalé.

—El uno de agosto. —Valentine vació la copa y luego se ajustó los tirantes con un segundo chasquido de impaciencia. Sus ojos verdes me repasaron mientras recogía su perfectamente lustrosa chaqueta negra—. Tienes diez días para encontrar una casa en el Distrito Sexto. Si estuvieras metido en política, podría haberte conseguido algo mejor, colocarte aquí, en el Octavo, pero la política no te va, ¿verdad que no?

Alzó las cejas mientras yo intentaba mirarle con actitud desafiante para mostrar lo poco que me importaba mi desinterés político. Pero me dolía la cabeza, así que me dejé caer entre las almohadas.

—Son quinientos dólares al año, más lo que puedas sacar con recompensas o dejando que los broncas con más pasta que detengas te unten. O siempre puedes apretar las clavijas a los burdeles. Me importa un bledo.

—Ya lo sé —convine.

—Como te decía, lo he arreglado todo con Matsell. Tú y yo empezamos el uno de agosto. Yo seré capitán —añadió con algo más que una pizca de jactancia—. Una figura metropolitana respetada, y también podré hacer un poco de caja, y dispondré de un montón de tiempo libre para apagar incendios con los muchachos. ¿Qué te parece?

—Me parece que nos veremos en el infierno.

—Bueno, es muy posible —replicó Valentine con una sonrisa que habría parecido gélida en la cara del empleado de una funeraria—. Al fin y al cabo, estarás viviendo en él.



A la mañana siguiente, cuando ya estaba lo bastante sobrio para ver bien, me

despertaron los ronquidos de mi hermano, tumbado en un simple jergón delante de su chimenea, despidiendo un fuerte hedor a absenta, con un ejemplar del *Herald* a mi alcance en la mesita que había al lado de la cama. Val, si quería, podía leerse el expediente legal de un abogado y luego enterrarlo vivo con sus argumentos, pero estaba más acostumbrado a ser él fuente de noticias que a reflexionar sobre ellas al leerlas. Así que sabía que el periódico era mío. Y esto es lo que leí, después de respirar con tal sensación abrasadora que creí que mi cara había sido de nuevo presa de las llamas:

EXTRA New York Herald.

TRES DE LA TARDE: TERRIBLE INCENDIO.

El mayor y más pavoroso incendio ocurrido en esta ciudad desde el gran desastre de diciembre de 1835 ha propagado la destrucción por toda la zona baja de la ciudad. Trescientos edificios, según los cálculos más precisos, han sido pasto de las llamas...

Me fallaba la vista, porque no quería seguir leyendo.

Según un cálculo estimado las pérdidas ascenderían a unos cinco o seis millones de dólares...

Bien, ése era un dato que yo ya conocía, casi por instinto, y que no se me había pasado por alto pese a mi lamentable estado físico. Una gran cantidad de dinero se había esfumado, literalmente, sobre el Hudson. Eso era evidente. Pero no eran los dólares ni los edificios los que atormentaban a mi inconsciente hermano, dibujando una arruga entre sus cejas aunque todavía estuviera borracho como una cuba. La única cualidad destacable que puede atribuírsele a Val es su método para calcular las pérdidas producidas por los incendios. Y ese código está grabado profundamente en sus entrañas, fijado y permanente. Por eso me atenazó un dolor más intenso que el que me producían mis propias heridas físicas, una sensación cruda y empática, cuando leí:

Se cree que se han perdido muchas vidas en la terrible explosión.

El número, gracias a Dios, fue de treinta a fin de cuentas, una cifra de víctimas baja, visto el tremendo caos desatado.

Pero no era lo bastante baja para Valentine. Ni para mí. Ni de lejos.

TRES

... Los países papistas de Europa están vomitando en nuestras costas, año tras año, a sus habitantes supersticiosos, ignorantes y corruptos, no sólo por decenas sino por centenares de miles, y ya reclaman los más elevados privilegios de los ciudadanos autóctonos, y hasta pretenden hacerse con el país.

• *American Protestant in Defense of Civil and Religious Liberty Against Inroads of Papacy*^[9], 1843 •



La clave de ser pobre en Nueva York es saber cómo se hace: aprovechas todas las ventajas a tu alcance, tomas atajos.

Valentine y yo, cuando teníamos respectivamente dieciséis y diez años y un día nos despertamos siendo los únicos Wilde, aprendimos muy deprisa ese truco en el que nos iba la vida. Así que tres días después del incendio, perfectamente capaz de andar aunque me estremeciera como un gato callejero cada vez que un ruido fuerte me hacía zumbiar los oídos, ya sabía que mis opciones se limitaban a aceptar la oferta de Val y trabajar de policía o emigrar al interior del país y aprender agricultura. Así que decidí que, dado que según parecía me había despertado en una pesadilla permanente, empezaría a trabajar de policía. Y lo dejaría en cuanto encontrara algo mejor.

La mañana del 22 de julio, con un fuerte viento procedente del océano cortando la pestilencia estival, recorrí Spring Street, pasé por delante de los vendedores ambulantes de piñas y del organillero de Hudson Square, en busca de un sitio donde vivir. Uno que me ofreciera alguna ventaja. Iba a necesitar aprovechar todas las ventajas que se me ofrecieran con quinientos al año. En la bodega de Nick cobraba todavía menos, pero eso no había supuesto ningún problema... si se tenían en cuenta todas las monedas de más, las de oro de cinco dólares, las de uno y las de dos que me dejaban en la mano aquellos locos de Wall Street con camisas de puño francés, la calderilla que tintineaba en mis bolsillos y en los de Julius cuando nos separábamos al final de la jornada. El salario es algo distinto: estable y aterrador. Me tendría que defender con una fracción mínima de lo que ganaba antes, a no ser que me tentara extorsionar a madames por un poco de pasta extra.

Los barrios cambian en Nueva York más deprisa que el clima. Spring Street, donde vive Val, es una mezcla de gente tirando a normal: americanos de levitas azules, con los cuellos de las camisas por encima de las solapas y sombreros bien cepillados, risueñas chicas de color que te alegran la vista con sus vestidos de amarillo canario y naranja chillón, engréidos pastores con atuendos de lana marrón y medias finas. En Spring Street hay iglesias, y locales que sirven comidas que huelen a

chuleta de cerdo con cebollas doradas. No es como Broadway al norte de Bleecker, donde los escandalosamente ricos de la alta sociedad y sus sirvientes se miran entre sí desde las alturas de sus narices, pero tampoco es el Distrito Sexto.

Que era adonde me dirigía yo.

Cuando entré en el distrito por Mulberry Street con dos dólares que me había dado Val envenenándome el bolsillo, lo primero que supe es que no había ventajas dignas de ser aprovechadas en aquella hilera de miseria católica dejada de la mano del Señor. Lo segundo que pensé fue: «Dios libre a Nueva York de los rumores de las remotas patatas podridas».

En cuanto a los enjambres de emigrantes que inundaban sin cesar los muelles de South Street, acababa de descubrir su siguiente parada: la manzana entera la habitaban irlandeses, perros y ratas que compartían las mismas pulgas. Si bien no simpatizo en absoluto con los «nativistas^[10]», no pude evitar sentir un estremecimiento de asco instintivo que me agarrotó el cuello. Eran tantísimos, montones de hombres y mujeres yendo de aquí para allá, que tuve que concentrarme en un individuo concreto sólo para evitar un ataque de vértigo. Y así me fijé en un joven campesino todavía adormilado de unos trece años, con los pantalones desgastados en las rodillas, completamente descalzo, aunque con medias azules, que pasó trastabillando a mi lado junto a una tienda de comestibles que hacía esquina. Dejó atrás las coles podridas y de color pálido que se exhibían a la entrada y se encaminó directamente al bar de whisky del fondo del local. Su manera de moverse no desentonaba con la inclinación del edificio en el que acababa de entrar. El Distrito Sexto se había levantado sobre una ciénaga desecada cuyo nombre era Collect Pond pero, si no lo sabías, no podías evitar preguntarte por qué los edificios se ladeaban en ángulos descabellados, hasta el punto de que parecían cosidos al cielo con puntadas desquiciadas.

Pasé por encima del cadáver reciente de un perro atropellado y seguí adelante, abriéndome paso entre la multitud. Todos los hombres entraban por alguna razón en colmados donde no se vendía precisamente verdura, las manos de las mujeres brillaban más enrojecidas que su cabello por el trabajo duro, y los niños... los niños parecían alternativamente atormentados o simplemente hambrientos. Al pasar vi a una persona respetable. Un sacerdote de cabeza perfectamente redonda, ojos vagamente azules y un ceñido alzacuellos blanco. Pero estaba atendiendo a los más necesitados de los ocupantes, o eso esperaba yo.

No, en Mulberry no había atajos para un americano. La cara me ardía bajo el calor, exudando grasa en el vendaje ya grasiento. O, casi con seguridad, lo que soltaba era alguna otra cosa. Francamente, prefería no pensar en ello demasiado.

No es que mi cara hubiera sido antes la de una escultura de Miguel Ángel, pero tampoco me había ido mal con ella. Ovalada, con una redondez juvenil y casi idéntica

a la de mi hermano. Frente amplia y alta, con la línea del nacimiento del pelo muy arqueada, el pelo de un rubio indefinido. Nariz recta, boca pequeña que dibujaba una pequeña medialuna invertida donde los labios descendían hacia la barbilla. Piel clara pese a nuestros implacables veranos. Pero hasta entonces nunca había dedicado demasiado tiempo a pensar en mi semblante, porque cuando quería pasar un par de horas agradables con la hija ociosa de un tendero o con una sirvienta de hotel insatisfecha, siempre lo había conseguido. Así que era una cara que me hacía un buen servicio: no tenía que pagar cuando necesitaba un revolcón, y me habían dicho que mi sonrisa es muy contenida, lo que aparentemente facilita que la gente quiera contarte la historia de su vida para luego darte un par de monedas por tu paciencia.

Ahora no tenía la menor idea de cuál era mi aspecto. El dolor físico ya era lo bastante intenso por sí sólo como para obligarme a robarle un poco de láudano a mi hermano, y no quería añadirle el espanto estético.

—Eres un sensiblero —me había dicho mi hermano moviendo la cabeza mientras tostaba cuidadosamente granos de café—. No te me pongas aprensivo, por el amor de Dios. Échate un vistazo y acaba de una vez.

—Que te den, Valentine.

—Escucha, Tim, entiendo perfectamente por qué no querías dejar que te vieran mucho al principio, porque eras un chavalín y todo eso, pero...

—Mañana como muy tarde me habré ido de esta casa —le había respondido mientras salía zanjando abruptamente la conversación.

Crucé Walter Street, doblé la esquina y entré en Elizabeth y entonces, de repente, me metí las manos en los bolsillos todavía ennegrecidos, conmocionado.

El edificio que se alzaba ante mí era un milagro. Un sueño hecho realidad, con todas las ventajas que podría imaginar incluidas.

Las puertas y contraventanas de esa manzana no llegaban a brillar, pero las habían restregado con vinagre y centelleaban respetablemente. La colada colgada de las cuerdas de cáñamo tendidas entre los edificios, que ondeaba caprichosamente al sol, estaba remendada en lugar de caer en flácidos jirones, lo que me transmitió una sensación de vida estable. Y, justo delante de mí, limpia y humilde, había una casa de dos plantas de ladrillo con un rótulo que rezaba: «ALQUILER DE HABITACIONES POR DÍAS O MESES». En la planta baja, anunciada con esmero en un pequeño toldo, tenía su espacio la Repostería Fina de la señora Boehm. A menos de tres metros de la entrada había una bomba lista para dispensar a chorro el agua limpia del depósito del Croton.

En conjunto, todo eso suponía potencialmente cuatro ventajas, si es que llevan la cuenta.

En primer lugar, la bomba significa disponer de agua pura del río del condado de Westchester y no el caldo sucio que se extrae de los pozos hundidos de Manhattan.

Disponer de agua canalizada del río Croton en tu casa significa que tu casero paga por adelantado el servicio, algo que sucede con la misma frecuencia con la que se congela el Atlántico para que un hombre llegue andando a Londres. Era mejor que vivir cerca de una bomba pública gratuita. Segundo, residir encima de una panadería significaba tener pan del día anterior a mano. Es mil veces más probable que un panadero les dé a sus vecinos el pan de centeno sobrante antes que a un desconocido. Tercero, las panaderías alimentan sus hornos dos veces al día, lo que, llegado noviembre, implica ahorrar una parte considerable de los costes de calefacción de la mayoría de la gente, porque los hornos estarán cociendo bollos de comino mientras me calientan el piso.

Por último, que su dueña sea la «señora» Boehm significa que es viuda. Las mujeres no pueden montar sus propios negocios, pero sí pueden heredarlos si son muy cuidadosas. Y me fijé en que la pintura del rótulo era más reciente en el «señora» que en el apellido. Lo que supone la ventaja número cuatro. Si no te llega para el alquiler y una viuda necesita que le reparen el tejado, es posible que no acabes en las calles.

Abrí la puerta de la panadería.

Muy pequeña, pero cuidada con afecto y esmero. Un sencillo mostrador de pino exhibía hogazas apiladas de pan de centeno y casero integral; las piezas más pequeñas estaban dispuestas sobre una bandeja ancha con un estampado de flores. Veía pasas sultanas asomando de un «pastel de mil años» alemán, y su aroma de naranja confitada me animó los sentidos.

—¿Quiere pan, señor?

Mis ojos pasaron de los productos horneados a la mujer que los había preparado, que se me acercaba limpiándose las manos en el delantal. La señora Boehm debía de rondar mi edad, más cerca de los treinta que de los veinte. Tenía una mandíbula firme y sus ojos azules desvaídos eran despiertos e inquisitivos, lo que, combinado con el «Señora» reciente que había sobre la puerta, me llevó a pensar que su marido no llevaba ausente mucho tiempo. Tenía el pelo del color de las semillas que salpicaban sus bollos de girasol, un rubio apagado y sin brillo que parecía casi gris, y la frente era demasiado ancha y plana. Pero la boca también era amplia, de una carnalidad generosa que curiosamente contradecía la delgadez de la joven. Si sólo pensaba en sus labios, podía imaginarme a la señora Boehm untando mantequilla en abundancia sobre una gruesa rebanada de sus hogazas frescas de pan casero. El detalle me gustó enseguida y me sentí extrañamente agradecido. No parecía mezquina.

—¿Qué es lo que vende más?

Fui agradable, pero no sonreí. Sonreír me producía una sensación de quemazón en el cráneo, como si me marcaran con un hierro al rojo. Y a un camarero no le supone especial esfuerzo parecer amigable.

—*Dreifkornbrot* —dijo señalándolo con la cabeza. Tenía una voz grave, agradablemente áspera y bohemia—. Con tres semillas. Lo saqué del horno hace tres horas. ¿Una hogaza?

—Por favor. La probaré en la comida.

—¿Algo más?

—También necesito un sitio donde comer. —Hice una pausa—. Me llamo Timothy Wilde, encantado de conocerla. ¿Ha alquilado ya la habitación de arriba? Necesito alojamiento con urgencia, y éste me parece el lugar perfecto.

Esa misma tarde, compré un colchón con una funda nueva y bien rellena de paja con el dinero de Val y lo llevé a Elizabeth Street a hombros, mientras las costillas se quejaban a cada paso que daba. Mi nuevo hogar tenía dos habitaciones: la principal medía casi cuatro metros por cuatro y tenía un par de ventanas diminutas que daban a las gallinas que picoteaban en el patio marrón oscuro de abajo. Por el momento, dejé de lado el cubículo sin ventanas que hacía las veces de dormitorio y monté la cama en el salón.

Estiré el colchón crujiente delante de las ventanas abiertas y me tumbé en cuanto el sol se desvaneció en una interminable mancha rojiza. Al menos, en la habitación principal me llegaba una pizca de la vivaz luz de las estrellas. Y suerte de ello, porque me sentía como el único punto silencioso en una geografía de ruido ajeno. A lo lejos se oía una pelea de perros, que aullaban salvajes y exultantes. Unos alemanes acucillados alrededor de grandes jarras de cerveza en la atestada casa contigua emitían una vibración grave por toda la calle. Echaba en falta mis libros, y mi sillón, y el peculiar azul de la pantalla de mi lámpara, y mi vida.

Viviría aquí, pensé, y cumpliría con mi trabajo de policía, aunque nadie supiera muy bien en qué consistía, y yo menos que nadie. Y la cosa iría mejorando poco a poco. Tenía que mejorar. Había quedado tocado, así que el truco consistía en seguir adelante.

Esa noche soñé que leía la novela de Mercy. La magnífica saga que ella siempre había intentado escribir desde el día en que acabó de leer *El jorobado de Notre Dame*. Trescientas páginas de pergamino algodonoso, encuadernadas con una cinta verde. Su letra fluía incontenible en ondas aguadas sobre las páginas, una caligrafía que invitaba a pensar en los encajes belgas más desquiciadamente intrincados. Bordados con la punta de una aguja, pero que se alargaban durante kilómetros si se deshacían los puntos. El tipo de trabajo que deja ciegos a sus creadores.



El 1 de agosto, a las seis de la mañana, tras haber visitado una tienda de ropa barata con más fondos de Val y haberme comprado un atuendo de segunda mano entero, que incluía pantalones negros y medias, una levita negra sencilla con chaleco azul y un

pañuelo blanco, y otro pañuelo de tono escarlata revolucionario para el pecho como un guiño temporal a la política, me presenté en los juzgados de Centre Street. También llevaba un sombrero de ala redondeada, más ancho de los que solía lucir. En cuanto me lo puse, llamativo como era, me sentí agradablemente invisible.

El aire que envolvía la recién elegida sede policial procedía de una tormenta de arena que se había levantado esa mañana temprano; entre esa arenilla que lo impregnaba todo y el calor aplastante que hacía, un hombre no podía pensar con claridad, lo que al menos encajaba con la arquitectura. Una vez terminado el edificio, habían tardado dos semanas, según tenía entendido, en bautizar la combinación de prisión y juzgados con el apodo de «Tombs». Las losas de granito negro abruman a cualquiera en cuanto pone los ojos en ellas, dejándole sin respiración. Las ventanas ciegas se alzan a lo largo de dos plantas, pero estaban encerradas en marcos de hierro, tan grandes que podrían servir de parrilla de la chimenea de un gigante. Grabado en piedra de un color grisáceo y enfermizo encima de cada ventana hay un globo con un par de alas delirantes y un grupo de serpientes que empujan al planeta de vuelta a su órbita.

Si la pretensión era lograr que pareciera un lugar ideal para que te enterrasen vivo, la verdad es que habían hecho un trabajo muy pulcro con un cuarto de millón de dólares.

Me estaba acercando a la entrada cuando apareció un pequeño grupo de diez o doce manifestantes, todos con fulares espantosamente chillones y anudados con cuidado, y todos con narices que habían sido rotas más de una vez. Algunos llevaban brazaletes de luto, pero no el resto de la vestimenta, lo que interpreté como un acto simbólico de protesta, y uno sostenía una pancarta que rezaba «ABAJO LA TIRANÍA DE LOS CERDOS / POLIS TENÉIS LOS DÍAS CONTADOS». Un tipo, de ojos chispeantes, escupió justo delante de mí cuando pasé.

—¿Cuál es el motivo del duelo? —pregunté, curioso.

—La libertad, el derecho, la justicia y el espíritu del patriota americano —respondió arrastrando las palabras un matón con media oreja.

—Pues en ese caso hasta me pondría un pañuelo negro —sugerí mientras entraba en la prisión.

Lo único que puede verse del exterior de las Tombs es un grueso muro en el que se alinean ventanas del doble de altura de las normales encajonadas en hierros. Pero tras subir los ocho peldaños que se extendían bajo las implacables columnas, me di cuenta de que el interior era un cuadrángulo, y al instante me sentí intrigado sin que fuera ésa mi intención. Hay espacios abiertos, y galerías de celdas, separadas por sexo, a lo largo de cuatro plantas, y una profusión de juzgados para decidir la duración del confinamiento de los presos. Un matón con marcas de viruela y un sucio pañuelo blanco me encaminó al juzgado más grande, donde supuse que informarían a

los policías de sus obligaciones.

Mientras cruzaba el patio al aire libre donde se colocaban los patíbulos los días de ahorcamiento, una extraña criatura se puso a caminar a mi lado. No pude evitar mirarle. Iba vestido con andrajos, un hilillo de huevo le manchaba la raída chaqueta negra de arpillera, y tenía las piernas ligeramente arqueadas. Parecía un cangrejo. El andar descompensado menguaba su altura hasta el punto de que era tan bajo como yo. Por su cara, demacrada y sin barbilla, con unos ojos saltones de color avellana, colegí que había salido arrastrándose del océano esa misma mañana. Le habría echado unos sesenta años. Pero llevaba unas botas cuadradas, holandesas, de un estilo todavía más añejo, y su pelo ralo gris se agitaba revuelto bajo un viento que no parecía tocar nada más.

Entramos en el juzgado en el mismo paso. Él se escabulló para buscar asiento y yo le imité; me hice una idea del escenario mientras me acomodaba en el banco que suele reservarse a los abogados en los juicios. Las paredes estaban pulcramente encaladas, y el altar elevado del juez permanecía vacío ante nosotros. Repasé con la mirada a mis nuevos colegas.

La chaqueta multicolor de un payaso habría parecido un uniforme al lado de los atuendos del grupo allí congregado. Debían de ser una cincuentena y, una vez más, me sentí como un hueco de silencio embobado en medio de un tumulto. Muchos irlandeses, con sus manos de trabajadores hinchadas por las venas y sus barbillas prominentes con patillas pelirrojas a los lados, todos con pinta de cansados y pependieros en sus sucias levitas azules, de largos faldones y viejos botones de latón. También irlandeses morenos^[11], de tez blanquecina y hombros anchos, que miraban con ojos entrecerrados y astutos. Algunos alemanes dispersos, de expresiones pacientes y lapidarias, con los brazos cruzados delante del pecho mientras hablaban. Americanos con los cuellos de las camisas doblados, silbando las melodías de los *music halls* del Bowery y dándose codazos con sus risueños amigos.

Por último, yo, y el viejo cangrejo con botas holandesas, esperando órdenes. Él con un entusiasmo considerablemente más visible que el mío.

—¡Bienvenidos, caballeros! Me siento orgulloso de dirigirme a la policía del Distrito Sexto de la Primera Demarcación de la gran ciudad de Nueva York.

Aplausos dispersos. Pero yo estaba demasiado impresionado por el hombre que acababa de irrumpir por la pequeña puerta de los jueces a la izquierda del tribunal para molestarme. Después de todo, la última vez que lo había visto fue en medio de un incendio, así que dediqué un momento a examinarlo con más atención. Si había un solo nuevo policía al que no fascinara el juez George Washington Matsell, admito que allí no lo vi.

Matsell, como supe más tarde, tenía sólo treinta y cuatro años cuando fue escogido por la mayoría demócrata del ayuntamiento para ejercer de primer jefe de

policía de la ciudad de Nueva York. Pero el hombre que estaba ante nosotros, pesado como una morsa y de piel más curtida, parecía mucho mayor. Su doble reputación de santidad y depravación debía de haberle precedido, pero —aparte de darnos cuenta de que era inolvidable visto en persona— no creo que ese día nadie se hiciera una idea clara de quién era en realidad ese hombre. Ahora puedo asegurar con certeza que es tan inteligente como vehementemente enérgico. Y no anda lejos de marcar los ciento cuarenta kilos en la balanza. Su cara carnosa tiene la forma de una A mayúscula: pequeñas cejas que caen tensas hacia la nariz, pliegues profundos que van desde las alas de ésta hasta sus labios finos y alicaídos y arrugas menos marcadas que descienden desde la boca a los carrillos.

—Ese hatajo de arenques inútiles conocidos como policía de Harper o casacas azules ha sido disuelta para siempre, gracias a Dios. Felicitaciones por sus nuevos cargos, cuyos contratos terminarán dentro de un año —explicó Matsell con una voz monótona de barítono mientras sacaba un trozo de hoja de papel de carta de entre los metros de su chaqueta gris y lo miraba a través de unas gafas redondas—. Después de los resultados de las elecciones, y si el equilibrio en el ayuntamiento y el concejal encargado no varían, naturalmente se aceptarán gustosamente sus solicitudes de readmisión.

Acababa de describir por qué hombres como Valentine están tan ocupados: una derrota política lo bastante grave implica que todos tus amigos se han quedado sin empleo y viven en vagones de tren abandonados y destartados al norte de los porosos límites de la civilización, cerca de la calle Veintiocho. Las elecciones deciden qué horda de ratas se pone a roer los huesos. Yo también me sentía un poco como una rata, sabiendo cómo había llegado hasta allí, porque si entre los presentes había algún votante que no fuera demócrata, lo disimulaba muy bien.

—Algunos de ustedes —prosiguió el jefe— parecen tener muchas ganas de saber cuál va a ser su cometido exactamente. —Hubo unas cuantas risas cavernosas y el ruido de botas moviéndose—. Sus turnos son de dieciséis horas. Durante esas dieciséis horas del día, o de la noche, ni que decir tiene, serán los responsables de la prevención del delito; si ven a un hombre irrumpiendo en una casa ajena, deténganle. Si ven a un niño vagabundo, recójalo. Si ven a una mujer robándole la cartera a un turista, échenle el guante.

—¿Y si es sólo una furcia paseando por los callejones en busca de algún caballero amigable? —preguntó un matón desgarbado—, ¿la detenemos?, ¿no es un delito la prostitución?

Una docena de hombres se rieron abiertamente ante la pregunta. Dos o tres silbaron. En silencio, yo estaba de acuerdo con los últimos.

—Sin duda —respondió tranquilamente Matsell—. Aunque, bien pensado, ella tendría que estar dispuesta a acompañarle por las buenas y usted necesitará que los

hombres que compraban sus servicios declaren en el tribunal, así que, ¿por qué no empieza primero por construir la celda de retención más grande del mundo y nos lo hace saber cuando la haya acabado?

Otra oleada de risas, y por segunda vez sentí una incisiva punzada de interés. A todas luces éste iba a ser un empleo que requeriría replantearse las cosas de un día para otro, no uno de esos trabajos que convierten a un hombre en un asno pretencioso.

—Volvamos a la cuestión: si empiezan a traer a cada pájara que vean a comisaría con cargos por prostitución, yo mismo les enviaré al infierno. Nadie puede perder tanto tiempo en cosas así. La ciudad ha suprimido el cobro de comisiones, pero si ustedes aceptan recompensas de ciudadanos agradecidos es asunto suyo —anunció nuestro jefe leyendo por encima de su larga nariz las notas que llevaba garabateadas—. Hemos eliminado los siguientes departamentos de inspección: calles, parques, salud pública, muelles, bocas de incendios, prestamistas, mercadillos, coches de alquiler, postas, carros, carreteras y parcelas y solares. Todos esos hombres son ahora ustedes. Los vigilantes de la abstinencia dominical y los campaneros ya no están. Esos hombres son también ustedes. Los cincuenta y cuatro vigilantes de incendios ya no trabajan. ¿Quiénes son ahora, señor Piest?

El viejo sinvergüenza con cara de cangrejo y botas holandesas se puso en pie de un salto y alzó su puño arrugado al aire gritando:

—¡Nosotros! Somos los vigilantes de incendios, somos el escudo del pueblo, ¡y que Dios bendiga las viejas calles de Gotham!

Estalló una ovación acompañada de rudos vítores, a medio camino entre la burla y la aprobación.

—El señor Piest aquí presente es uno de los de la vieja guardia —dijo el jefe Matsell tosiendo mientras se subía las gafas por la nariz—. Si quieren saber cómo encontrar artículos robados, pregúntenle a él.

Dudé para mis adentros que el señor Piest, que había descubierto la mancha de huevo en su chaleco y la estaba raspando con la uña del pulgar, fuera capaz de encontrar su propio culo. Pero me callé lo que pensaba.

—A la mayoría de ustedes se les asignarán funciones de ronda hoy, pero todavía quedan por fijar algunos puestos especiales. Veo aquí a muchos bomberos. Donnell, Brick, Walsh y Doyle, ustedes serán los enlaces de incendios y ya nombraré a algunos más. ¿Alguno habla *flash*, la jerga de las calles^[12]?

Casi me asombró la reacción: docenas de manos se alzaron al aire, sobre todo de los broncos americanos con peores pintas, los británicos con tatuajes y los irlandeses con más cicatrices. Los alemanes, en su inmensa mayoría, se quedaron quietos. Mientras tanto, el aire se había vuelto dulzón y se había cargado de electricidad, presagio de tormenta. Fuera cuales fuesen los puestos que quedarán por asignar, se

trataba obviamente del camino más corto para relacionarse con los bajos fondos de Nueva York.

—No sea tan modesto, señor Wilde —añadió en voz baja Matsell.

Pasmado, miré a nuestro jefe desde debajo del ala de mi sombrero. Me había sentido absolutamente invisible y transparente hacía un momento, pero al parecer me había equivocado.

El *flash* es la peculiar jerga dialectal que hablan los falsificadores, los carteristas, los matones, los jugadores de dados, los timadores, los pilluelos que viven en las calles, los vendedores de periódicos, los adictos..., y Valentine. Tengo entendido que se basa en la jerga de los ladrones británicos pero, la verdad, no he podido compararlas, ni siquiera de oídas. No se trata exactamente de un idioma, es más bien una especie de código. Las palabras son términos de argot que sustituyen al habla normal, y se utilizan cuando un tipo que ya las conoce prefiere que el contable con gafas que tiene sentado a su vera se siga ocupando de sus propios asuntos. La misma palabra *flash*, sin ir más lejos, significa que algo no podría ser más pulcro y elegante. Ni que decir tiene, la mayoría de los hombres y mujeres que lo hablan son pobres. Así que parte de nuestros jóvenes que se crían en las calles crecen farfullando sólo *flash*. Y cada día que pasa, más trabajadores decentes utilizan de vez en cuando palabras de la jerga como «colega» y «palmarla^[13]», pero se trata de simples corrupciones del lenguaje cotidiano en boca de aficionados. Matsell se refería a un nivel más elevado de dominio lingüístico.

Y en ese momento no sólo estaban mirándome todos los granujas y broncas presentes, sino que no entendía cómo Matsell había adivinado quién era yo si sólo dejaba ver la parte inferior de mi rostro.

—No soy nada modesto, señor —respondí sinceramente.

—¿Me está diciendo que es incapaz de entender a su propio hermano cuando habla o acaso es que el capitán Valentine Wilde del Distrito Octavo mentía cuando afirmó que usted era el más preparado de los nuevos reclutas?

Capitán Wilde. Claro. Los mismos rasgos juveniles, la misma línea marcada del nacimiento del pelo, el mismo tono de rubio fangoso..., las únicas diferencias radicaban en que yo abultaba la mitad y sólo se me veían tres cuartos de la cara. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que el trozo que tenía en carne viva empezó a latirme bajo la fina capa del vendaje. Típico de Val. No le bastaba con conseguirme un cargo para el que no estaba preparado y que ni siquiera quería. Todo el mundo tenía que estar mirándome cuando, como se suele decir en estos ambientes, la palmara.

—Tampoco soy un hacha —respondí con esfuerzo—, pero puedo mejorar.

Ésa era mi manera de decir en *flash*: «No sirvo para esto». Pero que tenía la intención de hacer todo lo posible.

El brazo del señor Piest se alzó como un cohete en los fuegos artificiales del Cuatro de Julio:

—¿Recibiremos, nosotros y los nuevos, alguna formación antes de empezar nuestra tarea, jefe?

Nunca he visto resoplar a George Washington Matsell, pero en aquel momento hizo lo que más se parecía, al menos en mi presencia.

—Señor Piest, esto es cuanto he podido hacer para que la iniciativa saliera adelante sin que nuestro noble populacho empiece a gritar «ejército permanente» y acabe con nosotros por puro patriotismo. No considero necesario añadir que nuestros patriotas más ruidosos son en la actualidad unos villanos integrales. No hay un momento que perder: los capitanes comprobarán sus aptitudes y les asignaran los puestos previstos según mis directrices, situando a los que hablan *flash* donde más se requieran sus servicios, y empezarán mañana mismo. Buenos días, y buena suerte.

El jefe Matsell se mueve con notable agilidad para su corpulencia, como un toro que embiste, y desapareció de escena en un abrir y cerrar de ojos. Una oleada de murmullos recorrió a los presentes, y su energía reverberaba en mi pecho. El par de capitanes, que parecían ser un irlandés moreno alto con bombín y un nativo del Bowery con patillas grasientas y ojos calcificados sentado a su lado, intercambiaron miradas perplejas. «¿Qué ha querido decir con lo de “aptitudes”?». Vi dibujarse esas palabras en los labios del americano. Es una habilidad sencilla, que aprendí en dos meses sirviendo en un bar de ostras donde el ruido resonaba como una revuelta. Es difícil servir una copa si no sabes lo que quiere el cliente.

«Deberían saber cómo desfilan y cargar en caso de disturbios, que podrían poner en peligro a toda la ciudad —respondió el irlandés, asintiendo con sensatez—. Una fuerza policial en formación, que desfile como es debido, con eso se tendría mucho ganado para acabar con cualquier disturbio».

«Caramba, sí, debe de ser eso».

Así que nos pasamos las tres horas siguientes bañados en sudor, aprendiendo a desfilan en formación en el patio de las Tombs. No nos sirvió de gran cosa a efectos de nuestro trabajo como policías, pero sin duda hizo pasar un buen rato a los presos que trasladaban del juzgado a las galerías de celdas.

Yo era el que estaba más cerca de la puerta que daba al juzgado cuando acabamos la ridícula instrucción de desfile, y por eso fui el primero al que asignaron destino. Cuando me senté en un taburete de pino ante un arrugado oficinista y éste me preguntó por mis méritos, me encogí para mis adentros, pero jugué la carta que me habían regalado:

—Hablo un poco de *flash* —dije.

«Que Dios me asista», pensé.

—En ese caso, le enviaremos al otro lado del cruce de Centre con Anthony. Su

turno es de cuatro de la mañana a ocho de la noche —dijo el oficinista. Sacó un plano de entre varias pilas amontonadas—. Ésta es su ruta de ronda. Nada de beber ni de juergas mientras trabaja. Su número será el uno-cero-siete. Preséntese para empezar mañana, aquí en las Tombs, a las cuatro.

Me levanté.

—Espere un momento.

El oficinista metió la mano en un maletín de cuero y sacó una insignia de cobre con forma de estrella. Me la puso en la mano diciendo en voz baja:

—Cuando esté de servicio no puede quitársela, acuérdesese.

Pasé los dedos por el metal. Era un objeto sencillo, un poco deforme. Una estrella confeccionada a martillazos, con el lustre apagado de las hojas marchitas que alfombran el City Hall Park en otoño. Nada que llamara la atención, aunque, bien mirado, las habían hecho a toda prisa, pensé. Me toqué la copa del sombrero para despedirme del oficinista y fui el primero que salió por la amplia puerta de granito.

Un agente del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York.

En el Distrito Sexto somos cincuenta y cuatro, y nadie encontraría un surtido más variopinto de sinvergüenzas puros y mestizos. Sin embargo, todos compartimos algo, y, dándole vueltas, lo identifiqué mientras volvía andando a mi casa de Elizabeth Street y a una jarra de lager bávara.

Según he descubierto, hasta el último de nosotros, los policías de la estrella de cobre de 1845, está tocado. Peor aún, perforado. Hay algo que la ciudad no nos ha dado aún, o algo que nos ha arrebatado, una carencia que adopta formas un poco distintas en cada caso. Todos somos fragmentos rotos. Cada uno de nosotros tiene una grieta que nadie puede pasar por alto.

Tres semanas después de aquel día, yo todavía estaba intentando averiguar cómo ocultar y olvidar a la vez mis antiestéticos desgarrones cuando apareció la niña cubierta de sangre. Se mesaba los cabellos como una viuda irlandesa de medio siglo de edad, mientras la luz de la luna pintaba su vestido de un rígido gris mortecino.

Se llama Aibhilin ó Dálaigh, que significa «Pajarito», Bird Daly. Y estaba a punto de poner la ciudad patas arriba. Casualmente, el día que encontramos a aquella pobre criatura era 21 de agosto. Pero no quiero adelantarme a los acontecimientos.

CUATRO

En el número 50 de Pike Street hay un sótano que no tiene ni diez metros cuadrados de superficie y dos y pico de altura, con sólo una diminuta ventana, aparte de la antigua e inclinada puerta de entrada. En ese pequeño espacio residían últimamente dos familias, formadas por diez personas, de todas las edades.

• *Sanitary Condition of the Laboring Population of New York*^[14], enero de 1845 •



El muy tempranero, por razones obvias, horario de horneado de la señora Boehm había resultado ser ya un regalo del cielo, porque mi casera llamaba de buena gana a mi puerta a las tres y media, antes del alba. Apenas se hacía visible la tenue mancha de la luz de su vela, y yo ya gritaba «¡Buenos días!» antes de darme la vuelta de lado con un gruñido. Esa era mi nueva vida. El silencioso hilillo de luz color miel desaparecía por las escaleras mientras yo me cambiaba el vendaje de la cara en la penumbra que anunciaba el amanecer, disfrutando de la media hora de aire fresco antes de que lo contaminara el sol.

«Me miraré la cara», pensaba todas las mañanas, aunque la verdad era que ni siquiera tenía un espejo. Y, ya por la tarde, me recriminaba: «¿Por qué no te has echado un vistazo a la cara en cualquier escaparate?». Luego, cada noche sin falta, al apagar la vela que tenía al lado de la cama, resonaban en mí las palabras «Eres un sensiblero», en la voz de mi hermano, y seguidamente me sumía exhausto en el sueño. Me repetía a todas horas que, tal como estaban las cosas, mi cara en realidad no importaba demasiado. Al fin y al cabo, las costillas se me habían curado con bastante rapidez, ¿y no era más inteligente pensar en lo bueno? Había recuperado las fuerzas de siempre, aunque aún no me había acostumbrado del todo a la fatiga que tiraba de mis huesos cuando me despertaba antes de que el sol hubiera acariciado siquiera el borde del mundo. «El aspecto no cuenta», pensaba. O me decía: «No soy una persona vanidosa».

Pero yo sabía muy bien que no era así, ¿verdad que no? «Tuvo suerte —oía que me decía el médico encorvado y de voz nasal el día antes de dejar la casa de Valentine— de no perder el ojo. Tal como ha ido, el daño probablemente no afectará el alcance del movimiento facial en la *regio orbitalis*, la cicatriz será muy amplia, pero los músculos del músculo *frontalis* y del *orbicularis oculi* funcionarán con normalidad». Así aprendí la jerga médica, y supe por qué notaba toda la piel, desde mi ojo derecho hacia arriba, abarcando la sien, un tercio de la frente e incluso un trocito del cuero cabelludo, como si la tuviera en carne viva, y también entendí la expresión que asomó en el rostro de mi hermano cuando pensó que yo no me daba cuenta de que estaba mirándome. Todo eso era mucha información, ¿no?

A decir verdad, mi estoicismo no era más que una farsa; la simple idea de verme me revolvía el estómago. Lo evitaba por cobardía, no por la resignación y el autodomínio que se le suponen a un superviviente. Pero nadie con quien me cruzara me conocía lo bastante para fijarse ni para mencionar ese molesto detalle, y volví a evitar sistemáticamente a Val, así que la cosa iba bien. Sí, «todo iba bien».

La mañana del 21 de agosto, por primera vez, mi cuerpo se despertó por sí solo y con un suave respingo recuperó la conciencia a eso de las tres. Debía de tratarse de un aviso, pero no le presté atención. Me puse a mirar por la ventana el velo de nubes que sofocaba la ciudad hasta que estallara la tormenta. Una atmósfera que ahogaba.

En la planta de abajo dejé un penique en el limpio mostrador y cogí un bollo de pan del cesto con los restos del día anterior. Ventajas. Tras ajustarme el sombrero de ala ancha en la cabeza y meterme el bollo en el bolsillo me encaminé hacia las Tombs, donde comenzaría mi larga jornada. Durante las dos semanas anteriores, mi ronda había resultado ser un trabajo fascinante y un tanto turbio, aunque era reacio a admitirlo. Pero seamos francos: patrullaba un recorrido muy, pero que muy interesante. En cuanto a qué hace un policía durante la ronda, pues eso, rondar: dar vueltas en círculo hasta que alguien quería que lo detuvieran. Tan simple como eso, pero a la vez qué interesante, eso de pasear tranquilamente y en silencio entre decenas de personas, escrutándolos con aire indiferente, asegurándome de que nadie necesitara ayuda o pretendiera hacer daño.

Después de firmar a la hora convenida en las Tombs, mi ruta me llevaba por Centre Street. Los trenes, tirados por enormes caballos, traqueteaban al pasar por delante mí, y sus ruedas lanzaban gruesos trozos de ceniza machacada al polvo de las aceras para que los limpiabotas los limpiaran. Una vez llegaba al imponente edificio de la fábrica de gas en la esquina de Canal y Centre, giraba a la izquierda. Canal me parecía una calle bulliciosa y caótica: verdulerías pegadas a mercerías, escaparates llenos de zapatos relucientes, otros desbordados de rollos de sedas azul turquesa, escarlata y violeta. Encima de aquel derroche de relojes y sombreros de paja vivían los dependientes, los trabajadores y sus familias; los codos de los hombres se apoyaban en los altos alféizares mientras bebían su café matutino. En el lado norte, ya tocando Broadway, había un puesto de coches de alquiler, con los techos de los carruajes de cuatro ruedas abiertos al cielo cada vez más rosáceo, mientras los cocheros fumaban puros grandes como bolos y cotilleaban en espera de las primeras carreras de la jornada.

Broadway era el punto donde giraba hacia el sur. Si hay en el mundo una calle más diversa, una calle más turbulenta, una calle con un péndulo que oscile más vertiginosamente entre adictos al opio muertos de hambre enfundados en harapos que se les pudren encima y damas con vestidos de paseo engalanadas como pequeños barcos de vapor, no se me ocurre o no quiero imaginármela. Lacayos negros sentados

en faetones, luciendo sombreros de paja veraniegos y chaquetas de lino verde claras, pasaban chirriando a mi lado aquella mañana, y uno casi choca con una vendedora judía de cintas, que llevaba en una amplia caja con bisagras colgada del cuello. Los repartidores de hielo de la Knickerbocker Company, de hombros tan musculados que dolía sólo verlos, se tensaban al forzar las tenazas de hierro con las que levantaban los bloques helados para subirlos a los carros que luego conducirían a los hoteles opulentos antes de que los huéspedes se despertaran. Y, entrando y saliendo por todas partes, cubiertos de costras de barro, lujuriosos e increíblemente ágiles, correteaban los cerdos moteados, cuyos hocicos elásticos hozaban entre las hojas de remolacha pisoteadas. Todo estaba mugriento, salvo los escaparates de las tiendas; todo estaba en venta, salvo los adoquines; todo el mundo vibraba rebosando energía, pero nunca te miraban a los ojos.

Desde Broadway giraba al este, por Chambers Street. A mi izquierda se levantaban los elegantes despachos con fachadas de piedra de los abogados y las ventanas cerradas para conservar el fresco de las consultas de los médicos. A mi derecha se agazapaba el City Hall Park, donde se encontraba no sólo el ayuntamiento sino también el Registro Civil^[15]. Todo allí era sórdido o de piedra. Cuando llegaba a la punta de aquella úlcera sin hierba, me encontraba de nuevo en Centre Street y me encaminaba otra vez a las Tombs.

Fue en el cruce de Centre Street con Anthony, a sólo una manzana de las Tombs, donde las cosas se pusieron feas.

En las dos semanas que llevaba siendo policía, había realizado siete detenciones. Todas a un paso del cruce de Centre y Anthony. Dos tipos de una pandilla dando un masaje, que así es como mi hermano y los demás estafadores llaman a «timar», vendiendo certificados de acciones falsos a emigrantes. Tres hombres a los que detuve por embriaguez y alteración del orden público, una detención que me resultó complicada sólo porque me vi obligado a explicárselo a ellos: «Sí, la ley os obliga a acompañarme; no, no me importa que le rompa el corazón a tu santa madre; no, no te tengo ni una pizca de miedo; y sí, estoy dispuesto a arrastrarte a hasta las Tombs tirándote de la oreja, si no me queda más remedio». Por último intervine en un par de agresiones leves en las que había exceso de licor, trabajadores cansados y putas que habían tenido la mala suerte de andar por allí. En la misma Anthony Street, a ambos lados de la línea de ferrocarril que la cruza, las casas son franjas de negro carbón trazadas por una mano nerviosa arrastrada por el cielo, y así han salido, demasiado baratas. Son edificios hambrientos. Devoradores de hombres, listos para tragarse al emigrante más cercano por el hueco de una escalera rota o un suelo podrido. Atestados hasta casi reventar de irlandeses, claro. Y esa mañana, en el momento en que hacía mi octava y pausada ronda y el sol ya ardía amarillento, empezaron a gritar mi nombre.

—¡Timothy Wilde! Señor Wilde, ¿es usted?

Me encogí ligeramente bajo mi sombrero de ala ancha. El gesto mandó una oleada de dolor a lo largo del borde de mi frente.

—Reverendo Underhill —respondí encaminándome hacia él.

—Así que, en efecto, es usted. Perdóneme, pero... No sé muy bien qué decir. Desde el incendio, todos hemos perdido el contacto.

El reverendo Thomas Underhill me tendió la mano, y su rostro de una viva inteligencia me pareció extrañamente pálido. El reverendo tiene los mismos ojos azules y delicados de Mercy, pero su pelo es más castaño que negro, encanecido ya en las sienes, y su rostro, que sobresale por encima del sencillo atuendo de clérigo, es más estrecho. La señora Olivia Underhill había sido una auténtica belleza inglesa, fallecida en una de las epidemias de cólera que por aquí suelen cebarse en los extranjeros; ella tenía ojos grandes y separados, como los de Mercy, y el mismo hoyuelo en la barbilla. El reverendo la adoraba. Cuando murió Olivia, traspasó todos sus cálidos sentimientos a la congregación presbiteriana de Pine Street y a Mercy, y no puedo criticar su decisión. Es un hombre capaz y hábil, sus ojos irradian concentración y sus manos son expresivas. Pero algo le había asustado mucho. Me pareció más joven, como perdido en medio de una multitud enfadada, mientras se estiraba el chaleco amarillo, que ya estaba liso.

—Estoy bien —dije en un tono cordial. Me sentía como un actor que había salido al escenario equivocado—. ¿Y cómo está...?

«Su hija», habría dicho antes, pues no quería otra cosa que sustituir su apellido para siempre.

—¿... la señorita Underhill? —pregunté.

No sé cómo pude. Algo que me apretaba se desató en mi caja torácica y se deslizó espeso a través de mis venas como plomo frío.

—Está bien. Señor Wilde, estaba buscando ayuda cuando le vi. ¿Sería tan amable de acompañarme y...? —Se detuvo, su mirada había captado el destello apagado de mi estrella de cobre—. Dios mío. Esa insignia en su pecho... ¿se ha hecho policía?

—Sí, me temo que sí.

—Oh, gracias al cielo, qué azar tan providencial. Había acudido a visitar a un pobre hombre que había recurrido a nosotros en busca de caridad y cuando salía de la vivienda oí llorar a un bebé dentro de otro piso. Llamé varias veces a la puerta, pero estaba cerrada. Luego arremetí con el hombro, con fuerza, pero...

—Los bebés lloran a menudo —observé.

Pero yo jamás lo había visto asustado desde la muerte de su esposa, gotas de sudor frío le perlaban las sienes, así que corrí a Anthony Street. El reverendo me adelantó, para indicarme. En diez segundos, llegamos a un viejo edificio de ladrillo. El reverendo no se detuvo en la entrada, y se introdujo en el callejón que se extendía

entre la residencia en cuestión y el edificio contiguo.

El edificio de viviendas que daba a la calle tenía cuatro plantas de altura; sobre nuestras cabezas, había montones de tendederos de los que colgaban con pinzas, como banderolas, harapos beis. Un niño pequeño, con la cara pálida e inexpresiva, vigilaba la colada. Pero nosotros nos dirigíamos al edificio de atrás. En su infinito deseo de dar acogida a potenciales americanos, los propietarios de los inmuebles últimamente habían empezado a construir viviendas en los patios traseros de los edificios de ladrillo ya existentes. Normalmente, se deja un solar despejado detrás de cada edificio de viviendas para permitir la entrada de luz, aire y otros lujos similares. Pero los astutos caseros levantaban ahora nuevas edificaciones en la parte de atrás de las originales, a las que se accedía por las rendijas laterales de las callejuelas que separaban las construcciones, con ventanas que ya no daban más que a paredes. Bordeé con agilidad los trozos de una rueda de carruaje rota y después un enmohecido depósito de agua de lluvia. El suelo se volvía más húmedo y oscuro por momentos a medida que avanzábamos por la grieta. Al final, estábamos pisando diez centímetros de agua procedente de la artesa desbordada que había entre el pozo negro de la letrina exterior y la alcantarilla superficial.

El patio húmedo al que conducía el pasadizo resultó estar cubierto de tablones. Un perro gris moteado yacía tumbado de lado junto a la letrina de madera, roncando al sol. Justo detrás se alzaba el segundo edificio. Este era de madera, de tres plantas, y ya se estaba desmoronando. Mientras nos apresurábamos por el patio entablado, los residuos que se filtraban por las grietas presionaban hacia arriba y lamían nuestras botas.

El reverendo se detuvo nada más entrar en el portal en penumbra. A nuestra izquierda, una escalera daba cobijo a un par de borrachos, apenas unos bultos de ropa que respiraban débilmente apestando a whisky.

—Es por este pasillo —y señaló con la cabeza hacia el fondo de la planta baja.

La puerta en cuestión era en verdad más robusta de lo que parecía. Pero entre los dos no tardamos en conseguir que cediera, y las tablillas se abrieron con un estallido amortiguado. Y esto es lo que vimos.

No era una habitación, sino un espacio apenas mayor que un armario con un catre a un lado. Si mi hermano hubiera desplegado ambos brazos seguramente habría tocado las dos paredes. Extraordinariamente limpio. Una mujer que llevaba una deshilachada cofia de encaje que podría haber pasado por una telaraña se sentaba en una silla, cosiendo una manga en un vestido de algodón. Había veinte o treinta piezas de algodón burdo y barato plegadas a sus pies. Tenía el pelo del tono rojo claro propio del interior de los pomelos maduros; el rostro pecoso estaba sereno, aunque apretaba los labios. No levantó la mirada cuando su puerta se abrió de golpe y dos hombres casi se le echan encima del regazo. Y por eso supe que algo iba mal, muy

mal.

—¿Dónde está su bebé? —preguntó el reverendo, intentando con todas sus fuerzas controlar sus prisas—. Le oí llorar en esta habitación. Parecía... ¿Dónde está?

La aguja se ralentizó pero no dejó de moverse mientras las pestañas rojizas de la mujer se alzaban. Calculé que rondaría los veinticinco, y no debía de llevar mucho tiempo en el país: pequeños arañazos habían brotado por las puntas de todos sus dedos por la labor de aguja a la que no estaba acostumbrada, y las heridas no habían cicatrizado como era debido. Su sangre seguramente seguía diluida por no haber comido nada más que galletas y carne en mal estado durante el trayecto hasta aquí. Tenía aspecto de no haber visto fruta fresca desde hacía seis meses, o tal vez más, y su cuerpo entero parecía tan frágil como una ampolla reventada. Mientras tanto, seguía sentada, como si no nos entendiera.

—¿Cómo se llama, señora? —probé.

—Eliza Rafferty —respondió en un inglés con fuerte acento.

—Y usted tiene un bebé, si no me equivoco. ¿Dónde está?

Los ojos pardos se desorientaron y volvieron a la aguja.

—Pero si yo no tengo ningún bebé. Están cometiendo un error.

—¿No? —repliqué haciéndole un gesto al reverendo para que no perdiera la paciencia.

Había algo extraño en la mirada de la mujer. Desconcertada y vacilante, como un pájaro que no tiene dónde posarse. Yo nunca había visto nada parecido, y eso que he visto mil miradas diferentes en mil caras distintas.

—Entonces ¿de quién son esas ropas de bebé que hay en la cesta? —pregunté señalando a un rincón.

Bajó la barbilla, se estremeció, pero su rostro seguía siendo una máscara. Y ni siquiera se trataba de una máscara que se pusiera intencionadamente. Ni una palabra de lo que decíamos tenía sentido para ella.

—Son del trabajo a destajo que hago —susurró—. No tengo ningún bebé, ya se lo he dicho. Ahora tengo que acabar piezas de vestidos. A tres centavos la pieza. El señor Prendergast debió de mandar ésos por error.

—Señora, es un pecado muy grave mentir sobre...

—No creo que esté mintiendo —dije en voz baja. No es más que un truco que se aprende cuanto te ganas la vida hablando con gente. Pero las mentiras tienen un regusto especial, algo suave y azucarado, y ésta no lo tenía—. Señora Rafferty, ¿oyó llamar a su puerta al reverendo? Estaba muy preocupado por usted.

—Lo oí. Reconocí su voz. No llamaré mentiroso al Papa, ni lo criticaré, ya se lo digo. Ni siquiera a cambio de nata de la buena como me prometió la última vez; y no me duelen prendas si tengo que arrodillarme y suplicar.

Miré al reverendo Underhill y él esbozó una mueca, con la mirada dolida.

—Mis recursos para caridad son sumamente limitados. Me avergüenza, cada día. Pero no tenemos tiempo para esto. Tenemos que...

—¿Para qué hubiera utilizado la nata, señora Rafferty? —pregunté.

—Para Aidan.

Sus ojos moteados se abrieron ligeramente al oír sus propias palabras. El reverendo y yo intercambiamos miradas sombrías. Así que sí había un bebé, y en aquella celda no había sitio para ocultar ni un penique de cobre doblado. Me agaché apoyándome en una rodilla para que la señora Rafferty me viera mejor. Su mirada ya estaba bastante deteriorada por el cosido de piezas de ropa con una luz pésima. Al ritmo al que cosía, las puntadas la dejarían ciega en diez años, o puede que antes.

—Después de que el reverendo llamara a la puerta, pero antes de que entráramos los dos, usted sacó algo de aquí, ¿no? —pregunté con suavidad—. No sé qué sería.

—Sólo era una rata —dijo susurrando—. Me muerden espantosamente por las noches. Entran por los tablones del suelo. Eché ésa al lavadero que hay allá, al final del pasillo.

—¿Y no le dio miedo —le pregunté sintiendo un agujero cada vez mayor en el estómago— cogerla y llevarla hasta allí?

—No —respondió y los labios le temblaban como las alas de una polilla—. Ya estaba muerta.

Con desesperación, volví la mirada hacia el reverendo. Pero sus botas ya corrían por el pasillo.

«Estaba asustada —pensé con aturrida insistencia mientras me ponía en pie y salía a toda prisa por la puerta—, y se olvidó del bebé cuando fue a deshacerse de la rata. Sí. Sí, la rata está en el lavadero y el bebé está sin duda en una cesta al lado, y ella volvió confusa a la habitación sin... Se llamaba Aidan. Aidan Rafferty está en una cesta al final del pasillo».

El reverendo ahogó un grito contra la manga oscura de su levita. Su silueta se recortaba al final del pasillo desconchado, perfilada por la luz de la única ventana que había encima del mugriento lavadero público. Me miré los pies que avanzaban entre los excrementos de las gallinas que vagaban sueltas y habían entrado por la puerta. Me di cuenta de que volvía a ver las cosas fragmentadas. El lavadero no era más que una palangana de madera barata que se había transformado en el mohoso hogar de varias moscas ruidosas, a las que el reverendo Underhill había molestado.

—Traeremos a un médico —dije estúpidamente, antes incluso de mirar. Podía solucionar esto, tenía que solucionarlo—. Lo traeremos enseguida.

—De nada sirve ya un médico —respondió el reverendo, que había recuperado un poco el control. Se le había quedado la cara lívida, de un blanco puro. Blanca pero incandescente, un blanco como la gloria de Dios—. Ella querrá un cura.

Desde aquel día, mil veces me he preguntado por qué me desgarró tanto aquella

muerte en particular. La muerte, se dice, es muy frecuente. Y la de los niños todavía más. Son víctimas de tantas crueldades que no creería que su supervivencia fuera ni remotamente posible de no haber sido niño yo también. ¿Qué sus padres los quieren? No por eso dejan de ser juguetes en manos de los caprichos de las enfermedades y los accidentes peligrosos, un brillo sagrado en las vidas de su familia con un resplandor tan volátil como el de la Bolsa. ¿Qué sus padres no los quieren? En ese caso salen al mundo demasiado pronto, se ven obligados a vender humeantes mazorcas de maíz por unos céntimos a quien se las compre en Broadway, o se ven atraídos a vocaciones mucho peores a causa de la insistencia de la voraz supervivencia. O bien desaparecen por completo. Se desvanecen como una fragancia en el viento.

¿Qué sus padres mueren cuando ellos son todavía muy pequeños?

En ese caso yo sabía qué pasaba. Y podrían haberme ido mucho peor las cosas, eso también lo sé, aunque me cueste reconocerlo. Si Val no hubiera estado a mi lado durante nuestra infancia de huérfanos, posiblemente me habría visto menos perseguido, aunque muy probablemente habría acabado depositado en una tumba poco profunda cualquiera de aquellos inviernos. He asimilado ese regalo muy adentro, y los días en los que ya he decidido marcharme a México, donde no hay ningún Valentine Wilde a la vista, me lo recuerdo a mí mismo. Y me quedo. A pesar de los pesares.

No, no es que me conmueva la idea de que un niño pequeño muera. Y, desgraciadamente, el concepto de niños víctimas de asesinatos tampoco es nuevo. Imagínense una barbaridad casi inimaginable: pues bien, se interpreta en el escenario de Nueva York con ovaciones y peticiones de besos más veces de las que ustedes creerían posibles.

Lo que importaba de esa muerte, como acabé descubriendo, era que la semana anterior, la señora Rafferty, según parecía, había estado suplicándole al reverendo que le diera nata para Aidan. Quería, necesitaba, aliviar el hambre de su hijo. Ella compartía el sufrimiento del pequeño en cada aliento, en cada débil latido del corazón del niño. Se había arrodillado suplicando por su bienestar, y sólo dejó de hacerlo cuando creyó que hasta su vida en la otra vida corría peligro. Supuso que una eternidad con su hijo importaba más que tres días de productos lácteos frescos.

Hasta que ese día —sin la nata, seguramente sin zumo de limón para recuperar la sensatez y posiblemente hasta sin una puñetera ventana; sólo Dios sabe cuál era la causa de su desesperación— había imaginado que aquel mismo pequeño era una rata. La señora Rafferty apareció a nuestras espaldas, asomándose desde la puerta de su armario, con la aguja aún en la mano. Los dedos se le habían paralizado.

—Está muerta —dijo—. A mí también me dan miedo, pero ésta ya está muerta, y ustedes son hombres hechos y derechos. ¿Por qué están tan asustados? Es una vergüenza, que lo sepan. Era sólo una rata.

—Que Dios se apiade de usted —susurró el reverendo con una voz afilada con fuego.

Y así realicé mi octava detención en mi nueva profesión.



Doce horas más tarde, sentado a una mesa rayada en las Tombs, en una de las salas de oficinas, sostenía en la mano una pluma con la punta coronada de un tono de negro letal. Me limitaba a mirar fijamente la hoja que tenía ante mí. No escribía. En ese momento, lo único que quería era vomitar en un rincón. Al menos habría cambiado las cosas, habría demostrado que era capaz de moverme todavía, tal vez habría aliviado las náuseas, pero el caso es que no podía dejar de mirar la hoja ni empezar a escribir por más que quisiera.

En vez de eso, pensaba en el reverendo, en si él lo estaría sobrellevando mejor. El reverendo, que a los once años había dejado atrás una sombría cabaña en los bosques de Massachusetts con una porra de nogal apoyada en un rincón, para ganarse el pan en un barco. Era un hombre meticulado y viajado, conocido en toda la ciudad como un intrépido protestante con una inteligencia insaciable y exigente. Sus fieles lo tienen por el pastor que mantiene sus vidas por el buen camino, según el orden divino, y eso exactamente es lo que es; fue abolicionista en sus primeros tiempos de predicador porque la simple idea de la esclavitud repugnaba a su sentido de la lógica. Cuando habla al respecto, utiliza la palabra «justicia», pero en realidad quiere decir «lógica». A veces creo que combate la pobreza simplemente porque el desequilibrio que implica ofende a su sentido de la estética. Tal vez les parezca una razón de poco peso, pero sólo si no lo han visto nunca pelando una naranja con el mismo esmero de quien corta las facetas de un diamante en bruto.

Recordé la última vez que lo había visto tan pálido, poco después de la muerte de Olivia Underhill. El reverendo adoraba a su esposa, y yo entiendo muy bien ese tipo de adoración. Después de darle sepultura el día de su fallecimiento, con el cuerpo ya marchito, apenas reconocible, no había salido de su estudio, cerrado a cal y canto, durante tres días seguidos. Ninguna súplica, ni siquiera las de Mercy, que por aquel entonces contaba catorce años, le persuadió de que saliera. Finalmente, segundos antes de que Val estrenara sus nuevas ganzúas, la puerta se había abierto, y Thomas Underhill había besado a su hija llorosa, la había abrazado y le había acariciado el pelo; luego anunció que la pequeña dependencia exterior de la iglesia de Pine Street necesitaba un tejado nuevo desde hacía mucho, y se proponía solucionarlo. Salió de la habitación sin volver la mirada atrás, mientras mi hermano, Mercy y yo lo mirábamos aturdidos. Mercy no encontró nada en el estudio que indicara qué había estado haciendo todo ese tiempo hasta meses más tarde, cuando descubrió que cada página de todos los libros de la amplia biblioteca de su madre había sido

meticulosamente marcada al margen con una franja de tinta negra, a mano. Miles y miles de fajas de luto negras que bordeaban silenciosamente el pergamino.

No, el reverendo no podía sobrellevarlo mejor que yo, ni remotamente. Y menos cuando se tenía en cuenta la cuestión de la nata.

Oí unos pasos que se acercaban. Levanté la mirada por debajo del ala de mi sombrero. Era el señor Piest, que hacía un único descanso para tomarse un café en toda la jornada. Lo oí. Pero esta vez traía un par de tazas de latón en las manos, no una. Sus rizos grises sueltos se agitaron saludándome alborotados cuando dejó una de las tazas sobre la mesa.

—Patriota, saludos —declaró con solemnidad.

Cuando se alejaba, con las botas holandesas resonando sobre el suelo, añadió:

—Se acostumbrará, señor Wilde.

«Y una mierda», repliqué vengativo mentalmente.

Pero cuando di un sorbo del café espeso —que era mucho más denso, mucho mejor de lo que debería haber sido—, me las apañé para poner la pluma sobre el papel.

Informe redactado por el agente T. Wilde, Distrito 6, Demarcación I, Estrella 107. Entré en el n.º 12 de Anthony Street a las ocho de la mañana a raíz de las sospechas que me comunicó el reverendo Thomas Underhill, con domicilio en el n.º 3 de Pine Street. Me dirigí al edificio de atrás, planta baja, y descubrí a la vecina, señora Eliza Rafferty, en un estado de gran confusión. El pequeño Aidan Rafferty había desaparecido de la habitación. La madre, afirmando que la había atacado una rata, nos condujo al lavadero del mismo edificio trasero, donde habían dejado al bebé.

Detuve a la señora Rafferty, que siguió demostrando incompreensión por lo sucedido, aunque a esas alturas estaba más alterada emocionalmente. Solicité de inmediato ayuda mediante el reverendo Underhill, y los primeros que llegaron fueron los agentes York y Patterson, que avisaron al forense. Llevé a la señora Rafferty al ala de mujeres de las Tombs, donde fue encarcelada con el número de reclusa 23.398 y está a la espera del interrogatorio.

Dejé de escribir y me maravillé de mi letra. Perfectamente clara. Qué abominable me resultaba. Insensible, de una manera que me revolvía las entrañas, asqueado por las letras uniformes. Razonablemente, supuse que era necesario que fueran legibles, y a continuación pensé que quien fuese capaz de escribir eso con una letra tan limpia era un infame.

A la espera del informe del agente forense sobre el cuerpo de Aidan Rafferty, que debía de rondar los seis meses de edad, las marcas en el cuello apuntan claramente al estrangulamiento como causa más probable de la muerte.

El texto, con mi letra, me devolvía la mirada, un prodigio de dominio de la mano. Repugnante. Cuando me di cuenta de lo fría, lo ajena, que parecía aquella frase, me arranqué la maldita insignia de la estrella y la lancé contra la pared encalada con todas mis fuerzas.



Mientras regresaba a casa bajo las relucientes estrellas de agosto, con la insignia de cobre en el bolsillo, me preguntaba de qué modo podría hacerle pagar a mi hermano por haber propiciado un día como el que acababa de vivir. Iba muy concentrado, pensaba: «Maldito Valentine Wilde», una y otra vez, cuando llegué a Elizabeth Street y a la panadería de la señora Boehm.

Entonces algo blando y agitado chocó con mis piernas.

Mis manos cogieron los brazos de la niña antes de que mi cerebro se diera siquiera cuenta de que había chocado con una pequeña. Hice bien, porque ella se estaba tirando del pelo, tocándose un mechón que se le había soltado de una maraña enredada, y se habría caído contra los adoquines sucios. Cuando pude erguirla, me miró como desde la cubierta de un remoto barco en el centro del río. No estaba ahí. En realidad, no estaba en ninguna parte, todavía. Ni aquí ni allí.

Entonces me fijé en que llevaba un camisón, que estaba empapado en algo que podía ser alquitrán o sangre. Iba calada de pies a cabeza.

—Dios mío —murmuré—, ¿estás herida?

No me respondió, pero su cara cuadrada se esforzaba por expresar algo sin palabras. Creo que intentaba no gritar.

Es posible que un policía profesional, como los de Londres, hubiera regresado inmediatamente a las Tombs y la hubiera dejado allí para que la interrogaran, aunque ya no estuviera de servicio. Sí, es posible. A lo mejor un policía profesional la habría llevado a un médico. No lo sé. A estas alturas ya debería haber quedado claro que no había muchos policías profesionales en la ciudad de Nueva York. Pero incluso si los hubiera, yo había roto con ellos para siempre. Aidan Rafferty ya estaba enterrado, como, en otro sentido, también lo estaba su madre en las Tombs; yo era alguien acostumbrado a servir ginebra en una copa por el doble de su precio, y por lo que a mí respectaba, los estrellas de cobre podían irse a paseo.

—Ven conmigo —dije—. No pasa nada.

La levanté con cuidado. No podía sacar la llave del bolsillo con la niña en los brazos. Pero, por casualidad, la señora Boehm me había visto por la ventana y me esperaba con la puerta abierta. Llevaba la bata muy ceñida alrededor del cuerpo enjuto, y su cara parecía un expresivo retrato de la sorpresa.

—Dios bendito —dijo en voz baja a través de sus labios muy abiertos.

La señora Boehm corrió a la chimenea que había junto a los hornos y la avivó con fuerza mientras yo entraba con la pequeña criatura herida, y con la otra mano cogió un cubo para sacar agua de la bomba.

—Hay trapos en el rincón —dijo corriendo hacia la puerta—; están limpios, son para el pan.

Deposité a la niña sobre un escabel manchado de harina. La señora Boehm había dejado la lámpara sobre la ancha mesa de amasar, porque la luna estaba alta y la bomba de agua justo delante de la casa. Bajo aquella luz, era evidente que la inmensa mancha en el camión de la niña no podía ser más que de sangre.

Sus ojos grises miraron alrededor tan asustados que retrocedí un poco tras dejarla sobre el escabel. Fui a buscar los trapos limpios al rincón y cogí varios de algodón suave.

—¿Sabes dónde te has hecho daño? —pregunté en voz baja.

No respondió. Se me ocurrió una idea.

—¿Hablas inglés?

La pregunta hizo que se removiera inquieta y su mandíbula se ladeó inquisitivamente.

—¿Y qué voy a hablar si no?

Inglés sin acento. No, sin acento para mis oídos, me corregí. Lo que hablaba era inglés de Nueva York.

Los brazos empezaron a temblarle. La señora Boehm volvió a grandes zancadas y empezó a calentar agua. Murmurando para sí, encendió otras dos lámparas, bañando la panadería con una luz de caramelo. Cuando lo hizo y al examinar con más atención a la niña, me fijé en algo extraño.

—Señora Boehm —la llamé.

Con cuidado y procediendo todo lo despacio que pudimos, le quitamos el camión a la pequeña. No se resistió. No movió un solo músculo, salvo para ayudarnos. Cuando la señora Boehm cogió un trapo mojado y caliente y lo pasó por la piel levemente pecosa de la niña, mi intuición resultó correcta.

—No está herida —dije asombrado—. Fíjese. Todo es del camión. Está cubierto de sangre, pero ella no tiene ni un rasguño.

—Ellos harán pedazos a mi amigo —susurró la pequeña, con los ojos llenos de lágrimas.

Y entonces tuve que cogerla por segunda vez, enredando mis brazos con los de la

señora Boehm, porque la niña se había desmayado del todo.

CINCO

Cuando las patatas son atacadas por esta enfermedad, lo primero que se observa es que el tubérculo se reseca y marchita... Últimamente hemos recibido informaciones de nuestros corresponsales quejándose de sus patatas, y en algunos casos nos caben pocas dudas de que están sufriendo la enfermedad que acabamos de describir.

• *Gardener's Chronicle and Agricultural Gazette*, 16 de marzo de 1844, Londres •



La señora Boehm asumió la tarea de limpiar toda la sangre de la chiquilla mientras yo le mantenía quietas las extremidades. Luego mi casera encontró una vieja blusa lisa y se la puso, le abrochó los sencillos botones de concha, le quitó todas las horquillas del pelo castaño rojizo y la acostó en una camita que sacó de debajo de su propia cama. La actitud inesperadamente metódica con que abordaba el caos hizo que me sintiera agradecido. Al salir de su dormitorio de la segunda planta, tras cerrar la puerta a sus espaldas, nos cruzamos cuando yo subía desde la panadería con una pequeña bandeja de pan del día anterior, dos trozos de jamón salado y un poco de queso que había encontrado en un pequeño tarro de salmuera.

—Se lo pagaré, hasta el último centavo —dije, intentando mostrarme cortés. Aunque me temo que parecí enfermo—. Pensé que a lo mejor lo compartiría conmigo.

La señor Boehm chasqueó la lengua.

—Espere —ordenó y volvió a entrar en su habitación.

Cuando salió llevaba en la mano un trozo de papel vegetal como el que se utiliza para envolver el chocolate.

Pusimos platos en la mesa con un par de velas de sebo, y apagamos las lámparas para ahorrar queroseno. La señora Boehm desapareció y volvió con una jarra de gres con cerveza, que sirvió en dos tazas que sacó del aparador. Me fijé en que me miraba con más detenimiento de lo que solía, y al cabo de un instante me quité el sombrero, obediente. Era como si me quitara la ropa interior. Tenía algo de obsceno.

—¿Un incendio en el centro? —preguntó en voz baja—, ¿o un accidente?

—Un incendio en el centro. Tampoco importa.

Ella asintió y las comisuras de su amplia boca se torcieron.

—Dígame, la niña estaba afuera, en la calle, ¿y usted decidió traerla a casa?

—¿Le parece mal? —inquirí, sorprendido.

—No, pero usted es policía.

La insinuación estaba clara. ¿Para qué servían los policías si ni siquiera llevaban a los niños cubiertos de sangre a comisaría y averiguaban lo que les había pasado? Asentí; me sentía un poco desplazado hacia la izquierda de mí mismo desde que me

había quitado el sombrero. No me había dado cuenta de hasta qué punto lo había estado utilizando para ocultarme. Por otra parte, no sabía cómo confiarle a mi casera que iba a abandonar la única fuente segura de ingresos que tenía.

—Cuando la pobre criatura se despierte, averiguaremos qué ha pasado, dónde vive, de dónde procede toda esa sangre. No tiene sentido jugar a policías con ella dormida.

Muerto de hambre como estaba, cogí una rebanada gruesa de pan de centeno y corté un trozo de requesón. La señora Boehm sacó un cigarrillo de un bolsillo de su vestido y lo encendió en una de las llamas de las velas. El color trigüeño apagado de su pelo titiló por un instante y luego la vela volvió a la mesa. Mis ojos se posaron en una revista que estaba abierta en la página donde había estado leyendo un cuento, una entrega de la muy popular serie *Luces y sombras en las calles de Nueva York*, y sonreí para mis adentros. Está muy bien escrita, pero es tan escandalosa como lírica, y su autor hace abiertas insinuaciones sexuales siempre que puede, lo que, supongo, es la razón por la que firma «Anónimo». Cuanto más conocía a mi casera mejor me caía. Cuando ella me descubrió leyendo del revés, se ruborizó a lo largo de los pómulos y cerró la revista de golpe.

—Los niños como esa pequeña son un problema —comentó con voz pesarosa.

—¿Los niños irlandeses?

No me sorprendía que pensara así. Aunque la niña hablara inglés americano, su pelo y su tez moteada como un huevo de chorlito la señalaban como de la primera generación de emigrantes. Y, viviendo en el Distrito Sexto, la señora Boehm había visto sin duda a muchos como ella, y a veces sí eran un problema. A menudo les enseñaban que la propiedad privada es un mito.

—No, no me refería a niños irlandeses.

—¿Niños que se han escapado de sus casas?

La pregunta me desconcertó. ¿Acaso no huiría la señora Boehm si alguien la cubriera a ella de sangre?

La señora Boehm negó con la cabeza mientras mantenía cruzados los huesudos brazos y el cigarrillo pendía de la boca.

—No, los fugitivos tampoco. No se ha fijado.

—¿En qué?

—Ella es..., ¿cómo lo llaman? No, niña no. Es una pupila. La pequeña es una ninfa, una niña prostituta.

Se me atragantó el pan. Di un sorbo a la cerveza casera de la señora Boehm, luego dejé la taza sudada en la mesa y apoyé los codos sobre ella, pasándome con tiento los dedos por la frente. ¿Cómo había estado tan ciego? El agotamiento, el hambre y los mil horrores de las últimas horas no eran disculpas de mi perspicacia de cachorro.

—El pelo —musité—; el pelo, claro.

La boca extrañamente larga de la señora Boehm se curvó en una oscura sonrisa.

—Veo que mira de cerca a las personas. Sí, el pelo.

—Podría ser un error. —Me recosté en la silla, dejando que mis dedos resiguieran la madera granulosa—. A lo mejor había estado jugando con una hermana mayor esta tarde.

La señora Boehm se encogió de hombros. El gesto fue tan tajante como un argumento perfectamente escrito.

Porque, a ver, ¿quién, en su sano juicio, le haría a una niña pequeña el peinado de una mujer de dieciocho años y luego la dejaría irse corriendo, descalza, por las calles? Las putas adultas se dejan el pelo suelto por norma, porque quieren parecer lo más jóvenes posible. Se exhiben con las blusas finas abiertas hasta el ombligo, agitando sus mechones quebradizos y resecos a sus espaldas, como ramitas de maleza, con la esperanza de, al menos en su aspecto, quitarse de encima unos cuantos años de pinchazos de jeringuillas, magulladuras de porras o de cualquier otra herramienta conocida por el hombre. Pero no las niñas. Las prostitutas infantiles son casi siempre escondidas puertas adentro. Cuando salen, las pintan para que parezcan diminutas mujeres de alta sociedad. Con el pelo recogido como las bellezas de un fantasmal baile en miniatura.

—Cree que se ha escapado de una casa de mala fama —dije—. Si lo hizo, acabará en una institución religiosa de beneficencia, si quiere, si no, volverá a las calles. Pero nunca la mandaré a la Casa de Acogida. No si mi opinión cuenta para algo.

La Casa de Acogida es un asilo para niños huérfanos de uno o de los dos padres, vagabundos y delincuentes, ubicado al norte de la populosa ciudad, en el cruce de la calle Veinticinco con la Quinta Avenida. Su propósito es sacar a los niños sin hogar de las calles, donde son muy visibles, para educarlos y ponerlos en el buen camino desde detrás de puertas cerradas, donde no son visibles. La cuestión más peliaguda no radica tanto en la educación de los pequeños cuanto en si la cómoda complacencia de las clases altas de Nueva York corre algún peligro con la visión de niños de seis años muriéndose de hambre, acurrucados en los desagües de las alcantarillas. A mí no me impresionaban los preceptos de la institución.

La señora Boehm asintió, apoyó las costillas en la madera de la mesa, desenvolvió el papel vegetal y partió un trozo de chocolate oscuro de una esquina. Comió pensativamente y empujó el pequeño tesoro hacia mí.

—¿Qué cree que quería decir con eso de «Ellos harán pedazos a mi amigo»? —pregunté.

—A lo mejor se refería a algún animal. La niña entra en el patio trasero, tiene un cerdo preferido, matan al cerdo, ella escapa corriendo. La sangre es de la matanza, no sé, es lo que se me ocurre. Una vaca, incluso, o tal vez un poni con una pata rota al

que venden para hacer pegamento. Sí, su querido poni. Claro que lo harán pedazos. Mañana lo averiguaremos.

La señora Boehm se levantó y cogió una de las velas.

—Mañana sólo tengo que hacer medio turno —mentí a los amigables nudos de huesos que recorrían su espalda por debajo de la bata—. No tiene que molestarse en despertarme.

—Muy bien. Me alegro de que sea policía. Necesitamos una policía —dijo pensativamente mientras recogía su revista. Luego, tras una pausa, añadió—: Se trataba sólo de su poni, eso es lo que creo.

La señora Boehm era una mujer práctica, me dije. Y tenía razón: la sangre podía proceder de cualquier parte. Sería tan sólo de un poni, o incluso de un perro al que había atropellado un carruaje y que al momento cubría un montón de ratas. Me relajé un poco.

Pero el hecho de pensar en ratas volvió a inquietarme y a revolverme el estómago, mientras miraba embobado al otro lado de la habitación, a una grieta fina como la raya de un pelo en el yeso. Me pregunté, mientras subía la otra vela hasta mis alojamientos, cuánto me costaría volver a ser yo mismo tras un día como ése.



La mañana siguiente, me desperté de un sueño profundo ante un par de ojos grises que me examinaban atentos.

Miré, sin comprender. Aún tumbado en la cama y ya tenía la sensación de haber perdido el equilibrio. La luz del sol entraba por la ventana, lo que no solía suceder cuando abría los ojos. Mi colchón de paja todavía seguía pegado a la pared del salón, porque la idea de acostarme en el cubículo que debía servir de dormitorio me deprimía más allá de lo explicable, y hasta el día anterior me hubiera sorprendido mucho que fuera a tener compañía. Pero el caso es que ahí estaba yo. Llevaba puestos unos calzones de cordón que no me llegaban a las rodillas y tenía unos enormes ojos de color ceniza clavados en mi cuerpo.

La niña llevaba la blusa larga que le había dado la señora Boehm la noche anterior. Le colgaba hasta la mitad de los muslos, y por debajo lucía unos pantalones de niño de nanquín. Interesante, pensé. Su pelo de color de palisandro estaba suelto, recogido por detrás con un trozo de bramante.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—He estado mirando sus pinturas, me gustan.

No había ninguna pintura, pero entendí a qué se refería. Desde que era un chavalillo, cuando mi mente quiere tranquilizarse, he garabateado cosas en cualquier trozo de papel que encontrara. Y cada día, antes de empezar mi labor de policía, había dibujado algo. Salir al calor hacía que me ardiera la cara y no quería ver gente. Cogía

el ómnibus de la Línea de Madison hasta la frontera noreste de la ciudad, hasta Bull's Head Village, en la Tercera con la Veinticuatro, hacia donde habían emigrado todos los corrales, gallineros y carnicerías cuando los echaron del Bowery. Allí hedía a muerte reciente, y los animales chillaban. Pero vendían casi regalado el papel de estraza marrón fino que utilizaban para envolver la carne, y compraba un rollo bastante grande. Luego cogía un saco y lo llenaba con carbón desechado de un fabricante de braseros abandonado, cerca del corral de ovejas.

Ventajas. Yo sé cómo aprovecharlas.

—Tienes que salir para que pueda vestirme.

—Este —dijo, y se acercó a un trozo de papel marrón clavado con tachuelas a la pared, en el que se representaba el transbordador de Williamsburg saliendo de Peck Slip bajo una encapotada tormenta de julio. Era así como a mí me gustaba imaginar los viajes por el río, la forma en que todavía despierta ecos en mi memoria: un barco que avanza a través de un río amplio y plácido, segundos antes de una delirante colisión entre la luz del sol y la lluvia—. Es el que más me gusta. Es *flash*. ¿Cómo aprendió?

—Acércame la camisa —ordené—. Hay una en la palangana.

Ella me la acercó, sonriendo. Una sonrisa auténtica, pensé, pero con doble intención, un encanto genuino que envolvía un instrumento de medida: ¿cómo iba a responder yo a un sencillo comentario amable?, ¿me gustaba que me halagaran? Yo también había estudiado a la gente de ese modo, pero lo hacía mejor. Negué con la cabeza para mis adentros. Esta niña había estado empapada en sangre no hacía ni ocho horas, había sido sometida a Dios sabe qué antes, y aquí estaba yo, preocupado por mi atuendo.

—Me llamo Timothy Wilde, ¿y tú?

—Todo el mundo me llama Little Bird —dijo levantando un hombro—. Bird Daly, pero puedo decirle el verdadero si quiere.

Dije que claro, que me lo dijera, mientras me ponía la camisa y me preguntaba con una sensación cada vez más mortificante dónde habrían ido a parar mis pantalones.

—Aibhilin ó Dálaigh. Antes no sabía pronunciarlo bien, así que también me llamaba Bird yo misma, porque Bird es más fácil. Pero significan exactamente lo mismo, sólo que en idiomas distintos, así que Bird es tan bueno como el otro, eso es lo que pienso, ¿a usted qué le parece?

«Pantalones», pensaba yo. Ahora tenía dos pares, y nunca me habían parecido tan importantes. Finalmente, mi pie descalzo tropezó con el tejido de paño negro y me los puse todo lo deprisa que pude.

Bird miraba fijamente un gran boceto de una cabaña en el bosque, en medio de un visible y violento incendio. Los bosques que la rodeaban constituían una tierra de

nadie reducida a cenizas, un paisaje de pesadilla, y olía a incineración. Después de todo, lo había pintado con combustible desechado. Fuera cual fuese el antro del que había salido, la niña había contemplado cuadros antes. Sus ojos estaban comparando las nuevas obras de arte con las que ya había visto. Eso quería decir que no procedía de Five Points, nuestro infierno más negro, ni tampoco de los garitos salobres de East River. Demasiado bien alimentada, vestida con ropa cara y con una mirada crítica sobre los esbozos a carboncillo.

—Tenemos que hablar de ayer —sugerí amablemente—. De lo que te pasó, y lo que le pasó a tu camisón, y de dónde eres.

—¿Pintó éste cuando era más joven? Parece distinto.

—No, todos son bastante recientes. Vamos a buscar a la señora Boehm, tomaremos un poco de té mientras me cuentas qué te pasó anoche.

Bird se entretuvo ante otro tramo de pared cubierto de papel, frunciendo el ceño. Era un retrato muy sencillo de una mujer pálida con mechones negros y aire erudito, que apoyaba el hoyuelo de la barbilla en una mano y miraba a lo lejos con sus ojos separados. Mercy, ensimismada.

—Ella le gusta —anunció Bird en un tono lúgubre—. Seguramente la besa mucho, ¿verdad?

—Yo..., eh, a decir verdad, no. ¿Por qué...?

Al observar con atención el boceto, me di cuenta de que los sentimientos del artista hacia su modelo quedaban ciertamente en evidencia, hasta para una niña de diez años. No es que la idea aliviara mi confusión. Mientras tanto, el rostro sombrío de Bird se había transformado en otro: agradable, dócil, que borraba la huella de su error.

—No a todo el mundo le gusta dar besos. A lo mejor a usted no. Da igual, si a usted le gusta ella, a mí también me cae bien. Porque me trajo a esta casa y todo eso.

—No vas a conocerla. Aunque es una... una dama digna de admiración.

—¿Es su amante?

—No, no lo es. Escúchame, tenemos que hablar de dónde vivías. Porque te estarán buscando para que vuelvas, y si no se merecen que vivas con quienquiera que sea, tenemos que encontrarte un sitio nuevo.

Bird parpadeó. Luego volvió a sonreír, porque antes le había sido útil.

—No quiero hablar de eso —reconoció—. Pero me esforzaré si usted quiere, señor Wilde. Me parece que a partir de ahora seré su amiga. Así que me esforzaré.



—Vas a contarme qué le pasó anoche a tu camisón —dijo la señora Boehm con una voz muy amable.

Bird, sentada a la ancha mesa de amasar con una taza de vino de grosellas

caliente y un trozo de azúcar que sostenía delicadamente en sus manitas, bajó la mirada a una voluta de vapor. La cara se le ruborizó intensamente, luego recuperó la palidez. Me recordó a cuando mi padre me preguntó, hacía mucho tiempo de eso, si había acabado de pulir los arreos en los establos con aceite de ballena, y de repente me aterrericé porque no lo había hecho; y luego vi a Val, que me guiñaba un ojo tranquilizadamente desde el rincón de la habitación en una de las raras ocasiones en que había acudido a mi rescate. Era el mismo destello de pánico que acababa de ver en los ojos de Bird, el tipo de pánico que te deja sin aliento.

—Es un camisón muy bonito —comenté desde mi silla en el rincón.

El cumplido ni siquiera afectó a Bird, que apenas levantó una pizca las cejas. El gesto me recordó con crudeza que, mientras que algunos niños se tragan los comentarios de ánimo como si fueran galletas de jengibre, Bird Daly seguramente había sido objeto de algo peor, de adulación. Y de obscenidades mucho peores.

—Me quedaba bien, pero seguramente se habrá estropeado. Me gusta su sombrero —comentó Bird con astucia—, le queda muy bien.

Cuando me di cuenta de que hablaba como una adulta porque el noventa por ciento de sus relaciones humanas habían sido con hombres adultos que se gastaban el dinero con ella, sentí que se me ensombrecía el semblante sin poder evitarlo. En ese momento me percaté de que no podría hablar con Bird como si ella fuera una chiquilla y yo un exagente de policía de veintisiete años. Verme superado por no ser lo bastante inteligente para dirigir la conversación resulta casi estimulante. Pero verme superado porque no he sabido ver a quién tengo delante me produce vergüenza ajena.

—Sé que estás asustada —dije—, porque todo el mundo sabe que anoche sucedió algo terrible. Pero, si no nos cuentas qué pasó, no podremos ayudar a nadie.

—¿Dónde vives, Bird? —intervino con tranquilidad la señora Boehm.

Los amplios labios de Bird se torcieron, reticentes. Se me pasó por la cabeza, de una manera vaga, como si estuviera contemplando un rosal, que era una niña preciosa. Luego tuve que deshacer el nudo que se me estaba formando en el estómago, algo que ya empezaba a cansarme.

—En una casa al oeste de Broadway, con mi familia —dijo simplemente—. Pero no volveré a verla.

—Sigue —dije—, no te obligaremos a nada, siempre que nos cuentes la verdad.

Los labios, oscuros como capullos, se retorcieron otra vez, y luego las palabras empezaron a brotar a raudales de ellos. Húmedas, como si estuviera llorando. Pero no lo estaba, o al menos no se veía.

—No puedo. No puedo. Llegó mi padre y la cortó con un cuchillo. También me habría cortado a mí, pero salí corriendo, aunque ya me había puesto el camisón para acostarme.

Intercambié una mirada con la señora Boehm, o más bien lo intenté, porque sus desvaídos ojos azules estaban clavados en Bird.

—¿A quién cortó? —preguntó con voz seria.

—A mi madre —susurró Bird—. Le cortó la cara. Me estaba llevando en brazos a la cama y había sangre por todas partes. Él se pone como loco cuando ha bebido, pero antes sólo usaba las manos; o el bastón que llevaba. Nunca un cuchillo. Mi madre me dejó en el suelo y me dijo que corriera, me dijo que no volviera nunca porque él me echa la culpa por el dinero que cuesta mi comida y mi ropa.

Se calló y pasó un dedo tembloroso por el borde de la taza. No apartaba la mirada de un diminuto desconchado de la porcelana.

Y yo me puse a pensar en ello, a fondo.

No era una imagen agradable, pero resultaba creíble. Incontables familias acaban destripadas todos los días por el precio del whisky. «Madre de Dios —me había dicho un cauteloso irlandés de Sligo de manos firmes tras pedirme una copa en el local de Nick una tarde—. Le escribiré a mi primo y le diré sin rodeos que no venga, es verdad que en casa escasea la comida, pero al menos el whisky es caro». Sí, todo era posible.

Luego pensé en el pelo de la chiquilla. Pensé en qué tipo de niña irlandesa llamaría «madre» a su mamá. Y siempre se refirió a ella con referencia a sí misma. Mi madre me dejó en el suelo. No «Mamá me dejó en el suelo y me dijo que corriera».

—Me parece que deberías contarnos lo que pasó de verdad —objeté.

Bird pareció sorprendida, su boca formó una «O», y fue entonces cuando supe que era una mentirosa consumada. Sólo los buenos mentirosos se sorprenden cuando los pillan. Y seguramente no te quedaba otra que ser muy buena mintiendo si querías sobrevivir en su tipo de trabajo.

—No puedo —respondió temblando—. Usted se enfadaría. Y la señora Boehm dice que es usted policía.

—Tonterías —dijo la señora Boehm en un tono reprobatorio—. Cuéntanos lo que pasó de verdad. El señor Wilde es una buena persona.

—Yo no quería hacerlo —musitó Bird.

Se le quebró la voz mientras clavaba dolorosamente la uña del pulgar en la mesa.

—Hacer... ¿qué, cariño?

—Todo lo que hice —dijo ella en voz baja—. Pero él..., me parece que estaba borracho porque no paraba de beber de una petaca, y me preguntaba si yo quería un trago. Le dije que no; entonces lo vertió en mi almohada y dijo que así me acostumbraría, y yo creí que estaba loco. Tenía una caja de cerillas, y no paraba de encenderlas. Una por una. Dijo que eran como mi pelo, y me acercó una a la cara, y yo le dije que se apartara, él ya... ya me había pagado. Así que... Pero no se

apartaba, me empujó a la almohada mojada y se me echó encima con la cerilla encendida. Iba a pegarme fuego. Empecé a gritar y lo empujé con todas mis fuerzas. Él..., se cayó al suelo. Llevaba un cuchillo en el cinturón..., pero yo no lo sabía, juro por Dios que no lo sabía. Se cortó en un lado y cuando me levantó en brazos, la sangre me manchó el camisón. Ellos me habían oído gritar y entraron en la habitación, y fue entonces cuando pude escaparme. No está muerto, se lo juro, y yo no quería hacerlo. Él iba a quemarme.

Esta vez, cuando Bird calló, la señora Boehm estiró la mano y acarició suavemente la muñeca de la chiquilla. Porque esa historia, a mi juicio, sólo podía ser cierta. Los detalles eran tan extraños que ningún niño habría sido capaz de inventárselos.

Derramar whisky en una almohada y prenderle fuego al pelo de una niña.

Todo eso había sucedido. Pero ella no estaba aquí por eso.

—Bird, no sabes cómo lo lamento —le dije—. Pero si un hombre fue apuñalado, aunque fuera accidentalmente, habría montado un alboroto increíble. No habrías podido escapar de la casa. Tenemos que saber si alguien resultó herido de verdad. Tengo que llevarte a comisaría.

La taza de licor de grosella se estampó contra la pared, lanzada por un puño rabioso. Al momento, Bird parecía aterrada y se miraba la mano derecha como si fuera de otra persona. Se la acarició con la izquierda, parpadeando muy rápido.

—No, por favor. Deje que me quede aquí, deje que me quede —suplicó como en una extraña salmodia—. Todo está bien. No tiene que preocuparse. Nadie resultó herido.

—Pero acabas de decir que...

—¡Era mentira! Por favor, era mentira..., pero usted ya sabe que no quería hablar de dónde vivo, ¿verdad que lo sabe? Deje que me quede aquí, no puedo volver. Me harán algo horrible. Pagaré la taza, siempre pago lo que rompo. Por favor...

—Cuéntanoslo todo otra vez —la interrumpí—, pero esta vez la verdad.

El labio inferior de Bird tembló violentamente, pero en cuanto se dio cuenta levantó la barbilla.

—No podía seguir viviendo allí —dijo con voz inexpresiva—. Estaba cansada, ¿sabe? Muy cansada, y no me dejan dormir. Ella dice que es porque les gusta a todos, pero..., pero yo no podía. Es terrible no poder dormir. Anoche cogí unas cuantas monedas de diez centavos que tenía escondidas abajo. En la parte de atrás, donde están las gallinas. Íbamos a cenar curry. Le pagué al chico que mató la gallina para que me diera un poco de sangre, le dije que era para un conjuro que quería hacer. La pusimos en un cubo en el gallinero, yo llevaba el camisón y..., y lo empapé de sangre. Esa noche, cuando me escabullí, creía que me perseguirían, o a lo mejor me enviarían a la Casa de Acogida, pero... pero si estaba ensangrentada, podría decir que

estaba escapándome de unos asesinos de los muelles. Y todos me creerían. Verían la sangre y dejarían que me quedara con ellos.

Bird se calló y paseó la mirada entre la señora Boehm y yo con unos ojos que parecían los de un cervatillo acorralado. La esperanza le arañaba en las entrañas con suaves garras, tirándole de las costillas.

—Dejarán que me quede con ustedes, ¿verdad?



Mientras me dirigía a las Tombs con la insignia en la mano y una resignación casi audible en los labios, cavilaba sobre el mejor modo de decirle a una fantasiosa niña de diez años que no podía vivir con nosotros. Antes me había quedado callado. Y la señora Boehm había limitado su respuesta a sacudir la cabeza con un triste cloqueo. En cualquier caso, aparte de nuestros deseos, no había más habitaciones.

Sin embargo, cuando llegué al adusto edificio, encontré a mi hermano Valentine hablando taciturno con la imponente figura de George Washington Matsell en las inmensas escaleras de la fachada. Hasta Valentine se mostraba respetuoso cuando aparecía Matsell. No llevaba las manos metidas en los bolsillos, uno de sus gruesos pulgares estaba encajado en el hueco de un chaleco del que parecían brotar muguets por todas partes. Era elocuente.

—Capitán Wilde —saludé—. Buenas tardes, jefe Matsell.

—En el nombre de Dios, ¿dónde demonios ha estado toda esta mañana? —preguntó Matsell en cuanto me vio.

—Cuidando de una niña cubierta de sangre. No se preocupe, acabó en nada. ¿Cómo está usted, señor?

—No muy bien —respondió.

Valentine se frotó los labios en actitud distraída.

—¿Y cómo es eso? —pregunté mientras aferraba con fuerza la estrella preparándome con ganas para tirársela a mi hermano al ojo.

—Porque hemos encontrado a un niño asesinado en Mercer Street, en mi distrito —respondió Val—. Sin ropa, rajado, en tan mal estado que te haría vomitar el desayuno. Era un chiquillo guapo; apuesto, como suelen hacerlos los irlandeses. Estamos intentando mantenerlo en secreto, pero es más fácil decirlo que... ¿dónde coño está tu estrella de cobre, jovencito impertinente?

Para mi propia sorpresa, cuando la saqué del bolsillo no se la arrojé a la cara. Me la puse otra vez.

SEIS

Todas las persecuciones que ha sufrido la verdadera Iglesia, de los paganos, los judíos y del resto del mundo, no son nada en comparación con lo que ha tenido que soportar por la implacable crueldad de éste, el más insaciable asesino de hombres.

• «Regarding the pope^[16]», de la Orange County Protestant Reformation Society, 1843 •



Aquella mañana no hice mis rondas. Matsell me dio permiso para ir con Val a la nueva comisaría del Distrito Octavo, con árboles delante de su fachada, en la esquina de las calles Prince y Wooster. Aunque tuve que insistir con vehemencia. Mientras tanto, se había propagado la noticia de mi hallazgo de Aidan Rafferty, lo que seguramente fue relevante para conseguir el permiso. Supuse que el jefe había sido indulgente con un conmocionado nuevo recluta, porque encontrar un niño muerto ocupa uno de los primeros lugares en la lista de maneras desagradables de pasar una mañana, incluso en Nueva York. Y eso, con su infinito tacto, se encargó de recordarme Valentine en el carruaje que alquilamos para que nos llevara al trote hacia el norte.

—Me he enterado de lo del niño irlandés asfixiado. Tenías ganas de dejarlo, ¿verdad? —preguntó con las manos apoyadas en el puño de su bastón, las piernas extendidas cuanto podía en aquel pequeño cabriolé. El juvenil rostro de Val estaba crispado por la irritación, las eternas ojeras se tensaban—. Pues me habrías hecho pasar un mal trago, Tim. Le prometí a Matsell que servirías para el puesto.

—No recuerdo haberte pedido que hicieras nada por el estilo.

—De todos modos acepto tu sentido agradecimiento. Y hazme el favor de no ser un bocazas.

Mis ojos revisaron despreocupadamente la mano de mi hermano, que oscilaba sobre su recargado bastón, y captaron un leve temblor en las puntas de sus dedos. Levanté la mirada y examiné sus pupilas.

—Estás sobrio —musité. Y eso que había supuesto que tendría los ojos vidriosos por la morfina cuando le viera, suspirando por sus preciosos incendios—. Me pregunto por qué.

—Porque soy capitán, una figura en quien los demás confían, y esta tarde tenemos una reunión del comité demócrata. Lo que yo me pregunto es por qué tienes tú tanto interés en echar un vistazo a otro niño muerto. ¿Es que has descubierto que te gustan las sonrisas pequeñas?

Con lo de «sonrisas» se refería a cráneos, claro.

—No seas desagradable. Cuéntame qué pasó.

Valentine me explicó que ese amanecer una puta que atendía al nombre de Jenny estaba dando sus habituales rondas, ensimismada, en busca de algún cliente, cuando pasó junto a un tonel de basura delante de una casa de comidas. El barril de desperdicios era una fuente previsible de comida, y Jenny se había gastado su última moneda en una jarra de whiksy matutina, así que quitó la tapa del barril esperando encontrar, como sucedía a menudo, sobras de pastel de ostras o restos de pato. Tal vez, si tenía mucha suerte, un poco de ternera frita a medio comer. Pero, en lugar de eso, lo que descubrió la hizo gritar como una posesa hasta que encontró a un agente de ronda, que llevó el cadáver a comisaría. Y entonces, para mi sorpresa, me dio por pensar qué habría sido de ese cadáver antes de que nosotros, la policía, existiéramos; no se sabe. Me gustaría creer que un vigilante lo habría examinado a fondo, incluso habría avisado a su capitán, antes de mandarlo a un cementerio, pero ¿quién sabe?

—Gracias a Dios él lo soltó en comisaría —añadió Val mientras frenábamos junto a la acera y le lanzaba veinticinco centavos al cochero—. No encaja, se acaba de crear la policía y aparecen niños muertos entre conchas de ostras. Ahora mismo está en el sótano. Voy a reunirme con un médico dentro de unos minutos.

Era una calle tranquila y salpicada de árboles; el edificio, uno normal de ladrillo, con una mesa de aspecto oficial en la fachada y un policía irlandés moreno en pie, detrás de ella, luciendo una expresión pétrea que hizo que algo se deslizara por mi nuca. Una mirada inescrutable, herida. Por un instante, mientras cruzábamos la pequeña sala, me alegré mucho de que mi hermano estuviera ahí. Y entonces, utilizando sus propias palabras, me dije que no debía comportarme como un gallina.

Bajamos por las escaleras de la parte de atrás, sin necesitar linterna porque la sala de abajo estaba iluminada. La cámara a la que accedimos era más una caverna seca que un sótano. Había un saco de manzanas en un rincón para los hombres hambrientos del turno de noche, tres grandes lámparas de aceite que acentuaban y ennegrecían las sombras negras como amenazas. La temperatura era unos diez grados menor que arriba. Me llegó un olor a árboles y suelo vegetal, el agradable aroma subterráneo de mi infancia, cuando recogía patatas para nuestra madre. Pero en éste se mezclaba otro olor, enfermizamente dulzón y crudo. Había algo estirado encima de una mesa colocada en el medio de la sala, bajo una lona cenicienta.

—Adelante —me retó Val—. Tú eras el que quería ver la rareza. Sírvete, Timmy.

Si hay una palabra en el mundo que me haga tirarme a ciegas por un barranco, ésa es «Timmy». Así que me acerqué y retiré la lona.

Y, bueno, lo cierto es que al principio no podía aceptarlo. Val tenía razón, yo no era lo bastante hombre para eso, y de nuevo me sentí abrumado por la misma sensación agobiante y de debilidad que había tenido al mirar el diminuto puño cerrado de Aidan Rafferty. Pero entonces, mientras miraba el cuerpo, un leve clic metálico encajó en mi cerebro, como una ventana al cerrarse. Tenía que ser capaz de

preguntarle a Bird con claridad acerca de esto más tarde, pedirle que me explicara mejor lo que dijo: «Ellos harán pedazos a mi amigo». Por alguna razón, era una necesidad que sentía muy adentro.

Pero había algo más que no tenía sentido.

—No hay mucha sangre, ¿verdad que no? Teniendo en cuenta lo que le ha pasado.

—Tienes razón —fue lo único que dijo Val. Le sorprendió. Cruzó sus gruesos brazos y se acercó.

El chico debía de rondar los doce años. A todas luces era irlandés. Piel clara y delicada, rizos del color de la arena rosácea, cara macilenta; pero tenía los ojos cerrados y en paz, como si estuviera agotado. Sin embargo, el chico no sólo estaba muerto. Y no sólo lo habían rajado, como Val había dicho. El torso había sido abierto en canal con un objeto que bien podría ser una sierra de metal, y el corte tenía la forma exacta de una cruz. Le colgaban trozos de músculos, los órganos nos devolvían las miradas, las costillas sobresalían. Eran dos cortes enormes que se intersecaban. No tenía ni idea de cómo se llamaban ninguno de los trozos de carne arrancados ni las astillas de los huesos rotos. Pero sí sabía que habían tallado con violencia una cruz en el torso del pobre chiquillo, y que la caja torácica ahuecada mostraba una extraña limpieza. El camisón teñido de sangre de Bird aleteó ante mis ojos como ondea una bandera de guerra.

—¿Quién es?

—¿Cómo pelotas voy a saberlo? —respondió irritado Val, mientras centelleaban sus ojos verdes.

—¿Se ha denunciado alguna desaparición?, ¿la de algún chico que se le parezca?

—Si piensas que no fue eso lo primero que comprobamos, eres un cabeza hueca. Además, es un típico irlandés. ¿Tienes la menor idea de con cuánto interés los buscan cuando se pierden? Es como si pidieras a los padres que cuidaran mejor a sus pulgas.

—¿Y cuándo abrió la tal Jenny el tonel de basura?

—A las siete y cuarto.

—¿Y el tonel está lleno de sangre?

—Ahora que lo pienso, no. Tuve una breve charla con el dueño del restaurante, con el cocinero y con el chico de las ostras. Allí trabajan también dos camareros, pero no habían llegado todavía. Hablamos aquí abajo, para estar en ambiente —añadió, frotándose la mano por encima de los nudillos en un gesto inconsciente de poder que era completamente inútil conmigo—. Es su maldito tonel de desechos, deberían saber qué hay dentro. Quién hay dentro. Bueno, pues no tenían ni idea, y tampoco sabían quién era el chico. Me aseguré de que no mentían. No me preguntes cómo.

Estaba a punto de decirle a Val que no se lo había preguntado, es más, que prefería no saberlo, cuando los dos oímos unos pasos vacilantes. Nuestras cabezas se

volvieron a la vez. Lo que resultaba bastante frustrante.

—Doctor Palsgrave —dijo Valentine cuando un hombre muy pequeño entró en la sala—, me alegro de que haya venido.

—Oh, Dios misericordioso —exclamó el hombre cuando vio la mesa del horror.

Y, como sucede con asombrosa frecuencia en Nueva York, sobre todo a los camareros, le conocía de vista. El doctor Peter Palsgrave es el último descendiente de una prominente y antigua familia, de las afortunadas que conservaban su dinero y su casa en Broadway. Es conocido en toda la ciudad como experto en salud infantil. Y eso es lo que lo convierte en alguien tan peculiar: nadie se especializa en atender específicamente a los niños. Después de todo un médico es un médico, a secas, a no ser que sea cirujano o encargado de manicomio. El doctor Palsgrave tiene unos ojos vivaces de color ambarino, un par de patillas plateadas bien recortadas y adopta una postura extrañamente erguida debido a su anticuada costumbre de llevar corsé bajo el chaleco blanco con cuello esmoquin. Aquel día llevaba un sombrero de copa bastante alto y una levita azul zafiro ceñida. En conjunto, una fascinante combinación de nerviosismo y acaudalada pulcritud.

—Tampoco es que a mí me guste, doctor, aunque mi hermano Tim, aquí presente, no puede apartar la mirada.

Por asombroso que parezca, ésa no era la peor presentación que de mí había hecho mi hermano.

El doctor Palsgrave se enjugó la amplia frente con un caro pañuelo de seda verde con dobladillo.

—Lo lamento, caballeros, pero mi corazón sufre daños irreversibles —confesó. Y, en mi modesta opinión, se le notaba—. Padecí fiebre reumática a una temprana edad, lo que me llevó a adoptar muchas medidas compensatorias. Si existiera en este país un Hôpital des Enfants Malades o algo parecido a una institución donde se atendiera a los niños, no sería tan vulnerable a los sobresaltos. Pero las cosas son como son y tengo el pulso disparado. Bien. Usted debe de ser el capitán Wilde, ¿estoy en lo cierto?

—En persona —afirmó mi hermano.

—Usted está al tanto de que no soy forense, ¿no? Y aun así he recibido una llamada de emergencia de esta... esta denominada fuerza policial. Puede explicarme por qué, y sin rodeos.

—Pues mire —dijo Valentine exhibiendo una sonrisa fina como una navaja mientras se pasaba la mano sobre la línea donde nacía su pelo leonado—, ahora va a examinar con mucho detenimiento la cara de este niño y va a decirle al capitán del Distrito Octavo si alguna vez lo ha atendido en alguna de sus obras de caridad, o le mandaré a pasar unos días a las Tombs. Ni se le ocurra pasarse de listo. Y, dicho sea de paso, le agradezco su colaboración.

El doctor Palsgrave pareció a punto de sufrir otro episodio cardíaco. Luego cambió de pie de apoyo e intentó parecer... bueno, más alto que yo, porque teníamos exactamente la misma altura, muy lejos de la de Val. No le salió muy bien. Mientras tanto, sentí un raro destello de orgullo familiar que aplasté como a una cucaracha en la despensa. La contundente y excesiva rudeza de la petición de Val no podía negarse, aunque, bien mirado, tampoco su eficacia.

—Es un escándalo. ¿Pretende que identifique a un niño que puede que no haya visto en mi vida, o sea uno de los tantos miles que sí he visto?

—Exactamente —convino con frialdad Val, pasándose el pulgar por los botones del chaleco—. Además, quiero que nos diga cualquier cosa que le parezca digna de mención, simplemente como un favor a los estrellas de cobre.

Olí un dinero imaginario en el aire, muy metálico. Ese era el instante en que, conociendo a mi hermano, Valentine podría haber ofrecido un soborno. A no ser que creyera que el sujeto no merecía la pena y no le importara. Val no dijo nada.

Tenía toda la razón.

Encogiéndose de hombros, el doctor Palsgrave se acercó al cadáver y se puso los brazos a la espalda. Cuando llegó a la cáscara sin vida, su rostro se ablandó de golpe, como si la visión de la muerte todavía le acongojara pese a sus conocimientos de anatomía.

—Tiene entre once y trece años —informó en un tono entrecortado—. No veo ninguna señal definida de la causa de la muerte, pero no fue ninguna de estas... heridas gemelas. Los cortes se practicaron postmórtem. Tal vez un extranjero realizó conjuros paganos, pretendió robar sus órganos y se vio inesperadamente interrumpido. O a lo mejor el niño se tragó un objeto de valor y alguien quiso recuperarlo. Tal vez alguien tenía una necesidad desesperada de carne. Fuera lo que fuese, el niño ya estaba muerto.

Todo aquello me pareció un poco descabellado, la mención al canibalismo en particular. De repente me encontré echándole una mirada a mi hermano, buscando algún amarre a la realidad y para mi sorpresa vi que él ya me estaba mirando. Volví a concentrarme en el doctor.

Los ojos de éste habían adquirido un aire casi de ternura, profundamente apenados, y se quitó una mano de la espalda para acariciar el brazo rígido del niño.

—Pobre alma bendita. En cuanto a su identidad, no tengo ni la más remota idea. Sin duda es un pilluelo de las calles, que se busca el pan de cada día entre la basura y se topó con una desgracia fatal.

—No, no lo es —dije sin reconocer mi propia voz—. Tiene las uñas limpias. Debería mirar más de cerca.

El pecho chillonamente ataviado de Val se encogió unos centímetros mientras se reía. Esbozó una mueca como siempre que se reía cuando el tema no era para

tomárselo a broma. Mientras tanto, en mi cabeza oí: «Los dos tenemos un nuevo empleo, mi querido Tim... Uno al que te acostumbrarás, como un pájaro al aire», y tuve que reprimir dos impulsos contrapuestos: el de cabrearme y el de reírme.

—¿Acaso pretende —dijo con voz sibilante el doctor Palsgrave a mi hermano— que tenga que aguantar la... la insolencia de este señor?

—Pues sí, pero sólo porque está siendo mejor médico que usted. Sigue, Tim. A ver, ¿de dónde es más probable que provenga el pequeño?

—O de una casa respetable o de un burdel —dije, con cautela—. Pero incluso si se hubiera lavado bien las manos, su tez no se ajusta a veranos pasados al aire libre. Está muy pálido. ¿Quiere decirnos de qué cree que murió, doctor Palsgrave?

A regañadientes, mientras el rubor de la irritación iba desapareciendo, el doctor volvió a inclinarse sobre el cadáver. No teníamos herramientas para él, así que se quitó los puños de la camisa y buscó con los dedos, mientras mi hermano se cernía sobre él con un interesado ceño fruncido. El médico echó hacia atrás los párpados del chico, hurgó en su cavidad torácica y, pegándose a él, le olió los labios. En sus movimientos se advertía cierta reverencia palpable, un respeto hacia lo que había sido un niño. Por último, se lavó las manos en una jofaina de porcelana que había cerca de la mesa.

—Las marcas casi borradas de su cuerpo sugieren que hace aproximadamente un año sufrió la varicela. Varicela, saben qué es, ¿no?, tremendamente contagiosa. Su salud no era muy buena. Era, como ha dicho usted, un niño cuidadoso con la higiene; sin embargo está bastante delgado y sus pulmones muestran todos los indicios de que sufría una grave neumonía cuando murió. A ella le atribuiría la causa de la muerte, sin duda, porque no hay otras señales de violencia en su persona, salvo esas espantosas heridas postmórtem, aunque no puedo estar totalmente seguro.

Se aclaró la garganta. Vaciló.

—Le falta el... el bazo, lo que ciertamente es muy raro. Sin embargo podría habérselo llevado una rata, hay señales claras de que varios bichos han visitado el abdomen abierto del cadáver.

Valentine, como recompensa por nuestro buen comportamiento, volvió a cubrir con la lona gris al niño anónimo. El pobre chico había dejado tras de sí el olor de tejido sin vida que todavía no se había descompuesto. Y también una creciente aversión por mi parte a las preguntas sin respuesta.

—¿Está absolutamente seguro de que nunca atendió a esta criatura antes, en un hospital o en alojamientos privados? —insistió mi hermano.

—Atiendo a miles de niños y no cuento con demasiados colegas dispuestos a ayudarme. El porqué debe esperarse de mí, doctor en medicina, que recuerde sus caras individuales, escapa a mi comprensión —resopló ofendido el doctor Palsgrave secándose las manos—. Más les valdría preguntar a alguien que se dedique a la

beneficencia. Les deseo buenos días a ambos.

—¿Y a qué alma caritativa nos recomendaría? —preguntó Val arrastrando las palabras y esbozando una sonrisa que dejaba bien a las claras que no aceptaría de buen grado que el doctor se marchara sin haber cerrado el asunto como era debido.

—Una que tenga buen ojo para las caras, que sea digna de confianza y que esté dispuesta a visitar católicos, claro —espetó el doctor Palsgrave mientras se reajustaba los puños a las mangas—. Es decir, una rareza entre los que se dedican a la beneficencia. Tendrán que recurrir a la señorita Mercy Underhill para eso, supongo. Yo trabajé mano a mano con el reverendo Thomas Underhill en barrios pobres protestantes. Pero no hay muchos que se arriesguen a entrar donde lo hace la señorita Underhill, ni siquiera su padre. Y ahora, por última vez, adiós.

Sus pasos rápidos y nerviosos resonaron cuando subió por las escaleras. Le pasaba algo a mi boca. Estaba tan seca como una pasa. Me dio la impresión de que si la movía, se haría añicos.

—Vaya, no me digas que no hemos tenido suerte. —Valentine me dio una palmada en la espalda—. Tú eres capaz de encontrar a Mercy Underhill a ciegas en la oscuridad y con las manos atadas, ¿no podrías...?

—No —dije con claridad—. No. Sólo quería ayudarte, ayudarte con el cadáver. Nada más.

—¿Y por qué coño querías ayudarme? Y, una vez que te has decidido, por la maldita razón que sea, ¿por qué te cortas ahora?

—No haré que Mercy vea eso. No se lo pediría por nadie.

—¿Ni siquiera por el pobre chaval muerto? —Cuando abrí la boca con rabia, Val alzó una mano inmensa y patentemente autoritaria—. Viste a un bebé irlandés asesinado y te entró el canguelo, así que viniste conmigo para saber si tenías el valor de hacerlo otra vez. Lo entiendo, Tim. Pero estuviste espléndido. Escúchame, voy a hacer que limpien el cuerpo y le pongan una bata, así que ella sólo tendrá que concentrarse en recordar su nombre. Incluso lo enviaré a San Patricio, está a sólo seis manzanas por Prince, para ver si allí lo reconocen primero. Es posible que el cura sepa de dónde ha salido.

—Ni siquiera estoy destinado a este...

—Matsell estaba dispuesto a ponerte de patitas en la calle esta mañana, con bebé muerto o sin él, así que le diré que te necesito en el Octavo para ayudarme a resolver esto. Es perfecto. Le contaré lo que dijiste de las uñas. Fue genial. Supongo que lo sabías de servir en el bar, ¿no?

—Pero no sé cómo...

—¿Y quién sabe, Tim? Todos mis hombres están interrogando a los vecinos mientras hacen la ronda, y compartiré contigo las últimas noticias cuando vengas a informarme esta noche. Estaré en el Liberty's Blood a partir de las diez. Puedes dar

unas chupadas conmigo.

—Por favor, dime que eso significa fumar una pipa.

—¿Y qué otra mierda iba a significar?

—No puedo presentarme e interrumpir a Mercy cuando...

—Es por un asesinato. Es una chica resuelta y con mucha cabeza, le encantará echar una mano. Hasta luego, Tim, y mucha suerte.

—¡Esto no es sólo por un asesinato! —solté mientras me frotaba angustiado la frente.

Valentine ya estaba a medio camino de las escaleras.

—Oh —dijo deteniéndose.

Me mentalicé para soportar las burlas que se me venían encima. Pero él se limitó a tirarme una moneda mientras esbozaba una sonrisa irónica.

—Eso es un chelín, me parece. Cómprate una máscara que haga juego con ese sombrero tan bonito que llevas. Algo de un rojo patriota, intimidante y misterioso.

Mientras cerraba el puño sobre la moneda, dije:

—Una máscara nunca arreglará...

—Deja descansar un rato ese trapo rojo que tienes por boca, Timothy. No he dicho que fuera a arreglar nada. Hay un mundo entero de cosas que yo no puedo solucionar, por más que te sorprenda.

Su voz había resonado audiblemente lubricada con sarcasmo. Entonces, rápido como un lobo, Val me sonrió con una deslumbrante y franca exhibición de su dentadura.

—Pero algo ayudará, ¿eh? Sí, ayudará. Hazlo. Luego busca a Mercy Underhill y averigua quién ha abierto al chaval irlandés como si fuera una langosta. No me importa decírtelo, yo también tengo muchas ganas de saberlo.

SIETE

Los Informes Anuales del inspector sanitario de la ciudad muestran que casi la mitad de las muertes por tisis se producen entre los habitantes de origen extranjero, y que más de una tercera parte de la cifra total de muertes es de extranjeros. Esta inmensa desproporción sólo puede explicarse con la hipótesis de que se dan algunas causas extraordinarias de defunción entre los extranjeros que vienen a residir entre nosotros.

• *The Sanitary Condition of the Laboring Population of New York*, enero de 1845 •



Las máscaras rojas son para los bandidos de las funciones teatrales del Bowery y posiblemente para los comediantes italianos. Al canalla de mi hermano, claro, no le importaba. Pero la simple idea resultaba irritablemente razonable. Así que me compré una tira gris oscura de algodón y me la até ladeada alrededor de la cabeza, sobre la fina venda aceitada de manera que el ojo quedaba al descubierto. Luego me encaminé a la iglesia de Pine Street.

Mientras me apresuraba por Pine, dejando atrás los bufetes de abogados y los escaparates llenos de modernos quinqués y flores de invernadero que tantas veces había visto, me pregunté por qué no iba corriendo a preguntarle a Bird por el chico con la cruz abierta en el pecho. Al pensarlo, se me ocurrieron dos motivos. Primero: Bird había dicho «Ellos harán pedazos a mi amigo», y no me veía con ánimos de contarle que había tenido razón. Eso, en el supuesto de que el cuenco de sangre de pollo hubiera sido otra invención, claro. Y, más importante aún, pensé, no hacía falta que nadie, fuera de mi casa, supiera nada de Bird todavía, ¿verdad que no? De la pequeña mentirosa de cara dulce que había estado empapada en sangre y que tal vez hubiera visto demasiado. Ayudaría a Bird, y luego la dejaría marchar.

No había estado al sur del City Park Hall desde que un pedazo inmenso de la ciudad había quedado reducido a cenizas. A medida que me acercaba, más lentos eran mis pasos. El humo se me metía en la nariz, aunque no había humo; las brasas latían en los montones de basura. Contundentes martillos resonaban como un eco del pulso de la ciudad. Los edificios —los todavía intactos, cubiertos de ropa y de anuncios políticos y médicos— estaban más chamuscados que nunca. Las estructuras improvisadas, las que habían sido de madera, habían desaparecido por completo. Y allí dentro estaba el origen de los martillazos: irlandeses, centenares de irlandeses, sudaban sus camisas con clavos entre los dientes bajo la atenta mirada de un par de americanos, que bebían de petacas y se burlaban.

—Me he pasado la vida entera serrando madera, lo aprendí de mi padre, ¿y tú llamas a eso trabajo bien hecho? —gritaba un hombre de barba rojiza cuando me acerqué a William Street—. Ni un negrata trabajaría por tan poco, ni tampoco lo haría

tan mal.

El irlandés apretó los dientes y, en un acto de sensatez, guardó silencio, prefiriendo mantener su empleo antes que enzarzarse en una bronca callejera. Pero sus ánimos se iban encendiendo cada vez más mientras el otro seguía profiriendo insultos tras cambiar de tema y acordarse de su madre; cuando pasé por delante del emigrante, la mirada apagada y de impotencia en sus ojos me resultó muy familiar. Había visto esa misma mirada en andrajosos judíos con raídos sombreros, en negros a los que echaban literalmente a patadas de las tiendas, en granjeros cuáqueros objeto de escarnio, en artesanos indios con la lluvia cayendo por sus trenzas negras mientras se sentaban estoicos ante una mesa de molduras y huesos tallados. Por estos lares siempre hay alguien al que humillar, al que obligar a mirar de ese modo. Yo he mirado así. Y no es agradable.

Cuando entré en la calle de Mercy, vi la devastación. Y luego ya no hubo nada más que mirar. Al menos, no para un hombre que se había criado allí, que había conocido Nueva York antes de que el fuego la arrasara. Me encontré contemplando un curioso hervidero de bulliciosa invención humana. Docenas de ideas mal concebidas habían conseguido transformarse no se sabe cómo en edificios. Piedras recién talladas entre los escombros, negros pasando agua a hombres que estaban a punto de morir de un golpe de calor, raíces ennegrecidas de árboles con las ramas quemadas bajo las que florecían jardineras traídas de Brooklyn o Harlem.

Y porque Nueva York es el único lugar del mundo donde suceden cosas así, el simple hecho de mirarlo hizo que me sintiera parte de aquello. Había esperado que al ver el desastre la cara se me incendiara de nuevo. Pero no, lo que hice fue mirar y pensé: «Sí. Seguimos adelante. Puede que en otra dirección, puede que incluso en una equivocada. Pero, sea cual sea el Dios en el que creas, seguimos adelante».

La iglesia de Pine Street es una humilde construcción de ladrillo rojo vivo que se levanta en la esquina de Pine y Hanover, con la rectoría del párroco al lado. Cuando abrí la gruesa puerta de la capilla, atisbé unos movimientos vagos al fondo, y oí susurros. Un hormigueo me recorrió los omoplatos al pensar que podría tratarse de Mercy, pero incluso con aquella poca luz, sabía que no lo era. Había un par de mujeres cerca del pulpito, seleccionando ropa donada que desbordaba con sus colores chillones un gran saco de lona extendido sobre una sencilla mesa de roble.

—Esta puede ir al montón de las aprovechables, ¿verdad, Martha? —preguntaba la más joven de las dos cuando me aproximé. Una viuda, descubrí cuando estuve lo bastante cerca para verle el anillo, porque las mujeres casadas que visten ropa tejida en casa tienen tareas más importantes que hacer a las cuatro de la tarde que seleccionar restos de ropa. Su pelo era rubio y crespo y la nariz, aplastada como una flor seca, pero su voz sonó amable—: Sí, me parece que está bastante bien.

—Demasiado bien, diría yo —comentó la mujer mayor aspirando después de

echar un vistazo al nanquín de sencillo rosa—. Una mujer pobre parecería por encima de sus posibilidades con ese vestido. Tienes que entender esa idea, Amy. Ponlo en el montón para empeñar. ¿Puedo ayudarle, señor?

—Soy Timothy Wilde, miembro de los estrellas de cobre —expliqué señalando la maldita insignia.

Una expresión compuesta a partes iguales de curiosidad y de visible desagrado cruzó sus rasgos.

—Tengo que encontrar a la señorita Underhill cuanto antes —suspiré pasando por alto la mirada.

—¡Oh! La querida señorita Underhill..., ¿ha sucedido algo? —chilló la joven Amy.

—No, a la señorita Underhill, no. ¿Saben dónde está?

Martha se tiró de la barbilla de su cara cetrina hasta darle la forma de un limón mohoso.

—Está con su padre, en la casa del párroco. Si yo fuera usted, no los interrumpiría.

—¿Por qué no? —pregunté cuando ya casi me había dado la vuelta.

Tras reprimir una mirada complacida bajo una espesa mancha de gazmoñería, me informó:

—Los dos levantaban la voz cuando entraron, y ella debería hacer caso a su padre. La señorita Underhill ha estado ayudando a familias irlandesas pobres, en contra del sentido común. Acabará en la tierra, al lado de su madre, si sigue relacionándose con extranjeros borrachos como éstos, ¿de dónde se cree que viene el cólera? Y entonces ¿qué será del reverendo, el pobre?

—Quedará a salvo, en manos de Dios —respondí bruscamente, inclinando el sombrero—. Su Dios, claro, así que no tienen por qué preocuparse.

Dejé un par de bocas abiertas a mis espaldas.

Salí por la puerta lateral de la iglesia, seguí el pequeño sendero entre manzanos hasta el seto de hojas oscuras que bordea la rectoría, y me paré en seco al ver a Mercy y a su padre detrás del ventanal de su salón. Y sí, estaban discutiendo, sin duda. Los dientes de Mercy incordiaban la uña de su pulgar; la postura de su padre era rígida. Nunca, en toda mi vida, había pretendido espiarlos, pero algo en los ojos de Mercy hizo que me quedara paralizado al lado del seto; en cualquier caso, verla de nuevo había ocasionado efectos muy molestos en mi ritmo cardíaco.

«Pero si ni siquiera son cristianos, Mercy», vi cómo decía él, haciendo un movimiento tajante con la mano.

«Los misioneros atienden a los pobres en África, y aquellas tribus tienen más dioses de los que pueden contar. No hay ninguna diferencia», replicó ella mirándole con los ojos muy abiertos.

«Los indígenas son simplemente unos analfabetos, almas inocentes».

«Y los irlandeses son simplemente pobres. Yo no puedo...».

El reverendo se alejó unos metros, airado, con pasos rápidos e irritados, y no pude ver su respuesta. Pero, fuera cual fuese, hizo que Mercy se sonrojara como un amanecer y cerrara con fuerza los ojos ante la ventana. El discurso de su padre se alargó unos diez segundos. Cuando acabó, Thomas Underhill volvió a entrar en mi campo de visión con una expresión angustiada, y atrajo la cabeza oscura de Mercy hacia su pecho. Ella cedió de buena gana, le cogió el brazo y lo último que vi antes de dar la espalda a la escena demasiado íntima para seguir mirando fue que el reverendo volvía a hablar, con la barbilla apoyada levemente en la cabeza de su hija.

«Me aterra —decía—. No pondría en peligro tu salud ni por mil almas perdidas».

La culpa tendría que haberme corroído, por presenciar a hurtadillas una escena como ésa, si no hubiera sabido de qué estaban discutiendo. Las personas de la alta sociedad que se dedican a la beneficencia limitan su labor a ofrecer té en los que se dan charlas, con generosos pedazos de pastel de lengua, veladas con limonada en las que charlan sentidamente sobre cómo librar a la tierra del vicio. Pero Mercy no es una chica de sociedad. Sinceramente, no se ajusta a ningún tipo de chica que yo pueda reconocer pese a mi continuo examen, y después de todo procede de una familia abolicionista. Entre quienes se dedican a la beneficencia, sólo los abolicionistas están dispuestos a ensuciarse las manos y acudir a la llamada a cualquier hora del día. Así que, a diferencia de su padre, no le doy muchas vueltas al detalle de que la igualmente apasionada madre de Mercy muriera al entrar en una habitación llena de enfermos. No arrastro por la fuerza a Mercy de vuelta a la luz y al aire libre cuando la veo hacerlo. Espero fuera, porque sé que ella no volvería a dirigirme la palabra.

Esos eran mis oscuros pensamientos mientras doblaba la esquina de la casa. Cuando llegué a la puerta delantera, se abrió de golpe y Mercy se dio la vuelta para cerrarla.

Me quedé petrificado sin motivo. Mercy me imitó cuando llegó al sendero, mientras el cesto que llevaba al brazo oscilaba marcando los segundos. Al reconocerme, vi que su cara pasaba de pálida a exangüe. Un diminuto mechón se le había enganchado al borde del labio inferior, y conozco a muchos a los que les hubiera gustado ayudarla a apartarlo. Pero eso habría borrado su expresión, ocultase lo que ocultase.

—Me dirigía a casa de los Brown, aunque no tengo harina suficiente ni de lejos —dijo Mercy de un tirón, y sin que viniera a cuento de nada, para variar—. Señor Wilde, tengo que hacer una visita muy urgente. ¿Ha venido a ver a papá?

Negué con la cabeza, todavía sin encontrarme la lengua.

—Entonces, si es tan amable, acompáñeme a Mulberry Street y luego..., por

favor, hábleme. Me temo que no estoy de humor para mucha cháchara en este momento. ¿Viene?

Era como si me hubiera preguntado si me interesaba lo más mínimo disfrutar de unas vacaciones tras una temporada en el infierno. Así que asentí. Le cogí el brazo con la mano una vez más mientras nos apresurábamos por la calle y, tras la esperable ráfaga de callada alegría, todo me pareció más cercano, más nítido, como visto a través de una lente que se curvaba con suavidad. Por un instante, casi se me había olvidado a qué había ido. No, no era el momento, así que «hoy —pensé— es mejor que todos los días que vendrán, porque hoy estamos viendo lo mismo».

Cerca, Mulberry Street era un hervidero. Los productos del campo, ennegrecidos, se deshacían en sus cajas delante de las tiendas de licor, los edificios se desmayaban unos contra otros bajo el calor. Atestada de gente, y casi ninguno de los presentes estaba allí por gusto. El número setenta y seis era un edificio de madera, levantado con cerillas y el doble de inflamable que ellas, en mi modesta opinión. Entramos y, sin detenernos, subimos a la segunda planta. Mercy fue hasta el final del pasillo y llamó a la puerta de la derecha. Cuando le respondió un murmullo grave, empujó la puerta y me hizo un gesto con la cabeza para que aguardara fuera.

Veía tres cuartas partes de una habitación desnuda, que despedía un olor dulzón a enfermedad y percibí una atmósfera cargada, viscosa, de humanidad. Debía de ser la duodécima vez que tenía que contenerme para no sacar a Mercy por la fuerza de la habitación de un enfermo extraño. Conocía muy bien el tipo de angustia que atormentaba al reverendo esa mañana. Porque todas las veces te sientes desgarrado e impotente.

Había tres niños sentados sobre las tablas del suelo. El más pequeño debía de tener unos dos años, aunque es posible que estuviera malnutrido porque iba desnudo y se chupaba cuatro dedos. Otras dos niñas, vestidas con combinaciones de algodón a rayas, de ocho y diez años a tenor de su aspecto, cosían dobladillos de pañuelos. De la cama llegaba una voz aflautada. Americana, me dio la impresión, aunque era posible que hubiera tenido abuelos holandeses. Mercy dejó la bolsita de harina en una tetera, pues no había ni mesa ni aparador a la vista.

—Las mujeres del grupo de abstinencia estuvieron aquí otra vez. Tengo que limpiar el suelo y lavar la ropa de cama antes de que traigan las patatas, pero no tengo vinagre. Ni ceniza, ni trementina.

La mujer que hablaba, con el pelo rubio pegado a la frente y enrojecida por la fiebre, no parecía en condiciones de mantenerse en pie ni, mucho menos, de fregar suelos. Mercy sacó una botella azul y un frasquito de cristal de su cesta.

—Aquí tienes trementina, y he traído una onza de azogue para los chinches. Si los compartes con Lacey Huey, ¿te ayudará a limpiar?

—Sí —suspiró la enferma aliviada—. Yo le hice la colada el mes pasado cuando

tuvo un ataque de gota. Gracias, señorita Underhill.

—Si tuviera patatas, te las dejaría, es una pena. —Mercy esbozó una mueca de amargura que tiró de las comisuras de sus labios hacia abajo.

Hablaron un poco más, acerca de la fiebre de la mujer y también sobre sus hijos, y de qué era exactamente lo que le habían pedido las damas del grupo de abstinencia que hiciera en la desvencijada habitación para que ellas consideraran que sus moradores eran dignos de merecer cualquier alimento. La enfermedad, según convienen los clérigos y los científicos, está causada por una vida inapropiada. Alimentos grasientos, aire enrarecido, tierra putrefacta, higiene descuidada, licor, drogas, vicio y sexo. A los enfermos, por tanto, no se les tenía por seres angelicales, y los virtuosos que se dedicaban a las obras de caridad no debían relacionarse directamente con ellos. Mercy y otras radicales se saltaban a la torera esas creencias, y, a pesar del aterrador peligro que corre, yo la entiendo. No sé qué es lo que causa las enfermedades. A decir verdad, nadie lo sabe. Pero de niño he estado enfermo más de una vez, y Valentine, al que no puede acusársele de poseer muchas virtudes, tiene la constitución de un caballo de tiro. Y no será porque se lave mucho.

—Gracias por venir —me dijo Mercy tras despedirse cálidamente de los niños y cerrar la puerta—. Bajaremos por esta escalera, la otra está podrida en tres sitios.

La luz del sol me deslumbró cuando salimos a la calle. Recordé con un sobresalto lo estúpida que era mi misión, y me dispuse a advertirle que tenía que pedirle algo terrible. Pero Mercy habló primero, mientras yo encaminaba los pasos hacia la catedral de San Patricio.

—Mi padre ha tenido una pesadilla espantosa —dijo—. Cuando he bajado esta mañana me lo he encontrado sentado en el salón, con una pluma, papel y un libro. No estaba leyendo, ni escribiendo ni tomando notas, sólo sentado, antes de atender a sus deberes. Apenas podía hablarme. Hizo que me preocupara por su propia recuperación, señor Wilde. ¿Se encuentra bien?

Tardé un par de segundos, pero me di cuenta de que no se refería al incendio. Estaba hablando de Aidan Rafferty.

—Fue un día difícil —reconocí.

—Confieso que quien más pena me da es mi padre —dijo ocultando la mirada—. Supongo que el niño estará en el cielo, y puede que usted también lo crea. O tal vez en la fría tierra. Sólo mi padre imagina que está en el infierno. ¿Quién le da más pena, señor Wilde?

«La madre —pensé—. Sentada en las Tombs con el entendimiento nublado y con la única compañía de las ratas para desahogarse».

—No lo sé, señorita Underhill.

Mercy no se sorprende muy a menudo, por eso observé esta segunda reacción como el coleccionista que era. Al oír su nombre, sus labios se abrieron y luego se

mordió levemente el inferior.

—¿Es que no lo ha pensado?

—Procuro no hacerlo.

—¿Por qué ha venido a buscarme, señor Wilde? Consideraba que éramos viejos amigos, y usted desapareció sin decir palabra, tras la gran catástrofe. ¿Se imagina que somos unos desalmados, que no nos preguntábamos qué habría sido de usted? —añadió desplazando los ojos hacia un lado.

—Si he sido causa de inquietud para usted o su padre, por favor, perdóneme.

—¿Es que no entiende que no le pega nada?

—Llevo una estrella de cobre y vivo en el Distrito Sexto. ¿Me pega eso más?

Las cejas negras de Mercy se separaron. Al intentar mirarla del mismo modo, me desorienté por un instante. Cuando reanudamos la marcha, ella había encontrado algún motivo inexplicable para sonreír. La sonrisa jugueteaba en las comisuras de sus labios, más audible en su respiración que visible en su rostro.

—Lamento sus recientes desgracias —dijo en voz baja—. Todas. Sólo me enteré de ellas ayer, por mi padre, claro, y me hubiera gustado enterarme antes.

—Gracias —dije, sintiéndome un desagradecido—. ¿Qué tal va el libro?

—Bastante bien. —Sonó casi divertida—. Pero, por el tono en que habla, me cuesta creer que esté aquí sin un motivo. ¿Va a decirme de qué se trata?

—Sí —respondí con reticencia—. El doctor Peter Palsgrave creyó que usted tal vez podría ayudar a la policía a identificar a un niño fallecido. Si no quiere...

—¿Peter Palsgrave?, ¿el amigo de mi padre, el médico que está trabajando en un elixir de la vida?

—¿Ah, sí? Creía que sólo atendía a niños.

—Y lo hace, por eso lo conocemos papá y yo. Y sí, también trabaja en lo otro. El doctor Palsgrave lleva mucho tiempo detrás de la fórmula de un brebaje capaz de curar cualquier enfermedad. Él jura que es ciencia, pero a mí me parece todo muy poco práctico. ¿Debe uno concentrarse con ahínco en una panacea mágica mientras tanta gente muere por carecer de remedios tan sencillos como un poco de carne fresca? Pero, por qué pensó en mí... oh, ya entiendo. —Mercy suspiró, y se subió el cesto por el esbelto brazo—. ¿El niño es americano?

—Si se refiere a si sus padres nacieron aquí o tienen el acento o el dinero para parecerlo, pues no lo sé. Pero, por su aspecto, se diría que el chico es irlandés.

Mercy me dedicó una breve sonrisa, como un beso fugaz en la mejilla, curvando una de las comisuras de los labios hacia mí.

—En ese caso, le ayudaré, por supuesto.

—¿Por qué importa tanto para usted que sea irlandés?

—Porque —respondió, y la aguja había vuelto a dar sus finas puntadas—, si lo es, a nadie más en esta ciudad se le ocurriría ayudarle.

Ver el cuerpo —a esas alturas limpio y amortajado, esperaba yo cuando llegamos a unos metros de San Patricio en la esquina de Prince y Mulberry— resultó más difícil de lo que habíamos imaginado. En primer lugar, estaba la cuestión de mi reticencia a acercarme a la tosca pared de piedra de la entrada lateral con cinco ventanas con Mercy del brazo, sabedor de que estaba a punto de enseñarle un cadáver. Pero los matones que había delante suponían un mayor contratiempo si cabe.

—¡Haremos añicos el palacio de Satán!

Un gigantón de más de uno ochenta con tupidas patillas negras, que seguramente todavía no habría cumplido los veinticinco, encabezaba un pequeño grupo de trabajadores con cara de pocos amigos. Las arrugas se le marcaban mucho más de lo que deberían. Hombres con trabajos decentes, que acababan de matar cerdos o martillar clavos, y se habían ataviado con sus mejores chaquetas para arrojar un cesto de mimbre lleno de piedras del río a los irlandeses. Con sus ceñidas levitas negras y sus pulidos broches me recordaban a Val. Pero Val quería votos irlandeses, mientras que aquellos *nativistas* lo que querían eran muertes. Se trataba de hombres que llevaban vidas muy duras, como se veía en sus gélidos parpadeos y en la facilidad con la que sus manos se cerraban en puños.

—Ya me encargo —le dije a Mercy, haciéndole un gesto en la esquina para que esperara.

—Vosotros, negratos con la piel del revés, no tenéis lo que hay que tener para enfrentarse a un solo auténtico americano libre. Salid y pelead, cobardes. Os ahogaremos como a un saco de cachorros —gritó el gigantón, que era todo dientes, además de una pelambreira esmeradamente peinada.

—Hoy no —sugerí.

Todas las miradas se volvieron hacia mí como las de unas alimañas hacia un cadáver.

—¿Y tú, pequeño barrendero de perreras, eres...? —se burló el inmenso tipo con un acento que sólo podía ser de Nueva York.

—No soy un lacayo —dije, traduciendo lo de «barrendero de perreras»—, soy un estrella de cobre.

Tenía que subrayar mis palabras con algún gesto así que le di un golpecito con la uña a la insignia, como había visto hacer tantas veces a Val con simples botones. Por primera vez sentí algo ajeno a la rabia o la irritación por aquella estrella.

—Encontrad unos cachorros que se dejen ahogar y dejad la iglesia en paz.

—Oh, un estrella de cobre —se burló el tosco gigantón—. Llevo semanas con ganas de darle una paliza a un estrella de cobre. Pero éste se las da de chulito, ¿habéis visto? Parece saber *flash*.

—Se está echando un farol —dijo pronunciando mal un borracho cuya cara

parecía haber sido confundida con masa de pan y remodelada—. Es uno solo. Y no nos entiende.

—Por vuestra santa Biblia que os entiendo. Y me basto y me sobro yo solo —repliqué—. Largaos de aquí u os llevaré a las Tombs.

Como había previsto, el desgarrado monumento al que todos miraban se adelantó. Retorcía las manos dobladas con naturalidad.

—Me llamo Bill Poole —dijo como si le hablara al suelo, despidiendo un aliento picante y hediondo—. Soy un republicano americano y libre que no puede tolerar un ejército permanente. No te va a reconocer ni la cerda de tu madre cuando haya acabado contigo, estrella de cobre.

Yo no sabía si era de verdad capaz de destriparme como a un cerdo. Pero sí sabía que estaba borracho y no controlaba sus movimientos. Así que cuando se abalanzó sobre mí, como hacen los hombres más altos que se sienten demasiado confiados, me adelanté evitando por poco su puño y lo derribé clavándole un codazo en la cuenca del ojo. Bill Poole se derrumbó como un saco que hubiera dejado caer de mi hombro.

—La práctica marca la diferencia —aconsejé ingenuamente a sus seguidores, que se arremolinaban a su alrededor para levantarlo. Volví a tocar la estrella, tremendamente complacido con ella ahora—. Largaos de aquí antes de que lleguen más como yo.

«A lo mejor sirve de algo haber tenido que pelearte cientos de veces con tu hermano mayor —pensé—, me ayuda a pelear sucio y con malas artes, aunque por buenas razones». Mientras tanto, los matones se llevaban arrastrando a su jefe así como sus piedras. Me reajusté la tela encima de la cara mientras un escalofrío de esperanza me recorría la columna. Al fin y al cabo, Mercy estaba detrás de mí. Mercy estaba...

No, detrás de mí no estaba. La puerta, preciosamente curvada por arriba, estaba abierta.

La esperanza, según he descubierto, es un triste incordio, un caballo con una pata rota.

En el interior de la catedral, doce enormes columnas sostenían, como las raíces de unas montañas, el remoto techo, cada una de ellas orlada en la cumbre con cuatro globos de luz mortecina. Pese a ese resplandor, la iluminación era tenue, y el aire estaba cargado de incienso y ritual. Mercy estaba escuchando atentamente a un cura, al que reconocí de mi visita a Mulberry Street cuando buscaba alojamiento, hacía sólo unas semanas. Debió de llamarme la atención, porque le recordaba pese a que no habíamos intercambiado ni palabras ni dinero. Para empezar, no estaba calvo; tenía una cabeza esférica y lampiña, como si allí nunca hubiera crecido el pelo. Sin embargo, los rasgos bajo esa esfera eran marcados, optimistas e inteligentes. Sus ojos se deslizaron hacia mí con curiosidad.

—El señor Wilde, supongo. —El prelado me tendió la mano firme del hombre que se sabía dueño de aquellos muros—. Me dijeron que me haría una visita. El obispo Hughes está en Baltimore en este momento, para reunirse con el arzobispo, y yo ejerzo de administrador. Además, vivo al lado de la catedral y superviso las instalaciones. Soy el padre Connor Sheehy, para servirle.

—Gracias. Quizá le gustará saber que los matones del Bowery se han marchado de la puerta.

—Claro, se van todas las tardes sobre esta hora, antes de que los trabajadores católicos de los turnos de día acaben de acarrear estiércol y vuelvan con ganas de bronca. —Sonrió—. No les prestamos atención, ni la señorita Underhill ni yo. Pero me da la impresión de que usted les ha humillado, y me alegro..., me alegro por los estrellas de cobre. No, yo me dedico a la caridad en Five Points con la señorita Underhill aquí presente, y... su hermano, el capitán Wilde, parece haberme enviado algo muy serio. Querrá ver al chico. Está en una de las cámaras laterales. Acompáñeme.

Los ornamentos que decoraban la sala eran tan distintos de los de la comisaría que me costó convencerme de que se trataba del mismo cadáver. Lo veía mejor bajo la luz que entraba a raudales por la ventana que se abría en las alturas, y lo rodeaban unas imágenes de santos, igual de petrificadas que el difunto, haciéndole apropiada compañía. Lo habían envuelto en una bata blanca, y estaba de cara al techo de piedra caliza, con una tela cubriéndolo hasta el pecho. Era imposible confundirlo con un niño dormido, no cuando has visto la muerte antes. Los muertos adquieren un peso peculiar. Como si se pegaran a la tierra, de una forma que los seres vivos no lo están.

Mercy dejó el cesto en el suelo y se acercó.

—Sí, tengo la impresión de haberlo visto antes, pero no puedo ubicarlo —dijo—. Supongo que usted no le conoce, padre.

—No. Ojalá pudiera decir otra cosa, viendo lo que le han hecho.

—¿Y qué le han hecho? —preguntó Mercy, rápida como un rayo.

Le clavé una mirada al padre Sheehy que habría fundido los bloques de hielo que transportan a diario por el Hudson.

—¿De verdad quiere saberlo, señorita Underhill? —pregunté, deseando oír una única palabra: «No».

—¿No quiere contármelo usted, señor Wilde?

—Rajaron el torso del chico, lo cortaron en forma de cruz —explicó el padre Sheehy, con una mirada de comprensiva disculpa, demasiado cómplice para mi gusto, en mi dirección. No le hice caso.

—¿Con qué propósito iba alguien a hacer algo tan espantoso?

Mi memoria volvió aturdida al doctor Palsgrave y a su inefable lista de tres posibilidades: «Conjuros satánicos, búsqueda de tesoros, fuente de comida».

—Estamos investigándolo —dije con franqueza—. Hasta ahora todas las sugerencias han sido absurdas, desde la obsesión religiosa a lo que se quiera.

Enseñándonos el dorso de su esbelta mano mientras se pasaba los dedos por el cuello, una afectada Mercy murmuró:

—Pero no murió por eso, ¿no es así?

—No, no —le prometí. Una idea todavía no formada del todo empezó a repicar en el fondo de mi cabeza—. Murió de neumonía o de una enfermedad más difícil de identificar. Señorita Underhill, el año pasado, ¿se relacionó con familias pobres que hubieran pasado la varicela? —pregunté de golpe, chasqueando los dedos.

Bajé la cabeza, me acerqué al cuerpo y retiré la bata que cubría al niño poco más de un par de centímetros, hasta el hombro. Las marcas, casi desvaídas, estaban esparcidas por toda la piel, menos visibles que sus pecas, pero aun así todavía claras.

Mercy frunció un lado de la boca.

—El año pasado fue bastante tranquilo, no hubo muchos casos de varicela. Él pudo pasarla sin que yo lo viera, claro, pero sí que estuve un par de semanas utilizando papel de envolver empapado en melaza, con el que luego cubría a los niños para reducir la inflamación de la piel. Había una hilera de casas afectada, en la calle Ocho entre el Ferrocarril de Harlem y el cementerio. Pero eran americanos pobres. Y también un tramo en Orange Street, todos terriblemente enfermos, pero eran galeses. Oh —dijo con un sobresalto—, y unas pocas casas de Greene Street, donde...

Al bajar de nuevo la mirada al cuerpo, la sangre de Mercy empezó a abandonar su hermoso rostro.

—Es de un burdel —dije en voz baja, poniéndole la mano en el codo. En aquel momento estaba razonablemente convencido de que hice el gesto por ella, no por mí. Espero que fuera así—. Es un niño de los que prostituyen, ¿no?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Mercy con los labios flácidos dibujando una mueca de sobresalto.

Se apartó un paso de mí, y guardó silencio, como si yo supiera cosas que no debería saber, como si hubiera visitado esos lugares y conociera las distracciones carnales que en ellos se ofrecen.

—No, Dios, no, nunca he estado en un antro así —afirmé—. Se trata de pistas concretas. ¿De dónde es el chico?

Al cabo de un momento, ella reaccionó.

—Lo conocí el año pasado en un infame burdel de Greene Street, uno cuya dueña es una tal Madam Marsh. Silkie Marsh. ¿Cómo lo adivinó?

—No lo adiviné. Cuento con una fuente bien informada, ya se lo explicaré. ¿Cuál es la dirección? Tengo que interrogar a Madam Marsh.

El padre Sheehy, con los brazos tranquilamente cruzados uno sobre el otro y mostrando un aire de sosegada fortaleza, se aclaró la garganta.

—No le será fácil interrogar a Silkie Marsh. Puedo decirle que San Patricio ha intentado insuflar el temor a la más santa Trinidad en esa mujer ya antes, sin ningún resultado. Los huérfanos irlandeses acaban en su antro de vez en cuando, y, mire, es muy difícil sacarlos de allí. Ella tiene contactos.

—¿Qué clase de contactos?

—Políticos. —Alzó las cejas en mi dirección, educadamente pero con incredulidad—. ¿Es que hay de otra clase?

Mercy acarició el pelo del niño con las puntas de los dedos.

—No es raro que no le reconociera. Le había visto hace un año —dijo para sí, con la voz tensa—. Es..., ha crecido mucho.

—Tenga cuidado cuando visite ese burdel, ¿quiere? —me advirtió el padre Sheehy, ladeando intencionadamente su lisa cabeza.

—¿Debo tener miedo de una madame que está metida en la política? —me mofé.

—Ni una pizca. Sólo lo menciono porque no sé si es usted consciente de lo mucho que molestará a su hermano, el capitán Valentine Wilde, enterarse de que está incordiando a uno de los principales contribuyentes demócratas con los que cuenta.

—Una contribuyente del partido —repetí. La palabra se me enganchó como un anzuelo que se me hubiera clavado en la garganta.

—Oh, y una muy generosa —añadió asintiendo el padre Sheehy, exhibiendo una sombría sonrisa—. Una benefactora. Incluso diría que una amiga muy personal.

Dicho lo cual, el sacerdote volvió a sus menesteres. Me dejó con la chica más exquisita jamás nacida, un niño brutalmente asesinado, un rubor de irritación que me hacía sentir bobo e inútil porque conocía bien, demasiado bien, a mi hermano, y una única idea en la cabeza. Y ya no era ir a hablar con Madam Marsh, ni de lejos.

La pobre Bird Daly, pensé, iba a contarme la verdad de una vez por todas, o tendría que aguantar un número muy alto de consecuencias desagradables en sus inocentes manos.

OCHO

[...] esta comprensión hacia los delincuentes siempre ha sido un rasgo característico de los campesinos irlandeses, y aunque sea inútil explicar ese sentimiento malsano, es incuestionable que su simple existencia es la fructífera fuente de la que manan la atrocidad y el asesinato.

• *New York Herald*, verano de 1845 •



Cuando llegué a casa, la señora Boehm estaba en el centro de la cocina, al otro lado del pulcro mostrador de pan y se apretaba con la mano el agradable creciente de su boca. No estaba inmóvil, pero tampoco es que se moviera. Como si no se decidiera entre ambas posturas, balanceaba su escaso peso hacia atrás y hacia delante, parpadeando.

—¿Qué está pasando? —le pregunté, rodeando la vitrina de hogazas de semillas.

—Le di té de olmo rojo —respondió tensa, sin mirarme—. No hay nada mejor que ese té cuando hay un desequilibrio de los humores de la sangre. Y después, le apliqué una cataplasma. Eso va muy bien.

—¿Es que Bird se ha puesto enferma? —exclamé.

—La mandé a comprar. —La señora Boehm cambió de apoyo al pie izquierdo, y se volvió un poco antes de balancearse hasta volver a su anterior posición—. Aquí al lado, a por un poco de pescado fresco para comer. No es muy lejos, pero con este calor espantoso... No era mi intención, ni se me ocurrió que pudiera afectarla. Apenas puede moverse —acabó la frase, dándose golpecitos con un puño flácido en los labios, mientras su expresión se quebraba como un campo recién arado.

Como suponía que Bird debía de estar en la cama de la señora Boehm corrí escaleras arriba. La puerta de la habitación en penumbra crujió un poco al abrirla. Un sonido doliente, suplicante. Era un alojamiento notablemente despojado para una mujer que tenía su nombre en la entrada del edificio, pensé mientras mi mirada se acostumbraba a las sombras marrones y mortecinas. Una silla alta, un único cuadro en la pared, y ni siquiera de una persona. Se trataba de una exuberante imagen de prados, intensamente verdes, que me recordaban mucho mi infancia. La enferma llevaba un vestido de lino fino. Estaba acostada boca arriba. El pelo le caía sobre la almohada en una maraña de oscuros zarcillos leñosos. Una cataplasma caliente que desprendía un intenso olor a manzana asada y tabaco reposaba sobre su pecho, lo que despertó en mí un desagradable e inesperado recuerdo de cuando tenía once años y tuve que padecer en mis carnes las ideas de Valentine acerca de cómo curar una congestión. Los ojos de la niña se abrieron aleteando cuando me oyó. Un par de polillas grises en aquella luz tenue.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté en voz baja acercándome a la cama.
—Me ha dado fiebre —dijo con voz áspera a través de su garganta reseca.
—¿Cuándo volvías de la pescadería?, ¿qué te pasa, Bird?
—Tengo manchas rojas, y me duele al respirar.
—La señora Boehm parece muy preocupada por ti.
—Lo sé. Siento molestar.

Me senté en un lado de la cama, dispuesto a contarle la burda mentira de que no era ninguna molestia. Me planteé para mis adentros, bastante abatido, si era peor contarle a una niña muy enferma que su amigo había sido finalmente hecho pedazos, o dejar que el otro pequeño quedara sin vengar. Las respuestas que necesitaba le harían mucho daño a la criatura cuando me contara la historia. Pero antes de poder decir nada, vi algo raro.

—¿De qué estabais hablando antes de que fueras a comprar el pescado? —pregunté distraídamente.

Los ojos de Bird se deslizaron hacia la ventana, con las pupilas repentinamente vacías e inescrutables.

—No me acuerdo —murmuró—, ¿hay agua?

Le acerqué el vaso a los labios, observando el cuidado con el que movía la cabeza, con la cautela de una muñeca, no de una niña, y luego volví a dejarlo en la mesita.

—¿Y si te digo que la señora Boehm está muy alterada y ya me ha contado de qué habéis hablado? —dije sin mentir del todo.

Un levísimo respingo. Apenas del grosor de un pelo, de la piel que se pincha en un alfiler doblado.

—Ella quiere mandarme a un orfanato de la iglesia —dijo suspirando—. Y yo iré, si es que me odia tanto. Le dije que le pagaría la taza, que lamento mucho que me pasen cosas así, pero ella no paraba de repetir «es lo mejor». Yo creía que usted dejaría que me quedara aquí, si ella no le convencía de lo contrario. Si ella no le obligaba a que se preocupara por ella. Pero me iré en cuanto me ponga buena.

—En ese caso, más vale que no te falte zumo de remolacha, ¿o es de mora? No sabría decir.

La expresión que asomó en la cara de Bird cuando dejé al descubierto su fingida enfermedad es de las que prefiero no recordar. Los niños se enfadan cuando les descubres en una mentira. Sé, porque lo vi con mis propios ojos, que Val se puso como una fiera una mañana, hace mucho, cuando se descubrió que se había manchado adrede con fresas para simular que estaba enfermo y no tener que ayudar a curtir el pellejo de un caballo que había muerto de hidrofobia. Bien mirado, curtir una piel es un trabajo sucio. Pero el rostro de Bird se ruborizó y se descompuso como el de un adulto. Un rubor de culpa y, al instante, el aleteo de una paloma abatida de un

disparo. Quería decirle que se olvidara de esa pose, que volviera a enrabiarse por los desaires, como hacen los niños.

—La cataplasma está muy caliente, ¿no? —preguntó con una voz normal, sonriendo un poco. Tras saberse descubierta recurría a sus encantos. Bajó la mirada. Unas manchas pintadas con esmero en el cuello y en el pecho empezaban a teñir de rosa la arpillera, que despedía un fuerte olor. Se incorporó en la cama y dejó caer la cataplasma con un sonido desilusionado y húmedo en la mesita—. Normalmente, el zumo de remolacha no se corre. Robé una de la despensa antes de salir y le pedí a un chico que reparte periódicos que la cortara con una navaja.

—Muy lista.

—Entonces... ¿no está enfadado?

—Lo estaré si no dejas de mentir durante diez segundos seguidos.

Los ojos se contrajeron levemente, sopesando la oferta.

—Me rindo. No volveré a contar cuentos. —Salió gateando de la cama y se sentó delante de mí, en la postura de los indios—. Pregúnteme algo.

Esperé. Pero ella ya tenía demasiados desgarrones en su interior, supongo que como todos, y posponerlo por caridad no era nada caritativo. Vacilando sólo un poco más, me quité el sombrero y lo dejé sobre la colcha de retales rojos y azules. Los ojos de Bird se abrieron de par en par ante la señal evidente de que algo muy grave se avecinaba.

—¿Conoces a una mujer que se llama Silkie Marsh? —pregunté.

Ella se sobresaltó, una mano asustada aferró las sábanas mientras se arrodillaba.

—No, no. Yo nunca... —Se calló, hizo una mueca al darse cuenta de que ya se había delatado y respiró hondo.

—Sé a ciencia cierta que vienes de allí. Así que no hace falta que me lo cuentes, si tanto daño te hace —dije con amabilidad.

—Está aquí, ¿verdad? Me ha encontrado. Yo no volveré, yo...

—No está aquí, y no debería haberte asustado. No, no debería, pero en este momento yo necesito más tus respuestas que tú tu tranquilidad. Lo siento. Bird, cuando dijiste que iban a hacer pedazos a alguien... hemos encontrado un cuerpo. De tu edad, más o menos, un poco mayor, y de la misma casa.

Al principio, Bird no dijo nada. Cambió de postura, se sentó con las piernas de lado, y preguntó con voz totalmente calmada:

—¿Y cómo sabe usted que venimos de la misma casa?

—Alguien me ayudó a identificarlo, aunque todavía no sé cómo se llama. En cuanto a ti, bueno... estaba tu camión. Y lo que dijiste... alguien a quien habían hecho daño. Y todos pasasteis la varicela el año pasado. Mírate.

Bird bajó la barbilla para mirarse las dos cicatrices casi completamente desvaídas de la varicela en la base de su delgado cuello y luego la levantó con una inesperada y

sincera sonrisa. Un diente de la mandíbula inferior se le había ladeado y empujaba amigablemente a su vecino.

—Es usted muy listo, señor Wilde. No se le escapa una. ¿Es porque es un estrella de cobre?

—No —reconocí, sorprendido por verla apenas alterada—; es porque antes servía en un bar.

Ella asintió tranquilamente.

—Bueno, se nota que usted es un buen tipo, mejor que la mayoría. Lo supe desde el principio, como le dije. Siento haber intentado engañarle antes, pero es que... —Bird se aclaró la garganta, otro gesto extrañamente adulto que yo no quería verle repetir—. ¿Qué quiere saber?

—La verdad.

—No le gustará —dijo con voz apagada toqueteándose el dobladillo del vestido—. A mí no me gusta.

—¿Cómo se llamaba tu amigo?

—Liam. No tenía otro nombre. Era de los muelles, vivía pidiendo sobras a los marineros y los estibadores. Vino con nosotros hace dos años. Dijo que estaba harto de dar gratis algo por lo que tenía derecho a cobrar y, además, la comida en la casa de Marsh es bastante buena.

Yo estaba petrificado. Intentaba que mi cuerpo no expresara las cosas que mi boca no hubiera pronunciado aunque se desangrara. «Cosas así no deberían existir en este mundo».

—¿Y qué le pasó anoche?

Bird se encogió de hombros, en el gesto más desamparado y menos apático que he visto en mi vida.

—Anoche vino el hombre de la capucha negra.

—¿Y el hombre de la capucha negra fue el que le hizo daño a Liam?

—Sí.

—¿Y no sabes cómo se llama?

—Nadie lo sabe, ni tampoco qué aspecto tiene. Creo que es una especie de salvaje. A lo mejor un piel roja o un turco. ¿Por qué si no iba a esconder su cara?

Se me ocurrían varios motivos, pero no me atreví a compartirlos.

—¿Y cómo acabaste cubierta de sangre?

Bird apretó la mandíbula, como quien cierra una puerta a cal y canto.

—No quiero hablar de eso. Era de Liam. Entré y vi... no quiero hablar de eso.

Pensé en presionarla, pero me di la vuelta, asqueado de mí mismo. Había muchas preguntas que hacer sin necesidad de atormentarla con las peores. Por ahora.

—¿Por qué el hombre de la capucha negra le hizo daño a Liam?

—No hay ninguna razón que yo sepa. Como le he dicho, debe de ser un salvaje.

Pero yo creo que le gusta. A veces les gustan cosas raras. Una noche, muy tarde, le vi sonreír en el salón, como si fuera a hacer algo divertido y no... Él es el que los hace pedazos, sí.

El corazón se me estremeció de mala manera, como una cerilla cerca de una mecha húmeda.

—¿Los?

—Sí, los.

—¿A cuántos?

—A docenas de nosotros. —Carraspeó de repente, como si le hubieran golpeado la garganta como a un animal atado—. A docenas de ellos. Ahora yo vivo aquí con usted.

—¿Y cómo, en el nombre de Dios, se supone que voy a ayudarte si no paras de contarme una mentira descabellada tras otra? —pregunté mientras me pasaba los dedos por el pelo—. Primero quieres que me crea que te escapas de tu padre, o que apuñalaste accidentalmente a un hombre, o que empapaste tu...

—O que mi sangre está enferma..., ¡pero ahora no es mentira! De verdad que no miento —gritó.

—Bird —volví a intentarlo; sentía los huesos frágiles y quebradizos por el cansancio—, esto no es justo. No has hecho otra cosa que mentirme, y ahora ¿esperas que me crea que docenas de niños han sido despedazados por... por una especie de maníaco que aborrece a los niños?

Bird asintió. Su cara, siempre perfectamente controlada, se estremeció esta vez sin su permiso. Su expresión invitaba a pensar en una rueda de carruaje que se había soltado y rodaba entre fango resbaladizo y piedras malintencionadas.

—¿Sin que nadie lo notara?, ¿sin que...?

Me quedé sin palabras.

A fin de cuentas, ¿quién lo habría notado? Hacía dos semanas que se había creado la policía, y ni una sola alma bendita consideraba de buen gusto hacer caso a los irlandeses. Mierda, ni yo mismo creía muy juicioso escuchar a Bird, y desde luego que la niña exageraba. Desde luego. Dos o tres de sus amigos habían desaparecido y ella había hinchado la cifra hasta convertirlos en docenas, y en un turco encapuchado.

—¿Cómo quieres que me fíe de ti? —le supliqué.

El cuerpo de diez años de Bird contuvo un estremecimiento, un temblor de repulsión que surgió de la base de su columna.

—Podría enseñarle dónde están enterrados —dijo en un susurro—. Pero sólo si acepta que me quede aquí.



—Dos semanas —había dicho la señora Boehm, con las comisuras de los labios tan

clavadas al suelo como sus pies.

El engaño de Bird le había encogido la piel, estrechándosela varios centímetros más que su cuerpo. Si fuera hija suya, aquello no quedaría sin castigo, había dicho sombría, pero supuso que Bird sabía lo que se hacía, ¿no? Así que dentro de dos semanas tendría que irse. Era como cumplir una sentencia de cárcel al revés.

—Lo siento —había dicho Bird, asumiendo que no le quedaba otra—. Pero intentaré compensarla. Si pudiera...

—Dos semanas —había repetido la señora Boehm, y luego golpeó el trozo de masa que tenía bajo los puños como si expurgara los pecados de muchos mundos.

Bird y yo caminábamos hacia las Tombs; el calor mandaba penetrantes vaharadas de orina de caballo achicharrada y piedra recocida a nuestras narices. Bird se había puesto otra vez los pantalones de chico y la larga blusa con botones, pero había añadido una tira de arpillera a modo de cinturón. Parecía un pequeño barrendero que trabajaba en una esquina a la espera de algo de calderilla.

—¿Cómo sabes dónde están enterrados esas docenas de niños? —pregunté.

Procuré evitar que «esas docenas» sonara como unos sarcásticos millones.

—Los escuché hablar una vez, a escondidas. Cuando el hombre de la capucha negra venía —respondió; su atención se dispersaba sin parar de derecha a izquierda, a las puertas de los zapateros y a las licorerías—. Mi amiga Ella se había ido y yo le vi cuando llegaba esa noche. Se bajó de un carruaje. Fue a la habitación que utiliza, abajo, en el sótano. Tardé siglos en averiguar dónde era porque, ¿sabe?, está más cerrada que todas las demás y tuve que birlar la llave. Cuando se marchó, yo estaba mirando por una ventana. Cargaron un bulto en la parte de atrás del carruaje en el que se iba y dijo: «Novena Avenida con la calle Treinta».

—En la Novena con la Treinta no hay nada más que bosques, tierra de labranza y calles vacías.

—¿Y para qué otra cosa iba a ir allí si no?

Con la impresión de que estaba a punto de quedar como un idiota, una sensación que me era ya muy familiar, guíé a Bird por la inmensa entrada de las Tombs. Antes había mostrado tanto miedo a ir que temí que echara a correr al verla. Pero se limitó a mirar hacia arriba con una especie de pasmo silencioso.

—¿Cómo han podido hacer las ventanas tan altas, de dos pisos, por toda la pared? —preguntó mientras entrábamos en el aire más fresco dentro de la roca sólida.

Menos mal que no tuve que responder porque no tenía la menor idea. Alguien me estaba llamando a gritos por el cavernoso vestíbulo catedralicio, desde las oficinas, con una estridente voz de barítono que, nada más oírla, te ponía firme.

—¡Wilde, venga aquí!

George Washington Matsell llevaba un fajo de documentos bajo el grueso brazo, y su mirada fulminante, bajo sus cejas aceradas, hizo que me pesaran los zapatos.

Subimos hacia mi tenebroso y descomunal jefe de policía. No miró a Bird, al menos no directamente. Asimiló su presencia con una mirada gélida y general que se acabó concentrando exclusivamente en mí. Esa mirada le hacía parecer un monumento regio erigido en su propio y bien merecido honor.

—Su hermano, el capitán Valentine Wilde —empezó Matsell—, es un hombre que hace cosas. Cuando el Partido Demócrata puede beneficiarse de un servicio, él cumple al dedillo. Cuando estalla un incendio, saca a los vivos de sus garras y luego lo apaga. Traerá el mismo espíritu resolutivo a la policía, espero. Y por eso esta mañana me vi obligado a sustituir a un patrullero que había desaparecido. ¿Fue una molestia para mí? Sí. ¿Me fío de su hermano? Sí. Así que, dígame, señor Wilde, ¿qué ha estado haciendo el agente al que sustituí esta tarde para demostrar que su hermano tenía razón?

—El niño fallecido se llamaba Liam, sin apellido conocido —respondí—. Procedía de un burdel propiedad de una tal Silkie Marsh, a la cual, según parece, mi hermano conoce. Ésta es otra antigua residente de esa casa, Bird Daly, y afirma que otros niños han sido asesinados de manera similar, así como también afirma saber dónde se deshicieron de ellos. Me propongo investigar su afirmación y para eso necesito ayuda. Y unas palas, supongo. Con su permiso, señor.

La sonrisa que había visto oculta tras los dientes de Matsell brilló con todo su esplendor. Pero rápidamente volvió a ponerse serio, mientras unos pensamientos más lúgubres se estremecían detrás de sus ojos.

—Silkie Marsh ha dicho —repitió tranquilamente.

—Sí.

—Si yo fuera usted no volvería a repetir ese nombre en las instalaciones de las Tombs. Y hay más niños asesinados, ha dicho.

—Sí, pero...

—Si puede encontrárseles, seremos nosotros quienes los encontremos —concluyó cuando se alejaba ya a largas zancadas.

Concluimos que ir por ferrocarril al norte nos habría dejado demasiado al este de la Novena Avenida para resultar práctico. Así que, una hora después, me hallaba en un carruaje de alquiler con una sumisa Bird Daly, un sobrio jefe Matsell y el señor Piest, cuyo indómito pelo plateado se agitaba sobre su cabeza como si fueran impacientes signos de exclamación. Según parecía, Matsell se fiaba de él, sólo Dios sabe por qué. Tres palas se entrecrocaban ruidosamente a nuestros pies, y cada vez que los ojos de Bird se topaban accidentalmente con ellas, se apartaban al instante, y miraban por el techo abierto del carruaje hacia los edificios que se empequeñecían a medida que dejábamos atrás los imponentes templos de ladrillo y piedra. Mis propios nervios vibraban como cuerdas de violín al pensar que Bird podría haberse inventado una docena de cadáveres sólo para distraerme. Una sensación extraña, porque se

suponía que a mí no me importaba el trabajo de policía.

—Discúlpeme, pero ¿de verdad dispone de tiempo para este tipo de pesquisas, señor? —pregunté en cuanto me di cuenta de que el jefe Matsell pretendía utilizar una pala.

—Si Silkie Marsh tiene algo que ver en esto, sí, aunque no es asunto suyo —respondió sin alterarse, ocupando el espacio de dos hombres sobre el asiento acolchado de cuero—. Y dígame, ¿cómo se ha enterado de tantas cosas tan deprisa?

Saltándome algunos de los numeritos de Bird, me resultó fácil relatar la historia. Cuando acabé, el jefe Matsell se concentró profundamente y se olvidó por completo de los demás, mientras el señor Piest me sonreía con lo sólo puede calificarse de pasión.

—Habilidades de investigación de primera, señor Wilde. —Sus mangas deshilachadas se apoyaban limpiamente en su regazo, las botas holandesas golpeaban con torpeza las palas—. He sido vigilante toda mi vida, y durante el día también trabajaba buscando pertenencias perdidas. Buscar cosas que se habían perdido, a cambio de una recompensa, es lo que siempre he hecho. Pero, encontrar un nombre... —dijo dándose unos golpecitos con un dedo arrugado en la barbilla o, más bien, en el punto donde el cuello se le juntaba con la cara y debería haber estado la barbilla—, eso es lo más difícil, sí señor. ¡Le felicito! Vaya que sí. La varicela. Con esta mano, esta noche brindaré a su salud.

Bird y yo intercambiamos una mirada que decía claro como el agua: «Loco pero inofensivo». La mirada hizo saltar una chispita dorada de complicidad entre los dos. Y luego ella volvió a mirar las casas de piedra arenisca, aislándose de nuevo. Esperando pacientemente a que llegáramos a las lindes de una metrópolis que no paraba de crecer.

Muy cerca de donde el turbulento Hudson roza la calle Veintitrés, la rejilla urbana continúa como si estuviera marcada a fuego en la tierra, claro, aunque algunas calles pasan misteriosamente de la piedra a la tierra, mientras que otras se pavimentan incansablemente, día tras día. Broadway y la Quinta Avenida ya están muy pobladas, incluso tan al norte, y cada vez más, por ejemplo. Pero la Novena Avenida todavía se conserva plenamente pastoril. Si nuestra misión hubiera sido otra, y si no sintiera un nudo de preocupación justo encima de la pelvis mientras bajábamos con las palas, casi me habría sentido como en casa. Habíamos dejado atrás los cerdos callejeros junto con los puestos del mercado, y el aire, fuera de la ciudad, era transparente. No había humo de leña, ni orinales volcados, ni entrañas de pescado pudriéndose. Sólo alguna esporádica granja vallada; las mazorcas de maíz resplandecían tan brillantes como las incontables formaciones rocosas que centelleaban sobresaliendo entre el pasto alto, y el olor de los arces que nos perseguía mientras nos dirigíamos al indefinido cruce.

Idílico, en otras circunstancias.

Nos detuvimos en el cruce de las calles toscamente delineadas. Cada uno de nosotros miraba de derecha a izquierda, por delante y por detrás, con sutileza. Bird deslizó una de sus manos de huesos pequeños en la mía y levantó la mirada como si dijera: «Es todo lo que sé. No lo sé todo. Si lo supiera, no estaría viva».

—Dime —dijo George Washington Matsell por la comisura de los labios—, ¿con qué luz venían por aquí?, ¿al alba?, ¿o ocultándose en la oscuridad?

—En la oscuridad —dijo Bird con una vocecita. Pero yo ya había escuchado antes ese tono de voz, y no lo había utilizado cuando contaba la verdad.

—En ese caso —suspiró Matsell—, si existe una sepultura (y espero por tu bien que así sea, pequeña, porque si no te mandaré al Oeste a vivir con un granjero viudo que necesite una cocinera decente), tendría que estar un poco apartada de la Novena Avenida. Esa avenida está muy transitada por la noche; los vecinos de Harlem vienen por ella cuando vuelven de Nueva York.

—¿Cuándo fue la última vez que viste al hombre de la capucha negra antes de que Liam desapareciera? —le pregunté.

La garganta de Bird pareció pegarse a su columna durante un instante.

—Hace un mes. Aquella vez no lo vi, pero..., pero Lady desapareció.

No lo pregunté cuántos años tenía Lady, Dios me perdone, porque ya sabía que no había crecido lo suficiente para ser una *lady*.

—En ese caso, de estar enterrados por aquí, la vegetación será muy reciente —razoné.

«Si la sepultura existe», me recordé.

La dirección en la retícula urbana que había escuchado mi pequeña amiga era tan concreta que no nos molestamos en dispersarnos. Caminamos hasta el Hudson, al punto donde la Décima Avenida serpentea entre zarzas y espadañas junto al perezoso río de pizarra, y luego retrocedimos hasta el punto donde la Octava Avenida se vuelve polvorienta y ancha sobre riachuelos salpicados de piedras. Allí llegó a nuestros tiernos oídos el ruido de un martilleo. Sierras apenas audibles en el silencio, tejados apenas visibles sobre las copas de los nogales blancos.

—Aquí no hay nada —informó el jefe Matsell.

Y tenía razón.

La mirada que le clavé a Bird no era ni justa ni comprensiva. Básicamente transmitía la idea de que una niña de diez años no debería hacerme quedar como un imbécil. Ella me devolvió la mirada, y la suya preguntaba cómo podía esperar yo que ella hubiera estado allí en persona.

—Señor Wilde —dijo Matsell cuando ninguno de nosotros había pensado todavía qué responder—, se me está acabando la paciencia.

—Pero si esto no ha hecho más que empezar —exclamó el señor Piest

rápidamente, pasándose una mano por la cara de mandíbula caída. Un hombre demasiado atento al que yo había tomado por un pobre viejo—. Hemos realizado las pesquisas preliminares. Bien, ahora, ¿dónde, en este terreno, tendríamos un buen lugar para ocultar una sepultura?

Durante un instante odié, sin que se lo mereciera, al señor Piest, cuando Bird tosió para ocultar un estremecimiento de miedo.

—Tiene razón —fue lo que dije—. Pensémoslo bien.

—El bosquecillo de allí —decidió Piest al cabo de un momento—. Aquel grupo denso de álamos con el manzanal detrás.

—Espere —dije—, si un hombre se ocultara entre los álamos, no vería acercarse a nadie. Pero si se situara detrás de una de las formaciones rocosas, podría mirar por encima o por debajo de ella y tendría una vista nítida del movimiento de gente.

—Muy bien, señor Wilde. Sí, ya le comprendo.

Di varios pasos entre la hierba de olor dulzón. Los demás me siguieron, mirando al suelo. Y no tardamos mucho en verlas: señales muy débiles de huellas de ruedas. No donde no había flores sino donde éstas habían sido aplastadas y todavía no se habían recuperado del todo.

—Metro ochenta de ancho —dije.

—Un carruaje o una carreta grande —añadió Piest a mi izquierda.

Matsell se encaminó a la roca de esquisto que perforaba la tierra más cercana y los demás le seguimos. Era una inmensa roca brillante, de miles de años de antigüedad. Tendríamos que habernos sentido muy aislados pero, en Manhattan, cuanto más te adentras en el bosque y te alejas de lo que se considera civilización, más de cerca parece vigilarte la propia isla. O te acostumbras a estar siempre bajo la mirada de mil ojos en Nueva York o te vas del todo de la urbe. Pero cuando estás en las afueras de la propia ciudad, con el cielo desparramándose limpio y perezoso sobre ti, y los pájaros contándose tonterías entre ellos, y las hierbas susurrando secretos a tus pies... la sensación de que te están observando no te abandona. A esas alturas la llevas incrustada en la piel. Siempre hay algo mirándote, igual que aquella tarde nos observaban las piedras grises y los fresnos negros. Lo que pasa es que no siempre puedes dar por sentado que se trate de presencias amables.

Porque no lo son. Es más, pueden resultar bastante despiadadas.

Cuando llegamos a la parte de atrás del saliente de piedra —la vertiente norte— nos encontramos con una visión espantosa. Se extendía allí un prado que había sido removido recientemente, iluminado por las semillas de flores silvestres. Ranúnculos, sobre todo, y tréboles que se mezclaban con la hierba fresca. Todo inocente y muy bonito, tan verde y tan amarillo que hacía daño a la vista.

—Dios bendito —murmuré.

—Empiecen a excavar —dijo Matsell.

Era un buen trozo de tierra, muy ancho, y había sido removido superficialmente, y nada en este mundo explicaba su presencia ahí. Lo único que podía pensar mientras miraba el trecho de tierra virgen era: «Es grande, demasiado largo y demasiado ancho».

Me saltaré esa parte del relato. Esa parte recoge sólo hechos, hechos muy oscuros. Nada de motivos ni de sentido. Y, además, a pesar del calor y del sudor del trabajo, nos requirió muy poco tiempo. Fuera cual fuese el Dios que nos estaba observando, católico o protestante, no puedo imaginar cuáles serían Sus impresiones cuando descubrimos al mismo tiempo un delgado hueso blanco y un brazo descompuesto, desvelados con un golpe seco entre dos paladas. Quién las dio es algo que no recuerdo con claridad. Tal vez fuimos Matsell y yo, tal vez Piest y yo; lo que sí recuerdo es que mi herramienta golpeó algo que no era tierra. Nunca lo olvidaré.

Y a poco más de medio metro de profundidad, la tierra todavía estaba blanda por encima, y la carne, más abajo, también; los gusanos disfrutaban de cada centímetro de aquel suelo arcilloso. Pero no fue el brazo lo que me perturbó. Las uñas de los dedos se estaban cayendo, sí, y la piel se fundía verde en terrones; pero a su lado, con los dedos muertos doblándose alrededor casi con ternura, había otro hueso. Un trozo de pie, mucho más descompuesto.

El hueso me dijo al instante: «Muchos más que uno». Y la carne nos envió un olor secreto, como si dijera: «Encontradnos».

«Por favor, encontradnos».



Aquel día trabajamos muy duro, levantando la tierra que cubría lo que antes habían sido niños. Pero un único incidente destaca en mi recuerdo. Hay momentos en los que uno decide que respeta a un hombre, y otros en los que decide que está de su parte. El momento en que George Washington Matsell ordenó a Bird que se alejara para no ver a sus colegas descompuestos señaló el instante en que empecé a sentir algo por la insignia que llevaba en el pecho, y por el hombre que había confiado en mí para que la llevara, algo que no había sentido antes.

—Sáquenla de aquí —dijo el jefe Matsell, sin mirar en ningún momento hacia Bird.

Solté la pala. Me maldije por no haberlo pensado antes, aunque hacía apenas tres minutos que habíamos dado con el primer cadáver. Corrí hacia Bird, que permanecía petrificada entre unos tréboles, apretando los labios para no gritar, la alcé en silencio y me encaminé hacia la roca centelleante más cercana que le ocultara aquella visión siniestra.

—No volveré —juró una vez más, aferrándome la camisa con todas sus fuerzas.

—No, no volverás —convine, aunque no tenía ni la menor idea de cómo iba a dar

cobijo a una diminuta prostituta.

Hasta entonces no había sido un estrella de cobre. Pero en ese momento, con Bird estremeciéndose tan fuerte en mis brazos que apenas podía respirar, me convertí en uno de ellos. Y lo sigo siendo.

Porque, de no haber sido nosotros, ¿quién los habría encontrado jamás?

NUEVE

[...] muchas son las formas en las que el PAPISTMO, la idolatría de los cristianos, puede introducirse en América, y en este momento ni siquiera las aludiré... Aun así, mis estimados compatriotas, permítanme que esta vez les advierta a todos, dado que aprecian su preciosa libertad civil y todo lo que les es querido, para que estén alerta contra el PAPISTMO.

• Samuel Adams, en la *Boston Gazette*, 4 de abril de 1768 •



La ciudad de Nueva York ocupa la punta meridional de la isla de Manhattan, donde florece la industria naval, y cuando nos quedamos sin espacio para vivir y trabajar, nos propagamos de manera natural hacia el norte. Por ejemplo, Greenwich Village, donde nací, ha sido completamente absorbida por Nueva York a estas alturas, y la idea de que la alta sociedad viva ya al norte de la calle Catorce es un detalle que siempre me desconcierta. Aunque la zona urbanizada acaba aproximadamente justo al norte de las viviendas de Chelsea, miles de personas comparten este diminuto pedazo de tierra, y esos pocos kilómetros cuadrados se dividen en doce distritos. Y estaba a punto de descubrir que cuando acabas de desenterrar una fosa impía en el medio del bosque, se convierte en una cuestión apremiante decidir adónde acudir a pedir ayuda.

Todo lo que queda por encima de la calle Catorce, desde Union Square Park hasta la algarabía de las prósperas construcciones de la Quinta Avenida al norte de la Casa de Acogida, de río a río y de granja a granja, formaba parte del Distrito Decimosegundo. Pero la comisaría designada al distrito era la antigua cárcel, sita a una distancia impensable para que pudiéramos recorrerla, al otro lado de los bosques que rodeaban la risueña y adormilada aldea de Harlem, con sus verdes cultivos, donde las vallas se desmoronaban tranquilamente y las esposas holandesas se saludaban entre ellas mientras tomaban café en sus encalados porches delanteros. Habría sido absurdo ir galopando hasta Boston Post Road en busca de ayuda cuando la había mucho más cerca.

Y así, el señor Piest desenganchó uno de los caballos del carruaje alquilado y yo el otro, lo que maldita la gracia le hizo al cochero. Pero no recuerdo que mostráramos ninguna consternación por su molestia, y nos comprometimos a devolver los caballos en cuanto fuera posible. Piest cabalgó como un rayo hacia la esquina de Union Market con la calle Catorce, donde estaba ubicada la comisaría del Distrito Decimoprimer, y yo fui, con Bird agarrada no sé cómo, a la vez rígida y medio desmayada, delante de mí, hacia Elizabeth Street para dejarla al cuidado de la señora Boehm.

Matsell se quedó mirando cómo nos alejábamos con una mano sobre la pala. Sin

chaqueta, hombros musculosos, labios apretados; probablemente deseando que el día hubiera transcurrido de otro modo.

La irritación de la señora Boehm se desvaneció como el vapor cuando vio cómo se agitaba Bird: un movimiento concentrado, que era a la vez grácil e involuntario, como si no hubiera aprendido a andar todavía. Yo quería quedarme. Pero también ardía en deseos de ver qué habíamos descubierto. Así que ladeé el sombrero para despedirme de mi casera, que había acogido a la niña entre sus faldas, y cuando empezaba ya a anochecer galopé de vuelta a las lindes de azogue y ya desdibujadas de Nueva York.

Había estrellas de cobre por todas partes. Dos alemanes excavaban hondo en un extremo de lo que ahora era una zanja ancha y arenosa, un bravucón americano y un exbritánico cavaban en otra, un grupo de irlandeses metía los huesos que encajaban entre sí en sacos separados. Piest iba y venía supervisando el encendido de antorchas. Pero su luz sólo pareció oscurecer todavía más el crepúsculo, y una malintencionada brisa alzaba la densidad de la descomposición humana hasta nuestras narices. Nada huele igual, y ese olor te persigue durante horas. O días. Me acerqué a Matsell.

—No puedo dar crédito —dijo, sin mirarme—. Que todos sean de la casa de Silkie Marsh.

—¿Por qué le cuesta creerlo, señor? Sin duda, a lo largo de los años, montones de niños han pasado por su burdel. Que varios de ellos estén enterrados aquí no es imposible.

—No, Wilde, imposible no es —respondió secamente—, pero ya me dirá si no nos acercamos a lo imposible cuando le diga que, hasta ahora, hemos desenterrado a diecinueve.

Emití un sonido que no era sonido en absoluto. Luego carraspeé. Mis ojos recorrieron el escenario a saltos. Las bolsas, los huesos blancos, y los que todavía no habían blanqueado del todo, con hilachas de carne todavía pegadas. Había algunas lonas extendidas, con trozos encima. Nada tenía sentido, y lo que menos, la conversación que estaba manteniendo.

—¿No habremos contado mal? Algunos de ellos... algunos de los trozos son muy... Son fragmentos, señor.

—Las cabezas, Wilde —dijo el jefe Matsell con repugnancia—. Si es tan bueno contando como hablando *flash*, le agradecería que intentara contar cabezas. ¡Piest! —gritó.

El señor Piest vino corriendo; a la luz de las antorchas y bajo la creciente oscuridad tenía más de araña que de cangrejo. Todo un detalle por su parte, pensé, que pasara por alto que yo pareciera que acababa de ser abofeteado. Un gesto de buen vecino.

—Búsqueme algo —le dijo Matsell en tono cordial.

—Sí, señor. ¿Y qué le busco?

—Cualquier cosa. Esto son cadáveres. Sólo trozos de cuerpos asesinados. Peor que inútiles, una pérdida de mi tiempo. Alimento inidentificable para el cementerio de pobres más cercano. Búsqueme un relicario, el mango de una pala, un trozo de periódico, un clavo oxidado, un botón de camisa. Un botón de camisa estaría muy bien. No sé el qué, pero encuéntreme algo.

Piest se dio la vuelta y desapareció.

—Wilde —dijo el jefe despacio—, explíqueme cómo va a solucionar este problema. Porque, hasta ahora, lo ha ido solucionando por mí. —Hizo una pausa para pasarse los dedos por la papada y buscó mi mirada con toda la intensa concentración de un almirante que planeara una ofensiva. Nunca me habían mirado así en mi vida, como a un hombre al que le están encargando una misión crucial, y contuve el aliento cuando prosiguió—: Todavía no le tengo calado del todo. Creo que me sorprenderá. Puede empezar a sorprenderme ahora.

Sonó como un desafío. Así que yo, faltaba más, me lancé de cabeza.

—¿Ha acabado ya la reunión de los demócratas? —pregunté.

—Hará una hora seguramente.

—Entonces, con su permiso, informaré al capitán Wilde. Interrogaré a Madam Marsh en su compañía. Necesito conocer mejor el territorio, y no quiero entrar en su burdel a ciegas.

—Sensata precaución. —Matsell se frotó con una mano la cara arrugada, haciendo que sus pliegues chocaran entre sí—. Sí, sin duda, vaya a buscar a su hermano y dígale que quiero verle en mi despacho mañana a las seis. Esto debe abordarse como el secreto más celosamente guardado de la historia, y también como una emergencia cívica. Por qué alguien masacra a niños de este modo escapa a mi capacidad de comprensión, pero vamos a averiguarlo, bien lo sabe Dios, y esa persona colgará en el patio de las Tombs un mediodía. Vaya, deprisa. Y no visite a Silkie Marsh sin la compañía del capitán Wilde.

—¿Por qué, señor? —Un resbaladizo bucle de duda se me formó en el pecho.

—Porque —el jefe sonrió mientras se daba la vuelta para coger una antorcha que le ofrecían— es el único hombre vivo capaz de acostarse con ella y escapar indemne, en uso de sus facultades.



Tener un objetivo hace que un hombre ponga los pies en el suelo, lo estabiliza. Me sentí mejor en cuanto partí hacia el sur en el sufrido carruaje alquilado, ahora íntegro otra vez y conducido por su legítimo dueño. Mi hermano estaba donde había dicho que le encontraría aquella noche estival, con un cielo vaciado de estrellas por la tormenta que se aproximaba. Valentine, como era habitual, recibía en la zona del

fondo del Liberty's Blood, más allá de las mesas atestadas, los bancos y las docenas de descuidadas y mugrientas banderas americanas, desparramado en un diván con la camisa abierta hasta la mitad y el pecho rizado al aire, bebiendo algún tóxico con una persona desconocida acomodada en su regazo.

Una imagen típica. Pero he de confesar mi asombro ante el sexo de quien le hacía compañía.

—¡Tim! —exclamó Val—. Jimmy, éste es Tim. Es mi hermano. No lo dirías al verlo, pero es mi viva imagen.

El tipo moreno, delicadamente esbelto y de seductores ojos azules me miró desde el regazo de Val y comentó con un cuidado acento londinense:

—Claro que es tu hermano. Mira, es un encanto. ¿Qué hay, Tim?

Lo único que acerté a decir, que no era muy pertinente, bien lo sé, fue:

—Ha sucedido algo espantoso.

Val poco menos que resplandecía con el brillo líquido de la morfina que se había metido tras la reunión del partido. Los segundos fugaces goteaban de sus ojos como sangre de una herida. Pero entonces, de golpe, me entendió.

—Arriba, soldadito —dijo, y el desconocido llamado Jimmy fue prontamente desalojado de su regazo, dejando tras de sí a un capitán de la policía, embriagado y aturdido por los narcóticos, y a su hermano menor exhausto. A los dos nos faltaban fragmentos claves de información.

—Dios mío —dije inexpresivamente mientras me hundía en el sillón de ratán a unos centímetros del de Val. Nos sentábamos bajo un águila americana muy bien disecada, envuelta en banderitas rojas y azules, con unas flechas pegadas en sus garras descascarilladas—. No puedo creérmelo. Has añadido la sodomía a la lista.

—¿Qué lista?

«Narcóticos, alcohol, soborno, violencia, prostitución, juego, robo, estafa, extorsión», repasé mentalmente antes de darme por vencido.

Val se llevó la mano ahuecada a la boca y gritó alegremente algo a un tipo que había en la otra punta del local antes de darse cuenta de lo que yo acababa de decir y entonces se volvió hacia mí con una expresión de genuina sorpresa:

—Un momento. A ver, mi pequeño Tim, ¿qué tengo yo que ver con la sodomía?

—Eso es lo que yo me pregunto. Visto el buen mozo que acaba de irse.

Valentine me miró burlón, su juvenil rostro dibujó un gesto de colorista desprecio, a la vez que servía dos gigantescas copas de un líquido claro de una pequeña jarra de loza. Olí el regaliz y el fuego amargo de licores destilados con esmero, y me entraron ganas de dar un sorbo.

—Hermano Wilde, cierra el pico. El bueno de Jim es un amigo mío.

—Eso ya lo he visto.

—Dios, Timothy, atiéndeme un momento y te explicaré algunos principios

básicos. Sobre la sodomía, dado que tanto parece interesarte el tema.

—Preferiría que no lo hicieras. Pero ya veo que es lo que te apetece.

A esas alturas probablemente se había olvidado de mi anterior comentario sobre la catástrofe —y, a fuer de ser sincero, en la conmoción del momento, yo también lo había olvidado—; Val extendió una mano y se inclinó con la otra adelantada para pasar la copa bien agarrada a mis manos. Le di un sorbo y me pareció estupendo. Me quemó la garganta como una versión líquida y pecaminosa del Espíritu Santo.

—Digamos —propuso mi hermano— que te mantienes alejado de las damas, de todas ellas y a todas horas, pero haces tu vida y tienes por costumbre entrar en la cama por la puerta de atrás. En ese caso eres un marica. ¿Voy bien?

Asentí, en silencio. El argumento era irrefutable.

—Pero, por otro lado, pongamos que eres amigo de un marica, un joven y elegante demócrata, dicho sea de paso, que vive aquí, y tú le gustas y desea desesperadamente hacerte un francés por diversión, de vez en cuando. Me sigues, ¿verdad?

Le seguía. Y también seguí dándole generosos sorbos al licor, mientras recordaba la remota noche en la que vi ese acto concreto, cuando una puta sentada en un cajón en un callejón se ganaba la cena con la boca.

—Y pongamos que le dejas arrodillarse de vez en cuando, y las dos partes quedan tan satisfechas sin que nadie salga perjudicado. ¿Dónde está la sodomía?

Sacudí la cabeza con fuerza, hacia atrás y hacia delante, pensando que así tal vez podría sacarme por las orejas aquellas ideas interesantes pero que no venían a cuento sobre mi pariente, para poder concentrarme en los pensamientos importantes. Aquellos por los que, según parecía, me pagaban.

—Hay diecinueve niños muertos, Val. Además del que ya vimos.

La cara de mi hermano se ensombreció.

—¿Qué?

—No me hagas repetirlo.

En una demostración de interés atípica en él, Val se inclinó hacia delante para escuchar. Yo me explayé. Lo solté casi todo, incluido el relato de la aparición fantasmagórica empapada en sangre que había chocado con mis piernas; cómo nos había advertido de la muerte de Liam; y expliqué que Bird Daly nos había conducido a Matsell, Piest y a mí mismo hasta el terrible hallazgo enterrado bajo tierra. Sólo obvié una parte, la de que Bird todavía vivía conmigo. Sencillamente, no sabía cómo explicarle ese detalle a mi hermano. Mientras tanto, a los dos nos había dado por hacer oídos sordos a las palabras del otro. Valentine, sin ir más lejos, parecía no acabar de comprender por qué el burdel de Silkie era tan importante, ni siquiera después de conocer la cifra total de cuerpos.

—Hay una docena de burdeles en cada manzana, todos idénticos, y cualquier

desgraciado podría haber puesto las manos en los niños —dijo con irritación. Las drogas lo estaban volviendo irritable, por no decir frívolo como una puta con una cama asegurada—. Esos niños muertos no pueden proceder todos de un único burdel. Además, los de Silkie son mayores. Y ¿por qué iba ella a cargarse su propia fuente de ingresos? No es lógico pensar que esté implicada.

—Bird salió de allí —repetí—. Y Liam, el niño al que le habían grabado la cruz. Te acuerdas de él, ¿verdad? ¿El niño asesinado que querías que identificara hoy mismo? Pues lo identifiqué y encontré un montón más. ¿Estás desviando la cuestión de esa mujer monstruosa porque te acuestas con ella o porque tienes ganas de que te parta la cara?

—Porque ella ayuda al partido. Ni siquiera la conoces, ¿por qué la llamas monstruosa?

Me mesé los cabellos.

—¿Por prostituir a niños?

—¿De qué estás hablando? Después de todo, ninguno es menor de quince. ¿Cuántos años tenías tú cuando levantaste las faldas de una chica en los prados Timmy?, ¿o es que no lo has hecho todavía?

—Dieciséis. Bird Daly tiene diez años. ¿Ves la diferencia? Por favor, dime que sí.

Val pensó en ello. Con actitud reflexiva, se pasó las uñas por el arco del nacimiento del pelo de la derecha de su frente. No le ayudó a llegar a ninguna conclusión así que cruzó los dedos y arrestó su rodilla con ellos.

—Es demasiado pequeña —admitió—; ¿y estás seguro de que era del local de Silkie?

—¿Eres tonto o estás colgado de morfina?

—Me ha engañado —dijo con brusquedad—. Después de todo, Silkie siempre sabe cuándo voy a presentarme.

—Sin duda. ¿Sabes por qué estoy enfadado?

—No sabría decir exactamente. Conmigo llevas enfadado desde mil ochocientos veintiocho...

—Estoy enfadado contigo —dije siseando— porque ahora mismo deberíamos estar interrogando a esa mujer y, en vez de eso, perdemos el tiempo discutiendo los principios de la sodomía y si diez años son pocos para hacerse puta.

Mi hermano se levantó y vació el vaso. Yo hice otro tanto, sintiendo cómo el espeso dulzor del impío brebaje me bajaba hasta las tripas. Una sonrisa malévola atravesó el rostro de Valentine. De algún modo, la sonrisa transformó a un hombre con sacos de arena amontonados bajo los ojos en un niño con pantalones cortos.

—Menudo estrella de cobre estás hecho, Timothy. —Restregó con sal las heridas abiertas, como siempre—. Menudo entusiasmo. Ya te lo había dicho, ¿no? Claro que sí. Mucho mejor que mis demás agentes; ellos no han desenterrado nada en todo el

día. Vamos al local de Silkie. Incluso podrás echar un polvo, si quieres. A cuenta de la casa.



Es difícil describir a Silkie Marsh cuando la estás mirando directamente. Causa una impresión engañosa. Así que en lugar de eso explicaré cuál era su aspecto en uno de los inmensos espejos venecianos de su salón delantero. Rodeada de mobiliario dorado de nogal forrado de terciopelo morado, iluminada por una lámpara de araña de cristal que centelleaba como lanzando miradas desde el interior de un diamante.

Llevaba un sencillito pero perfecto vestido de raso, al modo de las cortesanas del teatro, lo que me hizo pensar que habría ofrecido sus servicios en el tercer piso del Bowery Theater. Mucho colorete, mezclado con mano experta. El aroma de violetas flotaba a su alrededor como un trozo de primavera. De pie, apoyaba los dedos blancos de una mano sobre las teclas de los agudos de un piano de palisandro y sostenía una copa de champán en la otra. Mirándola de frente uno diría que era hermosa. Pero al mirar detenidamente su reflejo, pronto te dabas cuenta de que no lo era. No de la forma que lo es Mercy, con dos o tres imperfecciones inmaculadas. Silkie Marsh tenía un cabello rubio cobrizo, recogido sin ceñir encima de la cabeza y unos rasgos muy delicados. Todos ellos eran femeninos, equilibrados y frágiles, con una suavidad de la que carecían los de Mercy, y una boca que parecía lanzar un beso al aire. Vista en el espejo, parecía una plasmación de la belleza teórica que, sin embargo, carecía totalmente de belleza. Ojos pardos, despreocupados y con un matiz azul en el centro, una boca que sonreía vacuamente, concentrada en un esfuerzo perpetuo y agotador por parecer agradable. Sin transmitir la menor alegría.

Y en el espejo, te das cuenta de que carece por entero de empatía humana. Ese fino hilo que une a las personas con los desconocidos y los amigos había sido eliminado limpiamente del rostro. Recordé el instante en que la cara de Bird había empalidecido.

«Está aquí, ¿verdad? Me ha encontrado».

—No estoy segura de si debería sentirme halagada por tu inesperada presencia, u ofendida por no haberme dado tiempo suficiente para anular todos mis compromisos de esta noche para atenderte —le dijo a mi hermano.

Yo acababa de obligar a Val a beber un par de tazones de café tibio con brandy, y a meter la cabeza bajo un chorro de una bomba de agua del Croton; además, le había enganchado la estrella de cobre al chaleco bordado después de que se abotonara la camisa. Con todo, todavía parecía el filo de un cuchillo dentado, con los dedos torcidos como una araña aplastada. Pero, aparte de eso, e incluso aparte de tener el cuerpo de un bombero y la cara maliciosa de mejillas rosadas de un granujilla de las calles, había algo en él que convertía en irresistible verlo en el salón delantero de

Silkie Marsh. Me pregunté qué era.

—¿O es que no querías que pasara mi tiempo contigo? —añadió ella con timidez.

Valentine tenía la misma pinta de siempre, en mi opinión. Lo que pasaba es que yo no había estado nunca en la misma habitación con alguien que lo amaba. Ni más ni menos.

—Lo que nos trae aquí es el trabajo, no el placer, mi querida bruja —replicó Val en tono distendido mientras ella nos ofrecía a los dos copas de champán—. He empezado a trabajar de policía; además de apagar fuegos, ahora hay trabajo de policía. También lo hace Tim.

—Me alegra conocer por fin al hermano de Val —dijo con una sonrisa medida—. Habla mucho de usted.

Eso resultaba demasiado inquietante para hacer ningún comentario.

—Así que yo estoy aquí para ayudar —continuó Val—. Vamos. Cuéntame. ¿Qué podemos hacer por ti?

La angelical cabeza de Silkie Marsh se ladeó.

—Gracias, pero no entiendo nada.

—Tus putas. Uno de tus chicos ha sido asesinado. Y yo estoy aquí para ayudar.

La bonita boca se abrió, y luego se retorció consternada.

—¿Me estás diciendo que...? No, es espantoso. No echo en falta a ninguna de mis hermanas, pero nuestro botones, Liam, se ha escapado. ¿Lo ha encontrado alguien?

—Sí, y cuando demos con quienquiera que sea el que lo hizo primero vamos a tener que ponerle una cuerda al cuello, no sé si me entiendes.

—Oh, Dios —dijo boquiabierto mientras agarraba el brazo de Val. A mi entender, una excusa muy pobre para tocar a mi hermano—. Estábamos muy preocupadas por él, pero rezábamos para que volviera.

—Este..., botones suyo —dije—, ¿cuándo desapareció?

—Debe de hacer una semana, como poco.

Y entonces supe que nos estaba engañando. Porque hacía sólo veinticuatro horas que me había tropezado con Bird en Elizabeth Street, y esa misma mañana me había enterado de lo del cadáver de Liam, lo había identificado y había hecho el viaje a la fosa a última hora de la tarde. Por tanto, Liam estaba vivo y aún residía en el local de Silkie Marsh ayer, porque «Ellos harán pedazos a mi amigo» es una frase formada con el verbo en tiempo futuro. Bird Daly, pensé, era un regalo que llegó en buena hora. La pequeña era una mentirosa que señalaba como la punta de un compás hacia la verdad. Mientras pensaba, oía el inconfundible chasquido de un látigo azotando carne.

—¿Están azotando a alguien en su local, Madam Marsh? —pregunté en un tono acerado.

—Sí —dijo y se ruborizó ligeramente en mi honor—. Pero puedo asegurarle que el señor Spriggs ha pagado un extra por adelantado por el servicio. Con su permiso, señor Wilde, me gustaría sufragar los gastos del funeral de Liam. Todo el mundo estará desolado cuando se entere.

—Sería un bonito gesto —convino Val sonriendo.

Por mi parte, sólo pude reprimir una mirada al techo y un suspiro con un esfuerzo supremo de mi voluntad.

—¿Está segura de que ninguna otra de sus... hermanas... ha desaparecido? —pregunté a continuación.

—¿Por qué me lo pregunta, señor Wilde?

—Estamos preocupados por otras almas inocentes del barrio —me limité a responder.

—La gente entra y sale de aquí a todas horas, como si fuera un parque de bomberos —dijo encogiéndose resignadamente un hombro, que apuntaba a Val—. Pero esta noche, para su tranquilidad, no he echado en falta a nadie.

—En ese caso, ¿podemos echar un vistazo a su sótano, Madam Marsh?

—¿Al sótano? ¿Con tres dólares bastará para cubrir una ceremonia sencilla, Valentine? —Sacó la mano de un monedero de terciopelo morado y puso unos dólares de oro en la palma de la mano de mi hermano. Las puntas de sus dedos se demoraron sobre ella—. Claro que puede ver mi sótano. ¿Para qué?

—Por capricho —dije mientras Val se metía el soborno en el bolsillo.

Bajamos al sótano con una linterna de queroseno. Y, como había sospechado, no había nada. Pero era un vacío muy estudiado. Se trataba de un espacio con paredes de tierra, donde se respiraba aire fresco, bien ventilado para estar bajo tierra, con unas cuantas cajas apiladas desordenadamente y un escalofriante maniquí de sastre en un rincón, cubierto de agujas clavadas que titilaban a la luz. Muy limpio. Demasiado limpio para ser un sótano, sin telarañas ni cucarachas, y todos los sótanos tienen cucarachas en verano. Si Liam se había desangrado allí y no en el tonel, como así me decía el camisón de Bird, no quedaba ni rastro.

Entonces se me ocurrió una idea al vuelo. Una idea genial. Un respingo de emoción me recorrió serpentino de arriba abajo.

—Es un detalle por su parte sufragar los gastos del funeral de Liam —dije sin alterarme, dándome la vuelta—. Me pregunto si todas sus hermanas son... tan generosas como usted. Si lo son, me gustaría conocer a alguna.

—Veo que has captado el espíritu, Tim —aprobó Val, sacándose un puro del bolsillo—. Hazte un regalo.

—Me alegra decir que en esta casa todas somos espíritus generosos —replicó Silkie Marsh con una sonrisa cómplice—. Vamos, le llevaré arriba. Esta noche un par de mis chicas están muy solas.

Vací mi copa de champán cuando llegamos al salón, y ella sirvió otras tres. Me senté con las piernas abiertas, repantigándome virilmente, como le había visto hacer miles de veces a mi hermano, y le lancé una mirada desde debajo de mi sombrero. Se había encendido el puro y su olor se arrastraba como un espectro por todo el salón.

—Rose está libre esta noche, y le encantará conocerle mejor, señor Wilde —dijo Silkie Marsh, sentada en el brazo del sillón de mi hermano.

—Me pregunto... —me aclaré la garganta—. Mire, soy un poco... especial. No me gusta estar con chicas... experimentadas. Esas que han estado con muchos. Me gusta tomarme mi tiempo, enseñar a la chica un par de cosas, hacer que se lo pase bien. ¿Cuántos años tiene Rose?

Silkie Marsh parpadeó y pasó los dedos por la melena de mi hermano.

—Dieciocho, señor Wilde. Pero Lily tiene quince, estará libre dentro de media hora, si puede esperar.

—No es exactamente eso lo que quería —dije sibilinamente.

Mi hermano me guiñó el ojo por detrás de la espalda de Madam Marsh.

—Mi Tim es un diablillo —dijo—. No tiene mala intención y las trata bien. Con ternura, incluso. Pero me temo que le gustan los capullos que todavía no se han abierto, una vez la rosa florece, pierde el interés para él.

Es muy difícil reprimir un escalofrío. Pero lo conseguí. No sabía si quería darle un puñetazo a mi hermano por la barbaridad que acababa de decir o estrecharle la mano por seguirme la corriente tan rápido.

—Oh —dijo en voz baja Madam Marsh—, la verdad, me temo que no servimos ese tipo de platos.

—Es una pena —suspiró Valentine— porque mientras Tim estuviera ocupado..., bueno, yo necesitaría pasar el rato con algo, ¿no?

«Malvado, perverso», pensé mientras me levantaba y aplaudía mentalmente.

La expresión de Silkie Marsh se ablandó.

—Ahora que lo pienso, sí hay una chica, la que me ayuda a coser.

—¡Genial! Pero ¿sabes lo que le vuelve loco de verdad? Cuando está con una jovencita, a Tim nada le gusta más que tener también a un chiquito cerca. Enseñarle los trucos al chaval, por así decirlo, dejarle que participe. Tu Liam ya no está, y que Dios se apiade de él, pero si tuvieras..., no sé..., un mozo de cuadras o algo así, eso sería el no va más para Timothy Wilde. —Le devolvió las tres monedas de oro.

Esbocé una sonrisa asqueada dedicada a mi depravado, horrible y absurdamente listo hermano y contuve la lengua.

—Y yo que pensaba que no había en toda Nueva York hombre más maravillosamente depravado que su hermano —me dijo Silkie Marsh con una risa afectuosa, acurrucándose un poco más en su brazo.

—Y no se equivocaba —le aseguré secamente—. A mí sólo me gusta enseñar a

los niños a pasárselo bien.

Tras asegurarnos de que esas peticiones no supondrían ningún problema, Silkie Marsh se levantó y tocó un par de campanillas. Entretanto, me contó que su mozo de cuadras tenía unas costumbres un poco raras. Hábitos extraños. Pero era un buen chico, y ellas lo querían mucho. Estaba convencida de que no me molestarían sus excentricidades.

Al cabo de unos minutos bajaron dos niños por las escaleras. Uno era una niña de once o doce años con el pelo peinado como lo había llevado Bird, rellenita y con cara de sueño, luciendo un camisón igual de ornamentado aunque, a Dios gracias, sin rastro de sangre. El otro era el doble del niño irlandés de huesos de pajarillo al que había advertido que no robara melaza antes de que el incendio destruyera la bodega de ostras, que también vestía un camisón, y, por si fuera poco, llevaba los labios pintados de carmín. Me quedé boquiabierto al verle, y de repente el aire empezó a abrasarme en los pulmones. A todas luces, los dos estaban bajo los efectos sedantes de una reciente dosis de láudano.

—Despertaos, pequeños. Neill, Sophia, este caballero va a ser muy bueno con vosotros.

—Eso es —convino Valentine, poniéndose en pie. También me levanté—. ¿Tenéis algo arriba que os gustaría llevaros?

Sophia, aterrada, no dijo nada. Neill, con la infalible inteligencia de los niños, me reconoció pese a la ropa gris y el sombrero de ala. Negó con la cabeza, crispando los dedos como las garras de un diminuto gorrión.

—¿Tenéis zapatos? —pregunté.

Otra mirada asustada e inexpresiva, otra negativa.

—¿Qué pretende? —exclamó Madam Marsh—. ¡Viven aquí!

—Ya no —dije.

—¿Sabías, mi pequeña —comentó Val—, que la prostitución es ilegal? Pues yo tampoco. Sólo era un bombero sin instruir que iba detrás de un polvo. Pero nos han explicado que va contra la ley. Cuesta creérselo, ¿verdad? Así que estos dos se marchan ahora mismo.

Los rasgos rosáceos de Silkie Marsh se dispersaron en varias direcciones, como una flor bajo un vendaval. La rabia pasó fugazmente por ella, luego un dolor apagado mientras miraba a mi hermano, y por fin la aceptación forzosa. Por lo general, no soy un hombre cruel, y no me enorgullece regocijarme en el mal ajeno, pero aquello me satisfacía hasta el fondo de mis entrañas.

—¿Hay algo más que quiera llevarse, señor Wilde?, ¿Valentine? —Se alisó con una mano el corpiño de raso negro. Era una espléndida representación teatral porque había conseguido que no se le notara la rabia.

Val chasqueó los dedos.

—¡Casi se me olvida! Pronto tendremos una reunión del comité de recaudación de fondos, Silkie, y sé que eres una buena amiga que sabe recolectar para el partido. Me quedaré con esos tres dólares que te devolví, agradeciéndote las molestias. Y que tengas muy buenas noches, querida.

Silkie Marsh le dio el dinero. Al salir Valentine, los ojos de ella le carbonizaron las anchas espaldas. Yo quería quedarme, preguntarle otra vez si había desaparecido alguno más de los niños que prostituía. Preguntarle si creía que podría vengarse de mí por haberla delatado como falsaria. Pero en cuanto le hiciera cualquiera de esas preguntas, ella sabría que yo conocía a Bird. Y eso bastó para me contuviera, al recordar los labios temblorosos de la pequeña cuando se negó en redondo a llamar a Silkie Marsh por su nombre.

Así que, en vez de eso, incliné mi sombrero ancho con frialdad y dejé aquel antro infame a toda prisa. Me encontré en la acera con dos niños descalzos vestidos casi igual, mientras esbozaba la lúgubre sonrisa de un loco. Mi hermano, con el puro colgado de la comisura de los labios y las manos en las estrechas caderas, negaba con la cabeza con aire filosófico.

—Menuda puerca —dijo Val en voz baja—; casi me hace perder la fe en la honestidad de los neoyorquinos. La tuve como amante, más o menos, hace unos años, que lo sepas. Y durante todo ese tiempo, delante de mis mismas narices... claro que casi siempre estaba borracho. Bueno, Timothy, tengo que hacerte una pregunta.

—Dime.

—¿Qué vas a hacer exactamente —preguntó Valentine, señalando con dos dedos como puñales a cada uno de los pequeños que nos miraban con los ojos como platos en la calle, bajo el aire espeso y húmedo de agosto— con este par?

DIEZ

Todo padre que desee que sus hijos sean educados como seres humanos, con corazones más bondadosos y mentes más abiertas, ha de cuidarse de no permitir que un jesuita susurre ni una sola palabra en sus oídos.

• *American Protestant in Defense of Civil and Religious Liberty Against Inroads of Papacy,*
1843 •



Los niños se acurrucaron en el carruaje. Los ojos de Sophia se quedaban fijados en las cosas, sin comprender, como si hiciera mucho tiempo que no hubiera salido de la casa. A lo mejor nunca había salido. Pero los ojos de Neill estaban caídos. La mirada breve y salvaje de libertad del primer momento se había transformado en una vergüenza silenciosa y apagada. Se había quitado el carmín con la manga del camisón, dejándose una mancha que parecía una cuchillada en el brazo.

—¿Cuándo fuiste a parar a ese sitio? —pregunté—. ¿Y cómo?

Se ruborizó a ambos lados de su pequeña y afilada nariz, por encima de las pecas.

—Llevo sólo dos semanas. Papá trabaja de albañil, pero lo dejó por la bebida. Ella dijo que su casa era como un teatro, donde la gente que trabajaba se pasaba el día jugando y comía cosas ricas. Pero yo casi no comí en una semana, sólo unas manzanas que robé de un comedero de cerdos. Y luego no me dejaba irme. Pero algo de lo que había dicho era verdad —acabó en tono desafiante, con su débil vocecita quebrándose—. Sí, algo era verdad. Había caldo de pescado, y buenas chuletas frescas. Creía que usted servía en el bar —añadió. Suspica, como seguramente lo seguiría siendo el resto de su vida.

Se lo expliqué. Mientras, no dejaba de preguntarme si era propio de un estrella de cobre querer retorcerle a Silkie Marsh su bonito pescuezo.

—Neill, Sophia, tengo que preguntaros una cosa muy importante.

No dijeron nada. Pero Neill puso tiasas las orejas, por así decirlo, y Sophia miró con toda la concentración que le permitía la dosis de láudano.

—Me temo que un amigo vuestro que se llama Liam ya no está con nosotros. ¿Sabéis qué le pasó?

—Se puso enfermo —susurró Sophia.

—¿Sí?

—En los pulmones —explicó Neill—. Se puso muy malo. Pero había que verlo, cómo aguantaba.

—Le pedí a la doncella que le comprara fresas con la moneda que me daban. A él le gustaban. Pero no se puso mejor —me dijo Sophia sin tono.

—¿Y no le pasó nada raro? —pregunté.

—¿Raro? Nada raro. Se fue y ya está —respondió Neill. Sophia asintió—. Dígame ¿de qué conoce a Liam?

—Soy amigo de Bird Daly.

—Bird Daly —sonrió Neill silbando a través de sus blancos dientes torcidos—. Una chica bonita. Menuda mentirosa es.

—Bird es más lista que tú y remendó el vestido de mi muñeca mejor de lo que lo habría hecho yo, Neill Corrigan —le espetó Sophia—. Ella sí es bonita, y hasta sus mentiras son bonitas. Tú sólo has vivido ahí dos semanas, no sabes nada. Me alegro de que su madre volviera.

—¿Su madre? —repetí.

—Vino su madre y se la llevó. Eso fue lo que dijo Madam.

—Bueno, pues no es verdad. Pero ha salido de ahí, y de eso me alegro. Me alegro por vosotros tres. Y no hay más motivos de alegría.

Sophia asintió, mientras miraba temblando por la ventana. Neill no dijo nada más durante el resto del trayecto. Pero se relajó un poco y, al cabo de un par de minutos, se sentó tan cerca de mí como Sophia. Fue un gesto generoso por su parte, pensé. Más de lo que yo habría esperado.

En cuanto a Bird, me caía bien. Más de lo normal. Y pese a sus mentiras, la probabilidad de la existencia de un hombre con una capucha negra habría sido nula en ese momento, de no ser por la prueba de veinte cadáveres bien reales.

Bajamos del carruaje delante de San Patricio. Entrar allí pasada la medianoche, supuse, resultaría difícil. Pero no acabé mirando las inmensas piedras mudas ni la imponente entrada, porque la cabaña que había detrás de la catedral tenía una luz encendida en la ventana. Llamé a la humilde pero bien construida puerta de tablas de madera de la rectoría del padre Sheehy, flanqueado por la pareja de niños de pies mugrientos. Sophia, al oír los pasos que se acercaban, emitió un gritito asustado como el repique más agudo de una campana de rebato.

Neill le cogió la mano.

—No te asustes —dijo destilando autoridad pese al camisón.

El padre Sheehy abrió la puerta vestido aún con su atuendo clerical, la calva destacaba recortándose contra la luz viscosa de la lámpara de aceite. Al ver quiénes me acompañaban y cómo iban vestidos, respiró hondo y abrió del todo la puerta.

—Entren, rápido.

Hizo que los niños se sentaran a la mesa limpia y cuadrada de la cocina, y a continuación fue a la despensa a buscar pan y un pequeño queso redondo. Empezó a cortar mientras hablaba. Yo esperaba con los brazos cruzados, dando la espalda a la puerta, con la sangre demasiado agitada para quedarme quieto. Con voz amable, el padre Sheehy les preguntó cómo se llamaban y si tenían padres que merecieran ese nombre o no, y qué había pasado esa noche. Neill fue quien más habló, y me alegró

comprobar que el cura prefería, antes que mi información, ganarse su confianza. Poco bien podía hacerles aquel cura si se le escapaban por la ventana en cuanto les diera la espalda.

—Comeos esto mientras os busco algo que poner en el almacén de la iglesia —concluyó—. Me llevaré al señor Wilde y os traeremos mejor ropa. Neill, cuídate de que ella coma también, ¿vale?

—Yo me encargo, padre —respondió.

Neill, pensé, era ya todo un hombrecito al que le gustaba que le encargaran trabajos. Ya no tenía nada de niño.

Afuera, en el calor del rocío, el aire chispeaba, con gotas casi de lluvia que olían ya a la tormenta que seguramente no tardaría en envolvernos, y el padre Sheehy me miraba con un interés palpable.

—Le agradecería que me contara cómo consiguió robar una propiedad de Silkie Marsh, siendo ella un diablo y su hermano el mejor abogado del diablo.

Me hizo un gesto para que le siguiera hasta la entrada más próxima de la catedral; llevaba unas llaves de hierro entre los dedos de una mano y una linterna en la otra. Yo estaba más que dispuesto a contárselo, y lo hice, aunque probablemente sin ninguna gracia. Tendía a dispersarme en cien direcciones a la vez, a hacerme mil preguntas. Quería conocer la mente de Matsell, saber si Piest había encontrado un botón y para qué servía eso, si los ojos de Bird habían dejado de ocultar infinitas capas. Las manos del padre Sheehy se quedaron paralizadas en el baúl de la ropa donada cuando pronuncié la palabra «diecinueve» pero, aparte de ese gesto, se reservó sus reacciones para sí.

—Quiero que sepa —dijo lentamente mientras doblaba un vestido pequeño y unos pantalones azules— que cuando necesite mi ayuda, la tendrá. Y la necesitará, me temo. Esto es un barril de pólvora en un incendio.

Mi cara se retorció bajo el cuarto de máscara, y hasta empezó a escocerme, como si le diera la razón.

—Ya, pero ¿por qué lo dice?

—Porque me temo que en cualquier momento, señor Wilde, le retirarán de este caso.

Yo no sólo no temía tal cosa, sino que ni siquiera se me había ocurrido. Un rubor entibió la parte de atrás del cuello de mi camisa. Me sentía como si me hubiera insultado, aunque nada más lejos de su intención.

—¿Los estrellas de cobre van a dejar sin aclarar, como un misterio, la muerte de veinte niños? Espero que estemos hechos de otra pasta. Aunque no nos hayan puesto a prueba.

El padre Sheehy cerró la tapa del baúl con un golpe seco y apoyó ambas manos sobre la mesa para mirarme.

—No eran veinte niños, sino veinte niños católicos a los que casi no habían echado en falta. En tanto este caso parezca que pueda resolverse, y en tanto se ajuste a los intereses políticos de los demócratas, usted será un hombre con una tumba y una misión espantosa. Pero ni George Washington Matsell ni Valentine Wilde permitirán que la recién nacida fuerza de los estrellas de cobre sea humillada públicamente, ni los demócratas estarán dispuestos a que los batan en las urnas por culpa de un trabajo que nadie va a agradecerles.

—El día que mi hermano y el jefe Matsell me retiren del caso, veré al Papa estrechándole la mano al presidente Polk ante una multitud que les vitorea. —Mi voz resonó sombría por la indignación, áspera como humo de tabaco barato en mi garganta.

—No pretendía ofenderle, créame. En cuanto a su santidad Gregorio XVI, sin duda sorprendería a la mayoría de los moradores de Gotham saber que está demasiado ocupado combatiendo la trata de esclavos, el moderno sistema ferroviario y a los terroristas en los Estados Pontificios para pensar mucho en América —añadió con una voz seca.

—No me ha ofendido —dije con firmeza—. ¿Qué va a hacer con Neill y Sophia?

—Me ocuparé de encontrarles un hogar, uno mejor que el último que han tenido si Dios nos ayuda, y esta misma noche los llevaré al Orfanato Escuela Católico Romano. Pero se lo advierto: hay hombres para los que sólo hay un único Dios en esta ciudad, y Este es protestante. Pronto lo descubrirá.

—Eso ya lo sé. Pero usted descubrirá pronto también que hay hombres en esta ciudad a los que les preocupa más el derecho que Dios.

—¿Son cosas distintas, el derecho y Dios? —preguntó maliciosamente.

Lo son, en mi opinión. Pero habría sido una empresa vana discutirlo con un sacerdote.

Estalló la tormenta al otro lado de las ventanas emplomadas, las gruesas gotas acabaron con la sensación de bochorno que flotaba en el aire. El tipo de lluvia que no duraba mucho y repiqueteaba con fuerza en el suelo, bienvenida tan sólo porque ponía fin a los nervios de la espera. La misma sensación que tienes después de una pelea o de que te hayan dado una paliza. «Al menos ahora ya sé que peor no podía ser».

El padre Sheehy recogió la ropa y las llaves tintineantes.

—No hace falta que responda, aunque seguro que nada de lo que respondiera me ofendería. Me gustan los hombres prácticos. No tardará en ver que yo lo soy, si se olvida de mi alzacuellos. Y aquí está usted, otro hombre práctico, ni católico ni protestante, ni tampoco perverso, diría. Recemos por que no sea usted el único, porque mi experiencia me dice que los de su clase suelen ser tremendamente útiles para Dios.

Había imaginado que los días que siguieron a nuestro macabro hallazgo serían frenéticos y agotadores. Y acerté. Pero no sirvieron de mucho, porque la carta no llegó hasta el 26 de agosto, y fue la carta la que causó todos los problemas.

La mañana después de haber dejado a Neill y a Sophia en San Patricio, la del 23 de agosto, los estrellas de cobre del Distrito Sexto celebramos una reunión en el tribunal abierto de las Tombs, presidida por Matsell. Como el rumor, que se había propagado como el cólera entre la fuerza policial, ya había informado a la mayoría, Matsell les confirmó que se habían encontrado diecinueve niños más allá de las zonas habitadas de la ciudad. Algunos de los cuerpos llevaban cinco años enterrados, y otros eran bastante más recientes. Todos parecían corresponder a niños menores de trece años, aunque sólo era una conjetura. Tanto varones como mujeres. Los esqueletos que no se habían descompuesto demasiado parecían tener los torsos rajados en forma de cruz. Probablemente eran irlandeses y sin duda habían sido asesinados. Todo lo anterior era un secreto, el más negro de los secretos, en una ciudad donde las confidencias y las conspiraciones de medianoche eran tan numerosas y prolíficas como las ratas. Y más valía que siguiera siéndolo, nos informó Matsell, porque la prensa se había enterado del asesinato de un niño irlandés llamado Liam en el Distrito Octavo y ahora lo gritaban a voz en cuello todos los vendedores de periódicos de la ciudad. Eso yo ya lo sabía porque esa mañana había leído vorazmente el *Herald*. La simple idea de que la fosa común fuera diseccionada, publicitada a gritos y pasto de rumores y de conjeturas de una manera parecida hizo que un escalofrío me recorriera la columna.

—La furcia que encontró el cadáver ha ido de periódico en periódico, contando la historia por dinero —concluyó el jefe Matsell—. Y si descubro que alguno de ustedes hace lo mismo con respecto a nuestro otro hallazgo, me encargaré personalmente de que desee haber nacido puta. Porque se sentirá como tal cuando haya acabado con él.

Cuando George Washington Matsell salió de la sala ésta parecía una biblioteca. Los alemanes estaban conmocionados, pero en sus caras sólo se dibujaban expresiones de calma. Los bravucones americanos charlaban en voz baja. En los irlandeses, pelirrojos y morenos por igual, de repente mucho más irlandeses si cabe, podía verse una especie de corriente subterránea que los unía, visible en las miradas curtidas y las bocas apretadas como puños antes de una pelea.

—¿Encontró algún botón? —le pregunté al señor Piest mientras el grupo se dispersaba.

Estaba sentado en un rincón como un crustáceo en la grieta de una roca.

—Señor Wilde, señor Wilde —dijo mientras me estrechaba la mano y se succionaba las mejillas marchitas en gesto de resignación—. No. Las huellas se borran tan fácilmente en ese paisaje como la sangre en una zanahoria. Pero, no le

quepa duda, encontraré algo para nuestro jefe, señor Wilde, sea un hilo o un saco de palas. Quédese con mis palabras. Lo encontraré o moriré en el intento.

El señor Piest daba risa. Pero, por más risiblemente que expresara sus ideas, era como si hablara por mi boca. A lo mejor los dos estábamos locos, se me ocurrió pensar mientras salía de las Tombs y volvía a casa para ver a Bird. No regresaba exactamente por razones prácticas, pero era necesario que lo hiciera. De otra manera, no podía pensar con claridad. Desde el descubrimiento de la sepultura, Bird se había encontrado convincentemente mal.

La señora Boehm estaba de pie, haciendo incisiones en la parte de arriba de las hogazas; el calor de los hornos le pegaba el vestido de algodón azul oscuro a los diminutos pero vibrantes pechos de colibrí. Las comisuras de sus labios seguían apuntando hacia abajo.

—¿Algún cambio? —le pregunté mientras envolvía una rebanada fina de pan de azúcar blanco en el ya familiar papel púrpura sobre la mesa. Una ofrenda de paz antes de que estallara una nueva guerra.

—*Danke* —dijo sorprendida—. No.

Habíamos tenido un incidente por una varilla de amasar que Bird había visto usar a la señora Boehm, justo antes de que yo saliera en dirección a las Tombs esa mañana. Yo nunca había oído gritar a nadie de ese modo, jamás. Como si el simple sonido pudiera borrar todo lo demás, hacer que todo se volviera blanco bajo el torrente de ruido. Se había roto más loza, y de nuevo se le había echado la culpa a su mano. Luego la niña se había quedado en silencio, y eso había sido aún peor.

—Hable con ella, no sé.

—Lo intentaré. —Me di la vuelta para subir las escaleras.

—Bien. Y cuando lo haya intentado, si ella sigue callada, probaré yo otra vez.

—¿Qué tal va *Luces y sombras en la ciudad de Nueva York*? —añadí burlonamente por encima del hombro.

El rodillo pastelero que acababa de levantar quedó suspendido en el aire.

—No se preocupe, yo también lo leo —la tranquilicé—. La historia en la que el asesino esconde el cadáver dentro de una vitrina del Barnum's American Museum es mi preferida. Es genial.

Separó los labios y aventuró una mirada maliciosa desde debajo de sus pestañas apenas visibles.

—Quizá una joven limpiadora ha sido seducida por un conde de visita, o tal vez no. Si yo leyera esas cosas, lo sabría.

—Ya —dije sonriendo y seguí subiendo hasta que la perdí de vista.

Entré en el dormitorio de la señora Boehm. Pero Bird, que antes había estado tan quieta que se veían las corrientes que se agitaban bajo el lago de superficie helada, no estaba allí. Así que fui a mi habitación, temiendo que se hubiera tirado por la ventana

tan rápida y silenciosamente como había tropezado con mis rodillas.

Pero no, no se había tirado. Bird yacía boca abajo, vestida con su larga blusa que parecía una túnica y sus pantalones de chico, y sostenía un trozo de carbón en la mano. Había cogido uno de mis muchos tristes bocetos de transbordadores descolgándolo de la pared y estaba dibujando encima. Formas serpentinadas que amenazaban al barco desde debajo del agua; un halcón en un árbol. O el halcón acababa de atrapar su cena u otra serpiente estaba introduciéndose a la fuerza por la garganta del depredador. Cuando entré, me miró. Se sentía culpable por reinterpretar mi arte.

Yo cogí otro trozo de carbón.

—Tengo que irme pronto —dije mientras sombreaba las garras del halcón que se curvaban suavemente.

Bird asintió, su espalda encorvada se pareció un poco menos al caparazón de una tortuga. Estuvimos callados un rato. Había decidido no contarle nada de la fuga de sus amigos, todavía no. No quería pronunciar el nombre de Silkie Marsh. Ya se enteraría de su aventura en cuanto los cadáveres hubieran desaparecido de su vista.

—¿Cómo es su cara, su cara entera? —preguntó de repente.

Me sentí de cristal por un instante. Quebradizo como un prisma.

Pero entonces me quité el sombrero y pensé: «Es mejor así y no que Val acabe arrancándomela de la cabeza cualquier día que se exceda con el alcohol y la morfina empiece a dejar de hacerle efecto. Mejor que hacerlo a solas. Tal vez».

—Descúbrelo por mí, ¿quieres? —sugerí—. Sinceramente, yo no sabría decirte. Ha sido un gran peso para mí.

Bird se arrodilló. Como yo también estaba en el suelo, no tuvo que alargar mucho las manos para quitarme la franja de la máscara y tirar de la venda de gasa aceitada de la cara. Dejó que la tela cayera sobre las tablas del suelo.

Y entonces salió corriendo de la habitación.

Me recorrió una extraña sensación enfermiza y de temor, el tipo de sensación asfixiante que un hombre no puede controlar por más hombre que se crea. Pero al momento Bird volvió corriendo con un espejo de mano que había cogido del dormitorio de la señora Boehm y lo sostuvo en alto.

—Parece un auténtico bravucón *flash*, señor Wilde. Un broncas de primera. Alguien con quien más vale no meterse.

Así que yo también eché un vistazo.

La carne que rodeaba mi ojo derecho hasta el nacimiento del pelo era a la vez nueva y vieja. Tenía un extraño color rojo brillante con ondulaciones que se rizaban, la piel de un lagarto, no de un ser humano. Y ella tenía razón. Era tan feo que resultaba absolutamente fascinante. Antes, había tenido un cuerpo bastante curtido, con rasgos que difícilmente podrían considerarse atractivos. Dejémoslo en sano y

juvenil. Ahora era un hombre salvaje, un villano que correría cualquier peligro, que se arriesgaría a una muerte violenta por un amigo o por una caja de puros. Ya no servía para camarero. Pero el aspecto se ajustaba bastante bien al que se le supone a un estrella de cobre.

—¿Crees que debería volver a ponerme la venda, para no a asustar a mis enemigos? —bromeé.

—Sí —respondió sonriendo un poco—. Pero sólo asustaría a los enemigos, me parece. No a nadie con el que usted no esté enfadado.

Me sentí tan agradecido por un momento que no supe qué decir. No encontré las palabras.

—Más vale que vuelva al trabajo.

Bird cogió la delgada venda pero esbozó una mueca de consternación. La sostuvo en alto para que lo viera: sus dedos habían dejado marcas de carboncillo por todas partes, gris sobre manchas grises de un polvo ceniciento.

—Lo siento. Sólo quería verla.

—No te preocupes. —Repulsivo e inconsciente, o repulsivo y bien informado, tanto daba, seguía teniendo unas cicatrices monstruosas, así que me volví a atar la venda, y, al ponerme en pie, mandé de una patada el algodón aceitado a un rincón—. Si no me lo hubieras pedido, no sé cuándo me lo habría quitado.



Me gustaría decir que la tarde que siguió tuvo algo de bueno. Pero la verdad es que fue espantosa. Me obligó a sentarme en las Tombs, con los dientes apretados, para escribir:

Informe redactado por el agente T. Wilde, Distrito 6, Demarcación I, Estrella 107. A raíz de la sospecha de la existencia de un enterramiento ilegal del que había informado Bird Daly, antigua residente del burdel de Madam Marsh en el n.º 34 de Greene Street, acompañé al jefe Matsell y al señor Piest a la esquina de la calle Treinta con la Novena Avenida.

Nunca había odiado tanto un borrón de tinta desde lo de Aidan Rafferty. Y dos noches más tarde, después de un par de días horribles que pasé hablando con lo que me pareció eran todos los habitantes de la ciudad, escribí lo siguiente:

Informe redactado por el agente T. Wilde, Distrito 6, Demarcación I, Estrella 107. He interrogado a varios comerciantes (tendero, pollero,

modista, carbonero, suministrador de licores, cochero, doncella, recadero) relacionados con el establecimiento de Madam Marsh sin ningún resultado. Aparte de la profesión que allí se practica, la casa está fuera de toda sospecha. Las preguntas realizadas al azar a vecinos que viven cerca del lugar donde se descubrió el enterramiento sólo informaron de tráfico normal.

La identificación de los cuerpos ha resultado ser una tarea imposible. La interrogación a los colegas estrellas de cobre irlandeses o a sus conocidos no ha arrojado ninguna luz ni ha servido para descubrir una sola palabra sobre sucesos siniestros. Debido al apremio y careciendo de otras vías, tras obtener previamente el permiso del jefe Matsell consulté en detalle a la señorita Mercy Underhill, enlace de las obras de caridad con los católicos. Al enterarse del enterramiento masivo, la señorita Underhill dijo no conocer a nadie que buscara niños desaparecidos, pero sugirió que se consultara con su padre, el reverendo Thomas Underhill, así como con el padre Connor Sheehy, manteniendo la más estricta confidencialidad, con la esperanza de que sus obras caritativas, distintas pero de amplio alcance, podrían haberles permitido conocer alguna pista. Con el permiso del jefe, la señorita Underhill llevó a cabo lo propuesto. Sin embargo, no se ha conseguido ninguna información adicional.

¿Hemos de pensar que esos niños fueron sacrificados sin que nadie los echara en falta?, ¿es creíble?, ¿es eso posible?

Tuve que contener toda mi mala leche para no añadir a continuación: «Y yo... ¿qué voy a hacer?».



A la mañana siguiente, 26 de agosto, bajé y me senté a la mesa vacía de la señora Boehm. Como acostumbraba a salir a repartir con frecuencia, no la eché en falta. Se me había asignado la misión específica de investigar la fosa común, así que me levanté a las siete, porque me había acostado tarde al tener que interrogar a gente que no quería que le hicieran preguntas. Bird, ahora que ya podía conciliar el sueño, dormía como una bendita.

Así que lo único que me saludó esa mañana fue el correo que la señora Boehm había dejado junto a mi ejemplar del *Herald* y el tipo de bollo que ella sabía que yo compraba por la mañana. Eché un vistazo rápido a los titulares del periódico y no vi ni palabra sobre la fosa común. Luego cogí el sobre, que iba dirigido al «Señor

Timothy Wilde, Estrella de Cobre, Panadería de Elizabeth Street», y lo abrí.

SEÑOR WILDE:

AY ALGUNOS CIUDADANOS QUE DIZEN QUE EDUCAR A LOS IRLANDESES ES COMO ENSEÑAR A LOS ZERDOS PORQUE SI APRENDEN PUEDEN CREERSE QUE SON MEJORES QUE LOS NEGROS CON PIEL BLANCA QUE EN REALIDAD SON. ESTE ES UN IRLANDÉS QUE NO ESTA DE ACUERDO Y VEA COMO CUMPLO CON LA OBRA DE DIOS Y TENGO LA SUFIZENTE INSTRUZION PARA ESCRIBIRLE ESTA CARTA.

LOS ROMANISTAS HAN SUFRIDO BAJO LA BOTA DE LOS PROTESTANTES DURANTE DEMASIADO TIEMPO. PERO LA DEVILIDAD ES NUESTRA Y YO SE POR QUE. LOS NIÑOS QUE SE PROSTITULLEN SON UNA ABOMINACIÓN CONTRA LA SANTÍSIMA TRINIDAD Y TIENEN QUE SER ESPURGADOS. UN DEFECTO IRLANDÉS, UN PECADO IRLANDÉS Y SÓLO UN IRLANDÉS PUEDE LIMPIAR NUESTRA SUZIEDAD A OJOS DE DIOS. NUESTRO BENDITO PAPA CLAMA POR LA MANO PRESTA DE LA VENGANZA SOBRE ELLOS PORQUE SOLO CUANDO ESTEMOS LIMPIOS PODREMOS RECLAMAR LO QUE ES NUESTRO Y PONER A NUEVA YORK EN MANOS DE LA SANTA IGLESIA DE ROMA. POR ESO OCULTÉ A LOS NIÑOS MUERTOS AL NORTE DE LA ZIUDAD MARCADOS CON LA SEÑAL DE LA CRUZ PORQUE NO ERAN DIGNOS DE OTRO TRATO Y SE QUE HE SIDO NOMBRADO.

LA MANO DEL DIOS DE GOTHAM

Debo reconocer que no me había sentido tan perplejo desde... bueno, desde hacía tres días a esas alturas.

Porque se trataba de la carta más absolutamente ridícula que había visto en mi vida.

¿Esperaba de verdad el autor de aquel texto absurdo que me tragara que el mismo hombre que había escrito «enseñar a los zerdos» seguidamente escribiera fríamente «Los romanistas han sufrido bajo la bota de los protestantes durante demasiado tiempo»? Los camareros saben cómo habla la gente normal, y ni siquiera un loco farfullaría de una forma tan descabellada. ¿Suponía aquel completo idiota que yo me creería que algún irlandés asesinaría a niños que se prostituían para provocar un cambio político?, ¿suponía que era el tipo de persona que se cree que el Papa respiraba fuego y cada año reinstauraba la Inquisición española? ¿Alguien, aparte de un heraldo desquiciado salido de un pabellón de pirados, firmaría una carta como «La mano del Dios de Gotham» y esperaría que yo, un americano autóctono, temiera una bota irlandesa sobre mi cuello?

Eso me dejaba con dos preguntas, mientras daba golpecitos con el papel doblado sobre la mesa, al lado del café que se enfriaba rápidamente.

Una: ¿cómo demonios se había enterado ese pirado llorón de lo de la fosa de los cuerpos? Y dos: ¿por qué demonios me había enviado a mí la malhadada carta? Podría haberla mandado cualquier estrella de cobre, me recordé a los tres segundos. Y si se trataba de un extraño estrella de cobre *nativista* en un intento por despertar un sentimiento anticatólico, no dudo de que Matsell le arrancarí el pellejo de un modo u

otro. Pero puede que no hubiera sido un policía, así que me concentré en el segundo enigma. Ese era más fácil, claro. Cuando releí el contenido, tardé exactamente cuatro segundos más en imaginar quién era el hombre más probable al que culpar de mi dirección en el sobre. Se suponía que debía entregar un mensaje al Partido Demócrata.

—Maldito seas, Valentine Wilde —dije en voz alta mientras me guardaba la enfermiza y retorcida carta en la levita y corría a la puerta.

ONCE

Se tome como referencia del inicio del poder del papismo el momento que se quiera de este período de ciento cincuenta años, queda igualmente demostrado que se trata del Anticristo del que hablaban Daniel y Juan, en tanto su ascenso coincide con la representación profética, y ninguno de los demás denominados Anticristos cumple en tal grado la profecía.

• *American Protestant in Defence of Civil and Religious Liberty Against Inroads of Papacy,*
1843 •



Casi le esperaba..., y no esperaba nada bueno. Pero así es como encontré a Val cuando irrumpí en su casa en Spring Street. Iba en ropa interior, y esta vez estaba en compañía de una despampanante joven irlandesa cuyo pelo rojizo ocultaba el blanco de la almohada (ella, por descontado, estaba totalmente desnuda, con una tez tan pálida como la dentadura de un perro), y los rodeaban los siguientes objetos: tres pipas, cada una de una forma diferente; una bolsa de lo que parecían setas secas; una jeringuilla; whisky, sin abrir. Medio jarrete de jamón.

—Val —dije sin que me importara mucho su cólera—, deshazte de la chica.

—Ni hablar. Ni pensarlo —murmuró Valentine sin demasiado entusiasmo.

Los siguientes diez minutos no dieron ningún resultado. Pero al final yo había conseguido poner a la meretriz de patitas en la calle y tenía a mi hermano tomando café. Despacio. Para él era un verdadero reto sostener la taza. Me habría compadecido, viéndole ahí sentado, con sus calzoncillos de lino, intentando que no se le salieran las tripas por la boca, pero era una imagen que ya tenía muy vista, y él se lo buscaba.

—Me han mandado una carta —dije. Con brusquedad.

—No me digas.

—No es para mí. Es para ti.

—¿Por qué lo dices? —Tosió desagradablemente—. ¿Es que el culpable escribió Timothy con uve, a y ele?

—Es un milagro que todavía seas capaz de deletrear tu nombre. ¿También estás en condiciones de leer o prefieres que te la cuente?

—Más vale que lo sueltes. Y acaba rápido, así llegará antes la hora de que te quites de mi vista.

Se la leí. Capté que despertaba su interés en algún punto de la palabra mal escrita «romanistas». Cuando acabé, se apretó con los dedos las sacas postales que se le habían formado bajo los ojos y extendió la mano derecha.

—Dámela, espabilado y joven estrella de cobre.

Se la di. Valentine levantó la carta, la sostuvo a contraluz hacia la ventana. Luego la dejó en la mesa, sacó una caja de cerillas del bolsillo de su levita, que estaba doblada sobre el respaldo de la silla. Encendió una con la uña del pulgar y con toda la intención la acercó al papel.

—Detente —grité e intenté arrebatarla.

Para mi absoluta sorpresa, Val me apartó la mano de golpe y se levantó. No lo habría creído capaz de tenerse en pie hacía un instante, pero ahora ahí estaba yo, dando inútiles zarpazos al aire por la carta que él mantenía por encima de su cabeza, mientras veía cómo ardía. A veces le gana, cuando está lo bastante hecho polvo por los excesos de la noche anterior. A veces. Pero él no sólo es más alto, sino que también es más rápido. Sentí que volvía a tener seis años, y él, con doce, agarraba una inofensiva serpiente a rayas a la que pretendía reventarle la cabeza contra un tronco. La serpiente no sobrevivió a la aventura.

—¿Por qué? —preguntó Valentine mirando las puntas de las llamas. Su fascinación por el fuego me pone enfermo—. Esto no nos hace ningún bien, Tim.

Probé otra vía que la física mientras miraba cómo las fibras se consumían en briznas de ceniza.

—Pero ¿no es una prueba?

—Podría serlo —admitió alegremente—. Pero creía que antes pensabas que no lo era. Ahora no son más que cenizas.

—¿No crees que podría haberla escrito el asesino?

—¿Ese montón de memeces de descerebrado? No, ¿tú sí?

—Supongo que no —gruñí—, pero ¿cómo vamos a descubrir quién la escribió si ya no existe?

Y a esas alturas ya no existía. Seguramente Val se quemó un poco el pulgar, pero no lo dejó entrever. Se limitó a desprenderse de los trocitos de hollín, delgados como la seda, que le habían caído sobre el pelo.

—¿Y qué más da quién la escribiera? —preguntó Valentine.

—¡Quienquiera que fuese sabía lo de los niños muertos!

—Ah —sonrió. El canalla se había recuperado del todo. Era una proeza tan increíble que ni siquiera era capaz de despreciarle—. Me alegra que creas que podría ser alguien distinto de una rata *whig* infiltrada en los estrellas de cobre, debe de haber seis o siete de ellos, o puede que un estrella de cobre que esté como una cabra. Alguien que intenta provocar una revuelta contra los irlandeses porque todo hijo de madre irlandesa es un leal seguidor del Partido Demócrata. Me alegra casi tanto como el que te creas que puedes adivinar quién escribió una carta con sólo mirarla el tiempo suficiente. Es encantador. Pero una carta como ésa acaba corriendo por ahí y el partido está librando una guerra. Cada irlandés medio muerto de hambre que baja de un barco se convierte en un leal demócrata en cuanto aprende quiénes son sus

amigos, quién le da un empujoncito, y menudo amigo de los irlandeses sería yo si los *whigs* vieran este montón de basura..., nos calificarían de antiamericanos, nos ahogaríamos en el escándalo. Nos echarían tan rápido que nos marearíamos.

—Y no quiera Dios que el partido sufra —dije burlón.

—Tú lo has dicho, y es un hecho —sonrió—. Gracias por traerme ese pedazo de blasfemia, Tim; tenías más razón que un santo cuando dijiste que yo era su destinatario, y gracias por el café. Ha sido un detallazo por tu parte. Y si ahora fueras tan amable de abrirte, no sabes cuánto te lo agradecería.



Mientras respiraba con cierta dificultad delante de la casa de Val, junto a un poste para atar caballos en Spring Street, sin tener claro adónde ir ni qué hacer, repasé mis opciones.

Podía irrumpir en el burdel de Madam Marsh y exigir a gritos que me explicara qué coño había pasado allí, bajo pena de encarcelarla o algo peor. Ella, o bien cedería o bien me echaría a patadas. Y, si se producía lo segundo, el hombre de la capucha negra se enteraría. Y seguidamente, tal persona desaparecería y quedaría impune. Podía ir a mirar como un idiota los huesos que habíamos guardado en una sala cerrada de las Tombs, preguntándome quiénes eran. Podía acosar a una niña maltratada de ojos grises para que me contara cosas que afirmaba no saber. Podía emborracharme. O encontrar algo más fuerte, si quería parecerme a mi hermano más de lo que ya me parecía.

Al final, fui débil. Con una lamentable falta de fuerza de voluntad y cada vez más asqueado, me dirigí a la casa de los Underhill. Quizá fuera un bobo que sólo quería ver algo agradable durante un momento, antes de admitir que era incapaz de vengar a un montón de niños muertos. Pero pensé, lo juro, que lo que quería era que me llenaran los oídos de consejos sensatos.

Val y yo conocimos a los Underhill la primera vez que él tomó una combinación de toxinas tan variopinta que creí que ya no volvería a respirar. Vivíamos en Cedar Street, en una habitación sin ventanas que parecía una panera con un fogón y dos catres, y una noche, con catorce años, llegué a casa y me encontré a mi hermano de veinte con toda la pinta de ser su propia efigie de mármol. Tras intentar espabilarle, corrí a la calle, aturdido por el miedo, y la primera señal de ayuda que vi fue la luz encendida de la rectoría contigua a la iglesia de la esquina de Pine. Cuando llamé a la puerta, ésta se abrió y apareció un hombre sobrio y de mirada inquisitiva en mangas de camisa, y vi a una mujer pálida que hacía punto con destreza junto a la chimenea y a una inolvidable niña de pelo negro que leía un libro, tumbada boca abajo en la alfombra bordada, con los tobillos cruzados.

Algunos clérigos sólo sirven para dar discursos, pero Thomas Underhill sabe

cómo se usa el agua caliente, las sales, el brandy, el amoníaco y el sentido común, y esa noche los utilizó todos. La mirada que me echó al salir de nuestra habitación fue la más amable posible, dadas las circunstancias, y en ella no había la menor huella de compasión. A la mañana siguiente, ya al corriente de lo sucedido, Val se dirigió a la residencia de Underhill y habló con el reverendo. Debió de ser la charla más elocuente de la historia, porque esa misma tarde nos invitaron a tomar el té, y me encontré sentado frente a Mercy Underhill, contemplando en arrebatada fascinación cómo respiraba el aire fresco sobre su taza de té negro. Val había llevado un ramo de margaritas silvestres para la señora Underhill, a modo de disculpa por las molestias que hubiera podido ocasionar.

En cuanto a mí, robó una chuleta de alguna parte, pues bien sabe Dios que no podíamos pagarla, y aquella noche la cocinó asombrosamente bien en nuestra paupérrima cocina. No dijo ni una palabra más sobre la noche anterior, ni de disculpa ni de agradecimiento ni de nada. No es que me conmoviera.

Así, por un accidente casi trágico vi crecer a Mercy. Ella escribía poesía, cuentos y dramas de un acto cada segundo que tenía libre; Val, yo y el reverendo pintábamos las macetas de la rectoría de amarillo cada primavera, y Olivia Underhill, mientras vivió, preparaba el mejor roscón que he probado en mi vida. Recordé las incontables veces que nos habíamos sentado a su mesa, después de un baile de bomberos, Val sonrojado bajo el cuello de su camisa, y yo sonrojado también pero por razones completamente distintas.

Con un humor de perros, recorrí el trayecto, confiado en que encontraría, al menos, una distracción de regusto amargo como el chocolate, que pasaría un rato denso, rico, oscuro e irresistible.

La única sirvienta de los Underhill, una pobre y pálida jovencita desamparada de origen británico llamada Anna, sonrió al abrir la puerta. Luego frunció el ceño, curiosa sin duda ante la novedad de que un cuarto de mi cara no pareciera digno de la luz del sol. Pero me explicó inmediatamente que Mercy estaba atendiendo un caso muy grave de escorbuto en el East River, una familia que se alimentaba sólo de pescado pasado y pan duro, y que el reverendo estaba en el salón.

Era, en cierto modo, como volver a casa. Estaban las incontables estanterías — había la leído la mayor parte de su contenido, las veces que esperaba que Mercy hiciera acto de presencia—, y estaba el reloj con su siniestra esfera, la ventana con el sillón de felpa encarado hacia el verdor de fuera, con los tomates atados a pequeños andamios. Pero no me esperaba la expresión con la que me recibió el reverendo cuando entré desde el recibidor, con el sombrero en la mano. El reverendo es una de esas personas que siempre está alerta. Trata las cosas como si fueran sorpresa, aunque en realidad no le sorprendan en absoluto, sólo para mejorar el ánimo, y su estrecha cara se clava en ti en cuanto te tiene a la vista. Pero ese día su expresión era la de una

estatua que se había deteriorado. Las partes del rostro no encajaban, los tristes ojos azules desentonaban junto a los labios habitualmente optimistas. Y no parecía ver nada de lo que tenía delante, unos papeles esparcidos por la mesa a la que estaba sentado.

—Señor Wilde —dijo amablemente el reverendo. Pero algo tenso como alambre de espino cruzaba su rostro. Y yo sabía qué era.

Aunque no hubiera vuelto a verme en su vida, habría seguido viendo a Aidan Rafferty, no me cabía duda. En sueños, en momentos de descuido mientras añadía crema fresca a las tazas de té, entre las líneas de libros tediosos. Tanto daba qué más espantos hubiera presenciado durante su oscura vida, aquel perverso verdugón rojizo a lo largo del cuello blanco, las diminutas puntas de los dedos amarotadas..., habían dejado huella. Pero compartir la misma imagen, en dos cabezas, sin hablar de ella, sólo mirando a una persona, es una forma distinta de indignidad. Yo lo percibía tan dolorosamente como él. Empecé a cuestionarme la oportunidad de mi visita.

—No puedo quedarme. Está ocupado, y...

—No, no lo estoy. —Sonrió amablemente al tiempo que apartaba los papeles de la mesa—. Y espero que dé por supuesto que, aunque estuviera ocupado, me gustaría saber cómo le van las cosas.

Me senté cuando me indicó la silla que tenía delante. Él ya se había levantado con su agilidad habitual para acercarse al aparador y servir dos frugales copas de jerez. A diferencia de muchos protestantes, el reverendo no es abstemio. Cree que los hombres deberían ser capaces de controlarse, todos los seres humanos sin excepción, y lo sostiene como si estuviera escrito en alguna parte. A lo mejor es verdad. Creo que él tiene licor en su casa sólo para demostrar que no le hace falta más que una copa. Una gota rebelde cayó de la boca de la botella al aparador y el reverendo sacó su pañuelo, lo pasó tres veces por la mancha, volvió a doblar la tela, y se lo guardó en el bolsillo. De una eficiencia despiadada.

—Al haberles visto crecer a ustedes dos, tan cerca de nosotros y saliendo adelante tan bien solos..., debería esperar que mi interés por ustedes está asegurado de por vida —prosiguió el reverendo, pasándome una copa.

—Y Val ha llegado a capitán —dije secamente.

Lo lamenté nada más decirlo. Puedo burlarme de Valentine cuanto quiera para mis adentros, pero eso no significa dejarlo en evidencia en público.

—Bueno, su hermano siempre ha sabido moverse entre el éxito y la desesperación, pero los dos sabemos por qué.

Lo dejé pasar. Sin duda, nuestra casa se había quemado, con nuestros padres dentro, sí, y yo había visto sus cuerpos, y sí, eso pervivía en mis entrañas. Aun así... Yo no sentía la necesidad de caer en todas las abominaciones sociales posibles, por orden alfabético, y luego repetirlas una y otra vez, así que, ¿por qué tenía que hacerlo

mi hermano?

Por descontado, Valentine ya andaba por ahí con reconocidos camorristas en aquellos tiempos. Había estado bordeando el matonismo, tomaba «prestados» caballos de las cuadras e iba y volvía cabalgando a Harlem, o me convencía de que el helado no me daría dolor de cabeza si lo calentaba antes junto a la estufa y luego se partía de risa cuando se fundía y formaba un charco. Llamaba a la mantequilla «grasa de vaca» y a la moneda de seis peniques una *tanner*^[17]. Un día se ocultaba para tirar huevos podridos a las espaldas de los que iban a la iglesia y al día siguiente me enseñaba a fumar puros. Pero cuando perdimos a nuestros padres, él también se perdió. Aunque lo cierto es que encontró un apartamento para los dos y aprendió a cocinar. Sí, eso es verdad; pero después volvía a casa todas las noches ensangrentado y aturdido por la ginebra tras una pelea de bandas, o bien alterado y cubierto de cenizas de un incendio. Regresaba apestando a humo, lo que me paralizaba el corazón. Le odiaba. Eso lo alejaba de mí, yo lo sabía. Y él lo hacía a propósito. Y, si hubiera pasado algo, yo me quedaría solo en el mundo.

«¿Cómo vas a perdonar a un hombre que trata al único pariente que te queda como si fuera un basurero público?», me preguntaba.

—Señor Wilde, discúlpeme si le parezco entrometido —preguntó amablemente el reverendo Underhill—, pero esos despreciables asesinatos que me contó Mercy anoche... ¿ha averiguado algo?

«Se ha acostumbrado a llamarla Mercy», pensé distraídamente, escarbando en la herida. Pero seguía estando agradecido. Necesitaba un consejo de sabio, de un sabio en el que confiara.

—¿Usted le concedería algún crédito a que hubiera sido obra de un irlandés loco que se creyera que actúa cumpliendo los deseos del Papa? —dije suspirando.

El reverendo estiró los dedos.

—¿Por qué lo pregunta?

—Me lo insinaron. Me resultó muy difícil de creer. Necesito... una opinión profesional.

El reverendo Underhill se recostó y ladeó la cabeza pensativamente. Si Mercy responde las preguntas con más preguntas, el reverendo las responde con relatos. Parábolas, supongo, una consecuencia de su profesión. Y eso es lo que hizo, apoyando el codo del brazo que sostenía el jerez sobre el sillón.

—Cuando Olivia vivía —dijo despacio—, hacía cuanto podía para convencerme de que el papismo no era signo de inteligencia o moral escasas. ¿Usted se acuerda de la época en que el Pánico estaba en pleno apogeo y la gente había empezado a morir literalmente de hambre por las calles, y encontrábamos personas muertas en las cuadras o de frío, junto a sus carros de manzanas? Y muchos de ellos eran irlandeses.

Asentí. Por aquel entonces, yo servía en el bar, y Val estaba ocupado con sus incendios y encargos políticos, pero pese a todo fueron tiempos crueles. Una época inolvidable. Y no sólo para los irlandeses. Los antiguos banqueros se tiraban por las ventanas a montones como la mejor alternativa a morir de necesidad. Para mí no eran ni valientes ni cobardes. No después de haber visto los estragos del cólera. Sólo los consideraba muy eficientes.

—Bien, Olivia sostenía que aquellos irlandeses pobres eran la definición bíblica de «el más pequeño de mis hermanos». Y así los cuidaba y alimentaba como si fueran de su familia, tanto si eran buena gente como si eran delincuentes, y, de éstos, tanto le daba la pandilla a la que pertenecieran, Kerryonians, Forty Thieves, Plug Uglies o Shirt Tails^[18]. Cuando el cólera que contrajo en uno de aquellos antros se la llevó, me pregunté ante Dios por qué nunca me habían convencido los argumentos de Olivia, por más misericordiosos y bienintencionados que fueran. Porque yo había insistido en que la caridad debía ir a la par que el arrepentimiento y la reforma. Después de muchos meses, Dios me respondió, me hizo comprender por qué Olivia se había equivocado.

Se inclinó hacia delante y dejó la copa sobre la mesa.

—En este país no consentimos el pecado de asesinato. Ni el de falsedad ni el de robo. Pero permitimos que la herejía, el pecado más grave de todos, florezca. El Papa de Roma es adorado como un dios en su religión, los pecados de la humanidad se expían no por el arrepentimiento sino por el ritual, ¿y a qué maldades puras da lugar?, ¿qué atrocidades se ocultan tras las puertas cerradas cuando una organización es dejada en manos de un hombre y no en las de Dios? Usted ya ha visto a los irlandeses que viven entre nosotros, señor Wilde, con voluntades mermadas por la creencia de que deben ponerse en manos de un hombre mortal para alcanzar su salvación. Son borrachos, enfermos, dejados, ¿y por qué? Sólo porque su propia religión les ha arrebatado a Dios. Yo ya no atiendo a quienes no renuncian a la Iglesia de Roma, por temor a que mi propia alma fomente la blasfemia. Olivia, Dios la tenga en su seno, era demasiado generosa de espíritu para ver su error antes de que el abominable contagio de la enfermedad que padecían aquellos a los que ayudaba la infectara también —acabó en un tono dolido pero resignado—. Pero rezo por los irlandeses, señor Wilde, por el perdón de Dios y por su propia iluminación. Ruego por sus almas cada día.

Mientras hablaba, yo pensaba en Eliza Rafferty, y las ratas que sin duda estarían compartiendo su catre, y en su primer delito, el de querer nata para su bebé sin renunciar al Papa, y de repente me sentí agotado. Si las oraciones del reverendo le sirvieron a ella de algo, yo no veía cómo.

—Pero usted no puede creerse que un pirado católico que vaya dejando cruces grabadas en pechos de criaturas esté detrás de todo esto, ¿verdad que no? —pregunté

en voz baja.

—No sé, alguien que ha sido educado por curas, tal vez, el tipo de hombres que ocultan la depravación sexual bajo túnicas sagradas. Señor Wilde, la solución que le sugirieron no me parece imposible. Es más, ni siquiera me sorprende.

El tictac del reloj con esfera de luna resonaba enfermizamente en mi cabeza, un latido marcial que señalaba un punto sin retorno. Puede parecer una estupidez en una metrópolis tan gigantesca como ésta presentir que va a suceder algo terrible porque, bueno, siempre está claro que algo va a pasar. Pero me dio la impresión de que la luz incidía torcida sobre la mesa de roble y la alfombra de cuidado bordado. A lo mejor se trataba de la tormenta que, al despejarse, nos dejaba solos para que nos enfrentáramos a los demás como mejor supiéramos. Y casi siempre era de una manera bastante salvaje.

—La señorita Underhill visita a católicos —señalé vagamente.

—Contra mi voluntad, lo hace, sí, aunque no sé cómo podría impedirle que emule a su difunta madre. Pero sólo como obra de caridad, nunca para dar cuidados médicos.

Apenas respiré mientras asimilaba sus palabras. Luego asentí, agradecido por cualquier gesto que se me concediera para ocultar mis pensamientos.

Él no se dio cuenta.

El reverendo nunca acompañaba a Mercy en sus visitas, y ella debió de transmitirle la impresión de que se dedicaba a repartir hilo de buena calidad y aceite para cocinar. Y dado que él sólo oficiaba a protestantes, nunca había llegado a enterarse de nada. En mi mente apareció un destello con la imagen de Mercy cambiando las sábanas amarillentas de un enfermo de tifus una de las veces que yo la había acompañado a los muelles del este, y reprimí una punzada de inquietud. El día que los había visto discutiendo, la disputa debía de referirse a sobre si ella simplemente se limitaba a entrar en hogares católicos, no sobre si debía atender a los enfermos.

—Preferiría que atendiera en una cueva infecta a esclavos de verdad en Carolina del Sur antes que en las cavernas de esclavos de la mente humana a las que se empeña en acudir. —Hizo un pequeño y extraño gesto con sus manos habitualmente ágiles—. Eso la ha cambiado, de una forma que no estoy muy seguro de entender.

Mi cerebro llegó con facilidad hasta el final de esa frase, pero luego el resto de la página pareció en blanco. Sin duda, el espíritu de Mercy era una improbable combinación del de sus padres: una mezcla de agua y aceite, de resolución y capricho, lo que la convertía en un ser fascinante, aunque inescrutable. Era la criatura más individualista que había conocido en mi vida, y por eso no podía cambiar, ¿no? Mercy ya era de por sí mil cosas que yo no acababa de entender. Y sólo podía convertirse más en sí misma.

—Me estoy haciendo viejo, y sentimental —añadió el reverendo suavemente cuando no dije nada—. Que Dios la proteja en esos sitios.

Ese era un sentimiento que yo podía compartir. Al levantarme para marcharme, se me ocurrió algo.

—Reverendo, si no le molesta que se lo pregunte, a tenor de las ideas que usted tiene sobre la blasfemia, ¿cómo es tan comprensivo con mi hermano?

Una fugaz sonrisa cobró vida en su rostro.

—¿Ve esas estanterías? —preguntó señalando todos los libros—, ¿el patio de recreo de mi hija? Usted ha leído bastantes de esos libros, ¿verdad?

—Sí —dije confundido—, muchos.

—Bueno, pues cuando usted no le veía, su hermano hacía lo mismo. Si tener un espíritu independiente es algo digno de admiración en la raza humana, su hermano es el hombre más admirable. —Se levantó y recogió sus papeles en una pila ordenada—. Mis mejores deseos, señor Wilde, y, por favor, me gustaría que me mantuviera al tanto de sus progresos, siempre que pueda contármelos sin que ello suponga un peligro para usted.

Al salir por la puerta con una mirada desconcertada y ansiosa entre las cejas, me di cuenta de que estaba de vuelta a mi lista de opciones sobre qué hacer, una lista reseca como el Sahara. Y la posibilidad de emborracharme como una cuba iba escalando posiciones por momentos. Sin embargo, cuando cerré la puerta a mis espaldas, vi a Mercy.

Iba corriendo. Hacía meses que no la veía correr; se apresuraba por la calle con el pelo negro rebelándose contra el diminuto sombrero de encaje que lucía en la cabeza, los hombros agitados y desnudos sobre el cuello ancho de su vestido amarillo claro de diario, con docenas de pliegues plisados que se tensaban alrededor de su cintura. Al verme, Mercy se detuvo jadeando mientras esbozaba una sonrisa. Aunque me matasen no habría imaginado el motivo.

—¿Está bien? —pregunté, sin buscar más que una rápida respuesta.

Por descontado, no fue lo que recibí.

—Señor Wilde —dijo, sin aliento, riéndose—. Fui a buscarle, a las Tombs. Pero no le encontré, ahora veo por qué. Probé de nuevo, con más empeño.

—En ese caso, le agradezco que me haya encontrado. Pero ¿a qué viene todo esto?

—Si le digo que necesito urgentemente su ayuda, y que esta cuestión le afecta directamente en ese asunto infernal que investiga, me acompañaría inmediatamente ¿verdad?

—¿Qué ha pasado? —pregunté con brusquedad.

—Señor Wilde —dijo Mercy, cuyo pecho todavía subía y bajaba—. ¿Me equivoco al suponer que usted habla *flash*?

DOCE

Irlanda se encuentra en una situación lamentable, casi al borde de una guerra civil. La policía había detenido a un alborotador en Ballinghassig, la gente intentó liberarle, y la policía disparó. Siete hombres y una mujer murieron al instante. Se dice que la policía actuó al margen de la ley y sin avisar a los revoltosos antes de disparar a los hombres.

• *New York Herald*, verano de 1855 •



—Ninepin podría largar todo lo que sabe, si quiere. Nadie más digno de confianza y nadie más en deuda en cuerpo y alma con la señorita Underhill —dijo el chico que tenía delante, mientras con la navaja hurgaba en algo que se le había pegado a la suela de la bota—. Páguenos un trago y yo cantaré como una gallina vieja, estrella de cobre. Quiero decir, señor Wilde —se corrigió, lanzando una mirada de disculpa sin palabras a mi acompañante.

Me sentaba al lado de Mercy en un local de café y pastas de Pearl Street, compartiendo la punta de una mesa mugrienta, con la nariz por encima de un excepcionalmente educado ejemplar de vendedor de periódicos de Nueva York. Este había alcanzado la avanzada edad de doce años, calculé, porque dominaba con soltura el puro que colgaba de su boca sonriente, y su chaleco azul y sus pantalones morados hasta la rodilla le quedaban bien. Tenía la suficiente experiencia vendiendo periódicos para mantener la talla de su ropa al ritmo del crecimiento de su cuerpo, y, además, a los niños de menos de doce no suele gustarles el café. El ron, sí; pero no el café. Al chico que se presentó como Ninepin le gustaba mucho el café. Acabábamos de llegar hacía nada y ya iba por la segunda taza. Ahora me pedía, sin que me sorprendiera, algo más fuerte.

—¿Y si cantas primero? —sugerí.

Ninepin frunció el ceño. Tenía un pelo rubio chillón, como un canario, los músculos, por la necesidad y el pugilismo, más desarrollados de lo que deberían para su edad, y había encontrado unos anteojos para leer como los que usan las damas, dorados. No paraba de quitárselos y limpiaba los cristales con un pañuelo escarlata cada vez que hacía algún comentario especialmente sustancioso.

—No es que no me dejen beber, ¿vale? Estamos en un país libre y todo eso. ¡Today! —llamó al camarero—, un par de brandis, si eres tan amable.

El camarero se acercó de buena gana con los brandis. Ninepin los pagó con un estilo que era, he de reconocerlo, bastante elegante. Le dio uno a Mercy.

—¿Por qué se fue tan deprisa? —preguntó en un tono insinuante—. No sirve de nada, mi bonita señorita, y ahora vuelve con un poli que seguramente quiere empapelarme.

—No tengo intención de detenerte —respondí y traduje a la vez.

El chico no me hizo ni caso.

—Estamos mejor solos, señorita Underhill.

—¿Eso crees? —le preguntó ella con una sonrisa torcida mientras me pasaba la copa y no cogía la del chico, que él ya estaba bebiendo.

—Sin las menores dudas.

—¿Y si te digo que, aunque muy agradecida por tu compañía, no siempre puedo entenderte?

Ninepin se ruborizó. A todas luces no estaba acostumbrado al coqueteo y le entristecía darse cuenta de su propia impotencia. Se le notaba tanto que daba pena mirar. Era como ver caerse a un potrillo mojado. Se quitó el puro de la boca, sumergió la punta en el café y volvió a llevárselo a la boca.

—No sé hablar más que en jerga, ¿verdad? ¿He tenido yo a alguien que me juntara con los que saben usar la pluma? Pues no, no he recibido educación. Sólo en el amor —añadió astutamente.

Menos mal que estaba mirando tristemente al brandy al que parecía haberme invitado un niño de doce años, porque sabía que dos miradas centelleaban bajo el ala de mi sombrero. Una era de franca diversión, que a él no le haría ninguna gracia. Y la otra era demasiado vergonzosa para que yo mismo la admitiera. Así que las dejé pasar.

—Por eso se perdió el último ensayo —dijo Ninepin con tristeza—. No somos pijos forrados.

—Hombres elegantes y acaudalados —dije en voz muy baja.

—¿No podría ser, Ninepin, que me perdiera el último ensayo porque ya te había dado los rollos de tela que os hacían falta y se requerían mis servicios en otra parte? —preguntó Mercy con suavidad—. ¿Me permitirás asistir al siguiente, después de contarnos lo que me has contado esta mañana en el City Hall Park?

Hasta entonces había estado desconcertado, pero en ese momento me forjé una idea más clara. Mercy se pasaba las mañanas paseando por el City Hall Park desde hacía años, con el cesto lleno de mendrugos de pan y vendas para aquellos que se despertaban allí y se encontraban recién pintados de sangre. El City Hall Park se extiende por cuatro hectáreas de campo abierto, de las cuales apenas una está manchada de una hierba baja y paupérrima, y el Registro Civil y el ayuntamiento dominan el centro. Por las noches, lo pueblan tres tipos de moradores, que se mantienen separados. Los maricas como Gentle Jim, el amigo de Val, se reúnen en el extremo sur, junto a una gran fuente estropeada en un estanque, luciendo sus atuendos relamidos y bufandas blancas mientras esperan regalarse unos a otros delicias francesas. Las niñas sin hogar que venden mazorcas calientes suelen refugiarse bajo los árboles. Y los chicos que reparten periódicos tienen sus dominios

en las escaleras del ayuntamiento y del Registro Civil, donde las bandas rivales de jovencitos duermen todas las noches de nuestros asombrosamente largos veranos.

—Si lo que quiere es un cuento, un cuento le contaré —dijo el pilluelo sonriendo y desvelando que le faltaba un diente—. Esta mañana, señor Wilde, nos despertaron las alondras, y estábamos a punto de ir a comprar nuestros papeles, cuando la señorita Underhill se presentó con una jarra de zumo de vaca fresco y nos lo repartimos entre los colegas.

Asentí.

—Así que estabais a punto de ir a comprar vuestro fajo matinal de periódicos cuando la señorita Underhill os llevó leche y la compartisteis. ¿Y luego?

La atención de los benditos ojos azules se centró de soslayo en mí por un momento y luego me abandonó mientras se recogía un pequeño mechón de pelo negro detrás de la oreja.

—Bueno, luego la señorita Underhill nos pidió que largáramos si sabíamos si se habían cepillado a algún chaval y si lo habían rajado antes de ensuelarlo.

Me volví hacia ella, sorprendido.

—Usted... ¿usted les ha preguntado si sabían si habían matado a algún niño y lo habían despedazado antes de enterrarlo?

El labio inferior más perfecto del mundo se escondió bajo el labio superior de Mercy por un instante y el gesto me agitó las tripas. Puede que ella no hubiera querido hacer esa pregunta a una pandilla de niños, pensé, pero era muy inteligente. Al fin y al cabo, los vendedores de periódicos eran como un pequeño ejército. Tenían que serlo: eran los emprendedores independientes más jóvenes en una ciudad donde la expresión «ir a degüello» se aplicaba a los empresarios tanto en el sentido figurado como en el literal. Cuando los periódicos sacaban una nueva edición, los chavales se arremolinaban en las oficinas, y compraban tantos ejemplares como creían que podrían vender a la gente, dependiendo de los titulares del día y de su propia habilidad. No tenían jefes, nadie les controlaba, y me apostaría una moneda de veinte dólares de oro a que quienes les vendían los periódicos al por mayor ni siquiera sabían cómo se llamaban. Ellos mismos, entre las diversas pandillas, establecían los precios a los que vendían su mercancía, y se peleaban como urracas por su pedazo del pastel. El más pardillo de aquellos chicos estaba mejor preparado para responder la pregunta de Mercy que una solterona de alta sociedad de cuarenta años.

—Hizo muy bien —le dije con entusiasmo.

Ninepin tosió.

—Así que yo le dije que más le valía andarse con cuidado. La señorita Underhill es una mujer con un par, ya lo sé, una tía que se las sabe todas, pero...

—Sí, es maravillosa. Y ahora, ve al grano de una vez —sugerí.

Mercy me lanzó una mirada agradecida por fin, antes de devolver sus ojos a sus

manos cruzadas.

—A Ninepin no le molaba. —Se quitó los anteojos de dama y empezó a limpiar los cristales como un académico nato—. Una doña elegante y guapa como la señorita Underhill largando sobre fiambres de chavales de ese modo. Y menos con el tipo ese de la capucha negra por ahí suelto.

Me quedé boquiabierto, con la mandíbula caída. Mercy, demasiado educada o puede que simplemente en exceso complacida para clavar en mí una mirada triunfal, la posó en la mesa, desde donde rebotó hacia mí contra su voluntad.

—¿Has escuchado rumores sobre un hombre con una capucha negra que merodea por las calles? —repetí pasmado.

Ninepin asintió lúgubrementemente.

—Siento mucho que pensara que no podía entenderme, señorita Underhill. —Con el rostro iluminado, se bebió el brandy con estilo, como si hubiera estado practicando para esta ocasión. Lo que sin duda había hecho—. ¿Le ha costado pillar algo de lo que he soltado, señor Wilde?

—Te entiendo perfectamente —respondí, sorprendido. Val había hablado *flash* desde mucho antes que yo supiera que aquello era una jerga, pero yo había pasado tanto tiempo evitando a sus colegas que no me había percatado de mi propio dominio—. Ninepin, es muy importante que nos hables de ese hombre de la capucha.

—¿Por lo de ese niño puta asesinado?

—¿Cómo te enteraste de eso?

—Señor Wilde, no he ido a la escuela, pero no soy idiota. —Lanzó una sonrisa deslumbrante a Mercy—. ¿Cree que vendo papeles sin un colega que me lea los titulares? ¿Se piensa que me pongo en las esquinas a gritar: «Con su permiso, ¡hoy no ha pasado gran cosa! ¡Calles al rojo y política corrupta! ¡Llegan más irlandeses! ¡Sólo dos centavos!»?

Yo sonreía ya antes de que hubiera acabado el chiste. Mercy, por su parte, se reía de tal modo que imaginé que Ninepin no volvería a mirar dos veces a otra mujer en toda su vida. Pobre chaval.

—Sí, queremos saber qué le pasó al niño que se prostituía —admitió ella—, ¿confiarás en nosotros?

—Se lo dejaré todo clarito como el agua. Pero no puedo hacerlo bien sin mis colegas. Ellos saben tanto como yo, a lo mejor más, y largarán en cuanto yo empiece a soltar.

—Gracias por responder por mí ante tus camaradas —dije con toda la seriedad que pude.

Ninepin me guiñó el ojo, y luego pareció ocurrírsele una idea emocionante.

—Espere un momento. A ninguno de nosotros nos gusta meterle trolas, señorita Underhill, y yo le daré al pico, se lo juro. Nada de cuentos, y no tengo poco que

cantar, lo que yo le diga, pero si... si sólo accediera a andar por el garito de mi brazo.

Mercy me miró inexpresivamente.

—El caballero querría acompañarla por el teatro a cambio de dar su información —expliqué, aunque la verdad era que yo tampoco había entendido ni jota.

—Tenemos otro ensayo —dijo él con cierta timidez—, antes de que los papeles vespertinos salgan de la imprenta. Si Matchbox la ve de mi brazo no perderá un segundo en chivárselo a Dead-Eye. Y entonces el primo de Dead-Eye, Zeke *el Rata*, de la pandilla de East River, tendrá que coserse los labios, ¿vale?, cuando le diga que yo la conozco a usted en persona.

Mercy se levantó. Cogió la copa que yo no había tocado y le dio un sorbo, luego apoyó la mano derecha en los pliegues de su cintura y ofreció la izquierda al codo de Ninepin. Si Dios hubiera concedido a un corredor de Bolsa clarividencia suficiente para leer el futuro y una botica llena a perpetuidad, su cara no habría delatado una expresión de mayor alegría. Era inútil intentar reprimir la sonrisa ante la cara del chico.

—Ninepin, lo único que en este momento me importa tanto como saber del hombre de la capucha negra es poner a Zeke *el Rata* en su sitio —anunció.

—Que me parta un rayo —dijo el jovencito pasmado hasta la adoración.

Y yo les seguí por las escaleras y al salir por la puerta. Agradecido como suelo estarlo con frecuencia de que Mercy no pierda demasiado tiempo mirándome a la cara.



El teatro al que llegamos tras un paseo de seis minutos sólo fue una sorpresa para uno de nosotros. Pero estoy seguro que mi desconcierto compensó con creces la naturalidad de mis acompañantes.

Habíamos estado tan cerca del corazón desalmado del Distrito Sexto donde el mundo está patas arriba, justamente el famoso y conocido como Five Points, que yo había supuesto que nos dirigíamos a ese cruce infecto. Pero nos detuvimos en Orange Street, ante una puerta anodina. Había unos ganchos permanentes clavados en la madera a la espera de que se colgara un rótulo, pero éste debía de estar de vacaciones. Ninepin llamó, con un ritmo peculiar que me recordó vivamente lo que hacía cuando Julius no tenía ostras que abrir y tamborileaba tatuajes de florituras sonoras sobre la superficie de la barra con las palmas, y por un instante me pregunté en qué tipo de persona me había convertido.

Sin embargo, una vez traspasada la puerta..., nos encontramos en un pasillo corto, que llevaba a una cabina de madera en la que apenas cabría un chico no muy alto, que daba a otra puerta. La cabina era de madera usada, de mala calidad. Se notaba que era obra de carpinteros aficionados, con un diseño encantador, eso sí.

Tenía una ventanilla, con un trozo de cristal encajado que había estado en el Hudson, porque aún se veían pegados algunos percebes al vidrio verde. No había nadie dentro.

—Es la taquilla —explicó Ninepin, volviendo la mirada hacia mí con una alegría tan intensa que podría hacer volar un tren sobre el Atlántico—. Por aquí. Suban, suban.

Para mi asombro, al cabo de unos segundos me encontraba en la parte de arriba de un teatro en plena actividad. El desnivel del suelo, las sillas (no había dos idénticas y muchas estaban quemadas), las instalaciones para la iluminación (dos, una montada en cada pared, y ennegrecidas por el humo), las candilejas por el suelo (montones de cera con velas nuevas colocadas sobre sus hermanas caídas), los telones esmeraldas y el telón de fondo pintado con un campo de batalla. Luego estaban los chicos. Unos veinte, alineados en formación militar en el escenario. O más bien, en lo que un niño imaginaría que era una formación militar.

—¿Qué le parece? —preguntó Ninepin, dirigiéndose en concreto a mí. Mercy ya había visto su pequeño baluarte, claro.

Pero lo que me vino a la cabeza fue: «Valentine bien podría haber sido vendedor de periódicos. No bombero. Un repartidor». Sólo había que mirarlos. Sabe Dios que ninguno de ellos probaría por primera vez la morfina a los dieciséis.

—Es *flash* —dije, porque no se me ocurrió nada más apropiado—, es muy *flash*.

—Eh, que es un ensayo, por Dios, no un maldito baile tradicional —espetó un niño más alto desde cerca de las candilejas—. No seas vulgar, Dead-Eye.

—¿Estás espabilándolos, Fang? —dijo burlándose el ahora importante Ninepin.

Fang era un chico con la cara marcada por la viruela, de unos catorce años, que estaba con los brazos cruzados. El tipo de chico robusto que te perseguía con una porra y sólo se acordaba de disculparse por el mal trago más tarde, cuando tus colegas habían desaparecido y todo estaba tranquilo y los dos podíais comportaros como seres humanos en secreto. Empezó a sonreír burlonamente antes incluso de levantar la mirada, y entonces vio a Ninepin con Mercy.

Después de eso ya no volvimos a tener más problemas con nadie.

Algunos miraban mi estrella de cobre y dibujaban pequeñas arrugas suspicaces en el entrecejo, pero yo ya estaba acostumbrado a esa reacción. Fang se adelantó con una pequeña vara que había estado utilizando como si fuera una batuta, dándose golpéenos en el hombro con los brazos delgados todavía cruzados.

—¿De qué va esto? —gritó—. ¿Quiere ser tan amable de sacar a ese cobre de nuestro teatro?

—¿Te han gustado los telones del proscenio, Fang? —gritó Mercy como respuesta—. A mí me gusta el color. ¿Quién los colgó?

—Fui yo, señorita Underhill —gritó un chico diminuto con el pelo negro como el carbón agitando la mano que sostenía un rifle de madera desde el grupo congregado

abajo. Estaba poco desarrollado para su edad, lo supe por la forma de sus manos, su aire desgarrado y lo hundidos que tenía los ojos marrones. Debía de tener catorce, puede que quince años, pero estaba encerrado en los huesos de una criatura de ocho.

—¿Fuiste tú, Matchbox?, ¿y cómo te las apañaste?

—Subí con una cuerda, y Dead-Eye utilizó la escalera y todo eso.

No tardamos en descubrir a Dead-Eye, que estaba ruborizándose como un tomate, y llevaba una canica grande de ojo de gato en la cuenca vacía de un ojo.

—Representarán *El escalofriante, horripilante y cruento espectáculo de la Batalla de Agincourt*, ni más ni menos, señorita Underhill —explicó Fang, a sabiendas de cuánto había sido superado—. Siempre que nuestro amigo Henry se deje ver en los ensayos. —Clavó una mirada sombría en Ninepin—. Pero a ninguno de nosotros nos caen muy bien los polis desde que han empezado a desfilar por todas partes. ¿Qué es lo que busca éste?

—¿Estás poniendo en duda a mi mejor amigo de la infancia, Fang? —preguntó Mercy, bajando hacia el proscenio—. Había pensado que te gustaría conocer a un estrella de cobre que cree que los niños sirven para algo más que para enviarlos a la Casa de Acogida.

Fang se acercó con aire chulesco hasta el borde del escenario, donde estaban las primeras sillas. Yo bajé para encontrármelo con Mercy. Ninepin, que resplandecía como una luciérnaga, se sentó en una silla y empezó a pulirse los anteojos. Cuando estuvimos frente a frente, vi que Fang tenía una cicatriz que iba desde la nariz hasta el labio superior, como el colmillo de una serpiente. Parecía lista para torcerse y soltar veneno en cualquier momento.

—Nos cae muy bien la señorita Underhill —dijo con frialdad—. No nos caen bien los estrellas de cobre. No tenemos muchos motivos.

—Me llamo Timothy Wilde. Y no me gusta la Casa de Acogida. ¿Le has dado la mano alguna vez a un estrella de cobre, Fang? —pregunté mientras tendía mi mano ofreciéndosela con toda la franqueza de que fui capaz.

Hubo un revuelo de interés entre los chicos, como una ardilla corriendo entre la maleza marchita.

—¿Estás esperando una señal de Dios, Fang? —preguntó Mercy, divertida.

—Aquí estoy, he bajado a Gotham para hablar con Fang —dijo en tono monocorde Ninepin con una voz alta y cursi desde los asientos por encima de nosotros—. Estrecha la mano del estrella de cobre, es un buen tío. Y cómprale más cigarrillos a Ninepin. Anoche perdiste con todas las de la ley, eres un petardo con los dados.

Una carcajada cómplice a mis espaldas. Ninepin era a todas luces el gracioso del grupo. Fang levantó el lado de la boca con la cicatriz de buen humor, y me estrechó la mano con la misma fuerza que un hombre.

—Es usted muy abierto con sus amistades, señor Wilde, veo que no le importa estrechar la mano de un vendedor de periódicos —dijo despacio.

—Todavía no me ha traicionado ninguno.

—¿Nos contaréis todo lo que sepáis acerca de un asunto muy importante, chicos? —preguntó Mercy al escenario en general.

Una silla apareció como por arte de magia detrás de ella, traída por el caballeroso Ninepin.

—La señorita Underhill y su amigo necesitan que larguemos sobre el menda de la capucha negra, colegas —dijo.

Aquello bastó para que cambiara la atmósfera.

Tras algunas quejas, unos cuantos categóricos «no» y de que un par de caras de los más pequeños empaldecieran, me coloqué detrás de la silla de Mercy, con los dedos sobre el respaldo, mientras los chicos mayores y más curtidos se reunían a nuestro alrededor y nos contaban su historia. Menuda historia. La he reproducido en la jerga original, pero fue relatada por una docena de repartidores, con blasfemias y contradicciones a gritos que me obligaron a una cuidadosa revisión. Tuve que recurrir a toda mi capacidad de concentración para captarlo todo. Y algo más aún para poder creer todo lo que me contaron. Que fue lo siguiente.

Había un repartidor de Five Points que se llamaba Jack Be Nimble. O Jackie, cuando iba de juerga con sus amigos. Desde los cinco años, era capaz de vender todos los periódicos, tanto daba cuáles fueran los sucesos del día anterior. Los repartidores de periódicos esperan que ocurran catástrofes con el mismo anhelo que los mercaderes contemplan el océano esperando que sus barcos lleguen a puerto, pero no era el caso de Jack. Él compraba más ejemplares que los demás chicos y los vendía todos, aunque el titular fuera simplemente que se había presentado un proyecto para una ópera en la ciudad, o la muerte de un aristócrata extranjero mientras dormía. Todos le querían. Al cumplir los trece, más o menos, ya era rico, aunque no estaba claro que ésa fuera su edad porque Jack no tenía ni idea de qué día cumplía años, ni de cuántos. Y al día siguiente, mientras se encaminaba a su cafetería favorita a zamparse una porción de torta de crema y un par de vasos de ron, se fijó en algo raro.

—Jack no era ningún paleta —apuntó Fang con énfasis—. Jackie fue siempre tan afilado como un cuchillo.

Jack Be Nimble se fijó en un carruaje más ornamentado de lo habitual que estaba aparcado delante de un burdel. Para empezar, tenía cochero, claro. Pero había otros dos hombres. Dos tipos corpulentos como casas, pero ligeros y ágiles de piernas; y tenían unos ojos astutos y perversos, aunque mantenían los rostros ocultos; Jackie, pese a que todo estaba a oscuras, se imaginó que serían turcos; y le dio la impresión de que aquellos matones sigilosos podían matar a un hombre sin que éste se diera cuenta de que estaba muerto, así de peligrosos parecían desde lejos. Jack era un

entusiasta aficionado al boxeo, algo tan frecuente entre los repartidores que es como decir que respiraba, y por eso pensó que los matones estaban esperando a su jefe, Abel «Martillo» Cohen, el Judío de Chatham Street. El único boxeador lo bastante rico para emplear a tres matones en un solo carruaje, el mismo hombre que había ganado un importante combate hacía apenas unas horas.

—¿Ha visto alguna vez al Martillo? —Ninepin se había tumbado boca arriba y se erguía sobre los codos, pasándose el puro de un lado al otro de la boca—. Tiene el gancho más rápido que he jipiado en mi vida, y cuando te tumba, la mitad de las veces te parte la crisma. Lo siento, señorita Underhill —añadió.

Jack y los chicos que estaban con él —«¡Yo estuve!», gritó un coro tan numeroso como poco digno de crédito— se escondieron detrás de unos barriles en la entrada de un callejón, a esperar la salida del famoso púgil. Pero, cuando por fin salió alguien, resultó ser sólo un sirviente del burdel que llevaba un bulto envuelto en los brazos. Dejó el fardo en el suelo del carruaje y volvió dentro.

Obviamente, el fardo contenía el dinero ganado en el combate. Porque esa misma noche el boxeador judío había derrotado a Cuchillo Daniel O’Kirkney, en tan sólo cincuenta y dos asaltos. Una insignia del valor, el salario del héroe. Estaba claro que había que birlarlo.

Fang me miró como si se disculpara.

—Sólo queríamos coger un poco. Como el diezmo de un buen cristiano —añadió servicial, sabedor de que, para evitar la culpa, Dios debía estar en su rincón.

Jack, y seguramente también Fang y Matchbox, porque sus versiones tenían el tono rutinario y monótono de la sinceridad, se aproximaron sigilosamente al carruaje aparcado tras dar la vuelta a la manzana a hurtadillas, y se acercaron desde el lado de la calle. Los chicos más corpulentos se quedaron atrás para no ser vistos. Un chaval de apenas seis años, que era ambicioso incluso para los estándares de los repartidores y al que llamaban Fancy por su insistencia en comprarse calcetines nuevos cuando se le agujereaban los viejos, fue el elegido para espiar. Se acercó de puntillas hasta la puerta del carruaje del lado de la calle y miró dentro de la bolsa.

—Volvió enfermo. —Matchbox sacudió la cabeza, fingiendo un resignado valor en sus ojos extrañamente adultos.

—¿Os dijo por qué? —pregunté.

No; el repentinamente enfermo Fancy se negó a contar qué había visto en la bolsa. Eso no era precisamente una señal de valor, y no pudo sino farfullar y murmurar hasta que Jack Be Nimble se ofreció a mirar por sí mismo. Pensó que seguramente era demasiado dinero para hacerse una idea, o algo muy valioso que se pudiera vender, y en cualquier caso, Jack estaba resuelto a ver el contenido. Se aproximó a la portezuela del carruaje tan silenciosamente como una vaharada de humo. La mano tocaba ya la tela que envolvía el fardo.

En ese mismo momento, el hombre de la capucha negra salió del burdel y echó un vistazo desde el otro lado del carruaje, a punto de subirse.

El hombre de la capucha negra estaba allí delante, bajo una farola, mirando directamente a Jack. La espalda recta, la mirada insondable. Un monstruo impersonal, la tenebrosa negrura de una pesadilla que no puedes recordar mezclada con la solidez sudorosa de una amenaza humana. Todos los niños que había en el teatro, hubieran estado presentes aquella aciaga noche o no, juraban haber visto a aquel hombre en alguna ocasión posterior. Entre las sombras, en callejones y tabernas, sobre todo. En sueños. En sus propios padres, porque dos de ellos insistían en que sus padres no se detendrían ante nada y serían capaces de cometer barbaridades al amparo de las tinieblas de las noches de Nueva York.

—A lo mejor es un piel roja, pero no le vi la cara —gorjeó estremecido un niño que debía de rondar los ocho años.

—Pero desde luego no era el Martillo. Abel Cohen se estaba fumando unos puros con los ricachones en un asador de carne en la parte alta de la ciudad esa noche, todo el mundo lo sabría a la mañana siguiente.

—Pero era un caballero elegante, sin duda —intervino Matchbox—. Forrado de pasta, con una capa negra.

—Tú no le viste —se burló Fang—. Menudo valiente estás hecho. Estabas en el callejón echando un trago, si no le habrías detenido, ¿verdad?

—Sí que le vi, pedazo de cabrón —le espetó Matchbox, sinceramente dolido. Fang se había pasado de la raya delante de un desconocido—. Pero el tipo ya sospechaba, ¿vale?, y miraba directamente a Jack Be, y además era un soplón. ¿Qué otra cosa podía hacer yo?

Se quedaron callados un momento.

—Todos salimos corriendo —reconoció Fang. Su mirada recorrió malintencionada la sala en busca de algún bocazas que se las quisiera dar de héroe, pero no encontró a nadie—. Todos nosotros. Nadie se enfrenta al Diablo en persona en la oscuridad.

—¿Qué le pasó a Jack Be Nimble? —preguntó Mercy, con una voz que parecía raspar algo oxidado.

El hombre de la capucha negra había saludado a Jack, y éste se había quedado quieto y firme, como un auténtico soldado americano. El encapuchado le hizo señas para que se acercara y le indicó la puerta abierta del burdel, con gesto amable. Le dio una moneda. Todos vieron el destello a la luz de la farola. Jack se lo pensó dos veces.

Y luego hizo una señal desenfadada con la mano a la espalda, hacia sus colegas, como despedida. Entonces entró por la puerta que amarilleaba en los bordes con la luz de bienvenida. Cuando pasó dentro, el carruaje se fue. Me contaron que hacía mucho tiempo que Jack había querido ver qué había dentro del local. Desde la calle,

parecía un palacio. Pero nadie volvió a verle a él. Se tramaron planes, y se intentaron intrépidas operaciones que a mí nunca se me hubieran ocurrido. Sometieron la casa a una larga vigilancia, siempre que acababan de trabajar, y habían visto entrar y salir a regimientos de hombres, pero sin rastro de Jack.

—Todos pensamos que volvería al amanecer —dijo Ninepin suspirando—. Por entonces yo sólo tenía siete años, pero no éramos..., pensábamos que le pagarían por un polvo, ¿entiende? Nosotros no le abandonamos —añadió con rabia. Asentí—. Pero teníamos que vender los papeles por la mañana, ¿no?, así que a lo mejor no vimos cuando volvió el hombre de la capucha negra y se llevó a Jack Be Nimble.

—¿Qué había en la bolsa? —pregunté.

Fang se encogió de hombros. Matchbox silbó con desdén. Varios de los más jóvenes volvieron sus caras hacia mí, como zarcillos que se rizaran buscando la luz.

—Una niña muerta —dijo uno de ellos como si estuviera en un aula, repitiendo una lección—. Partida por la mitad. En el pecho, como en una cruz. Eso es lo que hace el hombre de la capucha negra.

—¿Dónde está Fancy ahora?, ¿puedo hablar con él? —pregunté entonces.

—Se lo llevó la diarrea, fue rápido —dijo Dead-Eye. Disentería, pensé sin quererlo—. Y también se llevó a John y a Sixes. El año pasado.

—¿Y dónde estabais vosotros, malandrines, cuando visteis el carruaje delante del prostíbulo?, ¿sabéis la dirección?

—Me parece que yo no me sé ninguna dirección —se dio cuenta Matchbox, entre risas.

—Era la casa de Silkie Marsh —dijo Fang—. Pero Jackie nunca se hizo puta. Nunca. Ni lo piense.

La tez de Mercy se desvaneció y se curtió a la vez, como si fuera de porcelana.

—Claro, la casa de Silkie Marsh —dije—. ¿Cuándo trabajáis, cuándo vendéis los periódicos?

Dead-Eye me miró, interesado.

—Yo antes de las nueve ya he acabado los de la mañana. Luego comemos unos panqueques y algo de carne, y cargamos equipajes en los muelles de los transbordadores por unas monedas. Y esperamos a la edición de la tarde.

—¿Y cuándo la habéis vendido?

—Pues nada. Fumamos, damos unas vueltas por ahí...

—¿Reconoceríais el carruaje si lo vierais otra vez? —pregunté.

La repentina pulsación que pareció recorrer a todos, casi como un grito que atravesara el silencio, me dijo que sí.

—No. —La cara picada de viruela de Fang se había empezado a sonrojar por el cuello y las sienes—. No queremos saber nada de eso. ¿Trabajar para un estrella de cobre?

—Nos sobra pasta —añadió Ninepin, contándome lo ricos que eran.

Fang prosiguió, furioso:

—Mire este sitio, los telones nuevos, y, además, su dinero arruinaría nuestra reputación.

—Fang. —Ninepin se lo pensó más despacio—. Jack habría...

—Cierra tu puta boca, Ninepin, Jack habría querido que nos quedáramos callados. No queremos tener nada que ver, señor Wilde.

«Bueno, es normal que el chico esté asustado», pensé. Yo habría estado muerto de miedo. Pero a esas alturas había entendido que nadie más en toda la ciudad podría relacionar a aquel fantasma concreto con un carruaje real. Mis únicos testigos eran unos aprendices de matón, ya casi delincuentes. Y más ricos que yo, a juzgar por sus puros. Por si fuera poco, les caía mal casi sin excepción, y, dado que el dinero no les conmovía, sólo tenía una cosa que ofrecerles.

—¿Sabéis qué le vendría que ni pintado a una función como *El escalofriante, horripilante y cruento espectáculo de la Batalla de Agincourt*? —pregunté—. Aunque ya veo que el montaje está muy bien. Muy *flash*. Seguramente ya lo tendréis todo previsto.

—¿En qué estaba pensando? —preguntó Matchbox, conmovedoramente curioso.

—Era una tontería. —Me encogí de hombros—. Ya debéis de saber cómo se hace la iluminación, los fuegos artificiales y todo eso. Yo tengo un amigo que trabaja en pirotecnia, ¿me seguís?

Lo que siguió fue un silencio intensamente luminoso. Un silencio cauteloso y cada vez más denso. El pequeño chisporroteo blanco en el extremo de un cartucho de pólvora que se va acercando, jovial y codicioso, esperando el momento justo y cuando alcanzaba el petardo, por fin, chispas verdes, naranjas y doradas explotarían en...

—No tenemos un encargado de la iluminación, Fang, ¡no tenemos! —estalló un coro de voces.

—Yo aprenderé, ¡ya sólo puedo perder un ojo! —propuso Dead-Eye con seriedad y pasión.

Miré al jefe de esta pandilla no muy democrática. En los lúgubres ojos de Fang iba cuajando un odio creciente hacia mi persona no exento de fascinación, y sus hombros adquirían una pose pugilística. Aquello había que resolverlo.

—Me parece que Fang podría aprender y luego enseñaros a los demás —propuse.

Fang se lo pensó un buen rato, dándole vueltas.

—Podría ser un buen acuerdo. Siempre que yo tuviera tiempo. —Y entonces, por increíble que parezca, una sonrisa genuina apareció en su cara—. ¡Iluminación! Sólo pensarlo..., ¡qué dirá Zeke *el Rata* cuando se entere de que tenemos iluminación!

Se oyó un portazo. El aire que nos rodeaba explotó cuando un niño irrumpió

como la sangre de un drogadicto por un pasillo lateral, entre bastidores, así creo que lo llaman en un teatro. Era como una estampida encarnada en un solo niño, con los pulmones arañando el aire para recuperar el aliento.

—¡Os lo estáis perdiendo! —dijo jadeando.

—¿El qué?, ¿una pelea? —preguntó Ninepin, irguiéndose aunque sin levantarse y sonriendo.

—¡Un ahorcamiento! ¡O algo mejor aún! Los irlandeses han pillado a un negro, y se lo van a hacer pasar mal. Rápido, os lo vais a perder —gritó el niño, que retrocedió corriendo por el pasillo.

No me preocupé de que Mercy pudiera ir a mi paso mientras yo seguía al chico, corriendo con toda mi alma. Con un poco de suerte, habría resuelto el problema antes de que ella llegara. Con un poco de suerte, el chaval había exagerado. Con un poco de suerte, todo habría acabado ya.

Pero ¿cuándo había tenido yo un poco de suerte?

TRECE

Resulta una peculiar anomalía del carácter irlandés, el que, aunque son gentes que pecan de generosas, y compartirán con un desconocido o un pobre su último mendrugo o su última patata, odian a muerte a todos aquellos cuyo comportamiento lleve a privarles de una miga o de unas judías. ¡Extraña contradicción!

• New York Herald, 1845 •



Corrimos hacia el sur, alejándonos de Five Points, donde los negros y los irlandeses son demasiado pobres para que les moleste vivir juntos, y volamos hacia los límites de la inmensa zona que se había quemado. El aire resonaba extrañamente silencioso en mis oídos. Las pocas personas que vi se acuclillaban con rostros sobrios sobre sus pequeños puestos de zapatos y sus carros de manzanas de un verde chillón, ensimismados en sus asuntos. Debería haber habido irlandeses discutiendo acaloradamente con los vendedores ambulantes, judíos anunciando a gritos delantales, algún indio saldando pieles, no sé, alguien más aparte de los cerdos adormilados de siempre. Cuando, más rápido que ellos, les saqué media manzana a los chicos, hasta mis botas resonaban demasiado alto sobre los adoquines. Dejé atrás un edificio medio derruido, enlucido con hollín viscoso en Nassau Street, luego otro, y aún otro más, y entonces empecé a percibir una tensión palpable, como la de un dedo en el gatillo de una pistola, que me dejó sin aliento, y supe que casi había llegado.

Habría adivinado de qué iba la pelea sin verla, porque todas son iguales. Son como hongos, que brotan rápido entre la turba de nuestra ciudad. «Es por Dios. Es por dinero. Es por trabajo. Es por desamparo. Y sea por lo que sea, acaba siendo por nada». Pero seré el primero en reconocer que me quedé lívido cuando por fin llegué a mi destino, porque me habían informado mal.

No iban a colgar a ningún negro.

—¿Ves lo que pasa, ves el precio que tienes que pagar por tu avaricia? —le gritaba un irlandés deplorablemente borracho a un acobardado y pequeño blanco autóctono que llevaba un frac y calzones amarillos—. La vida de un negro no vale mucho, te lo aseguro, pero si estás atento y te fijas bien, por Dios bendito que la de éste habrá servido para un fin más importante de lo que su pellejo habría imaginado.

El que hablaba era un gigante, de pelo negro, con la cara profundamente surcada de arrugas, bronceada de moreno oscuro por nuestro implacable agosto. La camisa suelta le colgaba harapienta y sucia de sus inmensos hombros y no llevaba chaleco, sólo unos pantalones de nanquín grises que más de una vez se habían pasado toda la noche al aire libre. Con sólo verle ya supe bastantes cosas de él: sólo tenía dinero

para el whisky que ya se había bebido esa mañana. Ni un centavo más. Los ojos adquieren una mirada especial cuando eso sucede, los blancos se endurecen como huesos. La mueca que dibujaba su boca me decía que le había pasado algo a la vez espantoso y tremendamente injusto. Sus manos enormes estaban destrozadas lo que, combinado con su tez, me dijo que se había pagado su última copa trabajando en la construcción o bien acarreado piedra al distrito incendiado.

Una de esas manos sostenía una antorcha a pleno sol de mediados de verano.

Tenía dos amigos merodeando por las cercanías, como él, borrachos como cubas, que repartían su atención entre sudar y mantenerse en pie. Por el momento, no suponían ninguna amenaza. Y justo detrás de ellos, atado a una solitaria viga de un edificio inacabado al borde de la calle, estaba mi amigo de color Julius Carpenter, empleado de la Nick's Oyster Cellar cuando todavía estaba en pie. Habían esparcido un buen montón de leña de pino alrededor de sus pies. Me paré en seco, jadeando, justo delante del cabrón que había preparado el escenario. No le recriminé a Julius que no tuviera el detalle de saludarme porque le habían metido un nabo sucio en la boca; habían agujereado el nabo para pasar una cuerda que lo sujetara a su cara. Julius estaba demasiado bien atado para que pudiera hacer nada con sus extremidades. De manera que sus ojos canalizaban toda su fuerza inútil desde sus manos y sus labios estirados hasta casi reventar: un par de pupilas que me carcomían el pecho.

Dudo que hubiera disculpado el uso de la viga y la antorcha en ningún caso. Después de todo, no soy un tipo que acostumbre a perdonar. Nunca lo he sido. Pero por el gusto Julius es capaz de diferenciar entre veinte tipos de ostras que le pongan delante, incluso sin sus conchas, y el nabo embadurnado de estiércol tenía un agujero para una cuerda. Aquello estaba planeado. Era intencionado. Era una forma particular de hacer daño, y eso mutiló mi misericordia con un garrote emplomado.

—¿Qué coño cree que está haciendo? —troné.

El volumen de la voz es crucial. Si la turba perdía el hilo de la conversación, podía costarme caro. Pero esto no era una auténtica turba, sólo un público de irlandeses pobres y de autóctonos curtidos contemplando un entretenido espectáculo sangriento. El mismo tipo de gente que va a ver a terriers solitarios peleando con hordas de ratas rabiosas. Ni un negro a la vista, por descontado, no me hizo falta ni mirar. Estaban escondiendo a sus hijos en armarios y enterrando su dinero debajo de las fosas de sus letrinas. Las precauciones habituales.

—Aclarando unos asuntos —dijo burlón el canalla—, ¡con ese cobarde de ahí!

Señaló al hombre de negocios de pantalones amarillos, largas patillas y barba plateada cayéndole sobre el cuello por debajo de la barbilla lisa, que permanecía retorciéndose las manos a una prudente distancia de veinte metros. No soporto a los hombres débiles. Tal vez sea otra de las consecuencias de haberme criado con mi

hermano, una consecuencia más llevadera que la mayoría, todo sea dicho, pero el caso es que ese tipo de alfeñiques me irritan. Como si nuestra pragmática ciudad quisiera que yo los echara a patadas.

—Considérese detenido con los cargos de alteración del orden público y agresión con lesiones —comuniqué a mi verdadero rival—, y va a pasar un tiempo en las Tombs, pero si desata a ese hombre ahora mismo, supongo que no añadiré a la agresión el intento de homicidio.

El día que me había incorporado a la policía, me había aprendido de memoria la lista de cargos que eran de hecho punibles frente a los que sólo lo eran teóricamente, pensando que podría serme de utilidad. Y así había sido, cuatro veces.

—¿Y quién es el guapo que va a detenerme?

—Yo, gordo ignorante. —Meneé la solapa izquierda de mi levita en la que llevaba la estrella de cobre enganchada.

—Oh, un estrella de cobre —espetó—. He oído hablar mucho de vosotros. Dais tanto miedo como una puerca coja. No me intimidas, desgraciado.

—No tengo intención de intimidarle, sólo de encarcelarle.

La mala bestia no pareció reaccionar. Parecía estar pensando, o algo parecido, sumido en una profunda negrura.

—¿Es eso una estrella de cobre de verdad? —preguntó un espectador nervioso a mis espaldas—. Caramba, todavía no había visto ninguna.

—Me las imaginaba más grandes —comentó otro. No estaba de humor para responder a los comentarios, así que los pasé por alto.

—No me dijeron que los estrellas de cobre fueran defensores de los negros —se burló despectivo el borracho irlandés—. Pero eso hace que destrozarlos resulte más divertido.

Daba la impresión de que la conversación civilizada había llegado a una pared infranqueable de un callejón sin salida. Pero cuando me adelanté para desatar a Julius, tan furioso ya que casi veía cenizas, me topé con una antorcha que se agitaba insidiosa ante mi cara.

Retrocedí. Retrocedí un poco más.

Echándome hacia atrás esquivé un golpe que me habría prendido el torso.

Unos jadeos resoplaron en el aire que me rodeaba, un grito apagado, como el de una puta sollozando. «Contrólate, maldito cagón —pensé mientras el corazón se me salía del pecho—. La única forma que tiene de enterarse de que odias el fuego es que tú se lo digas».

Por tanto, dejé de retroceder y de hacer fintas y di dos pasos adelante. Por encima del hombro, le grité al lloriqueante caballero americano de los irritantes pantalones amarillos:

—Dígame, ¿de qué iba el asunto pendiente que tenía este perro callejero con

usted?

—Yo... —Las manos que se retorcían se apretaron con fuerza—. Yo despedí a mis albañiles. ¡Tengo todo el derecho! El edificio es mío. Bueno, el edificio que está por construir. Soy el dueño del solar, ¿entiende?, y no podía permitírmelo, yo...

—Lo que no podías permitirte eran los centavos que nos pagabas de más de lo que les pagas al grupo de esclavos que fuiste a contratar después —berreó el irlandés—. ¡Y mi mujer está preñada!

—Les pago lo mismo, se lo aseguro, eso no era lo que... no puede esperarse que...

—Voy a dejar esto muy claro —anuncié en voz alta—. Creo entender que ustedes tres y otros colegas suyos con la suficiente sesera para no estar aquí, fueron despedidos y un grupo de trabajadores negros ocuparon sus puestos. Lo lamento. Pero por cada segundo que pase sin que desate a ese hombre, añadiré otra acusación a su cuenta cuando lo lleve ante el juez.

—Si ni siquiera eres capaz de acercarte a mí, comadreja charlatana, y esperas que...

—Agresión con intento de homicidio —le interrumpí.

La multitud calló.

—Voy a quemarte vivo, enano...

—Reyerta callejera —añadí.

—Que te den —se mofó—. Tened la antorcha, colegas, encended el...

—Locura —espeté—. Asesinato. Insulto a mujeres en la calle porque estoy seguro de que ninguna de ellas quiere ver este espectáculo. Peligro para vidas ajenas. Embriaguez con alteración del orden. Siga, siga.

—Basta, basta ya —ordenó una voz atragantada a mis espaldas.

Yo sabía quién era, habría reconocido esa voz desde el fondo del Hudson. Pero tenía un ojo en la antorcha y el otro en la multitud y el trío de matones, así que, antes de que pudiera hacer nada, tenía la voz pegada a mi codo. A lo mejor no soy tan útil como me gustaría creer.

—Señorita Underhill, aléjese de aquí —dije.

No me hizo caso. Mercy pasó a mi lado.

El trío de matones estaba demasiado aturdido por el licor y la tensión que implicaba bordear el filo desesperado de su mundo para siquiera abrir la boca. Tan pasmados se quedaron que sólo podían mirar. Todo el mundo guardó un silencio sepulcral, como en un cementerio, cuando aquella mujer, no demasiado espectacular, sólo una chica con los ojos separados y grácil cual brisa fresca procedente del océano, se adelantó y empezó a desatar a mi antiguo colega.

De repente, la situación se había puesto fea, muy fea.

—Sacad a esa señoritinga de aquí —gruñó el villano que lo había empezado todo.

Uno de sus dos amigos era el tipo de borracho que creía que había venido al mundo para apartar a una mujer de constitución débil de una pila de leña y un trabajador negro. Agarró a Mercy, alejándola de Julius. Cuando lo vi, me lancé hacia delante, y faltó poco para que me indigestara con un bocado de fuego.

Pero a esas alturas ya no me importaba. Por fin pude eludir al tipo más corpulento, por fin me había metido en el medio del lío, y por fin estaba a un metro del canalla que magullaba los brazos de Mercy, que se resistía con fuerza, así que asenté con firmeza los pies, listo para desangrar a las malas bestias antes de que nos destrozaran. Así es como se hacen las cosas por aquí. El que le había puesto las manos encima a Mercy recibiría un puñetazo en la garganta y, cuando los otros acabaran conmigo, al menos moriría como es debido.

Afirmé los pies en el suelo. Entonces, recurriendo al truco más viejo de las peleas callejeras, grité con todas mis fuerzas.

El grito sobresaltó lo bastante al matón que agarraba a Mercy para que aflojara la presa de uno de sus brazos, justo antes de que mi puño alcanzara el punto donde su cuello se unía a su clavícula.

Se derrumbó, con la tráquea medio aplastada, y acto seguido cogí a Mercy por la cintura sin darle tiempo a que cayera con él. Los otros dos se apartaron de mí, tambaleándose borrachos, probablemente pensando que estaba loco. Eso estaba bien. Me daba cierto margen mientras se lo pensaban; el cabecilla agitaba la antorcha por delante de sí como si yo fuera a abalanzarme sobre él. Temblaba, aturdido por el whisky, pero eso no lo convertía en posible merecedor de mi piedad. Cuando Mercy recuperó el equilibrio, corrió hacia la improvisada pira funeraria. Saqué mi navaja.

—Deje, ya me encargo —siseé arrodillándome—. Aléjese.

—Ni hablar —respondió ella mientras desgarraba las cuerdas de cáñamo que ataban a Julius.

—Entonces, por el amor de Dios sáquele eso de la boca.

Como no sabía cuánto tiempo llevaba atado, agarré la camisa de mi amigo por detrás mientras le soltaba de las cuerdas. Pero Julius mantuvo bastante bien el equilibrio, aunque las manos le temblaban ligeramente por debajo de las muñecas ensangrentadas. Acabó de desatarse del todo sin ayuda y se apartó casi cayéndose de la leña apilada. Se inclinó y por fin pudo arrancarse de la boca el asqueroso nabo cuya cuerda Mercy ya había aflojado. Tuvo un par de arcadas, estremeciéndose. Mientras tanto, yo tenía un ojo en Mercy y otro en los borrachos que se iban recuperando poco a poco y murmuraban entre ellos con miradas envenenadas.

—¿Estás bien? —pregunté echando un vistazo por encima del hombro.

Julius tosió, se llevó las manos a las rodillas de los pantalones.

—Me alegro de verte —acertó a decir—. Creía que te habías ido de la ciudad.

—Me mudé al Distrito Sexto.

—Vaya, es la mayor tontería que he oído en mi vida. ¿Qué tenía de malo el Primero?

—Estrella de cobre —me salió como un sonsonete perverso. Una cancioncilla de la que ya empezaba a hartarme.

El irlandés que blandía la antorcha no sólo había recuperado el valor, sino también a un nuevo grupo de aliados. Otros tres hombres, deduje que trabajadores de su grupo, se habían sumado a la pareja. Dos llevaban navajas y atisbé el destello de un puño americano en la mano del tercero. Todo indicaba que Nueva York estaba a punto de presenciar cómo despedazaban a uno de sus nuevos estrellas de cobre. Un bonito espectáculo.

—¡Alto! —atronó una voz desconocida y profunda.

Podría haberme reído de aquel sonido. Pero, bien mirado, eso, reírse de cosas que no tienen la menor gracia, es la especialidad de Val. Y, además, mientras volvía la cabeza, me sentí un completo idiota por haberme olvidado de que yo no era el único de los nuestros en la ciudad.

El señor Piest estaba en todo su esplendor crustáceo a la cabeza de un grupo de estrellas de cobre —unos veinticinco, más de la mitad de los del Distrito Sexto—, todos provistos de porras con las que tamborileaban amenazadoramente en la parte de arriba de sus botas. Los agentes americanos parecían encantados con la situación; al menos, más que los policías irlandeses, que intencionadamente evitaban mirarse entre sí. Pero, de todos modos, exhibían una expresión pétrea, resuelta y se mantenían en perfecta formación, ofreciendo una imagen de determinación profesional. Pelirrojos, morenos, rubios y castaños juntos en prietas filas, con las pequeñas estrellas que ya empezaban a deslustrarse sujetas a sus chaquetas.

El irlandés borracho vociferó algo en su idioma. El grito hizo aparecer un matiz rojizo en los rostros de los policías que yo conocía de las Tombs. La cara ancha e inteligente del señor Connell se quedó petrificada, y el comentario abrió una trampilla de inquietud en la del señor Kildare. Me pregunté por qué, sabedor de que ambos eran policías honestos y de buen carácter, gente con la que había intercambiado historias sobre piernas doloridas tras dieciséis horas de ronda, sobre los silbidos que teníamos que soportar por las calles.

Y entonces los matones borrachos arremetieron con rabia contra los estrellas de cobre. Como una familia de cuervos que se abalanzara contra el cristal de una ventana.

Varios policías gritaron al romper la formación. Oí avisos, gritos de ánimo, uno de furibundo regocijo, «Que os den, hijos de perra»; pero el resultado nunca estuvo en cuestión. Porras por los aires, cuerpos retorcidos como en los números de los acróbatas de los Gardens, un chillido de uno de los borrachos cuando un estrella de cobre especialmente eficaz le partió la pierna.

Y al poco sólo quedó en pie el cabecilla, blandiendo la antorcha ante sus enemigos como si fuera una espada.

El señor Connell, un irlandés de pelo púrpura que me caía muy bien y que había compartido un par de veces mi periódico ya leído en las Tombs, se situó detrás de él sin más y le derribó con un certero porrazo que le propinó en plena nuca soltando el codo. Una vez en el suelo, algunas botas americanas le buscaron las costillas. Siguieron más gritos, una carcajada siniestra que me recordó las de Val. Me pregunté si tendríamos que hacer cosas como ésa: patear a tipos caídos; pero el señor Connell se adelantó con una mueca sobria en la cara y resolvió el problema, apartando a empujones de su cautivo a un par de bravucones americanos entusiasmados en exceso en su labor.

Yo procuraba recuperar el aliento. Todo se fue tranquilizando poco a poco. Los vendedores de periódicos se reunían a mi alrededor y la suspicacia había desaparecido de sus caras cansadas. La había sustituido un leve asombro.

—Eso —dijo Ninepin en voz baja, con los anteojos en una mano y el trapito con el que los pulía en la otra— ha sido poesía. Ha sido como ver al diablo en acción. «Locura. Asesinato. Insultar a mujeres en...».

—¿Dónde está la señorita Underhill? —pregunté en tono apremiante.

—Se ha ido, necesitaba un poco de tranquilidad —dijo Fang—. ¡Y qué me decís de la señorita Underhill! ¡Dios, menudos nervios de acero! Tendría que ser una reina, ya os lo digo. La reina de Gotham.

—Oye, ¿puedes esperar un momento? —le pregunté a Julius—. Necesito tu declaración, pero antes tengo que hablar con los otros policías. ¿Estás bien?

Asintió, aunque tenía toda la pinta de haber preferido ser mucho menos visible. Corrí hacia el grupo de estrellas de cobre, que estaban poniendo con torpeza unos brazaletes de hierro en sus aturridos cautivos. El animal que lo había empezado todo dormía el sueño de los malvados. Y parecía bastante más perjudicado que antes.

—Fue muy oportuno —dije.

—Yo diría que para usted lo fue por partida doble, señor Wilde —exclamó el señor Piest estrechándome la mano—. Yo soy un poco más cauteloso. Se debe a los muchos años de vigilante. La próxima vez que vea congregarse una turba, ¡procure formar la suya propia, señor! Así es como se hacen las cosas en Nueva York.

—Me temo que sí. ¡Señor Kildare! —llamé al agente que hacía la ronda en la zona contigua a la mía.

—Señor Wilde —me saludó con su voz áspera, con un acento irlandés cerrado y denso como el musgo.

—¿Qué le dijo aquel matón? Antes de cargar contra los estrellas de cobre.

—Eso no importa ya, ¿no?

—A usted sí pareció importarle.

El señor Connell pasó rozándome, arrastrando al más pequeño de los secuaces borrachos hacia un carro. Es un hombre tranquilo y franco, que se lo piensa bien antes de dar una respuesta.

—Conchabados con los terratenientes, señor Wilde. Se refería a nosotros, los estrellas de cobre irlandeses. Mercenarios de los señores. No sabría traducírselo con precisión. Siervos, tal vez —añadió por encima del hombro—, aunque para un americano quizá sea más fácil entenderlo si digo «esclavo».

Entonces me acordé del otro canalla al que había que responsabilizar de todo lo sucedido. Me di la vuelta y al poco divisé al propietario del solar con la barba plateada hasta el cuello y los deplorables calzones chillones que miraba desconsolado cómo se llevaban a sus antiguos empleados; parecía hundido mientras el polvo se asentaba a su alrededor.

—Tiene mucho de lo que responder, aunque no se le acusará de nada —gruñí—. ¿Qué creía que iba a pasar si echaba a un grupo de irlandeses para contratar a otro de negros?

—Si los americanos de verdad trabajaran por el salario que yo puedo pagar no habría ningún problema, señor —gimoteó—. Y ya no podía admitir a un grupo de irlandeses, no, porque soy cristiano, señor, ¡ni siquiera contrataría a un ciudadano de Manhattan!

—Pero, si ya los había contratado...

La pregunta se interrumpió cuando el señor Piest me estiró del codo y me apartó unos metros del inútil propietario y de los complacidos estrellas de cobre. Se escabulló hasta detrás de una farola que apenas nos ocultaba y sacó un trozo de periódico doblado del bolsillo interior de su deshilachada chaqueta.

—Sin duda ha estado muy ocupado en las calles desde muy temprano por la mañana y no ha tenido ni un segundo para la política, pero las cosas han... cambiado —me informó en un tono grave, mientras sus cejas preocupadas se retorcían como pinzas de langosta—. Matsell le quiere, y ya, en su oficina de las Tombs.

Se alejó a toda prisa, y yo abrí el recorte del *Herald*. No me hizo falta leer mucho para entender qué había pasado, y me di un puñetazo en la frente maldiciéndome por haber echado un vistazo sólo a los titulares de esa mañana. Era una carta al director: «Por eso oculté a los niños muertos al norte de la ciudad marcados con la señal de la cruz porque no eran dignos de otro trato y sé que he sido nombrado...».

—Mierda —juré en voz baja, haciendo una bola con el papel.

Alguien tenía más de un corresponsal.

El irritante tipo de pantalones amarillos se estremeció cuando la carreta de la policía se alejó traqueteando con su equipaje de matones magullados.

—No soy el único patrón temeroso de Dios que lo hace, señor. Tres de mis colegas con propiedades al oeste también han sustituido a sus trabajadores, y mi

hermana del Village no tardó un segundo en informarme de que había despedido a su doncella. Y bien que hizo.

—No le sigo, señor —dije con frialdad.

—¿Quién sabe qué perversidades se ocultaban en esa chica? No sé cómo, pero deberíamos reunir a todos esos papistas y enviarlos de vuelta allá de donde vienen. Si Dios quiere que se mueran de hambre allí, ¿quiénes somos nosotros para interferir en los designios de la justicia divina? Desde luego, a un hombre blanco le requerirá el doble de esfuerzo sacarle un día de trabajo honesto a un negro, pero al menos ellos temen al demonio..., y, en cambio, no hay ninguna bajeza en la que no caigan estos irlandeses, como demuestra la carta. Me asombra, señor, descubrir tanta crueldad en quienes también parecen seres humanos.

—Al menos en eso coincidimos —gruñí mientras él se alejaba.

Julius se me acercó por la izquierda, un leve olor a hojas de té, trenzado en su pelo tieso le precedía. Un extraño bulto deformaba el bolsillo de su derecha. Me miró unos segundos y luego se frotó la nariz con sus ágiles dedos.

—Estoy en deuda contigo.

—La verdad es que no. Me pagan casi diez dólares a la semana.

—Así que ahora eres un estrella de cobre.

—Asombroso, ¿verdad? —reconocí con más ironía que otra cosa.

Negó con la cabeza.

—Para mí no tanto.

—Y tú te has hecho carpintero. Aunque probablemente siempre lo hayas sido sin saberlo. ¿De ahí le viene el nombre a tu padre?, ¿o a tu abuelo?

—A mi padre —dijo Julius sonriendo—. Cassius Carpenter. ¿Entiendes ahora por qué no me sorprende tu nueva profesión? No puedes pasar ni diez minutos sin darle vueltas a todo. —Se aclaró la garganta—. Te ayudaré en lo que quieras, y en cualquier momento, pero no puedo ir a declarar. No me haría ningún bien. Ni a nadie que yo conozca. Pídeme otra cosa, por las molestias. Por favor.

Me tragué un acerico con todos sus alfileres y asentí. Julius podría presentar todos los cargos que quisiera, e incluso ganar el juicio, pero yo ya tenía al cabrón pillado con varias acusaciones de agresión a policías. Y para mi amigo, una declaración no valía las noches estivales en vilo que se pasaría preguntándose cuánto faltaba para que le quemaran la casa.

—Déjame que me aclare un poco —dije despacio—. Una carta escrita por un irlandés loco empeñado en hacerse con la ciudad, que supuestamente asesina niños para conseguirlo, ha salido en las primeras ediciones. Pongamos... a las cinco de esta mañana.

Julius asintió dándose unos golpecitos en la barbilla.

—Ese gusano atrofiado de ahí la leyó, echó a sus trabajadores y, tal como han

estado yendo las cosas en el barrio incendiado, no le costó sustituirlos con negros a las pocas horas, sin perder más que una parte de la jornada de trabajo. Algunos de los antiguos obreros se emborracharon como cubas y no se les ocurrió otra cosa que ir por ahí armando jaleo. Y tú fuiste al que pillaron cuando tu gente se escapó. ¿Voy bien?

—Lo clavas.

—Julius, hay algo que puedes hacer por mí. ¿Sabes adónde ha ido la gente del viejo vecindario?

—He visto a unos cuantos, de vez en cuando. Siempre nos paramos a hablar. ¿A quién buscas?

—A Hopstill. Necesito a alguien que sepa iluminar.

—¿Y quién no? —preguntó Julius esbozando una sonrisita filosófica.

Me dio la nueva dirección de Hopstill, en una zona miserable del Distrito Sexto, no lejos de mi propia casa. Se lo agradecí, en buena lógica, porque me había ayudado. Él me dio las gracias de nuevo, lo que no era tan lógico, porque yo sólo me había limitado a cumplir con mi deber. Julius ya me había dado la mano y se alejaba cuando le pregunté distraídamente qué era lo que tiraba de las costuras de su bolsillo derecho.

—El nabo —me respondió.

—¿Por qué? —le pregunté pasmado.

—Porque sigo aquí —respondió—. Tengo un ladrillo, una cinta de cuero y también una piedra de un tirachinas, todo en una estantería. Pero, mírame. Aquí sigo.

Me mordí el interior del labio mientras se alejaba. Pensaba en hombres inútiles, y en hombres que sirven para algo. Pero me requerían en otro sitio. Antes de ver a Matsell, sabía que tenía que encontrar a Mercy, y sabía adónde iba cuando necesitaba tranquilidad. Así que bajé el ala de mi sombrero y abandoné el escenario que se iba apagando mientras el dueño del edificio se apresuraba a apartar la leña de pino de su precioso solar. Lo que demostraba bien a las claras, al menos en mi opinión, cuáles eran las limitaciones de aquel hombre en concreto y para qué servía.



Tras llegar a Washington Square por el este y pedirle al cochero del carruaje de alquiler que me esperara porque habría una carrera más de vuelta a las Tombs, el silencio del lugar me sorprendió, como un rayo de luz del sol que penetra por una ventana. Los carruajes trotaban despacio, sin duda. Y las hojas marchitas crujían bajo las pisadas. Pero había una carencia de otros muchos sonidos. La gente apenas habla en Washington Square. Los que la frecuentaban vivían en las imponentes casas de fachadas arboladas que la rodeaban o salían de la Iglesia Reformada Holandesa de tono rubí o eran —al menos desde su fundación, hacía catorce años— estudiantes de la Universidad de Nueva York, que leían concentrados como si la vida les fuera en

ello. Había algo, en el triángulo que formaban la iglesia, la universidad y los árboles, que acentuaba la tranquilidad de aquel lugar, incluso en una tarde de luz ambarina. Y no tardé en divisar a Mercy, sentada en un banco con las manos sobre el regazo.

Verla sin que ella me vea me produce una sensación embriagadora, pero no de vértigo. Más bien es como si estuviera achispado, como un borrachín que mira cosas diminutas demasiado de cerca, con toda la atención fijada en algo absolutamente trivial, boquiabierto ante una paja en medio de un pajar inmenso y sin ninguna gana de mirar a otra parte. Cuando estoy borracho puedo hablar durante horas de los entresijos del viaje en transbordador, recordando la sensación fría e intensa del agua del río en mi cara; y cuando Mercy no sabe que estoy mirando, puedo pasarme diez minutos contemplando su oreja más cercana. Pero no tenía tiempo que perder. Así que me concedí tan sólo cinco segundos para mirar el único zarcillo negro de la izquierda de su nuca que nunca, en ninguna circunstancia, permite que lo sujeten con el resto del pelo. Cinco segundos bastarían, dada la emergencia.

—¿Me permite?

Ella alzó la mirada, y vi unos ojos atribulados. Pero a Mercy no le sorprendió verme ahí. Me daba cuenta de que raramente se sorprendía de mi presencia. Asintió, devolvió su atención a las hojas esparcidas por el suelo y cruzó los dedos.

—Poco provechoso puede decirse de lo que ha pasado —le dije—. Y yo sé que usted ha visto tanto como yo en esta ciudad. A lo mejor cosas peores. Pero fue un acto de valentía, pese a que yo no lo habría permitido de haber podido.

No era eso precisamente lo que ella esperaba oír de mí. El hoyuelo de su barbilla se inclinó ligeramente hacia el suelo.

—Quería ver si estaba bien —expliqué—. Eso es todo. Y no voy a regañarla, sería ofensivo. Y Julius le daría las gracias, si estuviera aquí.

Así que no dijimos nada. Un estudiante pasó por delante de nosotros, ajeno a los crueles sucesos que habían acaecido un poco más al sur. El sombrero muy ancho, el paso apresurado y las medias ceñidas. Tenía prisa en ir a alguna parte, y parecía que no iba a llegar a tiempo. Al parecer, estaba viviendo un bonito drama, aunque en miniatura, pensé. Una encantadora desgracia. Inmediata, irreversible y que no tardaría en caer en el olvido. Nos hacen falta más problemas como ése. Problemas como una cena demasiado caliente o tener que meterse en la cama por un resfriado pillado en mal momento. Qué hubiera dado yo por afrontar incontables y llevaderos problemas como éstos con la chica que estaba sentada a mi lado. No necesitaba mucho más. Después de todo, si tuviera fondos suficientes para alimentarla con lo que ella quisiera y vestirla como le apeteciera, yo podía subsistir con un poco de cerveza y unos cuantos comentarios ingeniosos y elusivos.

Pero no tenía como propiedad más que la insignia con la estrella con una punta doblada. Y tenía que ir a las Tombs. Ni siquiera disponía de tiempo para esperar a que

ella se dignara a hablarme.

—Eso era lo que estaba pensando —dije por fin—. Me gustaría saber, antes de irme, qué está pensando usted.

—¿Se refiere a antes de que llegara? —respondió ella en voz baja—, ¿o a ahora?

—Cuando prefiera.

Su sonrisa se estremecía levemente, una taza de porcelana que dejaba entrever la más diminuta de las grietas.

—¿Alguna vez piensa en Londres, señor Wilde?

Al oír la palabra «Londres», supe que echaba de menos a su madre. Del mismo modo que su madre había echado de menos el propio Londres, supongo. Thomas Underhill conoció a su futura esposa cuando formó parte de una delegación abolicionista que le había llevado a Inglaterra. Creo que les pasaron cosas terribles allí. Lo bastante espantosas para que se fueran para siempre. Y debieron de sentirse como unos fracasados al tener que emigrar de regreso a Estados Unidos. Al menos, Olivia Underhill vivió para ver la abolición de la esclavitud en todo el Imperio británico desde esta orilla del océano, cuando yo tenía quince años y todos los periódicos lo proclamaban en primera plana. Nueva York es un estado libre, claro, pero sabe Dios si llegaremos a ver algún día la emancipación en América.

—¿Se refiere a Londres concretamente, o a si pienso en... algún sitio lejos de aquí?

Mercy se rio, pero sin emitir ningún sonido.

—Yo pienso en Londres, ¿sabe? Pienso en escribir mi libro en el estudio de una buhardilla con una ventana de cristales de colores, no en el rincón de mi dormitorio cada vez que puedo escamotear media hora. Y pienso en llenar una página tras otra, y en cómo después todas las cosas que he sentido estarán más claras para mí. Igual que los sentimientos de... oh, de don Quijote, quizá, me resultan fáciles de entender. ¿Se imagina ser don Quijote, soñando sueños tan desafortunados como los suyos, pero sin tener un libro de Cervantes delante que le aclare las cosas? Uno se ahogaría en esos sentimientos. Sólo son soportables porque están puestos por escrito. Y por eso me gustaría irme a Londres, en cuanto pueda. Porque a veces, esta tarde por ejemplo, me gustaría tener un... un mapa más preciso de lo que siento, conocer bien sus límites.

—Sería espléndido —convine—. Creía que ya había terminado veinte capítulos.

—Ahora ya veintidós, aunque es muy difícil escribir aquí, sin disponer de mucha privacidad. Pero ¿ha entendido lo que he dicho?, ¿son los libros acaso cartografía, señor Wilde?

—¿Leerlos o escribirlos?

—¿Importa?

—No lo sé.

—¿Cree que estoy un poco loca?

—No, siempre he sabido que sentía eso. Lo que no sabía es que el estudio de los mapas la llevaría a Londres.

Mercy cerró los ojos. Nunca la había visto así, cansada, valiente y alterada, y eso me fastidió. Porque yo no tenía la menor idea y había dado por supuesto que conocía todas las versiones de Mercy.

—Estuve hablando con su padre —dije despacio—, sobre sus visitas a católicos.

Sus ojos se abrieron de nuevo mientras reprimía un grito en la garganta.

—No, no, no le conté nada. Y no pretendía sobresaltarla, pero ¿le parece correcto que él no sepa que usted atiende a enfermos?, ¿es justo?

Mercy se llevó los nudillos a los labios y negó con la cabeza en gesto de frustración.

—No es ni remotamente justo. No lo es para nadie, ni para mí, ni para papá, ni para los irlandeses que necesitan ayuda. Pero si él supiera dónde voy, le haría muy infeliz, y con toda la razón. Tiene miedo de que me pase algo. Le agradezco que no se lo contara. No se lo contará, ¿verdad?

—No. Y que conste, creo que usted hace lo correcto —respondí—. Me fastidia verla en esos lugares, pero no creo que sea culpa de los irlandeses el tener que vivir en esos pequeños infiernos. Y tampoco creo que Dios los haya enviado allí.

Mercy me miró fijamente por un instante, los ojos azules brillaron de una manera extraña, como si quisieran penetrarme hasta la nuca. Luego se levantó.

—Tengo que volver a la parroquia. Lo que usted hizo también fue muy valiente, ya lo sabe, algo maravilloso. Pero es usted un hombre muy curioso, señor Wilde.

El comentario me dejó de piedra.

—Creía que a estas alturas ya me conocía bien.

—Oh, por supuesto. Pero las cosas que usted no hace son absolutamente inesperadas, debería darse cuenta. —Se mordió el labio inferior mientras pensaba—. Ahora no me ha regañado. Y tampoco me ha dicho que me vaya corriendo a casa. Ni que deje de pasar el tiempo con los vendedores de periódicos, ni que me olvide de visitar habitaciones de enfermos —añadió con una sonrisa dubitativa que parecía una mueca—. Usted no hace muchas cosas.

—¿Ésa es la lista completa? —pregunté, todavía un poco aturdido.

—Bueno, tampoco me ha llamado señorita Underhill, como había empezado a hacer inesperadamente desde el incendio. Pero tal vez esté a punto de hacerlo, ¿no?

Washington Square me pareció de repente muy grande. Un océano de césped y árboles sin ningún límite que lo marcara y que le mostrara a un hombre dónde estaba. Un lado del ancho escote de barco de Mercy se había bajado, de modo que quedaba al descubierto un trozo mayor de su hombro de ese lado que del otro. Pero no había que retocarlos, así estaba bien, ésa era la embriagadora falta de equilibrio que la definía. La forma en que su pelo nunca se queda donde ella quiere, en que sus mechones se

agitan al aire como cuerdas de un cometa.

—Tenga cuidado al volver a casa —dije—. Ahora voy a las Tombs, pero me pasaré a verla pronto. Tengo que llevarle un iluminador a Fang.

Mercy esperó un momento. Pero yo no añadí nada. Sólo un débil canto de pájaro señalaba el paso de los segundos. Así que ella me saludó educadamente con la cabeza y se alejó hacia el sur, dejando a su paso una estela de amarillo vivo entre las hojas marchitas que también amarilleaban.

La gente me cuenta cosas. Todo tipo de cosas. Sobre sus finanzas, sus esperanzas que brillan como antorchas en la oscuridad, sus ínfimas rabias, sus pecados, cuando éstos les agobian y quieren librarse de ellos. Pero jamás, en toda mi vida, esas historias me habían hecho sentir más ligero, no me habían alzado en una brisa. Tal vez nunca entendería a Mercy, nunca comprendería por qué hablaba tan oblicuamente ni adivinaría qué estaba pensando. Pese a todo, yo sólo deseaba pasarme décadas intentándolo.

«Yo pienso en Londres, ¿sabe?».

Y yo también podía, me pareció. Y eso haría.

CATORCE

Al tolerar de ese modo a todas las sectas, hemos concedido igual protección no sólo a aquellas cuya fe y prácticas religiosas defienden el principio sobre el que se basa la tolerancia, sino también a esa única y solitaria secta, la católica, que erige y basa sus creencias en la destrucción de toda tolerancia. Sí, al católico se le permite profesar su fe a la luz de la tolerancia protestante, madurar sus planes y poner en práctica sus propósitos de extinguir esa luz y destruir las manos que la sostienen.

• SAMUEL F. B. MORSE, 1834 •



Cuando me presenté en la oficina del jefe Matsell en las Tombs, el jefe estaba atareado escribiendo. Me senté cuando me señaló una silla, y contemplé con interés el espacio que aquel hombre extrañamente imponente había remodelado a su gusto.

En la pared del este colgaba un plano de Nueva York, por supuesto, uno gigantesco y magníficamente reproducido, con los distritos claramente visibles. Una de las interminablemente altas ventanas de las Tombs se cernía por detrás de la mesa y dejaba pasar una cantidad asombrosa de luz beis inmóvil. Llamaba la atención el escaso papeleo que había sobre la mesa. Un proyecto cada vez, parecía, aunque resultaba difícil de creer. Tal vez eso explicaba su concentración relajada pero penetrante como un taladro. Reconocí varios títulos de su estantería alta, que me confirmaron los rumores. Leía obras políticas radicales y textos sobre la reproducción femenina. La pared que daba al sur estaba consagrada a la política: bandera, retratos de los Padres Fundadores (él tenía un aire a Washington, su tocayo), una desenvuelta águila disecada, el sello de los demócratas. Estaba tan absorto por lo que me rodeaba que cuando habló por fin casi me caigo de la silla del susto.

—La investigación de los estrellas de cobre sobre los diecinueve cuerpos ha terminado, señor Wilde.

Me atraganté con un regusto tóxico mientras me ponía en pie de un salto.

—¿Qué?

—El artículo de esta mañana nos ha dejado en una posición imposible. No había niños muertos. No hay niños muertos. Usted es un agente de patrulla del Distrito Sexto, señor Wilde, y por favor, sea puntual a partir de ahora.

La incredulidad reverberaba en mi cabeza como una campana de iglesia pegada a mi oreja. «No —pensé, y luego—: Yo le defendí, dije que esto no sucedería, así que no». Y entonces no pasó nada. Estaba tan aturdido que supongo que debía de ofrecer una imagen poco agradecida, más bien fea, muy fea: yo allí delante, boquiabierto, con mis tres cuartos de cara y todo el esfuerzo que había hecho, y el montón de cosas de las que él no tenía ni idea. Los vendedores de periódicos, la gente incontable con la

que yo había hablado, Bird viviendo en casa de la señora Boehm... Él siguió escribiendo. Me sentí como un chucho callejero al que le han tirado un trozo de carne fresca y luego lo echan a golpes de la carnicería.

—Tenga —dije mientras me quitaba la estrella de cobre. La puse sobre su mesa y me dirigí a la puerta.

—Espere.

—Le he dicho a los neoyorquinos que no éramos así. Usted acaba de hacerme quedar como un mentiroso así que...

—Señor Wilde..., siéntese.

Su voz era bastante tranquila, pero su potencia me atravesó el cerebro como una bala. Luego Matsell alzó la mirada hacia mí, levantando una ceja. No sé por qué, pero me senté. El gran hombre circunspecto y tozudo, con arrugas en la cara que cruzaban sus mejillas como vías de ferrocarril, estaba a punto de decirme algo, supuse. Dependiendo de lo que fuera, yo le respondería con otras palabras que ya había elegido.

—Me he dado cuenta de una cosa, señor Wilde. —George Washington Matsell dejó intencionadamente su pluma al lado de la hoja de tamaño folio—. Su contenido le sorprenderá, me parece. ¿Sabe qué estoy escribiendo?

—¿Y cómo iba a saberlo?

Una vez más, asomó lo que tal vez fuera el inicio de una sonrisa, pero al instante desapareció por completo arrastrada por el viento hacia el Battery.

—Estoy escribiendo un lexicon. ¿Sabe lo que es?

—Un diccionario —respondí en un tono desabrido—. Acabo de ayudar a salvar a un hombre al que iban a quemar vivo, todo porque se ha publicado una carta de un loco aprovechándose de veinte niños muertos que nunca serán vengados. ¿Y usted quiere que sepa que está escribiendo un diccionario?

El jefe Matsell sí que sonrió en ese momento, dándose un golpecito con la pluma contra el labio. Un único golpecito.

—En una ciudad metropolitana hay todo tipo de gente. Desgraciadamente, los que menos respeto muestran por la ley y el orden son también los que han desarrollado un lenguaje propio, cuyos orígenes se pierden en la bruma de la historia británica. Lo que ve ante usted es el principio de un lexicon de *flash*. Un léxico de granujas, si lo prefiere.

—Para eso no necesitaré mi ayuda, dado lo bien que conoce las costumbres de los granujas.

Se rio. Me fijé en su letra, firme, un poco arrogante vista del revés. Era una buena idea poner por escrito el lenguaje de la delincuencia, reconocí a regañadientes. Pero ¿de qué servía saber *flash* si la resolución real de un delito no entraba en los planes de los demócratas?

—No necesito su ayuda con el lexicon, señor Wilde. A decir verdad, mi intención es que pase su tiempo de otra forma que nada tiene que ver. Ahora que he comprobado lo intensamente que vive este asunto. Era lo que me preguntaba, ¿sabe? Cómo se lo tomaba.

—De la única forma que creo que un hombre puede tomarse la muerte de unos niños —repliqué con frialdad.

—Le entiendo. Lo que me gustaría que entendiera es la fragilidad de esta peculiar organización. ¿Diría usted, por su experiencia en las rondas, que los estrellas de cobre son bien recibidos en todas partes?

Negué con la cabeza, reticente. Por cada hombre que agradecía nuestra vigilancia, había otro vociferando sobre las calles libres y el espíritu de la Revolución.

—La policía de Harper la formaban unos ineptos —prosiguió Matsell— y por eso fracasó. No porque esta ciudad no entienda, en el fondo, que necesitamos el imperio de la ley, sino porque los neoyorquinos se comen vivos a los incompetentes y porque nuestra población de delincuentes adorna sus argumentos con el idioma del patriotismo. Yo no soy un incompetente, señor Wilde, pero me han puesto en una situación insostenible: es sumamente difícil resolver los delitos de cierta antigüedad. Casi imposible. Pasa un día, una semana, y todo rastro de las pruebas que pueda haber dejado el culpable desaparece. Aquí nos enfrentamos a una serie de crímenes cuya naturaleza sacudiría la ciudad y tal vez amenace la base de votantes de todo el Partido Demócrata. Y si fracasamos públicamente en la resolución de esos asesinatos, si demostramos ser tan ineptos como aquellos bocazas de chaqueta azul a los que reemplazamos, no me sorprendería en lo más mínimo una futura victoria *whig* y la consiguiente disolución de los estrellas de cobre. Ellos quieren que su dinero se canalice hacia los bancos y la industria.

—En lo único que piensan ustedes es en el maldito partido —siseé.

—Yo le nombré para este cargo, ¿no?

—Eso no es precisamente ningún honor. Cualquier rufián capaz de balancear un garrote emplomado le serviría.

George Washington Matsell se juntó las puntas de los dedos frunciendo el ceño.

—Los dos sabemos que no es exactamente así. Hay diferentes tipos de agentes de policía, lo mismo que en cualquier grupo de hombres. Algunos quieren vigilar las calles, y otros quieren aprovecharse de patrullar esas mismas calles luciendo la estrella de cobre. Yo seré el primero en reconocer que tengo a rufianes en nómina pero, por el bien del partido, es inevitable. Me justificaré diciendo que tolerar a algunos canallas útiles es mejor que carecer del todo de un departamento de policía. Así que hay matones y hombres honestos, todos haciendo la ronda. Y luego está usted.

—¿Y qué soy yo?

No intenté ocultar mi ceño fruncido. Me daba la impresión de que se me había grabado para siempre en la frente.

—Mire, todos los demás están para prevenir el delito. Tanto los agentes que patrullan como los capitanes. Pero prevenir el delito no tiene nada que ver con desenmarañarlo una vez se ha producido. Me parece que es ahí donde entra usted, señor Wilde. En resolver los casos después de los hechos. Mire, no todos sirven para eso. Así que, por Dios, ése será su cometido. Resolver el enigma, e informarme a mí, sólo a mí.

—¿Resolver qué enigma?

Extendió las manos en gesto amable, dejando que rozaran su mesa.

—¿Se le ocurre algún otro?

Miré el plano de Matsell, mientras mis pensamientos soltaban chispas en todas direcciones, como en una pelea a navaja. Me fijé en el punto donde la ciudad acababa, donde se había ocultado a los niños bajo los árboles silenciosos. Quería saber cómo fueron a parar allí, lo deseaba como había deseado muy pocas cosas en mi vida, y jamás me había sentido así ante ningún rompecabezas. Era por Bird, en parte, y por todos los demás, pero también por algo más simple que eso. Atender una barra de un bar es como trazar una línea en el polvo repetidamente: la misma transacción una y otra vez, mientras sueñas con tener tu propio transbordador y un trozo de tierra en Staten Island, para poder sobrellevar la rutina. También hay que recurrir a juegos intelectuales, un puro ejercicio del sentido común, para mantenerte lo bastante interesado en el trabajo y ganar algo de dinero, pero tanto da lo que adivines sobre un cliente, te olvidarás una hora después de cerrar, y las huellas del día siguiente borrarán las que las precedieron. Pero aquí se trataba de un único objetivo, una montaña que escalar hasta ver la cima con tus propios ojos, y «yo necesitaba saber».

Y ahora parecía que el jefe también ardía en deseos de saber. Pese a los demócratas.

—No me puedo quitar uno de la cabeza, claro —dije en voz baja.

—Pues en ese caso más vale que se guarde esto —me sugirió a la vez que me devolvía la estrella de cobre apañándose las manos para no parecer engréido.

—¿Me dijo que volviera a patrullar sólo para ver cómo reaccionaba?

—Ha sido mucho más esclarecedor de lo que yo mismo esperaba.

Saqué la aguja con el pulgar y volví a colocarme la estrella en la solapa. Me sentía mejor con ella ahí.

—Necesito un poco de dinero —admití—. Lo usaré con honradez, le doy mi palabra. Tengo que sobornar a los vendedores de periódicos.

—Muy listo por su parte. Pídale fondos a su hermano, si quiere. Él tendrá la caja con el efectivo de las donaciones al partido en la reunión del comité de mañana por la

mañana; las cantidades todavía no constarán en los libros. No le cuente nada de esto a nadie, salvo al capitán Wilde y, si necesita otro aliado, al señor Piest. El hombre que ha escrito a los periódicos es un perturbado. No hay niños muertos ni los hubo jamás. ¿Me entiende? Y si el que está detrás de esta basura es un estrella de cobre, le arrancaré las pelotas. Y antes de irse, redacte un informe sobre el polvorín que impidió que estallara esta tarde.

—Buena suerte con su lexicon —dije con tono de disculpa desde la puerta tocándome el ala del sombrero—. Es una idea muy útil.

—Es la mejor idea que he tenido antes de que se me ocurriera la de asignar a un estrella de cobre concreto la búsqueda de un criminal particular —me respondió satisfecho—. Salga de mi oficina, señor Wilde. Y ni una palabra.



Redacté el informe. Con toda la intención escribí «agresión con intento de homicidio», «amenaza para la integridad física», «embriaguez pública y alteración del orden», entre otras cosas. Eso compensaba en buena medida la ausencia de la palabra «nabo». Luego, como todavía no disponía de los fondos para sobornar a los repartidores de periódicos, y ansioso por hablar con Bird, volví andando a casa, a Elizabeth Street, con el ala de mi sombrero conteniendo las pesadas lanzas de luz de última hora de aquella tarde de agosto. Cuando estaba a menos de veinte metros de las escaleras, me llevé una inesperada sorpresa.

Un carruaje muy elegante, de los que jamás se detendrían ante la panadería de la señora Boehm, aguardaba delante de mi puerta. El ceno de la calle manchaba su pintura negra perfecta.

Me detuve para examinar el vehículo. El cochero negro sentado en el pescante no me había visto, porque su espalda empapada de sudor miraba al oeste. De puntillas, estirando el cuello, me asomé dentro del vehículo. No sé, tal vez esperaba descubrir el maletín de un médico, que Peter Palsgrave se hubiera presentado por arte de magia para echarnos una mano. O el dueño de un periódico, que había ido a sonsacarme una exclusiva y se había olvidado las notas para la edición del día siguiente en una caja sobre el asiento.

Pero no vi nada de eso. Sólo percibí, mezclado con los olores de la calle y de la calurosa tapicería de cuero, un indicio de fragancia de violetas que se alzó lentamente en mi dirección. Enfriadas mis expectativas, me di la vuelta y entré en la panadería.

No había rastro de la señora Boehm. Ni, ya puestos, tampoco de Bird, y a esas alturas mis músculos se aferraban con fiereza a mis huesos. Porque ahí estaba sentada Silkie Marsh, angelical y sonriente, con su alma perfectamente hueca, dando sorbos a una taza de té que ya se enfriaba en la mesa de amasar. Olía a violetas y vestía el más favorecedor tono de verde imaginable.

—Mis disculpas por presentarme sin avisar, señor Wilde —dijo con una mirada de ensayada timidez—. Espero que no se lo tome como una falta de cortesía, pero estaba... estaba muy inquieta. Han llamado a su casera para que vaya a hacer una entrega, pero fue tan amable que me preparó un té antes de salir. ¿Le apetece una taza?

«No tienes por qué simular una actitud amigable, recuérdalo —pensé—, y es lógico que te muestres sorprendido. Tómalo como una oportunidad, ándate con cuidado y ruega a Dios que Bird haya permanecido arriba todo el tiempo».

—No dispongo de mucho tiempo, Madam Marsh. Y debo confesarle que estoy un poco desorientado. Habría imaginado que sería mi hermano el hombre al que buscaría en caso de que usted se sintiese... inquieta.

Silkie Marsh me sirvió una taza de té formando con sus labios rosáceos una curva pesarosa. Para mi espanto, me di cuenta de la presencia de una pieza de ropa esmeradamente doblada sobre una silla, cerca de los sacos de harina, detrás de Silkie Marsh, una pieza que la señor Boehm había lavado a conciencia para que recuperara la blancura: el camisón de Bird. Debería haberlo guardado como prueba o quemado, pero el camisón había sido víctima de las buenas costumbres domésticas en una tina de lejía y piedra caliza. No tenía forma de saber si Silkie Marsh lo había visto, y evidentemente no podía preguntarle sin delatarme.

—Valentine habría sido el primer hombre al que habría acudido, hasta en sueños, en estas circunstancias, hace tiempo. Pero supongo que se habrá dado cuenta de que... es un tema doloroso. —Se encogió, esta vez de verdad. Sólo fingió el modo en que deliberadamente no me ocultó el gesto—. Val es un amante de las novedades, señor Wilde. Me temo que la devoción que siento por él últimamente pasa inadvertida.

—Como la de la mayoría de la gente.

Su expresión paciente de sufrimiento mudó en una sonrisa cómplice. Un regalo. Un secreto entre nosotros.

—Usted lo conoce mejor que yo, claro. Por más desconsolada que me sienta por la pérdida de sus atenciones, usted tiene razón: él está acostumbrado, por buenas razones, a que le reverencien.

—Yo no me atrevería a decir tanto. Dígame, ¿qué es lo que tanto la aflige?

—He leído el periódico esta mañana —confesó en un susurro muy bajo—. Me... Me perturbó, señor Wilde. Me asustó.

Si un hombre con una capucha negra se llevaba con regularidad a niños a los que despedazaba de su burdel, no podía culparla. Sobre todo si ella tenía algo que ver.

—¿Qué era lo que le asustaba personalmente, Madam Marsh?

Frunció los labios y fingió que la pregunta le había decepcionado, parpadeando hacia mí con sus sedosas pestañas.

—¿Acaso temor por nuestra ciudad, señor Wilde? Alborotos, tal vez. Caos en las calles. ¿Quizá temía por los irlandeses y el futuro del Partido Demócrata, el cual cuenta con todo mi apoyo? El fracaso en las próximas elecciones, claro. ¿O supone acaso que mi interés es mucho más personal dado que le estoy haciendo una visita que debe de resultar incómoda para ambos?

La confesión, aunque parcial, fue un buen golpe. Pero la gente suele contarme cosas. Di un sorbo del té que me había servido, sopesando la densidad del silencio. La conversación me tenía haciendo equilibrios sobre la punta de un anzuelo, pero al menos Silkie Marsh sabía que su voz resultaba más persuasiva cuando la utilizaba con fuerza y claridad. Seguramente, Bird podría oírnos desde el piso de arriba. Supliqué a Dios que pudiera.

—Usted emplea a niños a los que prostituye; me presenté con Val y unas cuantas malas noticias sobre Liam, y luego me llevé a un par de sus pupilos más jóvenes —resumí para ella—. Y ahora quiere saber cómo nos enteramos.

Ella negó tajantemente con su rubia cabeza.

—El pasado no me importa en absoluto. Quiero saber si mis hermanas, mis empleados, todos los que vivimos en mi residencia, tenemos motivos para temer por nuestras vidas.

—Yo diría que los niños que han tenido la poca fortuna de acabar viviendo bajo su techo ya temen ahora por sus vidas. Por las vidas que llevan.

Los ojos chispearon dentro del anillo azul más cercano a las pupilas. Un destello que no era premeditado, sólo amargo y cansado. El tipo de resentimiento calcificado, demasiado arraigado ya para poder ocultarlo.

—No es el único que no tiene una opinión precisamente buena de mí, señor Wilde. Pero yo vivo bien, y también quienes residen en mi casa. Soy una mujer rica e independiente. No me extenderé sobre las ventajas de coser a destajo hasta que una se muere de hambre o de frío, ni sobre los placeres del trabajo en las fábricas, donde los favores no se pagan sino que se arrancan por la fuerza. Yo soy la dueña de mi establecimiento. Y también de mi tiempo, que es mucho más valioso aún. No es nada descabellado imaginar que algunos de mis discípulos, cuando crezcan, también prosperarán. Aquí me tiene, sentada ante usted, aunque, a los nueve años, también fui una niña tan desvalida como ellos.

Parpadeé, claro. Porque si eso era cierto, si ella había sufrido lo mismo, si sabía en carne propia por qué Bird rompía la loza... yo nada podía añadir. Hay algunas cicatrices cuya profundidad se me escapa, porque son de una clase que yo no tengo. Y si estaba mintiendo, bueno, en ese caso no merecía la pena hablar con ella.

Parecía irritarle que nuestra conversación se saliera de su cauce. Silkie Marsh se irguió, removió la cucharilla en la taza de té como si quisiera disolver un testarudo terrón de azúcar, aunque era evidente —porque la taza no humeaba— que llevaba

esperándome como poco un cuarto de hora. Cuando buscó de nuevo mi mirada, su boca había recuperado el buen ánimo y sus mejillas habían adquirido un tono de pétalos de rosa.

—Por favor, ¿qué le pasó en realidad a Liam? —preguntó sin alterarse—. Y, ya puestos, ¿cómo descubrió usted quién era y dónde vivía?

—Una mujer que hace obras de caridad le identificó.

—Ah. Debió de ser la señorita Mercy Underhill, supongo.

Un sobresalto incontrolable como posos de café quemados me recorrió la sangre. Debí de parecer muy afectado porque Silkie Marsh se mostró repentinamente complacida. Ladeó la barbilla en el mismo ángulo que yo inclinaba la cabeza.

—Era improbable que fuera cualquier otro, señor Wilde. No la veo con mucha frecuencia pero, después de todo, ella se dedica a los niños. No se me ocurre a nadie que hubiera sido capaz de reconocer a Liam tras un breve contacto.

Un extraño matiz en su voz me desconcertó aún más si cabe. Pero una vez hube asimilado el hecho de que se conocieran —y claro que se conocían, Mercy no podría haber atendido a los niños que se prostituían sin conocer a su dueña—, no me sorprendió que Silkie Marsh sintiera una profunda aversión hacia la hermosa y educada hija del reverendo. Sin duda eso explicaba la oscuridad que se filtraba a través de su débil sonrisa.

—¿No puede contarme nada más? —me presionó—. Me gustaría ayudar, ¿sabe?

—¿Por mi hermano?

—Sea lo que sea lo que piense de mí, y por mí puede pensar lo que le dé la gana, no puedo permitir que crea que no me importan nada mis desvalidos hermanos y hermanas. —Lo afirmó con deliberada pasión, y quería que yo la percibiera en las consonantes crujientes y cortantes—. No fui yo la que erigió la ciudad de Nueva York, señor Wilde, así que no me pida que la reforme a su gusto. ¿Puedo serle de ayuda en algo?

—No. Pero se lo agradezco. Usted ha venido aquí a desecarme como si fuera una fuente de la que extraer información, así que es un detalle por su parte ofrecerme un intercambio.

Había creído que eso la descolocaría, que le borraría la sonrisa cruel de la cara marfileña. Pero su sonrisa se ensanchó.

—Valentine podría haberse tomado la molestia de explicarle que soy muy imparcial. Pero no creo que usted haga mucho caso a lo que le dice su hermano, ni que sepa siquiera qué hacer con él.

—Y usted sí que sabe cómo manejarlo, según parece.

Ese comentario logró lo que no conseguían los insultos directos. Tendría que haberseme ocurrido antes. Fuera lo que fuese lo que anidara en el fondo de su corazón, se lo había entregado a la persona equivocada. Así que, por un momento, me

arrepentí; sus ojos dejaron de verme y empezaron a ver a Val, y rememoraron la primera barbaridad que él le había hecho, fuera cual fuese. Sus labios temblaron un segundo y al instante los controló de nuevo y recobró la sonrisa, como si la vida le fuera en ello. Y probablemente había sido así. Más de una vez.

Con gestos gráciles, agitando el muaré verde, se levantó sobre sus diminutos pies. Buscó los guantes, que estaban sobre el mostrador del pan.

Y al hacerlo vio el camisón. La cabeza de Silkie Marsh retrocedió un ápice para mirarme.

—No podía llevar a Neill y a Sophia a una iglesia con ese atuendo, ¿no? —dije asqueado.

—Por supuesto que no, señor Wilde —respondió, toda ella azúcar y veneno agitados hasta el punto de ebullición—, pero aun así espero que les haya pagado lo debido por haber... pasado la noche aquí. Por haber sido una fuente de valioso entretenimiento. En mi local me ocupo de que se les compense adecuadamente por su tiempo.

—Y si yo descubro que ha empleado a más niños, por Dios bendito, si los ha prostituido en cualquier forma en su local, lo consideraré inmediatamente un acto ilegal.

Antes de conocerla sabía que las mujeres eran capaces de escribir la palabra «asesinato» en sus párpados y luego pestañear dulcemente a un hombre. Pero nunca lo había visto. Intimida, cuando se hace bien.

—Debe de ser difícil pasar por la vida como el hermano canijo de Valentine Wilde. No me extraña que parezca un amargado —dijo en un tono agradable mientras se dirigía a la puerta.

—¿Saludo a Val de su parte?

Cerró dando un portazo.

A esas alturas yo me sentía también muy irritado. Aliviado, enfadado, alterado, crispado y con los puños a punto. En cuanto la señora Boehm volviera a casa, decidí, iba a informarle con la mayor cortesía de por qué no se debía dejar entrar, en ninguna circunstancia, a esa mujer en la casa. Ahora que Silkie Marsh había estado sentada a ella, la mesa de la harina —que yo había empezado a sentir como un mueble más de mi hogar— me parecía torcida. Hasta el aire mismo daba la impresión de haberse desplazado, y yo no sabía devolverlo a su sitio. Así que me quité el sombrero, me acerqué al aparador donde guardaba mis pocos accesorios domésticos y eché un chorro chispeante de brandy a mi té.

Un paso sonó a mis espaldas, un pie descalzo, el espectro de una pisada.

—No me escondía —anunció Bird.

Me di la vuelta. Se estaba atando el improvisado cinturón de arpillera alrededor de la cintura, llevaba el pelo suelto y le caía de manera que empequeñecía el resto de

su cuerpo; los ojos grises aterrados y el acento de Nueva York fluido como el Hudson.

—Ya lo sé, claro que no te escondías —me burlé—. Dios, no. Lo que pensaba que estarías haciendo, en realidad, lo que deseaba que estuvieras haciendo, era espiar. Sin que te vieran, como una auténtica chivata a sueldo.

Había llegado el momento, tal como estaban las cosas, de que recurriera sin remordimientos a la mentira. Las manos de mi pequeña amiga temblaban.

Asintiendo agotada, Bird dio unas palmadas sobre la mesa.

—Sí, eso es. Estaba fisgoneando. Le ha dado un buen par de cortes.

—¿Yo?

—Yo sabía que usted era un buen rival para ella y ahora sé por qué. No me acordaba bien, porque le tuve por un hombre honrado desde el principio. Pero le reconocí, ella ha hecho que me acuerde. Y ahora me acuerdo.

Me senté en una silla con la taza de té cargada y apoyé los codos en las rodillas, encarándola.

—Pero tú nunca me habías visto antes.

—A usted no —me corrigió—. Cada vez que había una gran juerga, yo me vestía de doncella del servicio y llevaba bebidas a los clientes. El señor V. Sí, él me dio una vez una naranja que llevaba en el bolsillo. Habría caído antes en la cuenta, si los dos hubieran sido del mismo tamaño.

Suspiré, y fue un suspiro lúgubre.

—¿Era un buen hombre?

—De los mejores. Y usted es clavado. Hermanos, ¿no? Eso lo explica todo.

—No, no lo explica, pero es un punto de partida.

Escuchamos durante un rato a los vecinos alemanes. Todo indicaba que estaban bailando o bien peleándose. Por los golpes continuos, los gritos descontrolados y alguna carcajada digna de una bruja yo diría que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que fuera una cosa o la otra. Pero no tenía ni idea de cómo acabaría el alboroto, así que di un sorbo a mi taza y miré cómo Bird escribía su nombre, el irlandés, sobre el polvillo blanco que siempre cubría la superficie de la mesa.

—Si pudieras explicármelo todo —le dije en voz baja—, lo harías, ¿verdad?

Bird asintió con seriedad. Pero no respondió. Se limitó a trazar una línea tras otra por encima de su nombre en la mesa, con una intensidad enfermiza. Hasta que sólo quedó un trecho limpio de madera, como si ella nunca hubiera estado allí.

QUINCE

Además, es fácil hacer un cálculo preciso del número de maestros e instructores papistas, vistos los resultados prácticos de la educación y la instrucción. Apenas uno de cada veinte, incluso podría afirmarse que uno de cada cincuenta, sabe leer o escribir.

• *American Protestant in Defence of Civil and Religious Liberty Against Inroads of Papacy,*
1843 •



La mañana siguiente me desperté al alba, con un cuchillo de pan invisible pero mellado serrando infructuosamente mi nuca. Así que borracho, pensé, borracho la noche anterior. «Por fin». Me lo merecía. Sentía un forro rasposo de whisky cubriéndome la garganta por dentro.

¿Y qué había estado haciendo?

Ah, sí, recordé tras bajar y salir al aire libre, a la luz del sol matinal, mientras vaciaba la palangana en la que había sumergido la cabeza sobre las tablas de la entrada delantera para que el polvo no se levantara del suelo. Había perdido a las cartas. Con una niña cuya habilidad al pedir triunfos le había rendido cuatro a uno al menos seis veces. Aunque, al final, había acabado en paz con Bird; unas astillas de madera hacían las veces de dinero y cada uno había descubierto los descabellados faroles del otro.

Me desperecé y volví dentro.

De repente, lo único que veía a la luz sucia del alba era a Silkie Marsh delante de la misma mesa, congelada en mi cabeza, mirando el camisón. Su cabeza se volvió hacia mí como si tirara de ella con una cadena.

Quince minutos más tarde, estaba completamente vestido ante la puerta de la señora Boehm, tras echar un vistazo rápido al *Herald* en busca de noticias. Matsell parecía haber movido las fichas necesarias porque se publicaba una nota en la que se calificaba la carta acerca de los niños irlandeses que se prostituían de pura «ficción del tipo más vergonzoso, risible y desagradable». Pese a todo, no tenía tiempo que perder.

—Bird —la llamé en voz baja.

Bird parpadeó en mi dirección desde la cama baja, con ojos vidriosos por el sueño, mientras yo oía como se abrían abajo las puertas de la panadería.

—Tienes que venir conmigo —le dije—, salir de esta casa.

Ella vaciló. Tras haber visto a Silkie Marsh el día anterior, no podía recriminarle el miedo.

—Supongo —dije bostezando— que no querrás ver cómo un iluminador fabrica petardos para una función de teatro.

Pero antes que nada necesitábamos un soborno como era debido para Hopstill, dado que él mismo era el soborno a los repartidores de periódicos.

Después de que Bird y yo desayunáramos bollos y té caliente, nos encaminamos hacia el sur y al oeste, a pie, durante unos diez minutos, hasta llegar a Chambers Street, frente al contundente hongo que había brotado en plena cara de Nueva York conocido como City Hall Park. Agosto había llevado a cabo su trabajo artesanal y sistemático marchitando los árboles de sus lindes, y nos llegó una vaharada de la pandilla de granujas que habían levantado un inhóspito e incómodo campamento bajo sus ramas. Sin embargo, en el lado norte de Chambers, con aspecto de haber sido recogido en otro sitio y trasplantado allí, se erigía con perfecta pulcritud un edificio de piedra caliza detrás de dos fresnos cargados de brillantes hojas verdes y aterciopeladas.

Vagueando sobre tres de las escaleras de la entrada, había, como era de esperar, un estrella de cobre. Vestido de bombero, el atuendo habitual en muchos de ellos aún, con la insignia sujeta a un trozo de franela roja, y el puro apagado, el uniforme de bravucón al completo. Rubio, más rubio que mi hermano o yo mismo. Lucía bigote sobre un labio carnosos, lo que no era muy frecuente. Se llamaba Moses Dainty, un demócrata tan convencido como el apóstol Pablo lo estaba de su cristianismo. El tipo de hombre que creía que hacerle la colada a mi hermano era un honor.

—¿Así que también eres estrella de cobre, Wilde? —exclamó con desgana cuando me vio—. Eres tú, ¿no? Val dijo que habías pasado un mal rato en el incendio de julio. Hola, señorita —añadió escupiendo con educación—. Ahí dentro están politiqueando, así que no hagáis ruido, ¿eh? Por el partido, un poco de chitón.

—Estaré callada, sí —respondió Bird comprometiéndose a no alborotar.

Una carreta de la Knickerbocker Company se acercó traqueteando, tirada por unos caballos que parecían medio asfixiados. Dos hombres se bajaron, abrieron la puerta de atrás, que goteaba, y levantaron un enorme bloque de hielo con sus tenazas de hierro.

—Tenéis que llevarlo atrás, al dar la vuelta, chicos, os pagaré cuando lo hayáis dejado en la cocina —dijo Moses.

—Menudo festín para una reunión del partido —comenté.

—Ésta incluye comilona. Hielo para las langostas abiertas y el ponche de ron, dos cerdos asados. Es una de nuestras reuniones más espléndidas de la temporada. Quédate a comer, ¿quieres? Los votantes siempre son bienvenidos.

Dentro, la sala de techo alto estaba atestada. Hombres con ceñidas levitas negras y fulares de tonos chillones sobre el pequeño estrado al fondo; hombres en franela tan roja como su pelo, con las espaldas apoyadas en la pared bajo el sagrado retrato de Washington; hombres sentados a mesas ante un mural pésimamente pintado de la

Declaración de Independencia, sobre el que había unas fantasmagóricas firmas de casi medio metro de alto. Y por último, un grupo numeroso —ahí fue donde me quedé pasmado mientras, en el mismo instante, la frente de Bird dibujaba una línea vertical de confusión— de pie, formando una cola ordenada, como ante un cajero.

Al principio, me costó adivinar qué tenía aquello de anómalo. Puede que, en total, fueran unos cuarenta, en una única cola. Miré más de cerca. Parecían aferrar papeletas en los puños, aunque todavía faltaba mucho para las siguientes elecciones. Luego capté el aroma a pino amargo de la ginebra bebida y me fijé en cómo se balanceaban, con un vaivén que también recordaba el de un pino al viento, como si la brisa del bosque se hubiera colado en la sala de reuniones y supiera que aquellos tipos estaban borrachos como cubas. Entonces me di cuenta de que todos sin excepción eran irlandeses, tanto morenos como pelirrojos, pero llevaban tupidas barbas, lo que no era nada frecuente entre ellos.

Y para colmo, el aspecto de ninguno de aquellos hombres se ajustaba a la ropa que vestía. Ni de uno solo. Cada tipo duro de la cola llevaba el atuendo de un profesional. Un hombre con las manos encallecidas de obrero de la construcción, grandes como las de un oso, parpadeaba ante la pared con un traje de párroco de confesión indeterminada. Otro, cuya tez descamada y de tono plomizo me decía que vivía en un catre de un sótano especialmente miserable por tres peniques la noche, llevaba un pañuelo de raso y un monóculo dorado abollado. Un boxeador con orejas que parecían brécoles florecidos, que había sucumbido a los efectos de la ginebra y dormitaba en el rincón, llevaba un bastón con puño de marfil y el símbolo de médico grabado, metido nacidamente bajo el brazo.

—Muy bien, chicos —gritó Valentine desde delante del estrado, con las manos en las caderas y los ojos bailando inquietos. Sobrio, como parecía tener por costumbre estar en las actividades del partido—. Si veo que no lo hacéis mejor que en el último espectáculo, todos vosotros, malditos muertos de hambre, os quedaréis sin priva la próxima sesión de instrucción. No permitiré que desplumen al partido en las urnas a causa de nuestra propia generosidad. ¡Hacedlo como es debido! Canavan, ¡empieza!

El borracho con atuendo de párroco sostuvo su trozo de papel en alto, como si fuera un estandarte sagrado, y luego se encaminó resuelto hacia una urna verde situada sobre la sólida mesa de madera junto a la que estaba mi hermano. En el momento en que se disponía a introducir la papeleta falsa en la ranura, Val le agarró el brazo.

—No me fastidies, te estás choteando de mí —se burló Val, que retorció malintencionadamente la carne que pellizcaba entre sus dedos—. ¿Votas demócrata?

—¡Sí! —chilló el emigrante.

—Te daré una paliza que te acordarás toda tu vida. Te romperé los huesos, uno por uno. Te machacaré hasta dejarte tan ensangrentado que a los perros les parecerás

un buen desayuno.

—¡No lo hará! —chilló su víctima, soltándose con todas sus fuerzas y metiendo la papeleta de una vez por todas en la sagrada urna verde.

Al final de su actuación, se oyó una leve ovación entre las hileras de cargos del partido apoyados en la pared, una tormenta primaveral amablemente aprobatoria. Y entonces supe a qué obedecía todo aquello. Era un ensayo para las elecciones, claro, aunque yo me había empeñado en que nunca asistiría a ninguno y no había elecciones a la vista en los meses venideros. Una precaución para evitar que los votantes sanos de los distritos demócratas fueran ahuyentados de las urnas por matones *whigs*. No es que los demócratas no situaran a sus propios matones de mandíbulas prominentes en los lugares de votación controlados por los *whigs*. Sólo el voto de un hombre libre que pagaba sus impuestos se consideraba más valioso que el romper unas cuantas crismas. Desde luego, los votantes estarían un poco menos cargados del soborno en licor de los demócratas cuando llegara el día de las elecciones. Sólo un poco menos.

—Bien —manifestó su aprobación Val mientras el supuesto párroco retrocedía tambaleándose hacia las sillas—. Un buen grito, sí señor. ¡Finerty! Anda, demuéstranos que puedes dar lo mejor de ti.

La rata de sótano que llevaba el fular de color crema con el que habría podido pagarse dos semanas de alquiler en una casa decente se adelantó. Pero con paso vacilante. Los ojos de Bird, me di cuenta al bajar la mirada, no perdían detalle del numerito. Y debo admitir que era fascinante observar cómo hombres adultos enseñaban a sus votantes empapados en licor lo que tenían que hacer para asegurarse de que el partido salía con ventaja en las urnas. Fascinante, sí, y también algo más que perturbador.

—Este no lo hará —susurró Bird tirando de la manga de mi levita—. No sabe actuar.

Estaba de acuerdo con ella. Pero lo que dije fue:

—Un dólar a que lo consigue.

—Eso es tirar el dinero —dijo ella sonriendo, con ojos que chispeaban como el granito—. Pero lo acepto. ¿Por qué todos llevan barba?

—Ni la menor idea.

Enjugándose el sudor de ginebra de la frente, el topo de sótano abrió de repente los brazos en gesto de bienvenida.

—¡Mi querido y viejo amigo! ¡Mira quién está aquí! ¡Mi viejo compañero de clase, de Kilcolgan nada menos! Gracias por...

El intento de depositar la papeleta con la mano izquierda mientras retorció los dedos de Val con la derecha no dio resultado porque Val, a su vez, le retorció el brazo como un bailarín, le hizo dar la vuelta y luego le propinó un fuerte empujón. Finerty cayó cuan largo era sobre las tablas del suelo. Estallaron vítores. Pero mi hermano

parecía, como poco, decepcionado. Le hizo un gesto a uno de sus colegas de su antigua compañía de bomberos, un tipo inmenso y cetrino que tenía la nariz rota y se llamaba Scales. Como era de esperar, Scales lucía una estrella de cobre. Yo empezaba a pensar que ya conocía a la mitad de la fuerza policial del Distrito Octavo.

—Scales, llévate esta piltrafa hasta el fondo y atibórrala de café hasta que vuelva a ser un hombre —ordenó mi hermano—. Anda, que te eche una mano Moses si no...

Val me vio, totalmente inmóvil y con los brazos cruzados, observándole desde debajo del ala de mi sombrero. Sorprender tanto a Valentine hasta el punto de que se quede pasmado es algo que va contra el orden natural de las cosas. No obstante, verme en una reunión demócrata bastó para conseguir ese efecto. Pero había algo más, cuando se quedó en silencio, un gesto en su boca, como si de repente retuviera una palabra en la punta de la lengua. Quería decirme algo.

—Se suspende el acto diez minutos mientras le enseñamos a beber a un irlandés —atronó con irritación cansina—. No tendríamos que perder el tiempo en eso, caballeros y votantes. Va contra la tradición y el sentido común. En la sala contigua hay pan si lo necesitan antes de la comida caliente y de la fría. Diez minutos, y luego ¡llenaremos esta urna como si fuera una furcia!

Se levantó una oleada atronadora de aplausos, como era de esperar. Val bajó del estrado y se encendió la colilla de puro que había sacado del bolsillo de su chaleco. No se molestó en mirarme al pasar a mi lado, se limitó a hacerme un gesto para que le siguiera. Fui tras él, con Bird pegada a mis talones como una sombra.

—Me debe un dólar —dijo alegremente la niña.

—Espera un momento, se lo sacaré a él —respondí señalando la espalda de Val.

Mi hermano entró con paso airado en una sala lateral que servía a todas luces de oficina, con estantes llenos de carteles. Eran rojos, amarillos, azules y de un violeta chillón, cubiertos de ideas tan exquisitamente admirables como «HOMBRES LIBRES CONTRA EL DESPOTISMO y LA ESPADA DEL CAMBIO PARA EL PUEBLO DE NUEVA YORK». Cuando Val se dio la vuelta para apoyarse en la mesa, una de las bolsas de arena bajo sus ojos se retorció al ver a Bird.

—Has recogido otro gato callejero, Tim —dijo en un tono sombrío.

—Es Bird Daly. Ya te había hablado de ella, se aloja en mi casa.

Val se quedó boquiabierto, apenas pudo evitar que se le cayera el puro, lo que consiguió sólo gracias a su mucha práctica. Miró más de cerca, metiéndose los pulgares en los pantalones.

—La doncella en miniatura del salón de Silkie —murmuró—. Que me parta un rayo.

—Es un placer verle de nuevo, señor V. —dijo Bird. Y por Dios que sonó sincera.

Él le estrechó la mano, mientras me clavaba una mirada que parecía un gancho de carnicero.

—Es ella. La niña cubierta de pies a cabeza de líquido rubí de Liam, la que llevó a Matsell a... Me cago en Dios, Tim, ¿dónde tienes la cabeza?

—Cuida tu lenguaje ¿quieres? —gruñí.

Pero Bird no parecía impresionada en lo más mínimo.

—¿Por qué todos llevan barba, señor V.?

La expresión de Valentine se ablandó bruscamente al bajar la mirada hacia Bird.

—Ah. Bueno, esos distinguidos y honrados votantes que viste eran tres hombres, que se cambian de atuendo tres veces. ¿Lo entiendes? Tenemos barberos contratados por toda la ciudad, y tienen que practicar antes de las próximas elecciones. Esos individuos eran en realidad un hombre con barba, un hombre con bigote y un hombre bien afeitado. Y los tres leales demócratas.

Una expresión amarga se dibujó en mi rostro, pero Bird se rio, pensando que la política era un chiste gracioso. Tal vez tuviera algo de razón.

—Escúchame, gatita —Val se pasó los dedos por el pelo distraídamente—, sal por esa puerta, gira a la izquierda y sube las escaleras. Encontrarás una habitación sin cerrar. La habitación está llena de baúles. Los baúles están llenos de ropa. La ropa es para los votantes pobres y los amigos del partido, pero no te preocupes por eso ahora. La ropa es lo que tiene que importarte. Si vuelves a esta oficina antes de encontrar un vestido que te quede bien, te colgaré de las orejas por la ventana hasta arrancártelas de la cabeza. ¿Entendido?

Bird salió corriendo con una sonrisa dibujada en su cara pecosa, cerrando la puerta tras de sí.

—Timothy Wilde, has perdido la cabeza —me espetó Val—. ¿Qué te ha contado la niña?

Le expliqué que las versiones que daba Bird de lo sucedido no eran precisamente fiables, que ella no sabía por qué habían asesinado o desfigurado a ninguno de los niños, y que un hombre con una capucha negra parecía estar detrás de todo, según ella y también según los vendedores de periódicos.

—Tim, sabes que la investigación ha terminado, ¿no?

—No es eso lo que tengo entendido.

—Bien, entonces, por una vez en tu vida, ponme al día.

En opinión de Val, debía de estar agradecido porque me hubieran permitido volver a mis tareas de patrulla. Más que agradecido, porque no era lo mismo romperle la crisma a un tipo que perseguir a un loco que asesina niños. Mientras tanto, desde su punto de vista, todo estaba bajo control. Se había puesto guardia en la fosa común, de manera que si alguien intentaba tirar algo más allí, le echaríamos el guante al cabrón o cabrones. En cuanto a Bird, podía dejarla en un orfanato católico esa misma tarde y lavarme las manos. Pero veía una sombra de testarudez en mi cara, me dijo. ¿A qué venía tanta resistencia a quitarme de encima un asunto tan sórdido?

—Se supone que ése es el trabajo de los estrellas de cobre —reliqué con frialdad.

—¡No quedará ni un estrella de cobre, pedazo de estiércol! —gruñó Val sacudiendo la cabeza en un gesto de desesperación—. Si la gente se entera y no lo hemos resuelto, y no podremos resolverlo, te lo aseguro, se acabó. ¡Se acabó la Policía de la ciudad de Nueva York! ¿Quieres ganarte una buena pasta?, pues apuesta contra los polis si llega a saberse que no podemos encontrar a un asesino de niños al que le gustan las costillas crudas.

—El jefe lo mencionó. Pero voy a seguir investigando, por órdenes de Matsell. Lamento decepcionarte.

—Que le den a Matsell —espetó—. Soy yo el que te da las órdenes.

—No estoy en el Distrito Octavo.

—No como policía sino como...

—Y no me faltan agallas. Como a otros.

La pulla hizo más daño de lo que suelen hacer la mayoría de mis comentarios. Val parpadeó. El labio se le retorció irritado, como un trozo de corteza quemada que se encogiera, así que me dispuse a recibir un puñetazo en el ojo. Luego parpadeó otra vez y en su cara asomó una mueca de desdén, como la de una máscara torcida de carnaval, para ocultar la rabia.

—Hay algo más —añadí despacio—, o no estarías así. ¿Qué ha pasado?

Demasiado cabreado para hablar, Val se sacó un trozo de papel doblado del bolsillo interior y lo tiró al suelo. Sintiendo vagamente que había infringido una norma tácita, me acerqué rápidamente y lo recogí. No tuve que dedicarle mucha atención para saber exactamente por qué mi hermano había interrumpido la reunión sólo para enseñarme algo. Un leve pero gélido escalofrío de culpabilidad me recorrió la espalda. Y la culpa, por pequeña que sea, es muy difícil de ignorar.

La carta rezaba:

ANDAOS CON CUIDAO, TIRANOS PROTESTANTES PORQUE SOY EL AZOTE DE LA PERVERSIDAD, EL VIZIO HA SIDO CASTIGADO Y LA FORNICACIÓN MUTILADA, PERO HAY QUE HACER MÁS SACRIFIZIOS ANTES DE QUE NUESTROS CUCHILLOS DERRAMEN SANGRE AMERICANA. LOS CUERPOS DE LAS FURZIAS SERÁN MARCADOS CON LA SAGRADA CRUZ UNA VEZ MÁS Y LOS GUSANOS SE DARÁN UN BANQUETE EN SUS TRIPAS, SE LO MERECEN POR SUS PECADOS CAPITALES, Y CUANDO LOS PEQUEÑOS DEMONIOS CALLEN PARA SIEMPRE LLEGARÁ EL FIN DE VUESTROS TIEMPOS. DIOS HARÁ QUE NOS ALZEMOS Y LOS IRLANDESES BAILARÁN SOBRE VUESTRAS TUMBAS. CREEDME PORQUE SOY

LA MANO DEL DIOS DE GOTHAM

—Sean disparates o no, y tanto da quién los escriba, esto te preocupa —dije en un tono de disculpa—, y entiendo muy bien por qué.

Val no dijo nada. Fue como si le hubiera dado un puñetazo en la boca del

estómago. Se levantó, se acercó a uno de los cajones de la mesa y sacó una botella de whisky. Le dio tres generosos tragos antes de secarse delicadamente los labios con el puño de la camisa, luego la guardó y cerró el cajón con un golpe descuidado.

—Esto quiere decir que hay más asesinatos planeados —me percaté—. Dios, Val. ¿Te crees lo que dice?, ¿eso de que va a volver a las andadas?, ¿qué un emigrante desquiciado sea el culpable de todas esas muertes?, ¿es eso lo que te altera?

—Quienquiera que lo escribiera está como una cabra. Quienquiera que crea que destripar niños es una diversión está mal de la cabeza. La policía es aliada de los demócratas y los demócratas son aliados de los irlandeses. Adivina qué es lo que me altera, Timothy, me parece que tienes ojos en la cara.

—Pues entonces más razón todavía para que lo resuelva, y tan rápido como sea posible, ¿no?

—¿Cómo es posible que puedas levantarte por las mañanas con ese pedazo de cabezón hueco que tienes? Mira: supón que las cartas sean auténticas; supón que detienes al cabronazo pirado; supón que le echas el guante a un irlandés que se ha dedicado a cargarse a niños, ¿cómo crees que va a reaccionar esta ciudad a ese tipo de historia?

Por más que me fastidiara reconocerlo, mi hermano tenía razón. Yo empezaba a sospechar que no había querido creerme que la primera carta la hubiera redactado un irlandés no porque fuera inverosímil sino porque sería una noticia muy pero que muy mala para todos.

—Se desataría el caos —convine—. Pero, con esta carta concreta... ¿tenemos que preocuparnos por los periódicos?

—¿De dónde crees que la saqué? Hemos sobornado a la prensa, con la pasta suficiente para acallarla un mes, puede que más. Cualquier carta que les llegue nos la entregarán. Un empleado del *Herald* encontró ésta en la pila del correo esta mañana. El cabrón debió de ponerse tan contento al ver su nombre en letra de imprenta que mandó otra.

Mi hermano extendió una mano. Sabía lo que pretendía y vacilé. Pero al parecer, quemar pruebas podía ser una magnífica medida. Val encendió una cerilla raspando sobre la superficie de la mesa y se quedó mirando, fijamente como siempre, mientras el papel se deshacía en cenizas. Yo le miraba a él, pensando qué decir. Cualquier cosa sería mejor que lo que había dicho hasta ahora. Pero Val, como tantas veces sucedía, me lo impidió adelantándose.

—Sigue con esta investigación —dijo mi hermano con una voz tan gélida y clara como el bloque de hielo que había visto antes—, y yo me encargaré de elegir las flores para tu funeral.

—¿Es eso una amenaza? —solté.

—Tómatelo así, si te ayuda. Pero tú no eres tonto. Así que tómatelo mejor como

una predicción, Timmy. Tú verás, no es mi problema.

—En ese caso, genial. Lo recordaré. Y ahora dame el dinero que me mandó a buscar aquí Matsell, o le contaré que tus bomberos no cumplen las órdenes del jefe de policía, mi capitán Wilde.

—Macarra —dijo alegremente—. Si te empeñas en que te crucjan, al menos dile adiós a la vida con estilo. ¿Lo que quieres son los fondos demócratas, los que aún no están anotados?, ¿cuánto?

—Con diez dólares bastará. No, once; casi se me olvida.

—¿Casi te olvidas de un pavo?

—El dólar es para Bird, se lo ha ganado. Ella apostó que Finerty no metería la papeleta.

—Entonces es más lista que tú.

Lo dejé pasar. Val se acercó a un caja sin adornos, que no parecía destinada a ningún propósito específico, colocada sobre una caja de caudales de plomo, sacó tres monedas de oro de diez dólares y una de dólar, y me las lanzó de espaldas una por una, trazando un arco por encima del hombro.

—Esto es demasiado —comenté mientras las atrapaba.

—Ya, pero éste es el momento de las vacas gordas, Tim. Cómprate un ataúd con lo que te sobre y así me ahorras el trámite.

Se me ocurrió decirle que le aborrecía, pero creo que la expresión de mi cara lo dejaba ya bastante claro. Si es que me hubiera mirado, claro.

—Silkie Marsh me hizo una visita. Le di recuerdos de tu parte.

La cabeza de Val se volvió hacia mí, sorprendido. Apretó los dientes.

—¿Le robas tres piedras preciosas vivas y luego va a verte? Me parece que vas a morir antes de lo que creía.

—Un comentario muy agradable por tu parte. ¿Te importa explicarme por qué una visita de Madam Marsh es tan mal augurio?

—En absoluto, mi pequeño Timothy, simplemente me resulta una situación familiar —dijo siseando entre dientes por la fuerza con que apretaba la mandíbula tensa—. También ha intentado acabar conmigo, ¿sabes? Pues sí. ¿No te había contado que una vez quiso matarme?, ¿ni que estuvo a punto de conseguirlo?

Bird abrió la puerta sin llamar. Había encontrado un pequeño maletín, se lo había apropiado y en él había guardado su ropa vieja. Mi joven amiga llevaba ahora puesto un vestido de verano de algodón de color marfil de escote redondo y cintura alta, estampado con amapolas naranjas en las costuras, y mangas que le cubrían apenas los brazos pecosos. Un vestido mucho mejor de lo que yo había esperado, aunque probablemente no tan elegante como los que estaba acostumbrada a llevar. Pero éste era suyo y ella desbordaba alegría. Se la veía radiante por no verse obligada a seguir vistiendo un camisón por la tarde.

Yo me alegré tanto que se me pasó por alto la reacción de mi hermano. Esbozaba una sonrisa juvenil con un lado de la cara mientras con el otro exhibía la mueca habitual, tan pagado de sí mismo como siempre. Me quedé sin palabras por un instante.

—Sí, es precioso, hasta un ciego lo vería —dijo respondiendo a la pregunta que asomaba en los ojos de Bird.

—Es uno de los vestidos más bonitos que he visto en mi vida —convine.

—Tim, haz lo que te he dicho —añadió Val con brusquedad; se volvió hacia una pila de carteles puerilmente chillones y los cogió—. Ya sabes lo que pasará si no lo haces. Adiós. Tengo que instruir a una pandilla de muertos de hambre. Que un americano tenga que enseñar a los irlandeses a beber sobrepasa lo comprensible. Es como si me hubieran asignado a adiestrar perros para que salten por aros.

Valentine salió a toda prisa, levantando brisas ingravidas y caóticas que se arremolinaron tras él. Bird se volvió para mirarme. Ciertamente era otra persona, no una pequeña prostituta, ni una vendedora de mazorcas con unos pantalones de nanquín birlados, sino simplemente una niña, que ahora fruncía el ceño de un modo al que yo me estaba acostumbrando.

—¿Qué ha pasado? El señor V. no quería decir eso. Le caen bien los irlandeses.

La pequeña tenía razón. Y le habría dado alguna respuesta de haber sabido qué era lo que había pasado, y si el doctor Peter Palsgrave no hubiera irrumpido en ese mismo momento por la puerta, asfixiado y jadeando, enjugándose la frente con un delicado pañuelo de seda azul eléctrico, lo que nos hizo retroceder a ambos, a la defensiva.

—Busco a Timothy Wilde —dijo jadeante—. Tengo una carta para él.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó Bird Daly.

El doctor Palsgrave parpadeó, parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. Se dejó caer desmayadamente en la única silla de la sala.

—Y... ¿qué es lo que haces tú aquí?

Me quedé allí, pasando la mirada del uno al otro. Bird esbozaba una amplia sonrisa, con las manos cogidas por delante, aparentemente encantada por haber reencontrado a dos viejos conocidos en menos de un cuarto de hora. El doctor Palsgrave temblaba y se le notaba alterado, pero parecía igual de encantado por el encuentro con Bird. Y yo allí en medio, más que confuso, mientras veía como cada uno de ellos buscaba una explicación razonable para la presencia del otro en una comida del Partido Demócrata.

DIECISEIS

Se ha verificado que, en las comunidades civilizadas, muere una cuarta parte de los nacidos de la raza humana antes de cumplir un año; más de un tercio antes de cumplir los cinco; y antes de cumplir los veinte, según se cree, deja de existir la mitad de los seres humanos.

• *The Sanitary Condition of the Laboring Population of New York*, enero de 1845 •



Era como si la conversación se hubiera encallado, y yo prefería que Bird no empezara a contar sus historias habituales, algo que podía resultar peligroso. Así que tomé las riendas.

—¿Conoce a Bird? —le pregunté directamente al doctor Palsgrave—. Ella es...

—De la casa de Madam Marsh —me interrumpió ella adelantando descaradamente la barbilla—. La... doncella del salón.

Es asombroso lo que un simple cambio de atuendo puede transformar a una persona. En cuanto al doctor Palsgrave, parpadeó dos veces con sus atentos ojos ambarinos, luego resopló y se puso en pie otra vez. Irguió la columna e hinchó el pecho, hasta que pareció un hombre con el cuerpo de un gallo enfundado en un chaleco de cuello vuelto. Se inclinó con rigidez para mirar por encima de la nariz a la abiertamente risueña niña de pelo rojo oscuro. Un afecto visible apareció en sus ojos, pero al momento se desvaneció.

—¿Era en el establecimiento de Madam Marsh? —preguntó a la vez que recuperaba la compostura—. Supongo que tú lo sabrás mejor que yo.

—Pero... si hace un momento la había reconocido —comenté desconcertado.

Palsgrave agitó la mano en el aire, y empezó a dar pequeñas vueltas en la exigua sala.

—La traté una vez. No puede esperar que recuerde los nombres; veo demasiadas caras, y crecen muy rápido, si es que llegan a crecer, claro. Debió de ser algo grave, fuera lo que fuese, para que la recuerde.

—Varicela —dijo Bird alegremente—. Nos dio cataplasmas de manteca y cebolla cocida. A mí casi no me picaba.

—¡Ah! Bien, bien —exclamó él igual de complacido—. Eso es estupendo. Así que tú...

—Le ha preguntado qué hace usted aquí —le interrumpí.

—Recibí una carta —explicó, sus patillas canosas parecieron ensancharse, como un gato cuando bufa—. Un texto de lo más perturbador, sobre las recientes..., los rumores sobre muertes de niños. ¿Hay que creer al *Herald* cuando afirma que se trató de un fraude? Usted y su insolente hermano fueron los primeros que me hablaron de

este sórdido asunto, y por eso fui a buscarle inmediatamente a las Tombs, dado que ahora me veo personalmente involucrado. Me gustaría ayudarle. El jefe Matsell me ha mandado aquí.

—En cuanto a esa carta... —dije despacio.

—La tengo, si quiere...

—Le echaremos un vistazo en otro sitio —dije subrayando el «otro».

El doctor Palsgrave se estiró el chaleco, pasándose la palma sobre el muy ceñido torso.

—En ese caso, sígame. Mi consulta está a sólo dos manzanas de aquí.

Salimos del edificio de piedra sin que nos vieran porque Moses Dainty parecía muy ocupado atiborrando de café a los votantes, y nos dirigimos a pie hacia el oeste por Chambers. No me sorprendió mucho que el doctor Palsgrave pasara consulta en la calle más prestigiosa de la ciudad, al menos para el ejercicio de la medicina, y, cuando nos acercábamos a las lindes del City Hall Park, tocando Broadway, me asaltó la extraña sensación de que el tiempo se movía en la dirección equivocada. Era la ruta que hacía en mi ronda, pero a la inversa. Luego pasamos por el cruce, bullicioso, vital y atestado de viandantes, y nos recibieron más casas de piedra, éstas con jardineras primorosamente regadas y cristales que reflejaban como un cuchillo la luz del sol contra nuestros ojos.

Ante su pesada puerta de roble, con una placa de bronce que rezaba «DR. PETER PALSGRAVE, MÉDICO PARA LOS JÓVENES», el médico sacó las llaves. Al hacerlo se fijó en Bird y frunció el ceño.

—Vaya, permítame que le pregunte si ella...

—Preferiría que no preguntara —respondí.

Si Peter Palsgrave ya no tenía un gran concepto de los estrellas de cobre antes, yo, vista su irritada reacción, no me lo estaba congraciando precisamente. Había algo en sus rápidos cambios de ánimo, que pasaban de una inocente bonhomía a un mal humor crispado, que encandilaba a Bird. Cada vez que el médico fruncía los labios como una almeja que se cerraba, la niña estiraba el cuello. Mientras el doctor irrumpía en su vestíbulo cubierto de una tupida alfombra y colgaba su pulcro sombrero de copa en una percha, le di un codazo a Bird en el brazo.

—¿Es amigo tuyo?

Ella asintió mientras seguíamos al remilgado y diminuto médico.

—Siempre hace como que no conoce a nadie. Siempre. Es un encanto, me parece.

—¿Y por qué?

—Le gusta salvar a los niños, ¿no? Es un médico *flash*, ¿sabe?, y si se acordara de nuestros nombres y nos viera luego... bueno, eso querría decir que hemos vuelto a enfermar, ¿no? Que ha fallado. Así que prefiere olvidar y no reconocernos cuando crecemos, eso antes que acordarse de nosotros y saber que ha perdido ante la tos

ferina.

Iba a responderle porque me pareció que, para ser una niña de diez años, se había expresado con demasiada elocuencia; pero la sala a la que nos llevó el doctor, en parte estudio y en parte laboratorio, me heló la lengua. Porque no había visto nada igual en mi vida.

La amplia estancia estaba, en cierto sentido, partida por la mitad. El lado bañado por la luz que penetraba por dos ventanas que daban al jardín era un laboratorio equipado hasta el último detalle. Centelleantes tarros de vidrio azul sellados con cera, hervidores de cobre pulidos hasta darles un matizado acabado de coral, todo tipo de ingeniosos tubos de cristal. Había una pesada estufa de hierro, una inmensa mesa en la que se veían viales, instrumentos de medida y cuadernos abiertos llenos de la enrevesada letra de los médicos. De esas paredes colgaban en impolutos marcos páginas alegremente iluminadas, por las que fluían letras en cursiva señalando propiedades y principios detrás de cráneos, árboles, fuentes y corazones.

Mientras tanto, por el lado sin ventanas se extendían inmensas estanterías, mucho más llenas que la biblioteca de los Underhill, y me dio la impresión de que había una excelente razón para que el erudito doctor y el no menos erudito reverendo trabajaran en tan íntima relación ayudando a los protestantes pobres. Pero esos libros no eran de literatura, ni tampoco textos sagrados. Eran volúmenes de medicina, gigantescos y sobrios en su encuadernación de cuero agrietado, manuales de química con los bordes dorados, docenas de títulos en lenguas extranjeras con lomos pintados con pan de oro, llenos de extraños símbolos. Volúmenes de alquimia. Tenían que serlo, porque acababa de acordarme de lo que Mercy me había contado sobre el otro proyecto vital de Peter Palsgrave, aparte de curar niños enfermos.

—¿Qué tal va el elixir de la vida? —pregunté en un tono amigable.

Se dio la vuelta como una peonza, con sus pulidas y pequeñas botas, sus piernas con delicadas medias y el pecho hinchado bajo su levita azul oscura. La sonrisa de Bird se ensanchó.

—¿Cómo sabe...? Ah, claro. Sí —dijo suspirando—, yo mismo le mandé a ver a Mercy Underhill. Ella debió de mencionarle mi magna obra. En realidad, no se trata del elixir de la vida, sino de un tónico curativo. Un experimento tremendamente abstruso, no el tipo de investigación al alcance de la comprensión de un profano.

—Póngame a prueba —repliqué, molesto.

Peter Palsgrave pareció bastante agobiado, pero me lo contó todo. Y el tema le entusiasmaba tanto que hasta Bird se interesó por la explicación, ladeó la cabeza y se enredó un mechón de su cabello rojizo en un dedo.

La alquimia, me explicó el doctor, era la ciencia de los procesos susceptibles de transformar un elemento en otro. Y los alquimistas, tras haber buscado durante mucho tiempo y no sin grandes esfuerzos los conocimientos requeridos para

conseguir cosas imposibles, se dedicaban a ella. Habían destilado líquidos tan puros que eran simplemente un elemento y no muchos, como el alcohol, por ejemplo. Habían creado cristal tan transparente que era totalmente invisible. Pero la depuración y el refinado, nos explicó, no eran sino medios para un fin. Un fin que algunos villanos habían desviado a búsquedas tan perversas como convertir el plomo en oro, lo que destruiría cualquier economía, añadió con voz cansada.

El elixir de la vida, que había sido durante mucho tiempo el Santo Grial de la alquimia, era un objetivo imposible, nos dijo, con un brillo en sus ojos que ni siquiera se atenuaba ante la humildad de su público. El hombre había sido creado para volver algún día al polvo. Pero un tónico capaz de curar cualquier enfermedad de los vivos... ése sí era un sueño alcanzable. Los niños, nos explicó apasionadamente, eran muy frágiles. Muy vulnerables a los contagios. Pero si alguien consiguiera descubrir el remedio perfecto combinando los últimos avances de la medicina con las verdades más antiguas de la alquimia y las técnicas más nobles de la química... ahí sí había un premio que ganar, pero no por la riqueza o la fama, sino por la humanidad, nos explicó el extraño hombrecito allí de pie, pulcro y apasionado, con ojos dorados y cuerpo encorsetado. Los niños y los desvalidos ya no estarían sometidos al capricho perverso del miasma. La forma precisa que tendría el tónico, la desconocía, aunque había estado siguiendo los hilos de ciertas conjeturas. Pistas sutiles pero nítidas. Era fascinante.

El doctor Palsgrave casi despedía chispas doradas, palabras que entrechocaban precipitándose por vías férreas, y que frenaban de golpe para que pudiera mantener un mínimo control. Y menudo era el objetivo. Claro que era una completa locura, y sí, también un empeño descabelladamente romántico y en apariencia imposible. Pero menudo objetivo. Coger a un niño gravemente enfermo y devolverle la salud, que todos muriéramos de viejos un día todavía remoto. Inopinadamente, me encantó la idea. Sin la menor esperanza, eso sí, de que pudiera llegar a materializarse algún día, pero ¿quién sabía? Con todos los descubrimientos mágicos que ya se habían producido, ¿qué más habría en el mundo esperando silenciosamente que lo comprendieran?

—De vez en cuando desearía que mi propia situación no fuera tan... precaria —concluyó, agitando la mano hacia su corazón reumático y febril—. Pero, tal vez, si fuera un hombre sano, no me habría tomado mi vocación con tal fervor. Y, por los niños, toda incomodidad no es más que un pequeño precio que pagar. Bien, señor Wilde, dígame —hizo una pausa, alisándose con la palma de la mano el pecho cubierto de seda con aquel extraño gesto que le tranquilizaba—, ¿de verdad la policía ha encontrado, al norte de la ciudad... ha encontrado...?

—Sí —afirmé—. Diecinueve de ellos.

La información pareció causarle un dolor físico; un sentimiento que respeté

sinceramente. El doctor Palsgrave agitó un vial que contenía sales brevemente bajo su nariz.

—Despreciable. Monstruoso. Tengo que ver los cuerpos inmediatamente, tal vez pueda servirles de ayuda. No toques eso, niña bobá, ¡es venenoso! —le gritó a Bird, que rápidamente dejó en la mesa una botellita de cristal.

En cuanto la poción quedó a salvo, fuera del alcance de la mano de la pequeña, él se relajó. Dedicó a Bird una cálida sonrisa a modo de disculpa, mientras su enfado se evaporaba como si nunca hubiera existido, y en ese momento me di cuenta de por qué le caía tan bien a ella. La brusquedad era sólo un numerito, el bienestar de los pequeños, una obsesión genuina. A mí también me caía bien.

—Por descontado —acepté—. Con la condición del más absoluto secreto. Incluso ante los demás estrellas de cobre. Yo soy el único que investiga el caso. Y, en cuanto a su carta...

—Casi acaba conmigo —murmuró, a la vez que reaparecía el pañuelo azul eléctrico—. Tenga, no quiero volver a verla.

Miré a Bird, que seguía investigando los objetos de química, aunque ahora, obediente, con las manos a la espalda. Entonces me senté y leí el texto más raro que jamás había leído:

Sólo puedo ver eso.

Una vez hubo un hombre que hacía la obra de su Dios y cuando ese hombre entendió cuál debía ser su obra, sintió vergüenza, aunque sabía que era su deber, y se escondió y lloró por tener que convertirse en el Ángel de la Muerte.

Lo veo y no veo más que eso uno y otra vez, amén, sólo el cuerpo muy pequeño y muy destrozado. Desfigurado. Y nada más.

Tan pequeño que es una abominación, ahora la he ahuyentado por un instante pero ahora ahí está, de vuelta otra vez, que Dios me ayude, que Dios nos salve, me arrancarían los ojos si pudiera, pero aún así seguiría viendo el cuerpo pintado en mis cuencas. Y usted, cuando vea a los pequeños con los ojos blancos e inmóviles como huesos, ¿qué puede hacer?, ¿cómo lo sobrellevará? Sólo los veo a ellos. Con sus ojos muertos como el vacío. Como estrellas frías. Escamas heladas por encima.

Soy una quijada rota.

Acabe su trabajo y ponga fin a esto, ellos ya no tienen vista y necesitan que usted lo acabe igual que yo he acabado. Repare lo que ha sido roto. Tengo que romper uno más, y entonces pararé para siempre. No más cerca, no deje que me acerque más.

—No está firmado —dije aclarándome la garganta.

Era una tosca tentativa de hacer una observación inteligente. Pero sentía que los ojos ya no encajaban bien en mi cabeza. Palsgrave intentó burlarse, con toda la razón, pero acabó encogiéndose de hombros. Privado de su tema, se sentía un tanto perdido.

Mirando fijamente el texto, intenté probar algo mejor. Esa mañana había leído la carta en compañía de Val demasiado rápido, y la primera en mi casa de Elizabeth Street con un poco más de calma. Si todavía las tuviera, podría comparar el papel, la letra tal vez, el color de la tinta, porque contenían sentimientos muy similares. Tal como estaban las cosas, tenía un problema, en el sentido físico, para comparar los primeros documentos con esta nueva pieza de locura presentada de manera diferente. La primera podía recuperarla del *Herald*, si quería, pero en letra de imprenta. Lo que no es de mucha utilidad cuando se trata de estudiar la apariencia. Pero me esforcé cuanto pude en recordarla.

Hice memoria. Las dos primeras cartas estaban llenas de faltas, mal escritas, quizá a propósito. Esta era un texto desquiciado pero bien expresado. Las otras estaban redactadas con una letra grande, clara, en bloques, como la que garabatearía un principiante, escritas por entero en mayúsculas, sin desvelar nada sobre la personalidad o el carácter que había detrás..., tal vez porque su autor no era capaz de ofrecer nada mejor. Pero es posible también que pretendiera disimular su verdadera letra. En cambio, esta última carta estaba redactada con una letra controlada pero atrofiada, a veces apenas legible. Como si al autor le asustaran sus propias palabras. Tal vez las había escrito bajo los efectos del alcohol o de alguna droga, de algo que le permitía distanciarse de aquellas frases cargadas de una maldad ponzoñosa que hacía daño a la vista. Por último, las otras eran sospechosamente animosas, tan melodramáticas que me recordaban a una simple bobada sensacionalista. Más bien, me daban la esperanza de que fueran bobadas, como acabé reconociendo para mis adentros. Por la ciudad, por los irlandeses, por los estrellas de cobre, hasta por el maldito Partido Demócrata de Val. Pero en esta última carta lo que había era terror, no regodeo, y ese terror sonaba genuino.

—Supongo que no reconocerá esta letra... —pregunté.

—Si es casi ilegible, pedazo de idiota, y además, ¿por qué iba a reconocerla?

—Esta persona está evidentemente al tanto de su trabajo.

—¡Todo el mundo sabe de él! —exclamó el extraño hombrecito—. Por eso me envió a mí y no a otro esta... esta perversidad. Soy un médico que trabaja exclusivamente con niños, el único, yo... lo he dejado por escrito —bramó, y la piel alrededor de sus patillas plateadas se enrojeció de pura rabia.

A Bird se le cayó un siniestro cuchillo negro que aún conservaba algún resto de una especie de sustancia herbosa. Rápidamente volvió a cogerse las manos, esta vez por delante, en gesto de penitencia.

—No me haré daño, lo prometo.

—Oh, Dios. Gracias —suspiró el médico agradecido—. Me harías un gran favor.

—¿Irás a las Tombs a examinar los cuerpos? —le pregunté—. Cuando encuentre a Matsell, él se los enseñará personalmente. No tiene que hablar con nadie más.

—Iré ahora mismo.

—¿Puedo quedarme con esto?

—Señor Wilde —dijo en un susurro—, si no vuelvo a ver en lo que me queda de vida ese trozo de depravación, seré un hombre que muera satisfecho. Saque esa carta de mi casa. Y ahora ven, tú, niña. Al trote. Señor Wilde, por sus palabras, entiendo que no va a acompañarme.

—Tengo otra línea de investigación —le expliqué mientras salíamos del edificio—. Si no le molesta, me pasaré por aquí esta noche. A ver qué ha descubierto.

—Si no le queda más remedio, y supongo que no, venga —suspiró—. Entonces, hasta luego.

—Adiós, doctor Palsgrave —dijo Bird.

—¿Qué es lo que quiere? Ah, ya. —Palsgrave resopló afectuosamente, sacó un caramelo envuelto del bolsillo y se lo dio a Bird—. Niños. Unas criaturas inquietantes, a decir verdad. Que tengan un buen día.

—Ese hombre está loco —comenté mientras el caballero de columna recta como una baqueta hacía señas para llamar un coche de alquiler con su estridente pañuelo azul.

—Está para que lo encierren —coincidió Bird mientras desenvolvía el caramelo—. Es genial, ¿verdad, señor Wilde? —Alzó la mirada hacia mí con la expresión ensombrecida—. ¿Es esa carta que tiene de... del hombre de la capucha negra?

—No lo sé —respondí dando la espalda a la calle para ayudar a Bird a subir al coche que acababa de parar—. Pero lo averiguaré aunque sea lo último que haga en mi vida.



Mott Street, cerca de Five Points, al sur de Bayard, produce en cualquiera la impresión de que una infección corre descontrolada por las alcantarillas de la calle. Y en pleno agosto, la fiebre empeora, la pintura se desconcha y la madera cruje como la piel en un pabellón de hospital; el aire caliente y húmedo se estremece ante los ojos. El tono vidrioso y pálido de las ventanas hace que las casas parezcan aturdidas. Y el olor... Cada ventana abierta vomita tripas de gallina y hojas arrancadas de verduras que ya se están pudriendo, arrojadas desde cuencos de cocina, tres pisos más arriba. No creo que Bird hubiera caminado nunca por aquel cenagal, porque se mantenía pegada a mí, con los ojos muy abiertos y cautelosos. Mataba el tiempo mirando a los negros sentados ante las puertas, con sombreros de paja en las manos y jarras entre

las rodillas, derrengados por el sudor; a los irlandeses, que apoyaban los codos en los alféizares, fumando ensimismados, sin un trabajo decente. El profundo dolor que se respira en esa calle se desprende de cada uno de sus adoquines y se filtra en tus propios y cansados pies.

Hopstill residía en un ático del número 24 de Mott Street, al menos eso me había dicho Julius. Así que cuando llegamos ante el canceroso edificio de madera, me dirigí a la puerta para subir las escaleras. Una bota me hizo trastabillar en cuanto traspasé el umbral, y bajé la mirada rápidamente. Siguiendo la media hasta las faldas mugrientas, descubrí a una mujer, toda ella gris como el polvo, que estaba pelando patatas con las uñas.

—¿Qué es lo que quiere?

—Edward Hopstill —respondí a la extraña portera—. Tengo entendido que vive en la buhardilla.

—Ya no. —Se sorbió los mocos dejando caer un trozo de piel de patata al suelo—. Se mudó al sótano. Hace un mes.

Tras darle las gracias, pasé por encima del cuenco, con Bird pegada a mí. Hopstill siempre había vivido a salto de mata, incluso antes de que el incendio destruyera nuestros hogares, eso ya lo sabía. Pero... un sótano. Aquel canalla nunca me había caído demasiado bien, aun así ralentice mis pasos porque no me hacía gracia ver a alguien a quien conocía personalmente rebajado hasta el punto de tener que vivir bajo tierra.

Las escaleras que encontré no tenían puerta arriba, pero se veía una abajo del todo, despojada y siniestra. Bajamos con pasos cautelosos. Llamé a la puerta. Ésta se abrió. Apareció la cara de Hopstill: sus pliegues carnosos mal afeitados, el pelo húmedo y probablemente mohoso, y su tez cetrina con un tono ya ceniciento. El hedor acre a pólvora, una lámpara de aceite encendida y los restos líquidos que corrieran por debajo de las casas de Nueva York vinieron a saludar a nuestras narices.

—¿Qué coño quiere? —gruñó Hopstill con su irritada cadencia inglesa.

¡Bum!

No es que fuera una gran explosión; pero sí lo bastante fuerte como para que yo rodeara a Bird con un brazo protector, para que ella diera un respingo como un gato al que hubieran pisado el rabo, y para que el ceño fruncido de Hopstill se marcara un poco más en su cara.

—Perfecto. Gracias, Wilde. ¿Cómo voy a poder probar si un nuevo tipo de bomba tiene el color apropiado si ni siquiera puedo verla explotar?

Vacilantes, entramos tras él. Era otro laboratorio, pero aquí se trataba más del taller ennegrecido de un artesano que del pulcro patio de recreo de un científico. Las lámparas desprendían un amarillo sulfuroso, iluminando una cama sin hacer, una única rejilla de ventilación con moscas zumbando a su alrededor, dos grandes mesas

y una pequeña cocina de hierro. Morteros y manos, pilas de petardos, bengalas, y frascos con tapones de corcho llenos de pólvora por todas partes. Las paredes estaban forradas de tablones que desprendían una extraña pestilencia, y se había formado una especie de cieno donde la madera se encontraba con la tierra compacta del suelo. O bien el orinal estaba sin vaciar o las viviendas de la parte de atrás (ni se me ocurría dudar de su existencia) utilizaban una letrina rota para las aguas residuales. Era la habitación más inhabitable en la que había estado en mi vida. Salvo por el anómalo detalle de que allí sólo vivía una persona y no diez.

—Es por los fuegos artificiales, ¿no? —pregunté.

—¿El qué?

—El que viva solo. Por los fuegos. Tiene que alquilar un piso entero, y esto es lo que puede pagarse.

—¿Y a usted qué le importa, y qué hace esta jovencita siguiéndole, y por qué lleva enganchada una estrella de cobre y qué coño pinta en mi casa?

Le conté todo lo que le hacía falta saber, que era poco menos que nada. Un relato de medio minuto de cómo había acabado trabajando en la fuerza pública. Teníamos prisa, y la ventaja de Hopstill es que puede tratarsele sin miramientos.

El pirotécnico se encorvó irritado sobre su trabajo. Yo sabía qué le pasaba: le fastidiaba que le hubieran pillado viviendo en un sótano. Dado que está convencido de que Dios envía la pobreza a los indignos, no le echo la culpa por sentirse avergonzado. Se inclinó sobre una retorta de hierro para comprobar su contenido caliente, luego retrocedió rápidamente hasta un mortero y vertió tinte rojo en polvo mientras extraía pólvora con un sifón y maldecía una y otra vez en nuestra presencia. Y resultaba, precisamente, que yo quería que este hombre enseñara a niños a fabricar fuegos artificiales. Le conté que, a cambio, ellos trabajarían para mí como espías, más o menos. Desde su punto de vista, yo era un redomado gilipollas.

—Si es capaz de convencerme para que lo haga le nombraré candidato a gobernador —me espetó—. Salga de mi taller, no tengo tiempo para andar haciendo favores.

Estaba a punto de hacerle una oferta, pero Bird lanzó inesperadamente un grito de divertida sorpresa. El alegre sonido me tocó una fibra, algo ligero se me agarró a la nuca.

—Esto tiene una manija —dijo la niña—. He visto fuegos artificiales, al otro lado del río, pero nunca había tenido uno en las manos. ¿Sirve para eso?, ¿para sostenerlo mientras dispara?, ¿de qué color es?

El muy arraigado aborrecimiento de Hopstill hacia los niños pareció encogerse una pizca.

—Plateado.

—¿Y cómo consigue que sea de plata?

—Con metal en polvo. Uso el más barato que puedo encontrar.

Siguió un breve silencio. Uno que yo podría haber interrumpido si hubiera querido decir algo. Pero no quería.

—Por enseñar a los vendedores de periódicos a preparar la iluminación para los efectos del escenario, le pagaré lo bastante para que pueda salir de este sótano —le ofrecí por fin.

—Eso es una memez. ¿Cuánto cree que es eso?

—Veinte dólares.

Sus ojos chispearon como petardos pero se apagaron igual de rápido. Así intentaba ocultar la mirada de azufre sin llama propia de la desesperación absoluta. Puse las dos monedas de diez dólares de oro encima de la mesa.

Hopstill parpadeó con una mirada voraz, la boca se fundió en una mueca.

—No había creído que volvería a relacionarme con nadie del antiguo vecindario, y ahora viene a sacarme de este foso de alquitrán. Disculpe el escepticismo de antes. Pero estoy muy cansado, y no me quedan caras conocidas con las que hablar.

—Julius pareció alegrarse bastante de ver a un antiguo vecino, y le agradezco que me dijera dónde paraba.

Hopstill levantó la vista de la bolsa llena de polvo azul brillante que estaba mirando.

—¿Julius? Ah, sí, el tipo de color de Nick's. Sí, lo vi.

—¿De quién creía que estaba hablando?

—De la señorita Underhill, claro.

Removí un poco mis pensamientos, intentando encontrar alguna salida. Ninguna me pareció sensata.

—¿Por qué?

—Bueno, ella anda por todas partes, ¿no? —murmuró—. En plena noche, cuando todos los cristianos ya están acostados. Tanto da, le enseñaré a los chicos a hacer una sábana de fuego que aterrorizará a todos los que van al teatro barato.

—Se lo agradezco.

La cabeza de Hopstill se apoyó en su mano, vencida por el agotamiento.

—Dios, y yo que pensaba que moriría aquí cuando llegara el invierno y necesitara dinero extra para el combustible —dijo sin dirigirse a nadie en particular. Me pregunté cuándo habría comido por última vez. Hasta donde alcanzaba mi mirada no había comida en los estantes—. Estaba preparando una gran escena final en Battery Park, con todo el material que me quedaba. Era mejor contemplar esas sublimes explosiones que ir empeñando todo para aguantar miserablemente unas semanas más. Pero por ahora puedo olvidarme de ello. A veces las cosas cambian para bien.

—A veces —convino Bird con seriedad.

«Cuando todos los cristianos ya están acostados», pensé, y la frase me escoció en

el cráneo.

—A veces —dije en voz alta.

En ese mismo momento, sin ir más lejos, muchas cosas estaban yendo bien. Yo tenía dinero para gastos del fondo de las elecciones, y podía disponer de mi tiempo a mi gusto, y Hopstill me ayudaría a ganarme la colaboración de los repartidores de periódicos.

Claro que Mercy salía por las noches: la enfermedad y la necesidad no se ciñen a ningún horario.

Un día espléndido.

Le di la dirección del teatro de los vendedores de periódicos en Orange Street y él me prometió que les haría una visita por la tarde. «El truco consiste en seguir adelante —pensé mientras Bird y yo emergíamos de nuevo a la luz del sol—. Si te esfuerzas lo bastante, no importará que no tengas la menor idea de lo que estás haciendo».



Después de dejar a Bird con la señora Boehm (que me aseguró que si vislumbraba siquiera a Silkie Marsh cerraría todas las puertas y se pondría a chillar en su lengua materna pidiendo ayuda a los vecinos alemanes), me dirigí a la improvisada morgue de las Tombs, esperando encontrarme todavía a Palsgrave buscando incansable las pruebas médicas. Pero ni rastro de él. El que sí estaba era George Washington Matsell, con su presencia contundente y solemne en el amplio sótano. Viendo lo que yo veía ahora, alineados sobre unas mesas apresuradamente montadas. Sin decir ni una palabra. En verdad, no había mucho que decir.

—El doctor Palsgrave me ha comentado que la carta que le entregó es obra de un loco —comentó—. Puede ser importante para nosotros.

—No lo sé, espero que lo sea.

—En ese caso, estúdiala. El doctor Palsgrave me ha entregado su informe, dijo que si necesitaba alguna explicación más se pasara por su consulta. Pero no es una lectura médica. Más bien parece algo escrito por un fanático de Poe.

Cogí los papeles, anhelando encontrar en ellos el elusivo detalle que daría sentido a todo aquello. Pero me contuve. Respiré hondo. Porque diecinueve cadáveres, o lo que quedaba de ellos, se extendían ante de mí sobre las mesas de madera. Era una imagen tan alejada de la hermosa visión imaginaria que el doctor Palsgrave había desplegado previamente ante mí que me costaba mirar. Eran muchos —Dios, cuántos, cuántos— y muy pequeños. Y ningún cuerpo, de nadie, debería ser desnudado como éstos: abiertos en canal y expuestos a la mirada de todos. Pensé en mis propios órganos, el corazón, el bazo y los riñones, carentes de ningún valor para nadie más que para mí mismo. Y yo tan sólo deseaba depositar nuestra única prueba

contundente del mal bajo la tierra, donde lo que en el pasado había sido tierno y vulnerable pudiera por fin descansar en paz.

—Sorpréndame, señor Wilde —dijo el jefe Matsell al salir del sótano—. Espero sus noticias.

«Qué deshechos parecen —pensé—. Un trozo blanco de piel, un mechón de pelo rojizo, el brillo de un hueso pelado».

Abrí el informe. Supuse que habría sido difícil de escribir. Al menos, después de leer su contenido, era lo que esperaba.

Estos diecinueve cuerpos fueron enterrados en un período que comprende desde hace cinco años a fechas muy recientes, pero resulta imposible confirmar las causas de sus muertes. Los diecinueve muestran pruebas de haber sido sometidos a graves actos de violencia postmórtem; concretamente, el esternón ya no está intacto y la caja torácica ha sido abierta en todos los casos. Sólo puedo aventurar que el bellaco pretendía acceder a los órganos internos. Aparte de la descomposición natural, en dos casos el corazón ha desaparecido; en tres, el hígado; en cuatro, el bazo; en doce, el tronco encefálico; y en dos, la columna vertebral. Si fueron los animales los causantes antes de que se iniciara la descomposición o fue obra del asesino, es difícil de asegurar, pero me resulta imposible atribuirlo a otra circunstancia que no sea la segunda.

Al observar estas cruces deliberadamente grabadas, no puedo evitar preguntarme si la carta publicada por el Herald hace unos días no sería auténtica. La teoría de un irlandés enloquecido por la religión probablemente encaje con la violencia ejercida sobre estos diecinueve difuntos.

DOCTOR PETER PALSGRAVE

«Acabe su trabajo y ponga fin a esto —citó en un murmullo quebrado—. Repare lo que ha sido roto». «Dios bendito, o quienquiera de tu invisible cohorte que esté escuchando en este momento, decidme: ¿qué coño se supone que puedo hacer ahora?».

DIECISIETE

*La situación social de Irlanda es en el momento actual inquietante, dolorosa, lamentable.
La indigencia física empuja a la gente al delito. Las discusiones sobre las tierras dan pie a los asesinatos.*

• *New York Herald*, 1845 •



La única opción que me quedaba era volver al trabajo. Es más, decidí que la única salida posible era el trabajo duro, frenético.

Y resultó que tenía razón. Con una salvedad: no se trataba de mi trabajo.

Durante tres días estuve esperando noticias de los chicos que se ganaban la vida vendiéndolas. Sospechaba que estaban aprendiendo a confeccionar luces para el teatro, pero también a hacerse el tonto cuando se trataba de carruajes siniestros. Examiné la única carta que no se había quemado. Evité la morgue y entonces, el día antes de que los cuerpos volvieran a ser enterrados en secreto, volví al sótano con el señor Piest y revisé a fondo cada hueso y cada folículo de cabello, sin conseguir nada más que unas persistentes náuseas y una sensación viscosa en la punta de los dedos de la que, pensaba, no me liberaría hasta que me los lavara con lejía. Hice una visita a los policías de guardia al norte de la ciudad, que estaban muy susceptibles, hartos de pasarse dieciséis horas seguidas al día en el bosque. Llovieron sobre mí una buena sarta de insultos bastante desagradables por tomarme la molestia de acercarme.

Al cabo de esos tres días, la mañana del 30 de agosto, estaba tan desesperado que hice sentar a Bird y le pedí que me dibujara al hombre de la capucha negra.

—Aquí tiene, señor Wilde —dijo cuando acabó, con los dedos cubiertos de carboncillo.

Era el dibujo de un hombre que vestía una capa larga y una capucha negra que le cubría la cabeza. Se lo agradecí de todos modos.

Mientras tanto, como era perfectamente lógico, se me había contagiado la paranoia de mi hermano. Seguía devorando el *Herald* todas las mañanas, como siempre, pero ahora el simple hecho de coger la familiar publicación me provocaba que una sensación de malestar me recorriera el pecho. «No digas nada de niños —rogaba en silencio—. Dame tiempo».

Así que leía las noticias sobre los trabajos frenéticos que se desarrollaban en el centro de la ciudad, los horarios de los barcos y los rumores sobre disturbios en la remota Texas, temeroso de desplazar la mirada por si fuera a toparme con mi propio nombre: «Se ha descubierto que Timothy Wilde, estrella de cobre número 107, ha estado investigando la matanza de niños irlandeses y ha fracasado en todos los

sentidos».

No dejaba de pensar que tarde o temprano aparecería esa noticia. Que era sólo cuestión de tiempo.

Luego, el sábado por la mañana, sintiéndome a la vez un inútil y agotado, y sin saber qué hacer conmigo mismo, volví a las Tombs. En el patio, me encontré al señor Connell, que conducía a un hombre delgado, elegantemente vestido con una chaqueta de terciopelo verde, y con las muñecas presas a la espalda. Mi colega parecía taciturno. Le saludé con la cabeza y él me respondió ladeando la suya.

—Eh, señor —me gritó el detenido—, por favor, ayúdeme, me están deteniendo en contra mi voluntad.

—Claro, precisamente de eso se trata —replicó Connell.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Este... individuo me abordó en plena calle —gimoteó el cautivo—, ¡hasta dónde hemos llegado en esta ciudad cuando un caballero se ve de repente esposado por un salvaje descolorido! Se ha tratado a mi persona con violencia. Recorro a usted, caballero, para que solucione esto de inmediato.

—¿Cuál es la acusación? —pregunté inexpresivamente.

—Pasar certificados de acciones falsos —respondió Connell.

—Llévelo al final del bloque de celdas del este —sugerí—. Tengo entendido que hay una nueva camada de ratas. Se llevará bien con ellas.

—¡Aparta de mí tus sucias pezuñas! —chilló el falsificador cuando el señor Connell se lo llevaba. Y, dirigiéndose a mí, añadió—: ¿Es qué no lee los periódicos?, ¿es que no sabe el tipo de depravaciones de que son capaces estos irlandeses?, ¿sus perversiones asesinas?, ¿va a dejarme en sus manos?

—No sé qué ha estado haciendo estos últimos días, señor Wilde —dijo mi colega al separarnos—, pero ¿no podría darse un poco de prisa?

Era una pregunta tan clara que ni siquiera tuve el ánimo de responderla.

Me dirigí al salón común de los estrellas de cobre, en las profundidades de las Tombs. Al llegar, empecé a leer una defensa de la expulsión de todos los papistas, y luego cambié a un manifiesto irlandés a favor de los derechos de los católicos. Una investigación inútil que cabía atribuir a mi absoluta desesperación. Raspaba astillas del fondo de un barril vacío. Luego irrumpió en la sala el señor Piest, haciendo un ruido ensordecedor con sus pesadas botas. Exhibía la mirada de un maníaco, subiendo y bajando su mandíbula sin barbilla, al tiempo que me señalaba con un gesto imponente.

—¡Lo he hecho, señor Wilde! Lo he encontrado. Se ha descubierto. Por fin —declaró—, he encontrado algo.

Dejó caer ese algo sobre la mesa. Era una funda de protección sexual masculina. Y de buena calidad, de las largas que utilizaban las esposas que estaban hartas de

abortar o las putas a las que maldita la gracia que les hacía que se les cayeran las narices a causa de una enfermedad venérea. Estaba confeccionado con tripa de oveja o de cabra delicadamente cosida, que formaba una larga capucha reutilizable. No estaba nuevo. Para empezar, se había desgastado hasta el punto de que se había abierto una grieta, aunque tampoco es que estuviera muy limpio. Lo miré con escepticismo.

—¿Dónde?

—Siguiendo su reciente exhortación para que lleváramos a cabo un trabajo duro y constante, amplíé el alcance de mis investigaciones, señor Wilde. Usted me ha influido mucho. Antes había estado buscando en un radio de sólo treinta metros desde la fosa común, pero encontré la respuesta a cincuenta metros, en un apartado y pequeño valle.

—Dios. Yo pensaba que usted todavía estaba cumpliendo con sus rondas.

—Y lo hago —confesó con ojos soñolientos el noble y viejo lunático—. Por órdenes de Matsell. Pero me tomo dos horas libres todas las mañanas, para aprovechar la mejor luz del día.

Entonces me fijé en que el pelo plateado del señor Piest se mantenía prácticamente de punta y que sus manos envejecidas temblaban vagamente, y empecé a decir unas palabras de comprensión y felicitación. Pero me interrumpí al momento.

—¿No me estará diciendo —pregunté intentando contener un escozor que me estaba desgarrando la garganta— que antes de haber sido asesinados, o hasta es posible que después, él...?

—¡No! —El señor Piest alzó un solo dedo—. Si ése fuera el caso, habría encontrado muchos más, de hasta hace cinco años, ¿no? Pero lo cierto es que sólo encontré cuatro, tirados cuando se empezaban a agrietar, y ninguno me parece que tenga más de un año.

Sacó los demás del bolsillo abultado de su chaqueta y los colocó junto a su flácido hermano sobre la superficie de la mesa. Me entraron unas ganas incontenibles de saltar y estrujarle la mano al sentimental viejo cabrón. Pero, una vez más, no lo hice.

—Es usted un genio encontrando cosas, señor Piest —dije con calidez. Entonces me recorrió un leve escalofrío de arriba abajo y me adelanté en el asiento—. Usted piensa que quienesquiera que usaran éstos van allí con frecuencia. Con mucha frecuencia. Usted cree que tal vez hayan oído o visto algo. Por allí hay caseríos, granjas dispersas más allá del entramado urbano...

—Y es evidente que éstos están cosidos en casa, no son comprados, ¿quién compraría...

—... fundas de una botica y se arriesgaría a que lo pillaran mientras copula al aire libre...

—... en los bosques, para mantener el pecado en secreto? Estos son de la esposa de un granjero cornudo, o de una doncella campesina con hambre y un desarrollado sentido de la cautela. Una mujer que viva lo bastante cerca para ir andando, como ya habrá imaginado, señor Wilde.

Me recosté en la silla, con una sonrisa de bobo en la cara. Me descubrí el sombrero con un aspaviento y le hice una reverencia sin levantarme. El señor Piest me devolvió la reverencia, doblándose ridícula y exageradamente.

Luego se inclinó, recogió la pila de fundas de tripa y volvió a guardárselas en el bolsillo.

—Encontraré al dueño, señor Wilde. Haré pesquisas. Mis preguntas serán un modelo de discreción y conseguiremos la respuesta. ¿Cree que debo hablar con el jefe?

Se escabulló a toda prisa, silbando una vieja melodía holandesa. El tipo más raro que he conocido en mi vida. Y que valía su peso en florines recién acuñados.

Volví a casa esa noche sintiéndome menos pesado que antes, con la sensación de que la buena suerte me aligeraba las botas. Más contento de lo que me había sentido desde hacía días, con ganas de una pinta o un par de cervecitas, y para acabar un par de copas de whisky, y luego a la cama, con la esperanza de deshacer los nudos que me entumecían los hombros. En Elizabeth Street, la luz de la fachada de la tienda estaba encendida cuando entré.

Vi a la señora Boehm en el mostrador, mirando fijamente los pantalones de nanquín que Bird había usado. Parecía derrotada. Todos sus rasgos estaban flácidos, como los de un retrato al que hubieran tocado antes de que la pintura se secase. Su amplia boca esbozaba una mueca suelta, y el conjunto que formaban sus manos y la pieza de ropa infantil se apoyaba cansinamente sobre la madera.

—Hizo mal —dijo con una voz seca y filamentosa como una mazorca, ingrávida y vacía.

—¿El qué?, ¿qué ha pasado?

—No debería haberla enviado a la casa. No a esa casa, jamás. Y menos tan pronto. Me había enfadado, pero estaba cambiando de opinión, señor Wilde. Tendría que habérmelo dicho.

Al oírla, tiró de mí una fuerza de la gravedad que cambiaba sin parar de dirección y, simultáneamente, tuve una sensación vertiginosa, de pánico.

Ella no sólo había dicho «casa». Dijo «la casa». La Casa de Acogida.

—¿Dónde está Bird? —pregunté—. No la he mandado a ningún sitio. ¿Dónde está?

Unos asustados ojos azules se alzaron buscando los míos.

—Vino un carruaje. Dos hombres, uno muy moreno y oscuro. Otro más pálido y pequeño, con vello en los labios. Se la llevaron. Yo se lo habría impedido, pero tenían

documentos, firmados por usted, señor Wilde, y...

—¿Vio mi nombre de pila?

—No. Sólo Wilde. Se fueron hace cinco minutos.

Salí corriendo por la puerta.

Cada cara con la que me cruzaba en Elizabeth Street parecía sonreírme burlonamente, cada cerdo indolente parecía tener la esperanza de que me diera cuenta de hasta qué punto podía fastidiar un trabajo que no tenía ni idea de cómo hacer. Dos hombres: uno muy moreno y alto, y otro más bajo, con vello en los labios.

Scales, cuyo nombre de pila seguramente ya habría caído en el olvido, y Moses Dainty... hombres de Val.

Mis pies golpeaban el suelo con ferocidad mientras corría como una bala hacia el caballo más próximo. Estaba atado delante de una verdulería y no era mío; no tenía ningún argumento para reclamar su propiedad, pero desaté las cintas de cuero del poste, me subí de un salto a la silla y le clavé los talones en los costados, sin prestar atención al más que razonable sobresalto del animal.

«Vives en la acera de enfrente. Ya resolverás el delito del robo del caballo mañana».

Iba pensando en cómo maldecir el nombre del cabronazo entrometido y perverso de mi hermano cuando por poco no mato a un par de transeúntes bohemios que volvían a sus casas de la cervecería. Pero a esas alturas maldecir parecía ya superfluo.

La Casa de Acogida estaba ubicada en el punto donde se cruzan la Quinta Avenida, la calle Veinticuatro y Broadway, una institución de beneficencia que se mantenía bien lejos de las miradas de la gente respetable. En el campo, al este de donde se habían hallado los cadáveres, aunque recientemente se habían empezado a construir mansiones inverosímiles cerca. No perdí ni un segundo en sopesar la posibilidad de que el supuesto destino no fuera más que un engaño. Era una temeraria tirada de dados, y sí, hizo que la respiración se me entrecortara en el pecho, y sí, hizo agobiar al pobre caballo castaño castrado, y sí, era una suposición que no se basaba en las pruebas ni en la confianza.

Pero no tenía otra posibilidad. Podía volar hacia la Casa de Acogida o bien galopar hacia la India o a la República de Texas. Aferré con fuerza las riendas, giré bruscamente, dejé atrás Elizabeth Street para entrar en las imponentes luces de Bleecker, a sólo una manzana de Broadway, y atraje por igual las miradas de caballeros con sombreros de marta y de toscos trabajadores escoceses mientras los dejaba atrás a la carrera.

Mis pensamientos eran bastante lúgubres durante el trayecto, a lo largo del cual, mi extraña figura con un cuarto del rostro enmascarado cabalgando a galope tendido en una sofocante noche estival se ganó los improperios de putas, turistas y dignatarios. Mis pensamientos discurrían por estos derroteros:

«Valentine te está avisando: lo único que le importa son los negocios. Es un ser despreciable. Aunque pareció que la niña le caía bien. Valentine es un barril de pólvora con una mecha que acaba justo entre los dedos del Partido Demócrata, y Bird Daly es testigo de un escándalo, y por tanto, un posible problema».

Y también:

«Bird cree que has sido tú. Ella piensa que echarla de casa es idea tuya».

Mientras galopaba, mis ojos se movían incesantes en busca de un carruaje cerrado. Y ya sabía qué aspecto tendría. Un aspecto lo bastante oficial para engañar a la señora Boehm, que no era ninguna boba. Y tampoco lo era mi hermano, que Dios le acogiera en su seno después de que lo matara por lo que acababa de hacer. El carruaje debería de tener cortinas y estar bien pintado, y preferiblemente llevar un sello de alguna organización de beneficencia en la puerta.

Pero no vi nada parecido. Así que corrí como un grito al viento por Broadway, esquivando los autobuses, los carros pesados, los coches de alquiler y las carretillas. Sin muchas dificultades, a decir verdad, porque yo era un hombre solo a caballo, y no tenía tiempo de asustarme del riesgo de un accidente. Al pasar ante el desvío hacia Washington Square, me asaltó por un instante una imagen fija con el recuerdo de Mercy, sentada en el parque, hablando de Londres, tras haberse metido con los ojos abiertos de par en par entre una pequeña turba para liberar a un hombre negro. El recuerdo se perdió revoloteando rápidamente y fue reemplazado por pensamientos más lúgubres. Por las cosas que les pasan a los niños cuando acaban en la Casa de Acogida.

Bird cosería a destajo hasta que se quedara ciega a los veinticinco. Bird sería enviada a las inhóspitas praderas, que sólo invitan a que te rajes tu propio cuello, para convertirse en la esposa de un granjero de la frontera fracasado. Bird moriría de neumonía en las Tombs por robar la cartera a un rico en cuanto creyera que podía hacerlo sin que la pillaran.

Bird volvería a su antigua profesión.

Azucé aún más a la pobre bestia, y mis pulmones resoplaban tan rápido como sus cascos, mientras mi cuerpo entero se había convertido en una especie de oda a la velocidad.

Mientras me precipitaba por el arrogante Broadway, oyendo a mi paso chillidos desdeñosos envueltos en capas de raso, dejando atrás mansiones con lámparas de araña que se atisbaban a lo lejos como si fueran basura arrastrada por la marea, la velocidad me producía un escalofrío incontrolable que rivalizaba con la creciente desesperación fruto de mi impotencia. Todavía no los había visto. Y tendría que haberlos visto ya, no me cabía duda. Si es que estaban por allí para dejarse ver.

¿Adónde se la habían llevado?

Estaba planteándome dar la vuelta, espolear como un loco al inocente animal en

otra dirección. En cualquier dirección. En la correcta.

Pero entonces dejé de pensar.

Casi había llegado a la Casa de Acogida. Había bordeado Union Place en la calle Diecisiete, con su hierba marchita visible a la luz de la luna, pero cuyo flamante paisaje recién creado destilaba una irritante esperanza. Me faltaba muy poco para llegar. Y si hubieran sido listos, si hubieran pensado que yo podría presentarme en mi casa en cualquier momento y echar por tierra su plan, ¿qué habrían hecho?

«Han dado toda la vuelta a Washington Square y luego han atajado hasta la Quinta Avenida, tomando una ruta que no es la habitual pero que también les lleva aquí directamente. Porque si querían evitar mi persecución, seguramente habrán creído que yo les buscaría por Broadway».

O eso pensaba mientras llegaba a las puertas de la impresionante Casa de Acogida. Frené al castrado, y esperé. Escuché mientras mi respiración quebraba áspera el silencio iluminado por la luna.

Detenido allí, con la angustiada esperanza de haber llegado antes que ellos.

Es un arsenal federal abandonado. Me refiero a la Casa de Acogida. Negra como un pozo, entre las tierras de cultivo que van desapareciendo a su alrededor, más negra que los árboles, más negra de lo que sería un arsenal de verdad. Como ya he mencionado, se supone que los estrellas de cobre tienen que enviar aquí a los niños vagabundos. Pero yo nunca he cumplido esa orden. Y nunca lo haría. Pueden sancionarme cuanto les guste. Pueden encarcelarme en las Tombs por insubordinación, amenazarme con cualquier castigo, condenarme a trabajos forzados, ponerme grilletes, azotarme con el látigo tras atarme a un tonel, encerrarme aislado en una sala del tamaño de un armario sin luz durante días. Porque yo he crecido, he llegado a adulto y es probable que sobreviviera a tales maltratos.

Algunos de los niños de la Casa de Acogida no habían sobrevivido.

El caballo se estremeció, el sudor le corría oscuro como la sangre por el cuello mientras esperaba. Le froté las crines, percibí la inquietud del animal que montaba y le agradecí que de momento no hubiera decidido que yo le suponía más problemas encima que debajo. Los grillos me cantaban desde el vacío, y los susurrantes aleteos maliciosos de luciérnagas mortecinas zumbaban en mis orejas. El muro bajo en cuyas sombras me refugié tenía más de medio metro de grosor. Una fortaleza de piedra, de altura sobrada para desanimar a la mayoría de los potenciales fugitivos.

Pero no a Valentine, claro. Ni por asomo.

Lo irónico era que cuando lo habían encerrado ahí, nuestros padres estaban vivitos y coleando. Pero se trataba de una institución erigida para mantener a los jóvenes indolentes lejos de las calles, y luego reformarlos mediante una dosis contundente de «disciplina física y moral». Y contaba con la plena aprobación de los ancianos de la ciudad y de todos los padres cuyos hijos no solían robar licor de las

tiendas y bebérselo en el Battery.

Por tanto, no con la de Henry y Sarah Wilde.

Mis padres tardaron cuatro días en averiguar adónde habían llevado a Val. Otros ocho en conseguir audiencia con un juez. Como yo era un renacuajo de seis años, sólo recuerdo lo silenciosa que se había quedado nuestra casa. Cómo, de repente, resonaban los espacios vacíos. Las ausencias de mi hermano a los doce años eran sonadas, pero no precisamente previsibles. Y cada vez que se desvanecía, yo siempre daba por supuesto que volvería. Su regreso formaba parte del orden natural de las cosas. Pero aquella vez todo fue distinto: la forma en que mi madre era incapaz de dar una puntada a derechas, la manera en que un tragón como mi padre era incapaz de acabarse la cena. Cuando por fin pudieron hablar con el magistrado, el funcionario comentó que Val había sido pillado rompiendo unas ventanas. Pidió que le llevaran más documentación sobre su nacimiento. Y los echó.

Val volvió a casa dos días después, cuando mis padres estaban casi fuera de sí y no habían dejado de hablar entre susurros desde hacía cuarenta horas. Le habían trasquilado brutalmente la melena leonada y vestía un uniforme raído. Con una sonrisa traviesa pidió un trozo de carne y una cerveza. Mi padre era el que estaba más cerca de él y fue el primero en abrazarle, así que también fue el primero en darse cuenta de que la camisa de Val se había secado completamente pegándosele en los cortes ensangrentados que le cruzaban la espalda.

Aunque Val exagerara descaradamente sobre cómo fabricaban clavos de latón, o sobre las campanas del infierno emplazándolos a ir de un sitio a otro en medio de un silencio sepulcral, o sobre los mortificantes baños forzosos o sobre la comida podrida, nunca me importó. Vi con mis propios ojos la camisa de mi hermano. Henry Wilde no era un hombre que se dejara ir, pero cuando mi madre empezó a limpiar la tela que se había pegado a la piel de Val, le oí con toda claridad dando puñetazos en la pared del granero. Aunque yo sólo tenía seis años, sentí un impulso similar que no podía expresar con palabras así que rompí a patadas una caja de madera contrachapada.

La sola idea de que Valentine enviara a Bird a ese mismo lugar me producía horror y pasmo a partes iguales. Era tan descabellado como si hubiera salido de una pesadilla. Había tenido la misma sensación una vez que había soñado con un monstruo que tenía dientes en las puntas de los dedos y la boca infestada de uñas.

Oí unos cascos que se acercaban.

Venían rápido, a buen ritmo. Sin llamar la atención. Pero sin perder tampoco un segundo.

Una brisa a mi espalda recorrió trémula el muro de la prisión, como un eco del piafar amortiguado del caballo robado. Yo estaba enterrado entre las altas sombras de piedra, y el cochero del carruaje era seguramente el único que podría haberme visto.

Pero mi propia visión del vehículo que repiqueteaba al acercarse era muy clara. Se trataba de un carruaje de cuatro ruedas tirado por dos caballos, con cortinas en las ventanillas y, tal como esperaba, atisbé una especie de sello pintado en la puerta. A esas alturas ya tenía un plan.

Clavando los tacones en las costillas del animal, irrumpí en medio de la carretera.

—¡Alto! —grité agitando los brazos.

El par de caballos negros me obedeció en un abrir y cerrar de ojos, antes de que lo hiciera el cochero, pues me había plantado delante de ellos. El carruaje tendría que haber llevado luces por la noche. Vi las sombras de sus farolas que se proyectaban frías y sin encender desde sus cuatro esquinas; muy elocuente.

—¿Quién anda ahí? —gritó el cochero.

—Policía —agité mi solapa ante él—. Tengo que hablar con sus pasajeros.

No le di tiempo a responder. Avisé a mi castrado con un chasqueo de la lengua y me acerqué al trote a un lado del vehículo. Si el caballo se fiaba de mí porque era obediente por naturaleza o porque me prefería a su dueño, nunca lo sabré. Extendí la mano y abrí la puerta de golpe, con los pies a la altura de los peldaños metálicos.

Moses Dainty estaba en el lado izquierdo, el bigote se le retorció en un gesto de confusión impaciente. Scales estaba a la derecha, respirando por la boca, que es lo que hace cuando los planes se tambalean o la cosa se pone fea. Al lado de Scales, sentada, envarada, furiosa, sollozante y en perfecto estado, estaba Bird Daly. Ella frunció el ceño al verme, pero al instante dejó de hacerlo.

Bird sabe pillar una mentira, y a quién la dice.

—Dádmela —dije con brusquedad—. Sea lo que sea lo que os haya dicho, Madam Marsh la quiere de vuelta.

Los matones me escrutaron amenazadoramente y luego se miraron entre ellos. Mientras tanto, un brillo de rabia centelleó en la cara de la niña antes de que adoptara la expresión fija de la víctima de un naufragio. La mirada vacía de una persona medio ahogada que se aferra a una balsa, aguardando sin rumbo a que algo pase.

—No serás tan bobo como para engañar a un hombre del partido, Tim —argumentó Moses—, visto que...

—Sea lo que sea lo que os haya dicho mi hermano, he venido para comunicaros que ha cambiado de plan. Madam Marsh en persona me ha enviado. No querréis que ella vaya a quejarse al partido por un error manifiesto, sobre todo si he llegado a tiempo para avisaros, ¿verdad que no? Esta está reservada. Pasadme a la niña y no hablemos más.

—¿Madam Marsh? Pero, a ver... —empezó estúpidamente Scales—. ¿Es que ella...?

—Sí. En persona. Hace sólo una hora. He venido galopando hasta aquí, ¿es que no lo ves? Muy bien. Si queréis que Silkie Marsh piense que sois un par de ladrones

que le levantáis sus propiedades, a mí tanto me da. Pero no me gustaría ver lo que pasa cuando se os eche encima. Claro que, sin duda, el partido pagará los funerales.

—Esto iba a ser muy sencillo —intervino Moses—, no creo que debamos...

—Entregadme a la niña —le interrumpí— o echarán a mi hermano de los estrellas de cobre. Miradme. Tengo que pensar también en mi propio cuello, si es que lleváis esta cagada hasta el final, como al parecer estáis dispuestos a hacer. ¿Es que no me visteis esta mañana vigilándola en la reunión del partido?

Puede que tardara unos diez segundos, pero fue la combinación correcta de palabras. Scales, que tenía los brazos más largos, dio medio paso sobre el estribo, levantó a Bird por las axilas y la dejó delante de mí, sentada de lado en la silla de manera que su vestido no me estorbara al montar.

No esperé a darle las gracias. En cuanto pude agarrar a Bird por el torso, ya estaba cabalgando como un rayo de vuelta a la ciudad, en plena noche, a lomos de un caballo robado. Cuando llegamos al sur de Union Park, a salvo ya de los perplejos secuaces, le di un leve codazo, frenando el paso del caballo.

—¿Estás bien?

—¿Adónde vamos? —preguntó una vocecita.

—A casa. A ver a la señora Boehm. Y luego a buscar un escondite mejor.

Bird se acurrucó con más fuerza contra mí antes de que yo volviera a volar y el viento se llevara los últimos flecos de sus palabras.

—Nunca me creí que fuera usted el que me echó, señor Wilde —mintió—. Nunca.

Había oído a Bird contar un montón de mentiras. Por precaución, como defensa, para confundir, por simpatía. Pero era fácil digerir esas mentiras, porque Bird Daly necesitaba mentiras como otras criaturas necesitan conchas. Así que me había recostado y las había visto caer como las cuentas de un collar roto. No había nada que hacerle. Pero no estaba dispuesto a digerir su última invención. Ni por un segundo. Como ya he dicho, soy un hombre adulto.

—Bird, no mientas, por lo que más quieras —dije mientras espoleaba al caballo para que reemprendiera la marcha—, nunca más.

—Muy bien —susurró ella tras pensárselo un poco—. Entonces diré que me alegro de que no fuera usted.



Las luces de las ventanas de la panadería de Elizabeth Street temblaban alerta. Cuando frené al sufrido caballo, desmonté y estiré los brazos para bajar a Bird, me la robaron a los seis segundos. Esta vez fue la señora Boehm, que había salido corriendo por la puerta con su amplia boca agrietada en una sonrisa que no hacía juego con la visible humedad de sus ojos.

—¿Estás bien? —preguntó con brusquedad la señora Boehm, que parecía muy irritada con Bird por haberse dejado secuestrar.

—Me parece que sí —acertó a responder Bird—, ¿han sobrado pastelitos de semillas de amapola hoy?

Llevé el caballo a la tienda de comestibles. Miré alrededor. Todo tranquilo y silencioso ante el puesto de coles manchadas que olían a azufre, y dentro, en el mostrador de tablas, todo rezumaba normalidad. Até el caballo y le di un cubo de agua que había llenado en la bomba del Croton de la esquina. Lo cepillé un poco con un trapo de nuestro patio lateral y le di más agua fresca. El animal se estremeció satisfecho. La triste aventura no me había llevado más de una hora. Así, tras haber ganado otro punto para los estrellas de cobre, volví dentro.

—¿Dónde está? —le pregunté a la señora Boehm, me quité el sombrero y me recosté en una silla junto a la mesa.

—Arriba, con una torta y un poco de leche. —La señora Boehm había estado limpiando los hornos, pero se volvió para mirarme, con su cara sencilla y amigable torcida hacia un lado—. Dejé que se la llevaran. Fue culpa mía, yo...

—Ni por asomo fue culpa suya. Pero tendremos que procurar que no vuelva a suceder.

Asintió. Con una larga y grave exhalación se sentó delante de mí.

—Señora Boehm, lamento lo de su marido y su hijo.

No quería apenarla, pero era algo que necesitaba decir. Tal vez fuera egoísta por mi parte. Pese a todo, tenía que hacerlo. El nombre de la panadería repintado para dejar clara su propiedad no justificaba la entrada continua de clientes mucho más viejos que la pintura. Su forma de tratar a Bird, sin sombra de preocupaciones más adultas en su rostro mientras la niña hablaba. Ella la escuchaba de verdad. Conocimientos de cataplasmas, reservas de silenciosa paciencia, y un par de pantalones de nanquín guardados en un baúl.

—Gracias —dijo en voz baja. Y añadió—: Eso era una pregunta, ¿me equivoco?

—No, si le molesta. Sólo un hecho.

—Hace dos años llevaron ganado por Broadway. Muy deprisa, y los animales se asustaron. Se descontrolaron. —Vaciló, con el pulgar restregó una viscosa manchita de mantequilla sobre la madera—. A veces me pregunto si podría haber oído antes el peligro. La estampida, los cascos. Pero todo pasó demasiado rápido para Franz, y Audie iba subido a sus hombros.

—Lo siento —repetí.

La señora Boehm se encogió de hombros de un modo que significaba que yo no pintaba nada en aquello, pero no que ella no siguiera sufriendo con el recuerdo.

—Tengo una tienda y una casa. Cuando pasó, una vecina me dijo que había tenido suerte de conservar tanto y que ésa era la voluntad de Dios. Qué estúpida —

concluyó—. Que Dios cree algo tan joven y perfecto y luego lo aplaste. ¿Para qué tomarse la molestia? Los estúpidos creen que Dios piensa como ellos. Puede que Dios no esté ahí, pero lo que no creo es que sea estúpido.

Una llamada a la puerta resonó a nuestras espaldas. Un leve rat-tat-tat.

Con cautela, abrí la puerta. Había habido algo raro en el repiqueteo de la llamada, aparte de que fuera suave, y me di cuenta de qué era cuando bajé la mirada. Los nudillos eran muy pequeños, y el punto al que habían llamado a los tablones estaba un metro por debajo de donde sería esperable.

—Neill —dije—, ¿qué ha pasado?

Neill estaba jadeando, sus pequeños hombros huesudos subían y bajaban rítmicamente. Llevaba ropa de beneficencia de buena calidad: camisa de algodón, un chaleco de tweed deshilachado y calzones de pana que no llegaban a cubrir sus brillantes rodillas medio peladas.

—El padre Sheehy le necesita en San Patricio. Él no ha podido venir. Me ha mandado a mí. Está vigilándolo, él, lo mejor que puede, pero le necesita, vamos, tengo que llevarlo allí a toda prisa. Por favor.

—¿Hay alguien herido? —pregunté tras agarrar el sombrero y advertir a la señora Boehm que no abriera la puerta a nadie más que a mí mismo.

—No sabría decirle —dijo Neill jadeando en cuanto empezamos a correr—. Pero alguien ha sido asesinado, y asesinado con saña, eso es tan cierto como que hay un irlandés loco merodeando por las calles.

DIECIOCHO

Sin duda deben existir demonios con forma humana, a los que se permite ejercer, durante un tiempo, un pleno dominio sobre la tierra, para así fortalecer la causa de una fe más pura y más sagrada.

• American Protestant in Defence of Civil and Religious Liberty Against Inroads of Papacy, 1843 •



«Pero no, no hay ningún loco —me repetía, testarudo, mientras corríamos—. Por favor. No puede existir. Si existe lo pagaremos caro, muy caro, todos y cada uno de nosotros. Si hay un demonio irlandés enloquecido merodeando por estas calles, la gente perderá la poca cabeza que le quede».

Las escasas manzanas hacia el norte que nos separaban de las dos vertiginosas agujas de la catedral de San Patricio fueron quedando atrás, irreales, falsamente familiares. Recortes de papel para un escenario teatral de vendedores de periódicos. El aire, ya de por sí muy caliente tan a ras de suelo, se tornó áspero y espeso al pasar por delante de un nauseabundo socavón, y, en mis ansias por ir más deprisa, me arrepentí de haber resuelto el delito del caballo que acababa de robar de la tienda de Elizabeth Street.

Giramos a la izquierda en Prince Street, y ahí, ante nosotros, se alzaba San Patricio, el monumento al Dios católico iluminado en tonos pálidos por la luz de la luna. Era la única hora de la noche en Nueva York en la que las calles adquieren cierta tranquilidad: el resguardado callejón donde se cobija el tiempo perdido que se extiende entre las tres y media y las cuatro de la madrugada. Nada que ver con las dos, una hora anegada en ginebra y que todavía olía a las chuletas de última hora, a los cafés de después de la ópera y al sexo en callejones traseros. Ni tampoco con las cinco, cuando los caballos vuelven a inundar las calles y los gallos cantan como maníacos. Era ese lapso entre la diversión y el trabajo, cuando una fulana que se encamina a la cama tras una noche entera de depravación puede tropezarse con un albañil todavía medio ciego de sueño que inicia su larga caminata a su obra, a cinco kilómetros de su casa. Ralentiqué el paso y me volví hacia Neill.

—No hay ningún irlandés loco persiguiendo a los niños católicos —dije, desesperado por creérmelo yo mismo—. Eso sólo es un rumor malintencionado basado en una carta falsa que publicó el *Herald*. Y el periódico ya se ha retractado, Neill.

Neill negó con la cabeza, apenado ante mi ignorancia, mientras sus venas azules se estremecían visibles sobre su blanco cuello.

Se había congregado una pequeña multitud ante las puertas triples de la catedral.

Sobre todo irlandeses. Algunos americanos. La mayoría con una expresión que yo ya había visto antes: las mismas miradas anhelantes, asustadas e infantiles que tenían los espectadores cuando contemplaban cómo se quemaba la mitad de la ciudad.

—Ya os he dicho que no —decía el padre Sheehy con resolución. Sostenía una pistola. Amartillada, visiblemente cargada y, a todas luces, vieja conocida suya, apuntando hacia la acera, por el momento—. Y lo repetiré tantas veces como queráis escucharme, tanto tiempo como no tengáis nada mejor que hacer.

—¿Es que no tenemos derecho a ver la obra del diablo? —preguntó una vieja ceñuda—. Y más todavía cuando ha visitado a nuestra propia gente.

—Que yo sepa no es pariente suyo, señora MacKenna. Rece por su alma, rece por nuestra gente y rece de paso por que Dios nos ilumine con su sabiduría, y vuélvase a casa.

—¿Y qué pasa con nuestras casas? —preguntó un tipo de barba negra y penetrantes ojos azules. Era evidente que estaba pensando en un futuro empleo municipal con los demócratas, y también se notaba que era padre: podía verse en su rostro un pavor racional y no sólo por sí mismo—. ¿Qué me dice de nuestros hijos?, ¿y de nuestro sustento cuando la noticia se propague como un incendio?, ¿acaso no podemos mirar directamente a los ojos del enemigo?

Los labios de Sheehy estaban tan apretados como la piedra de la pared a su espalda.

—Ese chico nunca fue nuestro enemigo, señor Healy, aunque ya sé que lo dice con buena intención. Más vale que cuide de su familia, y yo sé cómo debe hacerlo, hijo mío. Ande, váyase.

—Apártense de la puerta —grité, pasándome los dedos por la estrella de cobre.

Las ya familiares muecas de desdén asomaron en las caras de los allí presentes al ver a un estrella de cobre. En varias de ellas, las muecas dieron paso a una amenazadora exhibición de dientes. Pero en otras, la expresión se paralizó primero y desapareció después. No entendía por qué, pero agradecí mucho que no creyeran que buscaba pelea. Los ojos del padre Sheehy se fijaron en mí por un instante y luego volvieron a sus parroquianos. Seguía tenso, pero al menos mi llegada le había aligerado parte del peso que soportaba.

—Ya han oído al señor Wilde, y ninguno de ustedes querrá contrariar a un estrella de cobre, ¿verdad? Vuelvan a sus trabajos y a sus camas. Rueguen por el alma del chico. Recen por la ciudad.

Mientras me ponía al lado del padre Sheehy en la puerta de la izquierda, varios desconocidos me señalaron discretamente y negaron con la cabeza. El cura abrió una rendija de la alta puerta y se colocó delante, con una expresión vacía. Yo me incliné hacia Neill.

—Te pagaré para que vayas corriendo todo lo rápido que puedas a las Tombs y

busques a un agente —dije—. Está a punto de llegar allí y luego saldrá hacia el norte de la ciudad. Se llama señor Piest. Jacob Piest. ¿Sabrás encontrarle?

—Claro —respondió el chico, que salió volando de nuevo.

—¿Cómo es posible que me conozcan? —le pregunté en un susurro al padre Sheehy cuando me hizo sitio para que entrara.

—Supongo que no sabe nada acerca de un policía que se enfrentó a tres estúpidos irlandeses en cuarenta asaltos por un carpintero negro —dijo suspirando—. Ya, supongo que tan sólo debe de tratarse de una leyenda irlandesa. Pase, rápido.

Me volví hacia el sacerdote, un tanto asombrado de mi pequeña fama cívica. Nos quedamos detrás de la puerta un instante, mis ojos parpadeaban para enfocar, y me creí preparado para encolerizarme ante una imagen espantosa que, a esas alturas, ya había visto demasiadas veces. Pero preparado también —de verdad, estaba entusiasmado con mi recién descubierta competencia profesional— para trabajar.

Entonces un escurridizo temor animal trazó una línea gélida a lo largo de mi espalda.

Aún no había visto nada. Pero percibía un olor. Un olor que era como un eco de la sensación de la moneda fría que me recorría desde el cuello hasta el suelo. Un olor que tenía algo de chatarrería, algo de tajada de chuleta y algo de sumidero. Sentí en la boca el regusto de cuchillos y de tierra húmeda. Horrorizado, acabé de darme la vuelta.

Había una pequeña sombra clavada de pies y manos a la puerta central de la catedral con un charco oscuro debajo.

Ahugué unas palabras que seguramente nunca se habían pronunciado en un lugar de culto. Fuera lo que fuese aquello, era una profanación. Retrocedí tambaleándome, tapándome la boca con la mano. No fue mi mejor exhibición de autodominio. Y me alegro. Me alegro incluso ahora. El padre Sheehy esbozó una mueca, una expresión rota, humana; sus ojos se apartaron de lo que yo acababa de ver y se fijaron en mí mientras nos alejábamos de la profanada entrada.

—Tenían derecho a preguntar por el chico. Los vecinos, me refiero, aunque no habrían querido verlo si hubieran sabido en qué estado se encontraba. Pero la noticia ha corrido ya, desde hace media hora. Llegué demasiado tarde. Quienquiera que haya hecho esta obra impía, quiso que encontráramos a la criatura cuanto antes y dejó esa puerta abierta de par en par, hacia la calle.

Sólo acerté a sacudir la cabeza, tapándome los labios con los dedos para que el corazón no se me saliera por la boca.

Lo que estaba mirando no podía ser. Simplemente, era imposible, pero allí estaba; y dos hombres cuerdos se asomaban al interior de las fauces rojas de la locura. Neill no lo había visto, no me hacía falta preguntárselo para saberlo. Cuando hablé con él estaba lívido y emocionado, pero mantenía la calma. Esta muerte habría tenido

repercusiones mucho peores en él que la simple noticia de un nuevo asesinato.

—Y entonces ¿quién lo descubrió?

—No sabría decirle porque la puerta estaba abierta hacia fuera, pero yo me enteré por boca de una mendiga que barre la calle por unas monedas en esta manzana. No está en condiciones de que la vea, pobre mujer. Sabe Dios quién más la escuchó porque cuando yo la encontré estaba chillando con tanta fuerza que habría despertado a los muertos. La he encerrado en la sala de música, con comida, bebida y una generosa dosis de láudano. Que Dios me perdone.

«Encuentra a Piest —suplicué en dirección hacia donde Neill había partido mientras mis ojos se cerraban con fuerza y luego los obligaba a abrirse—. Ahora mismo sólo necesito una cosa: dos ojos más penetrantes que los míos».

La cruz abierta en carne viva era en realidad el menor de mis problemas. Era un chico muy joven y delgado. De unos once años, por el aspecto de su cara y el tamaño de su bien visible caja torácica. Irlandés, obviamente, el pelo rojizo y la cara pecosa no invitaban a la duda. Cuando me obligué a mirarle las manos vi que no era un trabajador. Me habría jugado la vida a que se había prostituido, y se veían restos de *kohl* alrededor de los ojos, donde él, o su asesino, no habían podido limpiarlo del todo.

Pero el resto... había mucha sangre. Tanta sangre, y el cuerpo tan pequeño. Le empapaba la ropa desgarrada, formaba un charco en el suelo, goteaba por los gruesos tablones de roble a los que le habían clavado las manos y los pies. Rodeando el cuerpo, como puntos de una silueta, había unas marcas claras rayadas caóticamente sobre la madera.

—¿Con qué están pintados esos símbolos? —pregunté con voz áspera—. Esas, esas, todas esas cruces. Son siete, ¿por qué? Es algo nuevo, nunca había pasado antes. ¿Y qué utilizó? A mí me parece cal normal y corriente. ¿Es cal? Eso me parece.

—A mí también.

—No está seca, pero le falta poco. Eso podría servirnos.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cuánto tarda en secarse la cal?

—Ah, ya entiendo. Sí, sí, claro. No sé, yo diría que no más de noventa minutos cuando tiene ese grosor, ¿no?

Me obligué a dar un paso adelante, la parte superior de mi cuerpo se doblaba como un signo de interrogación. Respiré hondo. El aire estaba enrarecido, viscoso como una lámpara de aceite. Incienso mezclado con el hedor acre de la sangre sacrificial.

—¿Le conoce, padre?

—No, nunca lo había visto. He intentado recordar. Pero no sé quién es.

Seguimos mirando un poco más. Aturdidos por la impotencia.

—Esto no está bien —susurré, aunque ni yo mismo sabía qué quería decir con eso.

Unos golpes contundentes al otro lado de la abominable puerta me pusieron la piel de gallina. El padre Sheehy siseó algo entre dientes en su propio idioma y se pasó las puntas de los dedos por la reluciente calva, mientras se precipitaba hacia la entrada inmaculada de la izquierda como una marioneta desmadejada.

—¡Tengo que ver al señor Timothy Wilde por una urgencia civil! —chilló la voz de una langosta medio sumergida en una olla de agua hirviendo.

Enderecé los hombros. Nunca había formado parte de nada parecido a un ejército. Ni de una brigada, ni siquiera de una pandilla de gamberros riñendo por un territorio. Pero tal vez era aquello lo que se sentía cuando llegan los refuerzos, pensé. Como si volvieras a ser un hombre. Simplemente porque ya no estás solo. Solo, yo no era más que un excamarero encogido que miraba aterrorizado a la muerte. Dos estrellas de cobre volvieron a transformarme en un policía.

—Neill —dije por encima del hombro del padre Sheehy hacia el aire vacío y silencioso—, gracias. Ahora necesito al doctor Peter Palsgrave. Tan rápido como puedas.

Cuando le hube dado a Neill la dirección y ya había partido a la carrera, y el señor Piest hubo entrado por la rendija de la puerta con su linterna medio apagada, me aparté con Sheehy. Mi colega estrella de cobre se dio la vuelta para echar un vistazo. Se quedó allí, con el corazón casi sin latir. Pero no empalideció. Enrojeció como la camisa de un bombero, los labios se le retorcieron sobre la dentadura mellada, y entonces supe que estaba tan encolerizado por este maldito lío sangriento como yo.

—Primero —dijo el señor Piest—. Lo primero. Qué hacer. ¿Qué es lo primero?

—¿Lo desclavamos? —preguntó el sacerdote, con la voz intencionadamente endurecida para no parecer asustado—. Esto es una ofensa a la Santa Iglesia. A Dios mismo.

—No. Esperemos al médico —respondí.

Me costó un mundo pronunciar las palabras.

—Y al jefe Matsell —coincidió el señor Piest—. Ya he mandado que le avisen.

Asentí y me volví hacia Sheehy.

—La puerta principal en cuestión, ¿no me había dicho que estaba abierta? Pero la catedral estaría cerrada, ¿no?

—Sí, sí. Guardo las llaves en la rectoría, usted ya lo ha visto.

—¿Han roto algo?, ¿ventanas, cerraduras?

—No sabría decirle. Todo ha pasado muy rápido y tuve que vigilar la entrada. Aquí tengo mis llaves, que encontré donde las había dejado. Alguien debió de forzar la puerta.

—Entonces ¿aún no ha revisado todo el santuario, padre? —preguntó el señor

Piest, que retrocedió para interrumpir su cuidadoso examen del cuerpo.

—Yo... no, salvo para asegurarme de que el monstruo se había ido. ¿Lo hago ahora?

—Padre Sheehy, vaya con el señor Piest a recorrer el edificio y fíjese atentamente en cualquier cosa que esté fuera de su sitio —sugerí—. Me quedaré con sus llaves. Voy a ver si descubro cómo entró nuestro hombre.

—Muy bien. El jefe no tardará en llegar —añadió mi colega, moviendo las manos cerca del codo del sacerdote en gesto protector—. Encontremos algo que enseñarle cuando se presente.

Cogí la pequeña lámpara que había estado utilizando Sheehy y el señor Piest abrió las cubiertas de su linterna humeante. Nos separamos, moviéndonos con presteza pero con cautela. Oía al señor Piest interrogando al padre Sheehy en un tono monocorde y experimentado. Preguntas pensadas tanto para tranquilizar como para sonsacar información. ¿Qué noche había pasado? Una muy atareada, presidiendo en la catedral una reunión interconfesional en la que se abordó la propuesta de crear una escuela católica. Habían participado una docena de prohombres de la ciudad. Todos absolutamente en su contra.

—¿Quiere que le dé la hora de la reunión, que le expliqué al minuto cuándo me calumniaron todos y cada uno de ellos? —preguntó—. ¿Quiere los nombres?, ¿los de los hombres que no creen que los niños católicos deban ser educados como católicos?

¿A qué hora se había retirado a sus alojamientos? A medianoche. ¿Habían amenazado alguna vez a la catedral? Sí, muchas veces, aunque nunca han ido más allá de tirar unas cuantas piedras y ladrillos. Me deslicé a lo largo de la pared, dándole la espalda a la escena infernal, intentando no pensar que el desafortunado crío podía verme. Intentando no pensar qué le habría pasado a esa criatura antes de morir. Me sonrojé, algo que, según había notado recientemente, me hacía sentir pinchazos afilados en mi cara cicatrizada, por debajo de la fina venda. Dejé de oír el amable interrogatorio del señor Piest cuando los dos desaparecieron en la galería del órgano, en el lado este de la iglesia. Y en cuanto sus voces se desvanecieron, volví a oírlo en mi cabeza. «Esto no está bien».

Y entonces pensé, con rabia: «Claro que no lo está».

A lo largo de las paredes laterales de San Patricio se alternan pequeñas franjas de vidrieras de colores. Al fondo, donde se alzan las agujas y se guardan en unas pequeñas salas vestiduras y objetos sacramentales cuyo nombre desconozco, hay otras tres puertas. Cuando abrí la puerta de la derecha y salí al exterior, un indicio de cobalto anunció que el alba no tardaría en dibujarse. Un destello febril al borde del firmamento, que me aceleró la respiración.

Me arrodillé y miré una por una cada cerradura, sin saber muy bien qué estaba buscando. Todas eran de hierro liso y frío, y todas bastante comunes: decoradas,

despedían un leve olor rancio. Un lustre limpio en la superficie. El pulido no mostraba el menor arañazo. Forzar una cerradura, lo sabía porque Valentine había considerado su deber enseñarme a forzarlas, a menudo deja huellas. Pasé el borde afilado de una de las llaves del padre Sheehy sobre la superficie y, como era de esperar, dejó una marca. Pero, bien mirado, eso no me decía gran cosa. Si un manitas de sangre fría era lo bastante hábil y utilizaba una pequeña ganzúa, podía hacerlo sin dejar rastros visibles.

Di la vuelta hasta la fachada, donde los bloques grises tallados acababan y la piedra arenisca de un rojo apagado saludaba al transeúnte. La gente había vuelto a congregarse, entre susurros. Me miraban. No les hice caso y me arrodillé.

En vano. El mismo bruñido intacto era visible en las cerraduras de la entrada delantera, todas limpias, simples y desafiándome a que descubriera algo mientras iluminaba sus ojos. Me detuve un par de segundos más en la entrada central, intuyendo la imagen inversa a través de la puerta, con la claridad de una visión. Sentí el peso del cuerpo al otro lado, que colgaba más pesado en mi pecho que en la verdadera gravedad física.

Volví a entrar por la puerta de la izquierda. El señor Piest y el padre Sheehy estaban ante el altar, compartiendo la luz y las expresiones volátiles bañadas por el queroseno.

—¿Hay otro juego de llaves? —pregunté al devolver el que había utilizado.

—No —respondió el padre Sheehy.

—Entonces el asesino es sencillamente muy bueno con las cerraduras, lo que limita nuestra búsqueda a los seis o siete mil rateros camorristas de esta ciudad. Veo que a ustedes les ha ido mejor.

Habían dispuesto varios objetos en una tela desplegada sobre el banco de delante. Una bolsa de clavos de hierro grandes, cuya forma me resultaba ahora enfermizamente familiar. Un martillo. Una sierra, envuelta en un trozo de lona que no había impedido que se manchara de sangre. Un pincel que resplandecía marfileño a la luz amarillenta, y un pequeño tarro de cal. Un saco, vaciado de lo que hubiera contenido, y plegado: en conjunto, un pequeño equipo completo para la transgresión de todo lo que está bien.

—¿Dónde estaba todo esto?

—En mi sacristía, colgado con mis vestiduras —respondió el padre Sheehy.

Las palabras rechinaron al salir casi por la fuerza de sus labios. No sabía que un hombre pudiera contener tanto su rabia utilizando sólo la mandíbula.

—Y las puertas exteriores no están forzadas —añadió el señor Piest despacio—, usted es el único que tiene la llave, y estas herramientas estaban ocultas en su propia sacristía privada.

—¿Acaso cree que yo, siendo católico y un obediente servidor de Su Santidad y

de la Iglesia de Roma, pensaría en acabar con el vicio cometiendo una barbaridad tan profana que da un nuevo sentido a la idea misma de pecado? —gruñó el sacerdote—. Esto... esta... salvajada, esta maldad bárbara, esto es una cerilla encendida a las puertas de las moradas de los irlandeses de Nueva York. Créame, yo no emigré para destrozar a mi rebaño.

—No, no, señor, era un comentario a su favor —explicó el señor Piest—. Sin la menor duda.

—Pues le agradecería que me explicara cómo.

—Porque nadie actuaría así —respondí al comprender lo que quería decir mi colega estrella de cobre—. Nadie asesinaría a un niño y luego delataría dónde ha escondido sus herramientas. Si las hubiéramos encontrado sin su compañía, tal vez nos habría dado otra impresión. Tal como están las cosas, el asunto pinta feo.

—¿En qué sentido?

—Alguien acaba de asesinar a otro niño, pero esta vez quiere que creamos que fue usted.

—¿Cree que por eso pintaron las cruces alrededor del cuerpo? —exclamó el señor Piest chasqueando los dedos—, ¿para culpabilizar al padre?

—No sabría decir, aunque me gusta más esa explicación que la otra posible.

—¿Que es...?

—Que el tipo ha perdido la poca cabeza que le quedara.

Pum pum pum.

Esta vez, los golpes resonaron sordos desde la parte de atrás de la catedral. El señor Piest corrió hacia allí, tras coger las llaves. Yo me quedé con el padre Sheehy, esperando que no se me pusiera verde y se desmayara o se sumiera en un negro silencio. Pero no había razones para preocuparse. Parecía tener ganas de repintar una de las vidrieras de los colores de arcoíris de la iglesia tirando por ella la cabeza de un cabrón enfermo.

El jefe Matsell entró, con el doctor Peter Palsgrave pegado a sus talones. El señor Piest les seguía, tras haber despedido de nuevo a Neill.

—Póngame al corriente —dijo el jefe—, ¿tan malo es?

—No se me ocurre nada peor —respondí haciendo un gesto.

Nos dirigimos con resolución hacia la parte delantera de la iglesia. Estaba a punto de dar más explicaciones, con el señor Piest y el padre Sheehy andando respetuosamente detrás, cuando el doctor Palsgrave empezó a gritar.

Fue un sonido espantoso, sobrenatural, algo que se desgarró de su garganta y que debería haberse quedado en su sitio. Un ruido íntimo. Angustiado y aterrado, como si se hubiera abierto un foso a sus pies. Al instante, se quedó clavado y se derrumbó sobre el banco más próximo.

—Doctor, debe de haber visto sangre antes —señaló el jefe Matsell, incrédulo

ante aquella reacción.

—No, no es nada —dijo jadeando el doctor Palsgrave, agarrándose el pecho—. Sólo mi corazón. Oh, mi corazón. Dios, ten piedad, ¿qué ha pasado?

—Lo mismo que pasó las otras veinte veces —dije con un filo cortante en la voz.

—Pero esto. Esto, esto... Mírenlo —gritó Palsgrave, y se puso en pie apoyándose en el respaldo del banco que tenía detrás—. Y se lo han hecho a un niño indefenso. ¿Quién podría digerir un acto así? Yo no puedo... es una completa locura.

«Esto no está bien», me anunció mi cabeza despiadada.

—El estado mental de nuestro hombre se deteriora por momentos —convino el jefe Matsell categórico—. No hemos hecho caso a sus advertencias, y se ha lanzado a una espiral de violencia. Bien, ahora dígame qué más ha descubierto, Wilde, mientras el doctor Palsgrave realiza un examen preliminar. Doctor Palsgrave, contrólese.

El casi histérico especialista parecía dominado por el miedo, pero se retorció hacia delante como si hubiera resuelto pasar por alto la tormenta que se había desatado en su pecho. Sentí un poco de pena por el doctor, mientras oía a Bird en mi cabeza. Me creía que amaba a los niños. Y yo olía la sangre a diez metros. Esto era una pérdida explícita, la antítesis de la curación del médico. «Si se acordara de nuestros nombres y nos viera luego... bueno, eso querría decir que hemos vuelto a enfermar, ¿no? Que ha fallado». Pero el jefe tenía razón, y el doctor lo sabía, así que parpadeó con fuerza varias veces y se acercó como un autómatas a la puerta central.

A los cinco minutos, el doctor Palsgrave quiso que se bajara el cuerpo al suelo, ya nada se obtenía con contemplar ese lúgubre espectáculo de la puesta en escena de un loco. El jefe asintió, y el padre Sheehy cogió una palanca, y entre aquella pareja de hombres de hierro lo descolgaron en tres minutos. Estiramos al chico sobre un trozo de lona, donde parecía mucho más pequeño que un momento antes.

Pasaron volando unos minutos, y el doctor Palsgrave nos dio su veredicto final.

—Que yo sepa, nunca había visto a este niño. De vivo, estaba sano, debía de tener unos once años, sus órganos están todos intactos, y ha muerto de una sobredosis de láudano —anunció el doctor Palsgrave.

Le miramos fijamente.

—Tiene restos de saliva en los labios, lo que indica el inicio de náuseas. Eso, por sí solo, no sería concluyente, pero es que, además, muestra todos los signos de asfixia: las uñas azuladas, y también los labios.

—Así que lo estrangularon —dijo el jefe.

—De ningún modo, no hay ninguna señal en el cuello del niño.

—Entonces ¿fue envenenado? Pero...

—Huelan la mancha que hay en el cuello de la camisa del chico ustedes mismos ¡y díganme si no es un opiáceo con sabor a anís! —gritó el anciano—. No me extrañaría que lo hubieran mezclado con morfina, porque parece haber hecho efecto

antes de que llegaran las náuseas.

—Resulta un poco inverosímil, ¿no cree, doctor? —probó el señor Piest—. El método parece bastante... humano. ¿Le parece probable?

—Nos estamos enfrentando a un maníaco religioso homicida, y ¿me viene usted con probabilidades?

—¿Me está diciendo —gruñó el jefe Matsell— que una mala bestia con la mente enferma irrumpió aquí con un cautivo, lo envenenó y tras dejarlo apaciblemente dormido, lo clavó a la puerta y lo abrió en canal?, ¿para impresionar a los demás o algo así?

—Oh, Dios misericordioso —susurró otra voz, apenas audible.

No importa lo enzarzados que estuviéramos en la discusión, no importa lo concentrados que estuviéramos en el cuerpo extendido en el suelo, hasta el día de hoy no puedo creer que yo, Timothy Wilde, no percibiera el susurro de los pasos de Mercy hasta que ella estaba ya casi a nuestro lado. Con su propia linterna, el pelo suelto, exangüe como la luna. Los ojos clavados en el último sacramento del asesino. Pero sí me dio tiempo a cogerla cuando se desplomaba, y al desmayarse dijo algo que bien podría haber sido «Timothy».

DIECINUEVE

Y preguntamos de nuevo: ¿es la romana la religión para América? Como concepción religiosa, es un viejo fósil de las Edades Oscuras, creado para asustar a un pueblo supersticioso y tosco, y en todas sus peculiaridades en directo antagonismo con la religión de la Biblia, que es la religión de estos Estados Unidos.

• Carta escrita al obispo Hughes, de la Catedral de San Patricio, Nueva York •



Esto es lo que sucedió aquel día, un domingo, el 31 de agosto, durante las diecinueve horas que precedieron al desmoronamiento de la ciudad de Nueva York. Desde las cinco de la madrugada, cuando Mercy llegó a la catedral y el resplandor escarlata del alba empezaba a arder sobre la superficie grisácea y fría del East River, hasta alrededor de la medianoche, cuando la cerilla prendió por fin la mecha.

Me perdí la llegada de los discretos estrellas de cobre encargados de trasladar el cuerpo a las Tombs. El padre Sheehy me había dejado otra vez las llaves, y estaba depositando a Mercy en la cama del sacerdote. El dormitorio era sencillo, humilde. Había arte religioso en las paredes, de manera que tampoco era la celda de un monje, que estaría totalmente despojada para mayor gloria de Dios. Hasta donde conocía al padre Sheehy, el espacio le pegaba: respetuoso, culto y honesto. La cama estaba arrimada a la pared, cubierta con una sencilla colcha. La retiré y deposité a mi desvanecida paciente temporal.

Mercy abrió los ojos. Unas rendijas azul claras asomaron a través de un cielo nublado.

—Marcas. —Tenía que esforzarse para hablar, apenas si había recuperado la conciencia—. ¿Qué ha pasado?

—No pasa nada. Está en la habitación del padre Sheehy. Pero...

—¿Qué le ha pasado a Marcos, señor Wilde?

En sus ojos había aparecido un brillo, un destello que me desgarró por dentro.

—Así que ése es su nombre —dije en voz baja—. Lo conoce. ¿Cómo se le ocurrió venir aquí?

—¿Le hicieron..., le hicieron eso antes? —preguntó Mercy, mordiéndose el labio inferior con tanta fuerza que me entraron ganas de cogérselo con los dedos, arrancárselo suavemente de entre los dientes y ofrecerle mis nudillos como sustitutos.

—Fue con láudano. Él no sintió absolutamente nada. Por favor, explíqueme qué le ha pasado a usted.

—¿Sabe quién lo hizo?

—Todavía no. Mercy, por favor.

Su cabeza oscura cayó sobre la almohada. Tenía que hacer tal esfuerzo para

contener el llanto que bastó que yo pronunciara su nombre para que se dejara ir y se desplomara. Cuando me oí pronunciarlo, ejerció casi el mismo efecto en mí, pero uno de los dos tenía que mantener la calma. Y yo podía, también, si era por ella.

—Oí gritos por las calles —susurró—. Todos de voces irlandesas. Se llamaban entre ellos, en plena oscuridad. Decían que había un demonio suelto y que había profanado San Patricio.

Me quedé helado. Los periódicos ya no importaban nada. Nada de lo que habíamos hecho para mantener oculta esta estúpida investigación importaba ya, habíamos quedado tan al descubierto como lo había estado el pobre chico, expuestos a la vista pública.

—Me puse el vestido y la capa sin encender la luz —prosiguió Mercy—. Yo..., yo creía que a lo mejor sabía quién era, creía que..., no sé, que podría ayudar. Creía que a lo mejor usted estaría aquí. Que a lo mejor podíamos aclararlo.

Algo exclusivamente egoísta se adueñó de mi brazo. Lo extendí y deslicé mi mano en la suya. No lo hice adrede, pero el gesto era sólo para mí y no para consolarla. Ella tenía los dedos fríos y los acurrucó dentro de la palma de mi mano.

—Se llama Marcas, pero sólo porque así le apodan los demás. Y no tiene nada que ver con Silkie Marsh. Su casa está casi tocando al East River, en la punta sudoeste, en el cruce de Corlears Street con Grand. Allí sólo viven chicos. Lo traté una vez de tos ferina. Cuando le vi, yo..., lo siento.

Medio segundo más tarde sollozaba en mi hombro, intentando no hacer el menor ruido. Mis brazos le rodeaban la espalda, su boca abierta se hundía en mi chaqueta. No debería enorgullecerme si digo que fue el momento más feliz de mi vida. Pero, en medio del paisaje de pesadilla por el que había estado vagando, creo que lo fue.

Se tranquilizó un poco, ruborizada cuando se retiró. La dejé ir y le di mi pañuelo.

—Necesito explicarle algo —le pedí con calma—. Usted es la única persona en quien puedo confiar que me escuche con atención.

Mercy suspiró oscuramente.

—¿Puedo levantarme de la cama antes de darle mi experta opinión?

Fuimos a la cocina. Sentía como si mi cabeza fuera un polvorín de fuegos artificiales. No tardé mucho en encontrar el whisky del padre Sheehy, un entrañable tercio de una botella con seis meses de polvo por encima, y serví dos vasos generosos.

—¿Usted cree —le pregunté— que el asesinato debe tener una razón?

—Para el asesino, sí —dijo ella despacio—; si no, ¿por qué iba a hacerlo?

—Y bien —expuse, tranquilizado al comprobar que se había recobrado lo bastante para responder a mis preguntas con más preguntas—, ¿cuál es la razón en este caso?

Mercy me miró entornando los ojos. Echó la cabeza hacia atrás y dio un sorbo del

licor.

—La religión —respondió, seca como el polvo.

—¿Y no la política?

—En Nueva York, ¿no son lo mismo?

—No —objeté—. Fíjese en esto: un hombre que decide asesinar niños y profanar sus cadáveres en secreto actúa movido por motivos religiosos, o por una desviación desquiciada de los mismos. Pero no por razones políticas. La política no tiene que ver con el secretismo, sino con la prensa.

—Sí —convino ella lentamente—, pero las cosas han cambiado desde... desde aquella... crueldad en la iglesia, ¿no?

—Exactamente. Y por eso creo que le ha pasado algo a nuestro hombre. A lo mejor se ha puesto nervioso, porque nos estamos acercando a él. A lo mejor se está volviendo más loco. Hay otra carta, una que le mandó al doctor Palsgrave, que apunta en esa dirección. A lo mejor quería implicar al padre Sheehy por algún motivo impío. Lo único que sé es que ha ido más lejos de lo que habíamos visto hasta ahora, y no creo que los demás asesinatos fueran cometidos por razones políticas, tanto da lo que escribiera al *Herald*. La crueldad de este acto tiene un propósito. Las cruces encaladas dibujadas alrededor del chico, la escenificación..., todo era deliberadamente cruel para llamar la atención.

La mandíbula de Mercy estaba moviéndose de nuevo.

—Doy por sentado que la catedral estaba cerrada. ¿Cómo entró?

—Todavía no lo sé. Pero lo averiguaré, por mi honor.

Se levantó, y se acabó con gesto grácil su whisky.

—Rogaré para que lo consiga, señor Wilde. Y ahora debo irme, salí de mi casa muy deprisa.

Conociéndola como la conocía, no había esperado más. Pero se detuvo cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta y me miró con una ceja ladeada.

—¿Me promete que tendrá cuidado?

—Se lo prometo —respondí.

Mercy Underhill se fue a su casa.

Me quedé un momento sonriendo estúpidamente al whisky. Le di vueltas a mi trabajo, que era angustioso; a mi misión, que era casi imposible; a mi cara, que estaba deformada; a mis ahorros, que ya no existían.

Vací el vaso, y di un trago en silencioso brindis por cada una de esas desgracias antes de cerrar la puerta de la habitación del padre Sheehy tras de mí.



Al regresar a la zona de culto de la catedral, gran parte de la sangre ya había sido limpiada, el jefe Matsell y el doctor Palsgrave se habían ido y el señor Piest metía las

pruebas que habíamos encontrado en un saco. Unos clérigos con cara de sueño hablaban en susurros, blandiendo fregonas con fervor religioso. El padre Sheehy había desaparecido.

—Está en las Tombs —me explicó el señor Piest—. Se lo llevaron para interrogarlo.

—Menuda tontería —le espeté, olvidándome de quién era—, no me diga que lo han detenido...

—No, pero dadas las pruebas..., mírelo desde la perspectiva del jefe Matsell. Si teníamos razón, estará en la calle dentro de un par de horas. Pero si nos equivocábamos, y se hace público que podríamos haberle interrogado y no lo hicimos, eso sería el final de los estrellas de cobre.

Asentí; un dolor de cabeza me abrasaba por detrás del ojo derecho. El ojo había salido intacto de la catástrofe del incendio, pero me parece que lo tenso involuntariamente cuando me irrito. Y estaba algo más que irritado. Ya había perdido los nervios una vez, pero tras recuperarme parecía que iba a perderlos de nuevo.

—¿El doctor Palsgrave fue con ellos?

—Se fue a casa. Se quejaba de palpitaciones muy fuertes.

Abrí la boca, furioso.

—Es un ciudadano particular que no tiene nada que ver con este crimen —me interrumpió el señor Piest razonablemente—. Le diré lo que voy a hacer, señor Wilde: voy a redactar un informe tras examinar a fondo estas herramientas. Voy a comerme unas ostras con un poco de pan y mantequilla, tan deprisa como sea humanamente posible. Y luego iré al norte, a buscar al que usó esas fundas. ¿Y usted?

Absolviendo al viejo loco holandés por los problemas, que no eran culpa suya, asentí y dije:

—La señorita Underhill ha identificado al niño. Le llamaban Marcas, vivía en un burdel junto a los muelles. Quiero averiguar cuándo y quién le vio por última vez.

—Espléndido —exclamó—. Deseo que ambos tengamos suerte.

—Le agradezco su ayuda, cómo afronta las cosas, señor Piest, me siento obligado a decírselo. No tengo mucho más que agradecer a nadie en esta investigación.

—Saber mirar es un oficio honesto. —Sonrió, esbozando una expresión tan fea como tierna—. Uno que se aprende. Hago lo que puedo.

—¿Y cómo se dedicó a esto? —no pude reprimir la pregunta.

—Mis padres eran comerciantes de pieles holandeses. —Se inclinó hacia delante, apoyando las palmas de las manos en el respaldo del banco más próximo—. Perdieron su fortuna antes de perder sus vidas, y en consecuencia yo perdí mi herencia. Pero un día encontré a un viejo amigo de mi padre que se quejaba de que habían desaparecido trescientos metros de seda muy cara de su almacén, que sólo podía habérsela llevado alguien que supiera que la ventana de atrás no cerraba bien,

un empleado o un amigo, y el robo le indignó de tal modo que se ofreció a pagar una recompensa de diez dólares a quien recuperara la tela. La expresión de su cara, señor Wilde. El dolor al saberse robado por uno de los suyos. No la olvidé y jamás la olvidaré. Me obsesionó, mire, porque a mi padre también le había engañado su propio socio, y por eso tuve que acabar desmontando mi cama para hacer leña. Pocas cosas hay más dolorosas que el que te roben.

Asentí, sabedor de cuánta razón tenía.

—Así que imagino que encontró la seda y ganó la recompensa, y de paso descubrió que poseía un talento oculto.

—El talento tuvo muy poco que ver con aquel éxito, dado que había sido yo el ladrón. —Se rio de buena gana al ver cómo levantaba las cejas—. El viejo amigo de mi padre me ofreció un empleo en lugar del dinero. Pero no acepté ni lo uno ni lo otro. Al día siguiente, me apunté en el cuerpo de vigilantes nocturnos y a la vez puse un anuncio en el periódico. «Se encuentran objetos de valor perdidos a cambio de una tarifa del diez por ciento de su valor monetario». Desde entonces nunca he pasado hambre, aunque debo reconocer que tampoco llegaré a rico. Pero me dedico a lo que me gusta. Ándese con ojo ahí fuera, señor Wilde.

Estaba a medio camino de la entrada posterior cuando su voz me detuvo.

—¿Cómo es que la joven dama... la señorita Underhill, me parece que se llama, se presentó aquí? —preguntó educadamente.

—Por el alboroto en la calle delante de su ventana —le respondí—. Ahora tenemos que ser doblemente cuidadosos.

—Ah —dijo—, sin duda.

Pero en Nueva York, los tumultos son tan abundantes como los cerdos. Y no suelen ser motivo para salir de casa, más bien todo lo contrario. Al dejar la catedral, empecé a darle vueltas a sí, antes de convertirme en estrella de cobre, el rumor de un alboroto habría hecho que me levantara de la cama desarmado. Todavía iba cavilando sobre el particular, vagamente avergonzado, cuando llegué a Prince Street y me topé con Valentine Wilde.

Mi hermano caminaba moviendo la cabeza de un lado al otro, vigilante, comprobando lo que le rodeaba. Scales y Moses Dainty le flanqueaban, a izquierda y derecha respectivamente. Val estaba alerta. Cuando me vio su paso dio un leve y casi invisible respingo.

Ésa es la ventaja de ser hermano de alguien, sea el tipo de hermano que sea: uno le cala enseguida. Antes que a los desconocidos. Antes que a uno mismo, a decir verdad. Con dos parpadeos de sus ojos verdes ya sabes cuánta morfina ha tomado (mucho, pero hacía al menos cuatro horas). También sabes de qué humor está (prudente, minimizando los riesgos, pero listo para la pelea si uno le buscaba las cosquillas). Sabes por qué está ahí (los irlandeses suponen casi por completo su

población de votantes, y quiere hacerles creer que le preocupan los niños asesinados).

Pero conocerle no implica que tengas que perdonarle.

—¡Tim! —gritó Val en medio de la calle cada vez más iluminada—. ¿Qué ha pasado? Bien, tú puedes ponerme al corriente. Tuve que...

—Conociéndote —dije con voz siseante al acercarme—, y por increíble que me parezca, debería haber imaginado que mandarías a Bird a la Casa de Acogida en cuanto te enteraras de dónde vivía.

—Tim...

—Después de todas las barbaridades que has hecho en tu vida, no debería asombrarme de que envíes a una pequeña maltratada al mismo lugar donde te azotaron y te encerraron en aislamiento.

Se calló. No era uno de sus silencios rabiosos, ni tampoco de los lúgubres. Su rostro estaba inmóvil, sujeto sólo a la fuerza de gravedad. Parecía un retrato de Val tal como era en realidad: cansado, perverso, hastiado de todo, siempre en busca de otra dosis de distracción. Y eso me perturbaba.

—Muy bien, Timothy —dijo a través de su dentadura notablemente bien cuidada—. ¿Qué tengo que hacer para que lo dejes?, ¿cómo puedo hacerte entender que no tienes ni idea de dónde te has metido, y sacarte?

—Si tu respuesta a este problema, o a cualquier otro, es mandar niños a la Casa de Acogida, no quiero saber nada más de ti —anuncié.

Y lo decía en serio.

—No lo es —respondió con cautela—. Pero tienes que parar y...

—Quita de en medio —interrumpí.

No me importaba que fuera corpulento y yo no, no me importaba que fuera mejor que yo en más sentidos de los que me atrevería a contar, ni tampoco el que lo predispusiera en mi contra para siempre. Val me dejó ir; los pasmados lacayos demócratas intercambiaron miradas con caras de bobo a sus espaldas. Volví la cara hacia el aire salado, y hacia los muelles.



Pelearse con Val suele producir la misma sensación que afeitarse, o tomar una taza de café. Pero esa discusión me dejó con la piel arrugada y los dedos crispados cerrándose en puños. Mi hermano me había dado puñetazos en la mandíbula por ofensas mucho menores, y cuando llegué a los mástiles que se arracimaban densos como juncos en Corlears Hook, y caminaba bajo el dosel a rayas que formaban las proas de los barcos, me moría de ganas de pelear. Porque me daba la impresión de que me habían hurtado una buena bronca.

La zona de Corlears Hook que rodea las estaciones de transbordadores es el Distrito Séptimo, y no envidio a quien le toque hacer la ronda por allí. Los muelles de

los transbordadores eran un hervidero cuando llegué; la impúdica mañana de verano cubría con una costra salada las velas que se agitaban. Y ahí, mezclándose con los habitantes de Brooklyn que venían diariamente a la ciudad a trabajar, el regimiento de furcias del East River ya estaba en pleno ataque frontal. Prostitutas con faldas cortas sujetas con alfileres y otras con rajadas en las faldas. Putas que guiñaban el ojo, sentadas en pilotes abanicándose con periódicos viejos, y putas en los umbrales de sus puertas, que no se habían tomado la molestia de cubrirse los pechos todavía. Putas que olían a agua salada y ginebra y al sudor de otros cuerpos. Iban cubiertas de oropeles y también de cicatrices de la varicela, y me daban ganas tanto de llevármelas a un hospital de beneficencia como de entrar con ellas para que el barrio tuviera un aspecto más digno. Los irlandeses, no hace falta decirlo, lo inundaban todo, como el hedor de los muelles. No sabía de qué naviera era el barco que acababa de atracar, pero había un centenar de emigrantes amontonados junto a uno de los muelles, sus huesos visibles a través de la piel, como las varillas de un corsé, mirándose entre ellos y al desconocido entorno con expresiones de miedo puro. Lo único que se me ocurrió cuando pasé por delante fue que habían elegido una mañana muy inoportuna para desembarcar.

Al llegar a la vivienda que me había indicado Mercy, levanté la mirada. Como era típico en el barrio, en el pasado había sido la casa de un comerciante rico. Erigida para impresionar, con piedra delicadamente tallada, y más tarde convertida en viviendas sórdidas y donde se practicaban profesiones de mala fama. Los bordes de las paredes se desmoronaban, probablemente desde el Pánico, o puede que el propietario original se hubiera hecho todavía más rico y se mudara a Broadway; fuera como fuese, aquella casa era un cadáver.

Entré por la puerta principal sin llamar. Así era mi humor esa mañana.

El exterior estaba en mejor estado que el interior. Un piano cubierto de polvo se deshacía junto a un estante lleno de jarras de licor y un cuadro pésimamente pintado de lo que supuestamente era la imagen que tenían los griegos de una agradable tarde en el bosque con sus amantes. La dueña parecía ser la persona que estaba estirada sobre un desvencijado sofá infestado de bichos dando desganadas caladas a una pipa de opio. El aire que pudiera haber allí se había vuelto casi sólido con el olor de la droga, entre maíz dulce podrido y alquitrán.

—Tendrás que esperar un rato, cariño. No hay ninguno despierto a esta hora, no es cristiano.

—Soy policía —dije enseñándole la estrella—. Me llamo Timothy Wilde.

—¿Y eso importa, querido? —preguntó ella con aire cansado.

—Ya verá como sí. ¿Quién fue el último cliente de Marcas?

—Iría directa al cielo si me acordara. Debió de ser hace horas. El chico ha hecho algo malo, ¿a que sí?

—¿Cuándo echó en falta a Marcas?

Los ojos de rinoceronte de la bruja bajaron los párpados, desconcertada.

—No le he echado en falta. Está arriba. Tercera puerta a la izquierda. Suba si quiere, si tantas ganas tiene, así no tendré que poner en fila a los demás.

Le di la espalda asqueado y corrí escaleras arriba. La tercera puerta a la izquierda estaba abierta. En la habitación, encontré una cama, una lámpara, un orinal, un tocador y maquillaje barato en el cajón de arriba. Poco más. Así que salí de la habitación despojada y llamé a la puerta de la contigua.

Una pequeña cara de trece o catorce años me echó un vistazo. Sin curiosidad. Es más, tan poco interesada por ver quién era y qué quería yo que podía haber atravesado la pared de un puñetazo sin que pestañeara. Vestía ropa de chico, pero absurda: todo de raso barato, puños de encaje y bisutería de hojalata. No estaba durmiendo porque sus ojos marrones me miraban despejados.

—Me preguntaba si podrías decirme cuándo se marchó Marcas. Soy policía y es importante —dije.

—¿Tenemos policías? —preguntó él, sinceramente sorprendido.

—Sí —respondí en un tono cansino.

—Pues de Marcas no sabría decirle. Aunque, ahora que lo pienso, podría haberse ido a cualquier hora, porque la señora lleva dos días agarrada a la pipa. Marcas estaba borracho como un marinero ayer por la tarde, apenas se tenía en pie. Alguno de los invitados debió de compartir su priva. ¿Y dice que se ha ido?

—Sí. ¿Puedes decirme si falta algo de su habitación?

El chico salió sin hacer ruido por la puerta de su dormitorio y entró en el de al lado. Miró alrededor, negando con la cabeza.

—No. Oh. Normalmente tiene su diario ahí, encima del tocador. Lo deja para que lo usemos todos. Entramos cuando tenemos un momento libre, nos escribimos notas. Chistes y cosas así. No lo veo.

Tras una rápida búsqueda, el diario seguía sin aparecer. No creía que pudiera servirme de mucho, así que seguí con lo mío.

—¿Tenía Marcas algún amigo especial?

—¿Se refiere a entre nosotros o entre los clientes?

—Los dos.

—No, Marcas es tartaja, ¿no? Tartamudea mucho. Para eso sirve el diario. Nosotros le decimos hola, y él responde por escrito una hora después y nosotros lo leemos. Los que no saben escribir hacen dibujos. Es como un juego.

La cara del chico se ensombreció. En ella ya había líneas de preocupación así que las arrugas se marcaron. Más gruesas de lo que deberían, y más profundas que las de Bird. Tres o cuatro años más, claro.

—Ha preguntado si Marcas... tenía amigos especiales, en pasado —susurró.

—Sólo una pregunta más y luego te lo explico —le prometí.

—¿El qué?

—¿Cuánto tardarías en reunir sigilosamente a todos los que trabajan aquí de menos de dieciséis años y encontrarles unos zapatos?

Algunos dirán que los preciosos minutos que se necesitan para reunir a seis chicos —dirigidos por mi nuevo y entusiasta ayudante John, que resultó ser el mayor—, llevarlos abajo y sacarlos de aquel infierno podrían haberse invertido en algo mejor. Pero yo no estoy de acuerdo. Y podría haberme requerido mucho más tiempo, pero la bruja con la pipa de opio se había rendido por completo cuando salimos de allí los ocho y la dejamos tirada, con manchas de orina que ensuciaban su vestido, roncando como una tormenta. Tenía ganas de meterla de cabeza en las Tombs, así que pensé en volver. Pero en ese momento no podía tomarme la molestia.

Así que, en total, sólo habían transcurrido dos horas cuando regresé a San Patricio, con la esperanza de que a esas alturas hubieran soltado ya al padre Sheehy. El sacerdote estaba en el pequeño jardín de su rectoría con Neill y Sophia, y la luz del sol se reflejaba en su calva, mientras podaban las hojas de las tomateras que desprendían su fragancia picante y acida en el aire húmedo.

—¿Y ahora? —preguntó en cuanto me vio.

—Peter, Ryan, Eamann, Magpie, Jem, Tabby y John —respondí.

—Dios sea alabado —sonrió el sacerdote—. Y mire que estaba convencido de que nada en la tierra del Señor podría hacerme sonreír hoy.



Me fui a casa.

La señora Boehm estaba amasando, empujaba la masa con las palmas de la mano, inclinando las huesudas caderas hacia delante. Se apartó un mechón de su pelo apagado de la boca cuando me acerqué.

—¿Hay algún sitio dónde pueda esconderse, un sitio seguro? —pregunté—. Durante uno o dos días, con Bird. ¿Si cierro la tienda y le pago diariamente lo que ganaría? Los demócratas cubrirán los gastos, y no me gusta lo feas que se están poniendo las cosas. Por favor, diga que sí.

Dejó de amasar. Alzó sus ojos azules desvaídos y me recorrió de arriba abajo con la mirada, pensativa.

—Mi prima Marthe vive en Harlem. No es un trayecto muy largo. Siempre quiero hacerle una visita. Hoy podría ser un buen día.

—Gracias —dije, inmensamente agradecido—. Tengo que hablar con ella primero.

—Gracias —me respondió cuando yo ya subía las escaleras— por robar ese caballo. Ah, señor Wilde...

—¿Sí?

—Era muy buena la entrega de *Luces y sombras en las calles de Nueva York*. Tenía mucho... interés. —Sus labios se agrietaron formando una sonrisa tímida—. La he dejado delante de su puerta.

—Señora Boehm, es usted un tesoro —le dije, devolviéndole la sonrisa.

Bird no estaba en la habitación de la señora Boehm, sino en la mía, examinando mis dibujos de aficionado y utilizando mi papel de estraza, con un lápiz entre los dedos. Su cara cuadrada se fundió en una diminuta sonrisa cuando levantó la mirada.

—Espero que no le moleste, señor Wilde.

—Claro que no. Aunque yo no soy tan afortunado como para tener un lápiz. ¿Cómo le has echado mano a uno?

Me senté apoyando la espalda en la pared, a medio metro de Bird, temiendo lo que estaba a punto de hacer. Ya sentía acidez en el estómago.

Primero me quité el sombrero. Luego la franja de tela barata. Los dejé a mi lado y me rodeé las rodillas con los brazos. Sólo yo, Bird y mi cara entera, porque ella se lo merecía, y también el recuerdo de una puerta de iglesia manchada de sangre. La imagen me daba la fuerza que tanto necesitaba en ese momento.

—Tengo que saberlo todo —le dije—. Me duele, pero tengo que saberlo.

Los ojos de Bird se sumieron en el pánico. Se abrieron de par en par, escindidos como una tormenta. Entonces los cerró. No tardó mucho en encogerse levemente de hombros. Se arrastró a gatas los centímetros que la separaban de mí y se sentó adoptando la misma postura que yo, con la espalda apoyada en la pared, a mi lado, y luego se aferró las rodillas después de haberse alisado cuidadosamente el vestido bordado, sin moverse más.

Si quieren saber cuál es el verdadero aspecto del valor, no se me ocurre mejor imagen.

—Esta vez la verdad —susurró.

—La verdad —convine.

Estuvimos allí sentados un rato. Entonces Bird se lanzó bruscamente a contarle todo, y yo la seguí tambaleándome, resistiéndome a la sensación de que iba a caerme a cada centímetro que avanzaba.

VEINTE

Mantened siempre a DIOS ante vuestros ojos
*con toda vuestra resolución,
no cometáis ningún pecado,
cumplid su mandato.*
*Abominad de la Ramera de Roma
y de todas sus blasfemias,
y no bebáis de su cáliz maldito,
ni obedezcáis sus decretos.*

• *The New England Primer*^[19], 1690 •



—Liam no paraba de toser —empezó su relato Bird. Tenía los ojos fijos en las manos, y las manos clavadas en las rodillas— desde hacía días. Así que avisaron al doctor Palsgrave. Él se preocupó mucho. Regañaba a todos, tanto daba lo que hicieran, y luego les pedía perdón y les daba caramelos, hasta que no le quedó ninguno, así que por eso nos dimos cuenta de lo preocupado que estaba. Una vez se quedó toda la noche con Liam, y no tenía tiempo para eso, porque cuida a muchos otros niños. Miles y miles, me parece. Eso hizo que pensáramos que Liam se moriría.

—De neumonía.

—Sí. Pero eso pasó antes, puede que dos semanas antes. Liam empezó a ponerse bien, recuperó el color. Gracias al doctor Palsgrave, aunque estoy segura de que él se olvidó de Liam en cuanto pudo. Pero entonces Liam salió un día, y volvió con la tos. Sonaba muy fea. A la mañana siguiente, su puerta estaba cerrada y la señora nos dijo que él se sentía mejor, pero que necesitaba descanso y que no debíamos molestarle.

Bird se interrumpió. No le metí prisa, no directamente. Sólo me moví un par de centímetros de manera que mi codo tocó la parte de arriba de su brazo. Cerró los ojos.

—Esa noche... —continuó.

—La del veintiuno de agosto.

—Sí.

Esperé.

—Bajé por las escaleras porque quería un poco de leche. A la señora no le importaba que tomáramos lo que quisiéramos. Que cogiéramos comida. Ella es tan rica que la leche siempre es buena, no la mezcla con agua y tiza para ocultar el sabor cuando se estropea como contaban otros que hacían en sus casas anteriores. Me serví un vaso y me lo bebí. Yo no tenía..., no había visitas, salvo uno que estaba con Sophia, creo. Así que fui al salón de delante a mirar por la ventana, me gusta ver los vestidos de las damas.

»El carruaje estaba allí. El que usa el hombre de la capucha negra. Lo reconocí

nada más verlo y me quedé helada.

—¿Puedes explicarme qué aspecto tiene?

—Grande y oscuro. Cuatro ruedas, tirado por dos caballos. Lleva algo pequeño pintado a un lado, pero nunca pude verlo con claridad.

—¿Y qué hiciste?

—Me aparté de la ventana. Pensé que lo mejor era que me escondiera en mi habitación, porque ya sabía lo que pasaba cuando..., y nunca se lo había contado a nadie. Eso de que había visto cómo se nos llevaban. Envueltos en tela negra, pero yo bien sabía qué había debajo. Yo sólo rompía cosas, pero no decía nada. Tazas de té; una vez, una lámpara. Ella nunca me pegó por romper cosas, pero me miraba con frialdad, y luego me obligaba a estar despierta más horas durante unos días.

—¿Cuánto tiempo habías vivido allí, en total?

—No me acuerdo. Siglos, pulía la plata. Ella dice que nació allí. No sé si es verdad o no. Pero empecé a trabajar a los ocho años, de eso sí mi acuerdo.

Se me crisparon los dedos, pero contuve la lengua.

—En cuanto vi el carruaje me entró miedo. No quería que viniera por mí. Pero, también estaba preocupada por otra cosa..., porque habían cerrado la puerta de Liam, ¿sabe?, ¿y si eso significaba que el hombre de la capucha negra había venido por él? Pensé que esa vez a lo mejor podía ayudarle a salir de allí. Liam me caía bien, conocía los cantos de los pájaros. Decía que, llamándome como me llamaba, yo tenía que aprenderlos también. Pero todavía no habíamos aprendido los difíciles, iba a enseñarme más esa semana.

Bird había empezado a llorar un poco, pero eso no le alteró la voz, apenas se le notó un temblor. Las lágrimas le empapaban las mejillas en silencio.

—Las cerraduras de las habitaciones no son difíciles de forzar. Robert me había enseñado, cuando yo tenía siete años. Bueno, cogí una horquilla dura de mi habitación y comprobé que no había nadie en el pasillo. Abrí la puerta, haciendo el menor ruido que pude. Pensaba que Liam podría escaparse por atrás. Había otros burdeles a los que podía ir, no sé, o a..., no sé. A lo mejor se ponía bueno y podía embarcarse. Eso era lo que yo pensaba. Pero era una estúpida. Una completa estúpida. No miré por debajo de la puerta.

—¿Y por qué tendrías que haberlo hecho?

—Porque dentro estaba a oscuras —dijo atragantándose—. Si él hubiera estado allí, y despierto, habría tenido la lámpara encendida. Cuando por fin abrí la puerta y entré a hurtadillas, avancé sólo unos metros, hasta el borde de la cama, y entonces tropecé con un gran cuenco.

No me hizo falta preguntarle qué había en el cuenco, no, al ver cómo se le estremecían las pestañas. Dos alas de polilla aterrorizadas resistiéndose al tirón de una vela de sebo.

—¿Encendiste una lámpara? —fue la pregunta que finalmente le hice.

—No. Podía ver a Liam en su cama, con la luz de las estrellas. No respiraba. No le quedaba sangre en el cuerpo. Estaba en el cuenco. Toda en el cuenco. Y también por el suelo, y en mi camisón.

Le rodeé los hombros con el brazo, con suavidad. No se resistió, así que lo dejé allí.

—Volví corriendo a mi habitación, donde las lámparas estaban encendidas. Necesitaba la luz. Quería chillar. Creí que se me iba a escapar un grito así que me puse una almohada encima de la boca hasta que supe que no me saldría. Entonces até varias medias y las sujeté al pestillo de la ventana. Tenía miedo de que alguien me viera, tanto miedo que me temblaban las manos. En algunos sitios hay... agujeros en las paredes. Nadie que yo sepa había descubierto ninguno en la casa de Madam Marsh, pero a lo mejor ella era más lista que nosotros. Ella es más lista que la mayoría. Pero nadie me detuvo. Y luego eché a correr. No podía seguir viviendo allí. Esa noche no vi al hombre de la capucha negra. Sólo su carruaje. Pero sabía que rondaba por allí, desde el principio. Sabía que despedazaría a Liam.

No era algo que hubiera imaginado que se me diera bien. Eso de estar sentado en el suelo, con el brazo alrededor de una delgada niña de diez años, intentando impedir que sus huesos se salieran de su pecosa piel. Es posible que la gente me cuente cosas, pero eso no me convierte en un experto en recomponer a los demás. Y puede que no sea más que un pusilánime, el gallina que siempre he sido, nada especial después de todo. Pero, Dios, vaya si me esforcé.

Bird se estremecía bañada en lágrimas.

—Me había sentido mal antes, pero aquella vez era distinta. La sangre era algo nuevo. Pensaba que nunca podría quitármela de encima. Que no encontraría ayuda.

—Ojalá pudiera hacer algo.

—Nadie puede evitarlo ya. Siento no habérselo contado antes. Yo..., a mí me caía bien usted. Usted me trajo dentro.

—Está bien, no pasa nada, Bird.

—Si ella puede mentir cuanto quiere, entonces, Dios, también yo puedo de vez en cuando.

—Tú eres como yo, y no fue culpa tuya. Nada fue culpa tuya. Somos iguales.

—Eso no es verdad —dijo ella entre sollozos.

—Las cosas irán mejor —le prometí deseando que eso sí fuera verdad—. Cada vez mejor, a medida que te vayas alejando.

—¿Qué quiere decir que me aleje?

—La gente como tú y como yo no tiene tiempo para demorarse en esas cosas, en las cosas que nos hieren o nos ensucian —le dije, agarrándola con más fuerza—. Nosotros seguimos caminando, adelante. En Nueva York nada está nunca limpio del

todo.



Avanzada la tarde, despedí a Bird y a la señora Boehm en la parada de Broome Street del ferrocarril de Nueva York y Harlem. Al pensar qué era lo más conveniente mientras volvía andando, decidí pasarme por el teatro y encender una pequeña hoguera que estimulara la inspiración bajo mis vendedores de periódicos. Reclutar a esos críos había sido la mejor idea que había tenido, y les había sobornado con generosa honestidad. Me merecía cierta consideración. Pero cuando llegué a Elm Street descubrí que ya me necesitaban. Allí estaba mi pequeño aliado, mirando a derecha, a izquierda y de reojo mientras corría hacia las Tombs, y se detuvo en cuanto atisbo mi sombrero.

—Aquí está —dijo Ninepin, quitándose los anteojos de dama con montura dorada y restregándolas con ingrátido alivio—. Es usted difícil de encontrar, señor Wilde.

—Bueno, pues ya has dado conmigo. —El pulso se me aceleró un poco, porque el chico parecía tranquilo pero sombrío. El tipo de expresión que uno esperaría encontrar en un chaval que acaba de divisar cierto carruaje negro—. ¿Qué me cuentas?

—Ándese con ojo —dijo en un susurro, avisándome de que guardara silencio mientras giraba el cuello por Elm hacia su guarida teatral, a sólo unas manzanas de allí—. No fui yo el que lo vio..., bueno, hubo un poco de boxeo. Me di un capricho, hasta solté un buen puñetazo. Deprisa.

—¿Y por qué os peleabais?

—Ya lo verá —suspiró mientras nos apresurábamos.

Estábamos al borde de Five Points cuando pasó. Las sombras iban ganando solidez poco a poco a nuestro alrededor, formando largos ángulos cada vez más inclinados a medida que se ponía el sol. Los míseros edificios se apoyaban unos en otros; sus residentes, aún más míseros, se apoyaban en los edificios. La escena habitual. Entonces mis pasos vacilaron. Me paré en seco. Es una sensación peculiar notar que te han puesto un cuchillo en las costillas.

Es como si todo se parara de golpe, cuando la punta toca la carne, como si un mago te hubiera convertido en mármol.

—Abre la boca, y te hago un agujero en la espalda ahora mismo —gruñó la voz de Moses Dainty sobre mi hombro derecho. Una sombra con la forma de Scales me dijo que no estaba solo, y que los gemelos de Valentine me superaban en número—. Dame tu estrella de cobre.

Se la di, apretando la mandíbula cuando el cuchillo mordió un poco más adentro.

—Bien, veo que captas el espíritu. Ahora, gira a la izquierda.

Mientras me daba la vuelta, esbozando una mueca, pensé en decirle a Ninepin que

corriera. Pero ya se había desvanecido entre las perezosas vaharadas de humo, ahorrándome la molestia. Así que me encaminé hacia el este por la bulliciosa Anthony Street con un hilo de sangre cayéndome ya por la columna. Cuando casi habíamos llegado al centro de Five Points y a la Old Brewery^[20], el lugar más degradado, y aun así público, de Manhattan, pensé que se habían vuelto locos. Pero entonces volvimos a girar otra vez, ahora hacia el norte, entramos en un callejón y supe que me esperaba un mal rato.

Nunca había entrado en Cow Bay. Y en cuanto pusimos el pie en aquella grieta tenebrosa quedó claro por qué la había evitado. El pasaje había sido en tiempos un sendero para vacas que se iba estrechando hacia el final, a la vez que la suciedad se amontonaba cada vez más alto, un angosto trecho del infierno. Antes del Pánico, había habido animadas tabernas con música, locales llenos de vida, burdeles donde blancos y negros por igual encontraban prostitutas negras de voces suaves. Pero eso era antes del Pánico. Al principio, dada la deficiente iluminación del callejón a causa de los edificios que se cernían descabelladamente hacia el interior, vi escaleras sin ninguna indicación, que bajaban hacia el tipo de tabernas que la mayoría de los hombres llamaría alcantarillas. Aquí y allá, un cuerpo se agazapaba acucillado en los peldaños en sombras. Demasiado pobres para seguir bebiendo, demasiado borrachos para andar y demasiado hartos de la vida para espantar las moscas. Pero más adelante, a medida que la grieta se estrechaba, las escaleras desaparecían y sólo quedaban chabolas de madera que casi se desmoronaban, erigidas sobre montones de fango y mierda. Paredes con puertas combadas. Casi sin ventanas. Y ni una ráfaga de aire fresco que respirar.

Se suponía que eran viviendas. Pero ni siquiera los cerdos que vagaban sueltos estaban tan mal como para aventurarse en el infierno sin salida que era el callejón Cow Bay.

—Muy bien, Tim —dijo Moses cuando ya no se nos veía desde la calle principal—. Retrocede hasta la pared.

Lo hice, con las manos a los costados.

—Estáis muy lejos del Distrito Octavo, ¿no, chicos? —dije siseando.

—No tanto como para que nos sintamos incómodos —dijo Scales encogiéndose de hombros, con su cara de corsario, ancha, machacada y burlona sonriendo satisfecha.

—Bonito trabajo de policía el que hacéis. Más os valía haberme matado ya, ¿no?

—Un momento, espera —intervino Moses.

—Bueno, la verdad es que deberíamos haberlo hecho —reconoció Scales—. Pero primero tenemos una pregunta para ti, antes de que te quedes demasiado callado para responder.

—¿Y qué os hace pensar que voy a responderla ahora?

—Encontraremos otra vez a la niña. —Moses Dainty me sonrió desde debajo de su bigote pálido—. Y entonces podremos matarla tan despacio como nos apetezca. A lo mejor después de haberla conocido un poco mejor. Y también podemos matarte despacio a ti, si lo prefieres.

—Lo que queremos saber es —anunció Scales— si le contaste a George Matsell que Bird Daly se alojaba en tu casa. ¿Le hablaste de ella al jefe?

—Él está al tanto de todo —mentí—. Sabe dónde está ahora y le ha puesto una guardia. Os tendrá encerrados en un sótano antes de que os dé tiempo de contárselo a Val.

Scales pareció un poco contrariado.

—Supongo que en ese caso, el pequeño Wilde muere rápido —le dijo en voz baja a Moses.

O eso me pareció que decía.

Porque me distraje al abalanzarme desde la pared con las manos abiertas buscando a Moses, que, despistado, jugueteaba con el cuchillo como un niño con pantalones cortos, y pude empujarlo cargando con todo mi peso contra su colega.

Sean cuales sean mis sentimientos con respecto a Valentine, cuento con una gran ventaja por el simple hecho de ser su hermano: soy un hombre pequeño que sabe cómo pelear con hombres más grandes.

Tienes que ser más rápido.

Gancho directo a la cara, giro, carga, patada, todo más rápido que ellos aunque tu corazón lata desbocado. Todo más limpio que ellos aunque no seas tan alto. Y así peleé aquel día.

Más rápido. Más contundente.

Mejor.

Porque en el momento en que dos hombres más corpulentos tiran a uno más pequeño al suelo, la partida ha terminado.

Y entonces Scales me alcanzó en la mandíbula con un puñetazo que me pareció un disparo de pistola. Me derrumbé como si de hecho lo hubiera sido y caí boca arriba sobre la mugre que cubría el fondo de Cow Bay, mientras los oídos me pitaban. Recuerdo que me pregunté, cuando la bota de Scales me pisó el cuello y Moses recuperó su cuchillo, si podría haber elegido una forma más lamentable de morir que ésa: despatarrado entre estiércol, apaleado por un par de colegas estrellas de cobre.

Me revolqué, con impotencia, bajo la bota que me aplastaba la laringe.

Todo se desvaneció.

Y entonces alguien gritó, y el grito me apartó de un tirón del filo del abismo, como un cable de remolque.

—No me toquéis, irlandeses ahumados, cabrones... —soltó otra voz.

No podía moverme, pero eso sólo se prolongó un segundo.

El aire inundó mis pulmones. Y gracias a Dios que es algo que se hace sin pensar o habría perdido la ocasión, bailando como estaba al filo de algo negro y profundo.

Otro grito, éste más bajo. Un golpe seco.

Cuando recuperé la visión, ya había podido arrodillarme y jadeaba como un hombre ahogado. Pero, aparte de eso, estaba ileso. No quedaba rastro de Moses Dainty ni de Scales. O eso me pareció. Todo se había quedado inexplicablemente silencioso.

En cuanto pude, me puse en pie lastimosamente, guiándome por la mancha de luz del sol que iluminaba desde muy lejos aquel miserable callejón.

Estaba completamente rodeado por espectros.

Las cuencas de sus ojos eran huecos escarbados en sus caras, aunque los ojos mismos, marrones, estaban intactos, engastados en caras hambrientas. Los harapos podridos que colgaban de ellos podrían ser ropa, o tal vez sólo los jirones que visten los espíritus en los libros ilustrados. Pero los espíritus no huelen así, y esperaba que tampoco sufrieran tanto. No sabría decir sus edades exactas, aunque eran mujeres y hombres. Una docena, en total. Todos callados e inmóviles, como si ya estuvieran muertos y no sólo camino de estarlo. Todos mirándome fijamente como si yo fuera el aparecido, como si yo fuera la representación del espectro mágico y no ellos.

Me di cuenta de que habían salido de las casas de alrededor. Todos eran negros. Y entonces recordé quién vivía al final de Cow Bay. Cow Bay, donde ni siquiera entraban los irlandeses. O al menos, no tan al fondo. Todavía no.

—Usted es Timothy Wilde —dijo una mujer.

Intenté responder, pero me caí contra la pared, descompuesto, asintiendo.

Ellos aguardaban.

—¿Dónde —pregunté con voz ronca cuando pude articular palabra—, dónde están los otros dos estrellas de cobre?

Un hombre se adelantó un paso, sacudiendo la cabeza.

—No pierda el tiempo preguntando por esa pareja, señor Wilde. ¿Está usted bien?

Asentí, aunque la garganta me latía todavía como un insecto aplastado entre mis dedos. El hombre de color al que no había visto en mi vida me puso la estrella de cobre en la mano libre.

—No les dedicaré ni un segundo más —me comprometí.

Mi voz sonaba como un palo que dibujara palabras sobre arena. Pero cumplía su función.

—Bueno, parece que está bien, señor Wilde —dijo el hombre mientras, uno por uno, los fantasmas se desvanecían—, ¿podemos hacer algo más por usted?

—Gracias. Denle un apretón de manos a Julius Carpenter de mi parte.

Los hombres y mujeres que quedaban se dieron la vuelta lentamente y regresaron a sus casas. Bajo las gruesas capas de hambre y necesidad parecían oscuramente

satisfechos.

—Oh, si alguno de nosotros que le conozca le ve, se lo dará, señor Wilde —respondió el hombre mientras también se desvanecía en la tierra de sombras de la que habían salido.



Me pareció que la puñalada era sólo un diminuto orificio. Nada preocupante. Cuando regresaba tambaleándome a la entrada de Cow Bay, me topé con la segunda pandilla de matones de aquella tarde.

Ninepin había desaparecido con una intención específica, eso me había quedado muy claro. Fang lideraba la marcha, armado con una pesada cachiporra oscilando entre sus dedos y la cicatriz de su labio tirante hacia arriba, como una marioneta de Punch & Judy. Tras él avanzaban desgarrados otros seis, entre ellos Matchbox, Dead-Eye, y los soldados más corpulentos de *El escalofriante, horripilante y cruento espectáculo de la Batalla de Agincourt*. Me conmovió más que un poco verlos. Guiando al cuerpo de vigilantes por el callejón, volví a salir de nuevo a la luz del sol que ya agonizaba.

—Le han cascado bien —dijo Matchbox preocupado—, ¿puede respirar?

—Estoy bien.

—Entonces ¿por qué parece tan hecho polvo?

—Éste es el aspecto de un hombre cuando su propio hermano manda a un par de salteadores a matarle.

«Aunque no es que no me hubiera avisado», pensé.

Recorrimos las pocas manzanas que nos separaban del teatro en un silencio sepulcral, entramos y bajamos las escaleras hacia el escenario iluminado con lámparas. Las sombras ya se cernían de manera poco natural para aquella hora avanzada de la tarde, o eso me pareció. Las franjas de penumbra parecían una escena pintada por un niño que hubiera perdido el sentido de la perspectiva, y recordé con un dolor sordo que la gente había visto el cadáver de Marcas, y que seguramente a esas alturas todo se había fastidiado, sin importar lo que yo hiciera o dejara de hacer.

Los demás vendedores de periódicos mataban el tiempo sobre el escenario, arrastrando aburridos los pies o tumbados en el suelo jugando al cordel. Vi una mesa de trabajo nueva, llena de papeles, mechas y paquetes de pólvora. Estaba claro que Hopstill había hecho unas cuantas visitas a los chicos. Y al parecer ninguno se había reventado la cara. Sin embargo, tres de ellos habían sido bautizados con ojos morados y labios rajados.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Tuvimos una pelea.

Los ojos escalofriantemente adultos de Matchbox parecían más cansados de lo

normal. Se pasó los dedos por el cabello moreno, y se acomodó como los indios ante los montones fundidos de cera de las candilejas.

—Encontrasteis el carruaje negro —aventuré.

Silencio. Uno de los chicos magullados resopló bajo y cabreado y pasó la página de su periódico. Pero yo sentí una espesa descarga de orgullo.

Algo de lo que había intentado hacer había funcionado.

—Escuchad, las cosas se están poniendo muy feas en toda la ciudad, así que más vale que me lo contéis.

—¿De verdad —empezó Dead-Eye, restregándose angustiado la canica encajada en la cara— había un niño de los que se prostituyen asesinado, clavado como Je...?

—Sí —le interrumpí tenso—, y ya sabéis cómo corre la voz con estas historias. Si no apareció en vuestros periódicos de esta tarde es sólo porque intervino el jefe de policía.

—Sí que lo contaban en los periódicos de la tarde —me corrigió Fang.

Tuve que respirar hondo para digerir la noticia.

—Necesito encontrar ese carruaje, chicos —supliqué.

—Ya le habéis oído —dijo Fang alargando las palabras, dirigiéndose al pequeño grupo de niños magullados en un tono que no supe interpretar del todo—. Soltadlo.

—Yo ya se lo he contado a ellos —le espetó el chico desgarbado señalando con un dedo mugriento a Ninepin y a Matchbox—. Y por las molestias me dieron un puñetazo en la sesera.

—Pues te llevarás otro si no cambias de rollo, Tom Cox —gruñó Ninepin.

—No te pegarán, al menos mientras yo esté aquí —intervine con firmeza—. Larga de una vez. ¿Dónde está el carruaje?

—No lo sé. Lo perdimos —dijo en un murmullo Tom Cox.

—¿Que qué? Bueno, y entonces ¿dónde estaba?

—Delante de un asador, cerca de St. John's Park, donde estábamos vendiendo los periódicos de la tarde, y ya se iba cuando lo vimos. Dejamos de trabajar, lo seguimos durante un par de millas entre el tráfico lento, más o menos, y se detuvo delante de una iglesia de ladrillo. Entonces alguien se bajó —añadió y clavó una mirada desafiante y despectiva como un escupitajo en Ninepin—. Alguien entró en la iglesia. Cerró la puerta mientras el carro se iba. Lo jipíé claro como el día. Y también los demás. Después, nos marchamos y volvimos aquí. No sabíamos qué pensar.

—Por última vez, ¿quién se bajó del carruaje delante de la iglesia y entró?

—Si vuelves a decir que fue Mercy Underhill —le dijo con rabia Ninepin, que se quitó los anteojos y se los pasó a Fang— te daré tantas hostias como haga falta para cerrarte esa boca de patata.

—Que te den —le replicó Tom Cox, que se puso en pie de un salto—. Llevaba ese vestido verde, el que le deja los hombros al aire, con el estampado de helechos,

todos lo hemos visto un montón de...

Agarré a Ninepin por el cuello cuando se lanzaba ya a por el otro. Pero no lo tenía en la cabeza, sólo en las manos.

El vestido verde, el que le deja los hombros al descubierto, como la mayoría de los suyos, con el estampado de helechos. El mismo que le había visto puesto por última vez cuando estaba al otro lado de la calle en Niblo's Gardens, en marzo.

Como un libro de historia. Hacía ya tanto, tantísimo tiempo.

Llevaba el cesto colgado del brazo en el mismo ángulo en que volvía la mirada, lleno de relatos breves inacabados. Mercy se había pasado varios días sin salir de casa aquejada de una fiebre aguda pero por la tez, se veía que se había recuperado bien, cosa que yo no sabía, pues el día anterior le había llevado al reverendo un frasco de tónico y un libro usado que había comprado en un quiosco. Me lo había agradecido como si aquellos simples detalles fueran talismanes, porque nada aborrece más en este mundo Thomas Underhill que Mercy se ponga enferma. Pero ahí estaba, un poco desequilibrada, como las mejores estatuas; había acabado la oda en la que llevaba trabajando mientras convalecía, y yo la leí en medio de la calle, mientras los rayos del sol se reflejaban blancos en su pelo negro.

Si Mercy se había apeado del carruaje del hombre de la capucha negra, corría peligro. Eso era lo único que contaba.

—La iglesia era la de Pine Street, ¿no? —pregunté.

—Ésa —dijo Tom Cox, con la cara enrojecida por las ganas de tumbar a Ninepin y ponerle un ojo a la funerala.

—Dejad de pelearos, hombre. La señorita Underhill está en peligro.

Todos se quedaron petrificados.

—Gracias. Sois unos auténticos tipos *flash*, con lo que hay que tener. Quedaos aquí esta noche, alejados de las calles —les ordené mientras soltaba por fin a Ninepin y me volvía hacia la salida.

No me cabía la menor duda de que ella no sabía de quién era el carruaje en el que iba. Hay algunas cosas que un hombre sabe, que las sabe a ciencia cierta. Cosas como: «Mercy necesita mi ayuda». Silbé para parar un coche de alquiler en la primera esquina por donde circulaban, y le dije al cochero que me llevara a la iglesia de Pine Street.

VEINTIUNO

¿Cuánta gente de Estados Unidos es consciente del hecho de que el Papa cree que las Cruzadas todavía siguen en marcha y emite bulas cada dos años invitando a que se alistén en ellas soldados?

• American Protestant in Defence of Civil and Religious Liberty Against Inroads of Papacy, 1843 •



Cuando me detuve en la esquina de William y Pine, la oscuridad extendía sus gruesos faldones alrededor de Nueva York. La respiración se me había tranquilizado con el paso de los minutos, lo cual era una bendición, aunque ahora que podía respirar no veía un pijo. Las farolas de estos barrios se dan por perdidas cuando el cristal se rompe. Me apeé, pagué al cochero. Mi mundo parecía haberse silenciado. El carruaje debería haber hecho mucho más ruido cuando se alejó.

Nada habría pasado como acabó pasando si Mercy Underhill no hubiera salido por la puerta delantera de su casa al cabo de sólo unos segundos, dejando el pequeño edificio de ladrillos que se alzaba bajo los árboles junto a la iglesia de Pine Street. O nada habría pasado como pasó si ella me hubiera visto allí de pie bajo una farola rota. Un hombre sin luz.

Pero yo la vi a ella y ella no me vio a mí, y algo en mi cabeza encajó en su ranura justa, como en una linotipia. Aunque no se trataba de una conclusión, lo que viene a demostrar lo cabeza hueca que soy en realidad. No, se trataba de una pregunta.

«¿Adónde va?».

Así que la seguí.

Se dirigió con paso rápido hacia las primeras manzanas al oeste, a lo largo de Pine, con una ligera capucha estival de color gris claro sobre el cabello. Cuando quiero, soy capaz de no hacer el menor ruido, así que ella no me oyó. Caminaba lo bastante cerca para defenderla si se cruzaba con algún enemigo. Lo bastante lejos como para apartarme si se encontraba a un amigo.

Mercy paró un coche de alquiler al llegar a Broadway. Yo hice lo mismo y apremié al cochero a que lo siguiera discretamente mientras la luna se abría paso entre la cubierta de nubes. A esas alturas, no hacía falta que los vendedores de periódicos me hubieran contado que la última atrocidad estaba ya en las ediciones vespertinas, lo leía con claridad en el modo de andar de los transeúntes. Por cada vecino que paseaba bien vestido, con sus galas de raso, pulcro, arreglado y abotonado, por delante de los escaparates, había dos que cuchicheaban entre sí con labios apretados y rostros tensos como lonas resacas. Dandis, gente de buen tono, corredores de Bolsa como los que yo solía escuchar en el bar, distraídos por un

momento de sus ropas y su dinero. Sabía qué palabras estaban pronunciando sin tener que molestarme en leerles los labios.

«Irlandeses».

«Católicos».

«Atroci­dad».

«Salvaje».

«Fastidio».

«Peligro».

Cuando Mercy se bajó del coche en Greene Street, a la vista del burdel de Silkie Marsh, y yo pagaba a mi cochero a media manzana de distancia, tuve claro que se dirigía a aquel local. Ellas se conocían, había un centenar de razones para que la visitara. Pero no, ella se detuvo bajo un toldo a rayas delante de una tetería y esperó. Con la capucha bajada, mirando de un lado a otro, a ambas esquinas de la calle.

Un par de minutos después, se le acercó un hombre. Yo no le conocía. Apuesto, con un chaleco con más flores bordadas que el de Valentine y la levita, muy ceñida en el pecho, de un brillante azul oscuro. Me desagradó en cuanto lo vi. La luna se reflejaba trémula en la curva de su sombrero de marta. No oí a Mercy cuando se le acercó, pero le vi la cara en el resplandor de tela de araña, y no debería haberla visto.

«He tenido tanto miedo —dijo ella—. Tanto miedo que duele. Deprisa, deprisa, o estoy perdida para siempre. ¿Qué es lo que quieres?».

La respuesta de él la desconozco, pues no le veía la cara. Avanzaron por la calle bañada por la luna, separados apenas por unos centímetros.

Les seguí. Tras llamar a la campanilla, entraron en la casa de Silkie Marsh. Las luces resplandecieron a través de todos los cristales. Veía los fragmentos de espejos, velas y alfombras que tentaban a los hombres allí dentro, el brillo seductor de la madera noble y el cristal. Durante unos diez minutos, tal vez más, me limité a esperar. Si seguía a Mercy y entraba en el burdel de Silkie Marsh..., pero eso era precisamente lo que estaba haciendo: seguir a Mercy, no había vueltas que darle. Al final, sencillamente obligué a mis pies a moverse. Que Mercy saliera por la noche era raro pero, con un poco de buena voluntad, podía tener una explicación. Un niño con escarlatina, un pobre caído de un caballo, una comadrona que necesitaba un par de manos que la ayudaran. Sin embargo, que se reuniera con un desconocido horas después de que la vieran en el carruaje del hombre de la capucha negra... yo no podía negar el peligro.

O, al menos, eso me decía.

Cuando por fin crucé la calle, no me molesté en llamar. La puerta principal estaba abierta y entré de golpe. Mis ojos se toparon con el vestíbulo vacío, que resplandecía con colores intensos. Lo dejé atrás rápidamente, pasando por delante de óleos y helechos, e irrumpí en el salón.

En los espejos venecianos que llegaban hasta el suelo, me recibieron nueve como yo, todos con el aspecto de haber sobrevivido por los pelos a un encuentro involuntario en Cow Bay. Y también estaban allí nueve como Silkie Marsh, sentada en su sofá de terciopelo amatista, remendando una media, ni más ni menos. Alzó la vista, me vio y se sobresaltó fugazmente. Por un instante me pareció muy joven, delicada como un pétalo; la dulzura de su cara resplandecía limpiamente sobre la severidad del raso negro tan de moda estos días. Silkie Marsh se pone intencionadamente esa ropa, porque no le queda bien y le da el aire de una niña que se ha probado el vestido de baile de su hermana mayor. El raso negro, por raro que parezca, invita a uno a pensar que no es peligrosa.

—Señor Timothy Wilde —dijo—. Parece a punto de desmayarse. ¿Puedo ofrecerle una copa?

Rechacé el ofrecimiento, pero ella no me hizo caso. Dejó sobre el sofá la media y la aguja y se acercó al aparador que había junto al piano, sirvió un par de whiskis largos, le dio un sorbo al suyo y me acercó el otro.

Sintiendo que, después de todo, lo necesitaba, me lo bebí y le devolví la copa.

—Gracias. ¿Dónde está Mercy Underhill?

—No sé si ése es asunto suyo, señor Wilde —dijo con dulzura—. Es más, estoy segura de que no lo es.

—Sé que está aquí, y tengo que hablar con ella. Dígame adónde ha ido.

—Preferiría no decírselo. Es un asunto muy desagradable. Por favor, no me obligue, señor Wilde, usted no es violento en estos casos. Todavía tendría peor opinión de mí de la que ya tiene si se lo dijera.

—Eso no debería preocuparla demasiado.

—No me gusta revelar secretos, soy una mujer de palabra, señor Wilde. Pero si insiste, ella está al final del salón, al otro lado de la puerta que hay junto al jarrón chino. Sé que mi compañía nunca le resultará agradable, pero más vale que no hable con ella en este momento. No, por favor, por *caridad*^[21].

Tardé menos de cinco segundos en cruzar el pasillo, creo. El jarrón chino reposaba sobre un pedestal iluminado por una bonita lámpara con pantalla, sujeta a la pared empapelada por encima, cuyo resplandor ambarino dibujaba un círculo.

Empujé la puerta y entré.

Las luces de la pequeña habitación eran tenues, ocultaban más que iluminaban. Pero hubo un ruido de sorpresa y un ajetreo rápido y frenético. Vi figuras en la cama, una de ellas desnuda de cintura para arriba, la cara torcida para mirarme con ojos muy abiertos y desenfocados. Y el hombre también estaba allí, encima de ella pero medio cubierto por la colcha, mirando hacia atrás, totalmente desnudo. Su mano cubría la curva pálida del pecho de Mercy y el meñique le reseguía la costilla.

—Esta habitación está ocupada —dijo arrastrando las palabras—. Sería tan

amable de...

Lo levanté con brusquedad, quitándoselo a ella de encima, lo que hizo que se callara.

—El daño que le hayas hecho, te lo haré por triplicado —juré mientras con una mano le amorataba el antebrazo y con la otra casi le arrancaba el pelo.

—No me está haciendo daño, idiota —dijo Mercy jadeando. Se había incorporado en la cama y tiraba de la colcha para cubrirse del todo—, ¿acaso le parece que me está haciendo daño?

Le solté, y el dandy se tambaleó.

—Señor Wilde —empezó Mercy. Había cerrado los ojos y respiraba rápido por la nariz—, tiene que...

—Oh, a la mierda, esto se ha terminado —jadeó el desconocido rebuscando torpe e impotente por la habitación su ropa elegante—. ¿Por quién me has tomado? Soy un hombre sensato, no podría de ninguna manera, no después de... Y... ¿y le conoces?

Mercy abrió la boca, pero nada salió de ella. Aferraba con el puño la colcha, retorciéndola implacable. Mi espalda chocó con la pared, y me dejé caer para sentarme en los tablones desnudos. Miré como el corredor de Bolsa —no, con toda probabilidad se trataba de un importador-exportador porque, aunque su acento era neoyorquino, sus zapatos, el reloj y la seda de su chaleco eran extranjeros— recobraba lo que quedaba de su dignidad.

—Bueno, tanto si le conoces como si no, lamento serte de tan poca ayuda en la transacción propuesta, pues, yo no, oh, maldita sea, que te vaya bien, Mercy. Conseguirás el dinero de una forma u otra. En cuanto a mí... otra vez será, tal vez.

Dicho lo cual, salió por la puerta y la cerró a sus espaldas. Me estremecí. Me levanté, me di la vuelta para encarar la ventana, de espaldas a Mercy.

—No sé si se da cuenta de lo que acaba de hacer —me llegó su voz desde atrás—, pero, por el amor de Dios, ¿quiere explicarme por qué lo ha hecho?

—Iba a pagarle —susurré—. Y pagó a Silkie Marsh por la habitación amueblada.

Oí el crujido de la tela cuando se levantó de las sábanas.

—¿Desde cuándo? —intenté—. Dígame, por favor. ¿Desde cuándo lleva haciendo esto?

Una risita lúgubre me llegó desde la cama. Acabó en un jadeo, como si se estuviera ahogando, y un gélido escalofrío me recorrió las entrañas.

—¿Desde cuándo, pregunta? ¿Desde cuando voy con hombres o desde cuándo me han pagado por ello?

No pude responderle. Pero ella siguió.

—Desde hace unos cinco años, en el primer caso, desde los diecisiete. Y desde hace cinco minutos, en el segundo. Desde que me vi arruinada.

—Arruinada —repetí embotado.

—No creo que cuando leía *Luces y sombras en las calles de Nueva York* sospechara jamás que conocía al autor.

No tenía intención de darme la vuelta pero, en mi conmoción, no pude evitarlo. Ni que decir tiene, me dejó sin aliento. La piel como la nieve recién caída sobre un río helado, los ojos azules, claros y resplandecientes, mientras recogía su vestido. Cada curva sutilmente bella; el pelo negro rayando lo imposible que le acariciaba la ondulación del pecho antes de caer más allá de sus caderas, con el centro de gravedad maravillosamente ladeado. Aparté la mirada, odiándome intensamente a mí mismo, obligándome a oír de nuevo lo que acababa de decirme.

—*Luces y sombras* —repetí, imaginándome la revista de la señora Boehm y su rubor avergonzado. Eran relatos picantes de escándalos sociales, mordaces tragedias de Wall Street, de los apuros de los emigrantes y la rabia ahogada de los pobres. Uno contaba la historia de un indio al que se acusó equivocadamente de robar gallinas y al que habían apedreado por las calles; otro, la vida de un adicto a la morfina que vendía su abrigo de invierno por una dosis. Eran explícitamente sexuales, sentimentales, melodramas de primera, y yo me los leía todos—. Autor anónimo.

—Un seudónimo aburrido, la verdad —respondió Mercy con el más apagado y algodonoso de los murmullos.

Me pasé una mano por los ojos, me llené los pulmones de aire y luego los vacié. No me sorprendía que ella hubiera escrito esos relatos. Seguramente había presenciado historias como ésas de primera mano, en un momento u otro.

Lo que me sorprendía era que yo no hubiera sido capaz de adivinarlo.

—Pero... espere, ¿arruinada? —tartamudeé al recuperar una fracción de mi cerebro.

—Ahora estoy perdida —afirmó—. Ya es inútil. Pero, Dios, estuvo cerca. Ayer por la mañana tenía casi seiscientos dólares ahorrados, antes de que papá los encontrara y montara un... —El recuerdo hizo que se callara de golpe, por un instante al menos—. Tuvimos una escenita. Ahora ya no encontraré otro sitio donde esconder mis ahorros ni podré escribir ni una frase más en esa casa sin supervisión, y mi..., bueno, en realidad, la opinión de mi padre no cuenta para nada.

—Y por eso su reacción fue... ¿fue venderse? —grité, asqueado.

—No me quedaba otra opción —respondió Mercy sin entusiasmo mientras la fricción de su vestido de algodón al rozarse sus pliegues retumbaba en mis oídos—. Tengo que irme de aquí, no puedo quedarme en Nueva York, tengo que marcharme, no sabe cómo son las cosas en casa, y... ¿por qué lo hizo, Timothy?

Me di la vuelta una vez más. Mercy se había acabado de poner, más o menos, el vestido verde, aunque estaba tan torcido como siempre. Sus ojos, cuando los busqué, eran la imagen de la desesperación. Estanques azules en los que podría ahogarse un hombre.

—Quería irme a Londres —dijo—. Vivir allí. Vivir mi vida. Ya podría el estado entero de Nueva York formar una barrera para impedírmelo y aun así yo...; en Londres todo es distinto, ¿es que no lo entiende? No hay ni rastro de este vergonzoso odio puritano. En Londres hay reformistas, y bohemios, y filósofos, gente como mi madre, y..., aquí intento salvar niños y me dicen que los niños pobres no importan. Aquí intento vivir mi vida, incluso mis relaciones amorosas, a mi manera, pero no quiera Dios que camine de la esquina de una calle a otra con cualquier hombre que no sea usted, Timothy Wilde. Aquí tengo una mesa, y papel, y tinta; y papá desde que era pequeña me besa y me dice que se enorgullece de que quiera escribir, y alaba mis poesías sobre la naturaleza, los himnos y los misterios. Y luego acabo montones de relatos y veintitrés capítulos de una novela, y ayer él la encuentra encima de mi mesa. Fui una estúpida, estaba distraída, tenía la cabeza en los niños, en su investigación, menuda estúpida. Nunca, jamás, la dejo a su alcance, pero ayer allí estaba, a la vista, cuando subió a decirme que había freído un par de huevos y unas lonchas de bacón para los dos. Y ahora ya puedo ir nadando a Londres. Sería mejor que morir aquí.

Mordiéndome literalmente la lengua, me dije: «Espera. No hables. Espera. Escucha».

No me costaba creer que hubiera mantenido *Luces y sombras* en secreto; ninguna dama que yo conociera podría admitir que lo leía sin ruborizarse. Menos excusable, pero aun así comprensible, era que su padre pudiera sentirse consternado al descubrir que Mercy escribía textos tan... tan profanos. Pero me dejó de piedra enterarme de que Londres cantaba su nombre desde la otra orilla del océano con tal fuerza, que la llamaba con más apremio del que yo jamás había intuido.

Aunque no era ésa la mayor conmoción que había sufrido esa noche, no, ni de lejos.

—¿Su padre le montó una escena y eso la arruinó? —pregunté por fin—. Montó una escena y usted...

—Mis ahorros han desaparecido —me respondió con sequedad—. Desaparecido. Él los cogió. Adiós. Y en cuanto a mi novela, la llamó basura y acabó sus días en su chimenea.

Me quedé boquiabierto como un idiota mientras probaba diversas cosas que hacer con las manos: dejarlas inmóviles colgando, apoyarlas en la cadera, llevármelas a los labios. Ninguna parecía salirme particularmente bien.

—No —dije en voz baja, porque costaba imaginarse la situación: Thomas Underhill causando el menor daño a su hija. El reverendo no puede soportar ver a Mercy ni con un arañazo en la rodilla. Una vez, su madre ya fallecida, se cortó el pulgar de la mano izquierda pelando patatas, sólo una vez, y desde entonces él había asumido siempre la absurda tarea—. No, no ha podido. Eso es horrible. Él la ama.

—Claro que me ama —dijo medio ahogada—. Y sí, sí que pudo. La quemó, cada

página, todas mis palabras, mi...

Mercy se calló, se llevó los dedos a la garganta y apretó con fuerza para calmarse mientras la voz se le sofocaba.

—Sé que nada de esto es culpa de usted —prosiguió cuando por fin pudo—, pero he perdido todo mi dinero y Robert iba a pagarme...

Triste es confesarlo, pero perdí el hilo de la conversación en ese momento.

Había escuchado cada palabra desconsolada que había dicho hasta ese instante; sin embargo, es difícil asegurar que las hubiera asimilado muy bien. Cerré los ojos con fuerza. «He estado equivocándome desde el principio —me dije mientras el asco formaba un nudo gigantesco en el fondo de mi estómago—; la he tomado por un premio, no por una persona». Me habría amputado una mano por ella, si era eso lo que había que pagar, y ella no se había molestado en decirme que en realidad su precio era...

—¿Quién es? —Aún no puedo ni siquiera imaginar por qué hice esa pregunta.

—Un comerciante que ofrece mucha ayuda financiera a las sociedades reformistas. Somos amigos desde hace siglos, y sé que siempre le he gustado. Antes no me interesaba, pero es amable, y yo no sabía qué hacer.

—Por eso la conoce Silkie Marsh —advertí en ese momento—. No tiene nada que ver con las obras de caridad, ¿verdad que no? Cuando empezó, ¿alguien como ella le hizo daño, le hicieron...?

—No tengo que responder nada de eso.

—Responda, maldita sea.

—La primera vez lo hice por placer, aunque yo creía que era amor. Fue bonito a su modo, pero no duró, así que no debía de ser amor, ¿verdad que no? Después... Siempre fue una elección personal, me gustaban, Timothy; me gustaba sentirme deseable, me gustaba sentirme querida por algo más que como fuente de eméticos y nabos —me siseó—. Así que busqué que me presentaran a Silkie, y cada vez que necesito un espacio privado que compartir con un amigo, ese amigo alquila una de sus habitaciones. Ella recibe de buena gana unos ingresos extra. Y yo la odio, pero es tan práctica en estas cuestiones que sabía que nunca me delataría a papá; y eso es todo, ya lo tiene, el cuento entero, ella me permite utilizar de vez en cuando uno de sus dormitorios y yo voy y vengo cuando me place. No es como si me vieran entrar en un hotel con caballeros solteros, ¿no?, o como ir a sus alojamientos. Aquí todos pensarían que estaba haciendo una visita de caridad. Y ésta ha sido la primera vez que... —Su mandíbula se tensó de repente, la ira se filtró a través del dolor—. Deje de mirarme así, es espantoso. Yo soy lo único que tengo. Un hombre ni siquiera puede entenderlo, no tengo nada más que vender, Timothy.

—No me llame así.

—¿Por qué no? Es su nombre. ¿Podría haber vendido mi libro a Harper Brothers

después de que quedara reducido a cenizas?, ¿debería haber dejado las obras de caridad que amo, debería haber renunciado a atender a los niños y ponerme a coser camisas de hombre? Hago lo que puedo, con mi vida, y nunca será suficiente. ¿Debería haberme casado con un viejo bobo con una generosa cuenta corriente y vivir como una puta cada segundo hasta que se muriese? No podría soportarlo. Hacerlo una vez, por una suma espléndida y con un amigo, parecía... más fácil.

«Bien mirado, casi todo el mundo es una puta por estos lares, de una forma o de otra», pensé desquiciado. Todo es una cuestión de grados. Las mujeres que deambulan por los callejones de Corlears Hook en busca de unos chelines no suelen hacerlo por gusto, pero ellas no son las únicas que venden retales de sí mismas. Hay chicas simpáticas que se prostituyen cuando necesitan un par de botas nuevas; madres que se escupen en las manos sólo cuando sus pequeños están enfermos y el médico es un hombre fácil y comprensivo; amantes mantenidas que sobreviven los oscuros, oscurísimos inviernos de todos los años acogiendo a hombres bajo sus faldas. Hay miles de jovencitas debutantes que se casan con banqueros a los que ni aman ni tienen intención de amar. Chicas que lo han hecho una vez por diversión y putas callejeras de piel fina que lo han hecho millares de veces. Chicas guapas que alquilaban habitaciones cuando sentían el apremio, como había hecho Mercy. Una práctica bastante frecuente. Demasiado, diría. Nunca se me había pasado por la cabeza culparlas por eso, por necesitar el dinero más que la dignidad. Y no, no era una bonita imagen de las mujeres, lo supe en cuanto lo pensé, porque muchas chicas ni siquiera podían permitirse esa elección. Me estaba poniendo repulsivamente cínico. Despiadado, seguramente. Pero en ese momento no sabía qué me daba más asco: el hecho de que pagaran a Mercy por hacerlo o que le diera placer alguien en esta tierra que no fuera yo.

Mientras tanto, debería haber notado lo alterada que estaba, cómo sus dedos se aferraban crispados a sus faldas para mantenerse inmóviles. Lo mucho que le costaba respirar. Ver cómo quemaban tu novela en tu presencia, impotente para evitarlo, debía de ser como ver a alguien amputándose un dedo. Después de la humillación que Mercy acababa de sufrir, yo debería haber tratado a la mujer más caritativa que conocía de mil formas más comprensivas aquella noche infernal.

El que no lo hiciera todavía me pone enfermo, cuando me permito pensar en ello.

—¿Cómo ha podido? —pregunté aturdido—. Y aquí precisamente, aquí, donde desaparecen niños en carruajes negros...

—No, eso no es así —dijo Mercy con la voz quebrada—. No había estado aquí desde... desde que empezó todo. Su investigación. No piense eso de mí, se lo ruego. Jamás había vislumbrado el menor indicio de problemas antes, ni por asomo, se lo juro por mi vida, sólo utilizaba una habitación de vez en cuando, y además apenas mantengo contacto con estos niños salvo cuando enferman, pasan meses sin que los

vea. Más de un año en el caso de Liam. Pero cuando papá encontró ayer mis ahorros, me entró el pánico, y tenía que hacer un último esfuerzo para marcharme. Estaba desesperada. No quería venir aquí, ni verla de nuevo, preguntarme qué sabría. Ha sido espantoso, Tim. Por favor, créame. No tenía otra opción.

—Siempre hay otra opción. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

—Pero si no tiene nada que ver con usted, ya se lo he dicho, es...

—¡Tiene todo que ver conmigo! —grité cogiéndola con fuerza por el brazo, con más fuerza de la que pretendía—. No es tonta, no tiene un pelo de tonta, me ha visto durante años yendo detrás de usted, ha visto cómo la miro, está claro para el puto mundo entero; ahora no puede mirarme a la cara y decirme que no lo sabía. ¿Cómo se atreve a decir que no tiene nada que ver conmigo? Es lo más cruel que he oído en mi vida. Todo lo que tiene que ver con usted tiene que ver conmigo, y usted lo sabe desde hace años. ¿Es tonta o simplemente una mentirosa?, ¿cómo puede fingir que no sabía que llegué a tener cuatrocientos dólares en plata y que en lo único que pensaba era en casarme con usted? Habría ido a Londres. Habría hecho cualquier cosa.

La solté y el rostro perfectamente imperfecto de Mercy se ablandó. Cedió un poco, como si se hubiera acordado de quién era yo y no sólo pensara en lo que acababa de hacerle.

—Sí que imaginaba que a lo mejor estaba pensando en el matrimonio. —Se volvió hacia el tocador y empezó a arreglarse el pelo—. Y se me ocurren cosas peores que casarme con mi mejor amigo. Pero ¿me preguntó alguna vez?

—No después de... míreme. ¿Cómo podía? No tenía qué ofrecerle.

—¿Cómo puede hablar así de usted?

—No tenía nada. Todavía no tengo nada. Sólo un hermano loco y veinte pequeños cadáveres.

Y entonces mi corazón casi dejó de latir.

Se debió, así lo creí, al hecho de pronunciar los dos detalles consecutivamente. Como si hubiera tomado una fotografía, la hubiera hecho trizas y luego la hubiera recompuesto.

«Val. Valentine».

Se me fue la cabeza.

El hecho de que las dos cartas rencorosas de la Mano del Dios de Gotham hubieran sido redactadas por un estrella de cobre *nativista* fanático siempre había sido una opción probable. Más que probable. Pero la tercera. La que a la vez era turbadora y obra de un perturbado...

La escrita bajo los efectos de... de algo.

¿De la morfina, quizás?, ¿mezclada con lo que hubiera a mano?, ¿vapores de lejía, hachís, láudano?

Sentí náuseas.

«Pero no puede ser —insistí desesperadamente, mientras la sangre retrocedía por sus vasos y el cerebro me daba vueltas—. Que esté intentando matarte no significa..., quiere matarte por el maldito partido, y los cadáveres de los niños es lo que menos les conviene. Fue él quien te llevó a ver al pequeño Liam para empezar. Y Bird. Bird se fía de él, Bird...».

Ella le conocía de la época en que él frecuentaba la casa de Silkie Marsh y la habían arrastrado a la Casa de Acogida a las pocas horas de que volviera a verlo.

¿Era capaz de interrogar a Madam Marsh, conmigo delante, mientras los dos fingían para que no me enterara de nada?, ¿no había comprendido nada aquel día y mi propio hermano era para mí la página más en blanco de toda la historia?

Las manos me temblaban tanto que tuve que juntar las palmas. Volví a repasar mentalmente la lista, la de los turbios pasatiempos de Val.

«Narcóticos, alcohol, sobornos, violencia, prostitución, juego, robo, estafa, extorsión, sodomía».

«Asesinato ritual de niños».

—No puede ser —dije en voz alta—. No. No puede ser.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó Mercy que seguía arreglándose el pelo.

—Mi hermano. Ha estado agobiándome para que deje esta investigación, pero no puede ser porque tema que me lleve a...

—¿A qué?

—A él.

Mercy se mordió el labio, lanzándome una mirada de pena desde debajo de las pestañas.

—Val nunca le haría daño a unos niños. Eso, al menos, lo sabe sobre su hermano, ¿no?

La miré fijamente.

«Madre de Dios».

No sé si no pude respirar durante los cinco segundos siguientes o si respirar dejó de parecerme un entretenimiento práctico.

La gente me cuenta cosas que no quiere. Soy un confesonario andante en el cuerpo de un policía con estrella, de mandíbulas marcadas, extremidades fibrosas, corta estatura y ojos verdes, un pelo de un rubio sucio y una cara incompleta; pero, dado el poco bien que me han hecho tantas confesiones a lo largo de mi vida, bien podría ser un ataúd andante.

—Acaba de llamarle Val. La primera vez fue con él, ¿no?

El silencio que había esperado escuchar cayó entre nosotros.

El silencio que significa sí.

—Siempre estábamos metidos allí, en su casa —añadí como un idiota, sólo para

hacer trizas el grito que resonaba en mi interior—. Cuando creyó que estaba enamorada..., se refería a Val.

Mercy no me respondió. Había acabado de arreglarse el pelo, salvo el mechón de la parte de atrás, el de la izquierda, que nunca se avenía a quedarse quieto.

—¿Por qué está tan en contra de Valentine? —murmuró—. ¿Tanto como para creerle capaz de asesinar a niños?

—Acaba de intentar matarme a mí.

Frunciendo el ceño, Mercy se puso la capa gris. Era el suyo un ceño amable, si es que tal cosa es posible.

—Su hermano no lo hizo. Alguien está jugando con usted. ¿Quién fue el que lo intentó?

—Scales y Moses Dainty. La pareja de perros falderos de Val.

Mercy se rio.

—Querrá decir los perros falderos de Silkie Marsh, aunque ella les paga lo bastante para que callen.

Por supuesto, había estado equivocado del todo. Silkie Marsh había visto el camisón y quería recuperar a Bird. Silkie Marsh pretendía que yo dejara de preguntar por qué los niños que prostituía acababan en cubos de basura, y Val me había advertido de que ella intentaría quitarme de en medio. Que en una ocasión, por rencor, había intentado matarlo a él.

—¿Cree que ahora importa? —pregunté con una voz tan fina como una cuchilla afilada—, ¿saber que lo quería a él y no a mí?

Esta vez, cuando no me respondió, sus labios se separaron. Lo intentó, bendito sea ese tierno espíritu suyo, sin importarle que su vida acabara de saltar por los aires. Lo intentó. Pero a Mercy no se le ocurrió ni una maldita palabra que decir.

—Me pregunto si cree que es mejor así —añadí—, ¿es mejor que yo intente matarle en lugar de que lo haga él?

Se quedó sin aliento.

—Tim —probó—. No debe...

—Cuando iba en un carruaje esta tarde, el que la dejó delante de la puerta en Pine Street... Ese carruaje era del hombre de la capucha negra. Estaba con él.

El color le inflamó la cara y luego se desvaneció tan rápido como un trozo de papel barato al quemarse. Lo más raro de aquella expresión era que yo ya la había visto antes. Como una bomba que estallara en el interior de uno mismo, todo se removía, todo ardía y todo saltaba por los aires y, al final, el polvo se asentaba. La última vez la había visto en el rostro de Bird, cuando la rescaté del carruaje que la llevaba a la Casa de Acogida.

—No iba en el carruaje —dijo jadeando Mercy—. No, no iba.

—La vieron los vendedores de periódicos. Dígame quién es.

—No —gritó negando violentamente con la cabeza—. No, no, no. Se equivoca. Ellos se equivocaron, tiene que haber dos carruajes. ¡Eso es! Hay dos, con el mismo aspecto.

—¿De verdad quiere ocultármelo?, ¿proteger a un loco asesino de niños?, ¿por qué, señorita Underhill?

Mercy puso dos manos blancas y trémulas sobre mi chaleco.

—No me llame así, suena horrible cuando sale de su boca. Es imposible, tiene que creerme, los chicos se equivocaron, lo sé. El dueño de ese carruaje no cree en Dios, y le importa un comino la política. Se lo aseguro, es imposible.

—¿Va a decirme su nombre o no? Voy a hacérselo pagar, lo sabe, de una forma u otra. Aunque tenga que matarlo yo mismo.

—No; decírselo ahora sólo empeoraría las cosas, le llevaría a cometer un terrible error —susurró mientras yo apartaba con gentileza sus dedos de mi sencillo chaleco negro.

—Déjeme que le haga daño..., usted sabe que se lo merece. Y yo me lo merezco también, por el amor de Dios.

—Me está asustando, Tim. No me mire así. No puedo decirle nada cuando mira así.

Pensé en un par de formas de obligarla a que me lo dijera, pero ninguna era factible. Mercy es el tipo de mujer que pasa por delante de unos enloquecidos matones irlandeses para liberar a un hombre negro al que apenas conoce, así que tendría que despedazarla en cachitos y aún si eso fuera ni remotamente posible para mí, me vería dolorosamente distraído. Era a otro al que tenía que matar.

—A lo mejor tiene razón —murmuré—. Sí, tiene razón, creo. Al menos sé lo de Valentine, y no debería habérmelo contado. La habría avisado antes, si lo hubiera sabido —añadí mientras me dirigía a la puerta—. Nadie debe contarme nada, nunca. Siento lo de su libro, sinceramente.

—No se vaya así, por favor... ¡Timothy!

Le dejé allí, con su capucha de color negro y el pelo levantado, extendiendo una mano hacia mí. Tenía un hermano al que crujir, y no iba a perder tiempo buscándolo. Al pasar por el salón de entrada, Silkie Marsh me salió al paso, con una expresión de preocupación culpable.

—¿Se encuentra bien, señor Wilde? Temía, no sé, que no tuviera muy clara la relación... exacta que mantenemos la señorita Underhill y yo.

—Usted dijo las palabras justas para que abriera esa puerta —le recordé entre dientes.

—Pero eso no es así. Por favor, no pase, fue lo que dije.

«No, por favor, por *caridad*».

Había sido su nombre, no una súplica. Lo que acababa de descubrir, triste y

lamentable, el enterarme de todo, fue exclusivamente culpa mía.

A esas alturas, Silkie Marsh sonreía. La misma sonrisa que había visto en la cara de una mujer más fea mientras le contaba a una amiga en una cafetería que su primo tenía un cáncer incurable.

—Esa fresca y pequeña hipócrita —dijo en un tono cantarín—. Usted la ama, ¿me equivoco acaso? Sí, está claro, aunque me cueste entender por qué. No puede ni imaginarse cómo me miraba, una y otra vez, cuando atendía a los niños que yo alimentaba y vestía, y en mi propia casa. No le deseo mal a nadie, señor Wilde, pero tal vez un poco de sufrimiento haría que esa furcia fuera un poco más comprensiva, más humana, ahora que sabe lo que sentimos todas las demás cuando nos abrimos de piernas.

Había visto una expresión similar una vez, pero no en un ser humano. Estaba en los ojos de un perro amarillo que había enloquecido de rabia segundos antes de que un inspector de bocas de riego compasivo le partiera la cabeza.

—Le diré una cosa sobre la *caridad* —dije mientras me dirigía a zancadas hacia la puerta—. No voy a detenerla por mandar a ese par de idiotas a que me mataran. Eso sería ridículo. Pero ése es el último favor que le haré jamás, por *caridad*. Y la necesitará, acuérdesse de mis palabras.

Cuando salí de nuevo a la calle, tuve una sensación de náuseas, de dentro afuera. Me incliné hacia delante, apoyé las palmas de las manos en las rodillas y respiré como si acabaran de sacarme medio ahogado de un torrente. Nunca se me ha dado bien sentirme perdido. Cuando he caído tan bajo, no sé qué hacer conmigo mismo, si borrar mi lamentable vida con un litro de whisky o ponerme a dar puñetazos a una pared hasta romperme la mano. Las dos posibilidades son distracciones intensas, las he probado ambas, pero no permanentes.

Sin embargo, sí que se me da muy bien cabrearme. Y cuando se trata de enfurecerse soy un auténtico profesional.

Y dado que no podía hacer daño a Mercy, y ella no me daba el nombre del tipo de la capucha negra, y dado que le había hecho una promesa a Bird que me impedía sumergirme de momento en el Hudson del olvido, me pareció que matar a mi hermano era la única buena idea que me quedaba.

VEINTIDOS

El último día de las elecciones, terribles disturbios entre irlandeses y americanos perturbaron de nuevo la paz pública. El alcalde se presentó con un grupo numeroso de vigilantes, pero fueron atacados y vencidos, y muchos de los vigilantes están gravemente heridos.

• Del diario de Philip Hone^[22], 10 de abril de 1834 •



El burdel de Silkie Marsh está a cinco minutos a pie de la comisaría de Valentine, y eran las nueve de la noche. Mi hermano estaría en su despacho. Y, si no, en el Liberty's Blood. Había recorrido la mitad del trayecto a la comisaría cuando me di cuenta de que a la ciudad le pasaba algo mucho peor que mi humor de perros: nuestros deplorables intentos de guardar el secreto habían quedado en nada. La edición vespertina del *Herald* nos había destrozado.

En las calles Prince y Greene la gente había corrido las cortinas de las ventanas de las fachadas, y algunos incluso habían cerrado los postigos, a pesar del calor sofocante. Un sudor febril y sucio centelleaba sobre los cristales cerrados. Cada pocas casas de piedra arenisca y ladrillo rojo, veía dedos nerviosos que apartaban los visillos, como si quisieran mirar sin ser vistos. Un hombre, lo bastante bien vestido para ser un empleado pero tan musculoso que supe que era un broncas del partido, estaba sentado en las escaleras delanteras de su casa fumando un puro, con una porra apoyada entre las rodillas. Esperando el trueno. Y, por el cariz que estaban tomando las cosas, la espera no sería muy larga.

Supe lo que implicaba todo aquello antes de que nadie me lo explicara, así que cambié de dirección y me encaminé directo a la jungla. Cuando vi a un grupo de policías acercándose por una calle lateral, la mayoría de ellos miembros conocidos de la antigua compañía de bomberos de Valentine, me paré en seco. Llevaban antorchas y porras emplomadas elegantemente remachadas. Unos pocos caminaban con pistolas colgadas de sus cinturones. Pero ninguna de aquellas siluetas me pareció lo bastante gigantesca para que fuera mi hermano.

—¿Es ése Timothy Wilde? —gritó uno.

—Algo que se le parece.

—Ven con nosotros, se nos ha convocado. A todos los estrellas de cobre. Somos los últimos del Distrito Octavo, tu hermano ya está en el lío.

—¿Dónde es? —pregunté mientras daba media vuelta y le cogía una pesada porra a un fornido irlandés que había creído conveniente llevar dos.

—Donde menos falta hace, para variar —espetó el policía—. En Five Points. El único sumidero de esta isla que no podía empeorar.

—Ése es mi distrito —señalé.

—Claro, y el capitán Val me lo dijo. Dios te ayude.

«Pues no lo ha hecho mucho en lo que llevamos de día», pensé.

Primero nos llegó el griterío, antes que el hedor a basura quemándose que arrastraba el aire, antes que las chispas. Levanté la mirada hacia el cielo y vi que, al menos, la sábana estival de la tormenta de nubes bajas que lo encapotaba era todavía gris, sin ninguna mancha más oscura que indicara que ya había algún edificio en llamas. La luna aparecía y desaparecía como un espíritu inquieto. Un par de tenderos judíos que vendían ropa de segunda mano pasaron apresurándose a nuestro lado, saludando con las cabezas y mirando hacia atrás, apresurándose para quitarse de en medio. Casi en ese mismo instante, un grupo de niños muy pequeños, aullando como cachorros, corría por Anthony Street hacia el siniestro resplandor, apresurándose para no perderse nada. Pensé en Bird, en Harlem, donde las estrellas son más claras incluso cuando el cielo se cubre de nubes de tormenta, y apreté la porra con más fuerza.

—Parece una buena juerga —comenté—, ¿sabemos quién la empezó?

Digan lo que digan los periódicos y las revistas de que los disturbios brotan como hongos, se equivocan. Sé dos cosas sobre los disturbios: todos son por lo mismo, y todos han sido previamente planeados. Siempre. Los disturbios se cultivan, y luego, cuando florecen, los granjeros golpean con sus puños amargados la cara de la ciudad entera.

—Parece haber sido Bill Poole.

—Conozco a Bill Poole —dije al recordar la imagen del matón borracho al que le había puesto un ojo a la funerala delante de San Patricio—. No nos llevamos bien. ¿Es el responsable de esto?

—En cualquier caso, ha tomado parte, y montones de bravucones *nativistas* le respaldan, listos para romper lo que se les ponga a tiro, sean cabezas o ventanas. Se supone que nosotros debemos mantener el orden, si es posible. Matsell intentará convencerle con palabras para que se tranquilice, pero ya conoces a Bill Poole.

—Empiezo a hacerme una idea.

—Un loco cabronazo, ese Bill Poole —murmuró un estrella de cobre americano—. ¿Qué otra cosa pretende hacer con los irlandeses más que sacarles votos?, eso es lo que me gustaría saber. Ahora están aquí. Y van a quedarse. Más le valdría deportar a las cucarachas.

—Que te den —dijo el colega irlandés.

—No pretendía ofender —se apresuró a responder el primero—. Somos del mismo bando, ¿no?

Tras cruzar la frontera del Distrito Sexto y proseguir hacia el este dos o tres manzanas más, se llega a Five Points. Se llama la Paradise Square, claro, porque

nunca nos ha faltado sentido del humor: el centro del infierno en el que confluyen cinco calles. Pero no es ni paraíso ni plaza, sino un triángulo infecto. Hay zonas de esta ciudad en las que, durante los períodos más secos del verano, el barro que llega a la altura de las botas el resto del año se endurece del todo y su olor disminuye. Pero no en Five Points. Hay zonas de esta ciudad donde las putas aturcidas por la ginebra se retiran puertas adentro a las cuatro o las cinco de la madrugada, cuando ya van medio desnudas y no tienen ganas de mantenerse en pie. Pero no en Five Points. Y en la mayoría de los barrios de la isla, la gente que vive en ellos tiene el dinero justo para poder mostrarse cruelmente despectiva con la raza de sus vecinos. Pero en Five Points, donde nos situamos al lado de la Crown's Grocery con el imponente monstruo de cinco plantas de la Old Brewery cerniéndose pálido y agrietado como un cráneo viejo justo enfrente, todas las razas viven juntas. Porque si un hombre es lo bastante pobre como para buscar refugio ahí, es que no existe otro infierno en el que pueda hundirse.

Las hogueras ardían sobre el suelo, húmedo como una alcantarilla, por toda la plaza. Quería creer que estábamos pisando posos de café recién tirados, pero sabía que no era así. La gente se congregaba en apiñados grupos de tres, o de siete, o de una docena de personas, encendían antorchas en la llama más cercana y buscaban a otros de su cuerda. Grupos de irlandeses, la mayoría, a los que probablemente habían convocado. Unos cuantos negros, aunque éstos permanecían delante de sus propias viviendas, recelosos. Y también grupos de policías, decenas de ellos.

Justo delante de la Old Brewery se habían situado casi todos los Bowery Boys. Uno es capaz de diferenciar a los agresores de los defensores por el modo en que sostienen los trozos rotos de ladrillo, y estos *nativistas* en concreto los estaban haciendo rodar animadamente por el suelo como si el tener que utilizarlos fuera una simple travesura veraniega terriblemente *flash*. Todos sin excepción vestían como versiones baratas de Val. Todos los cuellos de camisa del revés, todos los chalecos chillones cargados de flores, todos los sombreros de copa abollados, de seda cepillada. Y el sombrero más alto, encima de la cabeza más cruel, pertenecía a Bill Poole. Llevaba un puro entre los labios y estaba en el centro exacto de Cross Street, en el vértice meridional del triángulo, y parecía tan iluminado como el Cuatro de Julio.

—... y ahora están permitiendo que esta purulenta peste de religión florezca — atronaba—. Ya no se esconde en tugurios infames y bodegas donde venden matarratas. ¡Construyen una catedral! ¿Y qué hacen entonces estos salvajes de piel blanca?, os preguntaréis. ¡Cogen a uno de sus propios niños y lo sacrifican al Anticristo de Roma!

El comentario fue recibido con una ovación grotesca por los tipos del Bowery y muecas asqueadas de los irlandeses. Los negros sólo esperaban a ver cuál de sus

hogares acabaría reducido a cenizas esta vez.

—Muy bien. Esto no puede seguir así —dijo el hombre que estaba a mi izquierda, bajando la mirada nervioso a su estrella de cobre—. Parar un disturbio antes de que estalle es una cosa, pero...

—Si yo fuera usted, Bill Poole —dijo una voz que atravesó la bruma de las hogueras como una alarma de incendios—, me iría a casa a dormir la mona. Y esta noche resulta que estoy de bastante buen humor. Así que voy a dejar que se vaya y la duerma.

George Washington Matsell se había colocado a la cabeza de todos y cada uno de sus dieciocho capitanes y sus treinta y seis ayudantes de capitán. Yo jamás había visto una agrupación más mortífera de bomberos, matones callejeros, gorilas del partido y trepas pendencieros, un grupo que dejaba muy claras las preferencias del jefe Matsell a la hora de contratar personal. Si eras leal al partido o puede que incluso un buen vigilante, podías llevar una estrella de cobre. Si tenías pinta de haber matado a un hombre con tus propias manos y de que no te daba miedo hacerlo de nuevo, podías ser capitán. Valentine estaba justo detrás de Matsell, mirando a su alrededor con una porra elegantemente ladeada sobre el hombro.

—¿Veis todos al lado de quién prefiere luchar este ejército permanente, esta supuesta policía? —gritó Bill Poole—. ¡Son un insulto a la democracia! Los patriotas no se doblegan ante ninguna pandilla de matones callejeros.

—Es curioso que sea usted precisamente quien lo diga —habló despacio Matsell. Las puntas titilantes de las llamas de las antorchas que le rodeaban parecían escucharle ávidamente, conteniendo el aliento—. Voy a decírselo una vez más: ¡ciudadanos, dispérsense! Si no saben lo que significa esa palabra se lo explicaré: váyanse a casa ya mientras buscamos al hijo de puta que mató a aquel niño.

—Y yo digo que no os disperséis —se mofó Bill Poole—, ¿qué pasa?

—Habrà gente herida. Y yo no quiero eso, Poole, aunque puede que usted sí. Así que lo expresaré de este modo: usted saldrá malparado.

—Si no puedes pillar a un pirado irlandés enfermo, ¿crees que vas a intimidar a un americano?

—Me parece que sí soy capaz de detener a un bocazas —gruñó el jefe Matsell con resignación—. ¿Por qué no nos hace los honores, capitán Wilde?

—Es muy raro —dijo Valentine, acercándose con toda tranquilidad a Bill Poole con un par de esposas de hierro y una perversa sonrisa en los labios—, y yo que pensaba que «dispersar» significaba «encular». ¿Qué tal, Bill?

—¡Muchachos! —gritó el jefe—. ¡Mantenedlos a raya!

Porque en ese momento se habían producido varias explosiones simultáneas.

Parpadeé cuando me empujaron con fuerza a un lado, hacia dentro del porche combado de la Crown's Grocery. La plaza pareció de repente una de las exhibiciones

de fuegos artificiales que diseñaba Hopstill, mientras la furia contenida se desataba y salían ladrillos disparados de todas direcciones. Desde detrás de mí, los estrellas de cobre del Distrito Octavo cargaron hacia delante y yo me desvié hacia la Old Brewery y el centro del follón pensando: «Por fin. Una pelea. Y una que merecía la pena ganarse, bien lo sabe Dios».

Dado que no estaba acostumbrado a pelear con una porra, el primero que se me abalanzó podría haberme partido la crisma. Eso era lo que pretendía. Pero retrocedí y golpeé el barro, esparciendo mugre en todas direcciones. Me di la vuelta lo mejor que pude entre el cieno que me cubría hasta los tobillos, y solté mi porra emplomada sobre la mano del camorrista borracho, rompiéndole algo. Él gritó, se echó atrás, desdentado y sin un arma.

Así que fui a por otra pelea, esperando que fuera tan buena como la primera.

Puños americanos de latón volaban desde todas partes, un único disparo de pistola sonó antes de que el cuello de un estúpido recibiera el impacto de un ladrillo, y yo pensaba: «Así, más, más». Esa noche veía con una claridad especial: en cuanto percibía el aliento de matones a mi espalda me giraba y les clavaba un porrazo en las tripas. Algunos de ellos escapaban en cuanto los herían. A mí me daba igual. Era *flash*. No tenía ganas de castigar a nadie, sólo de ganar a algo, a cualquier cosa, en la guarida de perros sin ley en la que me había metido sin saber cómo, o eso pensaba mientras alcanzaba de lleno a un matón de aspecto fiero en el torso, y se desmoronaba chocando contra una bomba de agua.

Estábamos librando una guerra abierta: ventanas rotas, hombres caídos boca abajo en el lodo, gritos que se entretejían en un torbellino ensordecedor de aullidos. Era una pelea furiosa y confusa entre bravucones americanos, sinvergüenzas irlandeses y estrellas de cobre, cuyas fuerzas se componían aproximadamente de la mitad de los unos y la mitad de los otros. Eso era importante para mí. Porque no nos estábamos dividiendo, lo vi con una sensación parecida a la que me produciría contemplar el ataúd de mi hermano, y no nos volvíamos los unos contra los otros. Ni uno solo. Uno veía a otro en peligro y detenía un ladrillo con su propia porra. Veía caer a otro y le ayudaba a levantarse. No importaba el color de su pelo ni la forma de sus rasgos.

A decir verdad, aquello tenía algo de milagroso. O al menos eso me pareció; el tipo de comportamiento que ya no esperaba encontrar en Nueva York.

Y entonces el aire pareció más putrefacto si cabe.

Me encontré en las puertas de la Old Brewery, sudando como un caballo de tiro. No sé cómo fui a parar allí. Debían de haber pasado al menos treinta minutos desde que empezara todo, porque la cubierta de nubes había sido arrastrada por el viento y las estrellas eran dolorosamente brillantes. Muchos seguían peleando todavía. Pero otros habían caído o habían sido detenidos y los estaban metiendo en carretas.

Zas.

Era uno de los guardaespaldas de Bill Poole. Reconocí su dentadura, que hedía a ginebra, y sus manos simiescas. Puede que no pudiera echarsele la culpa de haber nacido para destruir.

Me tambaleé hacia atrás.

Aquello había sido un cuchillo, no una porra. Y me había dado un buen tajo en el antebrazo. El corte parecía superficial, pero debía de tener casi treinta centímetros de largo.

Mi hermano apareció en el umbral de la Brewery, lamiéndose los labios como un turista francés. Indomable y familiar. Se hizo una idea de lo que pasaba.

—Vaya, si tenemos aquí a Snatch Smith —dijo afablemente. La ropa de lino de Val estaba arrugada, pero aparte de eso no parecía que nadie le hubiera rozado—. ¿Te está dando una paliza mi hermano?

—Ni de lejos —se mofó el villano.

—Entonces es que estaba pensando dártela, ¿a que sí, Tim?

Aunque el tajo me recorría el brazo, no me dio la impresión de que la sangre me incapacitara demasiado. Aquel pobre cabrón estaba tan distraído con Valentine que cuando arremetí contra él de nuevo había bajado la guardia, y se llevó un buen golpe bajo el brazo. El cuchillo que había agarrado se perdió volando en la penumbra de la Old Brewery.

Pero se me olvidó dejarlo tieso. Tras suponer que Val constituía una mayor amenaza, el tipo tenía las manos carnosas alrededor del cuello de mi hermano antes de que ninguno de los dos nos diéramos cuenta de qué estaba pasando. Fue una suerte para nosotros que hubiera errado en su suposición.

Lo derribé con la porra, noqueándolo. Yo me derrumbé después, y me quedé mirando fijamente las vigas negras del techo, exhausto. Derregado, ensangrentado, sin dormir desde hacía demasiado tiempo, y con las sienes latiéndome desbocadas. Una antigua escalera de madera se alzaba sobre mí. Oí gruñir a un perro, chillidos poco entusiastas llegaban desde la calle.

Val estaba de pie, medio estrangulado, pero ileso, vivito y coleando.

—A Snatch no le gusta mucho el hospital —oí decir a mi hermano con voz ronca mientras echaba al tipo inconsciente por la puerta—. Una siesta en Paradise Square le dará tiempo para replantearse sus elecciones.

—Me equivoqué —le dije a Valentine desde el suelo—. En lo de Bird. Era Silkie Marsh la que quería quitársela de en medio en la Casa de Acogida. Probablemente habría hecho que la mataran en cuanto llegara. Me equivoqué al culparte.

—Se te ocurren las ideas más peregrinas —dijo Val jadeando—. Si quieres vivir una vida larga y tranquila, mantén la boca cerrada y haz lo que te diga. Vamos.

—¿Adónde?

—Los disturbios están casi sofocados, y Piest ha encontrado algo. Una pollita

descocada que tenía un amante secreto al norte de la ciudad, donde enterraron a los niños. Tú y yo tenemos que ir a las Tombs, órdenes del jefe...

Me incorporé y me quedé sentado.

—Te acostabas con Mercy Underhill, ¿verdad?

No era una pregunta. Mi hermano, que se había examinado el cuello y llegado a la conclusión de que no estaba más aplastado de lo que debería, extendió la mano derecha para ayudarme a levantarme. Se la acepté.

Retorcí los labios.

—Sí, he regado su jardín. Pero de eso hace mucho tiempo. ¿Por qué lo preguntas?

Esa no era una pregunta que pudiera entender.

—Una moza preciosa, ¿verdad?, y ni siquiera se da cuenta de lo atractiva que es —tosió—. Ahí radica su encanto, en mi opinión.

Era precisamente el hecho de que tuviera razón lo que hizo que me entraran ganas de gritar.

—Te acostaste con Mercy —repetí.

—¿Y qué?, ¿tú no? Has estado coladito por ella durante años, ¿no? ¿Qué tiene de malo? Todo viril hijo de América ha tomado a Mercy Underhill si a ella le ha apetecido, y tú, un camarero con mucho dinero todo ese tiempo, lo bastante para darle algo de vidilla... Por Dios, Timothy, ¿qué pájaros tienes en la cabeza? Una mujer de sangre caliente tiene derecho a divertirse un poco. ¿Me estás diciendo de verdad que no te has acostado con ella?

Era demasiado. Me abalancé contra él.

Quería ver un charco de su sangre, oír un aullido de dolor auténtico brotando de la boca de aquel miserable. Primero hizo algunas fintas, dio un giro ágil. Pero mi puño le alcanzó en el ojo, con un estallido como el de un petardo, y me gustó, quería repetir esa sensación. La de que alguien podía enseñarle algo al desgraciado. Arrastrarle a mi nivel de vulnerabilidad o elevarle a mi tipo de comprensión.

Entonces me sujetó el brazo derecho detrás de la espalda y me aplastó la cara contra la pared encalada medio desmoronada, mientras me agarraba por el cuello como a un cachorro de una nueva camada. Al menos le caía sangre por la sien. Eso me satisfacía.

—¡Putra mierda, Timothy! ¿Es que te has vuelto totalmente loco? ¿Por qué tengo que importarte yo más que cualquiera de los demás? Tú sabes tan bien como yo que...

Val calló porque, al oír sus palabras, yo había hecho una mueca visible y me golpeaba la cabeza contra la pared desconchada, ahorrándole la molestia. Sentí que su zarpa se movía sobre mi cuello, pensativa.

—No lo sabías. Acabas de enterarte de que ella está... disponible. Y lo que querías no era echarle un polvo —añadió en voz baja—. Estabas pensando en...

términos más eclesiásticos.

—Por una vez en tu vida, por favor, cállate.

Se abrió un silencio como un abismo.

—Tim, lo siento —dijo. Era una declaración un tanto rara en un hombre que te está sujetando por el cuello—. No puedo decir que sepa por lo que estás pasando, pero supongo que también estaría destrozado.

Si mi hermano me había pedido perdón alguna vez, no me acordaba. Los dedos que me agarraban el brazo en una llave de hierro se aflojaron.

—Si te suelto, ¿me partirás la cara?

—Seguramente.

Me soltó, me di la vuelta para mirarle. Un buen chorro de sangre brotaba de la herida que le había abierto al lado del ojo. Todavía quería darle más, pero por alguna razón, cuando vi la expresión de su cara, ya no pude. Valentine parecía casi avergonzado.

—Bueno, sabe Dios que tienes razones para partirme la crisma —dijo con la sonrisa más triste que he visto jamás—. Anda, dame otro puñetazo, te dejo, y luego vamos a las Tombs. Después de todo, yo ya te había hecho mucho más daño antes de conocer a ningún Underhill.

—Hacerte bombero no es peor que acostarte con la mujer cuyo apellido yo quiero cambiar.

Parpadeó.

—Está noche me superas, Tim, de verdad. A ver, ¿qué tiene de malo trabajar de bombero?

No daba crédito a mis oídos.

—No te hagas el tonto.

—Mierda, Tim, no me lo hago, ahora lo soy. ¿Qué tiene de malo?

—Nuestro padres murieron en un incendio —le espeté con rabia a mi hermano, que se cernía sobre mí, mientras mis puños se balanceaban ansiosos e inútiles a mis costados—, te acuerdas, ¿verdad que te acuerdas? Y no había pasado ni un día cuando ya estabas metiéndote a bombero.

Los ojos verdes de Valentine se estrecharon como los radios de una rueda que giraba a toda velocidad, con pensamientos que asomaban parpadeantes en ellos.

—A lo mejor fue difícil al principio. Pero ésa no es la razón por la que has estado cabreado conmigo todo este tiempo. Que apagara incendios. Se supone que es mi trabajo.

—Vas a obligarme a quemarte vivo —le espeté—. ¿Y qué otra cosa podría molestarme más?

Val empezó a reírse.

No era su habitual risita despectiva. Y tampoco era la variedad de disculpa a

pleno pulmón. Era una risa que te desgarraba el estómago. Val era capaz de reírse delante de un ahorcamiento, lo sé, pero esto dejaba su humor negro a la altura de una sonrisa a un cachorrillo. Tenía la sensación de estar mirando a alguien al que estaban destripando, y por un momento me asusté tanto que le cogí los brazos con ambas manos. Había esbozado su mueca habitual, pero esta vez dijo en voz alta lo que pensaba.

—No es gracioso. No tiene la menor gracia, ni una mierda de gracia.

—Val —dije. Y añadí—: Para, Val.

Pero no me escuchaba.

—Me estás diciendo —dijo jadeando—, que llevas todo este tiempo cabreado porque...

—Porque en cuanto nuestra familia murió en un incendio, te dedicaste a atacar todos los incendios que encontrabas. Sí, Val. Valentine.

Fue el único momento que recuerdo haberme sentido más alto que él, porque se dobló, apoyó las manos en las rodillas, su cabello rojizo le cayó sobre los ojos mientras se reía como un hombre al que acababan de condenar al infierno.

—Oh, genial. Me parto de risa. ¿Quieres que te cuente una cosa, Timothy, una historia que te deje boquiabierto de verdad?, ¿eh? A lo mejor también te apetece saber qué creía yo que te cabreaba a ti. Dios, mis pulmones.

—Val —dije.

Mi propia voz débil resonó burdamente en mis oídos, y pensé casi desquiciado: «Idiota, pasmado, pórtate como él».

Val volvió la cabeza y alzó la mirada, la sangre le corría todavía generosamente por el cuello, e irguió los hombros.

—Sobre aquel incendio. El primero. El que hizo que tú aprendieras a servir en un bar y yo a preparar la cena.

—Sí —dije.

—Yo provoqué el incendio —dijo Valentine.

De repente dejó de estar delante de mí. Se había alejado a miles y miles de kilómetros de distancia. Fue una mirada de expiación. Una que nunca me había enseñado. Y como no me había dejado verla, ni siquiera sabía que existía.

—Estaba fumando un puro en la cuadra, en lugar de limpiar los establos como se suponía que debía hacer. Me fumé el puto puro, Tim, y prendió en la paja, y cuando corrí a soltar los caballos, ellos... Abrí los establos porque necesitábamos a los animales, papá no habría podido trabajar la tierra sin ellos, y qué clase de..., salí corriendo de... Tenía dieciséis años, Tim, y me imaginé que me veías. Que me veías abriendo las puertas de las casillas del establo, intentando sacar a los caballos de allí. Corriendo como si me persiguiera el infierno. Y así era. ¿Me entiendes? Tú estabas en aquella puerta y me viste provocar ese incendio. ¿No? Todo este tiempo, yo...,

estabas totalmente paralizado cuando me di la vuelta. Y no me di cuenta de que el fuego había llegado al queroseno, a todo aquel queroseno. Para entonces yo ya te había sacado de allí. No pudimos. ¿Te acuerdas? No, porque los edificios estaban pegados, y las llamas en la puerta. Todo había acabado. No lo hice a propósito.

Cuando Val dejó de hablar, se pasó los dedos por la nuca, mirando hacia otro lado. Se oyó un grito en una habitación cercana, seguido de una risa aguda y de cristales que se resquebrajaban alegremente. Quería decir algo. Pero cualquier lazo que hubiera entre mi cerebro y mi boca se había cortado, igual que el lazo entre mi boca y el latido remoto de mi pecho.

Vi que Valentine tocaba mi estrella de cobre.

—Eres lo que se supone que debe parecer un estrella de cobre. Lo sabía. No me alegré de que acabaras con la cara llena de cicatrices, pero al menos eso tuvo de bueno el incendio del centro. Me quitaré de en medio, y así te resultará más fácil. No tendrás que volver a verme. Ve a ver a Matsell y encárgate de que Nueva York siga en pie mañana. Adiós, Tim.

Se alejó con las manos en los bolsillos. Por la puerta principal. Cada trozo de mi cuerpo quería detenerle. Incluso las partes que todavía estaban furiosas, incluso los pedazos que él acababa de reventar como un barril de queroseno.

Pero no pude reunir el valor suficiente para moverme lo bastante rápido. Cuando salí a la calle con su nombre en los labios, me asaltó el temor de que Valentine no hubiera sido más que un producto de mi imaginación.

VEINTITRES

Ésta es la vía: haced que los americanos conozcan la simple verdad sobre la religión romana, y ellos la rechazarán de buena gana, e incluso sus partidarios renegarán de sus afirmaciones y práctica, por pura vergüenza.

• *American Protestant in Defence of Civil and Religious Liberty Against Inroads of Papacy,*
1843 •



Al final, no fui a ver a Matsell.

No, volví a casa, a Elizabeth Street. Sumido en el delirio, y hasta tuve que agradecer la fortuna de haber podido conservar la cartera durante todo el trayecto. La casa estaba vacía cuando llegué. No había nadie amasando pan, nadie dibujaba.

Saqué tanta agua del Croton como podía cargar y encendí un fuego en la parrilla. Calenté el agua en teteras y en ollas. En todo lo que podía encontrar. Llenar el polibán que había sacado de detrás de los sacos de harina apilados fue uno de los trabajos más agotadores de esa noche, y ni siquiera era en realidad de noche, ya no, sino que ya se acercaba el alba calcárea de finales de verano. Pero no tenía otra opción. El pequeño orificio de la puñalada en mi espalda me dolía con cada latido, el tajo a lo largo del brazo no estaba mucho mejor, y no es agradable morir de una infección en la sangre.

Y tampoco es agradable morir sin haber acabado el trabajo. Y yo tenía trabajo para dar y vender. Tres prioridades básicas.

«Mantén a salvo a Mercy Underhill. Trae de vuelta a tu hermano. Para al cabrón que ha hecho todo esto».

No tenía muy claro cuál era el orden de importancia, así que no le di más vueltas y decidí hacer las tres cosas a la vez, lo mejor que pudiera.

Meterme en el agua caliente fue tan doloroso como caer en el infierno. Pero no tanto como cuando eché unas cucharadas de sal alcalina de carbonato potásico en uno de los trapos limpios de la señora Boehm y empecé a frotarme cada zona por donde todavía sangraba. El polvo claro chisporroteó y siseó en cuanto entró en contacto con el agua, y yo no estaba siendo suave precisamente. Lo hacía adrede. No es fácil quedarse inconsciente cuando el dolor es tan intenso.

Después de restregarme con el carbonato potásico en todos los cortes que encontré, prestando rigurosa atención al diminuto orificio que palpitaba en mi espalda, el agua adquirió un matiz rosáceo y me sentía fresco y despierto como nunca en mi vida. Me sequé rápidamente en otro trapo, y apagué el fuego con el agua rosa del polibán, cogí más retales limpios y me vendé los cortes, que escocían. Ahora dolían de verdad. Otras veces había tenido peores heridas. Cuando me miré a la cara

en el cristal de la ventana, y me pareció reluciente y con textura líquida —espantosa pero razonablemente saludable— supe de repente lo que tenía que hacer.

Lo que tocaba ahora. Y no eran ni Piest ni Matsell.

Con la sábana alrededor de la cintura, corrí al piso de arriba y cogí papel de estraza, un trozo de carboncillo y mis únicos pantalones y camisa limpios. Mientras lo hacía me asaltaron unas dudas vertiginosas, pero me las quité de la cabeza, más impaciente e irritado que otra cosa. Bajé rápidamente, desplegué la hoja marrón sobre la superficie de la mesa. Me serví un chorrito de brandy. No mucho, consciente de que un poco de dolor me mantendría alerta. Luego me volví a la silla en la que había colgado mi ropa sucia y busqué en el bolsillo interior de mi chaqueta. Finalmente me senté a la mesa, con la carta de Palsgrave en la mano, la única que parecía que había sido escrita por un loco y no por un malvado salido del teatro, y la estiré sobre la madera granulosa.

Sólo puedo ver eso.

Lo veo y no veo más que eso una y otra vez, amén, solo el cuerpo muy pequeño y muy destrozado.

Dejé de leer esa parte. Era una manifestación de locura, sin ningún indicio que apuntara a nada, ningún hecho que mereciera ese nombre. Pero esa carta, combinada con la forma como había muerto Marcos...

Me carcomía. «Algo está mal». Claro que lo estaba. Eso lo había aprendido con el pobre Aidan Rafferty, hacía mucho. Pero si pensaba en todo lo sucedido como si fuera una historia, si me centraba en cómo la gente hace las cosas, como si alguien sentado en la barra de mi bar con la lengua desatada me lo contara...

Algo estaba mal.

Cogí el carboncillo, me levanté de la mesa y vacié el brandy. Todavía estaba un poco mareado. Llevaba casi dos días despierto, tenía unas cuchilladas más que feas, vestía sólo unos pantalones y una camisa a medio abotonar, y encima de aquel gran pedazo de papel de estraza escribí en una esquina:

COSAS POR LAS QUE MATARÍA UNA PERSONA:

Dios.
Política.
Seguridad.
Dinero.
Locura.
Amor.

Las repasé. Tal vez podría defenderse que el dinero y el narcisismo son lo mismo, o que la política y Dios son parecidos, pero me gustaba bastante. Así que seguí, esta vez abarcando más papel. Escribí las siguientes palabras en zonas separadas en el centro, rodeando cada una con un círculo trazado con una gruesa línea negra, como si fuera una cerca:

19 enterrados (anónimos... ¿El repartidor de periódicos Jack Be Nimble entre ellos?).

1 cubo de basura (Liam).

1 huido (Bird).

9 rescatados (Neill, Sophia, Peter, Ryan, Eamann, Magpie, Jem, Tabby, John).

1 profanado públicamente (Marcas).

1 confundido con una rata (Aiden).

No estoy seguro de por qué añadí el último nombre. Aquello había pasado hacía mucho y no guardaba la menor relación. Pero quería tenerlo ahí. Era importante para mí.

Bien.

Veintidós muertos y Bird durmiendo tranquilamente y bien tapada en una granja con un extenso huerto en Harlem. O eso esperaba.

Pero entonces empecé a reparar en algo. Me serví otro poco de brandy, sólo para tener las manos ocupadas cuando me paré a pensar. Por extraño que parezca, mis manos, al escribir, trazar los círculos y moverse, se sentían vivas. «Sí, esto funciona, no pares —pensé—, todo lo que se te ocurra pertenece a este trozo de papel de estraza. Todos dependen de él».

Me incliné y empecé a dibujar. Dibujé un boceto rápido de Silkie Marsh. Dibujé a Mercy tal como la había visto en San Patricio, con los ojos abiertos de par en par y el pelo suelto y caído. Dibujé uno de los cadáveres enterrados, rajado y con los huesos al descubierto. Dibujé a Marcas, con líneas cruelmente gruesas y toscas, porque eso era lo que me había parecido su muerte. Dibujé el vestido nuevo de Bird. Eran dibujos pequeños en los espacios en blanco, que trazaba tirando de las telarañas de mi cabeza.

Pero funcionaba. Cuando acabé de sacar las imágenes de mi interior, empecé a recordar las palabras.

Y esta vez eran las palabras pertinentes.

La gente me cuenta cosas que no debería contarme. Cosas que tendrían que estar cubriendo con tierra, a paladas, enterrándolas, hechos que deberían meterse en una bolsa de viaje antes de tirarla al río para que se hunda poco a poco. Escribí la

sucesión de declaraciones en otra parte, y pensé que DECLARACIONES era un término bastante apropiado como título. Pequeñas frases sueltas de Mercy, de Palsgrave, comentarios que a mi juicio no guardaban relación entre sí.

Cuando acabé de garabatearlos, no me parecieron ya frases que se hubieran pronunciado en voz alta. Parecían un mapa. Un mapa del infierno, tal vez, pero mapa al fin y al cabo, y me atraganté al respirar.

Saqué la carta —la única carta que me quedaba— de donde estaba, medio tapada por el papel de estraza. La leí otra vez. Nada tenía sentido, pero todo encajaba.

Me entraron ganas de reír, pero eso habría sido espantoso. Y, además, tenía que haber alguna diferencia entre Val y yo. Así que me concentré en acabar mi papel.

Primero tracé un círculo alrededor de «Amor», debajo de «Cosas por las que mataría una persona». Y luego también alrededor de «Dios», porque eso formaba parte del conjunto. Y luego de «Dinero».

Entonces escribí las siguientes preguntas:

¿Qué encontró Piest en el bosque y le contó al jefe?

¿Quién asistió a la reunión del padre Sheehy sobre la propuesta de una escuela católica?

Sonó una llamada al otro lado del expositor de pan.

Me acerqué a la puerta de la señora Boehm, aunque me detuve a medio camino para coger un cuchillo de cocina. Absolutamente exhausto, desolado, abrumado por las ideas inquietantes y descabelladas del papel. Aferré el pomo y alcé el cuchillo que ella utilizaba para despedazar pollos.

Y, de todos los que podían aparecer, allí estaba nada menos que Gentle Jim, con el fibroso bíceps de mi hermano sobre sus hombros. La primera vez que había visto a Jim con su cabeza acunada en el hueco del brazo de mi hermano en el Liberty's Blood, habría llamado mentiroso a cualquiera que asegurara que aquel hombrecillo era capaz de sostener su exiguo peso, mucho menos el de Val. Pero me habría equivocado por entero, y en ese momento Valentine no parecía en condiciones de andar por sí mismo. Se me ocurrían docenas de razones para su estado, y acabé optando por una que las abarcaba todas, que era que su hermano Tim es un gallina cegato.

—Dios bendito —acerté a decir—. Gracias. Entre, por el amor de Dios. Le cogeré de las piernas.

—Eso haría que me cayera muy simpático —respondió Jim, exhausto.

Eso no acabó sucediendo. Lo que sí pareció funcionar fue echarme los dos brazos de Val sobre los hombros y subir con él colgado a mi espalda, mientras Jim me seguía cogiendo los tobillos de mi hermano para que los pies no arrastraran golpeándose en

cada peldaño. Aunque, en el estado en que se encontraba, no se hubiera dado cuenta. Lo he visto centenares de veces.

Al llegar a mi habitación, lo dejé caer de golpe sobre mi colchón de paja. Por una vez, no lo hice por rencor sino porque pesaba una tonelada.

—Joder, cómo pesa —solté.

—Sí, bueno. —Gentle Jim se estiró con gesto cansado el cuello de papel de su camisa lavada y planchada—. Nunca pretendí valorar su perfección. Sólo su tremendo atractivo.

—Él dice que no es sodomita —comenté como un estúpido.

—¿Y con eso qué pretende insinuar sobre mí, si es tan amable de explicármelo?

Me cayó bien después de ese comentario. Puestos a medir réplicas pertinentes, ésta era un repóquer. Y, si la sodomía acababa salvar el pellejo de Val, ahora era sin duda el que prefería de sus vicios.

—¿Qué estaba haciendo?

—El pobre canalla conoció a un capitán de barco en el Liberty's Blood y se enroló para un viaje a Turquía —dijo gimoteando—. Sin embargo, todo hijo de vecino que bebe allí le debe demasiado dinero y demasiados favores a Valentine para consentirle... un error así en su carrera. Nos opusimos. Por la fuerza. Nada de mariconadas —añadió y puso los ojos en blanco antes de que yo pudiera decir palabra—. Me atrevo a conjeturar que soy su único conocido íntimo entre la pandilla del City Hall Park, en realidad, o... por favor, espero que sea así. Qué idea más espantosa, Timothy. En cualquier caso a los trabajadores de los muelles tampoco les hacía gracia verlo embarcado, por el puesto que ocupa en el partido y todo lo demás. Así que me encargaron que lo acompañara a casa. De camino, Val se mostró bastante maleducado conmigo, como si, por así decir, estuviera soñando con el mar abierto y viera cómo le frustraban sus propósitos, y tiró la llave de su casa a una alcantarilla. Yo no me rebajo a recuperarla de un sitio así. Y aquí estamos.

Yo intentaba averiguar si mi hermano respiraba todavía. Las probabilidades apuntaban a que sí. Yo le había puesto un ojo a la funerala, pero alguien le había limpiado cuidadosamente la zona donde la piel se había desgarrado.

«Sí, me cae bastante bien este tipo», concluí.

—Entonces ¿le he traído a casa o no? —preguntó Gentle Jim, sinceramente preocupado.

—Considérese un buen amigo de los dos —respondí. A modo de disculpa.

—Ni lo sueñe —se rio Jim mientras se dirigía hacia las escaleras—. Cuando se despierte..., no sé qué problemas habrán tenido últimamente los dos, él siempre decía que eran íntimos..., sin duda me tendrá por un completo cabrón. Cuando Val se despierta después de tanta morfina es genial y glorioso. Le deseo toda la suerte del mundo, porque es exactamente la cantidad que necesitará.

Estaba demasiado angustiado por Val para ir a las Tombs. No porque creyera que él se hubiera pasado de la raya, sino porque no había ninguna garantía de que, si me iba y él se despertaba, el granuja toca pelotas no fuera a zarpar con destino a Brasil. Así que encontré un poco de menta seca, que calmaba el estómago, y preparé una tetera. Mi hermano soporta los sudores y los escalofríos con notable tranquilidad, y la fase en la que el ritmo de su corazón se parece al de un colibrí no suele irritarle demasiado. Pero esta vez era como si se hubiera ido del todo. Eso significaba que necesitaba una infusión de menta y, en el caso de que ésta no funcionara, un cubo. Los fui a buscar.

Por suerte, sólo tuve que esperar unos veinte minutos. Estaba sentado con la espalda apoyada en la pared junto al colchón de paja en mi relativamente poco amueblada habitación cuando Valentine se incorporó, con todo el aspecto de un salvaje que acabase de salir arrastrándose de una cueva y le ha robado la ropa a un pulcro hombre del partido.

—¿Qué —empezó a decir con una voz que tenía la textura de la corteza de un árbol— estoy haciendo aquí?

—Durmiendo la morfina que te has metido —dije en un tono afable—. Gentle Jim te ha traído.

—Ese caballito saltarán.

—A mí me cae bien.

Val se pasó la mano por la cara y se la frotó varias veces.

—No querías volver a verme en tu vida.

—He cambiado de opinión.

—¿Por qué? —quiso saber, metiéndose el índice y el pulgar con fuerza en las cuencas de los ojos.

—Porque no soy muy buen hermano, pero me gustaría practicar un poco.

Val escupió tosiendo algo que procedía del suelo de Five Points y se sacó de un tirón el pañuelo de seda roja que llevaba en el bolsillo.

—¿Y cómo tienes pensado aprender esa especialidad, Tim?

—Te vigilaré, supongo. Ese es mi plan.

—Entonces —dijo Val con voz áspera bajo la tela— es que eres tonto del culo.

—Lo sé.

Me había pasado media vida larga creyendo que los peores crímenes de mi hermano contra mí eran dedicarse a apagar incendios, utilizar morfina y la depravación moral, por ese orden, y nunca había tenido la menor intención de perdonarle por ninguno de ellos. Tampoco es que él lo pidiera. Pero el descubrir que su mayor crimen era en realidad una mancha de sangre tan oscura que podía destrozarse a cualquier hombre... Milagrosamente, eso me resultaba más fácil de aceptar. La

noche anterior había pasado un fugaz instante, cuando volvía tambaleándome a casa, en el que me di cuenta de que podía deshacerme de la persona que me había arrebatado a mis padres. Que simplemente podía dejar que Valentine se fuera. Y entonces recordé la precisión con que el torbellino que tenía por hermano rellenaba pichones con mantequilla, sebo y orégano antes de asarlos, y cómo siempre que habíamos tenido una ventana ésta había estado inmaculadamente limpia, y aquella vez en que nos quedamos sin pañuelos y él había cortado un viejo chaleco en retales cuadrados a los que luego había cosido el dobladillo. Pensé en el tipo de valor que se requería para meterse en un incendio en el que hay gente quemándose. Y pensé en las razones que le llevaban a hacer eso. Había sido lo único que se me había ocurrido para no empezar a gritar su nombre por Elizabeth Street.

—¿Es eso té de menta? —gruñó Val vacilante, abriendo un ojo.

—Sí.

—¿Tan mal está la cosa?

—Sí.

Y lo estaba. Pero sólo suele alargarse durante una media hora, la fase del cubo, me refiero, y cuando se acabaron las náuseas, Val metió la cabeza en mi palangana, se lavó y bajamos. No tardé en encontrar el pan de un día que la señora Boehm había envuelto y dejado en el aparador, un trozo de queso y un poco de cerveza casera. El alba había dejado ya de ser gris, y el aire había refrescado a causa de la tormenta que se estaba formando en el cielo. Una mañana silenciosa y atenta. Cuando acabé de preparar el café me senté enfrente de mi hermano. Val estaba mirando fijamente mi papel de estraza, y alzó las cejas resiguiendo la curva del nacimiento del pelo.

—Tu café —dijo Valentine— huele como la suela de una bota irlandesa.

—Debo decirte que ya no volverás a ver a Scales ni a Moses Dainty. No fue por mi mano, pero están... en mala situación para que nadie los encuentre. Eran secuaces de Silkie Marsh y se toparon con alguien que les impidió que me asesinaran.

Mi hermano estaba en demasiado mal estado a causa de las drogas para apenarse como era debido. Pero sí que percibí un leve bajón.

—Bueno, ése es un problema resuelto. ¿Sabes?, pensaba que ese par de cabronazos empezaban a oler como ratas. Pero llevaban conmigo mucho tiempo, así que me costaba digerirlo.

—Tengo que saber qué te contaron Matsell y Piest. Podría averiguarlo yo, pero...

—Pero ellos ya me han informado a mí. Te has convertido en un artista del asesinato —añadió con los ojos fijos en el papel marrón.

—Me ayudó. ¿Qué descubrió Piest en el bosque y qué le contó al jefe?

—Ese viejo holandés es listo como él solo —dijo Val suspirando mientras apoyaba los codos en la mesa y miraba sombríamente el pan—. Supongo que ya sabrás que desenterró un montón de fundas hechas con tripas de borrego al lado de la

tumba. Bueno, pues encontró a la chica en la que habían estado, y tenía ganas de contárselo todo. Se llama Maddy Sample.

Maddy Sample era una encantadora y joven granjera de mejillas de manzana de diecisiete años que vivía en medio de un huerto de cerezos junto al bosque donde se habían encontrado las fundas. El señor Piest, bendito sea el pirado canalla, la descubrió cuando fue al pub más cercano a la fosa, una cantina llamada The Fairhaven, suponiendo que la chica debía de vivir muy cerca; allí fingió que babeaba detrás de todas las jóvenes que aceptaban hablar con él. Su éxito, como era de esperar, fue nulo. Pero su comportamiento indujo a los parroquianos a pensar que buscaba desesperadamente algo que era de su propiedad. Y al poco un tipo llamado Ben Withers, que era más caballeroso que espabilado, le advirtió que ni se le ocurriera mirar a Maddy si no quería que le diera un puñetazo en el ojo.

—Lo que habría sido lógico —explicó Val— si no fuera porque Maddy Sample no está casada con Ben Withers. El hombre vive en una destilería a medio kilómetro de ella. También en las lindes del bosque. Lo cual hizo que nuestro señor Piest se preguntara qué es lo que preocupaba tanto al pequeño demonio de Ben.

El señor Piest aún no había encontrado a Maddy Sample. Pero no tardó en dar con ella en el huerto de cerezos cuando le contó a sus padres que su esposa estaba enferma y necesitaba una acompañante a tiempo parcial, alguien de ánimo alegre. Por una generosa suma de dinero, parte del cual les adelantó en gesto de buena fe. Los Sample desearon una pronta recuperación a su mujer y lo mandaron directamente al huerto para que hablara con Maddy. Cuando él le explicó con amabilidad lo que había descubierto, lo que quería y lo que le pagaría por fingir que iba a visitar a su mujer, Maddy se lavó las manos y le acompañó a las Tombs.

—Matsell y Piest la interrogaron, y los dos saben perfectamente cómo hacer que una chica se sienta cómoda. —Val mojó un trozo de pan en su cerveza y se aventuró a darle un mordisco—. La mujerzuela empezó a largar sin parar en cuanto le pusieron un vaso de brandy en las manos. Ben Withers es un verdadero buen partido, pero todavía no ha acabado el aprendizaje en la destilería. Ben Withers se pone un poco pesado por saber con quién habla o deja de hablar ella. Ben Withers tiene buenas piernas para el baile. Cuando por fin consiguieron que dejara el tema de su novio, admitió que van al bosque a jugar a los médicos, y cuando le preguntaron si alguna vez había visto algo raro, ella dijo que un carruaje se acercaba por allí. Lo había visto dos veces.

—Dios mío —dije en voz baja—. ¿Y vio lo que se traían entre manos?

—No quería que la pillaran, ¿no? Así que se mantuvo a distancia. Cada vez que aparecía el carruaje, Ben y ella salían por piernas.

—¿Qué más?

—Sólo una cosa. El carruaje llevaba algo pintado a un lado. Ella dijo que era un

ángel.

—¿Un ángel?

—Lo que oyes, un ángel. Por eso nos quería ver Matsell. Está claro que de verdad se trata de un pirado religioso, Tim. Lo que significa que lo de anoche sólo fue una prueba. La cagamos si lo encontramos y la cagamos si no lo encontramos.

—No —dije con una vocecita apenas audible—. No es así. Sé lo que ha pasado. Lo sé todo, hasta el final.

Menos mal que Valentine aborrece mi café y se lo toma con remilgo, porque si no lo habría escupido de golpe. Mientras tanto, yo me sentía como si estuviera volando y cayendo en picado a la vez. No es una sensación en absoluto agradable.

—¿Cómo? —preguntó mi hermano.

Señalé aturdido la hoja de papel de estraza.

—Madre de Dios. Entonces ¿qué hacemos aquí, mi joven estrella de cobre?, ¿y vas a contármelo o qué?

—¿Te pondrás borde si no te lo cuento por el momento? —pregunté levantándome.

—Sí. No. Dios, Tim.

—Tengo que ver a alguien. —Me abotoné el chaleco, mientras buscaba mis botas, luego me até la delgada venda sobre la cicatriz—. ¿Puedes hacer una cosa por mí? Por favor.

—Cuando sea capaz de mantenerme en pie —respondió Val juiciosamente—, y cuando me hayas servido un whisky. Mira que eres poco hospitalario, la madre que te trajo...

Fui a buscar el licor.

—¿Puedes acercarte ahora mismo a Harlem y buscar la granja de Boehm? Marthe Boehm. Mi casera está allí, con Bird Daly. Tienen pensado volver hoy a la ciudad, pero necesitan escolta. Si te encargas tú, sé que no pasará nada.

—¿Es mucho pedir saber adónde vas tú? —preguntó sin rodeos.

—No es peligroso, Val, créeme —le dije, tranquilizándole sobre mi seguridad—. Sólo tengo que hablar con un par de personas.

—He cumplido órdenes de peores pringados que tú, supongo.

Mi hermano ladeó la cabeza de una manera controlada y se sirvió un segundo vaso de whisky. Más lleno que el primero. Me había puesto la chaqueta y estaba a punto de salir por la puerta cuando me di la vuelta.

—¿Por qué no me contaste por las buenas que no tenías nada que ver con que se llevaran a Bird a la Casa de Acogida?

—Porque cada vez que hablo haces oídos sordos, Tim.

Lo dijo en el mismo tono que habría dicho: «¿Por qué no?, hace buen día» o «Porque no puedes añadir limón a la leche de esa manera, cabeza de chorlito, o

cortarás la salsa». Tampoco buscó mi mirada, se limitó a sacar su pequeña agenda de citas y empezó a apuntar «Boehm» con un trozo de lápiz que se había sacado de la levita. No me había gustado precisamente que, por un cruel azar, me partieran el corazón la noche anterior. Sin embargo, este nuevo golpe parecía merecido, porque yo había sido un inconsciente y despiadado instrumento de castigo durante diecisiete años para él y porque Valentine Wilde nunca —a pesar de sus costumbres no le hace falta— se apunta nada para acordarse. Lo que significaba que, en ese momento, le parecía muy peligroso arriesgar una mirada en mi dirección.

—Eso pensaba —dije cuando recuperé el habla—. Val, lo siento. Por favor, no te vayas a Turquía. Prométemelo.

No me miró, y su ceja se retorció en un gesto de tenebrosa diversión.

—La vida de cangrejo de mar ha perdido todo su atractivo. —Calló un momento mientras se guardaba el cuaderno—. No se te ocurrirá acercarte por el partido sin preparártelo bien, ¿verdad? Son peligrosos. Llevo intentando explicártelo desde hace mucho.

—Resulta que no voy contra ellos —grité mientras lo dejaba en casa ajustándome el sombrero de ala ancha sobre la frente—. Soy tonto del culo, como bien has dicho. A quien combato es a todos los demás, sin excepción.

VEINTICUATRO

Reúnen a los hijos e hijas de los protestantes, e incluso a algunos profesores de religión, en las escuelas, y poco a poco los acostumbran al culto de los católicos... Si tuviera espacio, podría dar algunos ejemplos que corroboran lo dicho, que han ocurrido aquí.

• Un corresponsal de *Home Missionary*^[23], 1843 •



Me bajé del coche de alquiler en el cruce de Chambers y Church Street. La casa que hacía las veces de hogar y consulta resplandecía limpia y saludable. Lo más distinto a Five Points que imaginarse pueda. Sus peldaños habían sido recién fregados por los servidores, y el pomo de la puerta lanzaba centelleantes arcos de luz al sol. Mirando por encima de la placa de bronce que rezaba «DR. PETER PALSgrave, MÉDICO PARA LOS JÓVENES», llamé al timbre.

Apareció un mayordomo, un hombre enjuto y esquelético.

—No se puede molestar al doctor Palsgrave.

Pulirme la estrella de cobre con la manga de la chaqueta funcionó. El hombre suspiró, dolido por lo mucho que se había degradado Nueva York.

—Muy bien. El doctor Palsgrave está dando clase en la Universidad de Nueva York. Le encontrará allí —dijo en tono monótono mientras cerraba la puerta.

Llegué a Washington Square casi a media mañana. El sol se alzaba sobre las copas de los árboles y los estudiantes se desplazaban de un edificio a otro como hormigas con sus medias de colores brillantes y sus sombreros aplastados. Mejillas sonrosadas, rostros terriblemente preocupados por nada importante. El tercero al que abordé me indicó la sala de conferencias médicas y el foro de disección pública. Hacia allí me encaminé, sintiéndome treinta años mayor que él y no los probables cinco o seis más que en realidad debería tener.

La puerta de la sala crujió cuando la empujé. La luz entró a raudales por la abertura, descubriendo el polvo que flotaba abundante en el aire. Abajo, el estrado de lectura no estaba muy iluminado, pese a que las ventanas de casi cuatro metros carecían de cortinas y había varias lámparas encendidas. Algunas cabezas con peluca se volvieron a mirarme, pero se olvidaron de mí al momento. El doctor Palsgrave estaba detrás de un cadáver con un orificio taladrado en la cabeza y un gancho metálico enroscado en su interior, el gancho atado a una cuerda con una polea. El doctor tiró y levantó el torso por la cabeza, hasta dejarlo erguido. Las costillas estaban separadas, la piel apartada como una cáscara de naranja, la boca sonreía con una inverosímil buena voluntad.

—Y así pueden ver —proseguía Palsgrave mientras yo bajaba— que la cavidad

torácica no acaba abruptamente a la altura de la costilla superior. Permite que el timo, la tráquea, el esófago y los músculos largos del cuello se extiendan más arriba, para empezar, pero por el momento nos concentraremos en el ascenso de la arteria carótida común izquierda.

—Tengo que hablar con usted, doctor —dije cuando llegué al fondo de las escaleras.

El hombrecito alzó la mirada. Los ojos dorados centelleaban, la columna encorsetada crujía por la irritación. Luego volvió a concentrar toda su atención en la ciencia, exclusivamente en la ciencia.

—Precisamente ahora estoy ocupado. ¿Es que no lo ve? Como si esa supuesta fuerza policial no hubiera causado ya bastantes problemas...

—Sería mucho, mucho mejor —insistí sin perder la calma— si me llevara a un lugar más privado.

—¡Ni pensarlo! Echaría a perder un ejemplar muy valioso de...

—Busque a uno de sus colegas médicos que acabe la clase. Esperaré.

Enfurecido, el doctor Palsgrave hizo lo que le pedí. Con un gesto irritado de la muñeca me condujo fuera de la salas de conferencias a un pasillo interior. Su postura de ballet, sus patillas blancas enmarañadas como las de un gato, su chaqueta formal muy cepillada y muy azul, murmurando insultos hacia mí sin parar. Cuando llegamos al final del pasillo, abrió de golpe una puerta que también tenía, como vi, su nombre grabado.

El doctor Palsgrave disponía de un segundo laboratorio de alquimia en la facultad, según reparé al entrar en el despacho. Estaba en medio de un experimento, un ayudante en bata se cernía sobre el delicado equipo. Las retortas ardían, pequeños fuegos danzaban con el metal líquido sobre ellos. Había trozos de tejido clavados a tableros, viales llenos de misteriosos venenos. No tenía la menor idea de qué estaba haciendo el doctor, pero todo parecía maravillosamente prometedor. Como si aquel hombre pudiera ver un futuro en el que una sustancia aún no descubierta convertiría un fragmento de niño en un niño entero de nuevo. Soñé, sólo por un instante, que yo era la persona que veía cómo el doctor lo hacía.

No era verdad. Pero me hubiera gustado.

—Por favor, déjenos solos, Arthur —dijo el doctor suspirando.

Cuando su ayudante hubo salido, me volví para encarar al doctor Palsgrave. No sabía muy bien cómo proceder en esas circunstancias, pero tampoco podía perder más tiempo.

—Lo sé —dije con calma—. Lo de los niños. El campo santo en las afueras de la ciudad es suyo. Tengo que hablar con usted al respecto.

Una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos habría ofrecido una imagen más agradable. Sus ojos se me clavaron veloces y vi cómo se desmoronaban de golpe

civilizaciones enteras, ciudades que había levantado y soñado y planificado, como la maqueta de un mundo. El doctor Palsgrave se quedó blanco. Y entonces empezó a jadear, se llevó la mano al corazón, agarrotada como una zarpa.

—Basta —jadeé corriendo hacia él—. No pretendía decirlo de ese modo. Si yo pudiera haber hecho lo mismo, con sus conocimientos..., sólo necesito saber si estoy en lo cierto, doctor Palsgrave. Dígame que tengo razón y deje de temblar así.

Tardó unos segundos, pero lo hizo. No soy especialmente bueno mintiendo. Pero sí lo soy diciendo la verdad, así que me creyó. Se estremeció un poco más, y luego apareció de no sé dónde el pañuelo de aquel color verde venenoso que costaba diez dólares y se enjugó el sudor del cuello. Con gestos rápidos, apagué todas las llamas encendidas y luego me situé de nuevo ante él.

Levantó ambas manos y se las pasó por las patillas blancas.

—¿Cómo lo descubrió?

—Mercy Underhill me dio una pista, aunque no era ésa su intención. Usted puso el resto. Y le vieron.

—¿Me vieron?, ¿quién?

—Una chica que vive en un huerto de cerezos cercano. No llegó a verle la cara, pero sí su carruaje. Me temo que ya le ha contado al jefe de policía que lleva la insignia de un ángel. Pero no la lleva, claro. Es un báculo, el de las culebras con las alas. Un caduceo. ¿Qué otra cosa pintaría usted en su carruaje?

Tenía en la más alta consideración al doctor Palsgrave. Y por eso no quiero extenderme en los instantes que siguieron a que se supiera descubierto. En realidad no es un hombre solemne, si no se le tiene en cuenta el corsé. Y desearía que su versión soñada del mundo se hiciera realidad más deprisa. Así que sólo contaré la primera cosa sensata que preguntó después de que yo acercara dos sillas y él se dejara caer en una.

—¿Cuándo empezó a sospechar de mí?

—Para serle sincero, no sospeché de usted hasta hace tres horas. Pero había empezado a preguntarme por qué un hombre haría cosas así, y tenía otras... pistas. ¿Cuándo empezó a practicar autopsias a niños que habían muerto hacía poco?

—Hará unos cinco años —murmuró—. No le mentí cuando hice la autopsia de los de la fosa común. Los cadáveres abarcaban desde hacía cinco años hasta hace poco, y de algún modo usted supuso...

—Que usted conocía a todos y cada uno de esos niños, porque antes los había abierto y les había extraído los órganos que había querido —acabé la frase por él—. Su reacción ante el primer cadáver ya debería haberme puesto sobre aviso. Liam. Usted pareció aterrado cuando le convocamos para que lo examinara, creyó que era una encerrona para obligarle a confesar. Las razones que adujo para justificar que alguien abriera en canal un cuerpo eran ridículas, doctor. ¿Qué se hubiera tragado

algún objeto precioso? Usted, un anatomista, repasó todas las razones, salvo una, el que quisiera hacer una autopsia. Le aseguro que sus autopsias no se parecen en nada a la mayoría de las que he visto, son más amplias, ¿siguen la caja torácica?, ¿el corte debajo del esternón?, ¿le permite ver mejor?

Asintió cansinamente.

—Nunca pretendió que representaran el símbolo de la cruz. Pero, pese a todo lo bárbaras que parecieran, no podía esperar que yo me creyera que eran canibalismo o...

—No sabía qué decirle. Fue todo tan repentino, tan espantoso, y echar el cuerpo de aquel niño en un... en aquel cubo de basura... fue lo peor que he hecho en mi vida —susurró—. Nunca me lo perdonaré.

—Cuéntemelo desde el principio —le pedí con calma—. Empezaré por usted, para hacérselo más fácil. Los cuerpos son muy escasos. Los cuerpos de niños específicamente, y los fallecidos recientes que usted necesitaba para sus estudios eran todavía más raros. ¿¡Qué padre le entregaría a su hijo difunto para que lo abriera en cana!? Pero en los burdeles... —hice una pausa—. Enferman con mucha frecuencia.

El doctor Palsgrave se pasó una mano por la boca, esbozando una mueca.

—Los cuerpos de los niños son anatómicamente muy distintos de los de los adultos, y cuando no pude encontrar los materiales que necesitaba para el estudio, me puse... de mal humor. Había perdido tantos ya, señor Wilde, y mucho antes de cuando les hubiera debido llegar su hora. No podía eliminar los burdeles de Nueva York, pero creí encontrar una solución a mi problema hace cinco años, cuando una niña a mi cuidado falleció debido a una grave deficiencia cardíaca. Su madam en vida, Silkie Marsh, me preguntó si podía hacer algo con los restos, porque ella estaba pasando apuros económicos y no podía pagar el entierro de la pequeña.

El doctor Palsgrave se había resistido diciendo que no tenía ningún derecho sobre el cuerpo, y que la universidad seguramente le pediría explicaciones si intentaba diseccionar un cadáver sin identificar en sus instalaciones. Pero Silkie Marsh dio con presteza una solución. Podía volver esa noche, enmascarado o encapuchado. Ella le despejaría un espacio amplio, colocaría una lona y una mesa en el sótano. Todo por cincuenta dólares. El doctor Palsgrave podía llevar el equipo que necesitara y dedicar el tiempo que quisiera a su trabajo.

—Supongo que cuando avisó a Madam Marsh de que tendría que encontrar un modo de deshacerse de los restos diseccionados sin que nadie lo viera, ella le ofreció otra solución —aventuré—. Usted pondría el carruaje, porque nadie sospecharía de un médico, y ella se ocuparía de aportar la mano de obra.

—Se llamaban Scales y Moses —respondió el doctor—. Eran muy eficientes enterrando en las afueras. Hacían un buen trabajo, señor Wilde, se lo aseguro, un buen trabajo. Por fin podía realizar autopsias que eran importantes para mí, a los

niños.

Se prolongó, en total, durante cinco años. Cuando moría un niño del burdel, se avisaba al doctor Palsgrave. Él pagaba sus cincuenta dólares. Estaba llevando a cabo la obra de su vida. Se encargaba de que enterraran a los niños, todas las veces, sin errores. Se lo agradecía en voz alta a los pobres difuntos mientras los depositaban en la tumba superficial. No eran más superficiales que las tumbas de otros pobres. Y ellos estaban haciendo un bien mientras tanto, todo mientras tanto, y todos los pecados se expiaban en ese mientras tanto. El doctor Palsgrave nunca albergó dudas al respecto.

Había habido diecinueve muertos, en total, consecuencia de la neumonía, de fiebres, de la varicela, de enfermedades contagiosas. Entonces, un día el doctor Palsgrave llegó con su capucha negra —a los niños se les había ordenado que se quedaran en sus habitaciones—, y Silkie Marsh y él habían ido a bajar el cuerpo de Liam al sótano. Cuando entraron en la habitación parecía un matadero.

—Liam sufría problemas pulmonares —explicó el doctor Palsgrave— y yo estaba realizando experimentos de alquimia con sangre. Todavía sigo con él, y los resultados han sido... —se le apagó la voz, distraído y dolorosamente esperanzado por un momento y luego volvió de golpe a la tierra—. Pero tanto da. Le pedí a Madam Marsh que, si el desafortunado niño no llegaba a recobrase, me avisara cuanto antes porque quería extraerle la sangre. Hay investigaciones francesas que indican que la sangre contiene elementos de metal, y quería comprobar si podía destilarlos hasta la esencia purificada. La idea de purificar la sangre es muy prometedora. Se me avisó debidamente, corrí al burdel cuando el chico falleció y extraje la sangre del desafortunado en un cuenco. Tenía tanta prisa que procedí en su habitación en lugar de en el sótano. Pero luego me di cuenta de que había cometido un error absurdo al olvidarme el recipiente en el que pretendía llevármela, así que volví corriendo al carruaje.

—Dejó la habitación a oscuras cuando salió —dije—, ¿por qué?

El asombro y el miedo rivalizaban por adueñarse de sus rasgos.

—¿Cómo lo sabe? Me llevé la linterna. Procuraba ser tan discreto como me era posible en el piso de arriba, siempre que me veía obligado a hacer cualquier investigación cerca de los demás niños. Regresé a los tres minutos, pero...

—Pero entró en un matadero. Alguien le había descubierto, alguien que había derramado la sangre por todas partes.

—Madam Marsh ahogó un grito y yo mismo temí ser víctima de unas palpitaciones fulminantes. —El doctor se pellizó pesaroso la nariz—. Puede que influyera en mis actos. No lo sé. Seguimos las huellas a la otra habitación y encontramos la ventana abierta, con una escalera improvisada atada al pestillo. Madam Marsh me ordenó que me deshiciera del cadáver, sin darle ningún uso, y

también me pidió que le ayudara a fregar la sangre del suelo. Moses y Scales estaban en la casa a los veinte minutos.

—Pero entonces usted se rebeló.

—No podía hacerlo —dijo casi sin respiración, apretando el puño encima de la rodilla—. Desperdiciar el cadáver de un niño de ese modo, la sangre ya se había perdido, y necesitaba un bazo. Lamento haberle dicho que habían sido las ratas. Pedí que me dejara utilizar el sótano. Al principio, Silkie Marsh se negó. Pero entonces le dije que nunca más llamaría a su puerta si no me concedía diez minutos, que nuestro acuerdo habría acabado para siempre, así que ella cedió.

—Prosiga.

La boca del doctor Palsgrave se inclinó hacia abajo, ocultando un rictus doloroso, amargo y cansado.

—Extraje el órgano. Metimos al pobre niño en mi carruaje. Nos encaminamos al norte, al lugar de enterramiento, pero debo confesarle que sólo habíamos llegado a Mercer Street cuando fui presa del más incontrolable pánico. Yo me había demorado diez minutos más de lo debido y Madam Marsh había dicho que podían resultar desastrosos. La prueba yacía a mis pies, y un testigo (sólo Dios sabía quién, a mí nunca se me dijo con precisión cuántos niños empleaba ella en cada momento) andaba suelto, y seguramente con un susto de muerte, la pobre criatura. Paré junto a un receptáculo de basura delante de un asador de carne. Se quedó paralizado.

—Yo..., nunca dejaré de perseguirme, señor Wilde.

También le creí. No es fácil parecer tan afligido por una cuestión de honor cuando no eres honorable.

—Silkie Marsh se enteró de lo que hizo por medio de Moses y Scales. ¿Se enfadó por lo cerca de su casa que había dejado el cuerpo?

—No, o si lo hizo, nunca lo mencionó. A la mañana siguiente, me informó de que había encontrado a la niña desaparecida. Le contó que le había hecho una sangría a Liam antes de morir en paz, y la niña la había creído, gracias a Dios. Había controlado la situación y todo podía volver a ser como antes, eso me dijo Madam Marsh.

—Sabiéndolo todo sobre las muertes, las cartas debieron de desconcertarle, pese a que desviaban la atención de usted —aventuré—. La única que se publicó, el mensaje de la Mano del Dios de Gotham en el *Herald*..., usted se las apañó para guardar silencio. Pero entonces le mandaron la otra, la de tono más siniestro. Dirigida a usted personalmente, a usted, que era en realidad quien estaba detrás de todo. Le asustó. No sabía qué hacer, así que me buscó, sabedor de que no podía destruir la carta y mantener una conciencia limpia. Y entonces vio a Bird Daly.

—Sí —reconoció de buen talante, casi sonriendo—. Nunca la había visto a la luz del sol, lo que fue un placer.

—¿Le mencionó a Madam Marsh que la había visto conmigo? —pregunté despacio, con cautela.

—Oh, sí, me parece que sí. Recuerdo que le dije que la niña tenía muy buen aspecto, muy saludable, desde que había dejado de trabajar para ella. Y no le comenté mucho más.

Sonreí sin pensar. Debió de ser una sonrisa de una torva gelidez, porque el doctor Palsgrave pareció perplejo. Así que me la borré de la cara. Por su parte, los pómulos del doctor estaban griseando un poco, se frotaba con dos dedos nerviosamente el cuello vuelto del chaleco, cerca de la zona del corazón. Y supe lo que estaba pensando. Había habido una única muerte que no podía explicarse, una abominación que él nunca podría haber realizado, un cuerpo desgarrado y clavado a una puerta con unas cruces desquiciadas pintadas a su alrededor como un enjambre de insectos enfermizamente blancos. Marcas, que no había muerto por la ciencia. Marcas, que no procedía del establecimiento de Marsh.

—Lo sé —le interrumpí—. No sé decirle lo que sucedió, pero me encargaré personalmente de que el culpable pague por ello.

—¿Tiene que ver con la carta que le entregué? Apenas puedo soportarlo, aunque sólo sea pensar que...

—Y no tendrá que pensar más, doctor. Lo tengo todo bajo control; sólo una cosa más.

—Diga.

—Un niño pequeño, que respondía al nombre de Jack Be Nimble, en una ocasión echó un vistazo a hurtadillas en su carruaje cuando usted se disponía a deshacerse de un cadáver. El niño estaba a punto de abrir el saco cuando usted le interrumpió. Delante de la casa de Silkie Marsh. ¿Qué le dijo al niño?

—Increíble. Es usted verdaderamente increíble, señor Wilde; yo... sí, lo recuerdo. No por su nombre, que nunca supe. Y tiene razón, todavía no había llegado a abrir el saco, sólo la portezuela del lado del pasajero, aunque me dio tal susto que debió de quitarme diez años de vida. Estaba bastante mal alimentado, creo. Acostumbrados a la vida salvaje, a las costumbres bárbaras de esos niños. Le di una moneda y le dije que le pidiera a la señora de dentro un poco de caldo de pollo. La profesión de Madam Marsh es completamente repugnante, pero siempre sirve una buena mesa, eso no lo negaré.

Me levanté y tendí la mano.

—Gracias por su honestidad, doctor Palsgrave. Lamento habérselo dicho con tanta brusquedad, pero usted tenía que parar. Se acabaron los cadáveres del burdel de Silkie Marsh. Para siempre.

Me estrechó la mano al levantarse.

—En cualquier caso, ya no podría. Me fallaría el corazón. Señor Wilde, espere...

¿de verdad no pretende hacer nada contra mí?

—De verdad.

—No, por favor, tengo que saberlo... usted dijo que Mercy Underhill me delató, ¿no?, ¿cómo es posible? Ella no sabe nada de esto, lo juro.

Una sonrisa asomó en mis labios, esta vez más cálida.

—Ayer la vieron apeándose de su carruaje unos niños que tenían razones para creer que usted era un personaje siniestro. Supongo que los dos debían de ir a atender a algunos pequeños. Pero ella me dijo que el dueño del carruaje no creía en Dios ni en la política. No tuve que devanarme los sesos para pensar en usted.

—Ya veo. Sí, ya veo. —El doctor agitó las manos, como si se apartara su orgullo natural—. Señor Wilde, quédese para una copa al menos, nunca podré recompensarle como merece.

—Me reclaman asuntos urgentes —respondí mientras volvía a ponerme el sombrero.

—Claro. Se lo agradeceré en otra ocasión. Pero ¿cómo va a resolver lo que sucedió en San Patricio? Sólo un salvaje haría una cosa así.

—Volviendo al escenario de los hechos —le dije.

—¿Y entonces?

—Haré una pregunta.

—¿Una pregunta? ¿Y qué espera que suceda después?

—Después tendré a un auténtico asesino al que visitar —dije, dando un golpecito con gesto grave al ala de mi sombrero a modo de despedida mientras cerraba la puerta de su oficina.



Por el aspecto que ofrecía San Patricio cuando llegué a la esquina, no había sucedido ninguna catástrofe durante los disturbios. Todo estaba limpio. Destilaba una limpieza imprescindible, necesaria, compulsiva, desde las escaleras de granito a las piedras rojas y las puertas triples de madera. No me hubiera sorprendido si el padre Sheehy hubiera fregado el roble en el lado interior de la puerta hasta pelarlo, y no le habría echado la culpa. Una brisa agradable y veleidosa soplaba por la calle extrañamente tranquila.

Dentro de la catedral, un monaguillo que estaba quitando el polvo a los bancos me envió a la sacristía del sacerdote. Llamé a la puerta y oí una amable respuesta invitándome a pasar. Pero el padre Sheehy no estaba trabajando, o al menos, no me lo pareció. Su cabeza lampiña se ladeaba pensativamente, inmóvil ante un cuadro religioso. La obra era antigua y representaba a un hombre de unos sesenta años, con el pelo blanco y un rostro afable, que sostenía un bastón con hojas de oro.

—Señor Wilde —me saludó el padre Sheehy—. ¿Ha hecho usted muchos

progresos?

—No sé si progresar es la palabra. ¿Quién es ese que tanto le hace meditar?

—San Nicolás siempre ha sido uno de mis santos preferidos, y últimamente me parece que lo mejor que puedo hacer es hablar con él, ya que es el santo patrón de todos los niños.

—¿Ah, sí?

—Ciertamente.

—Pues parece una tarea muy ardua —no pude evitar el comentario.

El padre Sheehy se limitó a asentir en silencio, porque me había entendido perfectamente.

—Es la elección apropiada, aunque su tarea debe de ser interminable. Mire, hay una historia, señor Wilde, que cuenta la visita que hace san Nicolás a una ciudad que está viviendo un período de hambruna. Allí no crece casi ningún cultivo, todo está marchito como el polvo. La villa padece terribles penurias, y luego la cosa empeora, día tras día, como lo que temo que pase en mi tierra natal el año próximo. Hasta que una mañana, un hombre enloquecido por el hambre y la miseria mata a tres niños y los despedaza. Su intención era vender la carne, entiéndame. Pero nuestro san Nicolás, bendecido por Dios y hombre santo, ve la treta. Y lo descubre.

—Una historia terrible.

El sacerdote sonrió con tristeza.

—Y a usted le ha parecido además familiar. Pero san Nicolás fue todavía más lejos y resucitó a los tres niños. Y por eso le he estado contando que le agradeceríamos mucho que rogara en nuestro nombre. Para transmitirle el mensaje de que, dado que él no está aquí para hacer sus milagros, nosotros hacemos cuanto podemos.

—¿Qué le pasó al asesino? —pregunté cuando el padre Sheehy se acercó a su mesa y me hizo un gesto para que me sentara en la silla de delante.

Pareció sorprendido, se pasó una mano agitada por la calva.

—Es la mejor pregunta que me han hecho desde hace tiempo, señor Wilde, y por eso es una pena que no sepa responderse. Cuando vuelva el obispo Hughes, investigaré. Me vi obligado a informarle de la reciente tragedia, y creo que pronto regresará de Baltimore. Pero ¿puedo servirle de algo en algún otro sentido?

—Sólo quiero hacerle una pregunta —dije lentamente—. La noche antes de que se encontrara a Marcos, usted tuvo una reunión. Era sobre la educación de los niños católicos de Nueva York en escuelas católicas. Es decir, niños irlandeses en escuelas irlandesas.

—Ah, sí. —Su tono fue seco como unos clavos, e igual de afilado.

—¿No fue bien?

—Me pregunto, señor Wilde, si ha leído un tratado titulado *Is Popery Compatible*

with Civil Liberty? —me preguntó con una sonrisa que carecía del menor humor—, de no ser así, ¿ha hojeado alguna vez una espléndida historia que ha publicado Harper Brothers que lleva por título *The Awful Disclosures of the Hotel Dieu Nunnery*^[24]?, ¿no? Bueno, en ese caso quizá no esté al tanto de que los sacerdotes tienen la santa costumbre de violar monjas y luego enterrar los diminutos frutos de esas uniones en agujeros que excavan en los cimientos de los monasterios. Naturalmente, hay gente aquí que se siente... preocupada. —Escupió la última palabra con tanta fuerza que cualquiera se habría encogido.

—Sé que está enfadado por tantas calumnias. Tiene todo el derecho. —Callé un momento—. Pero ¿suceden en realidad cosas así, padre?

Apretó los dientes.

—Y tanto que suceden. En todo el mundo, y cada día, entre hindúes y turcos, anglicanos y protestantes, y también católicos. Y no detendré esos actos repugnantes más deprisa si renuncio a mi Dios, señor Wilde, porque, sin mi Dios de mi parte, ¿cómo voy a conseguir nada?

Me incorporé en la silla y apoyé el antebrazo en el borde de la mesa.

—Después de aquella reunión, cuando los asistentes se dispersaban, ¿alguno de ellos hizo una donación?, ¿al orfanato o a la iglesia?

El sacerdote arqueó las cejas.

—Uno de ellos, y fue fruto de muchas, muchísimas insinuaciones amistosas por mi parte, y también por la del obispo.

—¿Fue ropa o comida, o un saco grande de algún tipo? Y era tarde, y usted estaba hablando con gente importante. Se lo agradeció. Se alegró de que hubiera venido. A usted le requerían de todas partes y lo dejó para ocuparse más tarde.

—Sí —dijo. Un pestañeo impotente y confuso recorrió su rostro afable.

—¿Tiene el saco todavía aquí?

El sacerdote se quedó tan blanco como si lo hubieran borrado y se tapó la boca con la mano. Como si la respuesta fuera venenosa y él fuera a absorberla por la lengua si la pronunciaba. Yo le entendía, pero no podía permitirme el lujo de esperar.

—Padre, por favor, escriba el nombre del donante. Anótelos en un trozo de papel y démelo. De otro modo sólo tendré mi palabra.

La mano se le crispó una vez antes de que pudiera moverla. Pero al final lo hizo, cogió papel y una pluma, con la cara tan petrificada como la del san Nicolás que colgaba de la pared.

Por extraño que parezca, mientras él sellaba el destino de un hombre y yo le miraba, no pensé en qué tenía que hacer a continuación. Ni en qué debía hacer, ni en qué implicaba aquel papel. Pensaba en lo que Mercy había dicho en Washington Square Park. Que poner las cosas por escrito era como dibujar un mapa. Y que ella nunca conocía sus propios límites internos sin escribir sobre ellos..., como un

agrimensor con una cuerda y un astrolabio, contemplando pensativamente un río. Me di cuenta de que, no siendo ningún experto con las palabras, yo hago lo mismo con el papel de estraza. Entonces me acordé de su libro quemado y me sentí avergonzado por haberla abandonado la noche anterior, más avergonzado de lo que me había sentido en toda mi vida.

El sacerdote me pasó el nombre. Pero no fue ninguna sorpresa, así que doblé el papel y me lo guardé en el bolsillo del chaleco.

—Soy nuevo en esto —dije—. Pero confíe en que actuaré correctamente.

Le estreché la mano. Me di la vuelta para marcharme.

—San Nicolás medía poco más de metro y medio, señor Wilde, o eso dicen. Era un hombre muy bajo.

Me volví a mirar el cuadro.

—No le sigo.

—Dios siempre hace uso de los recipientes apropiados. —Hablaban en voz baja mirándose fijamente las manos—. No se lo tome como un insulto, y le ruego que me perdone.

—¿Puedo pedirle prestada su pistola? —fue la única respuesta sensata.

Mientras salía de la catedral con su arma en la chaqueta me pregunté a qué Dios se referiría, dado que yo no tenía uno concreto. Cada segundo de aquella maldita investigación entera había sido fruto de mi sangre, mi sudor, mi cerebro y mi necesidad de saber. Pero si había alguna fuerza invisible de mi parte, habría sido un estúpido para cuestionarla en ese momento. Así que lo dejé pasar, lo dejé pasar con un silencioso gracias. Gracias a todo y a todos los que me habían ayudado sin que yo lo supiera, hasta a Maddy Sample y su saludable libido.

Media hora más tarde, llamé a la puerta de los Underhill.

VEINTICINCO

Sinceramente, me alegra saber que todavía están comprometidos con el bien de los católicos romanos. Durante largo tiempo, la Iglesia consideró que la conversión de los judíos era inútil, e incluso ahora raramente escuchamos una oración ofrecida por sus almas. Sin embargo, con respecto tanto a los católicos romanos como a los judíos, debemos preguntarnos: ¿hay algo que sea demasiado difícil para el Señor?

• Carta al *American Protestant in Defence of Civil and Religious Liberty Against Inroads of Papacy*, 1843 •



Nadie respondió. Pero la puerta principal estaba abierta. Así que entré, tomándome el tiempo y la cautela necesarios para hacerlo en silencio.

Al instante, supe que pasaba algo.

En primer lugar, me llegó un sonido. Un silencio quebradizo, más allá de lo audible..., como si, al entrar, alguna otra cosa se hubiera detenido.

Escuché con más atención, pero no oí nada. Así que seguí adelante.

Cuando entré en el salón, allí estaban las estanterías, la alfombra verde, las lámparas con pantallas y todos los adornos de un hogar feliz. Y los tomates colgaban rojos y brillantes al otro lado de la ventana. No les quedaba mucho tiempo en este mundo. No con el frío que se acercaba, como todos sabían.

Pero allí pasaba algo. Todo estaba igual a como yo lo había dejado.

Y cuando digo igual quiero decir exactamente igual. Los documentos en los que había estado trabajando el reverendo cuando mantuvimos nuestra última conversación seguían aún sobre la mesa. Agotado casi hasta el delirio, me pregunté cuándo había sido eso, ¿hacía ya cinco días? No me acordaba con precisión. El par de copas de jerez continuaban al lado de los papeles. Una de ellas era la mía; la otra, la suya. Las copas de jerez y el silencio significaban que la chica del servicio, Anna, se había ido hacía mucho tiempo. Los documentos significaban que yo tenía razón. Dolía ver algo así en persona, cuando se trataba de alguien que te preocupaba. Alguien que en el pasado te había hecho un favor impagable.

Saqué la pistola de la chaqueta. Ya iba cargada con una bala, y bien llena de pólvora. Esperaba, más allá de lo que era capaz de expresar, no tener que dispararla. Pero me alegraba de haberla traído, por el olor.

Una vaharada de queroseno, me di cuenta entonces, era lo que me había recibido desde el principio. Un olor perturbador que te calaba hasta los huesos allá donde lo encontraras. Sobre todo a mí.

Me dirigí al estudio privado del reverendo Underhill, y allí hallé la respuesta.

Había pasado una cuerda por los delgados brazos de hierro de la lámpara de araña

y luego había hecho un nudo corredizo. Lo había atado con fuerza. La lámpara colgaba alta, justo delante de su mesa, y bajo ella, sobre la alfombra de bordado sencillo, había una pila de ropa. Ropa cuyos colores se habían aclarado, sumergida sólo por un instante, azules y amarillos sutiles que invitaban a pensar en huevos de pájaros, colores frágiles que sólo puedes identificar con nitidez al aire libre, a la luz del sol. Vestidos, blusas, medias y chales, todos en una pila empapada en queroseno.

Por descontado, toda la ropa era de Mercy, y huelga decir que yo conocía cada una de las piezas.

Me impresionó terriblemente. La primera pregunta que me asaltó había sido: «¿Qué le ha hecho a su hija?».

Una vela ardía sobre la mesa, y el reverendo estaba sentado detrás. Contemplando la escena que había creado.

—Suponía que vendrías, Timothy —susurró.

Me gustaría decir que nunca había visto una cara como ésa. Tan dolida, tan en carne viva, tan desamparada. Sentado, en mangas de camisa, mirando con cansados ojos azules la vela, pero repulsivamente expuesto. Su mente, la expresión de su cara. Hacía daño mirarle, del mismo modo que había hecho daño mirar las entrañas resplandecientes de su única víctima, colgada en San Patricio. La última vez que lo había visto no aparentaba tal estado de deterioro, con la estrecha cara demacrada y empequeñecida, las manos perdidas al final de los puños, y me maldije por no haberme dado cuenta antes de que representaba el principio del fin. Porque sí había visto antes una cara como aquélla. En Eliza Rafferty.

—¿Dónde está Mercy? —Dejé la pistola a un lado por el momento—. ¿Qué pretende quemando toda su ropa?

—Mercy nos ha dejado —dijo con una voz que resonaba desde una concha hueca—. Me temo que esto es todo lo que pervive de ella.

Entonces me quedé totalmente inmóvil. La pistola me pesaba en la mano.

—Explíqueme que quiere decir con eso de que nos ha dejado, reverendo. ¿Le ha hecho daño?

—¿Qué dice? —murmuró, alzando la mirada sólo un instante—. ¿Por qué iba a hacerle daño yo a mi pequeña? Tenía mucha fiebre, le ardía la piel. Hice cuanto pude, pero ahora es demasiado tarde.

Si alguna vez han estado en la cubierta de un transbordador durante una tormenta en noviembre, no tendré que describirles la sensación de mareo que me abrumó.

«La abandonaste allí. Tú, cruel, cruel cobarde. La dejaste allí, en medio de la habitación, con su vestido verde, llamándote».

—Anoche estaba bien —dije con angustia.

—Estas cosas suceden muy rápido. Todo pasa siempre muy rápido, Timothy. Pretendía arder como ella, ¿sabes?, pero a lo mejor tú querías enterrarla. Enterrarnos

a los dos. ¿Lo harías? Te diré dónde está, pero primero tenemos que hablar. No creo que lo hayas entendido todavía.

Reparé en algo que había sobre la mesa, bajo la vela: un pequeño diario. Las páginas que alcanzaba a ver estaban llenas de garabatos de al menos seis manos distintas, la mayoría de ellas poco instruidas, y un único boceto muy bien dibujado de un perro de orejas gachas. El diario de Marcas. Si pudiera haber sentido más náuseas en el estómago, las habría tenido.

—¿De qué quiere hablar antes de decirme dónde está Mercy?

—No quería hacerlo, pero nadie me prestaba atención —prosiguió con voz monótona—, ni siquiera tú, Timothy, ni siquiera después de que te avisara. Y nadie publicaba mis cartas después de la primera, y luego, además, la policía las desacreditó; no me gustaba hacerlo, eso tienes que entenderlo.

Todas las cartas, claro, las había escrito el mismo hombre. La Mano del Dios de Gotham; las primeras no eran más que pésimas imitaciones de un emigrante de pocas luces. Pero la única que yo conservaba físicamente era la última nota, la imagen brutalmente sincera de una mente enferma. Saqué la desquiciada diatriba que había escrito el reverendo a su amigo Peter Palsgrave del bolsillo interior de mi chaqueta. Teníamos que acabar de hablar. Cuando dejé la obscena nota sobre la mesa, sus frases parecían hacerme guiños demenciales.

—Supe que era suya cuando la examiné con la suficiente atención —le dije—. Ahora dígame dónde está Mercy.

Silencio.

—Ahí decía: «Tan pequeño que es una abominación». Era por Aidan Rafferty. Y lo era, y mucho peor aún, pero quién iba a pensar que eso le afectaría hasta tal punto... y luego todo lo demás. El doctor Palsgrave es su mejor amigo. «Repare lo que ha sido roto». Eso es lo que él hace, recuperar a los niños del borde de la muerte, aunque usted no sabía que..., Dios, no hay palabras. Usted quería que él le detuviera antes de sentirse obligado a cometer un asesinato. El mismo tipo de asesinato que imaginaba que habían sido todos los demás, pero esta vez en la calle. Para que todo el mundo lo viera por fin. Y endosárselo al padre Sheehy, ni más ni menos.

El reverendo dejó caer la cara entre las manos, en gesto de oración.

—Sólo podía haberlo escrito usted. La cita era del Evangelio, ¿no? «Soy una quijada rota».

—La quijada de un asno. Un arma cruel, miserable y vil. Pero muy apropiada también, así que yo, dadas las circunstancias, me convertí en ella.

—¿Apropiada? —exclamé, olvidándome de mí mismo y gesticulando con la pistola en la mano—, ¿apropiada?, ¿cómo?, ¿cómo iba a merecer ese chico...?

—Estamos infestados —dijo con voz ronca. Se puso en pie, cerró el diario y levantó la vela—. Lo que pasa es que tú todavía no has vivido lo bastante para

conocer las consecuencias de una plaga de parásitos, Timothy, o a lo mejor te has dado cuenta hoy, porque las fiebres de Mercy sólo pueden proceder de esos cubiles. Cuando el mismo tipo de infección mató a Olivia, pensé que tal vez eso formaba parte del plan que Dios había previsto para mí. Hacerme sufrir, para que estuviera más dispuesto a sacrificarme. Hacerme daño, para que comprendiera el dolor. Supuse que tal vez me estaba poniendo a prueba, y que sólo se me consideraría digno si mantenía mi compromiso, si seguía puro. ¿Y cómo puede alguien mantenerse puro en un estercolero, Timothy Wilde?

El diario del chico muerto fue a parar con un triste aleteo sobre la hoguera sin encender mientras le miraba fijamente. Tenía sentido. Todo encajaba. La obsesión por sí mismo, la devoción, la rectitud moral, la atmósfera que llevó a que Mercy no pensara en otra cosa que en Londres, Londres, Londres, el fuego que iluminaba los ojos de la chica cuando hablaba de su fuga planeada en aquel maldito dormitorio alquilado la noche anterior. Lo que yo presenciaba ahora era sólo el final de una caída, estaba viendo cómo un hombre descendía hasta el fondo de una colina. Este era simplemente el hombre que no le daba nata a Aidan Rafferty si su madre no renegaba antes del Papa.

Recordé cómo le gritaba a Mercy el día que los vi a hurtadillas, enmarcados en la ventana del salón, la cara de ella enrojecida por la mortificación, y casi me mordí la lengua cuando me di cuenta, demasiado tarde, de qué tipo de conversación debían de estar manteniendo en realidad.

—Oh, vamos, mis opiniones no pueden sorprenderte —se mofó—. Primero inundan la ciudad, nuestra ciudad, como langostas, blasfemando a Dios dondequiera que vayan. Luego Dios manda que sus plagas les sigan allá donde emigren, ¿y qué hacen Olivia y Mercy? Ayudan a los que sufren. Mueren a su lado, al lado de esas ratas que parecen humanos. Y mira cómo nos pagan, mira a Eliza Rafferty. Mírala. Ella supo ver más allá de la farsa, supo que su hijo estaba condenado. Y por eso, como un verdadero bárbaro, lo mató sin más ceremonia que la que merecería un perro callejero.

—Usted creyó que la inesperada noticia de veinte cadáveres despedazados sería un modo de purgar a los irlandeses de la ciudad —intervine para volver al tema—. Mercy fue la que se lo contó. Mercy le informó de los cuerpos que los estrellas de cobre habíamos encontrado, y por eso escribió las cartas, para difamar a los irlandeses. Las envió a los periódicos. Y hasta me envió una a mí, por el amor de Dios, para avisarme de lo que se avecinaba. Creí que era para Val, pero no, yo era el destinatario.

—Pensé que tomarías más precauciones si te advertía, tal vez incluso que protegerías a mi hija. Eso esperaba. Estaba claro que un monstruo andaba suelto, grabando cruces en niños que se prostituían, y ¿cómo no iba a estar preocupado por

su seguridad, dada la inmundicia con la que se relacionaba todos los días? Era evidente lo que estaba pasando. ¿Qué importaban los detalles? ¿Llegaste a intuir siquiera quién era el culpable, Timothy? No puedo decir que tuviera ninguna esperanza de que lo consiguieras porque esta raza es taimada. Pero sabía que para algo bueno serviría, para una purga, una vez el secreto quedara expuesto a la luz pública.

—Así que procuró contárselo a todos. Supuso que estallarían disturbios. Que los *nativistas* expulsarían a los irlandeses. Mercy sabía lo que yo sabía, y por tanto usted también. ¿Dónde está Mercy?

Un redoble de tambor marcial no habría resonado más firme, ni la salida del sol habría podido ser más previsible. «¿Dónde está Mercy?». Había soñado con descubrir al asesino de niños desde el principio, había imaginado que me sentiría moralmente superior cuando atrapara al cabrón. Pero en realidad parecía no tener importancia. Me habría molestado una recompensa tan fría si no me hubiera merecido cada segundo de tormento por lo que había hecho la noche anterior.

—Fue una decepción enorme que impidieras que se difundieran las cartas —dijo distraídamente—. Entonces supe que tenía que hacer algo mucho más drástico. Pero no quería —añadió y de repente pareció quebradizo como un pergamino y angustiado—. Como le dije a Peter, yo...

—Usted no firmó la carta que le mandó. Él no tiene la menor idea de que fuera suya.

—¿No lo sabe? No podía concentrarme, sabiendo lo que venía, no podía pensar con claridad. Sabía que el acto mismo sería repulsivo. Pero tenía instrucciones de Dios. Había recibido una señal clara, y yo la obedecí, y por eso no puedo disculparme.

Me concentré cuanto pude durante unos segundos. Intentaba adivinar cuál podría haber sido esa señal tan clara. Pero entonces el estómago se me crispó como un gato asustado. Supe a qué se refería.

Mercy, viva aunque sólo fuera en mi memoria, me hablaba al oído... «Ahora ya no encontraré otro sitio donde esconder mis ahorros... y mi..., bueno, en realidad, la opinión de mi padre no cuenta para nada». Desde que había hecho los dibujos en el papel de estraza había creído que ella sospechaba de su padre. La razón por la que había ido corriendo con el cabello sin recoger a San Patricio era que, cuando lo vio volver a casa aquella noche, temió que su propio padre fuera un asesino. La mente de Thomas Underhill se había desquiciado hasta tal punto que seguramente volvió empapado en sangre.

Pero la parte que yo aún no entendía es que ella hubiera desencadenado accidentalmente el asesinato.

—Primero matan a mi esposa —murmuró el reverendo—. Era tan hermosa. Tú no

la recuerdas bien, eso sería imposible, pero yo sí. Y luego contaminan la mente y el espíritu de mi única hija hasta el punto de convertirla en una especie de..., de pornógrafa. —Pronunció la última palabra como una caricia expirada, como si se esforzara para que no se le atragantara—. Ahora no es más que una puta, ¿cómo podría haber escrito Mercy esa basura si no hubiera conocido las manos de muchos hombres? Todo lo que tocan lo convierten en estiércol, ¿es que no lo ves? Incluso a mi hija. Cogí el dinero que cobró por sus muchos pecados y lo arrojé a la calle. Desapareció a los pocos segundos, claro. Lo recogieron vagabundos, otras furcias, la basura humana que ronda por las calles. Y entonces supe lo que tenía que hacer. Un hombre no puede rehuir una tarea que Dios le ha encomendado, ¿y de qué sirve la caridad con una raza cuyos niños están tan dispuestos a prostituirse?

Cerré los ojos, las pupilas me ardían, vacías. Me imaginé las monedas de Mercy rodando por la calle, las que se había ganado trabajando, ahorrando una por una. Vi mi propio dinero que se había quemado en julio. No soy avaricioso. Tampoco creía que Mercy lo hubiera sido nunca. No nos hicimos corredores de Bolsa, ni terratenientes, ni cargos del partido. Pero en Nueva York no existe la piedad. Y así, a falta de piedad, todos necesitamos un colchón de seguridad.

«No sé si se da cuenta de lo que acaba de hacer pero, por el amor de Dios, ¿quiere explicarme por qué lo ha hecho?».

—Me cuesta imaginarlo —dije—. Irrumpió en la mesa de Mercy, la descubrió y luego le arrebató lo que era suyo. Fue al burdel junto a los muelles. Cogió a un niño borracho y le dio láudano suficiente como para que al pequeño no le importara adónde lo llevaban.

—Sí —exclamó—, e incluso en esa hora oscura, yo estaba atento a las señales y los signos, Timothy. Si alguien me lo hubiera impedido... habría sido un presagio, ¿es que no lo entiendes? A nadie le importaba adónde iba el chico. Ni siquiera a quienes lo empleaban, no le importaba a nadie, porque no puede ayudárseles. Yo tenía que avisar a la ciudad, tenía que hacer pública su maldad antes de que otra persona más se infectara. Ellos se llevaron a mi niña preciosa y le enseñaron a...

—Usted metió al chico en un saco, debajo de... ropa vieja, supongo —proseguí implacable—, porque la ropa pesa menos, cogió un poco de pintura y unos clavos. Después de soportar la reunión del padre Sheehy, simplemente se escondió en algún rincón, y en la catedral hay muchos. Me cuesta asimilarlo, reverendo. Pero la suerte le dio la espalda porque Marcas no estaba muerto del todo.

—Sí, había mucha sangre para un niño muerto —dijo jadeando mientras se pasaba una mano sobre los ojos—; mucha, mucha sangre.

—¿El chico no se despertó? —pregunté.

—No lo sé.

—Sí lo sabe —le espeté—. Contésteme.

—No puedo pensar, él era muy pequeño, y luego, lo que tuve que hacer lo hice muy deprisa. Apenas recuerdo lo que pasó hasta que salí por la puerta principal, pero tal vez...

Perdí el control.

—Claro que se acuerda. —Había salvado la distancia que nos separaba y le puse la pistola en la frente—. Dígamelo.

Incluso los hombres que quieren morir se estremecen al contacto con el metal frío en su piel, y eso es lo que le pasó al reverendo Underhill.

—No dijo nada —respondió el loco con una voz ondulada, viscosa—, así que no sintió nada. Sólo había... sólo había mucha, muchísima sangre.

—¿Cómo pudo quemar el libro de Mercy? —le pregunté entonces.

Sosteniendo la pistola del padre Sheehy contra su cráneo me sentía como un matón, alguien a la altura de los hombres que le habían metido un nabo a Julius en la boca. Pero estaba aprendiendo algo que Val probablemente había descubierto hacía ya mucho. Cuando han sucedido cosas tremendas, hacerlas uno también hace que dejen de resultar tan dolorosas.

—Quemé el libro de Mercy por Mercy —respondió, sorprendido—. ¿Cómo lo sabías? Ella se negó a hablar de él conmigo después. Era una locura, erótico de una manera desvergonzada, tan lírico y maduro que era salvaje. Esa novela le habría hecho un daño irreparable a su reputación. Ella habría sido madre algún día, ése era su destino, y ¿cómo iba a mirar a sus hijos la autora de esa basura lujuriosa?

Si de algo no me cabía la menor duda, a pesar de la ilusa y ciega adoración que sentía por Mercy, es que ella es incapaz de escribir basura. Al fin y al cabo, me he leído *Luces y sombras en las calles de Nueva York*. Muchas entregas y muchas veces. Sólo el mero hecho de imaginarme el libro perdido para siempre, el que ella podría haber vendido como habían hecho Frances Burney o Harriet Lee o tantas otras, hacía que se me cerrara la garganta como una trampa para osos.

—Mercy —murmuró el reverendo—. Lo habría dado todo por salvarla. Ella era un trozo de Olivia. Y ahora la única forma de volver a verla es morir por mi propia mano. Una penitencia apropiada, porque una parte de la culpa es mía, nunca debí haberle permitido tantas libertades. Ésa es mi culpa. Le supliqué que se arrepintiera de su locura antes del fin, lo mismo le había rogado a Olivia, que dejara de alentar la blasfemia, pero las dos se negaron, y no puedo encarar la eternidad sin ninguna de las dos. Mercy me ha costado mi alma.

A esas alturas, Thomas Underhill parecía un niño. Perdido como nunca, ya ni veía su propio estudio, los pies reposaban inseguros sobre su propia alfombra.

—¿Dónde está? —insistí.

—Nos enterrarás a los dos, ¿verdad?

Intenté otra vía.

—¿Qué le dijo mi hermano —pregunté— el día después de que nos conociéramos, hace ya tanto? Cuando se recuperó de las drogas y vino a hablar con usted a solas, antes de que nos invitara a tomar el té, ¿qué le dijo...?

—No podría de ningún modo...

—Tengo que saberlo —supliqué.

Los ojos perdidos del reverendo se desviaron a la pared.

—Me preguntó si yo pensaba que Dios perdonaría cualquier acto, por vil que fuera. Tú ya sabes por qué, claro. Y por supuesto le dije que sí.

Cerré los ojos mientras bendecía al mundo entero por ese diminuto acto de gracia.

—Y luego —prosiguió Thomas Underhill— me preguntó si los seres humanos eran capaces de hacerlo también.

—¿Y qué le dijo? —pregunté en un susurro.

—Le dije que procurara descubrirlo por sí mismo.

—Gracias —le dije tan sentidamente como no había dado las gracias en mi vida—. Dios, gracias. ¿Dónde está Mercy?

—Está muerta.

Le empujé con la pistola para obligarle a recostarse en el sillón. Me subí a la mesa y utilicé la navaja para cortar dos trozos de cuerda del extremo que colgaba, pero dejé el tenebroso lazo intacto para que reflexionara, y le até las manos a los brazos del sillón.

—Estoy aquí para detenerle —dije—. ¿La llevó a un médico?, ¿a una iglesia, a un hospital? Dígame dónde está ahora y la enterraré. Si se empeña en no decírmelo, le llevaré a rastras a las Tombs, y entonces tendrá un par de meses para pensárselo.

Nunca he sabido mentir, pero esta vez puse toda mi alma en el esfuerzo.

—Está arriba, en una bañera con hielo —gritó inmediatamente—. Lo intenté, lo intenté. Ya se me estaba escapando cuando...

No me perdí a propósito el final de la frase, pero ya había subido la mitad de las escaleras cuando acabó de pronunciarla.

Mis ojos percibieron un universo cegador de detalles familiares mientras subía ese trecho de escaleras. Docenas de detalles inútiles en la escalera de los Underhill. Y ese tipo de detalles, hechos puros, despojados, merecen mucho respeto en mi nueva profesión. Pero dejan a un lado la historia. Son sólo hitos, lápidas en blanco. Eso es lo que he aprendido siendo estrella de cobre, y no fue Bird Daly quien me lo enseñó. Fue Mercy, sentada en el Washington Square Parle después de haber peleado con uñas y dientes por un miembro de una raza despreciada desde siempre, igual que había hecho su madre. Mercy dijo que las palabras pueden ser una cartografía, y esto es lo que quería decir:

Hay un arañazo de poco más de seis centímetros en el papel marrón

claro de la escalera de los Underhill, justo encima del octavo peldaño. No tiene nada de especial. Lo que importa es que yo me senté allí a los dieciséis años, callado y triste incluso después de una sustanciosa comida, porque mi hermano llevaba dos días sin aparecer por casa. Imaginaba, como siempre, que había muerto. Imaginaba, como siempre, que se había quemado. Imaginaba que me había quedado solo. Así que saqué mi navaja y la clavé en la pared. Y lo siguiente que recuerdo es que Mercy estaba en la base de las escaleras, y me decía que tenía que ir a leer en voz alta los poemas de William Cullen Bryant a su padre. A su padre, que estaba en su estudio con la puerta abierta, a menos de veinte metros. Y no sentado en el octavo peldaño.

Los hechos no son importantes por sí solos.

La gente es importante. Sus historias y sus actos de bondad. Las historias resultan ser, según Mercy, y yo la entendí mejor en ese momento, lo único que es importante.

Los hechos fueron los que siguen.

Arriba, al acabar las escaleras, directamente a la derecha, está la habitación de Mercy. Entré. Está pintada en un azul alegre y limpio. Pero es como si no la hubieran pintado nunca por todas las estanterías y los cientos de títulos encuadernados con cuerda y cola de piel de conejo que se apilan desde el suelo. Libros con los lomos rotos por un amor salvaje, libros con las cubiertas desempolvadas regularmente, libros comprados dos veces porque el primer volumen se había deshecho en escamas de tinta. El armario estaba abierto. Vaciado, los vestidos en el piso de abajo, y no precisamente en buen estado.

Mercy había estado en una bañera con hielo hacía poco. Eso era un hecho que nunca olvidaré. Pero había conseguido salir de los trozos toscamente picados de agua helada. Ahora estaba en el suelo de tablas de madera, pese a que tenía los tobillos atados con una cuerda de cáñamo idéntica a la que yo había visto abajo. Y también pese a que la habían envuelto en una bata y tenía los brazos metidos dentro de las largas mangas cuyos puños vacíos habían sido atados a su espalda, como una camisa de fuerza.

Tenía los labios azules, y el superior todavía ocultaba un trozo del inferior. En ese momento, su rostro parecía tallado en hueso. He sentido la tentación de decir que incluso el color de sus ojos se estaba desvaneciendo. Pero no era así. Lo que pasaba era que los aros azules adquieren un tono distinto si se recortan contra un fondo blanco o contra uno rojo apagado. Y los blancos de los ojos de Mercy estaban tan amoratados por el esfuerzo y el agotamiento que habrían sido irreconocibles, tal vez. Irreconocibles para cualquier otro.

Hasta ahí, los hechos.

Pero la historia sucedió como sigue.

Mercy Underhill todavía respiraba. Yo veía aquellas respiraciones, una tras otra, mientras daba vueltas por la habitación. Allá donde mirara las seguía viendo, sin parar de buscar algún medio de secarla. De devolverle el calor. Era un poco como atender a un niño que se había caído. Una de esas malas caídas en las que la criatura se estremece por dentro, con heridas que duelen al tocar. Eran pequeñas aspiraciones. De la profundidad de mi pulgar si lo hubiera colocado en su esternón.

Le quité todas las cuerdas que la ataban así como la ropa helada. Primero la cubrí con mi chaqueta y luego con todas las piezas de ropa de Thomas Underhill que pude robarle de su armario. Conseguir que entrara en calor era primordial, incluso más que buscar un médico, así que la bajé a la cocina y preparé un nido suave y acolchado delante del horno de hierro.

Si alguna vez en la historia de América del Norte se encendió más rápidamente un fuego, no sé dónde ni cuándo.

Por extraño que parezca, cuando había gastado buena parte de mis fuerzas en devolver a los dedos de Mercy el color de las teclas de su piano y no el de su papel pintado azul, ya había empezado a perdonar al reverendo Underhill. Pero sólo en cuanto a esa parte de la historia, eso sí. No por el niño muerto, ni tampoco por las cartas. Pero yo sabía que él amaba a Mercy. Amaba a Mercy como un hombre al que no le quedaba más familia.

Y entonces pensé que debía de ser como caer en el más tenebroso de los infiernos causar daño a la persona que amabas simplemente porque estabas mal de la cabeza. Yo había detestado tener que encerrar a Eliza Rafferty en una jaula húmeda llena de las ratas que ya la habían perseguido. Ella no tenía disculpa y yo no tenía otra opción. Y aun así...

Yo había cometido locuras. Estupideces. Sin llegar a aquel nivel de locura o de estupidez pero, bien mirado, no había sido porque no lo intentara.

Cuando Mercy empezó a volver en sí, miró a su alrededor como si yo fuera la única forma que pudiera reconocer. Yo la acunaba entre mis brazos, apoyando mi espalda en la pared, esperando. A medida que se iba despertando, mientras los ojos se le movían de un lado a otro y los labios recuperaban un matiz sólo un poco menos calcáreo, la acerqué un poco más a mí. Era hipnotizante.

—No se había puesto enferma, ¿verdad que no? —le pregunté suavemente.

Los labios de Mercy formaron una palabra: «No».

—¿Tiene frío?

Ella cerró los ojos y negó con su oscura cabeza. Su pelo y su sien golpearon levemente la parte superior de mi brazo. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Se ha vuelto loco. Creía que estaba enferma. No lo estaba. Timothy, no lo estaba. No tengo fiebre, simplemente, no tengo.

—Lo sé —susurré en su cabello—. Lo siento, cariño. Lo siento mucho.

Puede que me equivocara al dejar que Mercy empezara a sollozar sin intentar devolver la tranquilidad a su delicado ánimo. Pero no creo que las mujeres, en general, sean especialmente delicadas, y tampoco que los seres humanos sean tranquilos. Así que, aparte de proporcionarle una base cálida sobre la que llorar, la dejé en paz. La cuestión era que entrara en calor. Y puede que llorar fuera lo mejor que podía hacer. En términos médicos, me refiero. Pero Mercy es muy lista, así que no me sorprendió.

—¿Mi padre está bien? —preguntó por fin.

—Me parece que no muy bien, a decir verdad.

—Tim, fui yo la que le contó lo de los cuerpos enterrados. Fue idea mía; pensé que a lo mejor él se había enterado de algo que podría ser útil, esto es...

—No lo diga —la interrumpí cortante—. Ni se le ocurra pedirme disculpas. Es culpa de muchas personas, pero no suya.

Tras una hora o tal vez más de silencio y esporádicos estremecimientos, se quedó dormida. Por fin había entrado en calor, con la cabeza apoyada en mi hombro y los tres pares de calzones caídos sobre mis rodillas. Una imagen bonita, muy bonita. Que no dejaba de serlo por las grietas que el frío le había abierto en los labios ni por las ampollas que le cubrían las manos.

Cuando volví al estudio para comprobar cómo estaba el reverendo, ninguno de los nuevos hechos me sorprendió en absoluto.

Nunca le dije a Mercy que había atado los nudos muy flojos. Lo fácil que le puse a Thomas Underhill el que pudiera desatarse.

Después de todo, lo había hecho por Mercy. Así que no es el tipo de detalle que pueda mencionarle, que enviara al reverendo al infierno, si es que hay un infierno, un poco más rápido, en lugar de obligarla a ella a visitarle en las Tombs.

Thomas Underhill se había colgado con tosquedad y sin cuidado, la columna estaba rota; el rostro, morado e hinchado; el cuello se le había alargado al menos un par de centímetros, diría yo, aunque nunca he estudiado anatomía.

La gente que abre a niños en canal movida por un odio ciego y recuerdos amargos se merece algo peor que sus propios nudos corredizos alrededor del cuello. Debería cumplir condena en la cárcel. En comunión con las ratas con las que tanto le gusta comparar a los demás. Me parece que cuando esa clase de gente tiene ocasión de relacionarse con ratas de verdad, empieza a olvidarse de compararlas con palabras como «irlandés», «negro» y «ladrón», puede que incluso «puta». Y, en mi opinión, esa gente se merece pasar con ellas hasta el último minuto de su vida. Pero la decisión no dependía de mí.

Dejé a Mercy bien tapada con mantas junto a su estufa mientras el calor menguaba. Dejé al reverendo encerrado en el cobertizo del jardín de su propia capilla.

Retorcido entre las palas y los rastrillos, por el momento. Como no quería que Mercy lo viera, me llevé las llaves.

Respiré hondo para calmarme y desde dentro del cobertizo contemplé las pacíficas lápidas en el cementerio. Un tono ambarino se cernía sobre todo. El sol aún no había empezado a ponerse, pero yo sentía su tirón. Era una luz casi otoñal, imaginé, que se difundía rápidamente. Los soles de agosto se demoran para traer las peores noticias, pero aquél se mostraba más caritativo. Y yo necesitaba un poco de caridad. Estaba lo bastante cansado como para sentirme muerto.

Cuando hube cerrado la puerta del cobertizo del jardín, fui a buscar a alguien cuyo tiempo pudiera comprarse. Tardé cuarenta segundos en encontrarlo: una vendedora de mazorcas con un labio leporino. Le pagué por toda su mercancía con el dinero del partido y la envié a avisar al doctor Peter Palsgrave, en quien Mercy confiaba, para que acudiera a la residencia de los Underhill.

Luego me dispuse a enfrentarme al asesino más frío que imaginar podía. El reverendo, después de todo, había enloquecido, pero mi nueva presa no podía aducir disculpa tan oportuna.

VEINTISEIS

Téngase en cuenta que el papismo es lo mismo en la actualidad que en la Edad Media. El mundo ha cambiado, pero el credo, los sentimientos, la avaricia y la ambición de los papistas siguen siendo los mismos.

• *American Protestant in Defence of Civil and Religious Liberty Against Inroads of Papacy,*
1843 •



Silkie Marsh no se hallaba en su establecimiento, qué le vamos a hacer, así que me enviaron al teatro que hay en Niblo's Garden, en Prince y Broadway, el local en el que Hopstill se pasaba todo el día fabricando fuegos artificiales, aunque dudo que hubiera llegado a ver ninguna de sus funciones.

Cuando llegué, el amarillo había abandonado el aire. Un azul claro otoñal resplandecía en el cielo por encima de la exuberante vida vegetal y las más exuberantes multitudes que atestaban la cantina recargada de ornamentos de latón. Me abrí paso entre los vendedores ambulantes de manzanas caramelizadas y las grandes hojas verdes de pega para entrar en el teatro. Esa noche actuaba un cantante, una excepción en el desfile interminable de acróbatas. Le di una moneda a un chico con un sombrero de papel ladeado que vendía cacahuets y le pregunté dónde se sentaba Silkie Marsh esa velada. Me lo dijo de buena gana. Enseñando mi estrella en lugar de la entrada, subí las escaleras.

Silkie Marsh estaba acomodada en un palco que semejaba una vitrina de piedras preciosas. Ella misma era la corona, claro. Delicada cual piedra tallada, y con casi las mismas probabilidades de romperse que un diamante. Limpia, fría y perfecta. Y lo único con lo que yo contaba, la única arma a mi disposición, era el detalle de que yo la tenía calada.

—Caballeros —les dije al par de tipos encopetados sentados también en el palco. Llevaban los bigotes engominados y mangas artísticamente bordadas, unos tipos pulidos como cuadros e igual de planos—. Van a marcharse.

—Señor Wilde —dijo Silkie Marsh con dulzura mientras sus ojos despedían llamaradas de irritación—, por descontado que está invitado a unirse a nuestro pequeño grupo, pero no se me ocurre ninguna razón terrenal por la que tengan que irse mis amigos.

—¿Seguro que no? Pues a mí se me ocurren dos, como poco. La primera: siento una necesidad imperiosa de que me acompañen a las Tombs e interrogarlos sobre la cuestión de los burdeles de Nueva York. Eso podría llevar horas, ahora que lo pienso. Si es que no se escabullen antes de que me dé cuenta, claro. Y la segunda: puede que se lo pasen bien abusando de niños en su establecimiento, pero apuesto que, aunque

les hagan gracia los jovencitos prostitutas, no les apetece charlar de los que ya están muertos.

A los cinco segundos, de ellos sólo quedaba el recuerdo. Mi tono había sido en todo momento afable, comedido. Una melodía bien sonante acompañada con palabras oscuras. Tenía que conseguir que ella perdiera el equilibrio, que se irritara tanto como para cometer un único error.

Silkie Marsh no movió un solo músculo cuando me senté en una de las sillas de terciopelo recién abandonadas. Ni siquiera se permitió un pestañeo. Pero no fue eso lo que me enervó. No, lo que me enervó, provocándome pinchazos hormigueantes en los riñones, fue que ni siquiera se permitió una mirada hacia sus acompañantes. Una vez desaparecidos de su vista era como si se hubieran esfumado de verdad: pequeños y exánimes como piezas de ajedrez, e igual de prescindibles.

—Había acabado por considerarle un ser un tanto brutal, señor Wilde, pero veo que ahora incluso parece haber olvidado por completo cómo comportarse en presencia de otras personas.

Se inclinó hacia delante, hasta una botella de champán que había dentro de un cubo con hielo, y sirvió dos copas. Llevaba un vestido de raso rojo de muaré que hacía que el aro azul de sus ojos pareciera aún más azul, y se había recogido el cabello rubio con una cinta de terciopelo negro. Todo tan caro como de buen gusto.

—Dígame —dijo suavemente, recostándose en la butaca mientras la luz lanzaba chispas desde su copa larga de champán como prismas hechos añicos—, ¿ha venido a informarme por fin de lo que le pasó al pobre Liam? ¿Han atrapado al culpable? Le agradecería que me lo dijera porque cuando habla de niños muertos de una manera tan gráfica debe de ser por algún motivo.

—Lo es. ¿Por qué no me dice a cuántos de sus niños mató a propósito antes de vender sus cadáveres para las autopsias del doctor Palsgrave?

En la mayoría de la gente, la conmoción se manifiesta como miedo. En Silkie Marsh, adopta la forma de placer. Su boca se abrió y echó la cabeza hacia atrás mientras sus pestañas pálidas aleteaban. Me pregunté si se habría entrenado. No es algo fácil de dominar.

—Eso es una mentira —dijo jadeando.

—No, es una pregunta. Sólo quiero saber cuántos fueron. No tengo la menor prueba, así que ya he puesto todas mis cartas encima de la mesa. No puedo probar nada. Nada de nada. Así que, dígame.

«Dígame. Usted me dijo que, de niña, se había criado como puta, pero no quería contármelo, más tarde se arrepintió de esa confesión. Así que dígame esto. Yo soy honesto y usted es una redomada mentirosa, así que cada uno juega con sus cartas hasta que alguien gana».

—Me parece que debería explicarme de qué acusa al doctor Palsgrave —dijo con

otro movimiento de aleteo asustado, y cambiando de paso de tema—. Todo esto es demasiado vil para darle crédito. Es muy buena persona, un filántropo de corazón, el tipo de hombre que no se da por satisfecho hasta que no devuelve algo a la raza humana.

—Y también ha admitido que le pagaba cincuenta dólares por cadáver. Tengo suficientes pruebas contra él para que acabe bajo tierra, pero quiero saber cuántos de los niños que usted le vendió fallecieron de muerte natural. Les dormía, ¿me equivoco?, ¿quizá los envenenaba? Hay docenas de venenos que son indetectables, incluso para el doctor Palsgrave, y además los cuerpos se descompusieron hace mucho. A estas alturas, la prueba se ha degradado hasta pudrirse. Responder no puede hacerle ningún daño.

Arqueando el torso hacia delante como si fuera la hoja de un cuchillo que se acercara a mi cuello, Silkie Marsh se llevó la copa a los labios. Apenas se rozó el inferior, con sutil coquetería.

—Si usted no sabe nada —dijo—, me cuesta imaginar por qué cree que yo voy a contárselo.

—Porque así confirmaré lo lista que es. ¿No es ésa suficiente satisfacción?

—¿Por qué iba yo a querer matar a mis propios empleados, señor Wilde?

—No he dicho que quisiera matarles. He dicho que los maté.

—Esto es muy aburrido —dijo suspirando—. Aun en el supuesto de que yo hubiera permitido al buen doctor disponer de los cuerpos de fallecidos por enfermedad, y no niego que fuera así, porque no sabe usted cuánto lo deseaba él, señor Wilde —añadió en un tono acariciador, como una lengua de víbora que chasqueara en mi piel—. Quería todos los cadáveres que pusiera al alcance de sus manos, y ¿en qué posición estaba yo para negárselos? Yo, madam de un prostíbulo, y él, un reputado doctor al que yo recurría en busca de ayuda médica. Insistió en que cooperara, ¿y cómo iba a negarme cuando tenía tal poder sobre mi casa? Era el equivalente a un chantaje.

La miré de forma crítica. Como si nada.

Así que, tras una pausa, ella concluyó:

—Me gusta que no sepa nada, señor Wilde. Creo que prefiero dejar las cosas así.

—Usted ha asesinado a dos con seguridad. Y eso no es exactamente lo mismo que no saber nada.

Sonrió afablemente.

—¿Y a qué dos de mis amados hermanos y hermanas concretamente asesinó, señor Wilde?

—Uno fue Liam. Había padecido una neumonía. Pero se había recuperado. No sé si usted necesitaba el dinero o si lo tenía por costumbre, pero hizo que enfermara de nuevo.

Silkie Marsh empezaba a mostrarse, de todas las posibles expresiones inoportunas, aburrida. Ahora se dedicaba a mirar las admirablemente pequeñas burbujas de su copa larga de champán. De repente supe por qué había fascinado a Val. Era probablemente la única persona que Valentine había conocido en su vida a la que no podía entender.

—El programa musical está a punto de empezar. Le deseo buenas noches, señor Wilde, aunque...

—Y el otro que sé que asesinó, y con un poco más de perversidad, atendía al nombre de Jack Be Nimble.

Sus ojos se volvieron hacia mí al instante.

Era lo único que yo necesitaba para seguir. Esa mirada era como una confesión.

¿Cómo iba ella a saber el nombre de Jack Be Nimble si no se hubiera deshecho de él personalmente la misma noche que se conocieron, cuando Jack había asomado la cabeza dentro del carruaje del doctor Palsgrave y luego había entrado en el burdel para que le dieran un plato caliente de caldo de pollo? El que le hubiera ofrecido trabajo al chico antes de matarlo es algo que sólo puede suponerse. Pero lo que era irrefutable es que había muerto, y a manos de aquella mujer. No podía haberle dejado con vida, pues el chico la había relacionado con el carruaje del doctor Palsgrave y con el bulto tenebroso y mudo en el suelo del burdel.

Así que dejé de jugar según mis propias normas.

—Debió de enterrarlo sin Palsgrave —dije reflexivo—. Habría despertado las sospechas del doctor que un saludable repartidor de periódicos como Jack enfermara tan repentinamente en su establecimiento. Estoy convencido de que sólo mataba a los enfermos crónicos para no avivar las sospechas del doctor, así como tengo la absoluta certeza de que era extremadamente cuidadosa. Pero Jack representaba un problema que había que resolver rápido, porque había mirado en el carruaje de Palsgrave, y había visto a un hombre con una capucha negra delante de su puerta. ¿Dónde lo enterró? No me sorprende que pudiera esconder el cadáver, usted es lista de sobra para eso, y, además ni siquiera había estrellas de cobre.

—No tiene pruebas —susurró ella—. Y yo no he dicho nada.

—Ya le había avisado de que se me ha acabado la caridad, Madam Marsh. Eso significa que no necesito ni un indicio de eso que usted llama pruebas. Podría encerrarla con los cargos que quisiera mañana mismo. Sólo porque usted es una puta y yo un estrella de cobre.

—¿Y con eso pretende persuadirme de que la confesión es la mejor estrategia? —exclamó—, ¿qué usted tenga ganas de enterrarme viva en esa mazmorra que llama las Tombs?

—Nada me gustaría más. Pero si me dice a cuántos mató —respondí inclinándome hacia delante—, no lo haré.

Los chantajes me suelen dar dentera. Pero deseaba comprender, lo anhelaba con toda mi alma. Como no había deseado nada nunca. Deseaba a Mercy, pero eso estaba inscrito en el fondo de mi esqueleto. Todo el mundo anhela dinero y comodidades, pero se trata de cosas demasiado vagas para conmover los sentimientos, en comparación. Deseaba que Valentine viviera mejor de lo que vivía, y ese deseo anidaba en una parte de mí que era intocable.

Pero esto... de repente deseaba hechos como si fueran agua limpia. Necesitaba hechos puros, fríos, sin historia.

Silkie Marsh dejó la copa de champán. La muñeca animada había desaparecido y la había sustituido una criatura que se parecía un poco a..., bueno, a un corredor de Bolsa. Calculaba las probabilidades, buscaba pautas y hacía una apuesta arriesgada. Todo un arte.

—Asesiné a siete, y sí, eran los que siempre estaban enfermos. Cada uno me costaba una fortuna en tratamientos médicos. Sangrías, vapores, cataplasmas, tónicos, y pese a todo los pequeños parásitos nunca acababan de morir. Era un acto de bondad, el poner fin a su dolor. Los demás fallecieron sin ninguna ayuda, inesperadamente. Parte del dinero servía para pagar comida decente para los demás, debe saberlo. Y, en cualquier caso, ¿por qué debería haberme preocupado por sus muertes cuando yo había hecho que vivieran unas vidas mucho mejores que la que yo misma había tenido? A mí me hubiera gustado que el pescado que comía también fuera fresco cuando tenía su edad, y dedicándome a la misma profesión.

Sin saber si una pizca de su supuesta historia personal era verdad o sólo pretendía jugar conmigo, seguí a mi ritmo. Pero sospechaba que era sincera. ¿Cómo si no habría aprendido a vivir así?

—Gracias —dije—. La curiosidad se me estaba escapando de las manos.

—Eso me pareció. Aunque no puedo imaginarme por qué quería saber el número tan desesperadamente.

—Pues mire, va a saberlo ahora mismo. Siete. Eso suma trescientos cincuenta dólares, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque quiero hasta el último centavo de su dinero ensangrentado. En efectivo.

Permítanme ser totalmente sincero: cuanto le había dicho al principio —que no tenía dos buenas figuras que casaran en mi baraja— era la pura verdad. Carecía de la menor prueba contra ella, literalmente, no podía probar nada. Ni siquiera que aquellos cadáveres habían llegado a poner el pie en su local cuando vivían. En cuanto a Scales y Moses, los testigos ideales, estaban muertos y enterrados. ¿Podía haberla encerrado por prostitución? Sí, durante un par de semanas, el tiempo que tardaría en sobornar a alguien para salir. A los jueces, como a los estrellas de cobre, les molesta dedicar demasiado tiempo a la prostitución. Para poder condenarla, me habrían obligado a

localizar a los hombres que habían pagado por sus servicios y forzarles a declarar ante el tribunal, algo tan improbable como conseguir una confesión completa de la propia Silkie Marsh. Val podría haber declarado, pero para empezar es posible que no le pagara nada. Mis opciones, por tanto, eran muy limitadas. Tal como lo veía, tenía sólo dos, porque la idea de no hacer nada se me antojaba repulsiva:

Una. Retorcerle el cuello con mis propias manos.

Me costaba asimilar esa posibilidad.

Dos. Hacérselo pagar de un modo que le doliera. Contárselo al jefe. Y esperar a ver qué pasaba.

Por el momento, Silkie Marsh quedaba fuera del alcance de la ley. La persona a la que podía castigar, aquella cuyo carruaje había visto, era Peter Palsgrave. Pero encarcelarlo habría supuesto un espectáculo cruel e inútil, carente de sentido. Él había luchado por las criaturas. Había hecho cuanto podía. Seguiría curando a muchos de ellos, una y otra vez, hasta que muriera. ¿Cuántas desgracias serían responsabilidad mía si lo encerraba?, ¿cuántos niños más morirían, y esta vez por mi culpa?

En cuanto a Madam Marsh, pensé, la vigilaría implacablemente a partir de hoy. Vigilarla sería mi nueva religión. Y un día, la asesina de siete niños colgaría del extremo de una cuerda.

Silkie Marsh estaba al borde del tartamudeo, pero habló con claridad:

—El día que acepté el espantoso...

—Tengo la influencia necesaria para convencer al jefe Matsell de lo que quiera y las llaves de las celdas de las Tombs. ¿Con quién cree que está jugando? No me importan las pruebas —mentí—. Por el amor de Dios, podría acumular montañas y ahorrarme muchos problemas. Quiero dinero. Trescientos cincuenta dólares.

Puede que ella no hubiera aprendido a escupirle a un hombre en los ojos. Era la única explicación de por qué no lo hizo. Madam Marsh se limitó a enderezarse un poco más y se alisó las arrugas de sus largas y suntuosas faldas púrpuras.

—Teniendo en cuenta que ya ha entregado una suma mayor al partido, no veo dónde radica el problema —añadí en tono más agradable.

—Claro que no lo ve. En realidad no parece ver mucho en ningún sentido —me espetó—. Bébase el champán, señor Wilde, ya lo he pagado y usted ha espantado a mis amigos.

Vací la copa chispeante y luego la dejé sobre la mesa.

—¿Por qué me detesta tanto por cosas que no le afectan? —preguntó en una última petición de comprensión que sonó bastante mezquina.

—Ellos sí me afectaban, y profundamente. Usted intentó raptar a Bird Daly y llevarla a la Casa de Acogida para que la callaran para siempre. Una bonita jugada por su parte, firmó con el apellido Wilde los documentos con los que pretendía enterrar a la niña. Y pagó a Scales y Moses Dainty para que me mataran. A propósito,

no volverá a verlos. Los maté a los dos.

«Que piense que los maté yo, que propague el rumor de mi violenta e impredecible nueva condición de matón», pensé. Ya tenía un hermano que resultaba convincentemente letal para dar verosimilitud a la imagen.

Ella vació su copa, con expresión alicaída.

—Aun en el caso de que tenga razón, no sé por qué cree que vivirá para sacarle algún partido. Un hombre no puede llegar muy lejos aprovechándose de la protección de su hermano. Incluso aunque sea usted el que acabó con Scales y Moses.

—Me amenaza otra vez con matarme —dije, sonriendo—. Pero no va a hacerlo.

—¿Está seguro? ¿Por qué?

—Por la misma razón que usted sólo intentó matar a mi hermano una vez. Fue una, ¿no? Tendré que pedirle a él que me cuente la historia, me conmoverá. Usted sólo intentó matarle una vez, Madam Marsh, porque, cuando él sobrevivió a ese intento, usted se alegró. Le gustaría recuperar a Val, me parece. Algún día. Y tengo la intención de informar a mi querido hermano de que si me pasa algo alguna vez, si muero antes de cumplir los noventa de puro y plácido aburrimiento, será por su culpa. Y no suelo ser muy imparcial con él casi nunca, pero esto, créame, es verdad: si eso llega a suceder, usted nunca lo tendrá. Ni aunque el infierno se congele en julio.

—Es usted un monstruo —me espetó.

—Bueno, en ese caso soy un monstruo por cuya buena salud le conviene velar. Y quiero trescientos cincuenta dólares en efectivo. Entregados por alguien inofensivo, antes del amanecer.

Madam Marsh se pasó las puntas de los dedos por el cuello y me dedicó una sonrisa que me hizo pensar en el filo de una navaja recién afilada.

—Tiene razón —dijo—. No voy a matarle, aunque se me escapa por completo cómo pudo llegar a ocurrírsele que yo soñara con cometer un acto tan cruel. Pero voy a hacer otra cosa, porque usted es un ladrón y los ladrones son basura de peor calaña.

—¿Qué?

—Pretendo arruinarle.

Mentiría si dijera que me alegré de oírlo. O que no pensaba que mereciera la pena preocuparse por esa amenaza. Pero no podría decir que me sorprendiera lo más mínimo.

—Y me pregunto, señor Wilde, si tiene usted la menor idea de hasta qué punto puede arruinarse a alguien sin matarlo. Algún día entenderá lo que quiero decir.

—Lo haré —dije—. Y entretanto iré mejorando. En mi profesión de policía. La dominaré como un pájaro el aire. Ya lo verá, no pienso irme a ninguna parte.

Salí.

Los jardines de abajo estaban salpicados de esferas resplandecientes de todos los tamaños: luciérnagas frenéticas en los arbustos, farolas de papel en los árboles y, por

encima de todo lo demás, empezando a titilar, estrellas espolvoreadas en la distancia infinita. La gente se movía entre las sombras riéndose, agitando abanicos delante de sus caras, salpicando gotas de champán sobre la hierba. Por alguna razón, me gustaba la idea de que esos tres tipos de luces iluminaban a todos por igual, de las estrellas a las velas y los insectos luminosos. Todo el mundo se desvanecía a medida que la luz del día daba paso a las tinieblas, los paseantes apenas visibles por un instante gracias a los filos plateados y el resplandor de las cerillas al encontrar los puros.

Mi sueño de llegar a convertirme en capitán de un transbordador en las aguas del Hudson, me di cuenta en ese momento, siempre había sido el sueño de estar en algún otro sitio. Tener una pequeña finca en Staten Island o Brooklyn, trabajar en algo que me obligara a estar al aire libre, poseer y mantener mi medio de subsistencia, oxidado y picado de agua salada, ése es el tipo de sueño que se supone que debe abrigar un camarero. Propiedades, luz del sol, campo. Había soñado con aquel verano cuando tenía doce años y me sentí inesperadamente feliz en el agua, con la sal en el pelo, porque desde entonces había sido muy desdichado. No había otra razón. Es como un bonito cuadro clavado en la pared de una habitación sin ventanas de un edificio de viviendas de alquiler. Un simple recordatorio de que existen otras vidas, de que tal vez te sentiste en paz una vez y podrías volver a sentir lo mismo de nuevo. Una melodía que escribiste para alejar las penas cotidianas silbando.

Y yo había sido muy perezoso con mi sueño. Había elegido una ilusión que suponía ajustada a mis deseos, pero nunca había intentado llevarla a la práctica como era debido. Porque yo no había elegido a Nueva York. La gente viene a la ciudad, y lo hace sin parar, miles y miles de personas, multitudes miserables tan densas que hay quienes temen que acaben enterrándonos, pero nadie se percata de que ellos son los afortunados. Los emigrantes deciden el lugar al que pertenecen. No en qué acabarán convertidos o si tendrán éxito, claro, sino simplemente el lugar en el que están. La geografía y la voluntad entretejidas en un único movimiento hacia delante.

Decirle a Silkie Marsh que no pensaba irme a ninguna parte me hizo sentir bien. Como si, por vez primera, hubiera elegido intencionadamente algo que no fuera dejarme llevar por la marea más cómoda. Había plantado mi bandera en la tierra. Y esa elección podría hacer que me mataran antes o después, si es que a ella le daba por ahí, pero la apuesta y la tierra eran mías, exclusivamente mías.

Así que me quité la máscara. Ya no se me ajustaba bien, se había deshilachado por un lado desde los disturbios, y nunca se me han dado bien las agujas y el hilo. La tiré a la salida de Niblo's mientras dejaba atrás los céspedes cuidados, las siluetas de los vecinos de la ciudad y las incontables esferas de luz.



Encontré a George Washington Matsell en su despacho en las Tombs. Encorvado

sobre su pila de pergamino, garabateando palabras en *flash* y sus significados mientras el cielo azulado viraba al negro a través de la ventana a sus espaldas.

No parecía abatido por los disturbios, ni siquiera cansado. Eso casi me irritó. Yo sentía una vibración fuerte y continua que me avisaba de que estaba a punto de desmoronarme detrás de mis párpados, después de haber trabajado hasta reventar. Pero entonces me di cuenta de que estaba escribiendo ese lexicon para comprender mejor. Recordé que el jefe ya había vivido un montón de disturbios, y había visto cómo se quemaba la mitad de la zona baja de Manhattan, quedando reducida a una triste serie de cifras, ni siquiera hacía dos meses, cuando él era juez y la policía no existía.

—¿Qué cree que está haciendo aquí? —preguntó sin molestarse en mirarme—, ¿cuándo le he pedido que viniera en agosto?

—Ya estamos en septiembre, es día uno, me parece —dije distraídamente, asombrado—. Y tiene razón, no me había fijado.

—Entonces tal vez se haya fijado en que no estoy de muy buen humor. ¿Se ha fijado acaso en que tengo a más de treinta hombres encerrados y a ocho estrellas de cobre en el Hospital de Nueva York? ¿O en que Five Points es un inmenso océano de cristales rotos? Me pregunto si se dará cuenta cuando le despida dentro de un momento, tanto da quién sea su hermano.

—Se ha acabado, jefe. Hemos puesto fin a este asunto. Lo he resuelto.

El jefe Matsell alzó la mirada llamativamente sorprendido. Se resiguió los mofletes con las puntas de los dedos, con los brazos acomodados sobre su enorme chaleco azul, escrutándome. Revisó mi rostro como la primera plana de un periódico. Cuando me dio por leído, sonrió.

—¿Lo ha resuelto de cabo a rabo?

—Todo.

—¿Y ha descubierto al culpable?

—A dos y medio. Había dos culpables y medio.

Parpadeó y las cejas grises se retorcieron como orugas.

—Veintiuna víctimas en total, ¿sí?, ¿ninguna nueva mala noticia?

—Exacto.

—¿Cuántas detenciones?

—Ninguna.

—Señor Wilde —dijo inclinándose hacia delante y entrelazando los gruesos dedos sobre el lexicon—, por lo general sabe expresarse. Le sugiero que recupere su elocuencia habitual. Ya.

Así que se lo conté todo.

Bueno, casi todo. Había partes que todavía no acababa de ver muy claras ni yo mismo, y esas las omití. Mercy: cuando salvó su propia vida, empapada, inmóvil y

azulada sobre el suelo de su dormitorio. El doctor Palsgrave: cuando se sintió tan avergonzado por haber tirado un cadáver a un cubo de la basura que apenas podía articular palabra sin que le fallara el corazón.

Cuan flojos había dejado aquellos nudos. Qué rematadamente mal había atado al reverendo a un sillón.

Cuando llegué al final, el jefe se recostó en la silla. Se llevó la punta suave de su pluma al labio inferior. Reflexionó un momento.

—¿Está seguro de que el doctor Palsgrave no sabía que Madam Marsh aceleraba las muertes?

—Apostaría mi vida en ello. Habría ido contra todo aquello en lo que cree.

—En ese caso, francamente, no veo necesidad de acusarle de lo que, en esencia, era robo de sepulturas cuando, para empezar, ni siquiera había tumbas —dijo lentamente.

—Efectivamente —convine.

—Thomas Underhill realizó una confesión completa antes de colgarse, ¿eso ha dicho?

—Así es.

—¿Y esto es todo lo que tiene para mí?, ¿una historia?

Saqué el pequeño diario de mi chaqueta y lo dejé sobre la mesa.

—El diario de la víctima de San Patricio, Marcos. El reverendo se lo había quedado, sabe Dios por qué. Estaba en su estudio. —Entonces saqué del bolsillo de mi chaleco el trozo de papel en el que se había escrito «Reverendo Thomas Underhill» con letra temblorosa—. Mejor aún, el padre Sheehy lo identificó como el único hombre que llevó un fardo grande a la catedral esa noche, y el único al que no vio salir. El saco, en el que iba el chico drogado, ya no estaba en San Patricio cuando Sheehy descubrió el cadáver. Eso explica que no hubiera entradas forzadas. Todo encaja.

—¿Fue eso lo que le dio la pista sobre el reverendo?, ¿el que llevara un fardo a la reunión escolar?

—No, fue al revés. No sabía que hubiera llevado un saco, pero sabía que se había celebrado una reunión y que nadie forzó ninguna entrada.

Una medio sonrisa flotó alrededor de los labios del jefe Matsell.

—Y todo eso... se le ocurrió a usted por casualidad.

—No —dije cansinamente—, utilicé papel de estraza, de los de las carnicerías.

—Papel de carnicero.

Asentí y dejé que mi cabeza se apoyara en un puño cerrado. No recordaba cuándo había comido por última vez, y hasta las pestañas me ardían por el cansancio.

—Bien, por lo que a nosotros concierne, no merece la pena tocar al doctor y el reverendo está ya fuera del alcance de la justicia. Y usted dice que no podemos

condenar a Silkie Marsh por ninguno de los crímenes.

—No honradamente. Hay que vigilarla de cerca. La pillaremos tarde o temprano, y acabará colgada del extremo de una soga.

—Estoy de acuerdo. No obstante, debo suponer que usted la ha puesto al tanto de que lo sabemos todo.

—Por trescientos cincuenta dólares.

No lo había imaginado posible, pero los pulmones de George Washington Matsell dieron un leve respingo. Fue una imagen curiosa. Era agradable pensar que el que yo aceptara un importante soborno sobresaltara a un hombre al que no alteraría ni la embestida de un toro.

—¿Va a entregarlos? —preguntó entonces, con brusquedad.

—Puedo ceder cincuenta para el partido si quiere, pero el resto es para una de las víctimas.

—Ah, aceptaré los cincuenta, para una obra de caridad anónima de la policía, y usted entregará lo demás a... ¿a qué víctima? A Bird Daly, ¿me equivoco?

—A una víctima —dije con firmeza.

El jefe lo consideró unos instantes. Finalmente se aclaró.

—Me gustaría ofrecerle algo, señor Wilde —dijo levantándose—. Las estrellas de cobre, siempre que no se hayan vuelto prepotentes o corruptos, deben ser contratados de año en año. No me gusta ese sistema, nunca me gustó. Pone en cuestión la idea misma de la experiencia acumulada, y, en cuanto a lo de evitar la corrupción... en fin; pero esto es lo que le propongo: en tanto yo sea jefe de policía, usted será estrella de cobre. Se dedicará a resolver crímenes, ¿me sigue?, en lugar de a prevenirlos. Si quiere un título para su función, ya se me ocurrirá alguno. Se me dan bastante bien las palabras. Y usted ha hecho un buen trabajo, hasta el punto de sorprenderme.

Sé que el repentino y leve rubor no era muy sensato. No debería haberme alegrado tan profundamente poder conservar ese empleo. A lo mejor era una nueva sensación, la de ser bueno en algo completamente nuevo.

—Gracias —dije.

—Bien, entonces está arreglado.

—Tengo una sola condición.

El jefe se dio la vuelta de la ventana por la que había estado mirando, con las cejas plateadas arqueadas por la irritación. Era evidente que me estaba pasando de la raya.

—Sólo quería decir que debería conservar también a Val —añadí en un tono más humilde.

—Señor Wilde, un día de éstos le entenderé —dijo el jefe Matsell aspirando, luego se sentó y cogió la pluma. Seguía pareciendo totalmente abstraído en su trabajo—. Según parece usted es un genio con el papel de estraza, pero luego,

inesperadamente, se muestra torpe como un ceporro. Su hermano, siempre que no se mate a sí mismo, no le quepa duda de que seguirá siendo capitán de los estrellas de cobre hasta el día de su muerte.

—En ese caso, se lo agradezco.

—Señor Wilde —dijo el jefe—, salga de mi despacho. Parece que está a punto de desmayarse, y no quiero tener que molestarme en pasar por encima de usted.

Cuando salía de aquella gran fortaleza de piedra, me topé con un tipo extraño, que caminaba con aire furtivo y ágil, como un cangrejo, con unas gruesas botas holandesas, sin barbilla, el cabello plateado y alborotado, y que corrió hacia mí en cuanto nos vimos.

—Debo informarle de las pruebas que ha ofrecido la señorita Maddy Sample, señor Wilde. ¡Por fin vemos la luz del alba! —susurró el señor Piest, que me aferró el brazo con su garra reseca.

—Ya ha amanecido, ha llegado la mañana, señor Piest —le respondí agradecido, mientras la luna empezaba a elevarse—. Búsqueme algo de pan y café y se lo contaré todo.

Y sí, era plena mañana en mi cabeza. Todo iba saliendo mejor de lo que cabía esperar. Debía tanto de mi éxito al señor Piest que habría sido un desagradecido chaquetero si no me hubiera parado a contarle la historia. Sólo dos problemas me agobiaban mientras acababa de rellenar las lagunas en el relato para mi colega delante de unas tazas de hojalata humeantes y un plato a rebosar de ternera y coles cocidas.

«¿Qué sucederá?», pensaba. No a mí. Ésa parecía una cuestión bastante clara. Pero había un par de chicas a las que no quería dejar tiradas, una mucho más joven que la otra. Las dos con destinos todavía por escribir. Las dos con vidas dañadas, remendadas y vueltas a dañar.

Y en aquel momento lo más acuciante de todo era que no sabía a ciencia cierta si ninguna de ellas estaba viva o muerta.

VEINTISIETE

La marea de emigrantes que ahora se abalanza con tal fuerza hacia nuestras costas no puede revertirse. Debemos recibir a los pobres, a los ignorantes y a los oprimidos de otras tierras, y más nos valdría pensar que vienen cargados con la energía de la esperanza de vivir tiempos más felices, y de encontrar trabajos más útiles que los que tenían en su hogar. Nadie, supongo, cree seriamente que vienen con malas intenciones.

• *The Sanitary Condition of the Laboring Population of New York, 1845* •



Una vez en casa me asaltó una mezcla muy desagradable de sensaciones punzantes. Primero, el detalle de que yo no tenía dos cuerpos y por tanto no podía comprobar a la vez si Mercy era atendida debidamente y recuperaba las fuerzas; y en segundo lugar, el temor de que no hubiera nadie en casa. Que a lo mejor Silkie Marsh era capaz de susurrar órdenes a los mirlos y enviarlos volando a asesinos anónimos en Harlem. Cuervos que graznaban «Matad a Bird Daly» y luego volvían aleteando perezosamente a la ciudad.

Sin embargo, cuando abrí la puerta delantera, la sensación que me agarrotaba por dentro se deshizo. Ahí estaba Valentine, sentado a la mesa de amasar con la señora Boehm. Había sacado una jarra de ginebra y había dos vasos largos sobre la mesa, junto a las reservas de precioso chocolate de mi casera, una bandeja de pastas más delicada de las que suele hornear y una baraja de cartas. La sala entera olía a mantequilla. La señora Boehm estaba enrojecida hasta el ralo nacimiento de su pelo, y exhibía una sonrisa tan amplia que podría haber tirado la jarra de ginebra de la mesa. Acababa de descubrir sus cartas, y yo las veía boca arriba. Un full.

—No hay discusión posible —decía ella, a la vez que daba una palmada—. Usted es un... repítamela otra vez, por favor. Esa palabra para un hombre que pierde tan lamentablemente todas las partidas.

—Un primo —respondió Val—. Y orgulloso de perder ante una republicana tan acérrima como usted, aunque no tanto como lo estoy de enseñarle la jerga. ¡Timothy Wilde, estrella de cobre! Parece que la muerte se ha olvidado de ti, debió de creer que ya había acabado la tarea. También se te ha perdido la máscara, pero eso te da una pinta muy *flash*.

—Me alegro de veros a los dos —dije suspirando—. Tengo que hacerle una pregunta a Bird.

—Seguramente no se ha dormido todavía. —La señora Boehm sirvió una pizca más de ginebra en el vaso de Valentine y luego le dio un sorbo al suyo con delicadeza alemana—. Si se da prisa.

Bird no se había dormido, aunque se había acurrucado en la camita bajo la cama

de la señora Boehm. Las cortinas de puntadas sencillas estaban descorridas ante la ventana. Cuando entré sigilosamente, la pequeña barbilla cuadrada se estiró ansiosamente en mi dirección.

—Está sano y salvo —dijo—. Sabía que lo conseguiría. El señor V. dijo que no había sitio del que usted no supiera regresar.

—No lo hay, Bird, ¿puedo hacerte una pregunta?

Bird se irguió rápidamente y se sentó cruzando las piernas bajo la colcha.

—Cuando dijiste hace ya mucho tiempo que yo había besado a la chica de aquel dibujo que había hecho —le pregunté en voz baja—, ¿a qué te referías? Pareció inquietarte, y tú conoces a Mercy Underhill. Debiste de cruzarte con ella, en la casa donde vivías.

—Oh —susurró Bird—, sí.

Se pensó la pregunta un poco más de lo normal. Lo bastante para que yo me diera cuenta de que ella suponía que no me gustaría su respuesta. Pero esperé, porque me estaba atormentando.

—Bueno, yo no creía que ella fuera muy buena, ¿sabe? Ella hacía... lo mismo, exactamente lo mismo, que yo, pero ella podía ir y venir cuando quería y yo no, así que cuando vi que usted tenía su retrato, pensé que... —la voz de Bird se apagó, preocupada y desconcertada—. Bueno, pensé que ella debía de haber sido su amante. Porque usted tenía su retrato. Pero no la entiendo. Quién querría hacerlo sólo por si... y si podía volver a salir, por qué...

—No, calla —dije mientras ella se asustaba cada vez más—. Gracias por contármelo. No es fácil de entender, pero quiero que sepas... que ella quería que vivieseis mejor. Bueno, eso ya lo sabes, creo.

—Sí, ya lo he visto —murmuró Bird asintiendo—. Todos los demás la quieren. Yo soy la única que no. Si usted me pide que me caiga bien la señorita Underhill, no sólo que lo finja, lo haré.

—No, nunca te pediría eso. —Le apreté el hombro una vez—. Ya tiene bastante gente que la quiere. Nadie va a decidir ese tipo de cosas por ti nunca más.

Llegué abajo a tiempo de ver cómo Valentine se escabullía por la puerta delantera. Así que le seguí. Ya había dejado de seguir a mi hermano con intenciones criminales una vez, y no pretendía volver a hacerlo, por el momento. Cuando Val oyó que cerraba la puerta, miró hacia atrás, con la bota ya en el peldaño más bajo de los tres que daban a la calle. No parecía desconfiado. Pero sí cauteloso. Me quité el sombrero con gesto cansino y alcé una ceja hacia mi hermano, la que tenía en el lado más expresivo de mi cara.

—Todo ha acabado —dije—. Lo he resuelto.

—Bravo.

Val se sacó una colilla de puro del bolsillo y se la metió en la comisura de los

labios.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—Genial —respondió Valentine guiñando un ojo.

—¿No quieres saber qué pasó?

—Mañana me enteraré por Matsell. Él sabe contar mejor las historias.

—Eres un memo —me maravillé.

—Si pretendes que me acuerde de nada de esto por la mañana, yo que tú no desperdiciaría más palabras —sugirió mi hermano a la vez que comprobaba su reloj de bolsillo—. Además, voy a una reunión clandestina del partido. Tengo que examinar a un montón de irlandeses y decidir quiénes valen para vigilar las urnas del futuro. No me hagas perder más tiempo, Tim.

—En cuanto a lo de esta tarde —insistí apoyando la espalda en un lateral de la casa—, lo de que trajeras a Bird y a la señora Boehm de vuelta a casa, ha sido un detalle por tu parte. Me has hecho un gran favor. Pero quedarte con ellas todo el tiempo, hasta que volví, ¿sin saber de qué iba todo?

—¿Ummm? —dijo mientras miraba ya hacia atrás, hacia delante y a todos lados buscando un coche de alquiler. Caminaba de espaldas por Elizabeth Street, sin prestarme la menor atención. Exactamente como se comporta siempre.

Saca de quicio.

—Gracias —grité.

Valentine se encogió de hombros, en medio de la calle. Las ojeras se aligeraron una pizca mientras me miraba.

—No fue para tanto.

—Te veo mañana en el Liberty's Blood. Intenta no haber tomado demasiada morfina ni estar medio muerto cuando llegue, ¿vale?

Valentine adoptó el tipo de mueca habitual en él cuando se ríe. Pero se desvaneció con rapidez y la sonrisa de lobo de colmillos resplandecientes ocupó su lugar.

—Eso suena muy *flash*. Y tú procura no ser una vieja llorica mientras tanto, ¿eh, mi querido Tim?

—Eso parece bastante justo —respondí con sinceridad.



No volví a la iglesia de Pine Street ni a la residencia de los Underhill.

El señor Piest, al que le había contado todo durante la comida que habíamos compartido, «descubrió» el cadáver en el cobertizo del jardín media hora después de que se lo confesara. No le costó dar con él pues yo le había entregado la llave. El reverendo Underhill había muerto estrangulado, pero no había testigos. Ni pistas. Ni sospechosos. Era un lamentable crimen, a todas luces un asesinato.

Pero ¿qué podían hacer los estrellas de cobre en esas circunstancias?

Mi colega se encargó de que, en menos de cinco horas, el reverendo estuviera enterrado, en un apacible rincón bajo los acogedores manzanos, en el cementerio de Pine Street. Más tarde nos enteramos de que las propiedades terrenales del reverendo estaban vinculadas a su labor pastoral. Bien mirado, llevaba mucho tiempo ejerciendo la beneficencia antes de fallecer, atendiendo las necesidades de las familias protestantes pobres. Después del entierro, sólo quedaba la casa, propiedad de la parroquia, y sus muebles. Ninguno de los cuales tenía más valor que los recuerdos. En el testamento legaba su amplia biblioteca a una escuela cercana. Muy típico de él, pensé. Parecía que a Thomas Underhill nunca se le había ocurrido que su hija necesitara más de lo que ya tenía, cuando tantos otros tenían mucho menos.

Yo tampoco pensaba perdonarle eso.

Tras dormir unas pocas horas, pasé la noche en casa, esperando una llamada a la puerta.

Cuando oí los primeros toques vacilantes, salí y cogí una pequeña bolsa tejida que me entregó una mendiga casi desdentada. Le di una segunda moneda por las molestias, aunque ella me dijo que ya se consideraba bien pagada por no mirar en esa bolsa. Y que si ella la abría, el remitente lo sabría, y los cerdos se la comerían cuando la dieran por muerta en las calles. Le pregunté de dónde venía y ella señaló una tienda que había a media manzana. En el porche, un hombre nos miraba desde debajo del ala de un sombrero de paja, silencioso y serio.

Pero no le reconocí. Le di las gracias a la harapienta mujer, me metí la bolsa en el bolsillo y me encaminé a Pine Street.

Pero no llegué. Mientras pasaba por delante de las hileras de humildes casas de ladrillo con sus lucidos dinteles pintados de blanco, el tercer día seguido que contemplaba la mañana desplegándose espesa y amarillenta sobre la ciudad, vi a Mercy caminando en sentido contrario, es decir, hacia mí.

Mercy llevaba un vestido gris que no le sentaba bien del todo. Supuse que lo había cogido de la pila de ropa de caridad vendible, porque estaba muy limpio y bien cosido. Pero la falda acampanada le caía un poco suelta desde la cintura y el escote ancho se le abría aún más sobre el hombro que sus vestidos habituales. Se había tomado sólo la mitad del tiempo que solía dedicar a arreglarse el pelo, y desde lejos vi que tenía unas pequeñas ampollas en los labios y las manos parcialmente vendadas.

«Éste es el aspecto de Mercy con un vestido de segunda mano el último día que la verás en tu vida», pensé mientras nuestros pasos se encontraban en el centro mismo de la acera del oeste de Pearl Street.

—Señor Wilde —dijo.

—Hola —dije.

Era un comienzo.

—Mi padre ha muerto —murmuró—. Usted estaba allí, usted..., usted ya lo sabe, creo.

—Sí.

—El policía fue amable, pero no permitió que lo viera. Y dijo: asesinado. Pero no fue así. No le creo.

—Lo siento mucho.

—No debería. Usted ayudó. Usted no quería que yo tuviera que..., que se supiera lo que sucedió de verdad.

Había estado llorando, pero no mucho tiempo. Los bordes de los ojos se veían rosáceos, todavía un poco brillantes, y la irritación rojiza producida por el forzoso baño de hielo ya se estaba desvayendo. El resto era muy azul, el pelo muy tupido y oscuro. Mercy todavía no me había hecho una sola pregunta y de repente me di cuenta de por qué. Lo que le había ocurrido, las lúgubres y feas verdades que acababa de descubrir, los secretos desvelados que quemaban con sólo rozarlos... Nada mejoraría las cosas si sabía más. Me pregunté si volvería a oír a Mercy hacer una pregunta más.

—Los niños enterrados eran autopsias —le dije en voz baja—. No se trataba de profanaciones, el doctor Palsgrave los utilizaba para investigar, después de que hubieran muerto. Es complicado, pero es un final mucho mejor del que habríamos esperado. No lo he detenido y no voy a hacerlo. Pero quería que supiera que todo... ha terminado, para siempre.

No dije nada de Marcas ni de la puerta de la iglesia. La imagen ya estaba tatuada en las córneas de Mercy mientras me miraba, sin decir nada, aturdida y dolida como ninguna criatura que yo hubiera visto en mi vida.

—Tengo un regalo para usted —extendí el pequeño monedero.

Mercy se llevó los dientes al labio inferior. Pero no hizo preguntas.

«Quién habría pensado que lo peor que podría sucederte sería que Mercy perdiera sus signos de interrogación», pensé, y luego me obligué a dejar de pensar.

—Son trescientos dólares en efectivo. Proceden de un... un donante muy apropiado, alguien con el que nunca tendrá que sentirse en deuda. No es mío, ni de Val ni de nadie que pueda imaginar, pero es... es su dinero y va a irse a Londres. Trescientos dólares son suficientes para ir tirando... Lamento que su ropa se haya estropeado, aunque a lo mejor puede quitarle el queroseno...

Me callé.

Cuando abrió el cordón del monedero y vio el dinero, Mercy se quedó boquiabierta, como un lazo de encaje desanudado.

—No entiendo por qué esto pueda ser mío.

—Confíe en mí —insistí—. Sé que en este momento no puedo ser enteramente digno de su confianza pero, por favor, créame. No sabe cuánto lamento todo esto. Va

a marcharse de aquí. Y si descubre que no se le ha perdido nada en Londres y se harta de la ciudad, o si va a otro sitio, a París o Lisboa o Boston o Roma, y luego quiere volver a ver Nueva York... Yo estaré aquí.

Los dedos de Mercy estaban cubiertos de ampollas. Yo quería acariciárselos otra vez. En cierto sentido, era un alivio saber que no estaba enamorada de mí. Así podría seguir con mi vida de siempre.

«Lo que sea mejor para Mercy. Todo lo demás es secundario».

—¿Va... —Mercy se interrumpió, dudando—, va a quedarse en Nueva York para siempre?

Después de esa pregunta me resultó bastante más fácil respirar. Y menuda pregunta quería que le respondiera. Con eso me bastaba.

—Ahora tengo una profesión —confesé—, y un hermano que tendría que estar encerrado en un manicomio. Puede que aborrezca ambas cosas, pero creo que soy el hombre apropiado para las dos tareas.

Las pestañas de Mercy aletearon.

—No puedo. No puedo aceptar esto de usted.

—Váyase a Londres —dije empujando el monedero en sus manos.

—Timothy, ¿por qué lo hace?

—Porque escribiré un mapa —dije mientras me alejaba ya de ella.

—Pero ¿por qué quiere que lo haga? —preguntó suavemente.

Con eso me dio una pregunta más de valor inapreciable.

—Lo quiero por una muy buena razón —respondí manteniendo el paso—. Si algún día desea que yo llegue a entender algo, cualquier fragmento de usted... bueno, si ha escrito un mapa, sabré dónde mirar.



Dos semanas más tarde, septiembre ya se dejaba sentir. Los bocetos en carboncillo de los árboles de City Hall Park se volvieron violentamente rojos y luego se difuminaron en simples líneas dibujadas. El aire, por el momento, sólo era más fresco. En los muelles olía a alquitrán, a pescado, a sudor y a humo en lugar de a restos animales putrefactos. Todo parecía más brillante precisamente por ser mucho más apagado. Y todo el mundo parecía relativamente feliz, al menos, los tres o cuatro días que dura septiembre antes de que irrumpa el invierno.

Otra vez tenía ganas de matar a mi hermano, aunque todavía no le odiaba, y esperaba no volver a odiarle.

Había descubierto dónde había escondido un aprendiz amigo de lo ajeno la mejor cubertería de su señor, que era el segundo delito que resolvía en muchas semanas.

Me sentía bien.

Una mañana dominical agradablemente fresca, abrí mi ejemplar del *Herald* en la

mesa de la cocina y leí este fragmento:

La oficina de la Irish Emigrant Society se encuentra en la actualidad en el n.º 6 de Ann Street, en un edificio sencillo y nada ostentoso. En la oficina se suceden de vez en cuando situaciones divertidas. Multitudes de personas expectantes y ansiosas se sientan allí, viendo pasar los minutos a la espera de una oportunidad, y entonces entra un patrón que busca un hombre tranquilo o una chica decente, y entonces ¡pum!, cincuenta candidatos a la posible fortuna reaccionan y se ponen en pie en un instante.

Como no le encontraba la gracia a la anécdota, arrojé ese ejemplar al horno de pan cuando lo acabé. No es que la prensa hubiera dejado de servir a los intereses de la policía, ni de lejos; George Washington Matsell, en un golpe de genio que yo no habría imaginado, declaró a los periódicos que el niño llamado Marcas, cuyo cadáver se había encontrado espantosamente mutilado en San Patricio, había sido asesinado por un par de locos radicales *nativistas*, que mantenían oscuros vínculos con los ingleses y arrastraban un historial de atroz violencia relacionado con la vil anarquía europea. Se llamaban Scales y Moses Dainty, y los dos habían sido asesinados durante los disturbios de Five Points, el mismo día que cometieron su nauseabundo y totalmente antiamericano asesinato. Uno de los periodistas tuvo el valor de preguntarle si habían sido antes estrellas de cobre. Matsell dijo que no. Cuando comprobé los registros, resultó que también tenía razón, lo que sólo viene a demostrar que el jefe es meticuloso además de inteligente, y que sabe cuándo conviene a la reputación de la policía borrar unos nombres concretos del registro del Distrito Octavo. Mucha gente sabía que no era así, claro, y unos cuantos hasta sabían la verdad. Pero no puede incordiar a los neoyorquinos normales con el mismo crimen más de un par de semanas. Las cosas volvieron a ser como antes: igual de brutales, voraces, frenéticas y secretas, pero con menos chácharas sobre locos asesinos de niños irlandeses.

La señora Boehm y yo tomamos una decisión. Y para explicársela, invité a Bird Daly a una excursión a Battery Park.

Después de varias horas y de comer algo, el sol empezaba a ponerse y nos habíamos cansado de pasear. En esa zona el césped está mucho mejor cuidado que en el resto de la isla, y la cercanía del mar propiciaba un ambiente más agradable que frío. Así que cuando nos entraron ganas de parar, nos sentamos bajo un roble de ramas muy abiertas, cerca de donde me habían enterrado entre una pila de Biblias cuando Valentine me encontró. Ya no me importaba recordarlo.

Me pareció que había llegado el momento oportuno, así que empecé. Le dije a

Bird que iba a vivir en un hogar que había fundado el padre Sheehy y que iría a la escuela. A una escuela católica irlandesa. La señora Boehm y yo no éramos muy instruidos, y la instrucción era absolutamente necesaria.

La cosa no fue tan bien como yo había esperado.

Es decir, yo había esperado desde el principio que la cosa fuera mal. Pero me saltaré los minutos que siguieron, que Bird dedicó a despotricar contra mí y a proponerse para diversos empleos si no podíamos mantenerla, utilizando para su diatriba un lenguaje que no debería haber aprendido a su edad. No da su mejor imagen, y tampoco quiero creer que llegara a pasarle por la cabeza que estábamos hartos de su compañía. Bird Daly es una compañía muy cálida, y finalmente creo que la convencí. Así que se sentó, toda ella cejas enfurruñadas y pecas ofendidas, mirando a la gente.

—Me parece que no puedo —dijo por fin—. Me parece que le echaré de menos, y a la señora Boehm, y no, no seré capaz.

—Mira, yo pienso una cosa, ¿quieres escucharla?

Bird asintió, sus ojos grises resplandecían como monedas de plata en el fondo de una fuente profunda.

—Creo que no tendrás que echarme de menos, porque me verás siempre que quieras. A lo mejor, algunas veces, también cuando no quieras, porque me presentaré sin avisar y tendrás que dejar de aprender a hacer cuentas o de jugar a la rayuela. Y no tardarás en no querer salir de allí, no querrás marcharte y ser una damita, porque habrá tantos niños que los echarás de menos cuando te llegue la hora.

En la garganta de Bird parecían restregarse unos guijarros.

—¿Habrás...?, ¿habrá más niños como yo allí?

Me llevó dos segundos adivinar lo que me estaba preguntando exactamente. Cuando lo hice, miré fijamente un carruaje que pasaba, fingiendo que conocía a la dama de la alta sociedad a la que paseaban unos caballos con unas plumas inverosímiles en las cabezas. Lo hice para que Bird no viera lo que traslucía mi cara.

—¿Más niños que se han prostituido? —pregunté con claridad—. Muchos. ¿Te refieres a otros aparte de los que ya había mandado allí?, ¿a Neill, Sophia y todos los demás?

Mi pequeña amiga asintió. Más resignada que contenta.

Y así nos quedamos mirando pasar a la gente, adivinando cosas de los transeúntes. Los dos. Descubriendo secretos por la tierra de sus mangas y por las miradas curtidas en sus ojos penetrantes. Descubriendo cosas porque nos hacía sentir más seguros, y más ricos, saberlas antes que ellos. Y felices al darnos cuenta de que ambos estábamos leyendo la misma letra de la misma palabra en cada página humana sin excepción.

No dijimos palabra.

El día siguiente, después de dejar a Bird con un montón de sus antiguos amigos y otros tantos de los nuevos, volví a casa. Bird ya no vivía allí, y eso costaba de digerir. Pero la señora Boehm me sonrió con sus anchos labios cuando nos cruzamos en la escalera. Y yo le sonreí a ella, y eso ya era algo.

Todavía carecía de mobiliario merecedor de tal nombre. Pero hasta entonces tampoco lo había necesitado, y quizás había llegado el momento de planteármelo. Matsell me había subido en secreto el salario a catorce dólares a la semana. Recogí la revista que llevaba tiempo tirada en los tablones del suelo, pegada a la puerta, esperando a que estuviera preparado para tocarla, me senté bajo la ventana y leí la última entrega de *Luces y sombras en la ciudad de Nueva York*.

La sirvienta de las cocinas que había sido seducida por el aristócrata murió en el parto. Pero el bebé se le entregó al conde, que lloró arrepentido por su frialdad, y cogió a la niña en brazos. El relato rezumaba imágenes poderosas, y era lúcido pese a los clichés populares de su premisa. Como el resto de la serie, trataba de gente apasionada que daba pie a tragedias porque no sabía hacer otra cosa.

Me tumbé en el colchón de paja y me quedé dormido al mediodía. Tan profundamente como nunca.

Soñé que Mercy iba a Londres, conocía a un conde rico y se casaba con él. Pero al poco, la visión cambió. Ella tenía horas libres y mucho papel.

De repente estaba leyendo su libro:

Avanzo por los capítulos a una velocidad vertiginosa. Hasta la escritura se ha vuelto más indirecta, recuerda más a la manera de hablar de Mercy que a sus cuentos. Insinúa grandes amores y grandes pérdidas, pero nunca una historia explícita. Al final, ella es la Paciencia encarnada en un monumento, viendo cómo se afana la gente de Nueva York, como el oleaje del Atlántico que rompe a su alrededor.

Me busco en palabras que suenen como yo. En los espacios entre el punto y la letra mayúscula.

Claro que me busco. Al fin y al cabo, soy yo el que sueña.

Y así busco a un hombre, de fuerte constitución pero bajo de estatura. Unos labios torcidos en gesto a la vez amargo y reflexivo, un pelo rubio que cae desde un alto pico sobre su frente. Leo cuidadosamente sus fiestas de sociedad: mesas cubiertas con conchas de ostras, el olor a remolachas fritas en el aire cargado, un violinista negro delante de su ventana. Busco un par de ojos verdes que han visto demasiado, y que la aman.

Pero ella me esconde, claro. Me encarcela en metáforas, me

fragmenta en personajes secundarios. Taberneros y sirvientes. Sigo el rastro de tinta que deja, sí, pero a la vez recuerdo cómo me miraba, las puntas de sus pestañas siempre a la busca de atisbos de otra cosa.

No llego a desentrañar qué quería de mí. Ni siquiera en el sueño. Sólo sé en qué me ha convertido.

Me había despertado sudando y abrí la ventana de par en par.

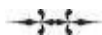
El aire era fresco, el invierno se nos echaba encima sin vacilar. Pero el polvo cubría todavía los campos e iglesias de Manhattan con una sábana de resplandor soleado. Demasiado intenso para mirarlo directamente. Cerré los ojos.

Y porque la amo más allá de la razón, al ver que me iba olvidando de las palabras que ella había escrito en la visión, me concentré en memorizarlas.

Me llamaba con todo tipo de sobrenombres. Hasta el punto de que cuando el caballero pronunció por fin mi nombre correcto en voz alta, pareció la única expresión genuina de mí misma, como si todos los hombres hasta ese momento lo hubieran pronunciado mal o lo hubieran olvidado.

Un ejercicio inútil. Descabellado. Ella no hablaba de mí.

LOS DIOSES DE GOTHAM: EPÍLOGO HISTÓRICO



La historia del barrio neoyorquino de Five Points abunda en leyendas, conjeturas y polémicas, pero he hecho lo posible por presentar su situación con precisión. En 1849, el *Herald* publicaba una noticia sensacionalista sobre un niño al que habían descubierto «en el fregadero de la casa de viviendas del n.º 6 de Doyer Street. Por el aspecto que presentaba el chico cuando se le halló, era evidente que se habían utilizado malas artes, pues se había atado una cuerda alrededor del cuello del pequeño inocente, estrangulándole». A pesar de la miseria del Distrito Sexto, el asesinato distaba de ser frecuente y los vecinos que encontraron el cuerpo estaban conmocionados y avisaron inmediatamente a la policía. Cuando llegaron los estrellas de cobre, los vecinos los llevaron a la habitación de la madre. Eliza Rafferty estaba «sentada en una silla de su habitación, muy serena, confeccionando un vestido, pues ésa era su profesión». El forense concluyó que el niño había sido asesinado, a pesar de la insistencia de Rafferty en que el pequeño ya estaba muerto antes de que lo dejara en el fregadero. Se desconocen las circunstancias exactas que la llevaron a cometer el infanticidio; pero muchos habitantes de Five Points vivían a salto de mata, en condiciones tan desesperadas y míseras que la supervivencia era un ejercicio diario de la voluntad.

La creación de un cuerpo de policía en Nueva York fue posterior a la de otros grandes centros metropolitanos como París, Londres, Filadelfia, Boston o, incluso, Richmond, en Virginia. Fueron numerosas las razones de ese retraso, entre ellas el hecho de que a los neoyorquinos nunca les ha gustado demasiado que les regulen; además, el espíritu revolucionario de autonomía e independencia todavía se conservaba muy vivo en el período que precedió a la Guerra de Secesión. Hoy en día parece muy evidente, casi algo que viene dado de por sí. Pero en 1845, tras un período de aumento de la delincuencia y del malestar ciudadano, se decidió finalmente que las calles no podían seguir sin vigilancia, y así se formó el hoy legendario NYPD (Departamento de Policía de Nueva York), pese a la vociferante oposición y la polémica política. Ese mismo año, una plaga desconocida, denominada *Phytophthora infestans*, se propagó descontroladamente por Irlanda y dio lugar a la «Gran Hambruna» que produjo la muerte o el desplazamiento de millones de irlandeses y fue el origen de un cambio social tan drástico que todavía configura la ciudad del Nueva York actual.

Los neoyorquinos han sido siempre unos asiduos asistentes al teatro, pero nadie tanto como los vendedores de periódicos y los limpiabotas de Five Points. El teatro

que fundaron los vendedores de prensa se encontraba en realidad en Baxter Street, y ellos eran los responsables de todo, desde los accesorios del escenario a los efectos musicales, y montaban producciones enteras de obras como *The Thrilling Spectacle of the March of the Mulligan Guards*. El local tenía cincuenta butacas y en una ocasión acogió al gran duque ruso Alexis, cuando fue a visitar el barrio de mala fama, tras lo cual, los chicos rebautizaron orgullosos su compañía teatral como The Grand Duke's Opera House.

A mediados del siglo XIX, Nueva York, que ya era el centro indiscutible del mundo editorial en Estados Unidos, vio nacer un nuevo género de no ficción: el «sensacionalismo urbano», que contaba en relatos alternativamente espeluznantes y edificantes la vida en las sórdidas calles de la megametrópolis más reciente del mundo occidental. A diferencia de capitales con una larga historia, como Londres o París, Nueva York podía presumir de sólo 60.515 habitantes, según el censo de Estados Unidos del año 1800, una cifra que se dispararía hasta el medio millón antes de 1850. Por consiguiente, la ciudad tuvo que realizar denodados esfuerzos para mantenerse al ritmo de su creciente población, sus pobres, su infraestructura, su cultura y sus normas sociales; y la literatura sensacionalista urbana dramatizaba el tipo de sucesos traumáticos que eran consecuencia de esa transformación. Las obras a menudo llevaban títulos que jugaban con variaciones sobre los temas del alumbrado y la sombra, las tinieblas y la luz del sol; autores como el reportero urbano George G. Foster emocionaban a los lectores que procedían de paisajes más bucólicos, y al mismo tiempo intentaban iluminar los apuros de los indigentes *manhattanites*. Los artículos de Mercy están basados en esas obras.

SELECCIÓN DE TERMINOLOGÍA *FLASH*



George Washington Matsell publicó su diccionario de *flash*, *The Secret Language of Crime: Vocabulum or the Rogue's Lexicon*, en 1859. La necesidad de escribir una obra así sorprendió hasta al mismo Matsell que, en el prefacio, comentaba con frialdad: «Ciertamente nunca entró en mis cálculos, ni siquiera tuvo sitio en mis ensoñaciones juveniles, convertirme en lexicógrafo; y si un amigo amable me hubiera sugerido que estaba destinado a cumplir tal tarea en la vida, simplemente lo habría considerado un sujeto digno del cuidado de las autoridades».

Matsell era un personaje muy leído, de gran inteligencia y de un carácter fuerte y brusco, al que se le despreciaba en los vecindarios de clase obrera, pero aun así fue un ávido estudioso de las tendencias sociales, como las guerras de bandas y los niños vagabundos. Indicó que, si una comprensión cabal de la jerga de los bajos fondos era fundamental para la policía, al ciudadano medio también le resultaría útil, dado que la antigua jerga de los delincuentes británicos, conocida como *thieves' cant* («jerga de los ladrones»), estaba penetrando rápidamente la sociedad de la Quinta Avenida. La propagación del habla *flash* a la población general daría lugar a un cambio que se revelaría permanente en la lengua inglesa. Cuando uno dice *so long* («hasta luego») a su *pal* («colega», «amigo») al despedirse, está participando en un fenómeno cultural subversivo que se remonta a 1530 y a los granujas de Derbyshire que fueron los primeros en desarrollar un lenguaje secreto propio.

A continuación se recogen algunos de los vocablos más utilizados en la novela, que, si bien el significado de muchos de ellos se pierde en la traducción al castellano, hemos considerado conveniente incluir en tanto constituyen un complemento imprescindible para conocer la jerga que se hablaba en la sociedad de los bajos fondos del Nueva York decimonónico.

A

AUTUM: *A church*. Iglesia.

B

BAT: *A prostitute who walks the streets only at night*. Prostituta que sólo hace la calle por la noche.

BENE: *Bood; first-rate*. Bueno, de primera.

BLOKE: *A man.* Hombre, tipo.

BURNERS: *Rogues who cheat countrymen with false caras or dice.* Pícaros que engañan a los paisanos del campo a las cartas o a los dados.

BUTTERED: *Whipped.* Azotado.

C

CAP: *To join in.* «I will cap in with him». Unirse a algo o a alguien. «Iré con él».

CHAFFEY: *Boisterous; happy, jolly.* Bullicioso, feliz, alegre.

CHINK: *Money.* Dinero.

CRANKY-HUTCH: *An insane asylum.* Manicomio.

CUPSHOT: *Drunk.* Borracho.

D

DEAD RABBIT: *A very athletic rowdy fellow.* Fornido alborotador, pendenciero.

DIARY: *To remember.* Recordar.

DIMBER: *Handsome; pretty.* Apuesto; atractiva.

DUSTY: *Dangerous.* Peligroso.

E

EASY: *Killed.* Asesinado.

ERGOTAT: *He is sick.* Está enfermo.

ELFEN: *Walk light; on tiptoe.* Caminar con sigilo, de puntillas.

EYE: *Nonsense; humbug.* Tonterías, bobadas.

F

FAM GRASP: *To shake hands.* Apretón de manos.

FIB: *To beat.* Derrotar.

FRENCH CREAM: *Brandy.*

FUNK: *To frighten.* Asustar.

G

GINGERLY: *Cautiously.* Con cautela.

H

HASH: *To vomit.* Vomitar.

HEMP: *To choke.* Asfixiar.

HEN: *A woman.* Mujer.

HICKSAM: *A countryman; a fool.* Campesino, paleta.

HOCUS: *To stupefy.* Aturdir.

HUSH: Murder. Asesinar.

I

INSIDER: One who knows. Alguien informado.

J

JABBER: To talk in an unknown language. Hablar en una lengua desconocida.

JACK DANDY: A little impertinent fellow. Tipo pequeño e impertinente.

K

KEN: A house. Casa.

KINCHIN: A young child. Niño.

KITTLE: To tickle; to please. Hacer gracia, complacer.

L

LADYBIRD: A kept mistress. Amante mantenida.

LION: Be saucy; frighten; bluff. Descarado, que asusta, fresco.

LUSH: Drink. Beber.

M

MAB: A harlot. Prostituta.

MAZZARD: The face. La cara, el rostro.

MOLLEY: A miss; an effeminate fellow; a sodomite. Señorita; hombre afeminado; sodomita.

MOUSE: Be quiet; be still. Estar callado; estar quieto.

N

NATURAL: Not fastidious; a liberal, clever fellow. Nada quisquilloso; hombre listo y liberal.

NED: A ten-dollar gold piece. Moneda de oro de diez dólares.

NISH: Keep quiet; be still. No te muevas, estáte quieto.

NODDLE: An empty-pated fellow. Cabeza hueca.

NOSE: A spy, one who informs. Espía; informador.

O

ORGAN: Pipe. Pipa.

OWLS: Women who walk the street only at night. Mujeres que sólo salen por la noche.

P

PAL AVER: Talk. Hablar.

PATE: The head. La cabeza.

PEERY: Suspicious. Sospechoso.

PEPPERY: Warm; passionate. Cálido, apasionado.

PHYSOG: The face. La cara.

PLUMP: Rich; plenty of money. Rico; con mucho dinero.

POGY: Drunk. Borracho.

Q

QUARRON: A body. Un cuerpo.

QUASH: To kill; the end of; no more. Asesinar; el final; basta.

QUEER: To puzzle. Desconcertar.

R

RABBIT: A rowdy. Alborotador.

RED RAG: The tongue. La lengua.

S

SANS: Without; nothing. Sin; nada.

SLAMKIN: A slovenly female. Mujer dejada.

SMACK: To swear on the Bible. «*The queer cuffin bid me smack the calfskin*». Jurar por la Biblia. «El magistrado me mandó jurar sobre la Biblia».

SQUEAKER: A child. Niño.

STAIT: City of New York. La ciudad de Nueva York.

STARGAZERS: Prostitutes. Prostitutas.

STOW YOUR WID: Be silent. Cállate.

SWAG-RUM: Full of wealth. Muy rico.

T

TOGS: Clothes. Ropa.

TONGUE-PAD: A scold. Bronca.

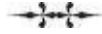
U

UPPISH: Testy; quarrelsome. Irritable, pendenciero.

Y

YIDDISHER: A Jew. Judío.

AGRADECIMIENTOS



En cierto sentido, se necesita a muchas personas para escribir un libro, y en otro sentido, sólo a una, y no me estoy refiriendo en modo alguno a mí misma. Si mi marido, Gabriel, no fuera el tipo de hombre que me repetía que iba bien encaminada en mi trabajo cuando yo estaba convencida de que debería dedicarme a descargar barcos en los muelles, y que me decía que fuera a la biblioteca en lugar de conminarme a que aceptara un trabajo de verdad, jamás habría escrito *Los dioses de Gotham*. Gracias, Gabriel, por hacer posible la existencia de este libro, por ser la persona que eres. Y gracias a mi familia, que repetía obstinadamente las frases de ánimo totalmente descabelladas que él no paraba de decir.

Gracias a Amy Einhorn y a su espléndido equipo al completo en Amy Einhorn/Putnam, por recibir un manuscrito y convertirlo en un libro mucho mejor de lo que yo habría llegado a soñar. Amy, eres una incansable defensora de las narraciones poderosas, una lectora y editora apasionada, y no podía estarte más agradecida por tus ideas. Gracias por el enorme regalo de ayudarme a traer estas personas al mundo.

Erin Malone conoció a Timothy Wilde cuando éste existía en sólo seis capítulos terriblemente recargados, y por alguna razón todavía quiso verlo publicado. Y cuando eran veintisiete los capítulos terriblemente recargados, ella los reparó. Erin es mi Mickey Goldmill. Gracias por creer en este libro. Gracias también a las demás personas inteligentes de William Morris Endeavor, entre ellas, aunque no sólo, a Cathryn Summerhayes y Tracy Fisher, por sorprenderme constantemente con el nivel de vuestra Excelencia. A todos mis editores extranjeros, gracias por vuestro interés por estos personajes, y por compartirlos con otras partes del mundo.

He contraído una gran deuda con los historiadores y los estudiosos a los que he recurrido ampliamente para recrear este mundo con la mayor autenticidad de la que he sido capaz. Gracias a la Bryant Park Research Library y a la New-York Historical Society por existir, y gracias a Tyler Anbinder, Edwin G. Burrows, Timothy Gilfoyle, Mike Wallace y muchos otros por sumergirme en la historia de la ciudad más fascinante del mundo. Todas las pifias que hayan quedado son de mi responsabilidad exclusiva. Muchas de mis fuentes principales eran textos originales, así que gracias también a todos los diaristas, periodistas, redactores de panfletos y de discursos del siglo XIX que dejaron miguitas de pan tras de sí por todo el bosque.

Gracias a sir Arthur Conan Doyle por enseñarme qué es un relato con héroe, y a Jim LeMonds por enseñarme cómo escribirlo y revisarlo.

Cuento con una red de amigos de inapreciable valía cuyo amor y apoyo dan sentido a la palabra generosidad, y a quienes me aterra mencionar individualmente por no olvidarme de ninguno. Pero a todos los que me cuidan, a mis primeros lectores, invitados a banquetes, colegas artistas, actores, humoristas, fotógrafos, músicos y compañeros de barra de bar, a mis colegas aficionados a Shakespeare in the Park, a todos los sherlockianos, a los empleados del Markt Restaurant y a los viejos clientes del BLT Steak, a la gente con la que compartí cervezas artesanales y que fueron lo bastante amables para probar los platos que yo cocinaba, todos ayudasteis a que esto cobrara vida. Gracias. No podría ser más afortunada.



LYNDSAY FAYE. Habiendo crecido en el noroeste del Pacífico, Lyndsay emigró a Belmont, California, y se graduó de la Universidad Notre Dame de Namur, con una doble licenciatura en Inglés y rendimiento. Trabajó como actriz profesional en todo el área de la bahía durante varios años. Es una soprano con una banda pop. Se mudó a Manhattan en 2005 para una audición para un trabajo como actriz profesional.

Su primera novela fue *Polvo y sombra*. El libro incluye relatos de la época de los crímenes horribles de Jack el Destripador, centrándose en la inmensa dificultad de trazar un asesino en serie en medio de la censura generalizada del público y la prensa, sin la ayuda de la ciencia forense moderna.

El amor por su ciudad adoptiva la llevó a investigar los orígenes de la policía de Nueva York, que coincidió exactamente con el inicio de la hambruna irlandesa de la patata. Su segunda y tercera novelas, *Los Dioses de Gotham* y su secuela *Seven for a Secret*, siguen las andanzas de un ex barman Timothy Wilde mientras navega en los rápidos de su turbulenta y violenta ciudad, su no menos caótico hermano mayor Valentine Wilde, y los peligros de aprender el trabajo policial en un escenario político bullicioso y racialmente dividido.

Notas

[1] Edificio erigido en 1838 en el Lower Manhattan, sobre una parcela de tierra que se ganó desecando y rellenando el Collect Pond, un lago de agua dulce que la explosión demográfica de la ciudad había contaminado. La construcción, cuyo nombre oficial era New York Halls of Justice and House of Detention, alojaba juzgados, policía y centros de detención. Siniestro, húmedo e insalubre, de estilo inspirado en un antiguo mausoleo egipcio, los neoyorquinos no tardaron en apodarlo *The Tombs*, «Las Tumbas». (*Salvo indicación contraria, todas las notas son del traductor.*)<<

[2] La House of Refuge neoyorquina fue la primera institución que se ocupó de niños vagabundos y pequeños delincuentes en Estados Unidos. Abierta en 1825 al norte del Manhattan de la época, fue creada por una sociedad filantrópica, la Society for the Prevention of Pauperism. En realidad se trataba de un reformatorio donde los niños vivían en condiciones deplorables (aunque todo indica que eran mejores que las de sus modelos británicos) y eran obligados a trabajar.<<

[3] Las *Oyster Cellars*, literalmente «Bodegas de Ostras», eran locales, por lo general subterráneos, muy habituales en el Nueva York del siglo XIX, donde se servían las por aquel entonces afamadas ostras neoyorquinas en crudo, aliñadas con pimienta, sal, limón o vinagre, acompañadas de bebidas alcohólicas. La contaminación y la sobreexplotación acabaron con el negocio.<<

[4] Leyes aprobadas por los federalistas en la estela de la Revolución francesa destinadas, entre otras cosas, a controlar las nuevas ideas secesionistas y revolucionarias que llegaban con los inmigrantes.<<

[5] Crisis financiera que estalló en 1837 —cuando los bancos dejaron de pagar en monedas— y se alargó en una profunda depresión hasta 1843, una de las más graves de Estados Unidos.<<

[6] Miembros del partido político estadounidense del mismo nombre, enfrentado al Partido Demócrata, que vivió sus mejores tiempos entre 1830 y 1850. Proteccionista y modernizador en lo económico, tenía sus principales apoyos entre las clases acomodadas y comerciantes, generalmente protestantes.<<

[7] *American dead rabbit*: alborotador, chulo, gallito o macarra de la época. Más tarde el término daría nombre a una de las bandas —o facciones— que controlarían Five Points, formada fundamentalmente por irlandeses; pero aquí la voz connota, todavía, a los americanos «auténticos».<<

[8] En la época era frecuente que locales ilegales donde se servía alcohol barato y de mala calidad se situaran en la trastienda de verdulerías de los barrios pobres. Poco tenían que ver con los bares de los hoteles cada vez más sofisticados.<<

[9] «Protestantes americanos en defensa de la libertad civil y religiosa contra las incursiones del papismo», una de las tantas publicaciones de periodicidad variable, editadas por la American Protestant Society u organizaciones similares, de cariz panfletario y de un anticatolicismo furibundo.<<

[10] Entiéndase el término como sinónimo de «xenófobo». El *nativism* norteamericano del siglo XIX fue un movimiento social y político muy arraigado en Nueva York, una exacerbada versión de nacionalismo protestante dirigido, básicamente pero no sólo, contra la inmigración de católicos irlandeses.<<

[11] «*Black Irish*»: así denominaban en Estados Unidos a los irlandeses de pelo moreno y/o tez un poco más oscura que el estereotipo tradicional, pelirrojo y pálido.

<<

[12] La jerga *flash*, profusamente utilizada en la novela, queda inevitablemente desdibujada en la traducción, donde, para eludir el riesgo de un inverosímil casticismo decimonónico, se ha optado por reflejarla como un registro bajo y actual del castellano. Los términos de esta jerga dialectal se citan en el volumen *The Secret Language of Crime: Vocabulum or the Rogue's Lexicon*, de George Washington Matsell, 1859, y al final de la novela se recogen algunas de las expresiones más utilizadas en ella.<<

[13] Respectivamente «*my pal*» y «*kick the bucket*». <<

[14] «Condiciones sanitarias de la población trabajadora de Nueva York», informe redactado por John H. Griscom, «Health inspector» de Nueva York, tras un estudio a gran escala realizado en 1842.<<

[15] El ayuntamiento, City Hall, aún se mantiene en el centro del City Hall Park, no así el Registro, Hall of Records, que se trasladó a un edificio de nueva construcción a principios del siglo xx, en la calle Chambers.<<

[16] «Sobre el papa», otro panfleto típico de una de las organizaciones anticatólicas de los condados neoyorquinos.<<

[17] Voces de la jerga *flash*: «*cow's grease*» puede traducirse como «grasa de vaca»; pero el término «*tanner*» (literalmente «curtidor»), resulta más difícil de reflejar en castellano.<<

[18] Bandas neoyorquinas de principios del siglo XIX, formadas por emigrantes irlandeses: los Kerryonians procedían mayoritariamente del condado irlandés de Kerry; los Forty Thieves se considera una de las primeras bandas organizadas de Five Points; los Plug Uglies eran una pandilla de Baltimore cuya presencia en el Nueva York de la época es dudosa; los Shirt Tails debían su nombre a su costumbre de llevar los faldones de las camisas por fuera, para ocultar las armas.<<

[19] Primer *primer* —cartilla de iniciación a la lectura— publicado específicamente para las colonias norteamericanas. Aparte de las primeras letras, incluía instrucción religiosa básica; puritana y anticatólica, ni que decir tiene.<<

[20] Antigua fábrica de cerveza reconvertida, tras el Pánico de 1837, en edificio de viviendas. Insalubre, sórdido y superpoblado, daba acogida a cientos de inmigrantes pobres y, quiere la leyenda, fue escenario de numerosos asesinatos. En 1852, fue adquirida por una organización religiosa metodista, que lo demolería al año siguiente.

<<

[21] «*For mercy's sake*». Malintencionado juego de palabras con el nombre del personaje: «No entre, por Mercy» o «no entre, por caridad».<<

[22] Alcalde *whig* de Nueva York (1826-1827), redactó un detallado diario personal de la época. Mil ochocientos treinta y cuatro es denominado «el año de los disturbios», especialmente numerosos y violentos en Nueva York, aunque también en otros puntos del país, que desembocarían en una sangrienta revuelta antiabolucionista en julio.<<

[23] *El misionero local*, publicación de la iglesia baptista, que a mediados del siglo XIX enviaba misioneros a la «frontera» del Oeste.<<

[24] El primer panfleto *¿Es compatible el papismo con la libertad civil?*, editado por la New York Protestant Association, era fruto de los debates públicos organizados por la misma asociación, uno de los cuales, celebrado en Broadway Hall en 1835, acabó reventado por irlandeses furibundos, lo que sirvió de acicate para la creación del movimiento *nativista*. El segundo texto, *Las espantosas revelaciones del convento de Hôtel Dieu* fue, según parece, escrito por una supuesta monja canadiense, Maria Monk, y oportunamente aireado por los protestantes.<<